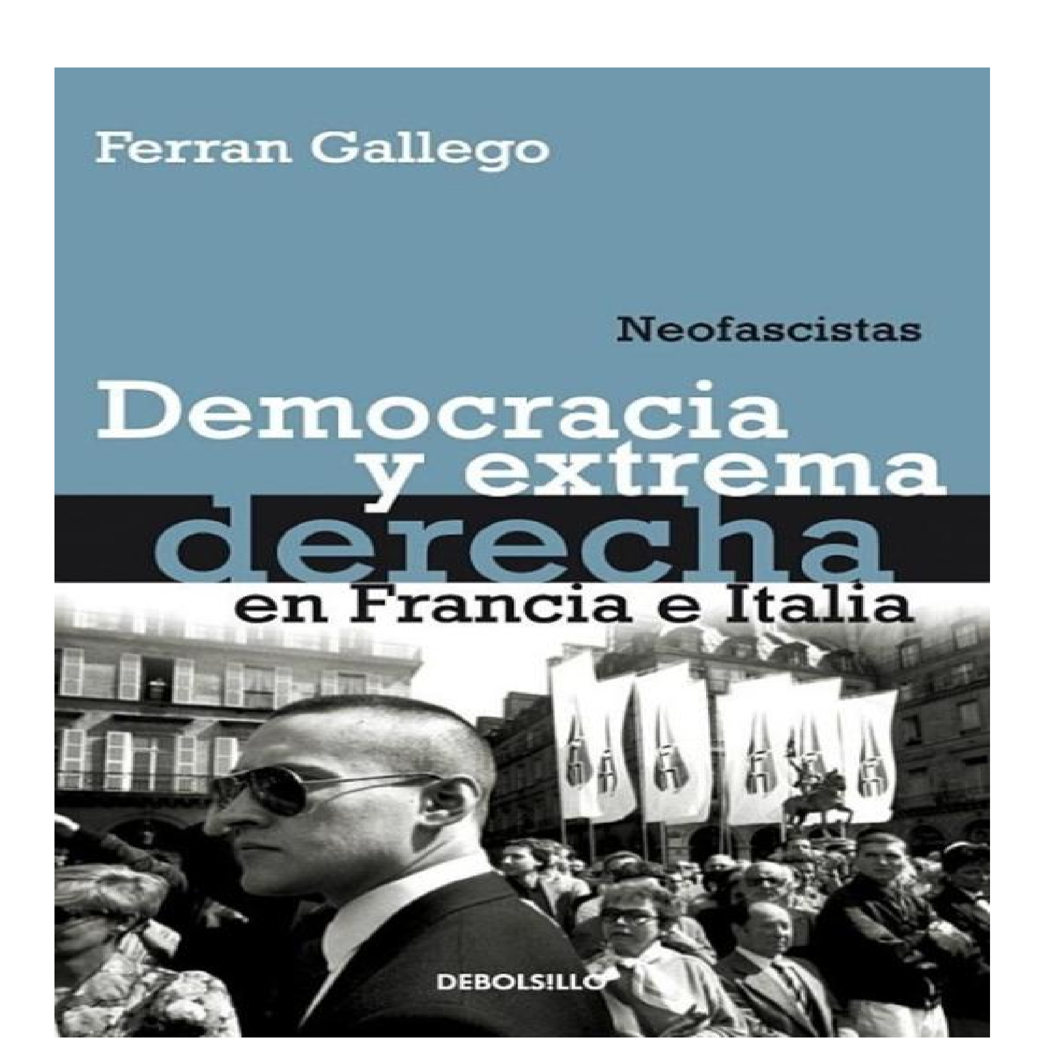
Ferran Gallego

Neofascistas

Democracia y extrema derecha en Francia e Italia




Ferran Gallego
Neofascistas
Democracia y extrema derecha en Francia e Italia
DEBOLSILLO

Índice

Democracia y extrema derecha en Francia e Italia

Ferran Gallego

Para Carmen,
donde habita el recuerdo

INTRODUCCIÓN: NOSTALGIA DEL FUTURO

El cartel parece expresar la ambigüedad que caracterizó al Movimiento Social Italiano a lo largo de toda su existencia. Se trata, también, de la ambivalencia que siempre ha ido al encuentro de la extrema derecha, que la ha contemplado desde el interior de las propias organizaciones o desde los análisis de los académicos. Una tensión entre la lealtad a una tradición y los esfuerzos para hacerla coincidir con las nuevas circunstancias sociales, en lo que se construye una tradición cultural, más que una simple opción política. En el caso de la extrema derecha, los propios usos verbales señalan la importancia de ese juego entre el recuerdo y el proyecto, entre la memoria y el deseo: el *neo*fascismo, el *pos*fascismo. El prefijo no consigue dar sustancia al objeto, porque la centralidad del fascismo parece solo levemente indispuesta por la presencia de ese velo protector, destinado a concederle una prórroga o un certificado de defunción. Pocas fuerzas políticas de esta importancia se definen por lo que ya no son, por lo que tratan de seguir siendo sin conseguirlo del todo. Pocas tendencias ideológicas se mantienen en esa tierra de nadie cultural, vacilando en una frontera que les impide el ingreso en una nueva época pero les cierra el retorno al hogar desguazado por la historia y por la derrota.

La propaganda de los misinos italianos, el partido que durante más tiempo pudo preservar ese espacio tan poco indulgente con sus electores y sus militantes, se hace eco de esa perpetua oscilación, y acaba convirtiéndose en una consigna que hará fortuna. Planteada en un mitin de Giorgio Almirante a comienzos de 1970, se imprime en los carteles para las elecciones regionales que debían celebrarse inmediatamente. Sobre un arco iris que refleja los colores de la bandera nacional, tres jóvenes —una muchacha con falda corta y escote amplio, un joven trajeado y un adolescente con cazadora y tejanos— avanzan hacia el espectador enlazados por el brazo, sonrientes, confiados, sin complejo alguno de ser

representantes de una cultura que parece invertir los valores que han movilizado a la sociedad italiana en los dos años previos. A sus pies, junto a las siglas del MSI, aparece la frase entusiasta: *Nostalgia dell'avvenire*.

«Tenemos nostalgia del futuro», había proclamado Almirante, recién llegado a la secretaría del Movimiento Social y en plena fase del espectacular crecimiento del partido neofascista. Se respondía, así, a una acusación vertida constantemente desde la cultura política de una república nacida al calor de la derrota, que insistía en presentar a los misinos como los sujetos de una Resistencia a la inversa, como los celadores de un anacronismo que recorría espectralmente una época que no le correspondía. La acusación se lanzaba, sin embargo, contra aquel sector de la misma militancia que trataba de mantenerse en los esquemas idénticos del *ventennio* mussoliniano, que aceptaban la misma exclusión que les adjudicaba la cultura oficial, convirtiéndola en un rasgo de pureza y en una identidad de apestados. La contradicción en los términos se convertía en una paradoja, destinada a sintetizar en una consigna la fusión entre las realizaciones del fascismo de entreguerras y las propuestas de una nueva extrema derecha, que deseaba proceder de la mezcla entre una identidad de fondo y su adaptación a las circunstancias que se habían cimentado en la derrota.

Este ensayo es un intento de comprender la trayectoria de esa síntesis de la única forma que me parece posible hacerlo: abandonando la minuciosa enumeración de los grupos de la extrema derecha europea, la obsesiva búsqueda de clasificaciones entomológicas, la taxidermia destinada a paralizar los gestos de una especie para estudiarla en las condiciones estériles de un laboratorio de ciencia social. Éste es un ensayo sobre la evolución de dos democracias europeas *a través* de la función que desempeña en su dinámica la cultura política de la extrema derecha. Es un intento de observar la forma en que esta corriente trató de instalarse en los ámbitos influyentes, en las mayorías gubernamentales, en las zonas de aceptación cultural de sistemas que se habían construido sobre el rechazo del fascismo. Creo que los intentos de explicar los movimientos de la extrema derecha al margen de la sociedad en la que se desenvuelve su acción hacen que tanto aquéllos como ésta resulten incomprensibles. La

importancia dada a los procesos políticos generales, incluyendo las pequeñas referencias hechas a la cultura literaria o cinematográfica, no son meras cuestiones de contextualización, sino la manera en que puede mostrarse la «congruencia» entre la cultura de cada época y las propuestas que se hacen desde el campo político estudiado.

La derrota del fascismo en 1945 supuso la destrucción de una *coalición* entre dirigentes empresariales, una élite cultural prestigiosa y unos sectores populares muy amplios, que le dieron al fascismo la consistencia de la base de masas indispensable para poder ser acogido en el proyecto político de una contrarrevolución que aparecía, al mismo tiempo, como *otra revolución*. El intento de construir una modernidad distinta pudo aprovechar las pulsaciones vanguardistas de creadores literarios que dieron prestancia al movimiento, de teóricos de las ciencias sociales que le dieron vehículos teóricos, de dirigentes empresariales que plantearon una organización de la producción coherente con los restos de los nuevos conflictos en las empresas fordistas, de sectores medios cuya ansiedad por la llegada de esta modernización necesitaba corregirse. El fascismo consiguió desenvolver todos estos factores en un solo proyecto heterogéneo, poliédrico, que tenía plena actualidad, a pesar de los intentos que se han hecho de arrojarlo a las tinieblas exteriores de la no historia, como si se tratara de una aberración accidental en el trayecto de nuestra cultura.

Desde el momento mismo de la caída de los regímenes fascistas, esta coalición quebró definitivamente. No se trató tan solo de una catástrofe militar, sino de la carencia de relación entre la oferta fascista y la demanda de la sociedad. Tras la experiencia límite de la Segunda Guerra Mundial, los procesos de crecimiento económico hicieron imposible que amplias masas populares desearan colocarse al lado de quienes se contemplaban como responsables de un régimen excepcional. Para los dirigentes de la economía, el fascismo resultaba una incómoda interferencia, que ni siquiera disponía de la utilidad de una defensa frente a la izquierda. Para los jóvenes nihilistas, la rebeldía encontraba su vigencia en otras causas menos desacreditadas: resultaba muy difícil que, después de Auschwitz, algún sector del rupturismo cultural pudiera contemplarse en el espejo del fascismo, como lo habían hecho tantos universitarios, escritores y artistas

del período de entreguerras. Tales intelectuales podían coquetear con modelos políticos que mantenían el silencio de las cárceles, de los campos de trabajo, de los sótanos de interrogatorios. Pero los regímenes del Este de Europa tenían la calidad de una *desviación* de un ideal que exaltaba, mientras Auschwitz era el punto lógico final de un proyecto que lo buscaba. Como lo indicó François Furet, fue la cultura del antifascismo la que permitió a los defensores impertérritos de regímenes sin libertad mantener una defensa intelectual del bloque soviético. Pero nadie se atrevía, ni siquiera en los ambientes conservadores, a defender al fascismo como una forma aceptable de anticomunismo.

Este trabajo intenta desnudar el cuerpo de una estrategia: el intento de la extrema derecha de instaurar una nueva coalición, en condiciones distintas a las del período de entreguerras y en las que, por consiguiente, su opción concreta tendrá una presencia menor. La extrema derecha no intentará llegar al poder en solitario para establecer el mismo régimen que imperó en los países fascistas. Su objetivo será configurar un espacio que destruya la democracia por cauces distintos, en una alternativa nacional-populista de la que formará parte. Sabiendo que no puede ser suficiente, la extrema derecha tratará de ser necesaria. Y, para hacerlo, deberá señalar que no aspira a esa reconstrucción de las dictaduras de entreguerras de que se le acusa. Desea superar el sistema construido en la inmediata posguerra para sustituirlo por un proyecto que establezca en el territorio moral europeo algunos principios esenciales de su cultura: el comunitarismo excluyente, la heterofobia, el antiparlamentarismo, el antiliberalismo, la destrucción de la democracia tal y como la conocemos; es decir, como un conjunto de procedimientos, pero también como un concepto de las relaciones entre personas equivalentes y de los derechos que posee cada individuo por el simple hecho de serlo.

La elección de Francia e Italia responde a dos criterios fundamentales. El primero de ellos es la importancia de estos países en sus propias experiencias fascistas anteriores a 1945, así como la fuerza que han ido adquiriendo en ellos los movimientos hoy instalados en diversas instancias de la influencia social. El segundo se refiere al carácter complementario de las trayectorias de estas naciones, no solo en lo que afecta a la extrema derecha, sino en lo que se refiere a la construcción de una cultura cívica con

rasgos diferenciados. En cualquier caso, la selección de dos democracias tan decisivas en el espacio occidental quiere subrayar que, siendo un elemento genérico, transversal, cosmopolita, la estrategia de la extrema derecha se realiza de acuerdo con unos principios, pero también en relación con unas condiciones concretas de desarrollo político que corresponde a márgenes nacionales. A esta elección deberá sumarse, por idénticos motivos, la que resultaba inviable incluir por la imposibilidad de construir un texto inmanejable: la República Federal Alemana. Necesaria para completar el cuadro propuesto, para sugerir análisis comparativos y para comprender los espacios estratégicos de la extrema derecha, Alemania habrá de esperar a un volumen específico que complete la reflexión iniciada aquí. Los ritmos diversos, la acentuación de uno u otro aspecto de la cultura radical, el éxito desigual de estas fuerzas y su nivel de impregnación de la sociedad en que se mueven se han hecho más comprensibles adoptando esta fórmula que presta una atención decisiva a los caracteres específicos de cada país, en lugar de establecer criterios genéricos que arrebatan contextos culturales distintos, frecuencias diversas, capacidades no homogéneas de impregnación de un ámbito de influencia.

El texto se ha dividido en dos partes, que corresponden a la fractura cultural producida en los años ochenta, una fractura sin cuyo estudio tampoco podría llegar a entenderse la aparición de una demanda social nueva, a la que los movimientos de extrema derecha tratarán de adaptar sus programas, intentando hacerse los verdaderos narradores del envejecimiento de las fórmulas de representación política creadas en la posguerra. Mientras la primera parte del libro estudia los intentos de renovar la coalición social de la Gran Derecha en el espacio de expansión y estabilidad que llegó hasta la crisis de 1973, la segunda parte plantea el perfil de una aparente «emergencia» de nuevos movimientos, inéditos y espectaculares, cuyos rasgos parecen comprenderse mejor en el delicado equilibrio entre una tradición y una atenta contemplación de la crisis de una sociedad fundada en el antifascismo.

A lo largo del ensayo he utilizado los términos «extrema derecha» y «nacional-populismo», reuniéndolos a veces en un solo sintagma. Me ha parecido innecesario entrar en una querella nominalista que vaya

desgranando las presuntuosas diferencias entre «derecha radical», «derecha extrema», «extrema derecha», «nacional-populismo», «neofascismo» o «posfascismo» cuando el estudio mismo señalará lo que me parece más importante en el desarrollo de esta corriente: aquellos grupos cuya pretensión es llegar a reconstruir la coalición que se desarrolló en los años de entreguerras y que saben que habrán de hacerlo con recursos estratégicos distintos a los utilizados en ese período. No creo que la extrema derecha sea la facción más conservadora de la derecha, sino que es *otra cosa*, que solo se plantea sus relaciones con el liberalismo conservador o la democracia cristiana en términos de instrumentalización, como única forma de llegar a las áreas de gobierno. La diferencia entre la extrema derecha y la derecha liberal no es de grado, sino de sustancia, de la misma forma que la distinción entre movimientos alternativos de la extrema izquierda y la socialdemocracia tiene ese carácter elemental. El uso frecuente del término nacional-populismo, en especial en la segunda parte del libro, se debe a la potencia comunicativa de estas palabras, que plantean dos aspectos fundamentales del discurso y la estrategia de la extrema derecha en nuestro tiempo: el rechazo de la democracia a través de la «verdadera representación del pueblo», y la exaltación de un nacionalismo de identidad esencial, inamovible, que designa perpetuamente los rasgos de inclusión y de exclusión, los factores de ciudadanía o extranjería, de una forma que el patriotismo constitucional nunca podrá hacer.

PRIMERA PARTE

INTRUSOS EN EL POLVO

«Recordaréis, Europa estaba en ruinas.» Las palabras de Jaime Gil de Biedma servían para destacar la nostalgia de una generación de infancia republicana y adolescencia franquista, que penetró el paisaje de su juventud con los ritmos melancólicos de la canción francesa. Era cierto: en la Europa derribada por la inclemencia de la guerra, los despojos de la cultura democrática podían inspirar todavía a un poeta de la generación de los cincuenta. En la solemnidad de las piedras descompuestas, en el rubor del óxido flanqueando las estructuras metálicas, bajo la palidez sucia del cielo invernal de 1944, Europa estaba en ruinas. Los escombros no son solo los de la materia envilecida por la destrucción, descompuesta por la avidez de las armas, cicatrizada por las líneas que fracturan las paredes que se levantan solitarias, con aire de ausencia, sin significado. La infección moral de Europa se manifiesta en aquel mismo año, cuando los campos de exterminio van siendo liberados y por su puerta asoman los gestos de una experiencia terrible, incomunicable, silenciosa. Los cuerpos vulnerados salen de nuevo al espacio libre y lo impregnan de un testimonio demoledor sobre las limitaciones de la civilización europea. Los rostros disminuidos por el hambre, los ojos atónitos, la mirada ensanchada por el miedo: las caras se mantienen en una falta de interés por lo que les rodea, en un mundo que se ha hecho incomprensible tras la experiencia vivida en contacto tan estrecho con la deshumanización. Los campos han hecho su trabajo: en ellos se agolpan objetos inertes, conjuntos biológicos, pequeños organismos que siguen realizando sus tareas en la penumbra de sus complejos rituales celulares. El campo los ha acostumbrado a dejar de ser personas, aunque poco a poco, cuando los ojos se acostumbran a la nueva luz, su personalidad adquiere un nuevo vigor, y quienes sean capaces de expresarlo lo relatarán en las páginas de testimonios lúcidos, apesadumbrados, con el privilegio atroz de haber tocado la intimidad de una cultura que afirmaba su humanismo, su defensa de la libertad, incluso cuando conducía al exterminio a quienes habían dejado de ser personas para los propietarios raciales de la sustancia del ser humano.

La llamada Gran Guerra había atestado el escenario europeo de argumentos malévolos. La frustración había hecho que una generación golpeada por las incertidumbres finiseculares mudara la piel en las trincheras. Había tratado de rejuvenecerse, de adaptar su edad al acontecimiento vital y letal de una época. Había tratado de acompasar su existencia al ritmo implacable de una carnicería que sellaba el final de un tiempo, que lo aniquilaba en una vorágine de devastación para dar la impresión física de un nuevo comienzo. Y sabemos hasta qué punto fueron testigos, verdugos y víctimas de aquella sinfonía que ordenaba el tono de la muerte y de la supervivencia degradada. Sabemos cómo les exaltó el contacto permanente con la presencia de la muerte: la provocada por uno mismo, la contemplada en los camaradas desmenuzados por las bombas o enloquecidos por el gas, la temida en la visión de las oleadas de adversarios al asaltar las fortificaciones que se hundían en la tierra viscosa de los campos de batalla. Algunos de ellos convirtieron esa experiencia en un modo de vida, crearon un material ideológico que correspondía a las necesidades de quienes habían sentido, al mismo tiempo, el horror por el peligro y la fascinación por la violencia, por su impunidad, por su descarnada manera de indicar un camino alternativo de liberación.

La Segunda Guerra Mundial no da lugar a esos escenarios estéticos, quizá porque la estética ha sido utilizada para configurar la expresión de un orden comunitario perverso. Pueden crearse espacios de solidaridad de los combatientes, pero nunca exaltar la matanza como una expresión de la vitalidad del organismo instintivo en proceso de liberación, como se ha hecho después de la Gran Guerra. El primero de los grandes conflictos ha podido verse como un hecho deshumanizador en sus consecuencias. Lo que ha ocurrido en la Segunda Guerra Mundial está asociado a una deshumanización buscada como objetivo. La guerra ha sido el escenario que ha permitido la realización de la utopía nazi, lo que ha hecho posible su normalización, lo que la ha convertido, para decirlo con la abyecta manera de expresarse de Le Pen, «un pequeño detalle de la historia». Ese pequeño detalle, como puede suceder en el trabajo de los genios del arte y de la literatura, constituye el elemento sustantivo de la obra. Esa pequeña nota hace que la melodía suene precisamente de esa manera, que tenga esa

familiaridad para los oyentes, que pueda identificarse. Los campos del honor se han embrutecido de una forma muy distinta a lo sucedido en 1914-1918. La guerra ya había perdido en aquel primer episodio buena parte de su brillantez caballeresca. En 1945, la guerra ha incluido, como parte de sus gestos, el cumplimiento de un proyecto de exclusión que concluye en el exterminio.

Por ello, en 1945 se interrumpe una fase de la historia europea, que vuelve los ojos a las condiciones culturales que han hecho posible las dictaduras fascistas y el exterminio racial. Quienes han ganado hablan en nombre de la civilización, aunque sus manos se hayan ensuciado y las de algunos de ellos continúen asesinando en silencio, en nombre del progreso y en favor de la Historia. Quienes han vencido, los aliados de 1945, pueden hablar en nombre de la humanidad, superando la tentación de tomar la palabra en nombre de las potencias ganadoras. La fisura moral de 1945 es tan evidente que a nadie se le ocurre plantear una rectificación de su elemento más sustantivo: la afirmación de la democracia, la identidad de una tradición que se considera insuperable porque no alude a mecanismos de representación, sino a la idea misma que los demócratas se hacen de lo que es un ser humano, de su libertad, de su universalidad, de su irrevocable diferencia, de su vida irrepetible. La crisis moral provocada por el conflicto y los escenarios del exterminio pasan a formar parte de una memoria colectiva, que se construye con experiencias individuales constantemente matizadas, enriquecidas, alimentadas con nuevas revelaciones que no hacen más que confirmar el objetivo de defender la democracia como forma de vivir. El júbilo parisiense de 1944 parece resumirlo cuando todos entienden que entonces empieza una nueva época, cuya juventud no procede de la falta de experiencia, sino de todo lo contrario: de una vejez ya sufrida, de una edad tardía ya palpada, de una esclerosis moral que no quiere volver a observarse.

Esa alegría se tensa en toda Europa acompañándose, en los siguientes treinta años, de lo que viene llamándose el «milagro económico». La convivencia entre democracia y bienestar parece desterrar la elección entre el orden y el progreso, entre la seguridad y la libertad, entre el estómago y el corazón que ha parecido ser la ansiosa alternativa de un continente

durante la primera mitad del siglo. La seguridad y la libertad se convierten en expresiones normales de la misma naturaleza humana, que la modernidad no hace más que precipitar en un espacio social determinado. Durante todos estos años, buena parte de quienes han creído que el fascismo resolvía sus problemas se acogen a una transustanciación ideológica que devuelve a los europeos al campo de la democracia. Una parte de la sociedad, sin embargo, continúa creyendo que ese camino es algo más que una carretera deformada por las imperfecciones del trazado: para ellos, se trata de un camino que no lleva a ninguna parte, o que solo conduce a la decadencia. Durante esos treinta años que los franceses llamarán «gloriosos», la extrema derecha tratará de instalarse en toda Europa. Lo hará, en especial, en aquellos países donde ha tenido una base de masas que desea volver a encontrar. En Francia, en Italia, buscará la forma de establecer un espacio primitivo, desde el que ir ofreciendo una nueva plataforma cultural, cuya identificación con el período de entreguerras se base en la negación de los principios de la Ilustración, de las ideas con las que se ha construido el proyecto moderno. Durante los primeros treinta años que siguen a la guerra, sus esfuerzos resultarán vanos, aunque no sean insignificantes. Durante todo ese tiempo, serán intrusos en el polvo provocado por las ruinas y que volverán a provocar los procesos de urbanización acelerada en los años cincuenta y sesenta. Sin embargo, no serán cadáveres momificados, observados como una curiosidad arqueológica. Serán actores sociales vigentes, actualizados, empeñando su sorprendente tenacidad en una lucha por devolver a la extrema derecha su sentido de pertenencia, su patria, su legitimidad.

1. FRANCIA: VEINTICUATRO AÑOS EN LA VIDA DE UNA NACIÓN (19441968)

El malentendido. Las ambigüedades de la Liberación y los inicios de la IV República

A primera hora de la tarde del sábado, 26 de agosto de 1944, el general Charles de Gaulle cruza el corazón del París recién liberado. La capital ha querido despojarse ella misma de una ocupación que ha vivido en los cuatro últimos años. No ha esperado a que la liberen las tropas aliadas, de acuerdo con la lógica estricta de un diseño de interés militar. Al levantarse contra la guarnición alemana, París desea sumar una pieza más al mito de la Francia combatiente. Quiere igualar su destino al de las naciones triunfantes, al de las potencias salidas del conflicto, en lugar de ser uno más de los países reconquistados y convertidos en zonas de maniobras para la estrategia geopolítica de la posguerra. Apenas han acabado los combates callejeros, cuando Charles de Gaulle camina un largo trecho en los Campos Elíseos, tras haber encendido de nuevo la llama al soldado desconocido bajo el Arco del Triunfo. El homenaje ritual adquiere un sentido menos anónimo cuando el calor petrifica las flores que yacen para honrar a las víctimas recientes, identificadas, jóvenes concretos que han perecido en el último combate de la capital cuando tal vez no tenían edad para defenderla en 1940. La «orgía de fraternidad» que sigue a la Liberación de la capital, utilizando los términos con que Simone de Beauvoir describe el panorama emocional del momento, se expresa también corporalmente, en una promiscuidad entre liberadas y liberadores que llega a escandalizar a algunos grupos católicos,[1] pero que despierta la nostalgia inútil de una Colette envejecida, capaz de escribir, mientras contempla la ciudad atestada de deseo y de ternura: «Felices los que estaban fuera de sí».[2] París no habrá corrido la suerte de Varsovia, abandonada durante semanas a un combate desigual, que Hitler convierte en la desesperada crueldad de un animal acorralado. La guarnición del general Von Choltitz se entrega o huye, haciendo acopio de

objetos de valor, dejando atrás a algunos milicianos, reaccionarios sin causa, que prefieren morir por una certeza a vivir bajo el sufrimiento de una incertidumbre. Desde luego, el levantamiento de las Fuerzas del Interior, de los *fifis*, se puede mantener gracias al auxilio de la 2.ª DB del general Leclerc, cuyos tanques Sherman son indispensables para hacer frente a los blindados germanos. Poco importan las objeciones del jefe de la expedición aliada, general Eisenhower, cuando lo que está en juego es mucho más que la protección del flanco del ejército conjunto. El valor simbólico y el precio político suponen una ganancia de mayor peso, a la que los dirigentes de la Francia Libre no pueden renunciar, como no lo harán cuando la tierra adquiera la consistencia emotiva de una rectificación de la historia: por ejemplo, cuando se trate de la ocupación de Alsacia o de la negativa a abandonar Estrasburgo en plena ofensiva de las Ardenas. En cada una de estas decisiones, destinadas a marcar el ámbito de la *propia* lucha, se encuentra la posibilidad de que Francia actúe como país independiente, nunca como simple zona liberada, como una parte informe del imperio continental nazi desguazado por los angloamericanos. Se encuentra, por tanto, la reivindicación de una posición en el futuro, junto a la defensa de una interpretación interesada de la derrota de 1940. Como lo indica una historia clásica de la IV República, el paseo de De Gaulle en agosto de 1944, como sus palabras el día de la Victoria al año siguiente, consiguen proporcionar a los franceses una ilusión que es, al mismo tiempo, un espejismo y una esperanza. Borrar la humillación de 1940, claro está: pero, también, arrebatar a esa fecha su significado, que contenía mucho más que los elementos de un desastre militar, para convertirse en el certificado de una defunción cultural.[3]

La Liberación debe tener los perfiles de la capital, sin los que el rostro de una Francia progresivamente emancipada carece de expresión. París sin los alemanes, por decisión y acción de los franceses, se presenta como el rescate de una soberanía, como el testimonio de una continuidad vital solo provisionalmente interrumpida por el episodio de *una* derrota que no ha sido *la* derrota. París liberada por sus propios ciudadanos, con el refuerzo de tropas cuya variopinta apariencia no oculta su naturaleza, significa devolver una función a Francia como país que no ha dejado de luchar,

negando las condiciones de la rendición y la tremenda abdicación de Vichy. Se trata de la exaltación de la Francia *ocupada*, que nada tiene que ver con una Francia *aliada* de los intereses del Tercer Reich durante cuatro años. La Francia que no negocia con los aliados una transición política desde la legitimidad de Vichy es, al mismo tiempo, una restauración y un porvenir en marcha. Es la presencia de la Francia que lucha desde el inicio de la guerra misma, sin haber aceptado el reajuste de su satelización, manteniendo su legitimidad como país independiente más allá de la farsa del «Estado Francés» creado por las autoridades sumisas a Berlín. Significa, además, dotarse de los ingredientes indispensables para el futuro difícil que se acerca, saltando del precario territorio de las naciones rápidamente vencidas para colocarse en el lugar privilegiado de los cuatro grandes vencedores.

Los pasos de De Gaulle por el centro de la ciudad parecen pautar ese sentido. Y su resonancia lo sostiene sobre los adoquines de una ciudad mártir, damnificada por los combates, cuya violencia sirve para desmentir la vida ordinaria de los últimos cuatro años, la vida normalizada que quiere acentuar la propaganda del ocupante. En mayo de 1944, muy poco antes del desembarco en Normandía, en el teatro Vieux Colombier se ha estrenado *Huis clos*, la obra de Jean-Paul Sartre puesta en escena por Raymond Rouleau y Gaby Sylvia. El colaboracionista Pierre Drieu La Rochelle, que asiste a la representación de la obra en compañía de su última amante, redactará algunas notas desdeñosas en su diario.[4] Poco después de la llegada de las tropas aliadas a las playas francesas, Albert Camus realiza ante la crítica el preestreno de *Le malentendu*, en Les Mathurins. La obra de Camus será un fracaso, con un público furioso contra lo que considera un basto melodrama de intriga, torpemente enhebrado, sin que los aplausos valerosos de los amigos de Camus ni el coraje de la jovencísima actriz María Casares consigan salvar el desastre. Curiosamente, un crítico alemán, Albert Buesche, que ya ha saludado *Huis clos* en las páginas del *Pariser Zeitung*, elogia la profundidad de ideas de la obra de Camus, aunque reconozca su carencia de habilidad argumental y proteste por los excesos de la actuación de María Casares.[5] Resulta algo chocante el estreno de dos autores de referencia para la lucha contra el fascismo en el París donde,

todavía, la sombra de la esvástica es alargada. Resulta aún más curiosa esa promiscuidad entre la crítica mordaz o indulgente del colaboracionismo y la obra de los antifascistas notables. La impresión de beatitud que podría dar esta imagen queda desmentida por la trayectoria del propio Camus, que solo tres semanas más tarde habrá de abandonar la capital en bicicleta para refugiarse en Verdelot, tras la detención por la Gestapo de uno de sus contactos en la Resistencia. Otros datos pueden señalar la contradicción de la imagen de convivencia. En el salón de la americana Florence Gould, pueden encontrarse oficiales alemanes, escritores germanos simpatizantes del fascismo como Ernst Jünger, colaboracionistas como Pierre Benoit o Marcel Jouhandeau, o activistas de la Resistencia como Jean Paulhan o Marcel Arland —algo que podría dar la imagen de una frívola coexistencia intelectual al margen de los acontecimientos—; sin embargo, Gaston Gallimard deberá sacrificar a algunos autores como Malraux o Aragon, para salvar la edición de quienes pueden salvar la censura alemana: Gide, Valéry, Saint-Exupéry. La violencia con que se expresa la prensa de la Colaboración al referirse al editor no se edifica con la delicadeza de cristal de aquellas veladas literarias.[6] Sin embargo, para que París adquiera la reputación de una ciudad que ha resistido necesita ir más allá. No bastan los escenarios que utilizarán Beauvoir o Kessel para poner títulos a sus novelas: no basta «la sangre de los otros» ni «el ejército de las sombras». No basta la violencia del atentado personal seguido por las represalias. Ahora, se necesita la sangre propia, que se vierte a raudales en el combate abierto. Se necesita el ejército que combate a la luz del día, en el rango de un heroísmo menos circunspecto, más convencional. Se precisa algo que plantea Camus en un artículo escrito sobre el terreno y publicado en *Combat* el mismo 24 de agosto: «Una vez más, hay que comprar la justicia con la sangre de los hombres». La semana de combates parisienses, que culmina y sintetiza la labor llevada por la Resistencia, ha tenido esa resonancia purificadora. Los muertos que han ido sembrándose en las esquinas y los bulevares no son las víctimas de los bombardeos aliados del mes de abril, cuyo martirio es aprovechado por el gobierno de Pétain para organizar un acto en Notre Dame, y para que el Mariscal clame contra la barbarie de los aliados ante una extensa y furiosa multitud, que habrá de vitorearle semanas antes de

aclamar a su principal adversario. La sangre vertida ahora, no en forma de un objetivo militar perteneciente al Reich, sino con la voluntad de participar en la lucha contra el fascismo, sirve para eliminar cualquier asomo de la «complicidad con las situaciones» que ha aletargado la conducta de demasiados ciudadanos. Consciente de esa apariencia adquirida, de esa costumbre que toma los contornos de una convicción, Sartre escribirá en *La France Libre*, en 1945, lo que significaba vivir a la sombra de ese enemigo que ha decidido la cohabitación. Se ve obligado a recordar que, aunque los alemanes se comportan con corrección, aunque la vida continúa con su tediosa apariencia cotidiana, los amigos dejan un día de responder al teléfono, sus apartamentos están desiertos y se escuchan los alaridos que provienen de las oficinas de detención de resistentes, en la avenida Foch o de la calle Saussaies. Esta violencia concreta se define, sin embargo, por la existencia de una masa informe de espanto que la rodea, y que llega a perder la fisonomía de los torturados para adquirir el agregado de deformidades de un fenómeno inmoral:

> El horror parecía estar fuera, en las cosas. Podíamos olvidarnos de él por un momento, apasionarnos por una lectura, una conversación, un negocio, pero siempre volvíamos a él, y advertíamos que no nos había abandonado. Calmo y estable, casi discreto, teñía tanto nuestros ensueños como nuestros pensamientos más prácticos. Constituía a la vez la trama de nuestras conciencias y el sentido del mundo. Hoy, que se ha disipado, sólo vemos en él un elemento de nuestra vida; pero, cuando estábamos sumergidos en el horror, se nos había hecho tan familiar que a veces lo considerábamos la tonalidad natural de nuestros estados de ánimo. ¿Se me comprenderá si digo que era a la vez intolerable y que nos adaptábamos muy bien a él?[7]

Como si el carácter deseara expresarse en la forma y en los gestos, Charles de Gaulle eleva su figura por encima de las de los jefes del Consejo Nacional de la Resistencia, de los generales, de los caudillos del interior y los compañeros del exilio. Su estatura moral parece copiar su rara corpulencia física, que edifica un punto de referencia por encima de sus acompañantes. Sobre los dirigentes, pero también sobre la multitud, el general De Gaulle ha comenzado a proyectar una altura a la que no resulta fácil llegar, pero que dispone de la fuerza gravitatoria de un campo

magnético, capaz de definir por su proximidad el camino acertado de los franceses en aquellos años difíciles o las diversas formas de haber esquivado el deber de una época. El hombre del 18 de junio, el solitario enfrentado a la jefatura del ejército, condenado a muerte en rebeldía por las autoridades de Vichy, aparece ahora como el monarca que ha preservado en el exilio las cualidades morales del reino en descomposición. De Gaulle se ha negado a aceptar la «fuerza de las cosas» en 1940. Ha repudiado ese realismo en el que Pétain y Laval tratan de tejer una coartada para hacer frente a la opinión de la Historia y a la sentencia del Tribunal de Justicia. De hecho, Pétain y Laval forman parte de una opinión amplia, incluso mayoritaria en el seno de la Francia vencida, que se encarna en su conducta, aunque evite su destino final gracias a un progresivo y sincero cambio de orientación, a medida que los hechos militares van apartando a los ciudadanos de un fatalismo degradante. Esa posición de entrega a los hechos es, en el mejor de los casos, sin tomar en cuenta ni siquiera a los activistas del fascismo de antes de la guerra, la actitud de quien asume las circunstancias como una condición de la existencia. Es la actitud de quien hace de ellas el verdadero sujeto que opta, la voluntad auténtica que transforma, el poderoso territorio de la libertad. Cuando recuerda la conducta de algunos mariscales del imperio napoleónico, que pasan a servir a Luis XVIII para acogerse luego a la efímera gloria de los Cien Días, Chateaubriand describe esa tiranía de los hechos sobre la disciplina de la voluntad: «los acontecimientos crean más traidores que las opiniones».[8] De nuevo, será Sartre quien diseñe con contundencia y brillantez el perfil de un colaborador que defiende su *posición* como un lugar donde se encuentra y que no ha elegido:

> Infinidad de veces he percibido en los más honrados profesores de historia, en los libros más objetivos, esta tendencia a glorificar el hecho consumado simplemente porque está consumado. Confunden la necesidad de someterse al hecho, en su condición de investigadores, con cierta inclinación a aprobarlo moralmente, en su condición de agentes morales. Los colaboradores abrazaron por su cuenta esta filosofía de la historia. Para ellos la dominación del hecho va acompañada de una creencia vaga en el progreso, pero en un progreso decapitado, pues la noción clásica de progreso nos acerca indefinidamente a un término ideal. Los colaboradores se consideran demasiado positivos para creer sin pruebas en semejante término ideal y, por consiguiente, en el sentido de la historia. Pero, si bien

> rechazan en nombre de la ciencia tales interpretaciones metafísicas, no abandonan por ello la idea del progreso, y éste se confunde con la marcha de la historia. [...] El realismo disimula aquí el temor a desempeñar el oficio de ser hombre —oficio obstinado y limitado que consiste en decir sí o no según ciertos principios, en «emprender sin esperar, en perseverar sin tener éxito»—, así como un apetito místico de misterio, una docilidad frente a un futuro que uno renuncia a forjar y que se limita a augurar.[9]

De Gaulle aparece como el hombre que ha dicho «no» a los acontecimientos y, de esta forma, se presenta como un creador de acontecimientos distintos. Ha mostrado que los franceses tenían, ante ellos, una opción más que un destino. Esa negación hace del general un activista de la historia, no un mero lugar donde ésta sucede. El valor añadido de De Gaulle reside en haberse negado a aceptar la arbitrariedad del ocupante pero, sobre todo, en haber rechazado la resignación del ocupado. Tras esa resignación no se oculta solo el miedo, sino una forma desdichada de entusiasmo, que se corresponde con el prestigio de las ideas antidemocráticas en la Francia anterior a la guerra mundial. Más allá de esos «colaboradores» distinguidos, cuyos nombres poblarán la historia de la Depuración con la obsesiva furia de un miniaturista, se encuentra una masa social que ha ido rechazando los principios de 1789, los ideales de la libertad, del parlamentarismo, de los derechos del individuo y de las virtudes republicanas. Para esas personas, la derrota de 1940 es, al mismo tiempo, un síntoma y una expiación. La fuerza del general que pasea por los Campos Elíseos en las primeras horas de la tarde de un sábado de agosto reside en haber expulsado esa impregnación del fascismo de la cultura francesa, aunque para ello tenga que atribuir su existencia a la fiebre de un contagio, a la presencia alemana y al episodio de la Colaboración. La ideología se convierte así en una conducta delictiva, en un tentáculo de ese horror externo al que se refería Sartre. La captación de los culpables en ese esquema valorativo permitirá la absolución de amplias capas de toda una sociedad, sin la que el juego sinuoso de Vichy nunca habría podido adquirir legitimidad. De Gaulle y lo que él representa hacen de los cuatro años vividos bajo la Ocupación una experiencia que los verdaderos franceses no han aceptado ni han deseado. No se ha vivido *en* el nuevo régimen, sino *bajo* las condiciones de una derrota y de una traición. Esos años no pueden

pasar a la historia como el triunfo de una visión de la política sobre otra, de una adhesión al fascismo o a la democracia como opciones que se toman en el marco de una elección condicionada. Tienen que ser los años en que esa libertad de escoger desaparece: Francia no ha elegido, aunque algunos franceses lo hayan hecho, perdiendo su propia nacionalidad como resultado de una decisión que pone en un lado la cultura política francesa, su tradición y su significado, y en el otro, la inversión de esa cultura: la ideología fascista.

Esta libertad de elección debería convocar, automáticamente, la legitimidad del castigo a quienes han tomado una decisión equivocada. Las cosas no son tan sencillas. No solo por la oportunidad de una tarea purificadora que impediría, de realizarse con un rigor notarial, la reconciliación de los franceses, el vigor de la victoria y la consolidación de unas nuevas instituciones. Esta interpretación que redime la falta de resistencia —y, en buena medida, las formas suaves de colaboración— es determinante, al evitar una depuración que podía haber llegado a bloquear la maquinaria administrativa y que habría creado, por puro instinto de supervivencia, un amplio espacio de solidaridad contra la persecución, base de un operativo político neofascista. Junto a esta consideración, se encuentra la propia complejidad de la convivencia con el estado de cosas de la Ocupación, que no se resigna al trazado de líneas divisorias concluyentes. Es fácil distinguir entre el miliciano de Vichy o el militante del Partido Popular Francés, por un lado, y los redactores de *Combat* o los miembros de cualquiera de los grupos que van unificándose en el Consejo Nacional de la Resistencia, por otro. Entre los dos extremos, la gran mayoría de los franceses se encuentra en una posición heterogénea y dinámica. Las percepciones de la derrota tienen que ver con los espacios de sociabilidad y las preferencias ideológicas previas a la guerra, con la violencia o cordialidad de las autoridades concretas bajo las que se vive, con la experiencia de las pérdidas personales en el frente, en los campos de prisioneros o en el Servicio de Trabajo Obligatorio. Tiene que ver, además, con la propia marcha de la guerra, que va alterando las posiciones y las conductas, en la medida en que va radicalizando el régimen de Vichy, va exasperando a los ocupantes y va proporcionando motivos de esperanza a

los opositores, añadiendo turbación a quienes han aceptado infinitos niveles de normalización de la Francia satelizada. Las noticias sobre la guerra incrementan el empuje de la Resistencia, su prestigio y su capacidad de seducción, pero la misma inseguridad del ocupante va incrementando su desconfianza y su brutalidad. En este marco móvil, cenagoso, que difumina los rasgos de buena parte de la ciudadanía, la patria de la Colaboración va estrechando su territorio, mientras se produce una gigantesca migración hacia la zona combatiente. Tal vez en ello se encuentre, más que la inmoralidad de los protagonistas, la sobria ironía de los acontecimientos. Situaciones como las que ha vivido Francia durante la Ocupación no se sostienen nunca sobre un juego binario cuya oposición sea clara y mutuamente definitoria. Los dos entusiasmos complementarios que algunos lectores de la historia desearían ver como únicas realidades, el entusiasmo del colaborador fascista y el entusiasmo del combatiente de la Resistencia, quedan separados por una inmensa tierra de nadie y de todos, un extenso espacio de matizaciones, de tonalidades que van acercándose a uno u otro extremo, y que se modifican en función de los hechos. Lo mismo se da con la adhesión al fascismo en Italia o Alemania, donde la medición del consenso debe graduarse con cautela, asignándole más elementos existenciales que recursos ideológicos inmaculados, más experiencias concretas que convicciones en estado puro.[10]

La progresiva hostilidad al régimen de Vichy no es una prueba de cinismo, sino de la complejidad de la sociedad europea en su relación con la democracia en los años que cruzan las dos guerras mundiales. Y, en buena parte de las conductas, el compromiso principal de los franceses es el que se expresa en su voluntad de vivir, tras el trauma de junio de 1940; en su deseo de continuar, de perseverar en una existencia cotidiana que solamente se pondrá en peligro cuando las circunstancias personales lo requieran o cuando un estado de ánimo generalizado lo aconseje. El repliegue sobre un recinto de pequeña sociabilidad, la vuelta a un espacio de afirmación individual, de búsqueda y defensa de la «pequeña libertad», de supervivencia concreta al margen de la sucesión de acontecimientos incontrolables, pueden explicar la manera en que la gente se aferra a las circunstancias sin sentir que traiciona ideal alguno. El error del juicio

retroactivo, que trata de comprender líneas de demarcación intachables, se basa en una visión de la existencia de los individuos y de sus criterios de acción de acuerdo con la marcha de las grandes cuestiones públicas, como si su experiencia personal fuera idéntica a la que se constituye como proceso colectivo. Por el contrario, la actitud de millones de franceses se enfundó durante años en esa dualidad entre la vida privada y los grandes espacios de la política nacional, afirmando la primera por la seguridad de no poder decidir sobre los segundos. La salida al exterior que se irá realizando a partir de 1942, rompiendo los límites de las áreas de una experiencia vital más reducida, pero también más libre, más protegida o más ajena, se produce en momentos excepcionales, cuando se cree pulsar una identificación entre ambos niveles, cuando el individuo no cree hallar una escisión entre su vida y la de los demás: es decir, cuando ese espacio general se constituye como una parte necesaria para la propia existencia, que exige la participación en un ámbito comunitario para dotar de significado idéntico a la biografía y a la historia. La actitud colectiva favorable a la Liberación depende de la esperanza de cambiar las cosas rápidamente, sin ver en ello una utopía ejemplar, pero inimitable. Al comentar la actitud de De Gaulle, un escritor tan fiable como Mauriac escribirá que su gesto es tan hermoso como inoperante. A comienzos de 1944, un paquete con ejemplares de *Combat* llegó a manos de un comerciante parisiense por azar. Presa de terror, el receptor del indeseable mensaje fue a denunciarlo a las autoridades alemanas que, desconfiando de su actitud, lo detuvieron. Con un sentido amargo del humor, que delataba lo ridículo de la situación, Albert Camus señaló a Jacqueline Bernard: «Ya lo ve, es tan peligroso no resistir como hacerlo».[11] En 1940, un hombre de la derecha liberal como Paul Reynaud niega la concesión de poderes especiales a Pétain, mientras que un centrista democristiano como Robert Schuman vota a favor, lo que no le librará de una existencia incómoda a medida que se aleja de la consolidación del régimen de Vichy. A Léon Blum, juzgado por las autoridades petainistas, no se le ocurrirá reprochárselo en 1947, cuando el dirigente del Movimiento Republicano Popular es elegido primer ministro con los votos de la SFIO. Sin embargo, el Partido Comunista, que en 1940 se encuentra en la ilegalidad por haber

apoyado el acuerdo entre Hitler y Stalin, y algunos de cuyos dirigentes acarician la esperanza de un trato especial de sus extraños compañeros de la cama geopolítica, recibirán a Schuman al grito de *«boche!»*.

Las anécdotas, a las que podrían sumarse tantas como días de Ocupación se sufrieron en Francia, señalan las dificultades para inculcar la propia posición personal en la marcha del tiempo. El sentido de la historia debe cobrar una evidencia moral más amplia, que cubra también las miserias del pragmatismo. Las difíciles elecciones del momento pueden deducirse de las declaraciones del coronel Rémy, uno de los colaboradores más cercanos a De Gaulle en el exilio londinense, que señalará, en 1950: «Francia necesitaba en 1940 tanto al mariscal Pétain como al general De Gaulle».[12] A pesar del escándalo de las declaraciones, rápidamente desmentidas por el entorno gaullista, éstas formaban parte del movimiento de revisión que se estaba produciendo en los años de la guerra fría y que trataba de ganar a esa zona de opinión conservadora para la que el vichismo contenía un hálito de resistencia. Rémy lleva más allá de la compasión los criterios de una reconciliación nacional, cuando la legitimidad del régimen aún se basa en el compromiso nacional contra la Colaboración. Por tanto, los grados de desautorización proceden de un examen estratégico más que de una posición de principio. Incluso la euforia desatada en los días de la Liberación contiene un cálculo reflejo de fuerzas por parte de quienes participan sinceramente de la alegría. Quienes se manifiestan abiertamente en agosto de 1944 no están cometiendo más transgresión que la que procede de los excesos de su conducta liberada. Incluso quienes combaten en los días que siguen al 6 de junio de 1944, o quienes ayudan a la Resistencia tras la invasión por los alemanes de la «zona libre» en noviembre de 1942, podrían preguntarse qué les ha impedido hacerlo previamente. Tal vez ellos se lo hayan preguntado. Tal vez la historia lo pregunta ahora. Lo que es seguro es que, en aquellos días, la pregunta quedó silenciada, por la necesidad de querer llevar la línea de demarcación moral algo más lejos. Por desear abarcar un espacio mucho más amplio del de quienes desde la misma destrucción de la democracia habían dicho «no». El campo de la Colaboración queda, pues, piadosamente atribuido a quienes acaban también negándose a aceptar la fuerza de las cosas, a quienes también

niegan la marcha inexorable de la guerra, a quienes se empeñan en acompañar a Alemania en su *Götterdämmerung*. La República, una palabra que Pétain ayuda a consagrar a través de su desprecio —solo la insistencia de Laval hará que el término aparezca en el proyecto constitucional de comienzos de 1944—, acoge a los resistentes sin comprobar su antigüedad, sin valorarlos de acuerdo con el momento en que parecen haber recobrado su lucidez democrática. Si, para algunos, el patriotismo consistía en evitar la destrucción definitiva de Francia manteniendo una subordinación al poderoso Tercer Reich; si para la mayoría la suerte estaba echada en contra de la democracia y podía vivirse recaudando motivos para la resignación, el patriotismo exige ahora romper los vínculos con la amistad alemana y demostrar que la Resistencia y la República son términos equivalentes. Que Francia y el antifascismo se identifican. Una Francia que posee la dignidad de una experiencia clandestina, de una lealtad de tiempos difíciles, que, al rechazar la pérdida de su independencia, rechaza la legitimación ideológica bajo la que ésta se produce.

De Gaulle cuenta con las características más oportunas para hincar aquella negativa inicial en el corazón de Francia. Es un conservador, un oficial que ha ascendido rápidamente a general, en vísperas de la derrota. Un hombre que no habrá de enfrentarse al fascismo desde las posiciones del Frente Popular precisamente. Su antifascismo responde a la bandera que enarbolan ahora los ocupantes extranjeros, continuadores de la reiterada marea que viene del otro lado del Rin, ya sea en la forma de Bismarck, en la de Hindenburg o en la de Hitler. Lo insustituible de De Gaulle es la forma en que encarna la fusión entre una tradición y un futuro, entre la memoria y el proyecto. Sus actos aparecen como siempre deben hacerlo los grandes procesos históricos: como una fractura, pero sólidamente anclada en un acopio de experiencias, una anticipación que se construye con los materiales del recuerdo. ¿Alguien más podía representar en Francia el modelo de quien había hecho buena parte de su carrera militar en la III República, ascendiendo en una institución custodia de las tradiciones patrióticas; de quien había velado las armas observando las novedades del frente y advirtiendo sobre las necesidades de la defensa nacional? ¿Alguien mejor que ese curioso general, teóricamente alzado por encima de las

diferencias de partido, pero en modo alguno indiferente a la política, a la gran política restauradora de la unidad nacional frente a las agrupaciones de notables que habían procurado su decadencia, aunque no menos frente a un partido comunista que podía pasar a identificarse con la totalidad del antifascismo?[13]

Pétain ha sido el gran instrumento de la entrega a los ocupantes: el Mariscal, el héroe de Verdún, el héroe de un «no pasarán» muy distinto al de la guerra civil española, puede presentarse ante sus conciudadanos que dudan como una justificación: el ejemplo de Pétain alimenta la resignación. Si el Mariscal no resiste, ¿quién puede hacerlo? La legitimidad de Vichy solamente podía basarse en esa aceptación de que Francia sigue existiendo en la parodia del Estado Nacional. Por eso, la astucia del Tercer Reich, nunca su generosidad, aconseja la tolerancia hacia ese régimen de polichinelas siempre ávidos por agradar a los nuevos amos del continente. Para tantos franceses: funcionarios, oficiales, diputados o simples ciudadanos que no resisten, la Francia de Pétain, de haber existido a solas, habría sido una esperanza perversa, buscando un lugar al sol del Nuevo Orden nazi. El gesto de De Gaulle evita esa uniformidad: su juicio en rebeldía y su condena a muerte por el régimen de Vichy expresa la irritación de los «revolucionarios nacionales» de Pétain, para los que la negativa de un hombre como De Gaulle adquiría mayor gravedad que la de los políticos leales a las instituciones difuntas. Porque Vichy desea expresar una continuidad con la esencia de Francia desvirtuada por la podredumbre de la III República, repudiada desde todas partes, sea por su claudicación, sea por su naturaleza democrática, responsable última de la decadencia y de la derrota. La historia interna de Vichy se mueve al ritmo de los acontecimientos, al ser ella misma el producto más obvio de una subordinación a los acontecimientos. Los combates entre «blandos» reaccionarios y «duros» partidarios de una identificación completa con el Tercer Reich; las vacilaciones sinceras o aparentes de Pétain; el odio entre los cuadros de una administración donde conviven los fervientes partidarios del nazismo con los simpatizantes de un sistema autoritario, además de aquellos que han tomado su decisión en 1940 creyendo que era la única forma de mantener una estructura formal del Estado francés, prueban esa

línea oscilante, quebradiza, porosa. La radicalización del régimen, en el momento en que la guerra entra en territorio francés tras el desembarco en el norte de África de los aliados, en 1942, permite la llegada al último gobierno de Laval de individuos como Marcel Déat, uno de quienes más habían denunciado el carácter afascista del régimen de Vichy. Esa crispación, que se manifiesta en un progresivo aislamiento del régimen y una dependencia cada vez más descarada y asfixiante de las autoridades alemanas, despierta también la irritación de quienes ya no pueden contemplar el régimen al que han servido como una sabia «rectificación» de la república, apoyada en la oportunidad de la hegemonía fascista en el continente. Para los más moderados, reaccionarios que han visto en la derrota una penosa oportunidad para establecer un régimen autoritario que nunca habrían alcanzado a través de la evolución interna de la III República, la colonización de Vichy les arrebata el único argumento patriótico con el que podían enfrentarse a la opinión. Las lamentaciones de estos hombres y de sus simpatizantes en el bando aliado residen en su incapacidad para cambiar de bando oportunamente, acogiéndose a las condiciones del armisticio de 1940. Porque, en el propio sector angloamericano, en especial en Estados Unidos, las cosas no están tan claras en lo que respecta al futuro de Francia, por lo menos hasta que la elección de la beligerancia por parte de Laval no haga imposible un acuerdo. Hasta entonces, De Gaulle tiene que disputar la representación de Francia ante un Roosevelt cuya visión del país es la de uno más entre los vencidos, e incluso la de uno más entre los colaboradores, destinado a subordinarse a las directrices del Alto Mando aliado en el restablecimiento de la democracia. Solo la energía del general y, desde luego, el fortalecimiento de la Resistencia, impedirá contemplar a De Gaulle y Pétain como simples administradores equivalentes al servicio de potencias exteriores. Todavía a finales de agosto de 1944, poco después de que De Gaulle haya caminado por los Campos Elíseos en el París recién liberado, el entorno de Pétain hace llegar al jefe del gobierno un último esfuerzo de entendimiento, que conmueve al general por la crisis de carácter del héroe de Verdún.[14]

De Gaulle es una excepción en junio de 1940, especialmente entre los hombres de su oficio y de su talante político. Su tarea será la de convertir su postura en una norma. Se trata de un esfuerzo que no podrá realizar sin los argumentos del azar y sin los recursos de la voluntad. La marcha de la guerra, con la invasión de la URSS en junio de 1941, le permite contar con la decisiva movilización de los comunistas y su fuerza de francotiradores y partisanos. La lucidez de Jean Moulin le asegura la unificación de los diversos grupos de la resistencia interior. El apoyo que Churchill, más inspirado que Roosevelt en este episodio —y más temeroso de la influencia de los comunistas en el antifascismo continental—, da a la Francia Libre adquiere el prestigio de un interlocutor, más allá de la referencia simbólica de otros gobiernos en el exilio. La torpeza del régimen de Vichy —o su escaso margen de maniobra para cambiar el paso a la manera de la monarquía italiana— impiden el reconocimiento de una Francia amiga distinta a la del Comité de Liberación Nacional, que poco antes del desembarco de Normandía toma el rango de Gobierno Provisional de la República Francesa. Cuando se constituye el Gobierno de unanimidad nacional, en septiembre de 1944, De Gaulle habrá conseguido institucionalizar una verdadera rectificación asignada a los franceses, cuando se corría el riesgo de encargarse de una administración regida por los aliados. Pétain había jugado hasta el último momento la carta de la reconciliación nacional, pero se trata de un recurso que le arrebatarán De Gaulle y las circunstancias. Pues, para desolación de los «realistas» de Vichy, el «sentido común» va, en 1944 y 1945, en una dirección opuesta a la que tomaron ellos. Incluso la inercia y el fatalismo pueden ponerse al lado de la fuerza de voluntad y el entusiasmo para constituir esa gran fiesta de la Liberación. En el gozne de los últimos meses de 1944 y los primeros de 1945, Francia vive el fervor de la unanimidad.

El soliloquio de De Gaulle se ha convertido en un lenguaje comprensible que se escucha y se transmite. Tan extensamente, que incluso Pierre Drieu La Rochelle se ofrece a su amigo Malraux para unirse al combate. Lo curioso de esta circunstancia es que el antiguo revolucionario convertido en propagandista del gaullismo acepta, aunque poniendo dos condiciones: que Drieu oculte su nombre y que renuncie a cualquier tipo de

mando. Si las venganzas sumarias señalan el fervor de la uniformidad agredida por la supervivencia de los traidores, el gesto de Malraux —por no decir el de Drieu, interpretable de otras formas— subraya la potencia de ese fluido unitario. La trayectoria de un dirigente de la extrema derecha como el coronel La Rocque, fundador de los *Croix-de-Feu*, que rompe con Vichy en 1943, no es menos reveladora que el intento de Pucheu de sumarse a De Gaulle en el norte de África, tras haber servido a Pétain con una exquisita lealtad que le cuesta la pena de muerte. La Liberación está más dispuesta, como veremos, a tolerar a la base social de la Colaboración que a sus dirigentes o a quienes han preparado el terreno ideológico para que el episodio se produzca. Pero los intentos abrevan esta imagen de tránsito masivo, que incluye a quienes no solo tratan de salvar la vida, sino también la reputación. Menos agradable resulta ver, entre quienes juzgan a colaboradores como Brasillach, a magistrados como Marcel Reboul y Joseph Vidal, que han prestado juramento de fidelidad al régimen de Pétain y a comienzos de 1945 se hallan en condiciones de soportar que Jacques Isorni, destacado abogado de los colaboracionistas, les acuse de esa doblez o, cuanto menos, de un error de juicio similar al del editor de *Je suis partout*, del que solamente les separan los plazos de la rectificación.[15]

La euforia de la Liberación demanda la restauración de una Francia unitaria, cosa que facilita las cosas y evita una catástrofe que habría saqueado moralmente el país en una atroz dinámica revisionista. Algunos señalarán, con todo, que el entusiasmo de 1944 y 1945 no tiene la corpulencia del de 1918, cuando la victoria era más auténtica y carecía de las reservas mentales de la cohabitación. El destino de los sacrificados en condiciones inauditas, en los campos de exterminio o en las celdas de interrogatorio; la destrucción pavorosa de cuerpos y almas que ha dejado la guerra a sus espaldas; las dificultades mismas de la vida material de la posguerra, que rompe el ensueño de una Tierra Prometida que sigue labrándose en la escasez y la carestía, suavizarán la euforia de los primeros meses, sumiendo al país en un estado de meditación no exento de frustraciones y menos generoso en el juicio sobre la condición humana y la fraternidad universal. Sin embargo, hasta que se produzcan los debates políticos de finales de 1945, la experiencia del *rassemblement* nacional y

popular toma unos colores muy distintos a los que quiso proporcionarle el fascismo francés. Los testigos de aquella efusión emocional han corroborado el temor a esa fractura, a una política de partidos que no solo convertirá el clamor excepcional en el tedio de una costumbre, sino que vendrá a romper esa unánime diástole de libertad conquistada con la sangre: «La Resistencia era una cosa; la política, otra. La política estaba lejos de apasionar a Henri. Él sabía lo que significaba un movimiento como el que proyectaba Dubreuilh: comités, conferencias, congresos, mítines, se habla, se habla; y hay que negociar sin fin; transigir, aceptar compromisos desiguales, tiempo perdido, concesiones rabiosas, tedio sombrío: nada más repelente».[16] En uno de los memorables artículos que escribe en el momento en que se están decidiendo los acontecimientos, Sartre trata de pulsar el nervio moral de la Resistencia, como ha hecho con la naturaleza íntima de la Colaboración. En su anhelo puede detectarse una creencia que resultará vana: el mantenimiento de la unidad del «partido de la resistencia».

> La Resistencia fue una democracia verdadera; tanto para el soldado como para el jefe había el mismo peligro, la misma responsabilidad, la misma libertad absoluta dentro de la disciplina. Así se constituyó, entre las sombras y en medio de la sangre, la más fuerte de las repúblicas. Cada uno de los ciudadanos sabía que se debía a todos y que solo debía contar consigo mismo; cada cual realizaba, en el desamparo más total, su papel histórico. Cada cual acometía, contra los opresores, la empresa de ser uno mismo irremediablemente y, al elegirse a uno mismo en la libertad, elegía la libertad de todos. Era preciso que cada francés conquistara y afirmara a cada instante contra el nazismo aquella república sin instituciones, sin ejército, sin policía. Henos aquí ahora frente a otra República: ¿no es deseable que conserve a la luz del sol las austeras virtudes de la República del Silencio y de la Noche?[17]

Sin duda, es difícil que la historia se sostenga sobre la densidad emotiva de momentos excepcionales, cuyas exigencias abandonan todo escenario de realización personal que no implique un compromiso con el destino de una época. Esa intensidad, agotadora y solemne, trata a quienes la viven como meros momentos de una conciencia histórica permanente, atenta, implacable, para la que cualquier paso dado hacia las dimensiones de una vida menos heroica rescinde un inmenso compromiso moral. La

embriaguez de la victoria rehúye la serenidad de los análisis de fuerzas, de las necesidades más obvias de una reconstrucción. Y ese mismo estado podrá crear el sabor áspero de una resaca cuando la exaltación vaya atenuándose y, con ella, la ilusión de una posguerra que contenía los esbozos de un nihilismo. Uno de los personajes de *Los mandarines*, el libro en que Simone de Beauvoir recuerda aquellos días, exclama: «Supongo que usted ha vivido esta guerra demasiado cerca para comprenderla bien; esto es algo más que una guerra, es la liquidación de una sociedad y hasta de un mundo». En las palabras de Camus, el carácter de transformación se afirma al calor mismo de los acontecimientos:

> El tiempo dará testimonio de que los hombres de Francia no querían matar y de que entraron con las manos limpias en una guerra que no eligieron. Es preciso, pues, que sus razones hayan sido inmensas para que empuñaran de pronto los fusiles y dispararan sin cesar, en la noche, contra esos soldados que creyeron durante dos años que la guerra era fácil. Sí, sus razones son inmensas. Tienen la dimensión de la esperanza y la hondura de la rebelión. Son las razones del porvenir para un país al que se ha querido mantener durante largo tiempo sombríamente en su pasado. […] Nadie debe pensar que una libertad, conquistada durante estas convulsiones, tenga el aspecto tranquilo y domesticado que algunos se complacen en soñar. Este terrible alumbramiento es el de una revolución.[18]

Hallaremos expresiones semejantes en el juicio de algunos nihilistas del otro campo, de algún lúcido partidario de un Nuevo Orden en el que prende la insatisfacción de una revolución aplazada. El sentimiento es mutuo, aunque el bando sea adverso. Para Sartre, para Beauvoir, para Camus, para Drieu La Rochelle, lo importante es el fin de un mundo, la abolición de una época, la cancelación de una agonía secular, que los escombros de la derrota alemana sepultarán en compañía de la sociedad burguesa que precedió a la guerra.

Uno de los escritores más sagaces de esa época de esplendor del pensamiento francés habrá de matizar estos rasgos de unanimidad y ruptura: «La unidad de la Resistencia me parecía engañosa […]. Recuerdo las jornadas del 8 y el 9 de mayo y la tristeza de la capital. Comenté con Jules Roy, si la memoria no me falla, el extraño clima, la total ausencia de entusiasmo. Las matanzas habían terminado, al menos en Europa; Francia

estaba en el bando de los vencedores, pero el pueblo no estaba unido y ya nos interrogábamos los vencedores acerca del porvenir».[19] Es posible que el lugar que ocupará cada uno en los momentos de la posguerra pueda tutelar los recuerdos y darles una trayectoria distinta: Albert Camus vive la agitación de un éxito que le hace entrar en los círculos selectos que podían parecer imaginarios para alguien de su origen social; Sartre y Beauvoir disfrutan de una atención que permite que una autorizada biografía del primero se refiera a los «años Sartre», refiriéndose al año 1945 con un título menos personalizado, pero igualmente expresivo: «París: el existencialismo ha llegado».[20] Michel Winock titula, a su vez, la tercera parte de su historia de los intelectuales franceses del siglo XX, con la misma identificación: «los años Sartre», para referirse a los que comienzan con la Liberación. El mismo autor señalará, en cambio, las grandes dificultades que tiene Aron para que se le reconozca en Francia una reputación intelectual que brilla más en el extranjero. ¿Será esa marginación relativa la que lleva a quien tiene el aire de un frío analista a modificar retroactivamente el espíritu parisiense de la posguerra?

Resulta dudoso que así sea, aun cuando no pueda decirse que lo que caracterizara el momento de la victoria fuera precisamente la «tristeza». Tal vez el término adecuado sea «desilusión». La frondosidad del paisaje de la paz, henchido de bienestar social, fin de las penalidades económicas, superación de las fracturas morales y plenitud de una virtud republicana vivida a través de unas instituciones de apoyo universal; la imagen de plenitud forjada en la duermevela de la resistencia y los sueños de la liberación muestra ahora la precariedad espectral de la reconstrucción: la zozobra económica, el recuento de las víctimas, las escisiones de campos ideológicos y el débil asentamiento del nuevo régimen. La carnicería de las trincheras de la Gran Guerra se impone al número de caídos en este segundo conflicto mundial. Unos doscientos mil combatientes han perecido, en el frente o en el cautiverio, cifra a la que debe sumarse la de las doscientas mil personas fallecidas en la deportación por motivos políticos o raciales, y unas ciento cincuenta mil víctimas civiles de los bombardeos, las operaciones militares diversas y las represalias.[21] Sin embargo, la devastación material y moral es superior a la que se experimentó en 1914-

1918. El volumen de las pérdidas económicas tiene dos ventajas: puede cuantificarse y, a través de políticas de reconstrucción —ciertamente objeto de debates, de delimitación de oposiciones estratégicas, de lealtad a intereses de clase—, superarse. La hecatombe moral tiene la adversidad de su maleable contaminación, de una difuminación de límites que no la hace menos contundente, sino que le permite sobrevivir en formas adaptables a las circunstancias. La degradación no puede establecerse a través del castigo de la Depuración que, en sus excesos o en su arbitrariedad, corre el riesgo de generar conductas envilecedoras. La desmoralización por la complicidad con los crímenes proviene de una admisión de atrocidades contra el género humano que van más allá de quienes las cometen en nombre de una ideología o de la simple obediencia a las autoridades. Infecta a quienes las han contemplado bajo la coartada de la impotencia, cuando no bajo una somnolencia ética despreciable, que se adormece al ritmo de la fatalidad histórica o con la melodía de los males menores. La reivindicación de las víctimas no puede absolver a esa masa social que, sin aprobar, ha tolerado; sin golpear, ha transigido; sin denunciar, se ha resignado. El regreso de los cautivos en los campos de la muerte resulta más estremecedor porque una parte apreciable de la opinión pública francesa ha propagado el antisemitismo, las simpatías con los regímenes autoritarios, la «comprensión» del franquismo, el saludo a la regeneración nacional impulsada por Mussolini. El retorno es más espantoso porque quienes regresan tras una experiencia abominable han sido empujados a los trenes y a los camiones por milicianos franceses, insultados por la prensa francesa, entregados sumisamente por un Estado francés. Esa herida cicatriza fatigosamente en la cultura republicana: para que esa cauterización se produzca con mayor eficacia, el dolor de los castigos ejemplares habrá de acompañarse con el analgésico de una mitología que edifica los recuerdos a la medida de las necesidades de la nueva república. Sin embargo, cuando los acontecimientos están demasiado cerca, resulta imposible aceptar que la invasión no ha ido acompañada de una participación. Resulta imposible no ver en la propia masa forestal el carburante de un incendio que se ha provocado en el exterior. La prudencia política puede aconsejar amnistía, pero las convicciones morales no pueden construirse desde la amnesia.

Aun cuando la crisis de conciencia pueda desviarse a través de un ejercicio de depuración selectiva que examinaremos más adelante, la puesta a prueba del cuerpo social francés durante los años de la ocupación parece exasperarse y canalizarse a través de los sacrificios económicos. Podemos medir las variables, los índices de precios, los inmuebles destruidos, la producción deteriorada, el consumo frustrado. Que podamos hacerlo no implica, en cambio, la facilidad de ver la forma en que las penalidades inesperadas se ensamblan con el regusto amargo de la colaboración o la pasividad. Como tampoco significa que tales cifras manifiesten, automáticamente, el choque entre la realidad de la reconstrucción y el deseo nutrido durante la resistencia, esa ambición de una sociedad distinta que podía sintetizarse en la consigna de *Combat*: «De la Liberación a la Revolución». Los datos materiales son abrumadores: cinco años después del final de la guerra, medio millón de inmuebles siguen destruidos y casi dos millones dañados. La mitad de los recursos nacionales ha sufrido el pillaje o la destrucción. Doscientas ochenta esclusas, tres mil puentes, casi la mitad del parque móvil ferroviario. Una tercera parte de la producción de carbón y casi la mitad de las refinerías de petróleo han dejado de existir. La producción agrícola ha descendido en una quinta parte, la mano de obra campesina y los animales de granja han descendido dramáticamente. Lo único que parece crecer es la inflación, la circulación monetaria y la deuda pública. Desde el último año de paz, los precios se han multiplicado por cinco, de forma similar a los billetes en el mercado; la deuda se ha cuadriplicado.[22]

Los vejámenes de la carestía y de la escasez provocan disturbios y, sobre todo, la puesta en una escala adecuada del vigor de los sentimientos que se exaltaron con el avance de las tropas aliadas. Sin embargo, el desconcierto por la desdicha de esta situación no conduce a una nueva ofensiva de la Resistencia, dirigida esta vez a una captura del poder por los combatientes. En este aspecto, la ruptura política con la Francia ocupada va a moderar las directrices que podían suponerse de la fuerte implantación del Partido Comunista en las Fuerzas Francesas del Interior. En primer lugar, porque el propio Maurice Thorez, a su regreso del exilio soviético, planteará ante el Comité Central de Ivry, en enero de 1945, la necesidad de

mantener la unidad al precio de negar una salida insurreccional condenada al fracaso. Además, porque un sector muy importante de los resistentes se mueve en orientaciones políticas distintas, como lo demuestra el fracaso de constituir un movimiento que reúna a los excombatientes en una sola expresión política tutelada por los comunistas, aunque situada por encima de las fuerzas tradicionales. Por último, como bien saben los dirigentes del Partido, porque una amplia capa de la opinión pública, aun reconociendo el peso del PCF en la Resistencia, se inclina por posiciones que no tolerarían la sovietización de Francia. En las difíciles condiciones de la posguerra, en pleno proceso de reconstrucción económica y de edificación de nuevas instituciones, la unidad exige el aplazamiento de un cambio radical, de la misma forma que necesita la participación de los comunistas en la forja de la nueva república.

A cambio de esa renuncia a la ocupación de espacios de poder más decisivos, los comunistas obtendrán una racha de reformas sociales y de políticas intervencionistas que los sectores más conservadores del nuevo régimen habrán de resignarse a aceptar: la nacionalización de la Renault, en enero de 1945; la regulación de los comités de empresa en febrero; nacionalización de Air France en abril; reglamentación de alquileres y bloqueo de precios en junio; impuesto de solidaridad nacional en agosto; leyes sobre la seguridad social en octubre; nacionalización del Banco de Francia y grandes instituciones de crédito en diciembre; nacionalización del gas y la electricidad y las grandes compañías de seguros en abril de 1946; ley sobre prestaciones familiares en agosto, ley sobre convenios colectivos en diciembre… El impulso reformista hace frente a una opinión que se sabe crítica, desasosegada, aunque los temores de la patronal puedan exacerbarse y la Confederación Nacional del Patronato llegue a presionar a los pequeños industriales y comerciantes aconsejándoles resistencia a la subida de salarios, cuando los pequeños negocios prefieren ceder a las presiones para reanudar la producción. Ciertamente, cuando haya que administrar de una forma planificada las ayudas del Plan Marshall, a finales de la década, la máxima organización patronal será más sensible a la necesidad del intervencionismo y la necesidad de una modernización del tejido productivo

francés con la ayuda del Estado, pero en los momentos que siguen a la Liberación, sus quejas llegarán a provocar la irritación del propio De Gaulle, que les reprocha su falta de participación en la Resistencia.[23] Las reformas pueden inquietar aún más a una clase media que habrá de afrontar, al mismo tiempo, la reconstrucción y la modernización, en un momento que coincide con la hegemonía de partidos con los que no se siente plenamente identificada. A medio plazo, las consecuencias serán graves para la IV República. En un primer momento, las concesiones que están dispuestas a hacer las fuerzas principales parecen asegurar su salvación.

La institucionalización del nuevo régimen muestra la fragilidad de esa euforia unánime y, al mismo tiempo, la tensión entre la ruptura y la permanencia. Sobre esos dos pilares aparentemente contradictorios se ha realizado la Liberación, para poder establecer el carácter provisional y extraño de la Francia de Pétain y, al mismo tiempo, para asegurar una renovación de estructuras políticas caducas. Como se ha indicado anteriormente, cualquier proceso de transición política contiene esa tensión constituyente. La aceptación por el Partido Comunista de la desmovilización y la restauración del Estado, por un lado, y la aprobación por los democristianos del Movimiento Republicano Popular del proceso de nacionalizaciones señalan la convivencia entre ambos polos, cuya mutua resignación no excluye la incubación de insatisfacciones que se desatarán más adelante. En el terreno estrictamente político, el gobierno de unidad formado tras la Liberación puede tener significados distintos para De Gaulle y sus aliados circunstanciales. Mientras el general y buena parte de los democristianos del MRP se plantean un poder ejecutivo fuerte, salido directamente de la voluntad popular, los socialistas de la SFIO y los comunistas, auxiliados en este caso por los vestigios del radicalismo, prefieren devolver el poder a los partidos. El resultado de las consultas electorales realizadas inmediatamente después de la guerra es revelador de la agonía de la unanimidad expresada en el París de agosto de 1944. El referéndum del 21 de octubre señala la aceptación por un 96 por ciento de los franceses de una nueva Constitución. Sin embargo, solo dos terceras partes están de acuerdo con limitar los poderes de la Asamblea Constituyente y fijar plazos muy estrictos para sus labores. El resultado de

las primeras legislativas, celebradas el mismo día, sitúa al Partido Comunista en el primer lugar de las preferencias del voto, aunque establece cuatro espacios electorales prácticamente idénticos: junto al del PCF, el de los socialistas, el del MRP y el de los moderados y radicales. De Gaulle puede creer que cuenta con la fuerza del único de los grandes partidos de masas creados tras la Liberación, y que viene a cubrir un espacio muy heterogéneo, que va desde sectores conservadores de la Resistencia hasta la izquierda cristiana. En este sentido, el MRP parece ser el voto útil de un sector que no quiere ver repetida la experiencia del Frente Popular, ni la trayectoria desorientada del centrismo radical de los finales de la III República.

Con todo, las esperanzas gaullistas de constituir un ejecutivo liberado de la presión de los partidos quedarán frustradas por la ruptura entre el general y el MRP, cuya obsesión es evitar que la SFIO y el PCF puedan llegar a constituir un gobierno de unidad de los partidos obreros. Por ello, cuando se produzca el enfrentamiento entre la izquierda y De Gaulle, el hombre del 18 de junio no obtendrá el apoyo esperado de los democristianos, que no desean arriesgarse a entregar la gestión del país a una posible mayoría social-comunista. La elección de un pacto tripartito es de un sólido realismo que se apoya, además, en los temores de una SFIO que se ha visto superada por el PC en las preferencias de los electores. Al ofrecer a los socialistas un pacto a tres bandas, el MRP libera a los dirigentes de la *Vieille Maison* de la crisis interna que supondría tener que elegir un aliado a su izquierda o a su derecha. Al proporcionar este paliativo, el MRP asegurará un espacio de centro-izquierda para mejores momentos en un futuro bastante más inmediato de lo que podría sospecharse.

La crisis institucional podrá entenderse, sin embargo, como una anticipación y como un síntoma. Anticipación de las nuevas alianzas que habrán de excluir a los comunistas cuando se produzca el estallido de la guerra fría, sin duda. Pero síntoma también de un desarraigo inicial del nuevo régimen, inesperado tras la euforia aparente de la Liberación. Los trabajos de la Asamblea Constituyente serán rechazados por el 53 por ciento del electorado en el referéndum de mayo de 1946, algo que obligará a realizar nuevas elecciones al mes siguiente. En la ciudad de Bayeux, que

prácticamente coincide con los comicios, De Gaulle señala que el pueblo francés ha mostrado su rechazo a un proyecto constitucional que debilita el ejecutivo y lo pone a merced de los intereses de los partidos, destruyendo la base misma de la división de poderes. En el resultado del plebiscito, el general ve, tal vez con exceso, la reivindicación de su postura en enero, cuando la crisis desemboca en su renuncia y no en la disolución del gobierno. Los electores premian, en las legislativas de junio, la posición del MRP, pero vuelven a establecer la división en cuatro zonas fundamentales de influencia política que han marcado solo ocho meses antes, aunque el área socialista quede algo mermada. Esta vez, la constituyente redactará una constitución que contempla la segunda cámara y una mayor independencia del jefe de gobierno frente a la preferencia asamblearia de los comunistas y un sector importante de la SFIO. El resultado del referéndum de octubre, que aprueba el orden institucional vigente en Francia hasta 1958, no despertará un entusiasmo excesivo, a pesar del apoyo prestado por los tres partidos gubernamentales: ocho millones de votos blancos o de abstenciones se suman a los siete millones setecientos mil votos negativos, para compensar el mediocre júbilo de un «sí» que consigue nueve millones de votos. De Gaulle parece saborear su venganza cuando resume los resultados: «Un tercio de los franceses se resigna, un tercio la rechaza, un tercio la ignora».[24] De hecho, el general esperaba que se produjera una crisis institucional verificada en un nuevo rechazo del texto propuesto. Un mes más tarde, la ironía del antiguo presidente podría amargarse por los mejores resultados obtenidos por el Partido Comunista en unas legislativas: cinco millones y medio de votos, frente a los tres millones y medio de la SFIO. En el área de la izquierda, el retroceso socialista puede marcar tanto su radicalización como sus ansias de aislar a sus competidores. Mientras el espacio del MRP parece mantenerse a salvo, crece el campo de una opinión «moderada» que se expresa a través del renacimiento del radicalismo o de las diversas candidaturas independientes. Estas últimas llegarán a los tres millones de sufragios. A pesar del empuje comunista, la suma de los votos de la izquierda va pesando menos desde las primeras elecciones: del 50,7 por ciento de octubre de 1945 al 47 por ciento de noviembre de 1946. El reparto desigual del voto entre ambas formaciones, lejos de favorecer su

entendimiento, que los socialistas observan como un peligro de fagocitación, alimenta los esfuerzos para buscar una estrategia de apertura a la derecha.

Ante lo que nos encontramos, en un período complejo de definición institucional, de asentamiento del poder de cada campo político, de lucha por la hegemonía de diversas propuestas de organización social tras la guerra, es con el enfrentamiento entre una lógica de la restauración y una lógica de la liberación. Ambas comparten el terreno de una voluntad de cambio que aleje hacia el pasado la III República y la experiencia de Vichy. Sin embargo, mientras la lógica de la restauración trata de impulsar las bases de una reconstrucción del Estado, el regreso de un sistema de partidos propio de la democracia parlamentaria, la delimitación de las transformaciones económicas en lo que sea asumible por un régimen social que continúa siendo el mismo, la lógica de la liberación quiere mantener el espíritu de una transformación más honda, que subordine la recuperación de la autoridad institucional a una nueva democracia salida del impulso revolucionario contenido en la lucha armada y en la propaganda antifascista. La unanimidad de 1944-1946 se basaba en el deseo de acabar con la presencia de Vichy y la Colaboración, e incluso en el desarme del sistema de una III República insatisfactoria y anacrónica en las condiciones políticas de la posguerra. El exceso del análisis, que cometen muchos de los contemporáneos, es atribuir a ese deseo de cambio una mayor profundidad, que lo haga equivalente al socialismo, como les ocurre a tantos intelectuales que, a su vez, interpretan la propuesta socialista de diversos modos, como habremos de observar. Las divisiones institucionales sintetizan y expresan esa distinta aproximación a lo que se entendía por las ansias de ruptura que resultan demasiado genéricas al sufrir la prueba de la política a corto plazo. El pueblo francés no ha pasado a una homogeneidad que supere su voluntad de sumarse a los vencedores en la guerra y su odio a las humillaciones y la brutalidad sufridas bajo la Ocupación, en especial en sus últimas fases. Cuando deben definirse los términos de ese cambio, viejas y nuevas segmentaciones de la opinión aparecen, visibles en las numerosas consultas electorales que se realizarán entre el otoño de 1945 y el otoño de 1946. La imagen más espectacular de ese cambio es la forma en que el hombre que

se identifica con la Liberación ha sido sacrificado por quienes deberían ser sus seguidores, en aras de evitar la formación de un gobierno de la izquierda. No será menos importante la manera en que se produce después la fractura en el seno del régimen Tripartito, con la salida del gobierno de los ministros comunistas, casi en el mismo momento en que De Gaulle regresa a la vida política constituyendo el Rassemblement du Peuple Français (RPF), creándose dos flancos que debilitan, desde sus mismos inicios, la legitimidad de la IV República: si comunistas y gaullistas salen del área gubernamental, incluso para iniciar una feroz crítica al «sistema», ¿qué queda de la unanimidad de una resistencia cuyas dos componentes fundamentales dejan de constituir la base del ejecutivo?

La entrega de la jefatura del gobierno a un socialista como Paul Ramadier a fines de 1946, cuando la SFIO había sufrido un retroceso tan importante en las elecciones para la primera legislatura ya indicaba un problema de origen: el partido más votado, el comunista, no podía acceder al lugar que le correspondería en una lógica parlamentaria impecable. Maurice Thorez no podrá ser nombrado jefe del gobierno por la amenaza de crisis institucional que ello supondría. La concesión realizada nuevamente por el PCF —un sacrificio más para asegurar su presencia institucional, evitar un bloqueo a sus propuestas y cerrar la salida a una mayoría alternativa que supere el espíritu de la Liberación— será el último realizado por un partido que pronto habrá de alinearse en la radicalización marcada por la agitación social de 1947-1948 y por las presiones de la Unión Soviética. Mientras la intensa movilización obrera que se inicia en la Renault a comienzos de 1947 amenaza con desbordar a los comunistas, obligándoles a ejercer como un partido de la clase obrera y no como un patriótico «partido de los fusilados», la fundación de la Kominform en la reunión de partidos comunistas de Szklarska Poreba (Polonia), deja caer una dura crítica sobre la posición indulgente de Thorez. La vía de la unidad nacional contra el fascismo va a ser sustituida en ese año por una restauración de la lucha entre la URSS, defensora de la paz, de las naciones oprimidas y de la causa del socialismo, y el campo imperialista, encabezado por Estados Unidos. Las condiciones internacionales habrán de sumarse a la compleja maquinaria de la Liberación para provocar, tras la salida del

gaullismo, la segunda gran ruptura de la joven república. Lo que podía entenderse como una simple crisis ministerial, en mayo de 1947, que se saldaría con una negociación para el reingreso de los comunistas en la mayoría gubernamental, implica un alejamiento del PCF de la esfera del poder hasta 1981, y su instalación en un aislamiento que rompe con la cultura frentepopulista instaurada en 1934, que había permitido la «nacionalización» de los comunistas franceses y les había asegurado una presencia dominante en la Resistencia. Cuando la salida del gobierno pase a interpretarse en la clave profunda en que debe hacerse, al indicar el inicio de un nuevo ciclo en la política internacional y en los equilibrios republicanos, el PCF y la Confederación General del Trabajo reaccionarán con una inusitada violencia contra el régimen que excluye a uno de los elementos decisivos de su propia fundación. La oleada de huelgas de 1947 y 1948 va acompañada de una durísima represión, ejercida por el ministro del Interior socialista Jules Moch, y por la realización de sabotajes que tratan de colapsar la economía. La situación de desafío al gobierno es tan grave que Robert Schuman, elegido primer ministro tras la caída de Ramadier, propone la movilización de reservistas para recuperar el control del orden público. A la sima abierta entre el régimen y el PCF se suma la que se abre entre los dos partidos obreros, que pronto habrá de ampliarse con la escisión de la CGT y el nacimiento de Fuerza Obrera. Como lo han señalado los especialistas en la historia del partido,[25] los comunistas son conscientes de la imposibilidad de realizar un cambio como el que se produce en el área de la Europa oriental, y su movilización se produce en los términos de una búsqueda de identidad propia —en la que creen poder aislar las ambigüedades de la SFIO, haciéndose con la totalidad del electorado de izquierda marxista—, al tiempo que se proponen volver a una posición de influencia gubernamental, reforzada por su papel en la respuesta de la sociedad a las dificultades económicas del momento. Esa duplicidad entre identidad y capacidad de compromiso puede generar una amplia rentabilidad política, pero requiere una habilidad extraordinaria y las facilidades de la coyuntura para poder soportar la tensión de los dos polos de la propuesta. Ninguno de los dos aspectos acudirá en ayuda del PCF: la radicalización le permite designar con mayor firmeza sus fronteras, pero le

impide la penetración social que había disfrutado previamente. La lucha por la paz, de la que esperan recibir el crédito de una opinión preocupada por un nuevo conflicto, no se identifica, como espera el partido, con la defensa de la causa de la URSS, ni siquiera en todos los ambientes de la izquierda: por el contrario, empezarán a producirse algunas crisis decisivas en este ámbito. Además, el gobierno hallará la posibilidad de virar hacia la derecha, compensando el abandono comunista con el ingreso en el área gubernamental de los sectores moderados, que se organizan básicamente en la reconstrucción del Partido Radical. Por último, las condiciones propiciadas por el Plan Marshall y la implacable lucha por el equilibrio presupuestario y el recorte de la inflación permitirán un cierre de la coyuntura desfavorable y el paso a una modernización del tejido productivo francés cuyas contradicciones provocarán respuestas políticas en ámbitos distintos al de la clase obrera. Aun cuando los resultados electorales del partido tienden a estancarse, la caída se produce especialmente en su militancia: las 36.283 células de 1946 pasarán a ser solo 19.219 en 1954. En los diez años que siguen a la Liberación, el partido pierde dos terceras partes de sus efectivos, mientras el PCF va envejeciendo: en 1954, el porcentaje de los menores de veinticinco años es del 10 por ciento; en 1959, pasa al 5,5 por ciento.[26]

El rechazo del régimen se agudizará por el retorno a la política activa de De Gaulle, tras el orgulloso silencio con que ha respondido a la aprobación de la nueva constitución. Justamente cuando las tensiones en el seno del gobierno Ramadier son más intensas, el general anuncia la formación de un movimiento político que pretende situarse por encima de los partidos convencionales, para defender algunos principios básicos que conecten con la voluntad del pueblo francés de sustituir la república parlamentaria de antes de la guerra por un sistema que refuerce el poder del ejecutivo, respetando el área de soberanía de la Asamblea, pero limitando sus funciones al área legislativa. Ciertamente, esa calidad del discurso puede encontrar su base en una opinión que desdeña las querellas de los partidos o teme la debilidad del Estado. A ello se suma, para cerrar el círculo de las combinaciones de una propuesta plebiscitaria, la exigencia de que la voluntad del pueblo no se exprese únicamente a través de las

organizaciones políticas, sino *directamente.* Se crea, así, la imagen propia de cualquier movimiento populista: el reforzamiento de la autoridad estatal y, al mismo tiempo, el incremento de la capacidad de decisión popular, al margen de lo que puedan determinar los aparatos de partido. Resulta curioso que, al otro lado del espejo, esa invitación al poder popular pueda asignarse a los dos sectores desterrados de la gestión de la IV República. ¿No esconde la posición asamblearia del PCF un deseo de unanimidad nacional-popular que ha querido encontrar su vehículo en unos Estados Generales de la Resistencia? El gaullismo se organiza como RPF en abril de 1947, restituyendo al paisaje político francés un área de *rassemblement* que recuerda las aspiraciones antiparlamentarias de las ligas patrióticas de los años treinta. En la cultura política francesa, podría resultar un escándalo establecer una vinculación demasiado estrecha en este punto: la mayor parte de quienes dirigen el proyecto vienen de la Resistencia y, por tanto, no puede insinuarse siquiera una tentación antidemocrática en el nuevo movimiento. De todas formas, hay que atreverse a señalar alguna evidencia que nos sirve, por otro lado, para comprender adónde va a parar un campo de la opinión pública que no es fascista, pero que se siente atraída por las corrientes nacional-populistas que desconfían del parlamento, que quieren acotar la soberanía de los partidos, que sostienen unos principios de la *autoridad* del ejecutivo que podría acercarlos al *autoritarismo*, a una forma de cesarismo cuyo carácter no queda empañado por el recurso a la voluntad de la nación expresada en las urnas. Cuando nos preguntemos adónde ha ido a parar la inmensa fuerza militante y la presunta influencia electoral de ese sector que parece esfumarse tras la Liberación, habrá que encontrar algunos de sus recursos ideológicos en la nueva formación, aunque la línea de la Resistencia permita expulsar a quienes se sienten vinculados al fascismo y son herederos explícitos del régimen de Vichy, aunque el combate contra Pétain puede combinarse con un pasado reticente ante la democracia parlamentaria, como puede señalarlo la trayectoria de los seguidores de La Rocque y su Partido Social Francés. La retórica de De Gaulle no resulta engañosa, sino que se orienta claramente a ganar ese espacio, el único que queda libre tras la ocupación de los demás por

democristianos, radicales, socialistas y comunistas, mientras los más leales al fascismo y a Vichy se encierran en sus minúsculas organizaciones o permanecen en sus celdas:

> Ha llegado el momento de que se organice el *Rassemblement* del pueblo francés que, en el marco de las leyes, promoverá y hará triunfar, por encima de las diferencias de opinión, el gran esfuerzo de bienestar común y de reforma profunda del Estado. […] En la situación en que nos encontramos, el porvenir del país y el destino de cada uno están en juego. Esto es lo que saben todos los franceses. Para asegurarnos la prosperidad económica, la justicia social, la unidad imperial, la potencia exterior, sin las que perderíamos incluso la libertad de los ciudadanos y la independencia de Francia, la Nación debe agruparse en un esfuerzo largo y poderoso de trabajo y de renovación. Esto es lo que quieren todos los franceses. Para ir directamente hacia su objetivo, es necesario que la nación sea guiada por un Estado coherente, ordenado, concentrado, capaz de escoger y de aplicar de forma imparcial las medidas exigidas por el bienestar público. El sistema actual, según el cual partidos rígidos y opuestos se reparten todos los poderes, debe ser reemplazado por otro, en el que el poder ejecutivo proceda del país y ya no de los partidos, y en el que todo conflicto insoluble sea resuelto por el pueblo mismo. Esto es lo que sienten todos los franceses.[27]

Más allá de lo que puedan señalar estas declaraciones de principios, por reveladoras que sean, el movimiento se distingue por su carácter caudillista, que concede a De Gaulle no solo la fuerza simbólica del mito del hombre del 18 de junio, sino también los poderes discrecionales que le permiten manejar el RPF con el auxilio de algunos hombres de confianza: Jacques Soustelle, Georges Pompidou, André Malraux, Michel Debré. Al carácter autocrático del movimiento se suma una proyección de masas que, más allá de las grandes reuniones orquestadas por Malraux, penetrará en el tejido del país a través de la organización a pequeña escala. Agrupación de clase media, básicamente urbana, donde se equilibran las edades, el RPF puede ofrecer la radiografía de un movimiento de masas transversal, en el que la influencia de sectores acomodados, no excluye una base obrera apreciable ni la ingente presencia en los sectores de la pequeña propiedad, las profesiones liberales y los funcionarios. Aunque la presencia de miembros de la Resistencia sea escasa —de un 1 a un 3 por ciento según las fuentes —, ésa es la circunstancia que deben sufrir las organizaciones que alcanzan un nivel de militancia tan elevado —unos 400.000 afiliados. Por otro lado, aun cuando entre sus apoyos puedan contarse quienes han sentido debilidad

por Pétain, como Paul Claudel, la presencia de Mauriac, de Aron o de Malraux, por no decir lo que encarna el propio De Gaulle, no permite malévolas apreciaciones sobre una simple continuidad entre la vieja extrema derecha y el nuevo populismo nacionalista. La escasa consistencia del programa quedará compensada por un afán de convocatoria en torno a algunos principios fundamentales, entre los que se cuentan la defensa del imperio, de la independencia nacional, de la libertad de enseñanza, de cooperación de clases, de reforzamiento de la autoridad estatal y del anticomunismo. En esta última línea, la actitud del RPF será de una dureza implacable, acuñando la denominación de «separatistas» para referirse al PCF, cuyos méritos en la Resistencia ya han sido amortizados por su participación en el gobierno, traicionada por la lealtad de los comunistas a las consignas de una potencia extranjera.[28]

Tales banderas, por atractivas que puedan resultar a un amplio sector de la sociedad francesa, no podrán imponerse a las posiciones de fondo del gobierno, dispuesto a no conceder al gaullismo el espacio de la defensa de la posición colonial, el anticomunismo, la ortodoxia económica capitalista o la protección de los centros educativos privados. La política de intransigencia en el tema imperial llevará a la ruptura de negociaciones con Ho Chi Min y al inicio de una guerra colonial, a finales de 1946, que en 1950 ya ofrece los primeros desastres militares —como el de Cao Bang—, sin que tiemble el pulso de los gobiernos democristianos o radicales, y ni siquiera el de dirigentes socialistas como el que fuera ministro de Ultramar, Marius Moutet. En Argelia, donde el fin de la Segunda Guerra Mundial coincide con las grandes matanzas de mayo de 1945, no se consigue ni siquiera llegar a acuerdos adecuados con los sectores moderados de la Unión Democrática del Manifiesto Argelino, de Farhat Abbas, por decir con los líderes más radicales del Movimiento por el Triunfo de las Libertades Democráticas, de Messali Hadj: la actitud gubernamental, al romper las condiciones políticas de una integración argelina en la democracia francesa, interviniendo groseramente en los procesos electorales y manteniendo su lealtad al grupo de presión de los colonos, pondrá las bases de una expansión del independentismo, animado por la expansión del movimiento nasserista y la crisis de la colonización francesa. El tema que acabará

provocando la crisis de la IV República es defendido, sin embargo, tanto por convicción de las autoridades de la «Tercera Fuerza» gubernamental, definida por su oposición a los comunistas y el peligro de una restauración del mando de De Gaulle. El sistema será, a este respecto, menos culpable de lasitud que de intransigencia, aunque la movilización de la extrema derecha utilice la crisis colonial como la punta de lanza de la crítica al nuevo régimen. En los campos de la política económica y educativa, la orientación del gobierno irá girando hacia posiciones tan moderadas que provocarán el distanciamiento de la propia SFIO a comienzos de la década de los cincuenta. El primer ministro salido de las elecciones de 1951, René Pléven, perderá su cargo al hacer aprobar una medida que otorga ventajas a las escuelas privadas, así como un subsidio a las familias que tienen hijos en el nivel primario. El distanciamiento socialista no parece importar demasiado cuando el primer ministro que sustituye al gobierno radical de Edgar Faure será un miembro del Centro Nacional de Independientes, representante de la derecha clásica vencida por la instauración misma de la IV República y que orientará su política económica en una línea de ajuste de los efectos de las medidas reformistas de la Liberación, corrigiendo la inflación, el déficit y la debilidad de la moneda. En lo que respecta al anticomunismo, el régimen tampoco deja dudas acerca de la ruptura definitiva con el PCF: no solamente se produce una represión de las huelgas de 1947-1948 que puede ser vista como desmesurada, creando una fractura social incurable, sino que los pasos que se dan en favor del bloque occidental no permiten coqueteo alguno con el neutralismo. La política exterior se sostiene en la oposición a la URSS, en la búsqueda de un acuerdo defensivo europeo y en las presiones para la creación de la Alianza Atlántica. Dado que los comunistas hacen de la lucha contra la guerra de Indochina una de sus líneas fuertes de acción, la represión del movimiento por la paz impulsado por el PCF se identifica con la defensa del imperio. Prueba máxima de esta actitud será la dureza empleada en la manifestación contra la visita del general Ridgway, en 1952, que llevará a la detención de Duclos, quien ejerce la dirección del partido por la grave enfermedad de Thorez. El efecto de esta campaña anticomunista podrá prestigiar al PCF en

algunos medios intelectuales, llevando a Sartre o a Vailland a ingresar en sus filas, pero también impedirá que el régimen ceda cualquier espacio en esta cultura a los sectores gaullistas.

La conservación de estos ámbitos con mano férrea no evitará, sin embargo, que las elecciones administrativas de 1947 otorguen al RPF una influencia decisiva, con la captura de ciudades como París, Burdeos, Estrasburgo o Marsella y un volumen de votos cercano al 30 por ciento. Con todo, el deseo de De Gaulle de mantenerse al margen del gobierno, esperando su desgaste y su autodestrucción, llevará al movimiento a serias dificultades, sin poder aprovechar la primera oleada de entusiasmo por la lejanía de las elecciones legislativas. Es cierto que, a largo plazo, tal desgaste se producirá y llevará a la destrucción de la IV República precisamente en uno de los capítulos en el que el RPF se había mostrado menos indulgente: la integridad imperial. No obstante, un error de plazo en política es una grave falta de estrategia que provocará la crisis del primer movimiento gaullista. Cuando lleguen las elecciones de 1951, la astuta modificación del sistema electoral por el gobierno Queiulle, suprimiendo el régimen proporcional puro, aísla a los dos extremos ajenos al sistema. Los comunistas, con un 26 por ciento de los votos, siguen siendo una primera fuerza encerrada en el laberinto de su soledad, desde donde ejerce el testimonio y la resistencia. El RPF obtiene algunos diputados más con el 21,6 por ciento de los votos. La cómoda mayoría gubernamental se asienta más en el reglamento electoral que en la voluntad de la sociedad, que ha entregado la mitad de los votos a los partidos de una oposición de fondo. Sin embargo, mientras el PCF se mantiene firme en esta postura, el giro a la derecha de los gobiernos de Pléven, de Pinay y de Mayer, la insistencia de De Gaulle en su aislamiento y las vacilaciones que ambos factores provocan en los diputados del RPF, que ven cómo se consolida el régimen sin poder participar de sus decisiones, acabarán diezmando el grupo parlamentario gaullista hasta provocar que el decepcionado general disuelva el movimiento en 1953 y se retire a Colombey. Los cuatro millones de votos obtenidos en 1951 por su movimiento nacional-populista han desangrado el ambiguo cáliz del MRP, debilitándolo de una forma irreparable y significativa: ¿no habrá sido ese primer gaullismo, en su extraña mezcla de

movimiento cesarista y resistente, antiparlamentario y antifascista, social y anticomunista, popular y antiproletario, una herencia que se distribuye en un campo a definir como muy próximo a la extrema derecha, si no en su constitución definitiva, sí en su función de aquellos años de posguerra e inicio de la guerra fría, sí en aquellos tiempos en que esta corriente necesita la legitimidad de la Resistencia? ¿Es suficiente la presencia de faros del liberalismo intelectual o de gestión en su dirección, como es el caso de Aron o Pompidou, para que apartemos de esta reflexión sobre el complejo y diverso espacio de la derecha radical un movimiento en el que podían hallar refugio cientos de miles de simpatizantes de las ligas de preguerra, atraídos por un discurso algunos de cuyos elementos centrales ha definido su perfil diferenciado en los años treinta, alejándolos del fascismo doriotista pero también de la tradición jacobina? ¿Basta el desprecio de la extrema derecha neofascista hacia el general De Gaulle, en especial tras la guerra de Argelia, para que obstruyamos retroactivamente ese camino de reingreso en la vida política para un sector amplio de la opinión nacionalista francesa? Si no hemos de adjudicar el parentesco del RPF en función de los excesos verbales del PCF —que llevaría al campo del fascismo incluso a la SFIO en los años cincuenta—, ¿deberemos hacer más caso al lenguaje del neofascismo de los años sesenta, para el que De Gaulle es el responsable del sacrificio de la Argelia francesa y, solo en segundo término, solo para algunos de los más radicales, el destructor de la legitimidad de la Colaboración? Cualquier reflexión sobre el lugar de la extrema derecha en la cultura francesa contemporánea puede discutir el tema, pero nunca esquivarlo.

La dinámica social de esa conflictiva unanimidad de la Liberación, que hemos tratado de diseccionar en la crisis política de los primeros años del nuevo régimen, se expresa y sintetiza en el mundo de la cultura. Los intelectuales toman la palabra para definir un compromiso en la fase de crisis nacional en que se encuentra Francia. La forma inicial de esa entrada en el debate que vive el país se centra en la depuración de sus compañeros de pluma, que habrá de destacar sobre cualquier otro tipo de depuración realizada, por el carácter ejemplar que quiere darse no solo a los procesos judiciales, sino a la elaboración misma de la «lista negra» de quienes deben

ser sometidos a la nueva pena de «degradación nacional», creada en agosto de 1944, o correr el riesgo de pagar con su vida el delito de «inteligencia con el enemigo». La depuración de este sector será más aplaudida o más denigrada, según el punto de vista, por haber destacado, en la dureza de las condenas y en el número de personas afectadas, sobre cualquier otro sector. El Consejo Nacional de Escritores se había constituido ya a finales de 1941, sobre la base de un principio que, hasta finales de 1944 o comienzos de 1945 parece claro para todos, incluso para personas que habrán de manifestar luego su radical desacuerdo, como Jean Paulhan o François Mauriac: la responsabilidad de los periodistas y escritores era tanto mayor cuanto más grande es su prestigio. Lejos de ser un atenuante, el talento literario se presenta como un factor que incrementa la culpa. Por tanto, ya desde el principio, la cuestión es más amplia que la referencia a la colaboración con el ocupante. Más allá de esa circunstancia, lo que está tratando de establecerse es la proporción entre responsabilidad y riesgo *en cualquier momento*, poniendo sobre la mesa la cuestión más grave de una función social de la literatura que habrá de extenderse, en los años siguientes, como un conductor de la energía de la Resistencia a la atmósfera electrificada de la guerra fría. El listado de autores responsables, publicado en *Les Lettres Françaises* en octubre de 1944, incluía a algunos de los autores más notables de la literatura anterior a la Segunda Guerra Mundial: Brasillach, Céline, Drieu La Rochelle, Fabre-Luce, Giono, Montherlant, Rébatet o Suarez. Los conflictos entre los intelectuales de la Resistencia no tardaron en estallar: la tarea, como había señalado Roger Martin du Gard, había de realizarse con una prudencia exquisita; para Albert Camus, había de realizarse con energía, pero también con rapidez, evitando la construcción de un hábito que creara la depuración intelectual como sistema. El problema de fondo era el carácter punible de la opinión y, sobre todo, si los intelectuales, lejos de estar exentos por su ámbito de expresión, tenían una culpa especial por una tarea de purificación y legitimación del fascismo. No se trataba solo de *incluir* a los escritores en el área de la penalización, sino de *resaltar* la medida de su delito frente al que pudieran haber cometido personas con una proyección menos extensa. Por ello, la decisión de las condenas es más alta en los más comprometidos, mientras

que la tendencia a la absolución encuentra su lugar entre los partidarios de una literatura que se valore al margen de su contenido ideológico.[29] Muy pronto, Jean Paulhan se distinguirá por su negativa a hacer que los escritores se conviertan en gendarmes y, menos aún, en jueces de sus compañeros. Señalará, como principal contradicción de los procesos, la limitación de responsabilidades que se encuentra en la colaboración económica.[30] Sartre y Beauvoir aceptarán la contradicción, pero indicarán su apoyo a contemplar, en la misma potencia de las palabras, el riesgo para sus autores. Una afirmación célebre de Beauvoir pondrá un verdadero epitafio sobre la tumba de algunos colaboracionistas ejecutados: «Hay palabras tan mortíferas como una cámara de gas». En su distanciamiento de la obra de la Depuración, que le llevará a abandonar el CNE, Paulhan comienza a establecer el verdadero origen de su posición: la defensa de una valoración de la literatura por sí misma y el carácter esencialmente inocente de cualquier opinión. Cuando restablezca la *Nouvelle Revue Française* unos años más tarde, Paulhan habrá de rodearse de autores que elevan esa falta de implicación de los intelectuales a la categoría de un juicio general sobre el lugar de la literatura. No podía ser de otra manera, pues tras el debate de la Depuración se oculta precisamente esa referencia.

El castigo a los escritores será especialmente duro en París, en los primeros años de la Depuración —cuando aún está en marcha la guerra— y entre los autores más célebres.[31] Esa triple opción resulta de una lógica de elección y, por tanto, de una arbitrariedad que será rápidamente denunciada por quienes piden indulgencia. Sobre treinta y dos casos examinados por la Corte de Justicia del Sena, doce concluyen con una condena a muerte, que será efectuada en siete: Suarez, Chastenet de Puységur, Chack, Brasillach, Ferdonnet, Hérold-Paquis y Luchaire. Todos ellos serán juzgados inmediatamente después de la Liberación. Los indultados, Henri Béraud y Lucien Rébatet, serán condenados a cadena perpetua, mientras Labreaux, Chaumet y Chateaubriant se librarán del verdugo gracias al exilio. François Mauriac iniciará en *Le Figaro* una campaña que denuncia el aspecto caprichoso de las condenas, a lo que Albert Camus responderá con una serie de artículos en *Combat* cuyo último título servirá para otorgar el nombre con que se ha divulgado el debate: «Justicia y caridad». Camus se siente

herido, en especial, cuando el viejo Mauriac sale en defensa de los escritores condenados y recrimina a Camus que les juzgue desde la «altura de una obra futura». Para la susceptibilidad del autor de *El extranjero*, era una espuela suficiente: «Cada vez que a propósito de la Depuración he hablado de justicia, el señor Mauriac ha hablado de caridad. Y la virtud de la caridad es bastante singular porque, al parecer, cuando exijo justicia, abogo por el odio. Oyendo al señor Mauriac se diría que en estos asuntos cotidianos tenemos que elegir obligatoriamente entre el amor a Cristo y el odio a los hombres. Pues no».[32] Las dudas de Camus no tardarán en llegar, precisamente cuando llegue la condena de Brasillach y se produzca una intensa movilización propiciada por el propio Mauriac para salvarle. Camus, antes de sumar su firma a la de Marcel Aymé, Colette, Jean Paulhan o Gabriel Marcel, pedirá expresamente que se indique a Brasillach el desprecio profesional y personal que siente por él, que nunca llegó a pedir la amnistía de intelectuales fusilados por los alemanes como Georges Politzer o Jacques Decour: sin embargo, la repugnancia por la pena de muerte le sugiere sumarse a la petición. La movilización no resultará suficiente y Brasillach será fusilado en una fecha de gran significación, el 6 de febrero. Sin embargo, su muerte pone fin a las ejecuciones de escritores notables. En la soledad de su diario, Camus anotará, unos meses más tarde, que «la palabra depuración ya era penosa en sí misma. El hecho se ha vuelto odioso».[33]

En la euforia de 1944, la idea de una literatura comprometida con la Liberación legitimaba el castigo de los escritores comprometidos en un sentido contrario, mientras no era tan celosa con quienes habían continuado realizando su trabajo en otros ámbitos —a veces indispensable para el esfuerzo de guerra alemán—. Para los más radicales en el proceso de Depuración, el castigo tenía, más que un carácter retroactivo sospechoso penalmente, el aspecto de una anticipación, de una advertencia. La purga que incluía el pelotón de fusilamiento o los trabajos forzados podía transformarse en una excomunión que condenaba a una forma de indignidad no menos deplorable: la que procedía de colocarse al margen de una escritura comprometida o, peor aún, de establecerse en el territorio de la defensa del adversario. El contraste de fuerzas de la creación literaria

forma parte del gran campo magnético de esa ruptura y afirmación de un nuevo mundo que quiere inspirarse en la Resistencia para edificar la revolución. Si, en 1944, París celebra la «orgía de la fraternidad», en 1945 debate el alistamiento de la creación literaria. Para algunos, desde el comienzo, esa toma de posición implica la militancia en el «partido de los fusilados»: tal será el caso de quienes ya se han afiliado antes de la guerra o de quienes vuelven a hacerlo ahora, tras los conflictos de los inicios de la década de los treinta: junto a Aragon, Éluard, Morin, Roy, que escriben en la revista *Europe* o van controlando la redacción de *Les Lettres Françaises.* Para otros, se trata de una adscripción más flexible, algo que tiene que ver con la causa implícita en la Resistencia más que con la fijación en un partido concreto: es el caso de Albert Camus y Maurice Nadeau en *Combat*, de Mounier y Domenach en *Esprit* y, sobre todo, de los redactores de la nueva revista, *Les Temps Modernes*, Sartre, Merleau-Ponty, Beauvoir. La potencia del área comunista, el prestigio de su sacrificio en el interior y de la lucha de la URSS en el antifascismo proporcionarán, más allá del espacio escueto de la militancia en el PCF, una forma de solidaridad con los comunistas que llevará a las constantes matizaciones de los sectores de la izquierda socialista o cristiana. Si para Sartre un anticomunista es un perro, para Mounier el anticomunismo es mortal. El distanciamiento de Aron y de Malraux queda enquistado en la militancia gaullista en que ambos se encaraman y, en el caso del primero, en la elección del campo occidental y del anticomunismo sin tapujos que le permitirán publicar dos libros sabiamente complementarios en 1948 y 1955: *El gran cisma* y *El opio de los intelectuales*.

El prestigio del Partido Comunista y de la URSS no implicarán, sin embargo, que el PCF sea el partido de los intelectuales, además del partido de los fusilados, como quiere señalarlo su X Congreso. Quienes están dispuestos a seguirle en el momento de la ruptura de 1947 no son demasiados, aunque toleren con mayor o menor resignación los ataques a que son sometidos por el partido tras la fundación de la Kominform y la sectarización política y cultural que se produce en aquel momento. En los años que siguen a la Liberación, la influencia literaria, incluso la moda, se encuentra en un «existencialismo» que va mucho más allá de los límites

estrictos de los defensores de esta corriente filosófica, para definir una actitud ante la vida, fácilmente propagada por una especie de gran malentendido. La biógrafa de Sartre, Cohen-Solal, ha descrito con pulcritud el ambiente de tensión que sigue a la Liberación de París, al establecer cómo: «Reina una unanimidad que va de los hombres de pluma a los hombres de espada, en esos meses en los que regía una hiperlucidez vengativa […], en los que el mundo entero parecía dudar entre los monstruos y los héroes».[34] Ciertamente, se trata del tiempo de los hermosos y los malditos, que han sido separados por la cirugía de la Depuración. En ese territorio que ha sufrido una extirpación moral sin contemplaciones, no es tanto el rigor militante del comunismo, su celadora conciencia ideológica o sus opciones artísticas lo que puede enaltecer el ánimo de una juventud y unos medios intelectuales que se entregan a la influencia del jazz, a la voz de Juliette Gréco o a la trompeta de Boris Vian, a esa «espuma de los días» denunciada por quienes temen la corrupción de la cultura francesa a manos de una aterradora americanización. El éxito de la conferencia de Sartre «El existencialismo es un humanismo», el 29 de octubre de 1945, provocará la expansión de la palabra al tiempo que señala el inicio de un liderazgo intelectual. Como siempre ocurre, la divulgación del término irá haciendo flaquear su sentido, pero el magisterio de Sartre parece conectar con la ansiedad de un mundo inseguro y con la afirmación de la vida como proyecto. Para una sociedad que sale del espanto cargada de esperanza y ganas de vivir, el existencialismo sartriano es, incluso en su vulgarización más trivial, el encuentro con un sentido de la vida que se alimenta de la propia responsabilidad ante los actos, de una libertad que construye la esencia de cada persona, de una voluntad de ser en el seno de una humanidad que se hace en una historia decidida por sus integrantes. Que ésta no es la única —ni tal vez principal— orientación del existencialismo habrá de apresurarse a señalarlo el propio Heidegger en la *Carta sobre el humanismo*, dirigida a su discípulo Jean Beaufret. La inserción del existencialismo en la filosofía académica se realizará por una vía bastante distinta a la del humanismo proclamado por Sartre. Sin embargo, en aquel momento, el director de *Les Temps Modernes* ofrece una alternativa al marxismo ortodoxo que irritará profundamente a los ángeles custodios de la

ideología del partido. En 1948, cuando Sartre se ha empeñado con Rousset en la constitución de un partido socialista de izquierdas, el novelista soviético Fadeiev interviene en el Congreso Mundial de Intelectuales en Varsovia, señalando a Sartre como una «hiena dactilográfica». Para la derecha, sin embargo, la moda del «existencialismo» no es una muestra menor de decadencia que corrompe la virtud de la juventud francesa. Los dos primeros volúmenes de *Los caminos de la libertad*, que Sartre publica en el mismo 1945, crean un tipo moral, Mathieu Delarue, que puede repugnar tanto a la ortodoxia del PCF como a los guardianes del integrismo clasicista, que en publicaciones como *Samedi Soir* manifiestan su reprobación por el tipo de juventud putrefacta y sin rectitud moral que constituyen los personajes de la obra. Además, la queja se alimenta también por una influencia de la cultura americana, desde la novela de la generación perdida hasta la música negra, que parece olvidar la elegancia ordenada de una cultura en proceso de contaminación irreversible. Tampoco conviene tener una imagen de la cultura francesa que puede tener la deformación retroactiva de la nostalgia por una literatura del compromiso. Ni París es Francia ni Saint-Germain-des-Prés es París. Junto a la embriaguez de la actividad que se produce en los locales cercanos de *Les Temps Modernes*, *Esprit* o *Europe*, la cultura francesa continúa disponiendo de sólidos anclajes en quienes, sin ser indiferentes, distan mucho de entender su trabajo literario como una aportación al cambio social o a su preservación. Si los premios pueden dar cierta idea de los gustos del poder cultural y, por tanto, señalar dónde se encuentra dicha hegemonía, no deja de ser revelador que los premios Nobel que siguen a la guerra mundial vayan a parar a quienes, como Gide, contemplan con cierto sarcasmo las exigencias del manifiesto inicial de *Les Temps Modernes*, o a quienes se sitúan en un ámbito de confrontación directa con la izquierda, como Mauriac. El Premio Goncourt comienza entregándose a Elsa Triolet, compañera de Aragon, en 1944, para acabar yendo a parar en 1954 a Simone de Beauvoir. Pero el receptor del galardón en 1946, Jean-Jacques Gautier, dedica su novela *Historia de un suceso vulgar* nada menos que a Jacques Isorni, defensor de Pétain y de Brasillach. Uno de los espacios representativos del poder en la cultura nacional, la Academia, asiste a la entrada de Paul Claudel y Marcel

Pagnol en 1946, certificando el reconocimiento oficial de unos autores a los que irá sumándose la aún fuerte percusión de Malraux y el reingreso de autores como Henry de Montherland y Marcel Jouhandeau en las revistas literarias, de la mano de su nuevo protector, Jean Paulhan. El éxito de los llamados *hussards*, defensores aún más acérrimos de la neutralidad literaria, viene a completar, bajo la dirección de Roger Nimier y Jacques Laurent —que obtiene su éxito literario de masas con el seudónimo de Cécil Saint-Laurent—, un panorama de piel menos tersa que la sugerida por ciertas imágenes impresionistas del momento.

En los ámbitos en que el debate se ha inclinado por la implicación a fondo de los intelectuales, la comunidad de ideas de la Liberación habrá de sufrir, muy rápidamente, los efectos de la ruptura política republicana. André Gide será vilipendiado por la prensa del PCF cuando regresa a Francia tras la guerra. La concesión del Premio Nobel en 1947, coincidiendo con el gran cisma internacional y nacional, inyectará más combustible en la amargura de una opinión que aún no ha olvidado *El retorno de la URSS.* Cuando se produzca la muerte del escritor, en 1951, *L'Humanité* señalará «la muerte de un cadáver». Georges Bernanos responderá con agilidad a las acusaciones, recordando a los comunistas los elogios que rozaban el ridículo cuando Gide se encontraba en su campo. Sartre se verá obligado a acudir también a ese detestable foro, para recordar el coraje moral de quien ha escrito una literatura condenada por el Vaticano y por el colonialismo. Menos soportable será, a ojos del director de *Les Temps Modernes*, las sospechas que se lanzan sobre el infortunado Paul Nizan, que le obligarán a levantar una corriente en favor del amigo muerto en Dunkerque, tras haber abandonado el Partido Comunista a causa del pacto germano-soviético.[35] Estas escaramuzas son dolorosas, pero solo anuncian problemas de mayor calado en el seno de la literatura *engagée*. En noviembre de 1946, Albert Camus publica en *Combat* una serie de artículos que agrupará con el título de «Ni víctimas ni verdugos». Reflexión sobre la violencia justificada por la ideología, las páginas de los artículos están preparando las afirmaciones que se extenderán, cinco años más tarde, en *El hombre rebelde*. En ese primer giro de Camus, la respuesta no vendrá de *Les Temps Modernes*, sino de Emmanuel d'Astier de la Vigerie, que publica

en *Caliban* un artículo insultante, «Arrancad la víctima a los verdugos». La respuesta de Camus tendrá la agudeza y la violencia de quien está dispuesto a marcar nuevos prefijos morales y tiene la habilidad del ensayista literario para hacerlo: Camus ni siquiera ahorra a d'Astier de la Vigerie su evolución desde la extrema derecha hasta el comunismo, aprobándola para poder citarla; pero utiliza esa evolución de su contrincante para afirmar su coherencia en la condena de la violencia legitimada por una ideología de progreso o por los orígenes revolucionarios de una burocracia. El tono esencial de la polémica está lanzado, aunque no adquiera aún, dadas las circunstancias en que se publica, el impacto que se producirá cuando llegue la ruptura con Sartre. En los años que median, ambos autores ocupan todavía un espacio central e intermedio. Central, con los éxitos de *La peste* y *Los justos* de Camus, o de *Muertos sin sepultura*, *La puta respetuosa* y *Las manos sucias*, de Sartre. Intermedio, porque en pleno estallido de la guerra fría, uno y otro constituyen dos referencias de quienes se niegan elegir ciegamente un campo. Camus rechaza con mucha mayor firmeza lo que está ocurriendo en la URSS, pero *Les Temps Modernes* no eluden la referencia a la represión soviética de la mano de Merleau-Ponty a comienzos de 1950. El desarrollo de la contienda entre los dos espacios, sin embargo, deja muy poco oxígeno para que se respire desde la equidistancia. En 1947, el XI Congreso del PCF señala que los intelectuales deben «entregarse a la causa de la clase obrera», algo que solamente podía entenderse de una forma en el año en que se vive peligrosamente. A lo largo de 1948 y 1949, con el proceso Kravtchenko como punto más alto de esas cumbres borrascosas por las que deambula la izquierda francesa, las revelaciones sobre los campos de concentración soviéticos son lanzadas con el apoyo de una propaganda que busca sus mejores aliados en los antiguos comunistas, testimonios preciosos para la denuncia del sistema a batir. Se trata de evitar que el movimiento por la paz impulsado por la URSS desde 1948 y, en especial, desde la Conferencia de Estocolmo de 1950, adquiera prestigio en un neutralismo democrático y en el temor generalizado a un holocausto nuclear. Sartre soportará estoicamente las críticas que llegan a hacerse a su obra, en especial a *Las manos sucias*. Otros, como Vercors, como Seghers, prefieren también callar y retirarse discretamente. Tampoco

hay lugar para eso en el lado occidental, que responde al Congreso Comunista de 1948 con un Congreso de Intelectuales por la libertad en Berlín, en 1950, a lo que seguirá en Francia la constitución de la revista *Preuves*, que se suma a *Liberté d'Esprit* del movimiento gaullista para establecer un territorio de anticomunismo intelectual más activo. Cuando se digiera la cascada de publicaciones sobre el terror en la URSS, el antiguo prisionero en los campos nazis David Rousset iniciará una campaña para que las autoridades soviéticas permitan la visita de sus instalaciones de internamiento, con el resultado que podía esperarse. Cuando Camus publica *El hombre rebelde*, a finales de 1951, la coyuntura es la menos indicada para que la actitud de la izquierda no comunista sea muy favorable. La guerra de Corea ha exasperado las condiciones en que se desarrolla el enfrentamiento internacional, y el giro del gobierno hacia la derecha, sumado a la marea gaullista en las elecciones de 1951 inquietan a quienes, como Sartre, desean ver en el anticomunismo, si no *exclusivamente*, sí *sobre todo* una defensa de un régimen colonialista y belicista, que en aquellos precisos momentos está anegando buena parte de la obra social de la Liberación, al tiempo que convierte la lucha contra la URSS en una forma de aislar lo que, guste más o guste menos, sigue siendo la expresión política de la mayoría de la clase obrera francesa. En tales condiciones, el alegato de Camus será recibido con desdén y virulencia por quienes están a punto de tomar una decisión sorprendente, a la luz de lo que ha venido ocurriendo desde antes de la guerra y, sobre todo, desde 1948: ingresar en el partido de la paz. La decisión de Sartre, que sigue a la detención de Duclos en 1952, precederá en poco a la crítica desdeñosa que, primero Francis Jeanson y luego él mismo, dedicarán al libro de Camus, vigoroso en su coraje moral, penetrante en su intuición política, frágil en su trayectoria analítica. La ruptura entre Sartre y Camus, al afectar a las dos estrellas del escenario parisiense de 1944-1945, parece cancelar con una imagen las mil palabras que se reunieron en el impulso de la Resistencia. La unanimidad desmentida en la política se quiebra también en la cultura. Como si los hechos necesitaran la tersura inexacta de los símbolos para adquirir una extraña consistencia, en ese mismo 1952 François Mauriac, enemigo político de ambos contendientes, recibe el Premio Nobel de Literatura; Paul

Eluard, convertido en un intelectual orgánico del Partido Comunista —*«liberté, j'écris ton nom…»*—, muere el 18 de noviembre; el 16 lo ha hecho Charles Maurras, en cuya agonía tiembla una de las mejores llamas de la experiencia ultraderechista francesa.

El exilio y el reino. La extrema derecha francesa y la legitimidad cultural de la Resistencia

El examen de la dinámica republicana que se ha hecho hasta aquí, tanto en sus aspectos políticos como en sus tensiones culturales, permite señalar lo que es ya un lugar común de la historia francesa de la posguerra: a partir de la Liberación, el terreno sobre el que debería izarse un renacimiento del fascismo queda esterilizado. Según una tradición aceptada académicamente, esta circunstancia obedece a dos líneas causales complementarias: las referentes a una nueva situación internacional como resultado de la derrota de los regímenes de tal naturaleza, y las que proceden del carácter *fundamentalmente* exógeno de la experiencia fascista gala, cuya debilidad se justifica por la ausencia del referente internacional. Antes de considerar estos factores, parece necesario considerar algo que suele abandonarse cuando los especialistas abordan el estudio del muy escuálido fascismo francés de los años posteriores a 1945. Y es que, si bien es imposible un *resurgimiento* en esa tierra baldía, sofocada por el ardor combinado de la Resistencia y de la victoria, es probable el vigor de una *persistencia* ciertamente diezmada, sombría, que almacena sus fuerzas en el fondo una tenacidad donde los recuerdos fermentan hasta convertirse en esperanzas. En la medida en que el ambiente es tan hostil, quienes habitan en los escombros del fascismo tienen el vigor arrogante y sectario de los supervivientes a las catástrofes, algo que les hace convertir el fracaso en la prueba de su pureza ideológica, una alquimia reiterada en todos los procesos de grupusculización. En estas condiciones psicológicas, su actitud puede desdeñar las estrategias destinadas a conquistar espacios amplios, a hacerse con una base de masas pacientemente acumulada, a buscar la vertebración de mayorías con sobrias renuncias a la exaltación ideológica. Para quienes creen que el único mundo viable para los franceses y los europeos es el que se había diseñado por el Nuevo Orden, el dominio de los vencedores en 1945 abre un simple paréntesis, una fase expiatoria que concluirá en una inmolación tarde o temprano, dejando el camino abierto para una restauración del fascismo.

Los investigadores, tal vez extrañados por la carencia de pragmatismo de los pequeños grupos neofascistas de estos años, insisten en proyectar una divertida extravagancia donde, en realidad, se desenvuelve una lógica inquietante. La tediosa enumeración de una multitud de asociaciones minúsculas, publicaciones sin apenas lectores y pequeños jefes de organizaciones efímeras puede despertar el cansancio de un lector atento a la estrategia de fuerzas políticas realmente existentes. Sin embargo, la mitología de los grupúsculos fascistas se apoya en esa pobreza de los comienzos de su propio movimiento, que suelen relacionar con la humildad el nacimiento del cristianismo: el carnet número siete de Hitler, las escasas huestes reunidas en la plaza del Santo Sepulcro de Milán en 1919, la debilidad del falangismo español antes de la guerra civil… Los ejemplos de esa penuria inicial son tan numerosos como estimulantes, al tiempo que refuerzan el elitismo de quienes participan en el nuevo combate, en una cultura que ha prestado especial atención al heroísmo de las minorías, a la clarividencia de los elegidos y al genio transgresor de los solitarios. Para los resistentes fascistas de 1945, se trata de dar el testimonio de una voluntad y la reivindicación de una obra. Dar señales de vida, mantener una luz que palpita en las tinieblas interiores de la democracia, atestiguar esa permanencia que, si se presenta al principio como un esfuerzo para dignificar la lucha perdida, se irá consolidando como la confianza en un segundo advenimiento. Por tanto, entender el mensaje del fascismo de posguerra en la longitud de onda de los partidos convencionales, que se expresa en las tensiones entre identidad y compromiso, entre ideología y política, entre militancia y electores; tratar de encontrar esos rasgos familiares supondrá una frustración y un error de perspectiva, que ignora la posición puramente *ideológica* en que se establecen los nuevos grupos fascistas. El habitual recorrido sobre el archipiélago de movimientos que reivindican esa zona de la memoria europea, además de desconcertar a los lectores con una muchedumbre de datos marginales, acaba en esa misma descripción, para reconocer lo que ya sabíamos desde el principio: que se trata de un puñado de islotes, restos emergentes de un continente anegado, indicios de un naufragio que toma los rasgos de una catástrofe geológica.

Dar cuenta de esa dispersión es indispensable, porque constituye una de las facetas del paisaje de la extrema derecha francesa en la posguerra, además de permitirnos descubrir elementos de fondo de una cultura política. De hecho, la actitud de estas organizaciones nos hace reflexionar sobre lo que fue el fascismo en los años veinte y treinta, como si lo viéramos despojado de buena parte de los aspectos, internos o coyunturales, que le dieron un amplio y heterogéneo apoyo social, al tiempo que apaciguaban determinados rasgos de su carácter y, sobre todo, le restaban uniformidad. Sin embargo, la reflexión no puede agotarse en esta vertiente, si lo que debe considerarse son las dos facetas de ese lugar común al que hacíamos referencia: la *pérdida de actualidad* del fascismo a partir de 1945 y su naturaleza foránea en la cultura política francesa previa a la derrota de 1940. A estas dos cuestiones habría de sumarse otra, que va más allá de la experiencia francesa, pero que resulta indispensable para entender ambos problemas en el ámbito hexagonal. Se trata del lugar del fascismo en el ámbito complejo de la extrema derecha, un análisis crucial para comprender el carácter del fascismo en su época, pero también su relación con el actual nacional-populismo antidemocrático.

La pérdida de la guerra por el fascismo no supuso solamente un episodio militar, sino que se acompañó y acabó comprendiéndose por las sociedades europeas, como una ruptura cultural, que despojaba al fascismo de su carácter de opción presentable, de posibilidad política, de prestigio ideológico. La *pérdida de actualidad* del fascismo a la que nos referimos indica que, sobre la Francia en ruinas de 1945, se eleva una sanción que va mucho más allá de las tareas de la Depuración. La cultura de la Liberación viene a colocar el fascismo *fuera de la actualidad*, deja de *hacerlo presente*, lo convierte en una simple rememoración cuya aniquilación se celebra en los rituales de la Resistencia. Lo que se produce es una *expulsión* de la realidad que no se refiere solo a una dificultad estratégica momentánea, sino que adquiere el rigor de un anacronismo. Como hemos visto, los grandes debates intelectuales de la Francia de la posguerra se orientan rápidamente en el sentido de la renovación nacional o en las fracturas provocadas por el conflicto entre los dos bloques. En ningún caso se *asiste* a la propuesta del fascismo: ningún ámbito académico puede tomarlo como

una opción a debatir, ningún órgano de prensa publica una opinión que establezca su *vigencia*. En una sociedad que reclama un camino intermedio entre el socialismo soviético y el capitalismo, a ninguno de los intelectuales comprometidos en su búsqueda se le ocurre que el fascismo disponga de respuestas. El fascismo, de hecho, ni siquiera es interpelado a partir de 1945. Es posible que ello pueda verse como una *normalización* de la cultura francesa y europea. Sin embargo, en los años que preceden a 1940, antes de que la Ocupación alemana genere la Colaboración, numerosos intelectuales escenifican la actualidad del fascismo. Solo diez años antes de que en Saint-Germain-des-Prés el fascismo pueda considerarse un asunto tenebroso que pende de la pesadilla de la Ocupación; solo diez años antes de que la moda existencialista se vuelque en las cercanías de la Sorbona, ese mismo escenario *contempla* el fascismo. Es una propuesta ensalzada o denigrada, pero en cualquier caso *discutible*, apreciada intelectualmente y posible políticamente. Tiene algo más que el prestigio de haber levantado movimientos de masas y regímenes contemporáneos. Brilla por el apoyo que le otorgan los celadores de la cultura: escritores y periodistas, narradores y poetas, dramaturgos y cineastas. Esta proyección se obtiene en los términos de su modernidad, de su congruencia con el mundo en que se vive, de su correspondencia con los problemas puestos por el nuevo siglo, exasperados por la Gran Guerra y las crisis que parecen perpetuar un estado de ánimo de excepción. El fascismo conecta con una crisis de conciencia, cosa que no se hace en las grandes querellas de los años de la guerra fría.

Esta falta de credibilidad, que le da un aire espectral después de 1945, es uno de los golpes más irreparables que se le asestan. Pues la carencia de un apoyo social más extenso viene precedido de esa *desautorización* intelectual. El daño es considerable porque, precisamente en Francia, el fascismo ha gozado de una solidez de elaboración y de una corpulencia de *actitud* que solamente puede detectarse en algunas fases del fascismo italiano. En 1945, el fascismo francés ha perdido a alguno de sus intelectuales más destacados, como un Drieu La Rochelle que ha elegido el camino del suicidio, de un Brasillach ejecutado o de un Céline destinado a una marginación que ensancha su nihilismo. Tal vez la pérdida de propagandistas y jefes políticos de partido sea menos importante que la de

estos notables de la cultura, autores con éxito cuya adhesión al fascismo lo hace digno de *consideración*. El fervor de la Depuración en este campo nos permite observar hasta qué punto la extrema derecha controlada por el fascismo había ido prendiendo en la cultura francesa, de qué manera había ido situando en la Academia, en los círculos de vanguardia artística o en el éxito de ventas, a personajes que se identificaban con una ideología y que, por tanto, la ofrecían al país en cuya lengua se expresaban. Su carácter ambiguo le permitió ofrecer soluciones transversales, que captaban la voluntad de antiguos anarquistas o comunistas, pero que también radicalizaban el activismo de jóvenes monárquicos insatisfechos por la pasiva senectud de sus dirigentes. El fascismo pudo ser, así, un espacio moral que se veía, por algunos, como un ingrediente más del inconformismo de la juventud, mientras que para otros resultaba un posible aliado de la contrarrevolución. La impregnación de la atmósfera intelectual pudo extender un aire viciado, una contaminación respirada con la sensación de *formar parte* del tiempo en que se vivía. La ira de la Depuración tiene, entre otros sentidos, el de reconocer esa fuerza de atracción, esa trama de seducciones que atrapan a una generación en busca de su futuro. El castigo ejemplar solo puede legitimarse según las proporciones del delito: y la larga lista de colaboradores planteada por el Comité Nacional de Escritores en 1944 venía a ser el certificado de garantía de una influencia generacional. El otro sentido de la Depuración, descabezar el movimiento por medio de la muerte, la cárcel o el temor, tuvo también un efecto en las precauciones que tomaron desde entonces antiguos entusiastas del fascismo o, simplemente, quienes se habían sentido inspirados por él, apartándolos de cualquier adhesión a los movimientos que trataban de reivindicar su memoria. El arrepentimiento de quienes asumieron la cultura fascista como propia tiene muchas caras. En algunos casos, pudo tratarse de una impresión de derrota definitiva que hacía inútil cualquier esfuerzo y aconseja retirarse cínicamente, con resignación fingida, a la creación; en otros, pudo contemplarse como un riesgo personal innecesario, dadas las posibilidades reales de su triunfo; pudo ser, también, un ejercicio de lucidez que percibiera el verdadero rostro que se ocultaba bajo la ilusión del fascismo de los años treinta, cuando lleguen las noticias

de los campos de exterminio y cuando la sociedad repudie los cantos de sirena de una movilización comunitaria como la que expresó esta corriente. La tercera función de la Depuración necesita de un repertorio más amplio de argumentos, pero puede volver a enunciarse, como se ha hecho en su momento: el castigo quiere identificar el fascismo con la traición, al establecer su equivalencia con la Colaboración y su carácter de indignidad nacional. Si se considera que muchos fascistas lo eran antes de la Ocupación alemana y que algunos de los elementos más destacados de la extrema derecha decidieron resistir, el argumento parece dañado de muerte, aunque convendrá referirse a él con algo más de detalle. En cualquier caso, la pérdida de ese campo resulta letal para una ideología que necesitaba, en primer lugar, el *prestigio* que precede a una aceptación.

La presencia cultural del fascismo antes de 1945, su coherencia con la época, se realiza mediante un proceso de síntesis ideológica, coalición social y movimiento nacional-popular. Todos ellos son factores que se precisan unos a otros. De forma que, sin su capacidad de integrar tradiciones, sin obtener un encuentro entre sectores sociales diversos y sin lograr un alto grado de identificación con la nación como movimiento *verdaderamente* representativo de toda la comunidad popular, el fascismo queda como una opción frustrada, que reduce su potencial hasta recluirse en ámbitos reducidos. El fascismo tuvo la intención y la habilidad de presentarse como una propuesta que sintetizaba distintas culturas antidemocráticas y que agregaba la heterogénea base social que cada una de ellas había tenido hasta entonces. Zeev Sternhell ha sido el autor que, estudiando precisamente el caso francés, planteó de una forma más reveladora y pionera la manera en que el fascismo se había propuesto realizar una fusión entre diversas críticas a la tradición liberal parlamentaria.[36] Tales características no se referían solo a los procedimientos reguladores de la representación política, sino a la concepción misma de la sociedad. En la medida en que detectó la importancia de los movimientos de masas y de la cuestión obrera; en la medida en que se fascinó por la filosofía vitalista y por los avances de la ciencia y de la técnica; en la medida en que supo valorar las aportaciones sociológicas para la organización de un movimiento político y un Estado

modernos, el fascismo pudo moldear la crisis de la conciencia europea a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Fue capaz de obtener el apoyo de intelectuales que reprochaban a la sociedad burguesa su inmovilismo y a los excombatientes que verificaron la caducidad del viejo orden en la Gran Guerra. Superó la crítica a la democracia realizada desde posiciones elitistas conservadoras para presentarla en los términos de la instauración de un Estado popular, en el que la comunidad jerarquizada se impondría a los egoísmos individuales. Supo hacer de la desconfianza hacia la democracia parlamentaria la base de una crítica radical al liberalismo que encontró la inmensa audiencia de los inconformistas de entreguerras. La crítica a los partidos oligárquicos, a la partitocracia, a los poderes sectoriales y a la conspiración de grupos ajenos al interés general se convirtieron en una mística de exaltación de una comunidad homogénea. Los principios de 1789 fueron considerados la base de una decadencia francesa que ni siquiera se había plasmado en el alcance de la justicia social, sino que había impuesto el dominio del dinero y de los poderes antinacionales. Aduló a los jóvenes para presentarse como un movimiento de renovación que venía a decretar el agotamiento del corrompido Estado liberal. Ganó prestigio en el movimiento regeneracionista que atravesaba todas las sociedades europeas, en especial tras la experiencia atroz de la Gran Guerra. La síntesis de lo nacional y lo social, como lo ha definido Sternhell, se verificó mediante la unificación de un revisionismo antimarxista y antiliberal en el seno de las organizaciones obreras con un nacionalismo integral, organicista, que rompía con el patriotismo republicano. Planteó el mito de la Comunidad Nacional Popular, detectando sus enemigos en los adversarios tradicionales de Francia: la masonería, el judaísmo, el comunismo, el liberalismo.

Esta síntesis ideológica le permitió tomar la apariencia de una «revolución conservadora» —como fue denominado en Alemania el movimiento de los jóvenes rebeldes de inspiración nietzschiana a comienzos del siglo XX—, de una «derecha revolucionaria» —como Sternhell ha nombrado sus primeros movimientos a finales del XIX— o a una superación del esquema de derechas e izquierdas —como lo estableció la célebre consigna del Partido Popular Francés, *«ni droite, ni gauche»* en

los años treinta. Para que su propuesta pudiera captar la simpatía de intelectuales muy diferenciados, el fascismo debía tener esa solvencia sintética. En Francia, donde no llegó a constituirse un solo partido, pero sí un «campo magnético» de influencia extensa y graduada, el fascismo pudo ser requerido por Georges Valois, que a comienzos de siglo había escrito un texto delator de una inmensa ruptura generacional, *L'homme qui vient*. El antiguo libertario, convertido a un monarquismo social, impulsó la creación de círculos obreros leales a la Acción Francesa con el significativo nombre de los Círculos Proudhon. Tras su ruptura con Maurras y Daudet, Valois daría luz al primer artefacto fascista francés, *Le Faisceau*, que tendría una gran influencia editorial pero una escasa presencia militante. A finales de los años veinte, Valois fue volviendo a sus orígenes libertarios, devolviendo a la doctrina sindicalista su orientación de clase y perdiendo toda esperanza en el corporativismo conciliatorio de la extrema derecha. Acabó integrándose en la Resistencia, fue capturado, internado en un campo de concentración alemán y murió poco antes del fin de la guerra.[37] Pierre Drieu La Rochelle, uno de los novelistas más prestigiosos de los años treinta, publicó algunos de los textos cruciales de la literatura fascista de los años treinta, *L'Europe contre les patries* y *Socialisme fasciste*. Durante la Ocupación, aceptó dirigir la *Nouvelle Revue Française*, para la que trató de lograr la colaboración de prácticamente todos los que habían escrito en ella antes de la invasión alemana. Solo se integró en el Partido Popular cuando estuvo seguro de la derrota alemana y del régimen de Vichy, en un gesto testimonial que acompañó de amargos reproches a las autoridades de la Ocupación, a las que acusó de boicotear la revolución fascista. Tras un intento fallido de suicidio en agosto de 1944, acabó quitándose la vida en marzo de 1945 indicando que moría «como el reaccionario y el revolucionario que soy» y pidiendo a los combatientes de la Resistencia que estuvieran tan orgullosos de su combate como él lo estaba del suyo. La moral de un hombre de acción, de *L'homme à cheval* que había descrito en uno de sus libros, podía ser interpretada como el cinismo de su *Gilles*, aunque no hay mucho espacio para ese sentimiento cuando se afronta la muerte voluntaria. Jacques Doriot fue uno de los dirigentes comunistas más influyentes desde la fundación misma del partido, ocupando la mítica

alcaldía de Seine Saint-Denis. Sus enfrentamientos con la Internacional Comunista por apoyar la independencia estratégica del Partido Comunista francés y la necesidad de un Frente Único de los trabajadores le llevó a la ruptura con la organización. El Partido Popular, creado sobre la influencia de sus recursos municipales, llegaría a ser una de las fuerzas más amplias del fascismo francés, tras haberse orientado en el área ambigua de un «socialismo nacional» en la crisis de los años treinta. Moriría acribillado por las balas de la aviación aliada cuando se dirigía a un encuentro con otros exiliados de la Colaboración, en una carretera alemana.[38] Marcel Déat, dirigente «neosocialista» de la SFIO, acabará integrando la idea del socialismo no marxista en una propuesta de comunidad nacional organizada. Creará el *Rassemblement* Nacional Popular y llegará a ser ministro de Pétain en 1944. El auxilio de la Iglesia le permitirá refugiarse en Italia y evitar una segura condena a muerte.[39] Si ampliamos la perspectiva del fascismo, para observar su radiación hacia espacios más flexibles, más turbios, de menor transparencia en su afirmación de *ser* fascista —en lugar de *pertenecer* a un área de influencia—, vemos cómo el fascismo llega a contaminar con su ideario de *Rassemblement* a sectores de una extrema derecha que teme que la falta de un discurso populista, de masas, atestado de consignas comunitarias de justicia social, ofrezca un territorio de avance cómodo a la izquierda. Se trata de la extrema derecha que quiere disputar el espacio político en el terreno del pueblo, sin conformarse con principios elitistas de conservación. Esta derecha que desea rectificar la república se constituirá en ligas como las que encabezará con especial éxito el coronel La Rocque, dirigente de los *Croix-de-Feu* que pasarán, a partir de la prohibición de las ligas, al poderoso Partido Social Francés. Tras la aceptación de la derrota frente a los alemanes y una primera colaboración con Vichy, La Rocque pasa a la Resistencia, y el PSF se convertirá en una de las piezas de la reconstrucción de la derecha social tras la Liberación. Henry Dorgères, dirigente de los Comités de Defensa Campesina, dueño de un imperio de prensa orientado por el semanal *Le cri du sol*, formará parte del Consejo de Estado petainista y tratará en vano de obtener la jefatura de las corporaciones campesinas, en un duelo con los sectores influidos por Déat. Después de la Liberación sufrirá un arresto de

diecinueve meses en Fresnes.[40] Charles Maurras, creador del principal movimiento contrarrevolucionario de la Francia de comienzos de siglo, que contempla sin demasiado agrado las tendencias más radicales del fascismo, se enfrentará a la instauración del régimen de Pétain como una *«divine surprise»*, y sus textos, como los del fallecido Bainville o del silencioso Gaxotte, serán considerados fundadores de la ideología del nuevo sistema. Jacques Bainville había llegado a proclamar, en los comienzos de los años veinte: «Somos el país más reaccionario del mundo. Tengamos la audacia de ser los dirigentes de la reacción. Es nuestra razón de ser en la Europa de hoy». Pierre Gaxotte, que proclama en la crisis de los años treinta la necesidad de crear un sindicalismo nacionalista que se enfrente al comunismo atendiendo las legítimas aspiraciones de los trabajadores, se referirá a Léon Blum con una violencia inaudita, atestada de reflejos verbales fascistas, en *Candide*: «Blum es el hombre maldito […]. Encarna todo lo que nos revuelve la sangre y nos pone la carne de gallina. Es el mal, es la muerte».[41] Gaston Bergery, dirigente de los «jóvenes turcos» del radicalismo francés, en un proceso de renovación que debe ganarlo para el movimiento de unificación nacional y social, acabará trabajando para el régimen de Pétain. Un ámbito inmenso de «inconformistas», desasosegados por las imperfecciones de la democracia, exasperados por la decadencia, por la pobreza del individualismo, fascinados por las perspectivas de una «revolución del espíritu» que devuelva a los franceses un sentido de comunidad de destino, pulsan el territorio del fascismo.[42] Las trayectorias son múltiples, oscilan como lo hacen diversas biografías en la Europa confusa de los años de entreguerras. En el caso de Francia, la variable de la Ocupación decreta un nuevo elemento de conflicto, al tiempo que ofrece una oportunidad a una extrema derecha que no ha podido derribar la III República en 1934.

El fascismo obtiene, además de una síntesis ideológica que lo convierten en receptáculo de la modernización de la extrema derecha —algún autor hablará del fascismo como una «técnica»—,[43] su capacidad de integrar una base de masas susceptible de asumir, en períodos de fracturas hondas, las soluciones comunitarias ofrecidas por la nueva doctrina. La extrema derecha francesa se constituye realmente en torno a la corriente

europea del fascismo. No nace con él, pues Acción Francesa o las Juventudes Patrióticas han planteado, respectivamente, la creación de un «estado de ánimo» y de una movilización popular, que se enfrente a la izquierda y que ayude a derribar las instituciones republicanas. Sin embargo, el fascismo inspira un frente común, una coagulación de las diversas facetas de la extrema derecha en su propuesta de un nuevo orden. Como fenómeno histórico, el fascismo es esa agrupación de masas en torno a un proyecto antidemocrático, nacionalista y populista. El fascismo puede vivir idealmente fuera de esa realidad, y puede establecerse de forma grupuscular al margen de esa movilización de la extrema derecha. Pero en el ritmo complejo de los acontecimientos, la síntesis fascista se realiza socialmente en un movimiento heterogéneo, conflictivo, con tensiones entre facciones y clientelas, con interpretaciones distintas del mito de la Comunidad Popular. Solo esa movilización plural permite que el fascismo se constituya en una fuerza auténtica, nada monopolítica, pero disciplinada cuando se produce la captura del poder. La diferenciación entre fascismo y extrema derecha en los años previos a la guerra solo puede hacerse analíticamente, modélicamente, teniendo en cuenta su tendencia a la integración en un solo movimiento que doble la síntesis ideológica en una síntesis social. Junto a los sectores de clase media, pequeños artesanos y comerciantes, funcionarios y estudiantes, oficinistas y pequeños propietarios campesinos que integran las ligas de la extrema derecha, el fascismo puede ofrecer la solución de una comunidad organizada a quienes organizan la producción nacional. Para los gerentes de la economía, dirigentes de las grandes empresas, el aprendizaje de la guerra ha señalado la posibilidad de un pacto social que reitere la comunidad orgánica en el esfuerzo productivo, la disciplina laboral como parte de la movilización de la nación en marcha. Esa función de alternativa a la autonomía obrera, a la normalización del conflicto laboral regulado democráticamente, y sobre todo al avance de las opciones revolucionarias, hará de la oferta de comunidad popular militarizada del fascismo una opción atractiva para un sector indispensable para su triunfo.

El fascismo se presentó, como fusión de las diversas facetas de la extrema derecha, en un proyecto de *expresión política* de la nación. Se presentó como su *manifestación espiritual*, como la *representación de la voluntad popular*. El fascismo asumió, mediante el mito de la Comunidad Nacional, el principio de una concepción de la nación que se inspiraba en elementos románticos o clasicistas, en Barrès o en Maurras, pero que establecía su maquinaria concreta de acuerdo con las técnicas de dominación aprendidas en las luchas sociales del siglo XX. El fascismo quería ser el movimiento que *realizaba* la identidad nacional rompiendo con los principios de pluralidad y conflicto del liberalismo. El mito de la Comunidad Nacional prefería seducir a las masas con la imagen de un Estado Popular capaz de determinar la voluntad homogénea de la nación y averiguar su destino. El fascismo venía a modernizar el rechazo de la política de la extrema derecha, para establecer una primacía del organicismo comunitario que venía a ser la negación misma de la política. Las frecuentes metáforas biológicas y militares del lenguaje fascista o de la extrema derecha en general en el período de la guerra son expresión de esa idea *vital*, *corporal* de la nación, de su fascinación por la jerarquía y la uniformidad, por las vagas ideas de equilibrio social que proceden del orden de la naturaleza o de la disciplina del ejército. Capaz de engendrar poderosos rituales que escenifican esa comunión espiritual y material, de ideas y de clases, de pueblo y de raza, el fascismo va atribuyendo a la extrema derecha un área ideológica de singular coherencia y atractivo. Para quienes habían asistido a los desastres de la guerra, a la abstinencia de la política, al peligro antipatriótico de la izquierda marxista, a la crisis de la civilización, el fascismo vibra con toda la fuerza de las compensaciones políticas y sociales: restablece la autoridad, identifica la injusticia, protege al individuo a través del fortalecimiento de la nación, salva la tradición a través de la modernidad, frustra la decadencia con un llamamiento a la regeneración. En la patria de los Derechos del Hombre y del Ciudadano; en la nación que vio nacer los grandes mitos del liberalismo; en la República de sangre jacobina, la extrema derecha realiza su revancha, a través de su inmersión en una corriente de la época que recibirá el nombre genérico de fascismo.

La desactivación del fascismo en la posguerra no se plantea, por tanto, en los términos de su inexistencia, sino en los de su incapacidad para vertebrar el conjunto de la extrema derecha como lo ha realizado en los años previos. El fascismo deja de ser una opción para los sectores que rigen la economía francesa, que ya no pueden contemplar en esta tendencia una forma de organizar la sociedad que supere los conflictos de clase a través de una ideología comunitarista. Las élites rebeldes no pueden hacer creer, tras la experiencia de un régimen como el de Pétain, que el fascismo tiene algo que ver con la revolución, con la presunción de un espacio de auténtica revuelta humanista frente al marxismo y al capitalismo. Para amplios sectores de las clases medias que han otorgado una base de masas a la extrema derecha más radicalizada, el fascismo no es una ideología de orden y autoridad en tiempos de amenaza comunista, no es una propuesta popular al servicio de los «pequeños», sino un factor de disturbio, de fractura de civilización. El territorio queda abierto, sin embargo, para las formas de nacionalismo populista que puedan ir cubriendo los temores y las esperanzas de sectores diversos de la sociedad, electores sensibles a los principios de *rassemblement* francés, de oposición a la fuerza del comunismo, al poder de los sindicatos, al aplastamiento de la empresa familiar, a la pérdida del imperio, la independencia y la seguridad de Francia. El problema será la tardanza en la consolidación de un nuevo encuentro de tradiciones, una nueva síntesis que solo podrá expresarse cuando quede totalmente anulada la cultura política de la Resistencia.

La IV República arrebata a la extrema derecha, en sus mismos inicios y en su evolución posterior, algunos de los factores que habían permitido su hegemonía y la importancia del fascismo como elemento aglutinante. La «unanimidad nacional» de 1944 puede ser, como hemos visto, una consigna y un estado de embriaguez más que una realidad. Pero ¿no acoge el gobierno unitario un espíritu de *rassemblement*, ciertamente orientado por la fuerza centrípeta de los partidos comprometidos hasta 1947, pero no por su carácter partidista menos eficaz en el planteamiento de la unidad nacional? Para el nacionalismo francés —y el nacionalismo es el elemento clave del discurso de la extrema derecha—, la cohesión de la Francia de la Liberación puede ser un factor que arrebata un espacio de crecimiento, de la

misma forma que la resignación de la derrota en 1940 le había otorgado una fase de expansión. La fusión de gaullistas, del MRP, de la SFIO y del Partido Comunista en una sola opción de gobierno realiza una atractiva suma que parece sintetizar lo que es Francia tras la expulsión de los alemanes. La náusea de los petainistas es un síntoma que afecta solo a los más convencidos, a los menos proclives a dejarse llevar por la corriente de la época. Quienes pudieron zambullirse en el impulso de las Ligas y de Vichy, ahora pueden tener la misma tentación de hacerlo ante un fluido que vuelve a tener apariencia definitiva. En los procesos electorales que van sucediéndose en 1945 y 1946, la opinión de la extrema derecha queda aletargada por la usurpación de espacios de reconocimiento y legitimidad. ¿Quién puede dudar que, tras los diecisiete millones de votos democristianos, socialistas, comunistas y radicales se encuentra una aplastante disposición de los franceses a unirse en un apoyo entusiasta o en la aceptación del nuevo régimen? Ni siquiera los casi tres millones de «moderados» de 1945 pueden considerar su vinculación con una nostalgia reiterativa: entre ellos se encuentran presidentes del gobierno en 1952 y 1954, como Antoine Pinay y Joseph Laniel, herederos de una tradición conservadora que tampoco se ha propuesto acceder a los requerimientos de Tardieu para «rehacer la república» en la agonía del orden de preguerra. El MRP ocupa un espacio de *«ni droite, ni gauche»*, de transversalidad democristiana donde se cobijan actitudes muy distintas, como ocurrirá en Alemania o en Italia, sin que pueda excluirse el voto de viejos partidarios de ese «ninismo» que se ha expresado previamente como una negación de la democracia parlamentaria. En 1947, como ya hemos indicado anteriormente, la constitución del *Rassemblement* del Pueblo Francés por De Gaulle adquiere un perfil diferenciado, en la medida en que rompe la unidad de los partidos para situarla en un movimiento colocado por encima de sus querellas egoístas. El discurso autoritario, socialmente paternalista, de impulso imperial y defensa de la identidad francesa, mueve una masa de voluntades que puede instalarse en el territorio intelectual de un nacional-populismo antiliberal. En la medida en que este «gaullismo de oposición»

se manifiesta, con fuerza autónoma hasta 1952, crea una esperanza para la extrema derecha y, al mismo tiempo, una limitación para su expresión en el fascismo. La frontera trazada por la ruptura de 1940 es demasiado potente.

Pues, junto al recorte de espacio que supone la unanimidad de 1944-1945 o el establecimiento de un espacio nacional-populista de oposición en 1947-1952, la cuestión de la extrema derecha y del fascismo francés sigue vinculándose a un elemento que le arrebata legitimidad: su carácter extraño, vinculado a una llegada al poder a través de la traición a Francia. La visión de un «fascismo de embajada» daña con singular eficacia las virtudes de un área cuyas opciones más fuertes se hallan en el patriotismo, cuyo discurso anticomunista se refiere tanto al carácter de clase como al régimen de subordinación a una potencia extranjera del comunismo francés. El atributo de «separatista», que De Gaulle cuelga del pecho del PCF como una indignante condecoración, se instala también en la memoria popular para designar a los fascistas. Salvo para quienes, entre ellos, han comprendido perfectamente la reorientación del fascismo hacia un comunitarismo civilizatorio europeísta —que procede de las circunstancias de la Ocupación,[44] pero que permite desarrollar una ideología de nuevo carácter —; salvo para los sectores más duros de la Colaboración, los cuadros del RNP o del PPF, la acusación resulta demoledora, al insertarse perfectamente en el marco de las dos dificultades previas: la unanimidad de la Liberación y el gaullismo como única oposición nacionalista posible. La constitución de la comunidad nacional, que se ha venido realizando en sentido republicano en 1944 y 1945, solo queda modificada por el populismo gaullista de manera circunstancial, por breve tiempo y marcado claramente, por la personalidad de sus dirigentes, la línea que les separa del vichismo. Naturalmente, la acusación tiene el oprobio de una buena dosis de falsedad: el fascismo francés ha existido como algo más que una anécdota y, desde luego, como una referencia cultural *propia* de Francia. La extrema derecha que ha entrado en el campo magnético del fascismo, constituyendo una gran convergencia nacional-populista que desemboca en Vichy, puede tener opciones a causa de la invasión alemana, de la misma manera que puede oscurecer algo que a los demócratas franceses les convendrá en 1944-1945: la fortaleza de un nacionalismo comunitarista autoritario salido de las

entrañas mismas de la evolución ideológica de Francia. En la constitución de las imágenes, en la asunción de un reconocimiento, esa deformación del pasado se convierte en una representación aceptable, en una corrección de la memoria que conviene para saldar las cuentas con los acreedores antifascistas. Para certificar esa extrañeza, los dirigentes políticos franceses pueden presentar los datos de las elecciones de 1945, de 1946, de 1951, cuando tanto en Italia como en Alemania se han creado espacios electorales explícitamente neofascistas. Sin embargo, ¿cuál habría sido el resultado de las elecciones de 1940 que nunca llegaron a celebrarse, con la presentación de candidatos del Partido Popular o del Partido Social? ¿De qué forma se habría procedido a una reversión de las instituciones republicanas en caso del éxito de una amalgama de bonapartismo, monarquismo, fascismo o del ambiguo «republicanismo social»? La interrupción de la invasión alemana y el régimen de Vichy crea algo más que una desviación del camino: adjudica las responsabilidades de otra manera y construye una calificación retroactiva de la extrema derecha francesa, distinguiéndola primero del fascismo, y reduciendo después su verdadera importancia.

Los espacios de síntesis de la extrema derecha están ocupados o bloqueados en 1945, pero la extrema derecha francesa no se reduce a lo que pueda expresarse, como sugiere la mayor parte de la bibliografía, en los grupúsculos neofascistas o en las instancias de los diputados independientes. Se trata de una cultura dispersa, que salpica espacios diferentes y que, por las circunstancias de la posguerra, es incapaz de volver a constituirse como movimiento unitario y diferenciado. Habrá que esperar casi cuarenta años para que ello ocurra. Pero ¿podría haber ocurrido sin esa constancia, sin esa pervivencia acotada en las pequeñas organizaciones, en los diputados aislados, en los movimientos episódicos como el poujadismo o en la evidente influencia que puede ejercerse en los ambientes de la derecha nacionalista encabezada por De Gaulle? Junto al nacionalismo y el populismo, uno de los elementos centrales en el reforzamiento de la extrema derecha ha sido cubierto también en 1947: el anticomunismo se expresará con mayor eficacia en las tareas de los gobiernos de Ramadier y Pinay, capaces de hacer frente a la movilización obrera con contundencia o flexibilidad; en la actitud de un Mendès France, descontando los votos

comunistas de su apoyo parlamentario en 1954; en el propagandismo de los intelectuales como Mauriac, Malraux, Camus, Aron, Castoriadis o Rousset, que denuncian el sistema soviético desde posiciones muy diversas, creando un estado de ánimo anticomunista que no se desprestigia por impregnación fascista alguna: por el contrario, el comunismo es rechazado en nombre de una lucha contra el «totalitarismo», contra el poder absoluto del Estado y contra la liquidación de la pluralidad que los ideólogos más coherentes de la extrema derecha difícilmente podrían compartir.

En los inicios de la IV República, la posición de la extrema derecha se refugia en una autodefensa que busca varios objetivos complementarios: la liberación de los condenados, la erosión del mito de la Resistencia, la reivindicación de Vichy, la crítica a los crímenes de la Depuración. Todos estos aspectos parecen conceder a los distintos sectores que la integran un margen de maniobra en la atmósfera irrespirable de la Liberación. Si la condena de la Colaboración no ha conocido demasiadas matizaciones, la denuncia de la Depuración aprovecha una curiosa reacción popular, que intuye los excesos y compadece a las víctimas. Charles Maurras, encarcelado, escribirá la descripción de lo que parece sufrirse como un verdadero baño de sangre: «100.000 cadáveres, 200.000 cautivos, un millón de personas expulsadas de su trabajo o expropiadas, víctimas directas de las purgas, cinco millones de víctimas indirectas (mujeres, niños, padres). Se trata de la orgía más baja de todas nuestras orgías revolucionarias».[45] Las investigaciones posteriores, como las que lleva a cabo el Comité de Historia de la Segunda Guerra Mundial, habrá de reducir el número de víctimas de una forma considerable: de los 160.287 expedientes que se abren, prácticamente la mitad es sobreseído; la pena de degradación nacional alcanza a algo más de cuarenta mil acusados, la cárcel y los trabajos forzados a otros cuarenta mil y la pena de muerte a poco más de siete mil, de los que menos de ochocientos serán ejecutados. Las personas ejecutadas de forma sumaria durante la guerra pasan de las nueve mil.[46] El impacto de la Depuración concierne más a lo espectacular de algunos juicios —como el de Laval, Maurras, Pétain o Brasillach— que a la importancia real del castigo a la colaboración, que alcanza a menos del 20 por ciento de sus activistas. En todo caso, la arbitrariedad en la selección puede ensanchar la

amargura y dar razón a la queja, considerando las instancias que se libran de cualquier tipo de pena por la necesidad de reconstruir una administración estatal que había permanecido leal al funcionamiento de las instituciones incluso bajo el régimen de Pétain.

La reivindicación de la obra de Vichy, de la dignidad de la posición de quienes vieron en ello una forma de salvar al país de males mayores, no ocupa solamente los espacios de la extrema derecha que se organiza, pero tiene en ella su representante más autorizada. Este discurso de solidaridad, que se presenta también en los términos de una reconciliación, irá acompañado de la denuncia del sectarismo gubernamental y del poder de los comunistas en el nuevo gobierno. La crítica a las instituciones débiles de la IV República, a su constitución diseñada por la izquierda marxista, al avance de las reformas sociales y el poder de los sindicatos irá presentándose como una pieza que trata de abrirse paso en una opinión recelosa. En ese espacio de crítica, la extrema derecha encontrará, junto a la competencia del propio MRP o del gaullismo, la que procede de grupos que se han formado como herencia de la vieja derecha liberal o del Partido Social Francés. En octubre de 1945, se reconstituye el sector de la Alianza Democrática que ha jugado la carta de Vichy —dirigida por Flandin—, y algunos sectores de la derecha más conservadora constituirán la Unidad Campesina de Paul Antier y la Renovación Republicana, de André Mutter, aunque las elecciones les proporcionan una presencia parlamentaria insignificante. La formación del Partido Republicano de la Libertad (PRL) en diciembre de 1945, es el esfuerzo más serio para atraer a este sector, bajo el liderazgo de algunos viejos dirigentes del PSF, como Charles Vallin, o de la derecha republicana como Joseph Laniel y Michel Clémenceau. La competencia de este grupo, que en el verano de 1946 llega a referirse al proyecto de constitución como «marxista», será otro factor que impide ganar audiencia a la extrema derecha, al presentar una vía de acceso a las instituciones que parece libre de la contaminación de Vichy.[47] Su órgano de prensa, *Paroles Françaises*, se sitúa a la derecha del propio partido, apareciendo en todos los catálogos de la opinión ultraderechista como uno de sus componentes. En 1951, cuando la opción del PRL se ha disuelto en el seno del gaullismo y la derecha republicana —tras no pasar nunca de una

treintena de parlamentarios electos—, *Paroles Françaises* se fusionará con *Réalisme* para constituir uno de los espacios de opinión de la extrema derecha de difusión más apreciable, *France réelle*. Tal orientación nos señala la forma en que el área de la extrema derecha va más allá de lo que se presenta abiertamente como tal, para impregnar resonancias de la derecha conservadora procedente de la III República, algo que ya había ocurrido antes de la guerra. El discurso de la reconciliación y la lucha contra los marxistas en el gobierno será ocupado también por el Partido Republicano y Social de la Reconciliación, impulsado por antiguos colaboradores de La Rocque, como Jean Ybarnégaray, André Portier y el hijo del jefe de los *Croix-de-Feu*, Gilles. El grupo conseguirá hacerse con algunos escaños en 1951, pero desaparecerá poco después.

La competencia incluso en el tema de la reconciliación y el olvido de Vichy, que se suma al ambiente legitimador de la cultura de la Resistencia, dejan muy poco espacio para los sectores más ortodoxos, que desean plantear más la reivindicación que una absolución basada en pasar página. Como se ha señalado al principio, estas dificultades no desanimarán a los núcleos más radicales, que se inspiran en la seguridad de una quiebra del sistema y en el retorno de las condiciones culturales favorables, aunque sea bajo otras formulaciones organizativas. Sus esperanzas en una destrucción del régimen, sabiendo lo que ahora sabemos, no resultaban tan delirantes, si tenemos en cuenta que la IV República fue víctima de un golpe de Estado en 1958. Sin embargo, estos sectores no medían la debilidad del régimen gracias a un examen atento de sus conflictos internos, sino por la mera percusión de una situación de poder abolida y por el desprecio que sentían por las condiciones políticas que los habían llevado a un exilio interior. Las diversas familias de la extrema derecha se organizaron por separado, restableciendo las condiciones de dispersión que se habían observado antes de la guerra. Lo que les unía era la reivindicación de la obra realizada desde 1940 y la dignidad de los dirigentes juzgados, que enfrentaban a la condena a la «indignidad» establecida en agosto de 1944. Los antiguos integrantes de Acción Francesa Maurice Pujo y Georges Calzat editaron un órgano de prensa de prestigio, que reiteraba las doctrinas del nacionalismo integral y el valor de la contrarrevolución, *Aspects de la France*, en 1947. Su

intención no fue, como ocurría con su antecesora, la creación de un movimiento de masas, sino contribuir a la formulación de un criterio, una opinión que se enfrentara al impacto revolucionario de la Liberación. Este intento de volver a levantar el mensaje monárquico más reaccionario, incluyendo la constitución de la Restauración Nacional, se enfrentó a los sectores más cultos y dinámicos del monarquismo francés, que desertaron de la revista para formar, en torno a la figura de Pierre Boutang, la revista *La Nation Française*, en la que colaborarían intelectuales de tanto peso como el historiador Phillippe Ariès, el filósofo Gabriel Marcel, el ensayista Louis Powels o el novelista *hussard* Nimier. Salida a la luz a mediados de la década siguiente, la revista fue capaz de incorporar la colaboración de algunos dirigentes de una derecha nacionalista más influida por los problemas del momento —en especial la crisis del imperio—, tales como Sérant o Le Pen.

A la corriente monárquica, que nunca lograría obtener el prestigio de Acción Francesa en los medios académicos —y, por tanto, fracasó en su pretensión de crear un «estado de ánimo» elitista sin considerar siquiera la formación de un movimiento populista—, se sumó el esfuerzo para agrupar a quienes impulsaban la defensa directa de los acusados por la Depuración: tal fue el caso del brillante abogado de Pétain y Brasillach, Jacques Isorni, que formó parte de una Asociación Para la Defensa de la Memoria de Pétain y constituyó la que suele considerarse la primera formación política claramente vichista que se presentó a unas elecciones, la Unión Nacional de los Independientes y Republicanos (UNIR), que en 1951 conseguiría la elección de cuatro diputados: Isorni en uno de los distritos más acomodados de París, Paul Estèbe en la Gironda, el comandante Loustaunau-Lacau en los Bajos Pirineos y Roger de Saivre en Oran.[48] Los 280.000 votos obtenidos por el vichismo explícito tenían el mérito de hacerlo en competencia con el voto nacional-populista del RPF y el crecimiento de diversos sectores independientes que recogían un sufragio bastante indulgente con el petainismo. Sin embargo, la potencia de la memoria fue haciéndose cada vez menos eficaz —en especial tras las amnistías de 1951 y 1956, que dejaron a poco más de medio centenar de personas en prisión.

Los diputados vichistas no tardaron en buscar su acomodo en otros espacios, en especial el Centro Nacional de los Independientes (CNI), la fuerza en crecimiento entre los sectores más conservadores.

La obra de edición, más que la organización política, era la que había ido vertebrando a un sector de la opinión pública que deseaba ver reivindicado el régimen al que había dado su apoyo. Si *Paroles Françaises* vacilaba entre el petainismo y la derecha liberal resistente, y *Aspects de la France* no eludía recordar a los dirigentes monárquicos muertos a manos de los ocupantes, las ediciones *Les Sept Couleurs* y la revista *Défense de l'Occident*, de Maurice Bardèche, presentaron a un intelectual de prestigio que afirmaba la vigencia del fascismo reconociendo sus errores como parte de las fatalidades de la guerra. Convertido a la actividad política por el impacto que le provocó la ejecución de su cuñado Brasillach, Bardèche realizó una de las obras de propaganda más intensas y de calidad más apreciable en la denuncia de la justicia de los vencedores. Su crítica a la Depuración se extendía haciéndola parte de una obra de venganza de los aliados, y sus textos trataron de hallar una nueva solidaridad entre los fascistas vencidos en todos los países y la dignidad de cuyas ideas se veía profanada impunemente. A Bardèche no podía negársele ni coraje ni elegancia expositiva, al tiempo que penetraba en uno de los elementos más importantes del neofascismo de su tiempo, directamente recogido de la experiencia de la Segunda Guerra Mundial: la internacionalización de la ultraderecha. Recogiendo una de las aportaciones más potentes del fascismo francés, que lo distinguía de la ideología nazi o de la experiencia intelectual mussoliniana, Bardèche planteaba el reconocimiento de la guerra como un conflicto ideológico, en el que las lealtades de opinión habían sido más importantes que las convencionales adhesiones a las razones de la patria. Este europeísmo heredado de los textos de Drieu La Rochelle o Brasillach pasaba a inspirar, además de un refugio internacional de socorro en tiempos de persecución, las bases de una reagrupación para el futuro. Lo que había sido una batalla contra la decadencia nacional se convertía en una lucha por salvar a Occidente y establecer el mito de Europa. No en vano, Bardèche escribiría textos reivindicando la memoria de los dirigentes nazis, como *Nuremberg ou la terre promise* en 1948, a lo que sumaría un excelente

breviario reivindicativo, *Qu'est-ce que le fascisme?* en 1961. Además de esta tarea de difusión y renovación cultural, Bardèche participaría en un primer intento de crear la internacional fascista, la reunión celebrada en Malmö en 1951 que daría lugar a la fundación del Movimiento Social Europeo. Las ediciones claramente neofascistas de Bardèche, que conectaban con el colaboracionismo radical más que con vichismo conservador, fueron acompañadas de publicaciones más cercanas al nacionalismo de extrema derecha clásico. A los *Écrits de Paris* de Malliavin, que empezaron a salir a comienzos de 1947, con la colaboración de vichistas tan destacados como Vallat, Benoist-Mechin, Taittinger, Fabre-Luce o Daudet, sucedería, con un éxito especial, la principal publicación de la extrema derecha en este tiempo, *Rivarol*, dirigida por el mismo René Malliavin, y entre cuyas firmas se contarían las de Antoine Blondin, Lucien Rébatet y un personaje que habría de destacar en la extrema derecha posgaullista, François Brigneau. El impacto de la nueva publicación, que superó por su ácido sentido del humor, su mordacidad y su búsqueda de un discurso de amplia difusión, ha sido saludado como parte del inicio de una nueva era en el desarrollo de la extrema derecha, menos atenta a la mera reivindicación que a la búsqueda de espacios de conflicto reales, que dieran credibilidad a sus críticas incluso entre un público que no estuviera aún dispuesto para otorgar apoyo a esta corriente. La función de erosión de las instituciones y de la clase política pasaba a constituir la punta de lanza de un populismo positivo, que trataba de incorporar la presencia de la extrema derecha en el área de opinión de masas.

La corriente de resistencia fascista más dura en los años iniciales de la IV República estuvo representada por un antiguo comunista, luego combatiente en la división Carlomagno de las Waffen SS, René Binet. Hasta su muerte en un accidente de automóvil, en 1957, pero en especial durante los primeros años del nuevo régimen, Binet animó una multitud de publicaciones y pequeños grupos de acción neonazi. Su discurso se distinguía de la aportación de Bardèche y del vichismo por la primacía de los elementos raciales, donde él creía hallar la síntesis de una tradición ideológica francesa y germánica, que se había verificado sobre el terreno en la experiencia de la guerra. El lenguaje de Binet ni siquiera trataba de

distanciarse de la violencia de los panfletos racistas editados en la Alemania nazi. Según él, a un lado se habían colocado los defensores de una civilización identificada por su superioridad racial, mientras entre los vencedores se situaban quienes habían entregado el continente a la victoria de los elementos «negroides» y «mongólicos». En sus libros *Teoría del racismo*, *Contribución a una ética racista* y *Socialismo nacional contra marxismo*, Binet desarrollaba el abanico de ideas sobre una «tercera vía» entre el socialismo marxista y el capitalismo, que se resumían en la oferta de una comunidad de sangre homogénea, cuyo objetivo sería la preservación de su identidad y, con ella, la de una civilización no solo distinta, sino superior. En el mensaje de Binet, el nacionalismo francés pasaba a superarse en una comunidad superior, que integrara a todas las variables de la raza creadora de la cultura y única depositaria de valores morales. De ahí que Binet participara en el primer esfuerzo de constitución de una internacional neofascista, el Movimiento Social Europeo, del que se separó para constituir el Nuevo Orden Europeo, mucho más cercano a los planteamientos del nacionalsocialismo alemán que del fascismo francés o italiano, cuya figura más relevante sería el suizo Gaston Amaudruz. Además de su obra de publicista, Binet sería un infatigable creador de pequeñas agrupaciones neonazis, como el Partido Republicano de Unidad Popular en 1946 y el Movimiento Socialista de Unidad Francesa, en 1948, que sería disuelto por las autoridades en 1949. Sin alcanzar más que algunas docenas de militantes —número convenientemente exagerado en sus publicaciones —, la importancia de Binet es la de señalar esa variable de orientación fundamentalmente racista en la tradición de la extrema derecha francesa. Tal posición, además de facilitar el encuentro con la historia del nacionalsocialismo y de dotar de una base «científica» al combate en defensa de la comunidad y a la interpretación auténtica de la derrota, propondría los primeros indicios de un diferencialismo biológico que se encontrarían en la constitución de la extrema derecha intelectual de los años sesenta (en nota a pie de página, cita de otros grupos, como los «travaillistes» o los comandos Saint-Ex de Luca).[49]

Las condiciones de la IV República en los años centrales de la década de los cincuenta propiciaron una transformación de la extrema derecha que le concedió una cierta congruencia ambiental y la posibilidad de obtener un apoyo de masas, sin conseguir, en cambio, los niveles de síntesis ideológica y de presencia en los medios intelectuales que había logrado antes de la guerra. Las organizaciones de la extrema derecha lograron percibir aspectos débiles en la estructura de cohesión del sistema, pero fueron incapaces de encabezar su sustitución. Era cierto que el anticomunismo no tuvo, a partir de la muerte de Stalin en 1953, la virulencia que había tenido en los años más duros de la guerra fría. Pero la presencia de un potente Partido Comunista en Francia —que continuaba siendo la primera fuerza en votos, con una cuarta parte del electorado siguiéndolo con lealtad aunque sin fuerza para expandirse— hacía visible el peligro de un giro a la izquierda en la política nacional que pudiera llegar a hacer indispensable el apoyo del PCF para la gobernabilidad del sistema. Este factor quedó reforzado por la actitud crítica de los comunistas en el tema imperial, factor que pasó a ser determinante en la crisis final de las instituciones republicanas. Durante toda la década, los episodios coloniales fueron sembrando de desazón al pueblo francés, que no solo asistía a la progresiva pérdida de una influencia mundial —algo que podía obtener consuelo en la desmembración paralela de Imperio británico—, sino que había de sufrir las condiciones económicas y humanas de las catastróficas campañas militares. Siendo éste el factor que permitía vincular la lucha contra el comunismo con la defensa de la integridad nacional, la modernización de las arcaicas estructuras económicas francesas, mediante planes de reestructuración que preparaban la germinación del Mercado Común, crearon tensiones sociales en el seno de los sectores de los trabajadores por cuenta propia, en especial comerciantes y artesanos castigados por la presión fiscal y la caída del consumo. El trato desigual a los trabajadores industriales, protegidos por los sindicatos y por el mismo proceso de modernización, y a los pequeños propietarios, creó una cultura de la defensa de los «pequeños» y los «provincianos» frente al norte industrial y las castas burocráticas parisienses que ya habían tenido importancia en los años de entreguerras. De igual forma, las protestas antifiscales habían ofrecido cobijo a la

protesta contra la política a las ligas de los contribuyentes en la década de los treinta. La extrema derecha disponía, así, de la ocasión para hacerse un lugar más allá de la nostalgia política de Vichy, pero muy cerca de la nostalgia de un país de tenderos y artesanos que confiaba en la seguridad de la protección del Estado y en la grandeza de su imperio colonial. Crisis de identidad y crisis social, fractura de la autoestima e incongruencia de estatus, el cambio social y las tensiones internacionales podían sumarse para hacer zozobrar el régimen, aunque ello no ocurriera en beneficio de la extrema derecha.

Desde las elecciones de 1951, el gobierno había ido girando hacia posiciones que rectificaran la política de los gabinetes de unidad. La elección de Antoine Pinay en marzo de 1952 tenía un valor simbólico especial, al colocar al frente del país, por vez primera, a un político procedente de la derecha liberal cuya gestión acabaría por arrojar a los socialistas a la oposición, dejando que la República fuera deslizándose hacia la derecha. Al aislamiento de los comunistas se sumaba, ahora, la reclusión de la SFIO de Guy Mollet en una posición desafiante, que aceptaba las opciones gubernamentales en el tema colonial, pero que estaba poco dispuesta a seguir perdiendo apoyos obreros en favor de Thorez. El gobierno de Pinay aprovechó las circunstancias de caída de la producción industrial para hacer frente a la inflación, y su éxito en este campo le otorgó un prestigio del que habían carecido los anteriores gobernantes, algo a lo que no era ajena su presentación como un alcalde de pequeña ciudad, alejado de los corrillos de los partidos dominantes y cercano al sentido común del pueblo. Su obtención de la confianza de los consumidores, el prestigio de su empréstito —que se recordaba aún en los años de Giscard como muestra de la garantía y la honestidad de un gobierno—, le permitieron incluso plantear una escala móvil de salarios contra la que su ortodoxia liberal debería haberle hecho cauteloso. Sin embargo, Pinay era un hombre que prefería aumentar su prestigio a mantenerse en los márgenes estrechos de una posición intransigente: la paz social que no habían tenido los dirigentes socialistas le fue concedida gracias a la estabilización de los precios y a la facilidad con que podían atenderse las reivindicaciones salariales. Sin embargo, las ventajas procedían más de una coyuntura que de

una gestión, y no tardaron en ofrecer el rostro de un enfriamiento de la economía unos meses más tarde. Para entonces, sin embargo, el astuto Pinay ya no se encontraba en Matignon. La Asamblea había determinado su caída a finales de 1952. A lo largo de 1953 y 1954, René Mayer, Edgar Faure y Joseph Laniel fueron fracasando en dos problemas centrales: la recuperación de la economía, tras una política que había curado la inflación a costa del crecimiento, y la necesidad de acabar con la crisis militar vietnamita, que incrementaba la penuria de las arcas del Estado. El primer problema se afrontó mediante una política de recortes en el sector público que conduciría a la huelga de sus trabajadores en el verano de 1953. La necesidad de obtener recursos llevó, tras la desgraciada amnistía fiscal concedida a las grandes empresas por Pinay, a un endurecimiento de los pagos de los pequeños propietarios, lo que llevaría a la constitución de los Comités de Defensa antifiscal. En julio del mismo 1953, en la localidad de Saint-Céré, el concejal elegido en las listas del RPF Pierre Poujade lanzaba su ofensiva para movilizar a los comerciantes y artesanos castigados por los ajustes fiscales. En la primavera de 1954, el Plan Navarre para interceptar a las tropas de Giap en la frontera camboyana fracasaba, dejando aislada a una fuerza expedicionaria en Dien Bien Fu. Diez mil hombres aislados en una posición teóricamente inexpugnable fueron cercados, bombardeados y finalmente hubieron de rendirse por la imposibilidad de recibir ayuda exterior el 7 de mayo. Si la guerra de Indochina no había sido un tema de interés nacional intenso, como lo fue el de Argelia, la derrota ante la guerrilla estalló en los términos de una humillación nacional inolvidable. Las condiciones para que el juego de la extrema derecha pudiera hacerse estaban dadas: una crisis militar que podía atribuirse, como lo hacía en sus memorias el general Navarre, a los dirigentes políticos corruptos; una derrota ante una guerrilla comunista apoyada por la reciente República Popular China, que permitía pensar en una expansión del adversario ideológico máximo, cuya representación se encontraba en Francia bien asentada; una atribución de la responsabilidad a los antiguos aliados, americanos e ingleses, cuya ayuda en el conflicto había dejado mucho que desear: la Administración de Eisenhower se había negado a considerar el conflicto como un ataque al bloque occidental en su conjunto, y se había

interesado más por poner a un hombre de paja propio que por defender la presencia francesa o una retirada honorable; por fin, una crisis de la economía de los pequeños productores, que podían enfrentarse al mismo tiempo a los intereses de las grandes empresas y al cuidado con que el régimen respetaba las conquistas obreras gracias al poder sindical y los compromisos constitucionales. Ciertamente, las piezas estaban en el tablero, pero había que saber moverlas. Y, en la estrategia hacia el jaque a las instituciones republicanas, existía una figura de recambio que la extrema derecha había infravalorado no menos que los dirigentes del régimen. Desde su retiro político, sin una base parlamentaria propia desde 1953, De Gaulle aguardaba que el cartero volviera a llamar a su puerta.[50]

Con la perspectiva de nuestros días, cuando sabemos que la república agonizaba, podemos inculcar a los acontecimientos el vigor de una fatalidad, una especie de determinismo vuelto hacia el pasado que señale que lo que ocurrió fue lo único que podía pasar. Por el contrario, la IV República aún disponía de opciones. Y, si su fractura tenía el nombre de De Gaulle, su salvación tenía el de un dirigente radical que se ha conservado en la memoria de la izquierda como uno de los mitos del siglo XX francés: Pierre Mendès France.[51] Este político alineado en el Partido Radical, pero opuesto a sus sectores más inmovilistas, estaba dispuesto a una renovación republicana que incluyera la reforma constitucional, la modernización de la economía, la apuesta por un encuentro de todas las fuerzas progresistas, mantener el exilio interno del PCF y acabar con la dominación sobre los pueblos que desearan su independencia. En los frentes fundamentales que se propuso, Mendès France fue capaz de triunfar allí donde otros habían fracasado: pero no pudo torcer la lógica de un sistema que era capaz de abandonarle a pesar de su popularidad y por temor a su audacia. En junio de 1954, Mendès France fue investido, nombrando un gobierno en el que se encontraban líderes de la talla de Mitterrand, Chaban-Delmas o Fouchet. Comprometido con la negociación de la paz, el primer ministro recibió los votos de los diputados comunistas, que descontó cuidadosa y testimonialmente de su apoyo, para señalar que, a sus ojos, el Partido de Thorez debía quedar al margen de la regeneración nacional. Un gesto de convicción, pero orientado también a disponer de una vía de solución de los

problemas coloniales que no se contemplara en los términos de una subordinación al partido que siempre había clamado contra la guerra. La Conferencia de Ginebra aseguraría el final del conflicto en Indochina aunque, casi inmediatamente, estallaron los disturbios en Argelia. Teniendo que hacer frente a la solución de los problemas en Túnez y en Marruecos legados por sus antecesores en la misma línea de propiciar una independencia amistosa, Mendès France y su gobierno alertaron de su intransigencia en el tema argelino. La importancia de la colonia francesa y la violencia de los independentistas —que arrojaría un balance aterrador en las matanzas de europeos en agosto de 1955—, propiciaron esta actitud, que para Mendès France o su ministro del Interior, François Mitterrand, evitaban lo que a la mayoría de los franceses les resultaba insoportable en aquellas circunstancias: la pérdida de una parte del propio territorio. En el frente económico y en la adquisición de una nueva base social, el éxito de Mendès France fue indudable: el crecimiento se reactivó, a un ritmo anual del 5 por ciento; se votó el Plan Hirsch, que sucedía al de Monnet para el período 1954-1957, que priorizó el desarrollo de la energía, con una extensa electrificación del ferrocarril, y el apoyo a las telecomunicaciones, inyectando recursos en las infraestructuras sanitarias y escolares; se creaba un Fondo para el Desarrollo Económico y Social destinado a estimular la productividad y fusión de las empresas industriales mediante una línea de créditos blandos; se estableció la construcción de más de doscientas mil viviendas en un año; se planteó una reforma fiscal que tratara de salir al paso de las injusticias cometidas contra los pequeños propietarios. Mendès France pasó a contar rápidamente con una base social extensa y un inmenso prestigio: el mendesismo, que no cuajó nunca en un movimiento político, fue más bien un estado de ánimo que salía de las condiciones ideológicas de la posguerra para plantearse el estímulo económico y la modernización de la sociedad, preparando el país para la formación de estructuras económicas internacionales. Trabajadores industriales, cuadros técnicos, profesionales liberales, funcionarios progresistas, intelectuales de la izquierda no comunista, fueron formando ese tejido que podía haber sido el apoyo para un espacio social avanzado. El fracaso de Mendès France se produjo, precisamente, donde se anclaban los opositores a todos estos principios,

dispuestos a debilitar la república antes que fortalecer a Mendès France. Derribado por la mayoría de la asamblea en febrero de 1955, por los disturbios en el norte de África, las elecciones de 1956 podían haberle conducido de nuevo a la presidencia del consejo, algo que deseaba una mayoría de franceses. Las combinaciones de los partidos, sin embargo, lo evitaron: Guy Mollet, el dirigente de una SFIO que deseaba recuperar el liderazgo de la IV República a expensas de radicales, democristianos y comunistas, asumía la responsabilidad de clausurar la renovación del sistema.

Las elecciones de enero de 1956 no se habían realizado, contra lo que podría pensarse por los acontecimientos posteriores, con el problema argelino como la principal cuestión a resolver, algo que solo creía una cuarta parte del electorado, mientras un porcentaje más amplio tiene, como motivos principales de preocupación, los referentes a la situación económica. Sin embargo, el resultado de las elecciones muestra una buena base de bloqueo institucional: los comunistas se mantienen como primera fuerza, con el 26 por ciento de los votos; los gaullistas, a pesar de la dispersión del movimiento, han conseguido mantener casi un millón de sufragios; la sorpresa poujadista llega a los dos millones y medio de votos. Estos datos indican que, en su último proceso electoral, la IV República se enfrentó a más del cuarenta por ciento de los electores contra el sistema, por no señalar la abstención de un 20 por ciento de las personas con derecho al voto. Frente a los nueve millones de votos que suma ese espacio anticonstitucional, socialistas, democristianos del MRP y radicales superan los ocho millones, y solo pueden mantener una mayoría con el acuerdo del inestable territorio de los independientes, que se convierten en la segunda fuerza del Parlamento, con tres millones y medio de votos y cien diputados. Una parte considerable de éstos, sin sentirse tan ajenos al sistema como lo son gaullistas ortodoxos, comunistas o poujadistas, no sentirían demasiado su demolición y el paso a una república de notables. No en vano, uno de los principales integrantes del grupo es el CNIP, constituido en abril de 1951 por la fusión entre el CNI y la agrupación campesina de Paul Antier. El inspirador de esta formación política era el senador Roger Duchet, antiguo radical-socialista que había tenido sus coqueteos con el régimen de Vichy.

Desde su elección a la Cámara Alta, Duchet había realizado una tarea paciente, inagotable, de llegar a captar a los cuadros políticos locales que temían el dominio de los grandes partidos. Formado en la tradición de la III República, Duchet supo hacerse con el apego de una red de políticos de provincia mal adaptados a la modernización de las nuevas organizaciones de masa, que va absorbiendo los diversos intentos de fundir las opciones de la derecha clásica: el PRL, primero, el RPF, después, irán a engrosar las filas del CNIP hasta lograr que el grupo tenga una importancia decisiva, capaz de elevar a sus dirigentes a la categoría de primeros ministros —como Laniel— o a la de presidentes de la república, como es el caso de un Pierre Coty al que puede asignarse una especial responsabilidad en la crisis de 1958.[52]

El proceso en que se habían realizado las últimas elecciones legislativas de la IV República coincidió, como se ha visto, con un escenario favorable a la extrema derecha, en caso de que ésta supiera aprovechar las delicadas circunstancias en que se encontraba el país y, sobre todo, el fracaso del mendesismo, que podía aparecer como una ruptura desde el interior destinada a salvar la sustancia del sistema. Como se ha indicado antes, los llamamientos a una interrupción de la marcha institucional a través de un golpe de fuerza, que aparecían con tanta frecuencia en la prensa ultraderechista, estaban lejos de ser quimeras soñadas desde los ensueños del ostracismo. En plena etapa de prosperidad, de milagro económico que permite que la riqueza del país crezca un 25 por ciento entre 1952 y 1955, cuando parece que la consolidación institucional se basa en la liquidación del episodio gaullista y la neutralización del PCF, incapaz de movilizar a su base social contra el régimen, ¿quién iba a prever que su hundimiento estaba a la vuelta de la esquina? El gobierno había dado solución al problema colonial en Indochina, por dolorosa que hubiera sido la derrota, y estaba en un proceso que concluiría con la independencia de Túnez y Marruecos en 1956. El conformismo burgués y las primeras fascinaciones de la sociedad de consumo podían verse en la sátira mordaz de Jacques Tati, que en 1953 ha filmado la deliciosa crónica de *Las vacaciones de M. Hulot* y que en 1958 ofrecerá su obra maestra, *Mi tío.* En esta sociedad satisfecha, el cine de compromiso de Renoir ha cedido el paso a la ligereza de *French*

Can Can y *Elena y los hombres*, mientras Clouzot pasa al cine el relato de suspense de Boileau-Narcejac, *Las diabólicas*. La crítica en clave de humor, la comedia galante o el suspense acompañan el ocio espectacular de una sociedad satisfecha, deslumbrada por la mujer que se convertirá en un instrumento de propaganda estética para Francia. En 1956, en efecto, Brigitte Bardot debuta en *Y Dios creó la mujer*, de Roger Vadim. En la antesala aguardan los directores de la *nouvelle vague*, a punto de cerrar la década con las películas-manifiesto de Resnais, Truffaut y Godard en el festival de Cannes de 1959. *Hiroshima mon amour*, *Los cuatrocientos golpes* y *Al final de la escapada* hacen de gozne entre dos épocas, pero siguen siendo los productos de una sociedad que solo ha experimentado la crisis por haber valorado la estabilidad. El imperio de los sentidos que deletrea magistralmente la obra de Duras, la soledad de la infancia en la sordidez de un París que tropieza aún con los valores negociables de la pequeña burguesía, el ambiente amoral de una relación de pareja con una asfixiante carencia de emociones, propone un cambio en la narración cinematográfica que rompe con el ambiente siniestro, pero esperanzado, del cine de comienzos de la década. La Francia que se moderniza a medias, sosteniendo el bloqueo del progreso social, manteniendo el hieratismo de la ideología de los «pequeños», volcándose en la mezquindad de un espacio que aún recuerda las restricciones y las cartillas de racionamiento, empieza a ser también la Francia a la que llegan los mecanismos de una nueva cultura de masas, expandida por la radio y confirmada por la naciente televisión. Esa Francia que no ha provocado una gran concentración empresarial, y donde las exigencias de los agricultores, de los pequeños comerciantes, de los funcionarios continúan siendo decisivas, se enfrenta al lento crecimiento de la producción en cadena, algunas de cuyas imágenes sórdidas aparecen en la obra de Tati, junto a la invasión de las nuevas muestras de la sociedad de consumo, los electrodomésticos y los automóviles. Si la empresa ha crecido poco, concentrando la producción en industrias con menos de quinientos empleados, la impresión de vivir en una sociedad de masas abierta se va abriendo paso, al tiempo que van cediendo las viejas preocupaciones de una cultura del compromiso, en favor del entretenimiento y del valor autónomo de la producción artística. La nueva

narrativa que supera los debates del «compromiso» de la posguerra llega de la mano de Françoise Sagan —que edita el éxito multitudinario de *Buenos días, tristeza*, en 1954—, de Marguerite Duras y de Alain Robbe-Grillet. Camus escribe su angustiosa confesión *La caída* en 1956, demostrando que está muy lejos de haberse agotado como escritor, una vez superada la crisis personal que le produjo su ruptura con la izquierda parisiense en 1952. Tras las revelaciones del XX Congreso del PCUS, que la dirección comunista francesa se empeña en aletargar; tras la primavera de Polonia y el otoño de Hungría, esa misma izquierda modifica sus posiciones: Sartre rompe con el PCF, pero no recupera sus relaciones con aquellos que le han reprochado una actitud demasiado complaciente con el sistema soviético solo unos meses antes, como el Merleau-Ponty que ha denunciado *Las aventuras de la dialéctica* en 1955. En los ambientes intelectuales parisienses, la influencia del existencialismo sartriano ha entrado en crisis, en favor de la textura renovadora y de quienes parecen tener ahora mayor envergadura rebelde y menos disciplina de partido: Georges Bataille, Roland Barthes o Lévi-Strauss, que en 1955 ha publicado *Tristes trópicos* y que en 1958 dará a luz el primer volumen de su *Antropología estructural*, ofreciendo materiales nutritivos académicos para el anticolonialismo a llegar. En vísperas o inmediatamente después de la crisis de la república, una época intelectual se acaba: en 1955 muere Paul Claudel, en 1956 Julien Benda, en 1958 Roger Martin du Gard, en 1959 Boris Vian, en 1960 Albert Camus y en 1961 Louis-Ferdinand Céline. La sociedad satisfecha observa un cambio generacional a veces resignado a la fuerza de la edad, a veces apremiado por los excesos o la mala fortuna. En esa mezcla de envejecimiento o de muerte prematura, la caída de la IV República encuentra su carácter.

Las elecciones de 1956 han añadido factores de deslegitimación del sistema a ojos de los electores: una disolución anticipada de la asamblea sin más precedente que el de 1877 se sumará a los penosos episodios de una inestabilidad gubernamental crónica, a lo que se suma espectáculos como las dificultades para nombrar a un presidente de la República como el que se produjo unos años antes. El desarrollo de la crisis se producirá, curiosamente, bajo el gobierno que dispondrá de una mayor duración, desde comienzos de 1956 hasta la primavera del año siguiente, todo un récord en

la constante provisionalidad de los gabinetes del sistema, enfrentados al celo del Parlamento para mostrar su primacía provocando crisis gubernamentales. Sin embargo, uno de los factores que suelen presentarse como muestra de la debilidad del régimen es el que tuvo un carácter más episódico: el movimiento dirigido por Pierre Poujade, que ha acabado identificándose con el populismo francés hasta los éxitos del Frente Nacional. René Rémond se ha referido a esta opción que pareció quebrantar la lógica de la IV República señalando su diferencia con el movimiento de verdadera renovación de la misma, encabezado por Mendès France:

> Mendesismo y poujadismo son contemporáneos, y algunos historiadores se han preguntado si no se trata de dos reacciones diferentes a los mismos desafíos de las circunstancias. A decir verdad, todo los separa: mejor dicho, todo los opone. El mendesismo era la transcripción política de una Francia que buscaba renovarse; el poujadismo expresaba el miedo al cambio; el mendesismo simbolizaba la aspiración a la modernidad; el poujadismo cultivaba la nostalgia y el arcaísmo; Mendès France disponía de la simpatía de los tecnócratas; Poujade los fustigaba.[53]

Esta combinación binaria puede resultar brillante, pero no excluye la misma posición que Rémond enuncia: ambos movimientos se presentan como formas de superación de una República encanecida, oxidada, cuyas articulaciones se resisten a realizar los movimientos necesarios para marchar en alguna dirección precisa. Las tareas de Guy Mollet, consolidando las reformas sociales y la modernización iniciadas por Mendès France, carecen del elemento de popularidad personal del que el dirigente radical dispone y que, a su vez, se evaporará con su silenciosa dimisión en la primavera de 1956. Esta existencia de dos flancos cuya cultura puede oponerse con brillantez de análisis señala la propia agonía del sistema, si es que debemos sumar a las dos corrientes la que representa la alargada sombra que se proyecta desde Colombey y la constancia de un Partido Comunista que, tarde o temprano, habrá de exigir una compensación a cambio de salvar el sistema.

El movimiento encabezado por Pierre Poujade tiene todas las características que pueden definir un populismo nacionalista. Para empezar, el propio carácter de su dirigente, una inversión del político profesional, un

hombre pegado al terreno, que en nada diferencia su vida de aquellos cuyo apoyo reclamará. La identificación con el pueblo y la crítica a la casta de los políticos puede hacerse más verídica cuando el caudillo populista procede del exterior de la lógica parlamentaria. Pero, además, Pierre Poujade no es un enarca, un personaje salido de la alta escuela de la administración, un técnico cualificado que pueda desdeñar la política desde la superioridad de la ingeniería social de despacho. Lejano a los políticos, Poujade no se encuentra a menos distancia de los burócratas que idolatran las recetas proporcionadas por una ciencia social sin alma. Esta doble contraposición permite a Poujade presentarse como lo que realmente es: como un ciudadano que *protesta* desde el sufrimiento compartido. Poujade puede encarnar el deseo del pueblo real frente a la ficción administrativa de los políticos o de los tecnócratas porque se molesta en realizar un trabajo sobre el terreno que va verificando no solo su conocimiento de los problemas de la gente común, sino su experiencia de haberlos padecido. Por otro lado, algo que permite el liderazgo de Poujade es su extraña trayectoria política, desde sus orígenes de inclinación doriotista hasta su elección como concejal en las listas del RPF, pasando por su lucha en la Resistencia desde 1942. Su propia biografía asume, por tanto, la superación de los conflictos íntimos de la clase media francesa, cuyas vacilaciones entre las diversas propuestas de *rassemblement* se han puesto a prueba en la época de las ligas, en la derrota, en la Resistencia y en las tensiones institucionales de la nueva República. Otro de los elementos cruciales en un movimiento populista: su emergencia de problemas reales más que opciones ideológicas, haciendo que éstas lleguen después, como un factor que ofrece coherencia general a un problema vivido a escala de pequeña comunidad. El populismo nunca procede de una emoción *previa*, sino de una experiencia que es digerida en términos emocionales, que es leída y clasificada con criterios antipolíticos, de ruptura con el orden de la democracia por considerar que ésta no se ajusta a los intereses y necesidades *propios*, pero tampoco a los que involucran al conjunto de la nación. El movimiento Poujade comienza en el verano de 1953 en la forma de un movimiento antifiscal, cuando las pequeñas empresas sufren los efectos de la caída de la inflación que les permitían disponer de fondos para afrontar la siguiente temporada. La caída

de los precios deseada por los consumidores afecta a la pequeña empresa, que no podrá soportar el efecto combinado de la competencia de las primeras grandes superficies y el crecimiento de una fiscalidad eficaz y despiadada. El sistema fiscal no aparece en abstracto, sino en la figura de los «polivalentes», los inspectores dispuestos a entrar en la maraña de la contabilidad del pequeño artesano o tendero, a castigarle por sus argucias y a humillarle con una preparación técnica que despierta el resentimiento contra la tecnocracia parisiense. Rápidamente, el movimiento se extiende y se diversifica: la Unión de Defensa de los Comerciantes y Artesanos (UDCA) habrá de cambiar su nombre por el de Unión y Fraternidad Francesa cuando amplíe su convocatoria a los campesinos dañados por el recorte de subvenciones estatales. Las simpatías originales de los comunistas se enfrentarán pronto a las características de un movimiento que va deslizándose hacia el nacional-populismo más autoritario. No por casualidad, su primer congreso se realiza en Argelia, en 1954, donde ya están sonando los tambores cercanos de una guerra civil. A comienzos de 1955, Poujade es capaz de reunir a cientos de miles de personas en París, en una oleada de protesta que reúne todas las inquietudes del momento: la queja de los marginados por el proceso de modernización; la conciencia de una clase media que se considera columna vertebral de Francia, defensora de una propiedad adquirida por el trabajo y requisada por el Estado en favor de la clase obrera del norte y los funcionarios jacobinos; la crítica a unas instituciones que habrán de ceder el paso a unos nuevos «Estados Generales» del pueblo francés, capaces de hallar una fórmula de gobierno que supere la República; la defensa de la integridad y el prestigio del país, contra quienes han tolerado la humillación del ejército en Indochina y están dispuestos a aceptar la mutilación argelina. En un gesto propio de caudillo populista, pero que supondrá un error político irreparable, Poujade se niega a incluirse en las listas electorales, que colocan a cincuenta delegados en la Asamblea. Cuando trate de corregirlo, en unas elecciones parciales en 1957, la ocasión habrá quedado atrás. La pérdida de once escaños a manos de la comisión de credenciales del Parlamento mostrará la venganza de una clase política humillada: la indefensión poujadista podría haber creado alguna solidaridad en la izquierda, pero su discurso antidemócrata, que ni siquiera

ha esquivado las tonalidades racistas, le impiden recabar el apoyo en este ámbito. La insolvencia de los nuevos diputados, incapaces de ofrecer alternativas en plazos viables y en programas concretos, muestra la cara oculta de debilidad que ha camuflado la potencia de protesta del movimiento. Algunos de sus dirigentes, como Jean-Marie Le Pen, desesperados por la inconsistencia organizativa de Poujade, acabarán abandonando el movimiento antes de que expire su mandato. El poujadismo se convierte así en equivalente de una fuerza temible, pero episódica, afirmando la impermeabilidad de Francia al fascismo, incluso en su vertiente más suave nacional-populista. Durante bastante tiempo, hasta que el propio Le Pen lo desmienta, ese mito podrá cabalgar, junto al de la unanimidad de 1944, para construir una imagen de la cultura republicana francesa.[54]

Sin embargo, la persistencia de un movimiento de protesta que acaba por consolidarse en una opción gubernamental estará en las raíces del gaullismo. Si su experiencia de intento de vertebrar una «oposición nacional y popular» en 1947-1953 podrá superarse, será en el marco de una maduración de la estrategia gaullista y de una afirmación de su campo al margen de las tendencias más vinculadas al vichismo, primero, y al movimiento de la Argelia francesa, después. Esos rasgos diferenciales no desmienten la existencia de un territorio propicio a esa mezcla de autoritarismo, paternalismo social, nacionalismo y populismo que expresó el gaullismo con una apreciable capacidad de adaptación a las circunstancias. Una adaptación que le permitió alejarse de tentaciones de reconciliación bajo las que se escondía su propia desautorización como hombre del 18 de junio, y de la corriente que lo habría hecho prisionero de los sectores de la extrema derecha colonialista, para hacer desembocar la crisis argelina en un callejón sin salida. Cualquier intento de explicar la ausencia del nacional-populismo con base de masas sin tener presente esa tendencia original francesa pierde una perspectiva de análisis adecuada. Pues el gaullismo surge de una situación excepcional, como la Ocupación y la Liberación, pero mantiene su excepcionalidad como movimiento capaz de realizar una integración transversal de sectores sociales y sensibilidades políticas en una amalgama compleja, que va restando a un sector de opinión

apreciable la necesidad —y la posibilidad— de expresarse como lo hará a partir de los años ochenta. El movimiento de Unión y Fraternidad Francesa no fue capaz de constituir esa corriente con solidez por muchos motivos, que derivan de unas convicciones antiparlamentarias que acaban siendo antidemocráticas. Poujade se conformó con ser un tribuno de la plebe, pero no tuvo la sagacidad para acabar con la República. Fue más Graco que César, pero nada tuvo que ver con Octavio. Su protesta falló en su vocación precursora y en su voluntad constructiva: careció de la calidad evangélica de una profecía y del vigor estructural de una nueva Iglesia. Sus extraordinarias dotes de caudillo le parecieron contrarias a las formulaciones de un estadista. Creyó situarse por encima de los partidos, pero eso fue, precisamente, lo que le distinguió de De Gaulle. Mientras el general supo sobrevolar las querellas institucionales y presentarse como un gestor providencial enviado desde la altura de su neutralidad, el comerciante ascendió a la luz pública desde la humilde penumbra de lo cotidiano. Lo que fue, a corto plazo, su mayor recurso para reunir la cólera de los airados, se convirtió en su mayor debilidad, para mantener la energía destinada a canalizarla y a calmarla. La concentración de su voto en el oeste y en el sur poco tiene que ver con el voto estable del nacional-populismo lepenista de los años ochenta y noventa, extendido por las zonas de fractura social permanente. La resistencia de París fue fatal, porque en Francia no puede hacerse una política que no se refleje con aproximación notable en la Isla. Los votos de Poujade respondieron a la inquietud de una coyuntura. Por ello, su protesta no pudo convertirse en propuesta, ni su marea episódica en un nivel consolidado de adhesiones.

En el ámbito del fascismo ortodoxo, los años centrales de la década asistieron al desarrollo de una de las fuerzas principales del neofascismo francés: aunque su militancia no excedió nunca de una cifra testimonial que no superó los cuatro mil miembros, su prestigio en los ambientes de la extrema derecha posterior, su función de campo experimental para dirigentes posteriores del nacional-populismo, su percepción de algunas opciones de la coyuntura crítica y su capacidad de movilización de grupos de activistas lo hacen indispensable en este relato. El grupo Jeune Nation se identifica con un apellido ilustre en la trayectoria del neofascismo galo: los

hermanos Pierre, Jacques y François Sidos. Hijos de un dirigente de un colaborador de las fuerzas policiales de Vichy ejecutado en 1946, los hermanos Sidos padecieron penas de cárcel dilatadas por su militancia. Fundado en los últimos días de 1949, el movimiento Jeune Nation pudo verse, por algunos dirigentes políticos de la extrema derecha consolidada, como una fuerza de acción destinada a cubrir los actos en que hablaran algunos de los cuadros reconocidos. La función subalterna del grupo —así como su posición de ortodoxia vichista inicial— se observa al considerar su inclusión en las listas de UNIR de Isorni en 1951, en una posición que no les permitió ser elegidos. El grupo comenzó a tener una cierta influencia a mediados de la década, aprovechando el descontento acumulado entre nacionalistas y excombatientes por los sucesos de Indochina y del norte de África. Su revista *Peuple de France et d'outre-mer* pasó a defender fundamentalmente la integridad del territorio, agredida por la descolonización, haciendo de la defensa de la unidad francesa no solo un baluarte contra el comunismo, sino la expresión de la continuidad en la lucha por la civilización occidental que se había realizado por el fascismo clásico. A mediados de los años cincuenta, esa defensa se realizaba contra los partidos marxistas y, en especial, para un PCF que se destacaba por sus críticas al imperio. Pero también contra la sublevación arabista que se enfrentaba a la obra de civilización llevada en el continente africano por Francia, como vanguardia cultural de la raza europea. Las propuestas de reivindicación vichista fueron girando hacia posiciones de un «socialismo nacional» que se iba alejando de los rasgos más tradicionalistas de la experiencia de Vichy, para acercarse a las propuestas mussolinianas o a la tradición del radicalismo fascista francés de entreguerras. La entrada en el grupo de Dominique Venner, mucho más joven que los hermanos Sidos, y orientado hacia las posiciones más «revolucionarias» se plasmaron en las publicaciones de Jeune Nation que habrían de adquirir una gran relevancia en los ambientes estudiantiles y en los excombatientes. La propuesta se resumía en una comunidad homogénea, que defendiera su identidad esencial de cualquier forma de individualismo y disolución. Se apostaba por la función civilizadora de los pueblos superiores y por la instauración de un «Estado Popular», cuya misión sería la eliminación del capitalismo y el

exterminio del bolchevismo, para crear una comunidad jerarquizada naturalmente, vertebrada a través de las corporaciones y que asegurara la liquidación de la pluralidad artificial de los partidos y las «taras de la democracia».[55] Movimiento integrado prácticamente por menores de treinta años, Jeune Nation tuvo la suficiente perspicacia para advertir la necesidad de una visibilidad del movimiento a través de acciones de violencia contra la izquierda y el régimen. Tales operaciones no derivaban solo de la inclinación de los neofascistas hacia una forma de acción gratuita, de autosatisfacción, como podía haber ocurrido en otros grupos inmediatamente después de la guerra. Procedía de la propia crispación del ambiente político, en el que la violencia estaba a punto de alcanzar una cierta normalidad y un *papel legitimador.* Si se considera lo que sucederá en Argelia en febrero de 1956 o en mayo de 1958; si se tiene en cuenta la propaganda hecha entre quienes han combatido o lo están haciendo, en Indochina y en Argelia, esa función de la violencia pasa a tener un aire nada marginal, para colocarse en coherencia con los tiempos, superando el ostracismo del movimiento en otros campos también probados, como el parlamentario. Las acciones de Jeune Nation infiltrándose en manifestaciones colonialistas en París o en Argel, atacando a vendedores de prensa comunista o irrumpiendo en la misma Fiesta de *L'Humanité*, formaban parte de un esfuerzo para hacer del movimiento un brazo armado del espíritu de revolución nacional que los hermanos Sidos creían detectar en el ambiente. La fuerza del grupo fue lo bastante considerable para que el gobierno, alarmado por su infiltración en las movilizaciones por el conflicto de Argelia, decretara su disolución en 1958. El movimiento de los hermanos Sidos estuvo lejos de extinguirse, y *Jeune Nation* pasó a convertirse en una revista influyente en los medios de la extrema derecha. Sin embargo, tanto el nacional-populismo de Poujade como el neofascismo de Jeune Nation habrían de afrontar la prueba decisiva que habría de convertirse, al mismo tiempo, en expresión de posibilidades y ocasión perdida para la extrema derecha francesa: el conflicto argelino.

La peste. La ocasión perdida de la Argelia francesa

La crisis de Argelia creció sobre un terreno cuya intensa fertilidad se había beneficiado de un clima favorable. La guerra de Argelia no tenía más motivos para desembocar en una hecatombe del régimen que los que podían tener otros conflictos de la descolonización, empezando por los que se habían producido en la Indochina francesa entre 1946 y 1954. A fin de cuentas, en Indochina perecieron casi cien mil hombres, en una campaña que se acompañó de debates intensos sobre la Unión Francesa y su futuro. Sin embargo, una serie de factores impulsó el episodio argelino hasta convertirlo en la antesala de una guerra civil: desde el debate sobre la Ocupación y la Resistencia, no se había producido una fractura cultural similar en Francia, una delimitación de campos entre partidarios y enemigos de la independencia argelina que se deslizó de una forma transversal, cruzando las alineaciones habituales de la izquierda y la derecha, de forma parecida a lo que había sucedido en 1940. La torpeza en el manejo por las autoridades al finalizar la Segunda Guerra Mundial fue notable, sin prestar atención a los indicios de las matanzas de mayo de 1945 —algo cuya gravedad Camus detectó de inmediato— y sin considerar los riesgos del descrédito de los sectores nacionalistas más moderados, que fueron tratados con desprecio, mientras la saña era destinada a los radicales. El paso de Farhat Abbas al Frente de Liberación Nacional indicaba tanto el creciente prestigio del grupo como la desesperanza por toda política de integración y autonomía. Los gobernadores residentes en Argelia fueron rompiendo cualquier posibilidad de acuerdo, a través de la modificación de los resultados electorales en el colegio musulmán, además de aplicar el mantenimiento de una desigualdad de derechos políticos entre musulmanes y colonos abyecta, que permitiría a los radicales indicar que era el gobierno el que consideraba indeseable la ciudadanía francesa de la mayoría argelina. A pesar de que esta torpeza estaba en la base de las dificultades para un acuerdo razonable, la crisis argelina adquirió virulencia por dos elementos fundamentales: la consideración de Argelia como una parte *no colonial* de Francia por la mayor parte de los ciudadanos de la República —para los que Argelia era un territorio más del país, a diferencia de lo que podían aceptar

en Indochina, Marruecos o en Túnez— y la hegemonía de los sectores más duros en el campo independentista —que no solo consideraban innegociable la independencia, sino que estaban dispuestos a recurrir a una violencia extrema para obtenerla, incluso sobre los sectores tibios de la población musulmana. Ambas actitudes se alimentaron en una intransigencia que impidió cualquier arreglo que no pasara por un período de crisis nacional, señalando la independencia como la única forma de evitar una catástrofe. Cuestión de actitud que determinaba una estrategia, la mutua radicalización fue acelerándose en ambos campos, pero en la Francia continental provocó una conmoción inesperada, en la medida en que diversas pruebas morales que se creían superadas por la Liberación volvieron a ponerse sobre la mesa. Para algunos, la solución del problema argelino fue imposible por la debilidad del régimen; para otros, fue Argelia la causa de esta flaqueza. Se trata, más que de una relación causal en una u otra dirección, de una *coincidencia*, del encuentro entre el estallido de una situación y la agitación institucional derivada de los problemas internos del sistema. Recordemos que la movilización poujadista se había iniciado antes de que la crisis argelina pudiera medirse en toda su gravedad. Y que la inestabilidad política del régimen se había manifestado en la necesidad de una reforma constitucional manifestada por numerosos dirigentes socialistas, democristianos o radicales, además de la ruptura que proponía el gaullismo.[56]

Lo que importa en este ensayo es advertir la forma en que la extrema derecha se enfrentó al problema y no tuvo la capacidad estratégica de sacar provecho del mismo. Por el contrario, la forma en que se desarrolló el enfrentamiento condujo a la construcción de una V República que aislaría como nunca a los partidarios de esta corriente. En este sentido, puede señalarse que Argelia actúa de forma parecida a como lo hizo Vichy: gran ocasión para plantear el camino de una hegemonía ultraderechista que, al fracasar, acababa creando una legitimidad que la excluye por principio. En la medida en que Argelia fue una ocasión no aprovechada, se convirtió en una derrota descomunal. En la medida en que la extrema derecha se distanció de los acuerdos de la independencia aceptados por una mayoría aplastante de los franceses, volvió a aparecer como defensora de una

pequeña franja de intereses: primero los colaboracionistas, ahora los colonos radicales. De la misma forma que el régimen de Pétain fue incapaz de reaccionar a tiempo y dejarse llevar por la corriente de la derrota alemana, pasándose al bando de los vencedores en 1942-1943, la extrema derecha vinculó su suerte a la Argelia francesa cuando la mayor parte de la población metropolitana había decidido que la fuerza de la historia iba en otra dirección, que estaba dispuesta a aceptarlo y que no deseaba correr los riesgos de una nueva guerra civil solo quince años después de haber soportado una. No salir a tiempo del campo del movimiento por la Argelia francesa hizo de la extrema derecha tan solo la defensora de un sindicato formado por *pieds noirs* y colonialistas radicales de la metrópoli. La inteligencia del gaullismo, capaz de ir modificando su posición a medida que las circunstancias indicaban la inutilidad de una lucha brutal, que iba envileciendo el panorama moral francés y que impedía la normalización de su vida política, mostraba la forma en que el viejo general era capaz de identificar una gangrena y aceptar una amputación. La extrema derecha pagó su actitud opuesta con la vida de sus organizaciones, sepultadas en la podredumbre de un organismo infectado.

La *conciencia* pública de la gravedad del problema argelino solo se produjo en coincidencia con la crisis del régimen que se expresó en las elecciones de 1956. En el verano de 1955 se había producido uno de los hechos de sangre más dolorosos de la contienda, cuando más de un centenar de europeos fueron asesinados, dando lugar a una represalia que multiplicaría por diez las víctimas árabes. Sin embargo, fue en febrero siguiente, al realizar el recién elegido Guy Mollet un viaje a Argel, cuando el gobierno pudo medir la tensión ambiental y, sobre todo, la disposición de los partidarios de la integración a mantenerse firmes. Guy Mollet fue zarandeado, recibió una descarga de insultos y tomates, y se vio obligado a rectificar el nombramiento del delegado residente en Argelia, eligiendo al enérgico Robert Lacoste. En el mes de marzo, mientras se aprobaba la independencia de Túnez y de Marruecos, el Parlamento votaba —incluyendo a los comunistas— los plenos poderes del gobierno para velar por la cuestión argelina. Las concesiones en un punto y la intransigencia en otro mostraban lo que antes ya se señalaba: la diferencia de visión que se

tenía en la metrópoli del territorio en disputa, al tiempo que la crispación del combate independentista incrementaba la inseguridad de los franceses residentes y su exigencia de una actuación más dura. El problema fue que, como lo haría luego la extrema derecha en solitario, la práctica totalidad de las fuerzas políticas francesas vincularon el destino de la República a la defensa de una integridad territorial que incluía Argelia. Y si, en un primer momento, para Mollet se trataba de conseguir la pacificación para encontrar interlocutores adecuados a través de unas elecciones libres, desde su visita a Argel las cosas se inclinaron en el sentido exclusivo del establecimiento del orden. Tratando de ganar terreno a los radicales que han constituido el Comité de Defensa de la Argelia Francesa en enero de 1956 —Amédée Froger, Joseph Ortiz, Robert Martel, Pierre Lagaillarde—, el gobierno se rinde a una evidencia poco discutible: entre los defensores de esa Argelia francesa se encuentran, además de algún visionario de la extrema derecha, votantes de la izquierda hasta entonces y, entre la élite política, miembros de la Resistencia como Bidault, de la Francia Libre como Soustelle, o el líder máximo del CNIP, Duchet. El conflicto suma trayectorias diversas en una causa que, tratando de agrupar a los franceses, acabará escindiéndolos hasta los acuerdos de Evian. A la disolución de la Asamblea argelina en abril, seguida de una huelga general de la población árabe en verano, no tardaría en sumarse la gran crisis nacional del año siguiente, centrada al principio en los métodos del ejército, para acabar desembocando en el carácter de la guerra.

Francia se hizo vulnerable a un proceso moral, en efecto, a partir de comienzos de 1957. Hasta entonces, el debate había transcurrido por cauces controlables, referidos a distintas posiciones sobre la forma de enfocar el conflicto. De 1957 en adelante, la discusión alcanzó un nivel menos digerible, referido a las ejecuciones sumarias, la tortura, la voladura de viviendas por parte del ejército francés, mientras se asistía a la violencia terrorista desatada por el Frente Nacional de Liberación. El debate llegó, además, en tonos necesariamente *nacionales* por el volumen del contingente movilizado. Unos dos millones de jóvenes franceses fueron pasando por la experiencia de la guerra, una forma de socialización que no permitió la indiferencia ni el distanciamiento. La guerra enfrentaba a los

gobernantes, a los intelectuales, al pueblo, ante una situación inédita: cómo afrontar la resistencia armada de una parte del propio territorio; cómo dosificar la violencia legalizada; cómo combatir el terrorismo sin hacerse terrorista; cómo trazar la línea entre la violencia legítima de quien resiste a la opresión y las operaciones de castigo indiscriminadas a uno y otro lado del espejo brutal de aquellos años. Para algunos franceses, los relatos de la tortura devuelven la imagen de la Ocupación: las antiguas víctimas son verdugos. Para la mayoría, se trata de enfrentarse a las acciones violentas que no se dirigen solo contra los soldados, sino contra la población civil, sea europea o árabe. El debate intelectual se realiza en condiciones difíciles: tras la desestalinización, el prestigio del Partido Comunista queda profundamente averiado, verificando las acusaciones negadas durante tanto tiempo. En la lucha colonial, como lo señala Jean Daniel,[57] la izquierda ex comunista puede encontrar un elemento de adhesión sustitutivo, un área de afecto que va definiéndola: la crisis de la izquierda gubernamental o de la izquierda clásica *tout court* va a encontrar en los procesos de descolonización un signo de identidad alternativo a la pérdida de empuje del proletariado metropolitano y, sobre todo, a la esclerosis de los dos grandes partidos de la clase obrera. Sectores salidos del Partido Comunista como Peronnet o Furet, o que han roto con la SFIO o el radicalismo, como Rocard o Bérégovy, acabarán creando una organización que refleja la crisis ideológica creada por la guerra, el Partido Socialista Unificado. Las críticas al PCF por su posición cautelosa, llegando a votar los plenos poderes de Mollet y desconfiando siempre del Frente de Liberación Nacional, puede contrastarse provechosamente con el estudio de historia oral llevado a cabo por Jeannine Verdès-Leroux entre militantes del partido, para los que la actitud prudente es más que una posición de principio: se trata de mantener la influencia sobre una clase obrera que no está dispuesta a ceder en el caso de Argelia, a pesar de haber aceptado con entusiasmo la lucha anticolonial en Indochina. Las entrevistas recuerdan que el partido hubo de enfrentarse a la convicción de los trabajadores franceses, incluso los que votaban comunista, del carácter nacional de Argelia.[58] En su defensa de la posición de Guy Mollet, René Rémond plantea la complejidad de un problema que solo después de haber concluido puede simplificarse: cómo para buena

parte de la población metropolitana —y no solo la de los colonos— el territorio argelino es una zona francesa, algo a lo que Mollet añade una visión del Estado laico y progresista que se enfrenta a la posibilidad de entregar un fragmento de la patria a quienes no comparten los principios de la democracia republicana. Una cierta idea de la responsabilidad ciudadana y del progreso bloquea la actitud negociadora de Guy Mollet en el momento en que la lucha se hace más violenta, en el momento en que deja de haber un interlocutor dispuesto a considerar la integración.[59]

Sin embargo, en esa oleada de posiciones mayoritarias en favor de la Argelia francesa, dos de los principales faros de la cultura de aquellos años, divididos en tantas cuestiones, se ponen de acuerdo en la necesidad de la independencia: Raymond Aron y Jean-Paul Sartre. Ciertamente, sus argumentos son tan distantes como siempre. Sartre, antes de zambullirse en el neoexistencialismo del prólogo a *Les damnés de la terre* de Fanon (1961), participa en un mitin por la paz, en enero de 1956, donde va desgranando un análisis del «colonialismo como sistema». Se burla de las posiciones favorables a una mejora parcial de los colonizados, al reconocimiento hecho de los abusos desde la izquierda gubernamental, para plantear una lógica de explotación que incluye la concentración agraria, la imposición de cultivos inútiles para la población local que destruyen los de primera necesidad, la pérdida de ganado y la carencia de atención sanitaria y escolar. Para Sartre, los independentistas han sintetizado *políticamente* su propuesta para no permitir una salida en la continuidad modificada, sino para romper definitivamente una situación que no puede mejorarse sin la ruptura del estatuto colonial. La inexistencia de integración entre el millón de colonos y los nueve millones de árabes no es una casualidad, como tampoco lo es que los colonos se resistan a extender a la totalidad de la población los derechos que deberían disfrutar como franceses. El colono no ha deseado la verdadera incorporación de Argelia a Francia, sino la perpetuación de un «sistema colonial» del que el millón de franceses son la encarnación, y de cuyo circuito no pueden salir sin hacer estallar sus propias condiciones de existencia y su propia identidad. Por su parte, Aron se niega a ver en el mantenimiento de la Argelia francesa un interés económico: por el contrario, Francia depende de la ayuda exterior para

poder sostener una sangría en capital y en jóvenes que se instalan improductivamente como numeroso contingente de ocupación. Sin embargo, considera el escándalo de las condiciones de vida de los árabes y su falta de derechos, que impiden que una democracia sea coherente manteniendo una posición no deseada por los habitantes de Argelia. En *La tragédie algérienne* (1957) y en *L'Algérie et la République* (1958), el pensador liberal consigue irritar a su público, que esperaba un discurso de afirmación colonial. Esa soledad en el territorio de la derecha no le permite, sin embargo, ponerse al lado de los métodos de los independentistas, cuya violencia deplora en la misma medida que las torturas de las tropas, una posición de equidistancia que Sartre se negará a asumir, sumando en poco tiempo un área notable de la opinión de la izquierda.[60]

A finales de 1956, la 10.ª división de paracaidistas, que había sido retirada de Suez tras el fiasco de la ocupación del canal, será destinada a Argelia. La operación en Egipto estuvo destinada a castigar a Nasser, a quien se considera instigador de la guerrilla. La nueva derrota radicaliza a quienes la sufren, de la misma forma que exaspera a la opinión pública, creando un profundo rencor contra Estados Unidos y la Unión Soviética, que han impedido la victoria. El traslado de los soldados que han sufrido esa lucha inútil a Argelia parece una estupidez templada por la esperanza de una compensación gracias a la victoria sobre el Frente de Liberación. Sin embargo, rápidamente se difunden noticias de torturas realizadas en los acuartelamientos de este cuerpo de élite a las órdenes del general Massu. Las noticias aparecen en periódicos que son requisados, como *L'Humanité*, pero también en *Esprit* y *Les Temps Modernes*, incluso en *Témoignage chrétien*. Seuil publica *Contre la torture*, de Pierre-Henri Simon; Minuit *Pour Djamila Bouhired*, de Georges Arnaud y Jacques Vergès. En 1958, Pierre Vidal-Naquet publica en Minuit su libro *L'Affaire Audin*.[61] El asunto de la tortura vuelca un nuevo ingrediente en la cuestión argelina, estableciendo una línea de distinción que ya no se refiere a la independencia, sino a los métodos de la política. La crisis de conciencia ha llegado, en compañía de la crisis política. A pesar de la dureza de la censura, se multiplican los organismos destinados a coordinar las denuncias. En una posición, como siempre, incómoda, Albert Camus indica

al recibir el Premio Nobel su distancia con respecto a algunos intelectuales partidarios de la lucha del FLN: su célebre elección de la vida de su madre a la independencia de Argelia puede ser vista como una *boutade*, pero ¿no lo es también esa ontología de la violencia en que caen algunos defensores del FLN, al establecer graduaciones de repugnancia convenientemente depositadas en uno u otro ámbito del crimen?

A comienzos de 1958, el debate sobre la tortura y el terrorismo se ve agravado por otra cuestión, que reduce la credibilidad del gobierno a ojos de quienes están por soluciones de apertura sin dotarle de la simpatía de quienes siguen instalados en actitudes de fuerza. Se trata del desbordamiento del mando civil por la autonomía militar. El problema se hace evidente cuando la aviación francesa penetra en territorio tunecino y bombardea Sarkhet Sidi Yussef, causando setenta víctimas inocentes, que se habían reunido en un día de mercado. El gobierno se enfrenta a hechos consumados que tiene que defender, refiriéndose a una operación en busca de las bases guerrilleras en Túnez, que no ha podido ni dirigir ni controlar. El margen de acción de los jefes militares en Argelia parece imbatible, inexpugnable a los esfuerzos del poder civil para hacerse con la situación y dar una impresión de autoridad. No se trata de que las actuaciones sean erróneas: se trata, lo que es peor aún, de que ni siquiera son proporcionadas por la decisión del gobierno. El presidente del gabinete, Gaillant, es absuelto por la Asamblea, pero las Naciones Unidas deciden enviar una «misión de buena voluntad» al escenario del conflicto, que el gobierno francés tiene que aceptar por la necesidad de recibir préstamos americanos con que sufragar la crisis económica que está desatando la guerra. Lo que sigue tiene el tufo enredado de una cuidadosa conspiración, cuya maraña se enturbia por las improvisaciones y los malentendidos. Es la verdadera preparación de un golpe de Estado contra la República, al que se suman intenciones muy diversas, que proceden de muy distintas posiciones: desde el nacionalismo de oposición gaullista hasta los movimientos neofascistas que se han volcado en la guerra; desde los oficiales inspirados por un conflicto en el que creen ver una lucha por la civilización occidental, hasta los gobernantes desbordados, sean socialistas, democristianos, centristas o radicales. La convergencia de intereses añade confusión a unos

acontecimientos desarrollados a gran velocidad, como si se tratara de una caída libre tras haber ascendido trabajosamente a la cumbre de la ineficiencia.

El fracaso de la misión de buena voluntad dirigida por Robert Murphy, cuyo trabajo es boicoteado implacablemente por todos los interesados, llevará a la caída del gobierno y a la tediosa rueda entre los dirigentes políticos para que se hagan cargo de una situación agónica. Rechazados los más implicados como Bidault, o quienes ya han fracasado como Mollet, el gobierno irá a manos del dirigente democristiano Pflimlin. Su presentación ante el Parlamento estará precedida de nuevos signos de la «autonomía» de los militares y de la intransigencia de los civiles de la Argelia francesa, para los que la República ha perdido credibilidad. El 8 de junio, el delegado residente recién dimitido, Robert Lacoste, arroja toda la leña retórica disponible al fuego de la exaltación militar y popular francesa en Argelia: indica que se está al borde de un «Dien Bien Phu diplomático». Al día siguiente, el jefe de las fuerzas en Argelia, general Raoul Salan, envía un telegrama a París señalando que las Fuerzas Armadas se opondrán a cualquier política que suponga el abandono de Argelia. El mensaje es un desafío, que señala la desobediencia anticipada en caso de que algún gobierno pueda tomar una decisión distinta a la opinión de los oficiales. En estas condiciones, llega la jornada que suele considerarse como el final auténtico de la IV República. El día 13 de mayo, cuando Pflimlin se presenta ante el Parlamento para su investidura, se produce el asalto al Gobierno General de Argel, después de una manifestación en homenaje a tres soldados que han sido raptados y ejecutados por el Frente de Liberación Nacional. La constitución de un Comité de Salvación Pública presidido por el general Massu es respondida por los indignados diputados con un abultado apoyo parlamentario a Pflimlin. Francia vive, desde ese día, una situación de «doble poder» que no tardará en complicarse con la llegada de un tercer elemento. El 15 de mayo, en efecto, Salan se dirige a la multitud reunida bajo el Gobierno General vitoreando a De Gaulle. Tras las sombras de una atmósfera deformante, con una multitud de actores que no saben exactamente cuál es su papel en la obra, De Gaulle va avanzando la posibilidad de ser llamado para resolver la situación a cambio, claro está, de

que el «espíritu de Bayeux» de 1946 encuentre finalmente su resultado en 1958. Para muchos observadores, el movimiento del 13 de mayo ha sido diseñado por los cuadros del gaullismo, que pueden presentar a los militares argelinos una posición que no supone la entrega del poder a la extrema derecha, sino a alguien con las garantías que ofrece el hombre de la Francia Libre. Al mismo tiempo, De Gaulle hace algunas declaraciones señalando la forma en que ha comprendido la indignación del ejército y la necesidad de restaurar la autoridad pública a través de indispensables reformas institucionales, desde las que el tema argelino podrá ser abordado con un espíritu de mayor firmeza y confianza. Los dirigentes de la República han perdido toda esperanza: en sus memorias, Pflimlin indica que no esperaba poder resolver nada sin una reforma constitucional profunda que —debe recordarse— se le había negado a Mendès France por el propio MRP solo tres años antes. Tanto el líder socialista Mollet como el presidente de la República, Coty, creen no hallar más salida que llamar a De Gaulle. La potencia de la autonomía del ejército en Argelia no deja demasiadas opciones y hace temer una intervención militar directa, contra la que no habría defensa posible. La misma carencia de una fuerza política organizada hace de De Gaulle un candidato útil, que podrá ser devuelto al desempleo en cuanto se haya resuelto la crisis institucional. Su carácter de general, su prestigio entre los oficiales, la presunción de que vincula la defensa de la Argelia francesa con los principios de la Francia Libre de 1940 parecen otorgar más garantías. Las últimas dudas quedan despejadas cuando unidades de paracaidistas caen sobre Córcega y se hacen dueños de la situación sin encontrar resistencia el 24 de mayo. El 28, una manifestación de doscientas mil personas atraviesa París señalando su rechazo del fascismo y el militarismo, y negando su confianza a De Gaulle. Ese nuevo poder de la calle es medido adecuadamente por los dirigentes políticos, que no están dispuestos a tolerar que los franceses sean vencidos por su propio ejército. En la hora de la crisis definitiva, la entrega del gobierno a De Gaulle se realiza aceptando su principal condición: la aprobación de una nueva constitución para Francia y la clausura de la Asamblea.[62]

La crisis de Argelia tiene que resolverse, pues, en el marco de una transformación institucional que pone fin al orden de cosas creado en 1946, orientándose al fortalecimiento del poder ejecutivo y, en especial, al de la figura de un presidente de la República que se reservará derechos como la disolución de la Asamblea y, sobre todo, la convocatoria de plebiscitos sobre temas que considere de importancia suficiente. Cuando llegue la enmienda que implica la elección del presidente por sufragio universal, la función poderosa irá acompañada de una legitimidad de origen igualmente infranqueable, haciendo de la persona del ocupante del Elíseo la máxima autoridad designada directamente por el pueblo. Aumento de la autoridad, desplazamiento del parlamentarismo, incremento de los recursos populistas. La modificación institucional parece responder a las esperanzas de la extrema derecha en algunos puntos, aunque los indicios de una cierta continuidad en otros aspectos —como el nombramiento de un gabinete de representación de todas las fuerzas políticas salvo los comunistas y la exclusión inicial del héroe Jacques Soustelle—. El referéndum sobre la nueva constitución señala el poder alcanzado por un general al que se consideraba jubilado en 1953: el «no» propugnado por comunistas, poujadistas y sectores de la izquierda republicana como Mitterrand y Mendès France obtiene poco más de cuatro millones y medio de votos, un millón menos de lo que consiguió, a solas, el Partido Comunista en 1956. Un 80 por ciento de los franceses, incluyendo a socialistas, democristianos y la mayoría de los radicales, se inclina por el «sí»: casi dieciocho millones de sufragios. La sentencia contra la IV República se ha pronunciado por una nueva unanimidad. Las elecciones legislativas, celebradas por el sistema mayoritario, hace retroceder de forma alarmante a la izquierda comunista, que pierde un tercio de sus votos y, sobre todo, mediante los mecanismos de elección de diputados, la reduce a una situación crepuscular en el Parlamento. El grupo de De Gaulle, la Unión por la Nueva República (UNR), que obtiene lo que consiguió el partido del general en 1951 en apoyos electorales, deforma su representación a través del sistema mayoritario, hasta conseguir 198 diputados. El mismo número de votos da a los comunistas solamente diez representantes. La presencia de socialistas, democristianos y «moderados» es tan fuerte como antes, lo cual señala

hasta qué punto el apoyo nacional a la V República no es, todavía, un apoyo al *movimiento político* de De Gaulle, sino la entrega del mando en una situación desesperada y la aceptación de una caducidad institucional. La extrema derecha, que se ha visto expulsada de las candidaturas gaullistas, consigue algo más de medio millón de votos, que constituye el 2 por ciento de los electores. En la querella privada entre gaullismo y extrema derecha, las diferencias han quedado definitivamente asentadas.

El éxito del general debe consolidarse a través de la solución del problema argelino, el que le ha llevado al poder sea cual sea la interpretación sobre su papel en las jornadas de mayo. Un sondeo realizado en el momento de la aprobación de la nueva constitución señala un cambio de tendencia en la opinión metropolitana: tras más de dos años de lucha abierta y los inmensos debates que han conducido al peligro de un pronunciamiento militar, un 40 por ciento de los franceses son partidarios ya de la independencia. Las esperanzas depositadas en De Gaulle son múltiples, y su enigmático «os he entendido» lanzado a los franceses de Argelia en su visita de junio parece buscar audiencias distintas: la de los entusiastas, pero también la de los cansados. En cualquier caso, De Gaulle se mueve en el pragmatismo y la defensa de los intereses de Francia: su evolución será leal a ambas cosas, aunque ellas puedan encarnarse en soluciones diferentes a lo largo del período 1958-1962. Entre los intereses de Francia puede hallarse, por ejemplo, la necesidad de restablecer la autoridad del Estado frente al poder que ha instalado el Comité de Salvación Pública, intolerable para el nuevo presidente de la República. Los intereses de Francia, incluyendo una Francia en Argelia, pueden reunirse con el pragmatismo de una «paz de los valientes», pedida por De Gaulle a los miembros del Frente de Liberación después de que el referéndum constitucional le haya proporcionado un resultado aún más abrumador en Argelia que en la metrópoli, y después que la práctica totalidad de los diputados elegidos en Argelia sean partidarios de la integración. La «paz de los valientes» quiere marcar, al mismo tiempo que la victoria militar, la seguridad de los vencidos y el cambio de estatus político y económico de los árabes en Argelia. La inquietud en el seno de la extrema derecha puede hallar algunos motivos, pero también puede hacerlo un independentismo

que ya no se halla frente a un gobierno débil ni frente a un político desorientado. La crisis provendrá, sin embargo, de los primeros, especialmente cuando De Gaulle realice su alocución del 16 de septiembre en la que plantea el derecho a la autodeterminación de Argelia, que incluye la celebración de una consulta años después de haber acabado la violencia. Que pueda pensarse en una «nación» argelina y en la posibilidad de su independencia es una vuelta de tuerca aplicada a la fatigada respiración de los partidarios de la integración, aún enronquecidos por sus manifestaciones de júbilo a la caída de la IV República. El pragmatismo ha fijado estas declaraciones, tratando de evitar el aislamiento internacional de Francia y su desprestigio en el continente africano, temores que empiezan a romper la unanimidad del mismo movimiento gaullista. A sabiendas de lo que ello significa, el movimiento de la Argelia francesa se lanza a las barricadas en enero de 1960: incluye a ultraderechistas, a trabajadores votantes de la izquierda que no quieren perder su privilegio diferencial, a quienes temen un baño de sangre tras el abandono, a los militares que creen cumplir una labor de civilización y de protección *también* de los árabes partidarios de la integración. Incluye, sumando a todos ellos, a quienes creen que pueden repetir la jornada del 13 de mayo como una advertencia contra el gobierno. De Gaulle no es Mollet, ni Gaillard, ni Pflimlin. No solo por carácter, sino por la firmeza de su base política. Los disturbios de Argel no torcerán su voluntad: más bien, le empujan en otra dirección a fin de preservar la imagen de su autoridad, un simbolismo al que el general siempre ha estado atento, pues sabe que la simulación del poder es poseer su realidad.

La semana de las barricadas en Argel es vencida sin hacer uso de la fuerza —que podría haber cortado en dos el contingente militar—, sino a través de una manipulación política magistral: un discurso televisado que insiste en poner en el mismo sector a los radicales de una y otra parte, que manteniendo la violencia impiden el ejercicio de la autodeterminación, tanto a europeos como a musulmanes. El fracaso de los contactos con el Frente de Liberación Nacional muestra esa equivalencia manifestada por De Gaulle y que *en aquel momento* puede hacerle ganar a un sector amplio de la opinión pública, de las Fuerzas Armadas y de su propio movimiento. Seguramente, también se acerca a las convicciones del presidente de la

República, partidario de dar una organización concreta a ese espacio intermedio que salvaguarde, al mismo tiempo, la autodeterminación y la permanencia en el área francesa. La clarificación de esa política en su discurso del 14 de junio provoca la movilización de los opositores de ambos lados, haciendo del cruce entre los años 1960 y 1961 un momento de mayor crispación. Si el FLN multiplica sus acciones militares y diplomáticas destinadas al aislamiento de Francia, la represión militar se acentúa y el debate de los intelectuales llega a su paroxismo. En septiembre de 1960, se conoce el «Manifiesto de los 121», en defensa del derecho a la insumisión: Sartre, Beauvoir, Duras, Breton, Robbe-Grillet, Sarraute, Truffaut, Sagan, Resnais aparecen al pie del documento. De manera inmediata, se edita un «Manifiesto de los intelectuales franceses» afirmando su escándalo por la obra de una «quinta columna» que se enfrenta a Francia y a Occidente e indicando que la guerra de Argelia es «una lucha impuesta a Francia por una minoría de rebeldes fanáticos, terroristas y racistas». Entre los firmantes se encuentran Gabriel Marcel, Roger Nimier, Michel de Saint-Pierre, Pierre Gaxotte, Pierre Chaunu, Roland Mousnier, Henry Lapeyre, Thierry Maulnier, Antoine Blondin, Jules Romains y Raoul Girardet. El esguince moral francés se agrava cuando un destacado redactor de *Les Temps Modernes*, Francis Jeanson, organiza una red de ayuda militar a la guerrilla. El director de la revista no tardará en proporcionar, además de apoyo moral, un referente intelectual a sus posiciones con el célebre prólogo a *Les damnés de la terre* de Fanon, publicado en 1961:

> Entiendo no solo el temor que experimentan ante nuestros inagotables medios de represión, sino también el que les inspira su propio furor. […] No es su violencia, es la nuestra, devuelta, que crece y los desgarra. […] El arma del combatiente es su humanidad. Porque, en el primer momento de rebeldía, hay que matar; terminar con el europeo es matar dos pájaros de un tiro, suprimiendo al mismo tiempo a un opresor y a un oprimido.[63]

El debate de los intelectuales se dobla en los enfrentamientos callejeros de Argel, que a finales de año provocan enfrentamientos impresionantes para un presidente, que ya sabe de la imposibilidad de hallar ese espacio intermedio que ha buscado. Por si tuviera alguna duda, el referéndum de

enero de 1961 ofrece tres cuartas partes del voto negativo en la ciudad de Argel, donde se reúne la población europea, aunque haya dispuesto de un apoyo masivo en la metrópoli. La respuesta de los partidarios de la Argelia francesa sale de los límites del ejército o la radicaliza. Desde el exilio español, el general Salan crea la Organización del Ejército Secreto (OAS), legitimado a sus ojos como una opción de contraterrorismo que define el lugar en que debe «conversarse» con el Frente de Liberación. En abril de 1961, los generales Challe, Zeller y Jouhauds realizan un *putsch* en Argel con éxito completo sobre el terreno. Los tres generales, a los que se une Salan, se convierten en una autoridad alternativa dispuesta a la negociación tuteada con el gobierno de París. El apoyo de la población francesa de Argel no se manifiesta ni en las tropas ni en sectores significativos de la metrópoli. El desafío de los cuatro generales es respondido con el desafío del presidente. Y su intento de desviar los acontecimientos no hace más que acelerarlos. En ese momento, tres cuartas partes de los franceses están a favor de la negociación y casi dos tercios seguros de la independencia. De nuevo, el ritmo de los acontecimientos ha formado un estado de opinión, modificando la correlación de fuerzas de una manera que parecía impensable en la agonía de la IV República. A lo largo de 1961, las negociaciones con el Frente de Liberación Nacional, sembradas de acciones terroristas de la OAS que producen abundantes víctimas incluso en la metrópoli, conducirán a la firma de los Acuerdos de Evian, el 18 de marzo de 1962. La guerra de Argelia concluye al día siguiente, pero continúa en una insurrección de los adversarios de la independencia. Las acciones de la OAS contra el ejército provocan un caos que sirve para alentar la fuga masiva de cientos de miles de europeos que marchan hacia la metrópoli, aterrados por la radicalización de los independentistas y por el terrorismo de los seguidores de Salan. En abril, el referéndum sobre los Acuerdos de Evian indica el espacio al que ha quedado reducido el movimiento de la Argelia francesa en la metrópoli: menos de dos millones de franceses vota «no». Para quienes creen que ésa es una base de origen para construir un movimiento de extrema derecha coherente, la evolución de los acontecimientos servirá de nuevo desengaño. El conflicto, agotador, envilecedor, que ha puesto a prueba el prestigio de Francia en el mundo,

que ha vulnerado su propia imagen, que ha derribado un sistema político y ha mantenido al borde de la guerra civil a la metrópoli, que ha hecho sufrir la experiencia del terrorismo en Argel y en París, solo sirve para reforzar a un De Gaulle nuevamente providencial. Es el hombre que ha llegado para resolver el tema en las mejores condiciones para Francia; que se ha mostrado intransigente cuando ha debido hacerlo, pero que no ha estado dispuesto a ceder la autoridad del Estado a la fronda de los generales ni a la *jacquerie* de los colonos. Sus esfuerzos de llegar a un acuerdo justo son lentamente valorados desde una posición original de prestigio, que le permite ser escuchado donde Mollet o Pflimlin no lo eran. La resignación a la inevitable secesión se contempla en los términos de una salida honorable, la única posible, la que puede transformarse en una exaltación de los valores republicanos, dejando las alucinaciones de la «defensa de Occidente» a los cuadros neofascistas y a los pretorianos de un contingente militar politizado. La derrota militar se convierte en una victoria política, sobre la que De Gaulle, ahora sí, construirá un verdadero movimiento capaz de gobernar el país cerrando el paso a la izquierda y a una extrema derecha que ha encontrado su sepulcro donde esperaba encontrar su fuente bautismal.

El fracaso de la extrema derecha en este período complejo, atestado de salidas falsas y triunfos efímeros, cercado por un progresivo cansancio de la población que cierra al paso a quien se ha confiado a su entusiasmo inicial, se encuentra en un manojo de circunstancias adversas que van construyendo un obstáculo infranqueable. En primer lugar, la misma confusión de la coyuntura, que parecía propicia al desguace de la IV República y, por tanto, favorable a quienes se habían manifestado como sus más rotundos enemigos. Esta apreciación no tenía en cuenta el carácter de «oposición nacional» que había adquirido De Gaulle, que nada tenía que envidiar al rechazo del sistema edificado por los sectores procedentes del vichismo y que disponía del sello legitimador de la Resistencia, aún vigente para la mayor parte de la opinión pública. El acierto de la identificación de una crisis definitiva del régimen no se trasladó a una lucidez similar en la capacidad de sumar energías dispersas renunciando a destacar los aspectos más comprometedores de la extrema derecha, algo que fue aislándola en el

seno mismo de las simpatías por la integración. En segundo lugar, se encuentra la soledad del corredor de fondo, la imposibilidad de mantener una tensión social dispuesta a un combate desesperado, a asumir una sangría o una guerra civil, convenciendo a una mayoría de la población —que podía aceptar el carácter francés de Argelia— de la necesidad de un combate sin esperanza. En tercer lugar, la aspereza del discurso de la extrema derecha le impidió construir una verdadera coalición de masas, que incluyera a sectores amplios de la clase media urbana, completando hacia el norte y hacia las ciudades el apoyo que se prestó en las áreas rurales y en el centro-sur a Poujade poco tiempo antes. La guerra no fue utilizada por la extrema derecha como un elemento de fusión de intereses, de coagulación de fluidos sociales en un movimiento popular, ni siquiera para adquirir una fuerza episódica. Ese aislamiento social, demasiado preocupado por contentar las actitudes más utópicas de los europeos de Argel, restaban a la extrema derecha, además de un poder autónomo, su capacidad de negociación con el gaullismo. Por último, los sectores de la gran burguesía que habían apoyado las opciones autoritarias de los años de entreguerras difícilmente podían arriesgarse a una aventura de este estilo, cuando el gaullismo les proporcionaba una mayor seguridad y, sobre todo, les libraba de los elementos más molestos del discurso plebeyo ultraderechista. Estas cuatro líneas de fracaso corresponden tanto a un error de estrategia como a una corpulencia de los acontecimientos difícilmente reversible. Si la extrema derecha no había dispuesto de una capacidad de movilización y de un prestigio tan amplio desde 1940, que llegó a adquirir cierta prestancia en sectores intelectuales, la derrota sería mucho más dolorosa, la caída mucho más dura.

El desacierto de la extrema derecha en la crisis argelina fue forzar los plazos y confiar en una cohesión militante de la población, que no podía existir en un momento en que la solución de la crisis se identificaba con el final de la guerra. Ello no resta la sagacidad de su análisis, que residía en la posibilidad, hasta entonces inédita, de llegar a un acuerdo con las Fuerzas Armadas, que pudiera sustituir o paliar la falta de una base de masas del movimiento. En realidad, se trataba de operar en los mismos términos en que lo haría la extrema derecha latinoamericana de esa misma década,

cuando los golpes de Brasil, Bolivia y Argentina se acompañaban de un encuentro entre ideólogos de una nueva doctrina antisubversiva y el brazo armado de la nación. La carencia de una base social activa, organizada, podía ser compensada por el apoyo físico de sectores influyentes del ejército, la adhesión de algunos sectores políticos conservadores y la simpatía de una zona de la población notable. El propio carácter del conflicto colonial lo aconsejaba, pues podía presentarse como una lucha por la integridad del país y *al mismo tiempo*, un combate contra doctrinas que atentaban a la ideología nacionalista y antimarxista más extendida entre los militares. Se trataba de proponer una preparación de las Fuerzas Armadas ante la forma de ofensiva del comunismo en el cruce de la década de los cincuenta y sesenta, que tenía su expresión en la guerrilla urbana y el terrorismo, y una justificación ideológica en la lucha independentista. La guerra superaba su carácter convencional para adquirir un fuerte contenido ideológico, en el que la causa de Francia pasaba a ser la de Occidente y el frente argelino la trinchera contra el comunismo o el islamismo. A la manera de una «doctrina de seguridad nacional» aplicada a las condiciones del combate en Argelia, la propaganda de la extrema derecha podía realizarse mejor acompañada de este trabajo de pasillo en el entorno de unos oficiales necesitados de un justificante ideológico, sometidos a la presión de una guerra sucia y al declive de su prestigio en la metrópoli. En esta línea, los trabajos de Georges Sauge y su Centro de Estudios Superiores de Psicología Social, fundado en 1956 y presidido por el general Weygand, hallaron ciertas facilidades para la realización de charlas y cursos entre los jefes militares, que podían leer la literatura sobre el nuevo tipo de conflicto que el propio Sauge redactaba, como su texto *L'Armée Française face à la guerre psychologique*. El trabajo de conspiración realizado por los jefes de pequeños grupos como el Movimiento Popular 13 de mayo, de Rober Martel, o el Movimiento por un Orden Corporativo de Bernard de Lefèbvre, así como el que realizaban dirigentes populares como Joseph Ortiz, fundador del Frente Nacional Francés, iban ofreciendo oxígeno político a los combatientes profesionales.

En otro terreno, el *Manifiesto de la clase 60* produciría uno de los giros más notables de la extrema derecha tras la guerra, al indicar su capacidad de penetración en el ámbito estudiantil y su vocación de elaboración intelectual. La escisión de la Unión de Estudiantes (UNEF) y la formación del Frente de Estudiantes Nacionalistas (FEN) fue seguida por la edición de este documento, entre cuyos firmantes se encuentra algunos de los fundadores de la Nueva Derecha, como François d'Orcival y Alain de Benoist. Como lo ha indicado la especialista en este grupo Anne-Marie Duranton-Crabol, la guerra de Argelia fue crucial para el despertar de una generación, aunque la integración era, precisamente, lo que menos convenía a sus presupuestos ideológicos de fondo, basados en el diferencialismo radical, la impermeabilidad de las culturas y una exaltación de la diversidad entre las civilizaciones que clausuraban las coartadas de la fusión de la población argelina sin tener en cuenta su origen racial o su opción religiosa[64] . En la coyuntura de 1960, sin embargo, el nacionalismo comunitarista del *Manifiesto* vino a situar un apoyo político de calidad, que se sumaba a la necesidad de romper el frente único de los estudiantes, abriendo una brecha en el marco universitario que habría de mantenerse en la crisis del 68. Rompiendo el esquema ya habitual de los lugares comunes aceptados por estudiantes que vacilaban entre el liberalismo o el socialismo, el *Manifiesto* rechazaba:

> La concepción democrática del hombre, individuo anónimo que abdica de su personalidad y su valor ante la absurda e injusta ley igualitaria […]. Al individuo se le ofrece una libertad abstracta, pero se le niega ser diferente de la masa gris, mientras que sus ancestros, su comunidad de nacimiento, su capacidad, su mérito, le llaman naturalmente a afirmar su personalidad […] y a asumir una función social que nada tiene que ver con el sufragio universal. […] Creemos ser comprendidos por todos afirmando que preferimos un orden imperial, la «paz francesa», de la que ha podido decirse que es superior a la paz romana, al caos, al estado de guerra permanente engendrado en cadena por los separatismos […]. El Estado es la Nación organizada para cumplir su destino. […] Es necesaria una revolución para que una élite nueva sustituya el actual estado de cosas decadente. Antes de llegar al poder, esta élite revolucionaria no es más que una minoría que

posee una visión clara del destino nacional y de las reglas indispensables para su cumplimiento. Encuentra encarnada en ella misma una legitimidad que el poder legal ya no ostenta.[65]

El trabajo de esta élite clandestina no tardaría en contemplarse como una labor de reflexión destinada a la formación de sus cuadros y al empeño en una campaña de verdadera reacción cultural. El círculo Patria y Progreso, constituido por antiguos cuadros gaullistas de alta cualificación técnica, se constituyó con criterios semejantes en 1958, bajo la dirección de Philippe Roussillon y Jacques Gagliardi, que en 1959 resumieron sus posiciones en un opúsculo que adquirió cierta difusión en los medios burocráticos y militares, *Patrie et progrés; survivre à De Gaulle*. Debido a personalidades de una formación conservadora, el texto podía sorprender por sus afirmaciones socialistas nacionales, de un anticapitalismo feroz enfrentado especialmente a la amenaza del Mercado Común, aunque el socialismo se perfilaba como la obra de técnicos pragmáticos, que podían admirar la labor planificadora realizada en los países del Este. De esta forma, la propuesta de Patria y Progreso se presentaba como la exigencia de una aristocracia del pensamiento económico que podía alejar a sus miembros de las posiciones más idealistas del neofascismo y del populismo de la extrema derecha. Acogido con cierto éxito en la prensa, el documento podía marcar la orientación de un sector excéntrico de la tecnocracia, que en los años ochenta no tendrá problema alguno en pasar de la defensa de la V República al Frente Nacional, de la mano del Club de l'Horloge o los Comités de Acción Republicana.

Esta doble línea de actuación, de influencia sobre los militares con la teoría de la guerra subversiva y de elaboración doctrinal que arrancara a la extrema derecha del campo de las consignas, trató de ser completado con la construcción de un movimiento político de masas, aspecto en el que se volvió a fracasar. Jeune Nation mantuvo, tras su disolución en 1958, una actividad frenética, convirtiendo su nombre en designación de un órgano mensual de cierta influencia y realizando sus acciones contra sectores de izquierda o emigrantes en la metrópoli, que llegaron al secuestro y asesinato. El aumento de la persecución policial del grupo, que cambió su

nombre al de Partido Nacionalista, le aconsejó desarrollar sus actividades en Argel, donde Pierre Sidos y Dominique Venner participaron en las movilizaciones de 1960. Su captura por la policía y su condena a la cárcel detendrían el funcionamiento del partido, que había llegado a tener unos cinco mil adheridos. La línea de masas fue obtenida, aunque de una forma muy limitada en el tiempo y en la geografía, por los organizadores del Frente Nacional Francés, Joseph Ortiz y Jean-Jacques Susini —organización disuelta tras los disturbios de 1960— y, sobre todo, por sus sucesoras, el Frente de la Argelia Francesa y el Frente Nacional de la Argelia Francesa, que trabajaban respectivamente en el norte de África o en la metrópoli. Mientras el primer grupo estaba dirigido por el incansable y popular comerciante Joseph Ortiz, que llegó a agrupar a unas cien mil personas entre los colonos, el FNAF, mucho menos influyente, fue organizado por los antiguos jefes del Frente Nacional de Combatientes, Jean-Marie Le Pen y Jean Robert Thomazo. El error fundamental de estos partidos fue limitarse a una batalla por la Argelia francesa sin tener, al mismo tiempo, la capacidad para reunir los diversos sectores que aún creían posible mantener esa posición. Mientras su estricto belicismo les iba alejando de una opinión pública agotada, su posición abiertamente fascista les impedía ganar simpatías en los sectores que podrían habérseles sumado en una defensa de una salida nacionalista para el problema argelino. El éxito momentáneo obtenido entre los colonos, así como su seguridad de que se ganarían a un sector suficientemente amplio del ejército para promover un golpe cívico-militar que destruiría la República les impidieron observar los límites de su actuación y, sobre todo, la forma en que podían quemar las posibilidades de futuro de un movimiento nacionalista. Los tumultos de finales de 1960 propiciaron su prohibición por las autoridades en 1961, y el espacio de una política de masas fue yendo a parar al trabajo clandestino de la OAS, en especial tras el fracaso del golpe de los generales en abril de 1961 que dejaba, como única salida —desesperada y sin mayor deseo que mantener un estado de sitio sobre la ciudadanía—, las acciones terroristas y la mística de los centuriones. Su creencia de que el caos, las amenazas, el miedo y los crímenes podrían provocar el bloqueo de la independencia fue un anticipo de lo que en Italia se denominó la estrategia de la tensión.

Distinta en su carácter, inferior en sus apoyos, enfrentada a un gobierno dispuesto a usar la fuerza incluso contra jefes militares de gran prestigio, esta opción no lograría más que convertir la vía inteligente de un pacto con las Fuerzas Armadas en el camino más obvio para devolver a la inmensa mayoría de los oficiales a la obediencia a las autoridades de la República.

Como si quisiera responder al odio profundo de los sectores de la extrema derecha que se sentían especialmente perjudicados por él, De Gaulle quiso redondear su éxito político en las votaciones de 1958 y 1961 mediante una consulta popular que habría de decidir si el presidente de la República sería elegido por sufragio universal, depositando en su persona la legitimidad de una elección directa por el pueblo. Esa respuesta en el campo propio del nacional-populismo, ese tipo de ejercicio bonapartista, permite detectar el triunfo del gaullismo sobre un sector con el que sus afinidades culturales resultan innegables. Tras haber disuelto la Asamblea Nacional —que había votado la dimisión de Georges Pompidou—, De Gaulle procedió al referéndum el 28 de octubre de 1962. Socialistas, democristianos, comunistas, sindicatos e intelectuales republicanos realizaron una intensa campaña contra el proyecto, que no consideraban vinculado a la proclamación de la nueva constitución. El resultado, mucho más ajustado que el de 1958, volvió a ser favorable a De Gaulle, que obtuvo más del 60 por ciento de los votos. Considerando el volumen de la abstención, el país se había dividido en dos y tal vez el general había exagerado sus fuerzas. Las elecciones legislativas de noviembre pondrían las cosas en su sitio: el gaullismo pasaba a ser el primer partido, con casi seis millones de votos que el sistema mayoritario convertiría en una mayoría absoluta. El estancamiento comunista fue acompañado del hundimiento de la SFIO, sacudida por la escisión de su ala izquierda. Los candidatos de la extrema derecha no pasaron de los ciento cincuenta mil votos en la primera vuelta y volvieron a quedar sin representación. El grupo de moderados, centristas e independientes, que había sido decisivo en el desarrollo de la vieja República, quedaron en una posición testimonial. Mientras el gaullismo podía atravesar el Arco de la Victoria en el irónico escenario de una derrota

colonial, el majestuoso suicidio de la extrema derecha parece merecer las palabras que Stefan Zweig dedicó a la amante de Luis XV, Madame de Prie, en su relato *Historia de un ocaso*:

> El interés de Francia por aquel extravagante final no duró mucho y el esfuerzo desesperado de aquella mujer por representar una comedia inolvidable fue baldío. La fama que anhelaba, la inmortalidad que quería conseguir con su muerte, pasó sin hacer caso de su nombre: el polvo y las cenizas de hechos intrascendentes sepultaron su destino. Pues la historia universal no tolera intrusos, escoge a sus héroes y rechaza sin compasión a los que no han sido llamados.[66]

La caída. Apogeo del gaullismo y crisis de la extrema derecha (1963-1974)

La aceptación unánime del retroceso de la extrema derecha francesa a una escala testimonial en los años sesenta y setenta debería acompañarse de otra consideración. ¿No se trata de una excepción en el marco de un impulso de esta opción en países como Italia o Alemania? Los motivos que suelen aducirse para justificar el retroceso del nacional-populismo antidemocrático ¿no son los que explican, precisamente, el auge de esta corriente, a través del reforzamiento del Movimiento Social Italiano o la explosión efímera, pero intensa, del Partido Nacional Democrático de Alemania? El letargo de la extrema derecha francesa es tan obvio que puede confundirse con una defunción, aunque tal vez sea más adecuado recurrir a la imagen de una metamorfosis, a la lenta incubación de una crisálida que se abrirá paso cuando las condiciones ambientales y su propia madurez lo reclamen, a comienzos de la década de los ochenta, partiendo *de los mismos cuadros* que han sufrido un retroceso aniquilador durante el apogeo del gaullismo. Crisis, desde luego, pero también renovación. O una renovación que necesita de una crisis tan profunda para que el sujeto se exija a sí mismo las condiciones de su supervivencia. La respuesta favorable a la extrema derecha que se produce en los años sesenta en Alemania e Italia responde a las condiciones de una cultura nacional propia, a la especificidad de sociedades y regímenes políticos concretos. La caída de este sector en

Francia no obedece a un retroceso de época, sino a la forma distinta en que la sociedad hexagonal hace frente a los problemas de una fase de expansión económica y de fracturas culturales considerables.

La Francia que sale de la guerra de Argelia lo hace proporcionando al régimen gaullista un apoyo espectacular, que responde, casi a partes iguales, al apoyo al personaje y a la seguridad de la ausencia de una alternativa. Los resultados en las legislativas de 1962 se otorgan a un movimiento que desecha su condición de partido, para presentarse como la base de apoyo del presidente de la República. El rechazo al parlamentarismo se puede atenuar con la existencia de una Asamblea que funciona regularmente, de partidos que siguen presentando sus candidatos, de un gabinete que es responsable ante la cámara. Sin embargo, lo que está en crisis es una *cultura* política que, desde la Liberación, ha señalado la primacía de los partidos sobre el ejecutivo o sobre los caudillos. En esta medida, la ruptura gaullista no es solo institucional, sino que abarca a una concepción de la sociedad que cambia. Los esfuerzos de Mendès France y su «democracia moderna» han expresado una voluntad de renovación que impregna también el panorama de una izquierda socialista que desea volver a la sociedad y escapar a la tiranía de los partidos. Esa deslegitimación de la vieja política —que hoy nos puede resultar familiar— actúa desde diversos frentes, proporcionando una movilización social alternativa que se funde en el Partido Socialista Unificado, en los diversos clubes como el Jean Moulin o el Horizonte 80, o en pequeños grupos de cuadros como el que Mitterrand encabezará para constituir la Convención de las Instituciones Republicanas. Si añadimos los esfuerzos de cambio realizados en el seno del Partido Comunista a lo largo de la década, en especial tras la muerte de Maurice Thorez y la lenta jubilación de la generación de la Resistencia, así como la tradicional desconfianza de este partido por el juego de quienes le han echado del gobierno en 1947, el panorama de cambio de percepción popular de la política queda completado. Sin embargo, esta circunstancia no acude en ayuda de quienes, desde el principio mismo de esta segunda mitad de siglo, han proclamado su rechazo del sistema y el carácter caduco de la democracia: de hecho, de quienes se inspiran en una literatura antiliberal que tuvo su máximo prestigio en el período de entreguerras. Cuando la

extrema derecha trata de maquillar su fascismo convirtiéndolo en una simple rectificación autoritaria y populista del sistema, consigue la eficacia del yelmo que cubre el cuerpo de Perseo: la invisibilidad. Su crítica a la democracia carece de la legitimidad de quienes *proceden* de una defensa del sistema de partidos y *solo desde ese lugar* pueden realizar una crítica a sus deficiencias. El bonapartismo de De Gaulle puede adquirir consistencia en el hombre del 18 de junio y del 26 de agosto, en el presidente del primer gobierno de la Liberación, capaz de integrar a todas las fuerzas de la Resistencia. Que, además, sea el autor del discurso antiparlamentario de Bayeux de 1946 y el beneficiario de un verdadero golpe de Estado en 1958, es una suma de elementos conflictivos que, curiosamente, no se neutralizan, sino que parecen reforzarse mutuamente. Cuando conviene, los dirigentes gaullistas enarbolan el mito de la Francia Libre; cuando conviene, habrán de desplegar las banderas del cesarismo. Solo disponiendo de ambas opciones cada una de ellas queda legitimada: porque la voluntad de mantener la democracia y la desconfianza hacia los partidos palpitan al unísono en los corazones de los ciudadanos. Y el gaullismo es capaz de resolver esa cuestión ofreciendo un vehículo político que la transporta hacia el Elíseo. Si añadimos el prestigio de una guerra de Argelia solucionada de la mejor forma posible, que está a punto de costarle la vida al general, el símbolo adquiere una corpulencia inabarcable.

Esta hegemonía no se manifiesta en la imagen que el régimen quiere expresar, y que puede verse afirmada en la deformación de los mecanismos del sistema mayoritario, que concede mayorías absolutas a un porcentaje de electores que está muy por debajo del 50 por ciento. La identificación entre Francia y el régimen se realiza con el mismo descaro con el que el gobierno es concebido como instrumento del caudillo, y su partido como mero cauce de agrupación de voluntades para instalarlo en el poder. Que la Unión por una Nueva República niegue su carácter de partido porque desea la unión de *todos* los franceses en torno a su presidente, y no solo de una parte, señala esa continuidad de aspiraciones a un *rassemblement* que ni siquiera guarda las apariencias de una formación política más convencional. La mezcla entre opciones carismáticas y recursos legales en el gaullismo establece una curiosa anomalía en la Europa de los años sesenta, donde la

expansión económica se combina con la democracia de partidos. Sin embargo, esa anomalía procede de la potencia de la cultura nacional-populista que Francia quiere ocultar bajo la preeminencia de una hegemonía republicana. Y, sin duda, su duración explica la domesticación de los sectores de la extrema derecha que se ven privados de los ámbitos claves de su propaganda contra el sistema. Por otro lado, tampoco hay que exagerar una situación que procede también del desarme del resto de las fuerzas políticas, algo que permite al gaullismo dar una impresión mayor de potencia y de novedad. El hundimiento del Movimiento Republicano Popular, en contraste con el éxito de las opciones democristianas en otros países, se relaciona también con la competencia que ofrece el gaullismo en sus flancos sociales, lo mismo que ocurre con el Centro Nacional de Independientes y Campesinos, cuyos resultados electorales van desertizando un área que ha sido fundamental para el funcionamiento de la IV República. Socialistas y comunistas se encuentran en una fase de adaptación a unos tiempos nuevos cuya complejidad incomoda los análisis demasiado lineales de sus direcciones ortodoxas. La identificación del gaullismo con la Francia de los monopolios sistemáticamente realizada por el PCF contiene un elemento de certeza, pero elude el juego de matices en que consiste el verdadero análisis político, la valoración de las correlaciones de fuerzas. Los comunistas se mantienen en un espacio estancado, que no ha iniciado la caída que se producirá con la llegada de la unión de izquierdas al poder en 1981, pero que tampoco es capaz de ganar a los sectores más críticos con el sistema, orientados hacia corrientes de una discrepancia que sospecha de la rigidez del comunismo thoreziano. La equiparación entre el gaullismo y el gran capitalismo francés esquiva, por otra parte, una cuestión incómoda, que es la inmensa base popular del régimen, expresada en los seis millones de votos obtenidos en las legislativas de 1962, y que se manifestará con más contundencia en los diez millones de sufragios en la primera vuelta de las presidenciales de 1965. Cifras que rondan el cuarenta por ciento de los electores parecen corresponderse mal a una simple alienación de masas parecida a la que dio apoyo tan amplio al fascismo, argumento que no dejan de esgrimir los analistas del PCF en aquellos años. Por su parte, la SFIO tiene que asistir a

la deserción de cuadros opuestos a su política argelina, a su apoyo a la destrucción de la IV República, que van constituyendo pequeños grupos disidentes de un gran prestigio intelectual. Frente a la audacia con que Michel Rocard o Gilles Martinet se plantean los retos de una nueva época —los efectos de la descolonización, las aspiraciones de un nuevo sindicalismo atento al problema del poder en la empresa, las insuficiencias de la democracia de delegación, la emergencia de nuevos sectores sociales revolucionarios—, Guy Mollet y sus compañeros parecen demasiado fijados a las condiciones culturales de la guerra fría, sin contemplar esa fusión entre socialismo de izquierdas y socialdemocracia que será capaz de constituirse a comienzos de la década siguiente, mediante la constitución del Partido Socialista Francés bajo el liderazgo de Mitterrand. En este sentido, como ocurre con la extrema derecha, solo la crisis permite la renovación.[67]

Las condiciones de poderío del gaullismo no suponen, por otro lado, la ausencia de una opinión crítica, que llega a mostrar un descontento mayoritario en los sondeos de opinión que se realizan a comienzos de la década, aunque el resultado mejorará en los años centrales. El apoyo a De Gaulle se muestra sólido, pero solo algo por encima de la mitad de los encuestados, lo cual coloca a una parte muy importante del país frente al régimen. En las cuestiones más concretas, que afectan a su vida cotidiana, un porcentaje apreciable se atreve a manifestar su queja por la marcha del país, considerando que sus condiciones de vida han empeorado. Como veremos, los datos macroeconómicos indican otra cosa, pero la distancia entre las estadísticas y la experiencia personal y familiar es una de las grandes sorpresas que la política reserva a los tecnócratas. La combinación de este desasosiego con un apoyo tan considerable al régimen y a quien lo encarna tiene que deberse a dos aspectos: un cierto fatalismo social, que distancia los problemas de la vida cotidiana de la responsabilidad del gestor, haciendo de las penalidades el pago necesario para una expansión general innegable, y la ausencia de toda alternativa que no suponga el regreso a una IV República cuyo prestigio ha sido convenientemente devastado por la propaganda de los nuevos gobernantes. Los problemas para encontrar una alternativa pueden observarse en la pintoresca campaña que Servan-

Schreiber y el grupo de *L'Express* inició a finales de 1963, tratando de crear el retrato-robot de alguien que pudiera enfrentarse a De Gaulle en las elecciones presidenciales de 1965. La anticipación resultaba dolorosa y el método desautorizaba a los partidos, promoviendo una especie de gran plebiscito que se situaba en las reglas del juego marcadas por el propio régimen. Dirigentes socialistas como Gaston Deferre o la eterna esperanza de Mendès France fueron esgrimidos como contrapeso a lo que se consideraba una victoria monumental del presidente en la primera ocasión en que debía enfrentarse a unas elecciones directas. La impresión de debilidad que ofrecía el conjunto del territorio antigaullista era tan fuerte que consiguió provocar un efecto dañino para el régimen: todo lo que no fuera una derrota abrumadora de los candidatos de la oposición, con la obtención de mayoría absoluta de De Gaulle en la primera vuelta, acabaría viéndose como una debilidad del presidente.

Y así fue. Los esfuerzos para conseguir un candidato apropiado acabaron encontrándose con alguien que no presentaba el perfil de partido político alguno, adjudicándose así las virtudes de una preeminencia que, hasta entonces, había quedado reservada a De Gaulle. Con experiencia dilatada en la IV República, donde había ostentado cargos ministeriales desde 1947, François Mitterrand podía expresar la legitimidad del régimen de la Liberación y la voluntad de su renovación a través de la liquidación del cesarismo actual. Sus responsabilidades en el pasado no le cerraban el paso al futuro, sino que parecían alimentar su musculatura para hacer frente a la reforma política necesaria. Para Mitterrand, el gaullismo era, según el título de un célebre libro de combate que había escrito, un «golpe de Estado permanente».[68] El régimen no había proporcionado una renovación, sino una regresión de la democracia, una abdicación de los poderes del pueblo mediante la exaltación de un artificial poder directo de los franceses que pasara por encima de los vehículos partidistas. Ese encaje del gaullismo en una tradición bonapartista hacía de Mitterrand el candidato de la democracia frente a un sistema autocrático con el apoyo popular que resultaba de una crisis nacional. En el otoño de 1965, Mitterrand es aceptado como candidato de la izquierda, aceptando el apoyo de un Partido Comunista con el que no ha negociado, pero al que tampoco excluye, signo

de renovación de los tiempos. Expresión de un antigaullismo moderado, el dirigente del MRP Jean Lecanuet se presenta como el candidato que puede reunir esa masa central de la opinión a la que Giscard d'Estaign reclamará su apoyo una década más tarde. El centrismo y la izquierda van por separado, pero han sido capaces de reunir sus diversas opciones en torno a sus candidatos. Ambos tienen, además, la ventaja de una juventud que mezclan con la experiencia. Dos hombres en la década de los cuarenta se enfrentan, tras haber prestado servicios en la administración del país, a un personaje que ha entrado en la decadencia física, que se encuentra en la edad propia de la jubilación. En los años que habrán de exaltar el valor de la juventud como pocas lo han hecho, un De Gaulle septuagenario solo puede imponerse explotando el sentimiento de orfandad política que pueden tener millones de franceses tras los tiempos difíciles vividos. Su imagen puede señalar hacia el futuro, pero resulta imposible que pueda compartirlo. Los resultados de la primera vuelta muestran la solidez de esa legitimidad adquirida como el gestor de las grandes crisis hexagonales: un 43,7 por ciento de los electores le dan su apoyo, aunque los sondeos de comienzos de otoño predecían una victoria aplastante, que habría ridiculizado a sus opositores. El viejo general es condenado a la humillación del *ballotage* en la única ocasión en que se enfrenta al voto directo de los franceses. Mitterrand consigue convencer a una tercera parte de los electores, y Lecanuet queda por debajo de sus expectativas, con el 15,8 por ciento. El bochorno del candidato de la extrema derecha, Tixier-Vignancour, con menos de un 6 por ciento de los votos, se sitúa incluso por debajo de los sufragios en contra de los acuerdos de Evian y ni siquiera es capaz de hacer un pleno en los partidarios de la Argelia francesa de última hora. La capacidad de atracción del gaullismo es asfixiante, porque Tixier-Vignancour había procurado salirse del territorio más duro de sus apoyos, creyéndolos asegurados, y había tratado de aprovechar la crisis de los viejos sectores moderados. La tesis de esa ocupación de espacios queda corroborada a tan escasa distancia de los acontecimientos de Argelia, y en la primera ocasión en que la opinión contraria a la salida dada al problema había podido expresar su rechazo al general. En la segunda vuelta, los votos de De Gaulle traspasan cómodamente la barrera de la mayoría absoluta,

pero están lejos de constituir una derrota humillante para Mitterrand, que logra un apoyo superior al conseguido por el general en la primera vuelta. Sin que se advierta de una forma tan clara en aquellos momentos, la elección a través del mecanismo de elección del presidente por sufragio universal directo —en lugar de continuar cediéndolo a una Asamblea que habría dado un apoyo masivo a De Gaulle— permite proclamar que el rey está desnudo: y señalar, además, a quién está ataviándose en el vestuario de un futuro inmediato. La humillación de De Gaulle ha sido la certificación que Mitterrand necesitaba para convertirse en una esperanza aplazada de la izquierda: a partir de ahora, medirá su tiempo de forma magistral, sin apresurarse en 1969 y sin ceder espacio propio en la necesaria fuerza de alianzas que debe conducirle al Elíseo algún día.

El triunfo electoral del gaullismo habrá de convalidarse, a ojos de los colaboradores del general, con el reforzamiento de su instrumento político, dado que el mero caudillaje del hombre del 18 de junio ha quedado en suspenso. La insistencia de Pompidou en consolidar un verdadero partido, que se convertirá en Unión de Demócratas por la V República, no podrá evitar el carácter anómalo de una formación a la que el caudillo quiere seguir impregnando de un tono cesarista, pero logrará fijar la disciplina en torno a una política y no solo en torno a una persona. De ahí que, en las elecciones legislativas de 1967, que deben señalar la consistencia del poder gaullista, el jefe de Gobierno no permita que el ambicioso ex ministro de Finanzas, Giscard d’Estaing, establezca un contrapoder a través de su grupo de republicanos independientes. En enero del mismo año en que deben realizarse los comicios, Giscard ha planteado su famoso «Sí, pero» a la política del general: a sabiendas de que no puede vivir si no es a la sombra de un gaullismo todavía en flor, Giscard se apresurará a matizar su adversativa, convirtiéndola en una especie de complemento circunstancial. La querella muestra, sin embargo, que algo se mueve en un campo antes monolítico, engendrando lentamente las condiciones de un reparto sectorial de la derecha más ajustado a la realidad constante del país que a sus condiciones excepcionales. En marzo de 1967, las elecciones corroboran una mayoría absoluta de la mayoría agrupada en torno a De Gaulle, aunque también señalan una pérdida de diputados, al haberse alterado las

preferencias en la segunda vuelta. La Federación de la Izquierda Democrática y Socialista, que ya encabeza Mitterrand, agrupando a radicales y socialdemócratas, alcanza 121 diputados frente a los 200 de la Unión por la V República, mientras los comunistas consiguen, gracias al apoyo mutuo en la segunda vuelta de la FGDS, doblar su representación. El centro opuesto al gaullismo prosigue su caída hacia la nada, como lo hace una extrema derecha que ni siquiera alcanza el 1 por ciento de los votos en la primera vuelta.

En vísperas del mayo que conmoverá al mundo, el poder del gaullismo parece consolidarse institucionalmente, aunque muestra también las brechas que se abren en su interior y los espacios que son lentamente recuperados por la oposición de la izquierda. Los casi diez millones de votos que suman los candidatos comunistas, socialistas y de extrema izquierda compensan los ocho millones y medio de votos que han ido a parar a los representantes del «Comité de Acción por la V República». El gobierno es salvado por la decisión de los electores centristas en la segunda vuelta, que prefieren elegir a los candidatos gaullistas donde el opositor de la izquierda es un comunista. Los tres millones de sufragios centristas, además de elegir a una cuarentena de diputados en el segundo turno, proporcionan al bloque gaullista una mayoría de parlamentarios que no se corresponde con exactitud a la fuerza social del movimiento. Con todo, su potencia habrá de expresarse, una vez más, cuando vuelva a abatirse sobre el país una de esas crisis nacionales en las que el general se encuentra a veces a gusto, a veces a salvo. Mayo del 68 prolongará la vida del gaullismo más allá de De Gaulle: pero se tratará del gesto enérgico de una agonía que puede confundirse con la firmeza de una recuperación. El gaullismo solamente parece sentirse cómodo en las situaciones de deformación atmosférica que provocan las humaredas de los disturbios o el desorden moral de las posguerras. Cuando la niebla se disipe, la cultura republicana exige vivir de otra manera, menos leal a las condiciones de emergencia y más fiel a las pulsaciones de un organismo normalizado.

En la década de los sesenta, el gaullismo va a sostener una transformación rotunda de la sociedad francesa: de sus formas de producción, de su ritmo de crecimiento, del peso de cada sector, de su

cultura de consumo, de su relación con el exterior. Cambios en la economía cuya contundencia y velocidad se observan más allá de los archivos burocráticos, para pasar a constituirse en experiencia social. Los franceses son conscientes de una transformación que no opera como simple crecimiento, sino que está moldeando lo que en otros lugares se ha denominado un «milagro económico». La percusión de esta palabra resuella junto a los ejemplos concretos de un progreso visible, que se acompaña de hábitos nuevos, de la voluntad de quebrantar los perfiles de una cultura anticuada. Exhibiéndose a la percepción de los ciudadanos como una atmósfera de modernización social, que se experimenta individualmente y se conoce como episodio genérico, el cambio es una *representación* cultural a través de la que los franceses comprenden su existencia y proponen impulsos, resistencias o adaptaciones. Pero el cambio comienza en la tensión productiva del país, cuyo ritmo de crecimiento supera al de sus vecinos, alcanzando una media anual próxima al 6 por ciento. Heredada de la expansión de la IV República, que se frenó con el desastre argelino, esta tendencia es capaz de volver a unirse con los crecimientos constantes de los países del área del Mercado Común, evitando incluso las contracciones que sufre la Alemania Federal a mediados de la década. La inmensa trama de recursos estatales que el régimen ha heredado de las nacionalizaciones realizadas en 1945-1947 le ofrece una plataforma de acción que habrá de destinar a implantar una cultura de la competencia, de la apertura al exterior, de la concentración financiera e industrial, del desarrollo del sector de servicios y de los ajustes en la economía campesina para hacer socialmente tolerable la pérdida de su poder relativo. El crecimiento, provocado por un aumento de consumo intenso —que sustituye la cultura del ahorro por la cultura del gasto rápido y la compra a crédito—, produce transformaciones estructurales siempre llenas de un potencial negativo: las fusiones industriales eliminan pequeñas empresas del sector textil; la exigencia de una mayor eficiencia a la agricultura se expresa en pérdidas de población y estímulo de las grandes explotaciones; el crecimiento urbano comienza a crear un desorden que rompe los equilibrios en las ciudades, aumenta los precios de los alquileres, condena a la marginación en la vivienda, edifica arrabales donde las condiciones de vida van originando un

resentimiento más grave por el culto al consumo y la visión de la opulencia. Estos desequilibrios, que acompañan una modernización voluminosa, podrían haberse convertido —como lo hará más tarde— en el recurso social para una movilización populista, que saliera en defensa de la «Francia de los pequeños», a la manera del poujadismo. La extrema derecha, enzarzada en las querellas de pequeños grupos que se disputan ridículos liderazgos, es incapaz de captar los espacios sociales que se van abriendo bajo los pies del régimen, y que acabarán determinando la irrupción de un movimiento nacional-populista como el Frente Nacional, cuyas quejas se apoyan en buena parte de los elementos que han ido gestándose en este tiempo. No obstante, la crisis sectorial se vive en unos términos de experiencia fragmentaria que no permite articular un movimiento de resistencia para el que, por otro lado, la oposición de izquierdas parece tener más respuestas. Solo cuando Mitterrand haya hecho la prueba del poder, abrirá un nuevo vacío que podrá orientar a millones de personas hacia Le Pen. De momento, la construcción cultural no ha perfilado la experiencia social en esos términos. La representación ideológica, las aspiraciones y los descontentos no se manifiestan en una nueva movilización populista. La virginidad de la nueva izquierda permite sostener la esperanza en otra orilla, mientras que el impacto espectacular del crecimiento, el consumo de masas, las facilidades de las grandes superficies, la impresión de grandeza económica que proporciona el régimen amortigua el descontento, aunque pueda sostener, como lo hará en mayo del 68, la sublevación de una sociedad opulenta, pero insatisfecha.[69]

Al llegar a esa crisis, el régimen gaullista no es tanto un nacionalismo populista como un nacionalismo tecnocrático. No se apoya en la resistencia al cambio de los pequeños, sino que los fascina con un crecimiento que les rodea, que les asedia, que les salpica haciéndoles participar como si estuvieran bañándose en él. Mientras De Gaulle multiplica sus gestos de *grandeur* y de independencia nacional, aproximándose a los países árabes y a la URSS, denunciando a Israel en la guerra de los Seis Días, provocando a Estados Unidos con una política militar que pone en peligro a la OTAN, tales actuaciones tienen, junto al calor de una convicción, la astucia de un riesgo calculado. El crecimiento económico, compartido con los otros

países del área, tiene que ser *vivido* por los franceses como un incremento visible de su autoridad política y militar en el mundo, que incluye salir de instancias en las que Francia no ostenta su autoridad o convertirse en una potencia nuclear. Posiblemente, De Gaulle sea recordado más por esos temas que por el inmenso crecimiento económico y los ajustes de estructura que su gobierno proporciona a Francia. Pero, siendo prisionero de su misma concepción simbólica del poder, sabe que la política, la política con mayúsculas, sigue siendo la que se refiere a la Defensa y los Asuntos Exteriores. La administración se deja a sus ayudantes, que no pueden evitar dar un respingo ante algunos gestos excesivos del general, como el famoso grito en favor del Quebec libre lanzado en julio de 1967, que hace que Giscard se refiera a los riesgos de la «soledad del poder». El nacionalismo de gran potencia se superpone, así, a una tecnocracia que no se preocupa demasiado por el huevo de la serpiente de los desequilibrios sociales, cuyo camuflaje bajo una cáscara inmaculada de consumismo no puede esconder, a corto plazo, la presencia de una inflación devastadora; y, a no excesiva distancia, el desarraigo de sectores sociales superfluos. La conversión del gaullismo en nacional-tecnocracia irá abandonando al nacional-populismo el espacio que hasta entonces no ha querido proporcionarle. Cuando la operación se perciba a fondo, el escenario habrá quedado dispuesto para que irrumpa un actor cuyo papel ha sido interpretado por otros.

La gran movilización de mayo del 68 expresa las contradicciones de este crecimiento, pero lo hace de una forma múltiple, no siempre tan radical como se dice, no siempre tan inspirada hacia una reivindicación colectiva, no siempre más transformadora cuanto más se aleja de las fábricas y se acerca a las universidades. A lo largo de los sesenta, y mientras Francia se despoja de la crisis moral argelina, la cultura llega a *configurar* los rasgos de una ruptura con los arquetipos ideológicos de los años cincuenta. Es usual ver en las movilizaciones de mayo el cumplimiento de un nuevo humanismo, de una amplia aspiración colectiva que se enfrenta a una sociedad cuya opulencia no ha evitado la masificación alienada, la desintegración del individuo, la pérdida de la conciencia. Las exigencias señalan a una robotización de los tiempos modernos ya caricaturizada por Chaplin, a la vida de insecto de las cadenas de montaje, al ocio abandonado

por su sentido. La sublevación se inspira en la lucha contra un autoritarismo disfrazado de valores estadísticos, de ritmos implacables de producción, de valores sumidos en la competitividad y la eficiencia, de un tiempo «libre» desertizado y mercantilizado, que se anega en las exigencias de un consumo teledirigido. ¿Se trata de eso, en el fondo? Desde luego, ahí se encuentran algunas de las cuestiones vitales planteadas, anticipaciones de considerable madurez analítica junto a meras nostalgias superficialmente actualizadas. Michel Winock, en su crónica de los intelectuales en el siglo XX, señala capítulos que suelen permanecer en silencio:

> Teilhardismo, estructuralismo, *nouveau roman*… ¿Qué tienen en común estos tres fenómenos? Su contemporaneidad hecha sentido, a pesar de su heterogeneidad. El hombre-individuo, el hombre consciente y que actúa ya no está en el centro. El teilhardismo lo atomiza en el seno de una historia cósmica; el estructuralismo anuncia la muerte del Hombre después de la de Dios; el *nouveau roman* deja el sujeto al margen. Las convergencias son confusas y sus autores se habrían opuesto a esta asimilación. Ello no la impide: la historia, el acontecimiento, el sujeto han quedado desacralizados.[70]

Ciertamente, el estructuralismo ha colocado en el centro de sus preocupaciones algo que podría fascinar a la nueva tecnocracia: los hechos solo existen como relaciones, sin que importe su genealogía. El tiempo deja de ser una variable de importancia para convertirse en un lugar único donde se da una combinación de fuerzas. La simplificación no sería aceptada tan fácilmente por sus defensores, pero la ofensiva se canaliza precisamente contra los excesos del humanismo. Incluso el marxismo asiste a ese desafío desde sus propias filas, cuando Althusser, uno de los filósofos más influyentes del área comunista en los años centrales de la década, publique *Pour Marx* (1965): en su debate con un Gramsci que no puede responderle, Althusser señala: «el marxismo no es un humanismo», con la misma energía con que Heidegger había respondido a Sartre que el existencialismo tampoco lo era. En su crítica feroz a la cultura del 68, Luc Ferry y Alain Renaut han tratado de diseccionar una cultura académica francesa formada por un encuentro heterogéneo que reúne el éxito de Foucault, Derrida, Bourdieu y Lacan en la exaltación de una nacionalización de Nietzsche, Heidegger, Marx o Freud, constituyendo el mayor asalto a la tradición

humanista que ha conocido Francia en la segunda mitad el siglo XX. La reivindicación del individuo, que puede presentarse en una apariencia liberadora, tiene solo una *escenificación* colectiva, pero reniega de lo público en la profundidad de ese término, en su vinculación con el humanismo. Pues la lucha contra la autoridad, la autoafirmación, el derecho total a la expresión no son solidarias, sino autónomas, celosamente protectoras del ámbito personal, aunque *teatralmente* se expongan en una apariencia de diálogo que es, siempre, una *declaración*, una especie de gestualidad con forma verbal que no quiere comunicar más que la afirmación de un espacio propio.[71] Las grandes reuniones del Odéon se ven, de esta forma, como lugares en los que importa menos el debate, el afán colectivo, la construcción solidaria, que la sensación de poder, de liberación de la voluntad individual, el gusto por la expresión abierta de uno mismo. Castoriadis criticará duramente una interpretación tan parcial, que olvida las propuestas de carácter socialista realizadas por los sectores de tradición comunista en el movimiento estudiantil.[72] Pero Ferry y Renaut no andan muy desencaminados al señalar a los maestros de una generación, que podrá pasar con cierta alegría a otras formas de individualismo. En el placer por la violencia, en la impune destrucción de los «signos de la alienación», en una crítica a la masificación que se rige contradictoriamente mediante encuentros de masas unánimes, Ferry y Renaut pueden hallar disturbios del conocimiento de una juventud que rechaza la democracia porque no ha conocido el fascismo. Los intentos de renovación de la izquierda en un discurso radical se expresan por vías paradójicas, como puede ser la fascinación por el maoísmo o el trotskismo, formas de encuadramiento de *otra* ortodoxia que confunde la oxigenación del marxismo con su oxidación. Ese efecto indeseable de la intemperie política no tardará en desvanecerse, en los diversos callejones sin salida a los que se conduce la movilización, y en su rápido metabolismo, que le permitirá saltar a las fórmulas más conspicuas de la socialdemocracia una década más tarde.

Sea cual sea el *juicio* que pueda hacerse sobre el carácter del movimiento estudiantil, la revuelta de mayo viene a completar ese proceso de modernización experimentado en los sesenta, proponiendo la caducidad de los mecanismos políticos que se han construido en la inmediata

posguerra y advirtiendo de ciertos excesos ideológicos que han confundido el compromiso con la historia con el abandono del individuo. La protesta de Ferry y Renaut sobre el individualismo antihumanista que inspira el movimiento contiene elementos certeros: critica las pautas heroicas de una opción más nietzschiana que socialista; denuncia la liberación de los instintos reprimidos propuesta por la versión francesa del pensamiento freudiano; plantea que el discurso contra la autoridad contiene, tras su apariencia emancipadora, un cierto «pesimismo de la dominación» solo superable fuera de los esquemas de relaciones sociales. Sin embargo, la cultura del 68 tiene, junto a factores de una nostalgia deformadora del pasado revolucionario del proletariado —que se convierte en acusaciones feroces contra el Partido Comunista y la CGT—, la anticipación de nuevas áreas de definición de la política que corresponderán a una sociedad que lucha por lo que ha venido llamándose la *calidad de vida*, toda vez que el crecimiento económico con apariencia de eternidad parece asegurar los ámbitos tradicionales de combate. La crítica a una determinada concepción del progreso histórico, a la limitación de la libertad individual, a la alienación, a la destrucción medioambiental, a la subordinación de la mujer, a la explotación de pueblos del Tercer Mundo, a la pérdida de significado de la propia existencia, a la anomia urbana y la licuación de las reglas de convivencia, a la sensación de abandono y la angustia por la soledad en un mundo de competencia: todos estos objetivos de denuncia son esbozos que podrá alimentar los análisis para medir la insatisfacción de los últimos tramos del siglo. Estas insatisfacciones no excluirán la búsqueda de identidades renovadas, de comunitarismos solidarios que devuelvan la seguridad perdida en los procesos de rápida fragmentación social. Si el 68 ve en las grandes concentraciones urbanas y las cadenas de producción un elemento de pérdida de posición individual, de falta de control sobre la propia vida y el propio trabajo, las condiciones de finales de siglo proporcionarán la demanda de movimientos que restauren la autoridad, la comunidad y la identidad como elementos determinantes de un *orden* donde la existencia de cada uno adquiera significado a través de la defensa radical de la comunidad diferenciada, del organismo del que se forma parte.

Este discurso podía haber proporcionado una presencia a la extrema derecha en 1968, permitiéndole averiguar espacios que los sectores más conformistas del gaullismo no podían ocupar, precisamente por ser el *poder vigente*. Para hacerlo, la extrema derecha tenía que haber actuado con la audacia de un neofascismo que hallara algunas de las virtudes originales del movimiento, siendo capaz de devolverle credibilidad rebelde. En algunos lugares, como en la Universidad de Roma, los estudiantes neofascistas tuvieron el coraje y la habilidad para proponer un área de lucha transversal, generacional, que enfrentara al conjunto de movimientos antisistémicos con las instituciones. En el caso francés, en cambio, la extrema derecha solamente se preocupó por hacer frente a la izquierda estudiantil, vinculándose a los aspectos más reaccionarios de su conducta, especialmente la intervención armada contra los manifestantes. La crisis proporcionaba a los grupos presuntamente «nacionalistas revolucionarios» la posibilidad de demostrar este carácter, apartándose de cualquier actitud que pudiera confundirse con una defensa del sistema. Podían haber señalado la equivalencia entre las distintas fuerzas políticas parlamentarias y haber planteado su discrepancia con la extrema izquierda en el terreno de las referencias ideológicas, donde no les habría resultado difícil encontrar algunos elementos contradictorios evidentes, como el estalinismo de la Izquierda Proletaria, defensora de una potencia como China, o la defensa de la legitimidad de la URSS por los militantes del trotskismo. En su búsqueda de una Tercera Vía, podían haberse presentado con una coherencia que denunciara no solo los dos bloques sino las dos ideologías dominantes. No es que fuera una opción idealmente apropiada: es que cualquier otra los colocaba al margen de los acontecimientos, cediendo la influencia a aquella fuerza política que estuviera en verdaderas condiciones de restablecer el orden. La extrema derecha podía haberse permitido la ambigüedad de denunciar el sistema y atacar a los violentos si hubiera tenido capacidad de negociar con la mayoría gubernamental: en caso contrario, solamente podía fundar sus esperanzas en la incapacidad del régimen para gestionar la crisis y en la creación de las condiciones de una alarma nacional. Las condiciones en que se movía la extrema derecha francesa tras el castigo argelino pueden justificar su parálisis. Pero, en buena medida, su distanciamiento de los

estudiantes rebeldes se agravó por otro error de estrategia que ya se ha comentado: tampoco se disponía de un trabajo sistemático hecho entre los «perdedores de la modernización», base sobre la que los neofascistas alemanes habían conseguido establecer una poderosa corriente electoral desde mediados de la década, que llevaría a los éxitos del Partido Nacional Demócrata.[73] Sin trabajo alguno en las pequeñas empresas, en los lugares de vivienda precaria, en las nuevas aglomeraciones urbanas, en la desesperación que podía adueñarse de pequeños comerciantes hundidos por las grandes superficies que empiezan a instalarse en 1963, con el *Carrefour* parisiense de Marcel Fournier, la extrema derecha abandonaba todos los frentes salvo aquellos en los que poca cosa podía obtenerse, como ya veremos: la opción electoral vichista, la elaboración doctrinal nacionalista-europea y la violencia parapolicial.

El movimiento de mayo vino a romper los equilibrios del régimen gaullista mostrando, al mismo tiempo, el éxito económico del sistema. Pues las reivindicaciones estudiantiles iniciadas en Nanterre obedecían a una masificación de la enseñanza superior proporcionada por una nueva promoción social, que había obligado a crear centros satélites que compensaran la sobrecarga de la Sorbona. Las alternativas pedagógicas de los estudiantes procedían de una sociedad educada en libertad, que era capaz de exigir un mayor sentido de *realización* personal y la destrucción de los mecanismos autoritarios de transmisión del saber. A esta lucha estudiantil, que llegaría a su apogeo en la célebre noche de las barricadas el 11 de mayo, seguiría una movilización sindical, impulsada por los elementos más jóvenes del sindicalismo socialista, en especial los vinculados al PSU, y por la conciencia comunista de la imposibilidad de mantenerse al margen de una situación crítica, que parecía volver a las jornadas de lucha de 1947. Las reivindicaciones obreras eran también el resultado de la modernización que había llevado adelante el régimen: podían referirse a los problemas de la inflación, desarrollada por el alto consumo de aquellos años, en especial en el campo de la CGT; o podía hacer referencia a la autogestión, como resultado del proceso de automatización y concentración empresarial, como habría de propugnarlo la CFDT. Si la movilización estudiantil podía controlarse, la huelga

generalizada a partir del 13 de mayo resultó necesariamente negociable. De Gaulle quedó totalmente desbordado, pero Pompidou fue capaz de dividir las opciones sindicales negociando lo que mejor podía asumirse: los salarios. Los acuerdos de Grénelle plantean un aumento del 35 por ciento del salario mínimo y un incremento del 10 por ciento de todos los salarios. En las cuestiones relativas al poder empresarial, sin embargo, no hay concesiones. Pompidou es consciente de arrojar más inflación sobre la inflación, pero está obsesionado por evitar una crisis política que dé la imagen de un poder incapaz de negociar. Incluso a ojos de los sectores de la «mayoría silenciosa», el fracaso de los acuerdos solo puede ir seguido de la disposición del régimen a entender las razones que hay tras una movilización demasiado extensa para ser una simple maniobra subversiva.

Naturalmente, la izquierda trata de convertir el proceso en la caída del régimen, pero sus desacuerdos son demasiado intensos: la izquierda más radical, incluyendo al PSU, excluye al Partido Comunista y a la CGT de su mitin en Charléty. El Partido Socialista Unificado está dispuesto a sacrificar la unidad de la izquierda para lograr ser *el* partido del mayo francés, saliendo de su posición testimonial para adquirir la relevancia proporcionada por una crisis que le adjudica su autoría o su representación. La FGDS de Mitterrand se limita a señalar el vacío del poder, pero no puede ofrecer una alternativa si no existen las fuerzas que lo ocupen. ¿Cuál podía ser una estrategia que disolviera la V República que acababa de ser refrendada por una mayoría de los franceses en unas elecciones, sin dar la impresión de proceder como en 1958, pero en sentido político inverso? Por su lado, De Gaulle pierde los nervios y, sin informar a Pompidou, marcha a ver al general Massu a Baden-Baden, para considerar la posibilidad del uso de la fuerza. La imagen de los tanques preparados para ir hacia París llega a circular en el huecograbado de algunos periódicos. La torpeza de De Gaulle es obvia, cuando el país parece recordar que el poder del general ha de sostenerse mediante un «pronunciamiento» militar relativamente ajeno, como el del 13 de mayo, o mediante la amenaza de una intervención requerida por un gobierno desbordado que no contempla su dimisión. La furia de Pompidou, que debe hacer frente a solas a las preguntas de los periodistas, es comprensible. Sin embargo, el astuto primer ministro está en

condiciones de convencer a De Gaulle de que tome las riendas de la situación haciendo un llamamiento a esa mayoría silenciosa que espera una señal cívica, no un golpe militar no solicitado. El 30 de mayo, tras una de sus intervenciones radiofónicas magistrales, que hace apelación al honor de una República desafiada por sus enemigos y a la voluntad de mantener en su cargo al primer ministro, el gaullismo reúne a unos cuatrocientos mil ciudadanos que desfilan en los Campos Elíseos. Como indicó el dirigente neofascista Duprat, buena parte de lo que debería ser la base social de la extrema derecha se encontraba allí, defendiendo la solidez y la continuidad del régimen frente a la amenaza de la subversión. El De Gaulle de las catástrofes hexagonales había hecho de nuevo su aparición. Por última vez. Pompidou no tuvo más que quitarle de la cabeza la idea de un referéndum sobre su persona —que habría supuesto la deslegitimación del presidente por el movimiento estudiantil y obrero, además de hacer correr el riesgo de un resultado que, si no era aplastante, sería poco propicio— aconsejándole la disolución de la Asamblea para aprovechar la oleada de simpatía y barrer a la izquierda. Curiosamente, algunos de los dirigentes creyeron que, un mes después de las movilizaciones de mayo, la población castigaría al gobierno y se pondría del lado de los agitadores. Los resultados fueron espectaculares: el gaullismo, que se presentaba con su nuevo y significativo nombre de Unión para la Defensa de la República, saltó hasta pasar los diez millones de votos, un 46 por ciento de los electores, resultado nunca alcanzado hasta entonces por una sola fuerza política. Los comunistas fueron castigados por su izquierda y perdieron más de medio millón de votos, una cifra similar a la que perdió la alianza de socialistas y radicales. El PSU que, teóricamente, había de disfrutar de un apoyo masivo de los trabajadores y estudiantes movilizados, tuvo que contentarse con menos de un millón de votos, que suponía un 4 por ciento de los electores. La extrema derecha, naturalmente, no llegó al 0,5 por ciento de los votos. El éxito se vio incrementado en la segunda vuelta, que decidía la distribución de la mayor parte de los escaños: 354 del bloque gaullista-republicanos independientes, 91 para la suma de socialistas y comunistas. La manifestación del 30 de mayo había indicado hasta qué punto el régimen había adquirido consistencia gracias a una etapa de esplendor económico

cuyas contradicciones íntimas solo saldrían a la luz diez años más tarde: o, por lo menos, solo entonces hallaron intérpretes adecuados.[74] La Francia del cambio, de la modernización, del ingreso en Europa manteniendo una celosa independencia, del orden social que permitiera aprovechar la expansión, había respondido a quienes habían tratado de exponer su crítica a los desequilibrios en forma de una revolución. El cambio, cuando se presentara, habría de hacerse a través de una «fuerza tranquila».[75]

Si las elecciones habían cerrado el paso a una especie de golpe de Estado institucional, dando su apoyo al régimen del milagro económico, las cosas no tenían este cariz para continuar entregando la autoridad a quien había flaqueado durante unas horas de crisis, creando un ambiente de incertidumbre que se compensó con la explosión del día 30. Los desacuerdos en el seno del gaullismo eran, además, definitivos: mientras Giscard había decidido alejarse claramente del presidente De Gaulle, aspirando a agrupar a sectores moderados que empujaran el país hacia una liberalización más completa, el propio Georges Pompidou se vio despojado de un cargo que las movilizaciones no podían haberle podido arrebatar. Su sustitución por Maurice Couve de Murville después de seis años de gobierno y una crisis de aquellas características le hicieron preparar el relevo del presidente. La política económica alentada por éste, que excluyó aspectos tan necesarios como una devaluación, simplemente por un tema de prestigio, convencieron a los tecnócratas de la mayoría de la conveniencia de ir completando el giro del movimiento hacia un liberalismo conservador, que fuera rompiendo con sus lastres paternalistas y con el excesivo intervencionismo del Estado, de la misma forma que había que ir pensando en modificar una política exterior demasiado obsesionada en los símbolos de una independencia que podían quebrar la confianza de los aliados. De hecho, el propio De Gaulle cayó en la trampa de un plebiscito aplazado, hecho en las peores circunstancias, al realizar un referéndum que suponía la práctica liquidación de los poderes del Senado y el ataque a los poderes locales instituidos, mediante una propuesta de descentralización. Mal comprendida, defendida con escaso entusiasmo, la propuesta fue derrotada por un pueblo que olfateó las disensiones del régimen y el agotamiento político de su máximo dirigente. En 1969, Francia dio a De Gaulle el «no»

que se había resistido a propinarle un año antes. Esta vez, doce millones de franceses frente a diez le negaron su apoyo: al día siguiente, 28 de abril, De Gaulle comunicaba su dimisión y volvía a encerrarse en Colombey, para no ser noticia hasta su muerte un año más tarde. La impresión de fin de época fue desdramatizada por la continuidad: Pompidou presentará su candidatura a las presidenciales, reuniendo desde la primera vuelta el voto del bloque gaullista-giscardiano. Frente a él no se encuentra el candidato que llevó a De Gaulle al *ballotage*: Mitterrand ya no encabeza la FGDS, disuelta tras el fracaso de las elecciones de 1968. Pompidou encuentra la cómoda circunstancia de un candidato comunista, un socialista, un centrista y representantes de la extrema izquierda como Rocard o Krivine. La segunda vuelta, que enfrenta a Pompidou contra el presidente del Senado, el centrista Poher, alcanza el récord de abstención en el país. Por primera vez en la V República —la segunda será en las elecciones presidenciales del 2002—, la izquierda no está presente en la segunda vuelta. La atonía del electorado, tras haber estado a punto de proporcionar al comunista Duclos su pase al *ballotage*, es explicable.[76]

La extrema derecha había tenido unas condiciones difíciles, aunque no desesperadas tras la guerra de Argelia. Como hemos visto, sus áreas de crecimiento potencial eran angostas, pero no inexistentes. Exigían la paciencia de un análisis de las penalidades del crecimiento económico que permitiera *crear* un proyecto, en lugar de esperar a que surgiera espontáneamente, como ocurrió con Poujade. Cabía, como se ha señalado, una opción rupturista en 1968, ya fuera estableciendo algún tipo de movimiento propio en el marco de la revuelta —que no se contemplara como simple opción de represalia—, ya fuera tomando una posición intermedia, que reconociera la justicia de los sublevados sin aceptar su estrategia. Ser el partido del orden sin más era aceptar la difuminación. Si en 1961-1962 no se supo salir a tiempo del avispero argelino, en 1968 no se supo entrar a tiempo en el parisiense. En los dos casos, lo que había comenzando siendo una parte del movimiento acabó siendo la oposición al mismo. Una oposición que no disponía de territorio de retirada. No existía una base consolidada desde donde equivocarse, no existía un amplio núcleo duro desde el que pudieran superarse los malos tiempos o ejercer travesías

del desierto, como ocurría en Italia, donde siempre hubo un espacio propio que permitió dotar de visibilidad a los representantes del Movimiento Social.

Ciertamente, las circunstancias no eran fáciles, y los integrantes del movimiento salido de la crisis argelina no disponían de una madurez política como la que tendrán los dirigentes del Frente Nacional en los años ochenta. En 1962, Dominique Venner trató de superar las insuficiencias del discurso nacionalista con un texto crucial, que iba a anticipar las rectificaciones realizadas por el movimiento: *Por una crítica positiva.* La crisis argelina había mostrado la *«esterilidad del puro activismo»*; reconociendo el inmenso valor formativo que había tenido la experiencia, ésta había mostrado los límites de un movimiento puramente militarizado. Se trataba de actualizar el discurso nacionalista y superar el ámbito hexagonal para construir un nacionalismo europeo, fundado en la patria común que una civilización constituía, por encima de diferencias ya artificiales. Dominique Venner constituyó un grupo orientado hacia esta renovación del discurso, que trataba de trascender los aspectos nacional-católicos de Vichy para ir en busca de un neopaganismo racista, europeísta, comunitarista. El nuevo socialismo racial conectaba así con las propuestas de una tradición biologista francesa y con la realidad de un movimiento nacional-revolucionario de base cultural que estaba defendiendo las claves de la civilización europea en diversos puntos del planeta. La revista en torno a la cual se reunió en grupo, *Europe Action*, marcaba una modificación de las condiciones del neofascismo francés, que le permitían conectar con algunos sectores avanzados del nuevo extremismo de derecha, especialmente activos en Italia. De igual forma, los futuros planteamientos de la Nueva Derecha procedente del *Manifiesto de la clase 60*, que se organizaría en el Grupo de Estudios e Investigaciones sobre la Civilización Europea (GRECE) en 1968, hallaría en los textos de *Europe Action* las primeras reservas frente al nacionalismo vichista y el avance de una posición «revolucionaria», aunque no tuviera las aspiraciones de transversalidad que llegaría a adquirir el grupo Alain de Benoist. *Europe Action* se publicaría entre 1963 y 1966, y sus posiciones radicales no excluyeron su participación en la campaña electoral en apoyo de Tixier-

Vignancour en 1965. Este dirigente de la Francia de Vichy, orientado hacia los sectores más conservadores del área nacionalista —aquellos a los que Venner denominaba *nationaux*, para distinguirlos de los *nationalistes*—, encontró un apoyo casi unánime entre los antiguos combatientes de Argelia y, en especial, en la figura activa y eficiente de Jean-Marie Le Pen, que se convirtió en su jefe de campaña. La extrema derecha rompió la abulia que había caracterizado su actuación en los procesos electorales de la IV República: organizó los Comités TV, realizó giras del candidato por las playas durante el verano y trató de ofrecer una imagen de agrupación de la oposición nacional en su conjunto. Por primera vez, lo que se presentaba no era una u otra formación del espectro grupuscular del vichismo o el neofascismo. Se ofrecía a los electores la opción de votar a un candidato leal a Vichy, pero dispuesto a tratar como iguales a los resistentes que negaran la rendición en Argelia. Su discurso quería integrar a los radicales de la Colaboración más extremista, pero rogaba la adhesión de quienes vieran en De Gaulle la persona que había traicionado a los patriotas de cualquier signo. Sin demasiada fortuna en sus intervenciones televisivas, sin disponer de un carisma personal considerable, a pesar de sus dotes oratorias, su propaganda unitaria llegó a despistar a todos los sectores aludidos. Esperando obtener una buena posición en la primera vuelta, que le permitiera pasar a la segunda —y, siendo más realista, esperando agrupar en torno a los Comités TV el germen de una estructura política con una base electoral presentable—, su resultado fue inferior a los votos negativos del referéndum de 1962. Sin disponer siquiera del apoyo de quienes se habían negado a aceptar la independencia de Argelia, con un voto reducido a algunos departamentos del sur, aquella elección supuso, además del fin de la carrera política de Tixier —que trató de sobrevivir con un escuálido movimiento propio—, el final de cualquier opción parlamentaria para la extrema derecha en los siguientes veinte años. La derrota militar en Argelia mostraba ahora su dimensión política.

La respuesta al fracaso de la candidatura de Tixier-Vignancour fue la creación, casi inmediatamente, de un nuevo grupo político, que tratara de consolidar los apoyos obtenidos en la intensa campaña realizada. El Movimiento Nacionalista del Progreso (MNP) sería el resultado de esta

operación, destinada a prepararse para el advenimiento de la sociedad posgaullista, pues había quedado de manifiesto que la presencia del general, dado su prestigio y su carácter nacionalista-antidemócrata cubría el espacio que deseaban desarrollar los verdaderos nacionalistas revolucionarios. Las propuestas del movimiento se aproximaron más al nuevo europeísmo biologista radical que al viejo tradicionalismo vichista. Así, cuando sus dirigentes, entre los que se encontraban Jean Mabire, Dominique Venner y Pierre Bousquet, decidieron participar en las legislativas de 1967, lo hicieron con un nombre adecuado a esa opción internacional: *Rassemblement* Europeo de la Libertad, cuyos escasos candidatos obtuvieron unos 30.000 votos.[77] Tras el fracaso, el grupo corrió la misma suerte que casi todos sus antecesores, y se disolvió. Una buena parte de sus integrantes fueron a parar a una organización que se distinguió de las pretensiones teóricas o electoralistas de las anteriores experiencias: el grupo Occidente. Creado en 1964, esta pequeña organización, que compensaba su estrechez con una violencia inaudita, tuvo una gran popularidad en los medios de difusión, que le achacaron prácticamente todas las acciones de la extrema derecha que se produjeron hasta su disolución en 1968. Ciertamente, participó en muchas de ellas, pues su objetivo, definido desde el mismo momento de su fundación, era impedir la actividad de las organizaciones «antipatrióticas»: asaltos a los locales del Partido Comunista, irrupción en actos de solidaridad con Vietnam, boicot de obras de teatro «inmorales», como *Les Paravents* de Jean Genet. La orientación violenta derivaba, según uno de los fundadores y dirigentes del grupo, François Duprat, de la ruptura con Pierre Sidos y Dominique Venner en 1966, que cerraban a los jóvenes activistas los recursos de un discurso complejo, los apoyos para la edición de publicaciones y la tendencia a la participación en la estrategia electoral.[78] El grupo, formado por unos quinientos militantes de entre 18 y 25 años, tuvo su momento glorioso en la movilización de mayo de 1968, cuando actuó como un verdadero grupo parapolicial, sembrando el terror en las asambleas de estudiantes, sin que las autoridades llegaran a ordenar su disolución, considerando que su violencia era fortuita. A pesar de ello, los excesos fueron tan evidentes que, una vez se hubo calmado la situación provocada por las movilizaciones de

mayo, el consejo de ministros decidió la prohibición. El carácter del grupo, más allá de su retórica, puede indicarse por un detalle insólito en la historia de la extrema derecha desde la Liberación: su apoyo a candidaturas de la UDR en las legislativas de junio.

Al llegar la caída de De Gaulle, la extrema derecha francesa había intentado todas las estrategias posibles: la vía electoral unitaria con Tixier, la conspiración en los cuarteles durante la crisis de Argelia, el activismo puro de Occidente, la reflexión teórica de largo alcance de *Europe Action*, la formación de movimientos destinados a encuadrar a los ya convencidos, como el Movimiento Nacionalista del Progreso. Los errores de estrategia han sido ya enumerados, aunque el problema fundamental continuaba residiendo en la demanda social clara, por limitada que fuera, además de la competencia del gaullismo. Lo que necesitaba la extrema derecha era que se modificaran ambas circunstancias: mediante la caída del personaje, primero —cosa que se producía en 1969— y a través de la crisis de un perfil claro del gaullismo como movimiento nacional-populista y su paso *evidente* al área del liberalismo conservador; si la primera condición era la eliminación del competidor, la segunda condición era el cambio de coyuntura, la aparición de una transformación social que se expresara en términos de crisis de larga duración, algo que permitiera a la extrema derecha ocupar un espacio apreciable, coherente con las circunstancias de sectores que la identificaran con sus intereses. Se debía pasar de la nostalgia de Vichy o Argel, de la reivindicación de los vencidos, de las pequeñas áreas de iluminados nacional-revolucionarios, al espacio de la verdadera *actualidad*, tratando de reconstruir una oferta política congruente con la existencia de una *petición social*. De todas formas, ese cambio de circunstancias no serviría de nada si no se disponía de un instrumento adecuado, que fuera capaz de reunir las diversas tradiciones de la extrema derecha, nacionales y nacionalistas, en un movimiento popular de oposición. Este movimiento podía estar dispuesto a realizar una travesía del desierto, pero debía hacerla con un compromiso de fondo: por una vez, mantener la unidad de este sector, acabar con la querella interminable entre jefes de capilla. Se debía establecer un liderazgo sólido y permanente, encarnado en una persona que diera garantías a *todos* los sectores que componían la diversa familia de la

extrema derecha. Para mantener la unidad y el liderazgo, se debía disponer de sólidas esperanzas en un cambio de ciclo, que permitiera retribuir a los adherentes con la construcción de un movimiento influyente, capaz de llegar a las instituciones, a colocar los temas básicos de su programa en la atmósfera pública, a disponer de una capacidad de negociación y de contaminación política. Hasta entonces se había escogido la dispersión. El cambio de coyuntura solamente sería aprovechable si se elegía el camino de un campo gravitatorio heterogéneo, plural, formado por tradiciones diversas, pero que iría adquiriendo coherencia en torno a un caudillo indiscutible y unas siglas destinadas a permanecer. En esa tenacidad debía operar la esperanza. Y en la seguridad de que el territorio de la derecha, como el conjunto de la sociedad francesa, asistirían a cambios de los que la crisis de 1968 solamente habían sido un aviso. Existía una mayoría silenciosa que un día u otro elegiría la opción de la oposición nacional. Se trataba de prepararle un producto adecuado. La fundación de Orden Nuevo, en 1969, tuvo un sentido aún reivindicativo del inmediato pasado de la extrema derecha: no podía ser de otro modo, cuando sus integrantes procedían de los grupos sistemáticamente disueltos, sistemáticamente enfrentados, sistemáticamente desalentados. Sin embargo, poco tiempo después de su fundación, Orden Nuevo señalaba la necesidad de constituir un Frente Nacional que agrupara en una organización-paraguas a los distintos componentes del campo nacional-populista. La cultura del *proceso constituyente* de un *polo nacional* había comenzado a desarrollarse. En pocos meses, justamente cuando estaba a punto de producirse la gran crisis del petróleo que anunciaría el cambio de época y el fin del crecimiento económico, se constituía el Frente Nacional y se designaba a un líder destinado a hacer una fortuna inesperada: el antiguo diputado poujadista, combatiente en Indochina y Argelia, miembro del equipo de campaña de Tixier-Vignancour, Jean-Marie Le Pen.

2. ITALIA: EL OFICIO DE SOBREVIVIR (19431976)

El caballero inexistente. La formación de la República y los inicios del MSI (1943-1953)

La escena es conocida por cualquier espectador de aquel buen cine de la inmediata posguerra, filmado sobre la tierra aún caliente y el paisaje hecho pedazos. De un furgón negro baja un sacerdote, algo aturdido por la luz y por la densidad del espacio vacío. Un compañero de profesión le concede consuelo espiritual mientras avanzan juntos hacia el lugar de ejecución, donde aguarda la silla para realizar el fusilamiento a la manera en que le gustaba hacerlo a los fascistas, con los presos sentados a horcajadas, de espaldas al pelotón. Don Pietro Pellegrini sigue rezando, ya a solas, mientras va preparándose el grupo de soldados italianos que debe fusilarlo. La placidez del rostro de don Pietro tiene algo de confuso, de aceptación exhausta, de doloroso conocimiento, tras las horas de tensión vividas en sus horas de arresto, cuyas circunstancias infames han puesto a prueba su fe. Los ojos negros, gruesos, húmedos, contemplan con extrañeza y una cierta avidez la rectitud fría del aire en las primeras horas de la mañana. Se escucha la vibración de los pájaros que matizan el silencio y la brusquedad metálica de las armas desordenando la quietud pensativa de la atmósfera. El oficial alemán da la orden de hacer fuego. Los que contemplan la escena desde el otro lado de una alambrada lanzan silbidos de desaprobación a los soldados. Avergonzados, los fusiles desvían el tiro. La descarga hace temblar a don Pietro, al que ninguna bala ha alcanzado. Un acto de piedad parece adquirir la vileza de una trampa cruel, tantas veces ejercida en ejecuciones simuladas que deshonran los últimos espasmos de dignidad del condenado. El oficial insulta a los soldados, saca su arma reglamentaria y, sin dudarlo, con la convicción que tienen los gestos inútiles, dispara a la cabeza de don Pietro. El cuerpo del sacerdote se desmorona, con la única violencia del impacto, y queda en una calma completa, como si su

inmovilidad fuera un acto voluntario, atento y minucioso. Todo se ha consumado. Los niños bajan los ojos unos momentos, antes de retirarse del lugar del sacrificio. La cámara les sigue durante algunos instantes. A lo lejos, Roma se extiende como un paisaje moral que soporta el espanto del crimen. Roma se despliega, compacta, unánime, interceptada por la impresión grumosa y sucia del aire. La música de Renzo Rossellini crece con una ternura solemne, algo crispada, que parece querer devolver la palabra a la ciudad cautiva. La última escena de *Roma, città aperta*, se proyecta sobre una agonía y sobre la esperanza de los niños que sobreviven, tras haber asistido al horror. La corpulencia de la ciudad tendida al fondo parece mantener un ámbito de continuidad. Roberto Rossellini y Sergio Amidei quisieron transmitir toda la dureza de la contienda, su náusea, sus contradicciones, sus signos de impotencia, como el de los soldados incapaces de sublevarse contra el oficial alemán. Pero ese signo final de algo que perduraba, inexpugnable, tras la experiencia que había de cicatrizar con lentitud. Los niños, los huérfanos, los espectadores de la miseria o el valor de sus padres, de sus banales nostalgias de normalidad o su ansiosa búsqueda de la supervivencia, donde el deseo de seguir existiendo puede adquirir la estatura de la cobardía o de la vergüenza. El rostro de los soldados italianos dedicados a las tareas de represión de la Resistencia contiene esa expresión de pérdida del propio valor, de renuncia desolada, de corazón vacío. En los arrabales de una Roma recién liberada, Rossellini ha filmado la profunda intimidad moral de la posguerra.

Con frecuencia, los textos que recuerdan la llegada de la paz, el regreso de los prisioneros, la memoria de los caídos, nos transmiten las dificultades de volver a levantar un territorio de dignidad sobre los escombros de una cultura. Los senderos de gloria de la guerra de liberación no conducen a la muerte: llevan a una penetrante y obcecada interrogación, que se refiere al carácter de la supervivencia. El viaje sentimental del protagonista de *La luna y las fogatas*, que vuelve a su pueblo desde una mítica América, no es solo un intento de escapar del envejecimiento, sino la avidez por recuperar una identidad en los lugares de la infancia, un punto de pertenencia, una relación orgánica con la historia de todos, aunque se transforme en la soledad que enfrenta a un individuo con su regreso al hogar. Cesare Pavese

no evita, al comentar la aparición de dos cadáveres de soldados de Saló muertos por los partisanos, recoger las quejas de los campesinos conservadores, influidos por un tradicionalismo acentuado por los conflictos profundos de la sociedad:

> Empezaron el médico, el cajero, los tres o cuatro deportistas que tomaban el vermut en el bar, a hablar escandalizados, a preguntarse cuántos pobres italianos que habían cumplido con su deber habían sido bárbaramente asesinados por los rojos. Porque, decían en voz baja en la plaza, son los rojos los que disparan a la nuca sin proceso. El párroco, vestido de gala, con las gafas relucientes, hizo el sermón en los escalones de la iglesia. Dijo que todos los tiempos habían sido diabólicos, que las almas corrían peligro. Que se había vertido demasiada sangre y demasiados jóvenes escuchaban aún la palabra del odio. Que la patria, la familia, la religión, estaban amenazadas. El rojo, el hermoso color de los mártires, se había convertido en la enseña del Anticristo.[1]

Este texto, uno de los últimos de Pavese, escrito tras la dura campaña electoral de 1948 y la movilización que le sigue, es algo más que un alegato político. Junto a las viejas historias de amor mezcladas con los horrores de la guerra civil; junto a los muertos de sepultura precaria que la sombra devuelve a la superficie, el texto desentierra la angustia de una sociedad que ha conocido una catástrofe nacional, un exilio moral que la hace irreconocible y donde el viajero trata de orientarse, trata de recuperar la familiaridad pacífica de los viejos espacios. Es posible que tenga razón el don Benedetto de *Vino y pan*, a quien Ignazio Silone hace decir: «Lo que le falta a nuestro país no es el espíritu crítico. Lo que le falta es la fe. Los críticos son insatisfechos, gruñones, violentos, incluso héroes en determinadas circunstancias, pero nunca creyentes».[2] La búsqueda de esa zona de convivencia profunda perdida cae como una sombría vacilación sobre los italianos: han tenido que escoger en la crisis del régimen fascista de una forma que tal vez han podido esquivar durante el régimen. Tal vez hayan creído poder vivir junto a una tragedia, inmunes a sus costos políticos gracias a su posición social, como ocurre con los Finzi Contini, los millonarios judíos cuyo destino infame e inconsciente perfila con una sensibilidad exquisita Giorgio Bassani, espectador de su tragedia y de otras que tejen la *Novela de Ferrara*, como la matanza realizada por los fascistas

en 1943. La historia ha llegado a todos, ha penetrado en todos los rincones de Italia, incluso en aquellas zonas que Carlo Levi conoce en su confinamiento político, recordándolo años más tarde como un espacio que se asienta en las afueras de la vida humana propiamente dicha, al margen del desarrollo de los acontecimientos, de las tomas de decisión, de la verdadera existencia de criatura de Dios:

> Nosotros no somos cristianos. Cristo se paró en Éboli. Cristiano quiere decir, en su lenguaje, hombre. Y la frase proverbial que tantas veces he oído repetir, en sus bocas no es acaso nada más que la expresión de un desconsolado complejo de inferioridad. Nosotros debemos someternos al mundo de los cristianos que están más allá del horizonte y soportar su peso y su comparación.[3]

La convivencia de Levi con los campesinos de Gagliano le ofrece la perplejidad de una región anímica apartada del flujo de los hechos, inmóvil en su desesperada forma de sobrevivir, más invisible que indiferente, menos ignorante que temerosa. Quizá la historia pase piadosamente sobre esas tierras sin contaminarlas con sus momentos ásperos, cuando no se ha dignado proporcionarles los tiempos de esperanza. La fractura moral del país, incluso entre quienes se sienten liberados del fascismo, puede verse en las palabras escritas por Natalia Ginzburg. Su marido, Leone, ha sido asesinado en Regina Coeli poco antes de la liberación, tras dejar una huella indeleble entre quienes le conocen, por su energía moral —es uno de los pocos profesores que se niegan a hacer el juramento exigido por el régimen en 1933—, y por una sobriedad que le permite la tolerancia con los menos fuertes.[4] Ginzburg taladrará el aire que respira la Italia de la posguerra con palabras que conmueven y preocupan: para ella, sometida a una deportación sentimental insoportable, la fe es insuficiente y las certezas son inadecuadas, en un tiempo que ha transcurrido en forma de devastación:

> Una vez que se ha padecido, la experiencia del mal ya no se olvida. No nos curaremos nunca de esta guerra. Es inútil. Jamás volveremos a ser gente serena, gente que piensa y estudia, y construye su vida en paz. Mirad lo que han hecho con nosotros. Jamás volveremos a ser gente tranquila. Nosotros no podemos mentir en los libros ni podemos mentir en ninguna de las cosas que hacemos. Acaso sea el único bien que nos ha traído la

> guerra. No mentir y no tolerar que nos mientan los demás. Así somos ahora los jóvenes, así es nuestra generación. Los que son mayores siguen muy enamorados de la mentira, de los velos y de las máscaras con que se cubre la realidad. No comprenden nuestra actitud ante la realidad. Nuestro lenguaje los entristece y los ofende. Nosotros estamos más próximos a las cosas en su sustancia. Cada uno de nosotros se ha ilusionado una vez en su vida con poder dormirse sobre algo, adueñarse de una certeza cualquiera, de una fe cualquiera y darle reposo al cuerpo. Pero todas las certezas de entonces nos fueron arrancadas y la fe no es nunca algo sobre lo que al fin se pueda conciliar el sueño. Hay un abismo insalvable entre nosotros y las generaciones anteriores. Eran otros tiempos y quizás se estaba bien. Pero nosotros estamos atados a nuestra angustia y, en el fondo, nos sentimos contentos con nuestro destino de hombres.[5]

En Francia, planea —como realidad o como ilusión— la urgencia unánime, la alegría extensa, la «orgía de fraternidad» que sigue a la Ocupación; si allí podíamos poner en duda la solidez de una fortaleza tantas veces hueca, en Italia predomina la ansiedad, el cansancio y la ira. También, claro está, el alivio. Éste se debe menos a la «liberación» de un régimen que a la clausura de las circunstancias del conflicto, que ha dilatado la carnicería en suelo italiano hasta la exasperación. Como en Francia, la liberación llega como el final de las penalidades de la guerra: la muerte, el miedo, el hambre. Sin embargo, las condiciones políticas son diferentes, y ellas marcarán la trayectoria republicana desde los primeros años. Italia, en efecto, no puede crear una cultura que considere la alienación del fascismo. En la realidad del pasado —aunque no siempre en las ficciones del recuerdo — el *ventennio* se constituye como el primer gran impulso de nacionalización de las masas, un proyecto nacional-popular cubierto por un régimen autoritario que supera, junto a los esquemas revolucionarios del socialismo maximalista, la precariedad representativa del liberalismo. El fascismo ha sido un episodio integrante de la cultura del Novecientos, que poco tiene que ver con el paréntesis moral que Benedetto Croce trata de inculcar a sus discípulos. El fascismo italiano ha sido movimiento de rebeldía y, al mismo tiempo, obstáculo a la movilización de amplios espacios sociales, sea el reformismo católico que inspira Sturzo, sea la cautela socialdemócrata de Turati o Treves, sea la intransigencia maximalista de Serrati, sea la fascinación por el bolchevismo de Bordiga o de Gramsci. Frente a ese fascismo que sintetiza la rebeldía y la contención,

el liberalismo italiano no ofrece más que una rendición con muy pocas garantías, que desarbola un ámbito de convivencia de la burguesía en el terreno intelectual y en la participación política. Le impide, de hecho, continuar expresando su dominación cultural del país y la condena a una subordinación ideológica y a la inoperancia política, a cambio de la defensa de posiciones económicas que no pueden satisfacer a segmentos sociales mayoritarios. Aun cuando ello suponga la degradación del liberalismo, su defunción como instrumento de organización cultural, el fascismo se presenta como un espacio de integración y renovación, sangre nueva inyectada en las arterias endurecidas de la sociedad italiana del *dopoguerra.* Esa «ciudadanía» del fascismo hace imposible que en Italia funcionen los mecanismos inmunológicos de un antifascismo fijado a una tradición democrática que se contempla como *exclusiva*. Algunos neofascistas señalarán que fue el régimen mussoliniano el primero en inspirar la participación de las masas en la política. Sin que su argumento resulte válido en el sentido en que lo pronuncian, al proponer una visión hiperdemocrática del fenómeno fascista que se selecciona en las escenas de los primeros pasos del movimiento, la afirmación no carece de un aspecto de certeza. El fascismo solicita un consenso de masas moderno, crea un Estado Nacional, hace uso del pueblo y permite distribuir la impresión de que actúa, como nunca se ha hecho antes, en nombre de la *totalidad* de la nación italiana, superando el concepto clasista del socialismo, el criterio confesional de los populares o el sectarismo elitista del liberalismo. La Resistencia tratará de justificar su lucha como un movimiento de *liberación nacional popular* cuyo carácter no reconoce en el fascismo más que una propuesta *antipopular, antidemocrática* y *antinacional*.[6] La línea que separa a los partidarios del fascismo y a quienes luchan contra él puede querer tener la misma limpieza de perfiles que la que se da en Francia, pero las proporciones históricas deben mantenerse para adquirir sentido del lugar en que se encuentra una cultura. No tardará demasiados años la propia historiografía italiana en señalar la existencia, además de un movimiento de masas, de un consenso pasivo y activo, formado por quienes se limitan a aceptar el nuevo orden de cosas —aunque solo sea porque es un orden— y por quienes lo defienden como el sistema deseable. De nuevo, la adhesión

al fascismo aparece graduada en diversos espacios de inserción en su campo magnético. De nuevo, la colaboración con el régimen supera los meros criterios de opción ideológica en abstracto para adquirir los perfiles complejos de una convivencia cotidiana, atestada de lealtades clientelares, de subordinación a la autoridad legal, de legitimación a través del simple cumplimiento de la propia existencia, de la aceptación de las prebendas que concede el régimen a quienes le ofrecen algún tipo de adhesión, como si se tratara de poner en un orden cronológico y moral la aproximación de Moravia a la sociedad italiana: de los indiferentes al conformista.

El largo viaje a través del fascismo se vive, en extensos sectores de la sociedad italiana, con una normalidad que puede repugnar al compararlos con los mitos de la Resistencia. El afán de supervivencia se confunde con una tétrica complicidad. La negativa a resistir, a aventurarse en un combate desesperado, se contempla con la intransigencia de quienes conocen, cómodamente, el final de la historia. La suave oposición de los intelectuales, el escaso radicalismo de sus posturas, la masificación de las afiliaciones a los diversos institutos del régimen, la canalización de los conflictos laborales fuera de los esquemas de una oposición al régimen, son algunos de los factores que nos señalan el *prestigio* del fascismo, en especial su imagen de *duración*. Algo que desanima las actitudes de crítica o que las conduce, hábilmente, a territorios digeribles por el régimen, como pasa con la misma posición de Croce o con la de los jóvenes fascistas que ven frustradas sus esperanzas revolucionarias. Para una inmensa zona de la población, el fascismo se convierte en un ámbito donde su vida cotidiana insiste en continuar. Se convierte en algo más que en un sistema: pasa a ser una atmósfera, una normalidad, una perenne devolución de las estaciones cuyos cambios no alteran una continuidad terrenal. Sin embargo, quienes hablan de la «opción moral» de la Resistencia, como Pavone; quienes levantan un muro de separación que da lugar a la «verdadera Italia» tras su deformación bajo el fascismo, tienen en qué apoyarse. No pueden hablar del carácter foráneo del régimen, de su invención extranjera y de su inoculación por la alianza de intelectuales traidores y un ejército de ocupación, como en el caso francés. Lo que les otorga legitimidad, además de la dignidad de su

combate por la democracia en las condiciones más duras del aislamiento y el silencio, son los acontecimientos de 1943: la caída del fascismo, el armisticio y la guerra civil, convertida en guerra de liberación nacional.

El golpe contra Mussolini, seguido de la firma del armisticio y la creación de un Comité Nacional de Liberación en el verano de 1943, crea un campo de fuerzas contradictorias, donde se encuentran factores tan opuestos como Víctor Manuel III, responsable de la incorporación del fascismo al gobierno en 1922, el jefe de las Fuerzas Armadas, mariscal Badoglio, sectores de la administración del Estado que han ido distanciándose de Mussolini a partir de 1942, así como los núcleos clandestinos que habían ido reconstruyendo organizaciones de resistencia cívica al fascismo. La crisis de julio de 1943 podía contemplarse, entre otras cosas, como un enfrentamiento en el seno mismo del régimen y del partido, que puso a sus jerarcas en orillas distintas. En una de ellas se encontraron quienes, como Dino Grandi o Galeazzo Ciano, consideraban la necesidad de acabar con la alianza alemana y salvar la obra misma del fascismo abriendo el paso a una transición política controlada. En la otra, quienes, como Farinacci, Pavolini, el mariscal Graziani o el propio Duce consideraban inamovible la estructura del régimen y sus compromisos con Alemania. Aun cuando Mussolini pudiera creer que la guerra estaba prácticamente perdida, sabía que Hitler no toleraría una deserción de Italia y que su respuesta sería devastadora. En otros casos, como los de Farinacci o Pavolini, la crisis del régimen podía permitir su radicalización, abandonando los compromisos realizados por el Duce durante el *ventennio*. La constitución de la República Social Italiana en septiembre de 1943, tras la huida de Mussolini a Munich, tuvo dos efectos complementarios para unos y otros contendientes. A la Resistencia, le ofreció un proceso de desnacionalización del fascismo, que tenía que confiar en la *Wehrmacht* para mantenerse en el poder, en un combate llevado en suelo italiano contra los deseos del propio pueblo. Para los «repubblichini», el régimen que fijó su capital en Saló suponía la posibilidad de llevar adelante una revolución aplazada por los esfuerzos conservadores del régimen. En realidad, se ponían las condiciones de un drama intenso, que provocaría graves fracturas materiales y políticas en Italia, una matanza que podía haberse evitado, la

pérdida de cuadros sociales e ideológicos insustituibles, y el poso de agravios de una guerra brutal entre partisanos y milicianos. Para éstos, se trató de la posibilidad de hallar en el fascismo la fuerza atractiva de un nihilismo que acudía *«cercando la bella morte»*, como habrá de recordarlo uno de los textos de memorias más reveladores de la actitud de estos jóvenes que reúnen la desesperación y la aventura, haciendo que el combate desarmara los recursos morales de una generación.[7] Para muchos neofascistas, el recuerdo que movilizará su lucha posterior será esa extraña circunstancia de nacionalistas que luchan contra sus compatriotas, de verdugos de los resistentes, de ejecutores de sentencias dictadas por una autoridad foránea, de títeres de una estrategia alemana. También, de orgullo de una extrañeza, de una violenta expulsión de la realidad en la que habitan los ciudadanos normales, hundidos en una exasperante mediocridad que los jóvenes combatientes desprecian. Una lucha envilecedora que se querrá digerir con las compensaciones del heroísmo de los últimos residuos, de los luchadores testimoniales que defienden una causa perdida y, además, no aceptada por el pueblo a la que va dirigida. *«Esuli in patria»*, los llamará un inteligente cuadro del MSI al comienzo de un hermoso ensayo que caracteriza esa condición incómoda de renegados, de bandidos, de mercenarios a los que se paga con la potencia morbosa de una idea agonizante.[8] Para los partisanos, la guerra civil permite romper la imagen de una Italia unánimemente fascista, reducir la experiencia mussoliniana a una ligera capa que ha cubierto la esencia democrática de la opinión popular. El ejército irregular que se moviliza durante dos años al norte de Roma, primero, y al norte de Florencia, después, puede presentarse como la auténtica versión combatiente de Italia, contra lo que no es más que el espectro de un monstruo que la ha raptado durante veinte años. La guerra civil establece, por tanto, las condiciones de una legitimidad de la resistencia que se suman a la paralela carencia de legitimidad del régimen fascista: asentado, al principio, en la experiencia de Saló, la denuncia se prolonga en el tiempo hasta alcanzar todo lo que ha sucedido desde octubre de 1922.

A diferencia de Francia, la guerra se extiende durante un largo período en territorio italiano; los aliados no permiten, además, que Italia pase al bando de los vencedores. Las condiciones en que se firma el armisticio son las de una administración aliada que interviene hasta finales de 1945 en la política interior, sin permitir que los italianos sean admitidos más que como «cobeligerantes» y dejando sin utilizar las tropas que Badoglio estaba dispuesto a usar masivamente contra los alemanes. El hecho de que triunfe en el alto mando germano la posición más favorable a extender las líneas hacia el sur, en lugar de asentar la resistencia del Eje en los Apeninos, se une a la decisión de un desembarco meridional, que alarga el escenario itálico del enfrentamiento bélico cuando podía haberse limitado con una acción al norte de la capital. La instalación del Reino del Sur permitirá extender la ilusión de un poder «legítimo» fascista en la República Social, decretando las medidas socializadoras del primer fascismo que Mussolini no realizó durante su largo mandado. La autoridad democrática italiana se legitima con la lucha, en lugar de deber su existencia a la mera derrota del país a manos de los anglobritánicos. La jugada monárquica no obtiene el éxito deseado, aunque la rápida actividad de la oposición proporcionará una densidad democrática inesperada a la caída del régimen.

A medida que las tropas aliadas van avanzando por la península, se produce una intensificación de la liberación política del país, de forma que el esfuerzo bélico se contempla como un ámbito de realización de la democracia, de profundización en los mecanismos de la representación popular y de la progresiva liquidación de los factores de continuidad con el antiguo régimen. La caída de Roma en 1944 da lugar, por ejemplo, al nombramiento del príncipe Humberto como lugarteniente del Reino. Sin llegar a la abdicación que le ha solicitado incluso la derecha liberal, Víctor Manuel III acepta una retirada a segundo plano para salvar la institución. Sin embargo, Badoglio no puede permanecer en el poder, cuando las propias normas de la depuración que se prepara podrían afectarle. El gobierno provisional será constituido por el antiguo socialista Ivanoe Bonomi, agrupando a la mayor parte de los grupos del CLN hasta el final de la guerra. Régimen de transición, que solo se plantea algunos factores de restauración del orden y de fijación de un objetivo constituyente al acabar el

conflicto bélico, la experiencia gubernamental de Bonomi deberá hacer frente ya a los conflictos derivados de la depuración que, como en Francia, se convierte en uno de los temas claves del período. En el caso italiano, la conciencia del grado de implicación del pueblo con el régimen hace difícil esperar un sistema penitencial como el que ha podido plantearse en Francia. De hecho, los conflictos que llevan a las crisis de los primeros gobiernos tienen que ver con la mayor o menos transigencia con que se aplica la normativa elaborada por Carlo Sforza para llevar adelante el proceso de responsabilidades. Finalmente, la entrega a los tribunales ordinarios de los expedientes y la liquidación del Alto Comisariado para la Depuración por parte de Bonomi, ya en 1945, sellará el triunfo de la corriente más moderada, que se acompaña de la tolerancia del Partido Comunista, para el que lo importante es el castigo de los jerarcas de la RSI y la seguridad de obtener una verdadera ruptura político-institucional en el país, más que someterlo a una tensión de búsqueda de culpables que, dada la muy diversa colaboración con un régimen dilatado, habría resultado muy difícil de considerar con equidad y sentido de las proporciones.[9]

El proceso de liberación de Italia, que culmina con la insurrección partisana de la primavera de 1945 y la detención de los máximos líderes de Saló, se ha asentado en una fractura cultural de honda significación que, en buena medida, responde a las transformaciones proporcionadas por el mismo régimen. Roberto Chiarini ha señalado, en un ensayo denso y brillante, las dificultades de la derecha liberal para reconstituirse tras la experiencia del fascismo, algo que se identifica con la destrucción del proyecto de integración social dirigido por la burguesía.[10] La deslegitimación del sistema de Mussolini, causante de la derrota y de la humillación nacional, impidió que se mantuvieran las condiciones de una coalición que articulaba un bloque social inspirado en valores de una burguesía colectivizada. El regreso a la privacidad, el escepticismo con respecto a la política, la pérdida de prestigio como clase dirigente, la difuminación de su conciencia de grupo y la devastación de sus aspiraciones públicas compartidas son algunos de los factores que se señalan. Además de este diagnóstico, que sirve para medir también la fuerza que obtendrán las tentaciones antipolíticas, populistas, de un «sentido

común» contrariado por los intereses de los funcionarios del Estado, el argumento de Chiarini puede completarse con otros factores que responderán a la dinámica inicial de la República para acabar dándole su carácter definitivo. Sin duda, entre ellos se encuentra la crisis de la cultura liberal laica, que se expresa en el desmantelamiento del liderazgo intelectual de Croce. Algún autor ha señalado, con audacia y lucidez, la forma en que la paternidad del liberalismo crociano se traslada a los sectores marxistas, haciendo de intermediario un Gramsci cuya obra de la cárcel es un diálogo con el gran intérprete de la historia del Risorgimento.[11] Prueba de ello es la irritación de Croce, reprochando a sus discípulos el abandono del «liberalismo a secas» y buscando en la memoria de Carlo Rosselli o el ejemplo de Guido de Ruggiero un híbrido de liberalismo y socialismo. Los esfuerzos de Croce para constituir el liberalismo como opción hegemónica de nuevo, tras el paréntesis fascista, solo fracasarán por la aparición de los nuevos territorios culturales adaptados a lo que la dinámica del fascismo y el antifascismo han convertido en norma: la cultura de masas y la organización política. Frente al «partido de opinión» que quiere representar el liberalismo crociano, se levantan los organismos de creyentes, las adscripciones masivas que parten de experiencias sociales y de ideologías en un sentido fuerte.

Si la Francia de 1944 no podía permitir la restauración de la III República, la Italia de 1945 debe orientar el paso desde el liberalismo elitista previo a la Marcha sobre Roma hasta la democracia de masas, tejida sobre la trama de las subculturas marxista y católica. También a la manera de Francia, el espíritu de la Resistencia que puede encarnar el Partido de Acción no podrá sostenerse, en una unanimidad donde confluyen las diversas corrientes de un humanismo antifascista. Tras el desembarco, su retorno a Italia a comienzos de 1944, después de un dilatado exilio, Palmiro Togliatti, secretario general del Partido Comunista plantea la célebre *svolta* de Salerno.[12] En la explicación más divulgada, se trata de una operación táctica destinada a crear el máximo de unanimidad posible en torno al gobierno provisional, haciendo de la lucha contra los alemanes el problema que debe resolverse lo antes posible. De esta forma, el PCI ayuda a reducir la presión sobre el frente soviético y mantiene el objetivo prioritario de

ganar el máximo de energías en la lucha contra el fascismo, sin tener las reticencias que expresan los dirigentes del Partido Republicano o del Partido de Acción, poco favorables a mantener la lucha sin considerar, al mismo tiempo, el futuro de la monarquía. La aparente «moderación» de Togliatti responde a algo más que a un examen de correlación de fuerzas a corto plazo. Su negativa a radicalizar la lucha no se sostiene en el mero temor a enfrentarse a las autoridades aliadas o a debilitar la posición de la Unión Soviética. No es que esos factores tengan poca entidad y ni siquiera se trata de que carezcan de acierto, si es que se desea medir la verdadera posición del orden de batalla en que se encuentran los distintos antifascismos en aquellos meses. Sin embargo, lo que inspira más a fondo la estrategia del PCI, convirtiéndola en un cambio que afecta al papel que creen tener que desempeñar los comunistas italianos desde la liberación, es lo que ha podido llamarse la *doppiezza* del partido de Togliatti, en su construcción de una corriente política que se convierte en zona cultural, un partido que es, además, opción de civilización. Si la democracia italiana se califica por el peso que tienen en ella las fuerzas «de progreso» —y eso significa, para Togliatti, el bloque social que encabezan comunistas y socialistas—, el propio Partido Comunista quedará también definido por un cambio de sustancia, que debe mantener su carácter de clase para pasar a perfilarse en un ámbito de irradiación más amplio, que podemos llamar nacional-popular. La tarea, frustrada del liberalismo y desvirtuada por el fascismo, habrá de ser realizada por la izquierda italiana en términos superiores a un conflicto elemental de clase, para elevarlo a la categoría de la construcción de una democracia de masas que edifique una nación postergada. La duplicidad del comunismo italiano mantiene, de esta manera, su lealtad a sus mitos fundadores: la clase, la revolución, la URSS. Pero pasa a disponer, ahora, de mitos que no son contingentes, sino sustanciales: la unidad nacional en la liberación, la unidad de los progresistas en la reconstrucción, la unidad de la izquierda en los avances hacia las reformas sociales estructurales. Esa actitud diferenciará al Partido Comunista Italiano de su homólogo francés, en la medida en que la participación en el gobierno es el resultado de una asunción distinta de la conflictiva unidad del antifascismo. De la misma forma, la manera en que

se entiende hacer del PCI el heredero de una tradición nacional-popular frustrada en Italia, en un verdadero «liberalismo social», permite un área de influencia comunista que no obedece solo a su moderación, sino a su voluntad de comprender su carácter de clase en términos de una asunción profunda, cultural más que institucional, de la experiencia del Frente Popular. Lo que se conoce como dualidad de partido de lucha y de gobierno procede de esta renovación del pensamiento comunista italiano, que Togliatti sitúa en las condiciones de poder hacerse con la hegemonía frente a la socialdemocracia desorientada, pero que Gramsci había teorizado en los términos de una superación del sectarismo obrerista. El Partido Comunista Italiano se definirá, a expensas del ambiente unitario de la liberación, porque crea las condiciones de ese ambiente, puesto en peligro por el radicalismo de quienes, teóricamente, se encuentran a su derecha. De ahí que el PCI pueda atraer a una multitud de intelectuales que hacen de su militancia o su «compañía de viaje» una afirmación antifascista, de profundización de la democracia tras la liberación, más que una lealtad a la ortodoxia marxista-leninista. Recordemos que, en su V Congreso, celebrado a comienzos de 1946, el PCI señala que sus militantes no deberán tener una determinada concepción filosófica. Antes de que lleguen las correcciones de la guerra fría, el partido es capaz de agrupar a quienes han hecho su primera educación cívico-sentimental en el liberalismo progresista o la socialdemocracia, como los colaboradores de la recién creada *Rinascita*: Pietro Ingrao, Cesare Pavese, Paolo Alatri, Sibilla Alerano, Umberto Saba y otros muchos que le permiten encarnar esa función de fuerza de la cultura y del trabajo al mismo tiempo. Ni siquiera repugnará la colaboración de quienes pueden haber hecho sus primeras armas en el fascismo, y Togliatti verá con buenos ojos la llegada de una generación perdida en los ensueños de la revolución nacional que ahora trata de encarnar el PCI, cuya constitución orgánica de partido de clase se funde con la de la expresión política de la nación. Gentes como Curzio Malaparte, rebelde en tiempos de Mussolini, acompañarán a otros jóvenes airados del fascismo hacia los territorios próximos a ese partido de nuevo tipo, cuyo alejamiento del gobierno nunca llegará a convertirse en el aislamiento de sus compañeros franceses. Ni siquiera la llegada de la ortodoxia artística de la *Kominform* ni

los gustos personales de Togliatti —bastante cercanos al realismo— llegarán a plantear los problemas que alejarán del PCF a tantos intelectuales de la cultura hexagonal. Salvando casos clamorosos como la excomunión de Vittorini y su revista *Il Politecnico*, el VI Congreso del partido asistirá, en enero de 1948, al alzamiento de las voces de un Antonio Banfi o un Concetto Marchesi sin que se produzca el anatema que podría esperarse desde la máxima autoridad del partido. El latinista Marchesi exige que al intelectual comunista se le permita expresarse como considere oportuno, sin someterle a la patética argolla de un «arte proletario»; el filósofo Banfi plantea el sincretismo de la cultura occidental, inventando un marxismo que sea receptáculo de todas las corrientes de pensamiento progresista.[13] De esta forma, las propuestas de los comunistas italianos se articulaban en la forma de un tejido social progresivamente impregnado, desde la actividad artística hasta el gobierno local, desde la reivindicación en la empresa hasta las labores legislativas.

La creación de una «subcultura» comunista en Italia correspondía, por tanto, a las propuestas estratégicas de unidad nacional que, en ocasiones, los mismos socialistas contemplaban con recelo. Hombres como Pietro Nenni, Lelio Basso, Rodolfo Morandi o Sandro Pertini se encontraban más próximos a aquella tradición maximalista que había bloqueado la estrategia del socialismo en el primer *dopoguerra*, manteniendo la duplicidad de la ortodoxia ideológica y la carencia de alternativas prácticas destinadas a la captura del poder. El temor a la contaminación de la burguesía no provocaba actitudes insurreccionales o una acumulación inteligente de fuerzas, sino el simple abstentismo, que desesperaba a los reformistas como Turati, partidarios de pactar con los liberales, o a los comunistas que sugerían articular una revolución. Inoperante y retórico, el PSI mantenía la lealtad de una parte aún mayoritaria de la clase obrera, aunque seguido ya muy de cerca por los comunistas, que habían ganado prestigio con la estrategia del Frente Popular, el mito de la URSS y su papel en la Resistencia. Durante mucho tiempo, los socialistas fueron incapaces de superar su reticencia en la definición de políticas unitarias con la burguesía, y solo las llevaron a cabo por la presión que ejercía el Partido Comunista. A la manera de sus compañeros del Partido de Acción —aunque a sabiendas

de que su lugar en la posguerra sería más importante—, Nenni mantuvo una actitud radical de principio que, sin embargo, no tenía la riqueza que otros cuadros socialistas asignaban a las tareas en una sociedad compleja. El maximalismo continuó siendo una opción obrerista más que de clase, hermética y, al mismo tiempo, institucionalista, atenta sobre todo a los equilibrios de poder y con menos capacidad para desarrollar una idea clara de cuál había de ser la representación social a ejercer por la socialdemocracia, es decir, su auténtica verificación orgánica. La identidad socialista se sostenía en principios de autonomía, en la doble negación del capitalismo y del modelo soviético como afirmaciones que no iniciaban un análisis, sino que lo cancelaban en una consigna. La tercera vía del socialismo italiano rehuyó incluso las condiciones más modernas de la socialdemocracia europea que llegaba al poder inmediatamente, como en Gran Bretaña o los países nórdicos, o estaba en condiciones de hacerlo a corto plazo, como en el caso alemán. En todas estas circunstancias, el socialismo había ocupado el territorio de la clase obrera a expensas de los comunistas, sin renunciar a la representación de sectores profesionales que no deseaban vincularse al liberalismo conservador o a las opciones democristianas. Tal posición derivaría en constantes crisis del partido italiano, en tensiones que lo purgaban por su derecha o por su izquierda, como respuesta a la falta de orientación de un partido que acabó sobreviviendo gracias a la tutela de su vigor institucional, pero nunca al apoyo de una masa social crítica. La equivalencia electoral de socialistas y comunistas en los primeros años de la posguerra, cuando corresponde a los segundos una defensa más cautelosa de la unidad de las fuerzas democráticas, no tardará en desequilibrarse en favor del partido de Togliatti, cuya superioridad en los procesos electorales corresponde a una imagen de coherencia estratégica, de cohesión interna, sentido de la responsabilidad nacional y penetración capilar en las fuerzas vivas de la sociedad italiana.[14]

La Democracia Cristiana será, desde el principio mismo de la guerra de liberación y la constitución de los gobiernos provisionales, el eje alternativo a la izquierda social-comunista. Como ocurre en Francia con el MRP, el movimiento democristiano puede rescatar el prestigio de una vía de reforma social en los límites de los valores de la burguesía, es decir, de una crítica al

individualismo liberal que no cede al impacto de los partidos proletarios. Hereda la conciencia de una política de masas, la aceptación de que el Novecientos debe construir sus mecanismos de integración ciudadana a través de partidos democráticos y populares. Su interclasismo es explícito, no una propuesta que se añade al clasismo original de la izquierda comunista. Sin embargo, esa posición transversal socialmente se vuelca en el interés especial en construir un orden jerárquico, que intenta moldear de nuevo una gran coalición de principios de la burguesía, presentándolos como valores de todo el pueblo. La Democracia Cristiana dispondrá de las redes de comunicación trenzadas por el Vaticano, en unos tiempos en que Pío XII asume una función de defensa de criterios de organización social amenazados por el comunismo. Por mucho que deba destacarse ese espacio de penetración ya logrado, abierto por una muchedumbre de párrocos convertidos en propagandistas del populismo reaccionario y amable que Guareschi inmortaliza, el área democristiana es una subcultura que adquiere contornos muy similares, en sus mecanismos de difusión y en su clarividencia de lo que es una política de masas, a los del Partido Comunista. Dispone de sus propios recursos operativos, como la Acción Católica y la malla de organizaciones asistenciales y educativas que han tratado de sostenerse bajo el fascismo. Dispone, además, del prestigio de un Pío XII que ha permanecido en la Ciudad Eterna mientras la familia real y los dirigentes políticos la abandonaban vergonzosamente en septiembre de 1943. Esa imagen del Papa dirigiéndose al pueblo mártir, descendiendo desde las alturas de su posición excelsa hasta el nivel de la gente común aterrada por la miseria, la destrucción y las humillaciones que provoca la supervivencia, es un recurso simbólico del que la Democracia Cristiana extraerá el perfil de un partido del pueblo, que nada tiene que envidiar en sus actitudes de atención a los humildes a la izquierda marxista y que, sin embargo, dispone de las condiciones para lograr la conciliación social. Bajo la dirección de un dirigente excepcional, como Alcide De Gasperi, la DC consigue presentarse como un equipo plural, tan diverso como lo es el pueblo italiano, conteniendo las inclinaciones sindicalistas de la tendencia de Gronchi, el reformismo de Fanfani y Moro, las actitudes autoritarias de Scelba o el conservadurismo clerical de Segni o Zoti. Esa variedad de

opciones, lejos de neutralizar el partido, le proporciona capacidad de adaptación, una estructura poliédrica que encaja con diversas fases de alianzas políticas. Sobre todo, la Democracia Cristiana constituye un gran bloque social alternativo al fascismo, que le permite absorber en el *centro* la petición de una *derecha* que solo existe como reivindicación tardía de la experiencia mussoliniana, como manifestación nostálgica de la monarquía o en los estrechos márgenes del elitista Partido Liberal. En esa condición de partido popular, de masas, con legitimidad antifascista que no excluye la transición, en su seno, de buena parte de la sociedad italiana desde el fascismo hacia la democracia, la Democracia Cristiana se convertirá en el eje de la reconstrucción de Italia tras la guerra, y en columna vertebral de la Primera República. Si a Togliatti correspondía la habilidad de hacer concesiones a la unidad nacional prescindiendo de las actitudes más duras de la izquierda, a De Gasperi le tocará deshacerse de una actitud excesivamente inclinada hacia la derecha en los primeros compases de la transición política italiana. Su prueba más clara será la renuncia a defender la forma monárquica de Estado arriesgándose a desairar a una parte notable de su electorado, pero teniendo a cambio la seguridad de ser un partido legítimo del nuevo orden de cosas. Que los diez millones de votos en favor de la monarquía no se conviertan en un movimiento político conservador, capaz de ir bloqueando la formación del nuevo régimen, es un mérito del partido democristiano, capaz de absorber a estos electores dándoles una garantía de preservación de valores más allá de la naturaleza institucional del sistema.[15]

Socialistas, comunistas y democristianos pasaban a ser la base formativa del régimen salido de la guerra, mientras el Partido de Acción iba perdiendo potencia al vincularse al esfuerzo bélico y a un liberalismo social que podía absorberse en otros partidos de más raigambre. El fracaso del gobierno de Ferruccio Parri, que ocupó la segunda mitad del año 1945, señaló las limitaciones de una política cultural del «resistencialismo» situado por encima de los partidos, de una forma curiosamente similar a lo que ocurrirá en Francia con la dimisión de De Gaulle, no muchas semanas más tarde. El nombramiento de De Gasperi y la formación de distintas fórmulas del ejecutivo, con la apertura a los liberales, por la derecha, y a los

comunistas por la izquierda, venía a sellar un compromiso que debería concluir dando a Italia una nueva constitución y las bases firmes de la reconstrucción económica. Las elecciones para la Asamblea Constituyente coincidieron con el referéndum sobre la monarquía el 2 de junio. Como se ha señalado, la Democracia Cristiana evitó hacer una peligrosa campaña en favor del rey Humberto II, sin querer regalar el triunfo republicano a la izquierda y sin desear tampoco otorgarle a ésta la reserva de una importante minoría antimonárquica, en caso de que triunfara la causa del «rey de mayo». Al instalarse en la posición de un neutralismo inclinado hacia la República, De Gasperi se aseguraba de arrastrar a los votantes monárquicos hacia el sistema *a través* del voto simultáneo a los candidatos democristianos. En eso, el astuto dirigente se equivocaba menos que algunos cuadros conservadores, que esperaban orientar hacia un gran partido monárquico los sufragios obtenidos por la monarquía. No solo se negó a aceptar esta interpretación, sino que también desoyó las propuestas realizadas por dirigentes monárquicos como Acchille Lauro, el potentado napolitano que proponía dividir el país en dos zonas de influencia, otorgando al Partido Monárquico la representación de los intereses dominantes meridionales, mientras la Democracia Cristiana se resignaba a controlar el centro y el norte del país. El referéndum sobre la forma de Estado dio doce millones de votos a la República y diez a la monarquía. Los resultados para la Asamblea constituyente dieron una aprobación masiva a los partidos gubernamentales: más de un tercio de los votos acudió a la DC, mientras la suma de socialistas y comunistas se acercaba al 40 por ciento, ligeramente inclinada en favor de los primeros. Liberales y republicanos quedaron como fuerzas, si no marginales, sí de testimonio de un sector de opinión, con sus votos algo por encima o por debajo del 5 por ciento. El Partido de Acción iniciaba su liquidación, al obtener un resultado menos que testimonial. A ello se sumaba la presencia pintoresca del Uomo Qualunque, una formación populista dirigida por Guglielmo Gianini, opuesta al nuevo régimen de partidos, a la burocracia romana y a la depuración, en la que sectores importantes de los nostálgicos del fascismo pudieron hallar un refugio inicial.[16] Su 5 por ciento fue una de las sorpresas de la jornada, aunque cualquier político con una mínima sagacidad esperaba

enfrentarse a las bolsas de protesta que cabía esperar del consenso del fascismo. Lo importante del resultado es que el gobierno obtenía tres cuartas partes de los votos y que la Democracia Cristiana, que prácticamente había doblado a cada uno de los partidos de la izquierda marxista, obtenía la condición de primer partido que no perdería en los siguientes cincuenta años. La situación de cuatro fuerzas idénticas del Parlamento francés se convertía, aquí, en la de una gran fuerza de centro capaz de hacer girar en torno a ella, en función de distintas políticas de alianzas, una serie de partidos que fueron instalándose en la satelización.

El resultado de las elecciones a la constituyente impedía la formación de un gobierno que no restaurara la unidad nacional, dada la capacidad de mutuo bloqueo que podían ejercer democristianos más liberales, por un lado, o socialistas, comunistas y republicanos por otro. Por tanto, el segundo gobierno de De Gasperi hubo de reconocer tal circunstancia, incluyendo el mantenimiento de los comunistas en el ejecutivo. Para el dirigente democristiano, el abandono del PCI habría sido deseable, pero solo a condición de que los socialistas hubieran estado dispuestos a aislarlo, como habría de ocurrir en Francia en 1947. En caso contrario, la Democracia Cristiana no estaba dispuesta a entregar la oposición al conjunto de la izquierda en el momento crítico del esfuerzo de reconstrucción. Para los dirigentes del partido, el problema principal estaba en la solidaridad política entre los dos grandes partidos marxistas, que más adelante se haría aún más angustiosa por la preeminencia del sector comunista. Aun cuando los liberales no quisieran compartir un gobierno de esas características, De Gasperi podía permitirse el lujo de esperar el desgaste del pequeño partido de la derecha laica fuera de los beneficios del poder. Para el líder de los democristianos, el interés fundamental era asegurar la solidaridad de la izquierda en las tareas fundacionales del nuevo régimen, considerando la posibilidad de que el Partido Comunista tolerara un artículo 7 favorable a la influencia de la Iglesia católica, a cambio de que se realizaran las dos concesiones básicas exigidas por Togliatti: la capacidad de negociación de los sindicatos y el mantenimiento del gobierno de unidad nacional. Hasta que llegara el momento propicio para un enfrentamiento abierto, una vez definidas las líneas maestras de la Primera República, De

Gasperi deseaba tener a la izquierda a su lado gestionando los problemas del desempleo, de la inflación y de la devastación económica, y evitando la ruptura del país en zonas irreconciliables de acuerdo con un criterio confesional, algo que podía haber hecho perder a la DC incluso a sus aliados del Partido Liberal.

Los efectos de la guerra sobre el paisaje social italiano habían sido brutales: la guerra de larga duración operada en el territorio condujo a la devastación física de las zonas de cultivo y a la pérdida de masa forestal. Los problemas de producción agrícola y ganadera, con pérdidas de más de un 60 por ciento, llevaron a desabastecer las ciudades y reducir las calorías consumidas diariamente por los italianos en más de mil. Las cifras dan una muestra de la realidad fría y contundente: pérdida de tres cuartas partes de las instalaciones portuarias, casi la mitad de estaciones de tren o del tonelaje de la marina mercante, más de la mitad de las locomotoras, reducciones en la producción industrial, la energía eléctrica o las comunicaciones por carretera. A los dos millones de viviendas destruidas debía sumarse una cifra similar de desempleados, que se incrementaban desesperadamente con la llegada de los cautivos de guerra. Las imágenes ofrecidas por el cine neorrealista brotan de una sociedad que conmueve a directores acostumbrados a filmar la opulencia sin límites proclamada en Cinecittà. Tal reflejo del sufrimiento humano no será lo que prefiere la propaganda del partido mayoritario, y la Democracia Cristiana habrá de quejarse amargamente de la desesperanza que muestran películas como *Ladrón de bicicletas* y, más tarde, *Umberto D*, la crónica de un jubilado indigente, una película conmovedora de Vittorio de Sica que habrá de soportar la reprimenda del líder de la derecha clerical, Giulio Andreotti. A la espera de la llegada del Plan Marshall, que permitirá el verdadero despliegue del país con una entrada de más de mil quinientos millones de dólares, las ayudas de la UNRRA, inferiores en un 25 por ciento, no permiten hacer frente a las condiciones. La incertidumbre de las orientaciones políticas gubernamentales no ayuda a aligerar los bolsillos de una institución que depende, en buena medida, de la financiación norteamericana. La situación es tan grave que Togliatti llegará a desautorizar a los economistas de izquierda que proponen realizar cambios estructurales atacando el poder de

las industrias mejor equipadas, del área de la química o del automóvil, que han procedido a la reconstrucción de la Confindustria. En pleno proceso de definición institucional, el líder del PCI volverá a exasperar a los sectores más radicales de su propio partido y a buena parte de la dirección maximalista del PSI, cuando reitera la subordinación a la necesidad de fortalecer la unidad nacional y evitar la constitución de un bloque antirrepublicano articulado en torno a la DC y opuesto a cualquier tipo de reforma. La obtención de mejoras salariales en el norte —a las que algunos sectores del socialismo más radical oponen la conquista de espacios de poder en las empresas— señala, a ojos del viejo dirigente comunista, cuál es la línea de acuerdo que aún puede tomarse en el país. De esta forma, las concesiones mutuas van definiendo un espacio de poder social democristiano que le permite ir ganándose la confianza de los sectores dirigentes de la empresa, que entienden la «cohabitación forzada» en que se encuentra el partido católico en el gobierno de coalición.

Las posiciones moderadas de Togliatti no evitarán, sin embargo, que las tensiones internacionales acaben desarmando el engranaje unitario en cuyo favor se han hecho tantos sacrificios. Mientras De Gasperi regresa de un viaje por Estados Unidos —donde se le han hecho presiones intensas para que los comunistas abandonen el gobierno—, se producen los primeros signos de que esa posibilidad yazca en la misma dinámica de la relación interna de la izquierda. A comienzos de 1947, el congreso del Partido Socialista asiste a la escisión del grupo dirigido por Giuseppe Saragat, que constituirá un Partido Socialista de los Trabajadores (PSLI) que recoge a aquellos sectores de la socialdemocracia más alarmadas por el crecimiento de los comunistas. Mientras Nenni o Basso siguen defendiendo la posibilidad de mantener un área autónoma dentro de la colaboración, sin querer abandonar la totalidad de la oposición de izquierdas al PCI, el sector más moderado del partido entiende que el espacio de la socialdemocracia italiana está entrando en un campo peligroso de falta de definición, justamente cuando el panorama internacional está llenándose de asperezas entre los dos bloques que han vencido al fascismo. Para Saragat y sus compañeros, la tradición maximalista ha conducido a un callejón sin salida al socialismo italiano, primero llevándolo a la indefensión frente al

fascismo y, luego, a su satelización respecto de un PCI que se beneficia del mito de la URSS y de Stalin entre los trabajadores. Para ellos, el socialismo debe encontrar un área propia dispuesta a representar los intereses de capas de trabajadores cualificados, pequeños propietarios y profesionales de ideas progresistas, partidarios de una moderada intervención del Estado. Por otro lado, su mayor temor es que la socialdemocracia pierda su capacidad de establecer una política de alianzas coherente, al establecerse en el campo de una «alternativa al sistema» perpetuamente aplazada en la que, además, su fuerza se iría erosionando en favor del partido que mejor se identificaría con esa posición radical. Antes de que sea tarde, Saragat y sus compañeros creen posible establecer un campo de reformismo laico que pueda neutralizar a los sectores más conservadores de la Democracia Cristiana, aislando al mismo tiempo al Partido Comunista.[17] La escisión, que tendrá una fuerte presencia en la constituyente, arrastrando a casi la mitad de la representación socialista, se verá reforzada por los acontecimientos de aquel mismo año, en especial cuando se declare la salida de socialistas y comunistas del gobierno en el mes de mayo y se proceda a un gobierno monocolor que vuelve a dirigir De Gasperi. Su orientación más conservadora no impide que el gobierno se prestigie con algunos éxitos rotundos en la reconstrucción económica —en especial en lo que afecta a la inflación—, algo que permite compensar la radicalización de las movilizaciones obreras con la entrada de socialdemócratas y republicanos en el gobierno, a finales de año.

Las elecciones de abril de 1948 pueden considerarse como las de la verdadera fundación republicana, una vez superado el idilio constituyente, y abandonada por Togliatti una línea de moderación social y política que se correspondía tanto a la actitud de la URSS como a los beneficios de la unidad nacional para el PCI. Como se sabe, las circunstancias de la primavera de 1948 tienen dificultades de una extensión difícilmente abarcable: la fractura entre los dos bloques comienza a tener hechos simbólicos como el golpe de Praga o la ruptura entre la URSS y Yugoslavia; Francia vive el resuello de un invierno caliente que provoca incluso la movilización de sus reservistas bajo el gobierno Schuman; los congresos de intelectuales agrupan, en Polonia o en el Berlín Occidental, a los intérpretes

opuestos de la causa de la paz. Sin duda, uno de los símbolos olvidados de este inicio de la guerra fría son las elecciones legislativas del 18 de abril en Italia. Socialistas y comunistas deciden formar una alianza, el Frente Democrático Popular, cuyo resultado inmediato será una nueva crisis en el Partido Socialista, que ve salir a dirigentes de la opción autónoma. Ante la amenaza del triunfo de la coalición del PSI y del PCI, que no existe más que en la imaginación de quienes desean creerla, a uno y otro lado del espejo, la propaganda se vuelve frenética. Mientras Pío XII advierte a los católicos de la responsabilidad «mortal» en que se incurre si no se vota en defensa de los valores de la civilización cristiana, Estados Unidos amenaza con recortar su ayuda económica en una campaña que llega a provocar la protesta de Wallace, vicepresidente durante el tercer mandato de Roosevelt, que llega a señalar lo impúdico de una estrategia que amenaza a los padres con el hambre de sus hijos en caso de que voten de una forma poco satisfactoria. Ninguno de los problemas nacionales de fondo se encuentra presente: las elecciones no se realizan entre varias opciones legítimas, cuya veracidad se ha forjado en la aprobación de la constitución de que goza el país. Por el contrario, la Democracia Cristiana va presentándose como la única fuerza que puede evitar una caída en el espacio de gravedad del socialismo soviético. El ambiente de 1948 es el de una guerra civil fría muy distinta a la fase de movilizaciones que se produce en Francia por la actitud de los socialistas, dispuestos a compartir la suerte del Partido Comunista frente al riesgo de la instalación de un régimen democristiano. Cuando se conocen los resultados, el propio De Gasperi debe calmar a los sectores más radicales de su partido —incluyendo al propio entorno de Pío XII—, entusiasmados ante un resultado que les parece la condición para romper el delicado juego de equilibrios entre culturas populares diversas que ha realizado la Asamblea Constituyente. Con más del 48 por ciento de los votos, la DCI consigue la mayoría absoluta de los diputados. El peligro mortal del Frente Democrático Popular adquiere sus verdaderas proporciones, repitiendo el voto de 1946 con la resta de la escisión socialdemócrata: un 31 por ciento de electores vota por la alianza, mientras un 7 por ciento de socialistas se deciden por la opción autónoma de los seguidores de Saragat. A cambio de su triunfo espectacular, la DC ha

vaciado los fondos electorales de liberales, republicanos y qualunquistas, que de una suma del 16,5 por ciento de votos pasan a poco más del seis. En la extrema derecha del paisaje político, se apunta el 5 por ciento que consiguen sumar, testimonialmente, los monárquicos y los recién llegados neofascistas.[18]

La frustración de la izquierda solo es comparable a la de quienes esperaban que la DC pudiera pasar a una modificación de la Carta Constitucional. De Gasperi, demasiado inteligente para recibir tales encargos, sabe hasta qué punto las reglas de juego son intocables, especialmente porque responden a la situación *auténtica* de las elecciones de 1946, sin la carga emotiva y las presiones que se han recibido en las del 18 de abril. Por tanto, la política de coalición se mantiene aunque los gobiernos puedan tener carácter monocolor, pues la DC ha recibido millones de votos que no le pertenecen ideológicamente, y que deberán regresar a sus lugares de origen para asegurar la propia viabilidad de un sistema pluripartidista, donde la opinión burguesa laica tiene que disponer de áreas importantes de representación, capaces de ir atrayendo a los socialistas y de aislar al Partido Comunista. Las reglas del juego, además, no pueden arriesgarse a una modificación que desvirtuaría la obra de la Democracia Cristiana a ojos de un sector de su propia militancia, aunque pudiera agradar a otros. Este planteamiento de moderación, que supone el reconocimiento sagaz de un área amplia de centro más que de un régimen monopartidista, no impedirá la dureza con que De Gasperi se empleará en los cinco años siguientes, dedicados a consolidar el régimen y a orientarlo en una dirección verdaderamente irreversible *gracias a su flexibilidad* y a la generosidad con que se trata a las pequeñas formaciones, que ven en la Democracia Cristiana el núcleo inalterable de la mayoría gubernamental. Para hacerlo, tienen que sentirse parte del Estado y asegurar esa condición con un compromiso cultural de fondo: la restauración de un bloque social que no se inspirará en una cuestión confesional, sino en el acuerdo sobre la forma de gestionar el modelo de crecimiento italiano. Se trata, por consiguiente, de arrebatar a la izquierda comunista cualquier liderazgo en forma de alternativa capaz de reunir a socialistas y a pequeñas formaciones laicas. Haciendo de la Democracia Cristiana un partido polivalente, que

consolida un modelo social liderado por la burguesía italiana para hacerlo girar en fases más o menos aperturistas hacia el acuerdo con segmentos de la izquierda moderada, De Gasperi y sus sucesores establecen el verdadero régimen republicano, un sistema de representación orgánica sin más alternancia que la que se da en su interior, en una apariencia de perennidad que acabará por rendir a los socialistas, condenando al PCI a un exilio forzoso, donde fracasa el intento de construir el gran bloque nacional-popular alternativo al del partido católico. Mientras en casi toda Europa se confirman fórmulas que permiten la alternancia entre Democracia Cristiana y socialdemocracia, el esquema quedará roto en Italia por el mismo éxito del Partido Comunista a la hora de crear una subcultura propia, a la espera de que el socialismo pueda y sepa romper su alianza con el PCI, aunque solo para ganar un espacio a la sombra del partido católico.

Esta orientación no se realizará sin conflictos intensos durante la primera legislatura, que se alarga hasta el año —también crucial internacionalmente— de 1953. Las movilizaciones de 1948, tras el atentado sufrido por Togliatti, que llevan el país al borde de un conflicto armado interno, permitirán a De Gasperi romper la unidad sindical dirigida por los comunistas, dando un paso más hacia su expulsión de las áreas de gobierno social. La creación de la Confederación de Sindicatos de Trabajadores en 1948, a la que se suma la Unión Italiana de Trabajadores de influencia socialdemócrata, deja solos a los sectores más radicales del socialismo y a los comunistas en la poderosa CGIL, aunque tiene la virtud añadida de arrasar el último reducto de consenso nacional heredado del espíritu de la Resistencia. El régimen saldrá adelante con el juego de equilibrios entre pequeños partidos y la Democracia Cristiana ya citado, pero también con una combinación flexible entre la política de represión del ministro del Interior, Scelba, y la orientación reformista que se realiza aprovechando los recursos inmensos del Plan Marshall. Esa mezcla de hegemonía electoral, preservación autoritaria del orden público y empuje de reformas esenciales —como la intensa reforma agraria que se produce en el sur— constituye buena parte del esquema de poder democristiano, a lo que debe sumarse una renovada potencia de asunción de vínculos clientelares. Para las clases dirigentes italianas, la Democracia Cristiana es ya una opción política sin

alternativa posible, un partido en el que solo cabe influir, pero que nadie puede esperar sustituir por una opción que pueda fraccionar el bloque tan milagrosamente obtenido. No hay, por tanto, posibilidades a la derecha: ni siquiera las que pueden suponer una tentación de ir a territorios de caza de un neofascismo que consolida opciones de representación local muy considerable, en coalición con los grupos monárquicos. No hay anticomunismo más creíble que el que es capaz de articular la Democracia Cristiana, y será ella la que decida la forma en que ese frente cultural y social puede ajustarse con la ayuda de los diversos partidos satelizados, que en conjunto representan una parte apreciable de la opinión, pero que son conscientes de *existir* políticamente en el sistema solar democristiano. El único error de De Gasperi, que le muestra las reticencias de su propio campo de juego plural, es el intento de hacer triunfar una ley electoral que conceda dos terceras partes de la representación parlamentaria al grupo de fuerzas que obtenga la mayoría absoluta de los votos. La ley recuerda tanto los criterios del *listone* fascista de 1929, que muchos electores moderados se deciden a salvar las instituciones modificando su voto. Para los dirigentes democristianos del centro y de la izquierda, el mensaje ha quedado claro: el régimen tiene que ser implícitamente democristiano y, en todo caso, debe mantener las condiciones dignas de una pluralidad que no permite la alternativa, pero tolera la alternancia de coaliciones. Las elecciones de 1953 corroboran lo que podría ser una impresión. Lejos del peligro de una victoria de la izquierda, el voto se reequilibra haciendo perder algunos dígitos a la DC, que conserva aún un 40 por ciento de los sufragios. El Partido Comunista supera ampliamente a los socialistas, condenándolos a una nueva crisis de identidad que concluirá al final de la década: 22,6 del PCI frente al 12,7 por ciento del Partido Socialista. Socialdemócratas, liberales y republicanos suman casi un 10 por ciento, y los monárquicos alcanzan su mejor resultado, próximo al 7. El Movimiento Social Italiano, concluida su fase constituyente, consolida lo que será su línea de resultados durante toda la República, acercándose al 6 por ciento de los votos.

La extrema derecha italiana moverá sus piezas en un campo de legitimidad muy distinto al que ha podido contemplarse en Francia. Para una parte amplia de la opinión, la experiencia mussoliniana previa a Saló ha sido una *vicenda* asumida con niveles de aceptación elevados, algo que en nada se aproxima a la unanimidad que solicita y presume el régimen, pero tampoco al aislamiento de una pequeña guardia pretoriana que desea dibujar la oposición. El fascismo es contemplado como una fase propiamente italiana, en nada ajena al país, aunque su escandalosa derrota y, sobre todo, su voluntad de alargar el conflicto en suelo italiano después de 1943 le arrebata la benevolencia que podía haber disfrutado. Fundamentalmente, el fascismo pierde, de una forma mucho más clara de lo que le ha ocurrido en el episodio francés, su capacidad de integración de un bloque histórico. Pierde su habilidad para forjar una alianza social y geográfica, sectorial y territorial, que se constituye en una cultura nacional, aunque se trate de una primera experiencia de organización de un Estado con base de masas por parte de la burguesía italiana. Ese mérito arquitectónico del fascismo le será usurpado por los errores sucesivos de su entrada en la guerra y su opción por el conflicto civil tras el desembarco aliado. El fascismo acaba erosionando su capacidad de articular un gran espacio de fusión social, de cohabitación de intereses, de movilización en torno al mito de la comunidad popular, sabiamente mezclado con la permanencia de instrumentos clientelares que mantiene a través de los recursos tradicionales de atención, promoción y lealtad sociales. La guerra —o, para decirlo con más precisión, la derrota y la guerra civil— acaba construyendo un antifascismo de masas y una legitimidad alternativa más creíble. Si el fascismo había sido un proceso de nacionalización de las masas en sentido autoritario, la guerra civil permitirá fabricar un consenso de masas en un sentido democrático. El fascismo ha perdido, especialmente, su doble carácter de movimiento de rebeldía y de conformismo, de revolución y de prevención, de transformación y de control social. El fascismo revolucionario ha buscado el camino difuso e ilegítimo que conduce a Saló. El fascismo de la reacción es capaz de diluirse rápidamente en busca de formas de expresión políticas alternativas. No se constituye solo el antifascismo, sino también el posfascismo.

El escenario de la unidad nacional construido pacientemente por democristianos y comunistas, al que se suma el resto de las fuerzas políticas hasta el enfrentamiento de 1947-1948 se construye mediante la negación de la legitimidad del régimen mussoliniano. La misma elección para una Asamblea Constituyente, el proceso de depuración de responsabilidades y la prohibición de cualquier intento de reconstruir el partido fascista son ejemplos de esa trayectoria. En los años que siguen al final de la guerra, la extrema derecha, expresada durante tanto tiempo en el sintetizador fascista, se expresa en una oposición genética con el régimen, algo que no comparte con ninguna otra fuerza y, por tanto le concede una primera identidad negativa. Es una ideología vencida, repudiable, cuyos exponentes máximos han traicionado a su país llevándolo a los desastres de la guerra. Por ello han pagado, en algunos casos con su vida, en otros con su libertad. Siempre, con su exilio interior, con su condena a ser extraños en el paraíso del nuevo régimen, anacrónicos sujetos que pasean sus andrajos ideológicos tratando de provocar la resurrección de un pasado incómodo. Antes de que se apruebe la nueva constitución, los mismos sectores que han apoyado tanto tiempo al fascismo lo negarán tres veces, permitiendo su caída en solitario, tolerando su espectral vivencia en Saló y agrupándose en torno a la Democracia Cristiana o el Partido Liberal. La confusión en que se encuentra la ciudadanía es explicable, cuando el mismo Gran Consejo Fascista fue capaz de votar un orden del día favorable a la caída de Mussolini. ¿Iban a ser más leales al régimen los italianos de a pie, quienes habían convivido con el fascismo de una forma poco frenética, adscritos a una actitud de defensa de la supervivencia cotidiana, de los méritos sociales y políticos del régimen más que de su exaltación ideológica radical? La transición permite descubrir la fragilidad de fondo del régimen, el carácter inestable de aquella poderosa coalición, cuya duración permitió pensar en su carácter inmutable. No resulta casual, en estas condiciones, que la fundación del Movimiento Social Italiano nazca, precisamente, de quienes han sido más leales al fascismo-movimiento que al fascismo-régimen, de quienes se inspiran en el radicalismo de primera o última hora, más que en las condiciones de normalidad que ha dado una base de masas y un giro hacia el pragmatismo y la cierta despolitización del *ventennio*.

A finales de 1946, cuando ya se ha realizado la elección a la Asamblea Constituyente y se han promulgado las primeras leyes de amnistía, se produce la constitución de un partido cuyo nombre quiere evocar, de forma retadora, la experiencia de Saló: Movimiento Social Italiano. La misma adjudicación de la dirección va a parar a un joven funcionario de la república de Mussolini, Giorgio Almirante. Desde luego, los voluntarios para obtener cargos de responsabilidad en la pequeña formación tampoco debían formar una multitud: ¿cuántos jerarcas del *ventennio* acuden a sus filas? Quienes han roto con Mussolini en 1943, como Bottai o Grandi, se encuentran en el exilio o dispuestos a considerar el fascismo como experiencia cancelada. Quienes se han resignado al cambio de cosas sin desempeñar un papel importante, en especial viviendo al sur de Roma, siguen manteniéndose a la expectativa y han optado por buscar un instrumento de defensa política en el voto moderado o en el populismo del Uomo Qualunque. Los radicales más célebres han sido fusilados en las carreteras o junto a los lagos del norte. Los dos años de guerra civil han ido cerrando un espacio de lealtad, de permanencia en el campo del fascismo, que se ha divido obligando a quienes siguen siendo fieles a Mussolini a seguirle en una aventura que muchos consideran ajena a la experiencia del fascismo de los años previos a 1943. Esa lentitud del cambio, con la guerra de posiciones cuya frontera se ha instalado en Roma hasta 1944, en Florencia hasta 1945, obliga a un ritmo de aceptación del nuevo orden de cosas que le imprime una cierta naturalidad, un cierto fatalismo, una racionalidad histórica en la que el fascismo recupera su utopía y su aislamiento. En buena medida, la creación de un grupo neofascista carece de la *utilidad* social de que dispuso el primer fascismo. Su marginalidad no es el resultado de la derrota, sino de su ausencia de actualidad, como vimos en el caso francés. Carece de una legitimidad más honda que la que concede la constitución: le falta la certeza compartida por muchos de ser *necesario.* Si consideramos la correlación de fuerzas que se produce en la posguerra y la forma en que va reconstruyendo el bloque dirigente de la Primera República, el encaje entre la Democracia Cristiana y los pequeños partidos laicos moldea una configuración precisa, posible, oportuna, en la que el

fascismo no tiene espacio posible. Que la extrema derecha del sur se exprese, aún en 1953, más en favor de los monárquicos que de los «misinos» puede medir la magnitud de la tragedia.[19]

La explicación de un *polo escluso* de la política italiana, sin embargo, resulta convincente en la medida en que se comprendan los límites de su exclusión y la función de su marginalidad. Pues ese carácter marginal no significa, a medio plazo, la ausencia: supone una amenaza, un anuncio, un riesgo tangible que puede usarse para consolidar otras opciones. Hasta 1953, ciertamente, estamos hablando de un *caballero inexistente*, pero no en el sentido de una desaparición completa del escenario de la política, sino en la acepción de un lento paso de la *ausencia* a la *marginalidad*. Lo cual significa entender que ese arrabal político, ideológico y electoral, no es desdeñable aunque no tenga una masa de habitantes notable. No es, en primer término, desdeñable en algunas zonas del país, donde llega a disponer de una presencia que impide la ilegalización del partido en 1952, como pretendía hacerlo la ley Scelba. Es, por consiguiente, casi desde el principio, un partido electoralmente potente en ciertos episodios como las elecciones locales. No es desdeñable, además, por algo mucho más importante, que conviene a la Democracia Cristiana y explica la tolerancia con un partido que es, manifiestamente, el heredero del fascismo: su ocupación del espacio de la extrema derecha a ojos de la población —aunque el término sea negado por sus militantes— permite a la Democracia Cristiana aparecer como un partido centrista, legitimado por el antifascismo, que nada tiene que ver con quienes se organizan en el MSI para mantener encendida su nostalgia y su esperanza de restauración. Permite al Partido Liberal tratar de construir un espacio laico conservador, que posee también la partida de nacimiento de la Resistencia. Permite, más allá de lo que suceda a escala institucional, que el bloque social en el poder pueda crear *la política*, como escenario de conflicto y aceptación de la pluralidad, teniendo a un partido de la extrema derecha *en ejercicio,* haciendo propuestas de rectificación republicana, en cuya negación el sistema vuelve a legitimarse constantemente. No hay que excluir, en las fases de mayor desarrollo del MSI, que el partido tendrá otras funciones, como la canalización de un descontento antisistémico de un sector de la

juventud, la presentación de alternativas de carácter autoritario-golpista o la agrupación de una opinión pública que puede volcarse —como ocurrirá a comienzos de los setenta— en defensa del orden público *también* a través de un MSI, haciendo que su marginalidad sea relativa a la hora de medir los conflictos *dentro del sistema* del que el MSI está excluido. Se trata, en todo caso, de su función de la legitimación desde fuera que ejerce el partido, que Marco Tarchi ha comentado como uno de los motivos de la tolerancia hacia esta formación, de la propaganda que se le hace y que le permite cierta expansión.

La decisión de constituir el MSI no obedecía, por supuesto, a esos criterios de marginalidad útil que se han propuesto. El MSI no quiere representar a un sector social concreto, como ocurre con los partidos de clase, no es un partido confesional como le pasa a la Democracia Cristiana y, tampoco, un partido de opinión como pueden serlo, en la derecha o la izquierda moderadas, los liberales o los republicanos. Es un partido de opinión en sentido mucho más denso, propiciado por esa ilegitimidad en que se encuentra, el aislamiento y la hostilidad de ambiente, que le ofrece mayores cupos de resistencia y solidaridad interior. Es un movimiento de creyentes, reunidos en torno a una idea, a una mitología, a una reivindicación de dignidad moral, de obra bien hecha y de expectativas frustradas por la mala fortuna de los acontecimientos. Tiene mucho más que ver con un afán de reivindicación original, como lo señalan las *Orientaciones* que se publican como primer y esquemático programa del partido, recuperando los principios radicales del Congreso de Verona. Es el resultado de querer dignificar la experiencia del fascismo a través de su «purificación» en la trayectoria de Saló, cuando el régimen se vio libre de sus contaminaciones. En esa medida, el neofascismo del MSI inicial se corresponde con una ruptura con el *ventennio* asumida desde el fascismo mismo.

En su continuidad, en su pervivencia, las cosas se hacen más complejas, en la medida en que el partido se extiende más allá de un pequeño núcleo senatorial, de viejos dirigentes que solo se reúnen para comentar un pasado que se extingue junto a las cenizas del hogar. En el momento en que se pretende la primacía de la acción política, el partido habrá de señalar que se

trata de mezclar esos signos de identidad radical con el ajuste a una estrategia de compromiso: en definitiva, la *doppiezza* que el PCI ha elaborado magistralmente desde la *svolta* de Salerno. En muy poco tiempo, incluso para un MSI que va haciéndose con un lugar en el sol del paisaje democrático, la experiencia del *ventennio*, ya sea en sus aspectos más moderados, conservadores y clericales, o en sus intenciones de informar una síntesis ideológica y social, es el verdadero punto de referencia. Saló es, con todas sus dosis de heroísmo y fascinación para los jóvenes misinos, un accidente provocado por el choque de la derrota, un estado de embriaguez causado por la descomposición del régimen. Por consiguiente, contra lo que podrían afirmar algunas historias algo idealizadas de este primer MSI, en sus orígenes mismos se encuentran cuadros moderados que solo utilizan la reivindicación de Saló como una forma de fijar unos límites más profundos, en un ambiente de solemne hostilidad. La radicalización «identitaria» de los primeros misinos se corresponde, a la presión atmosférica de un régimen que también exagera la unanimidad de su combate antifascista, la base de masas de oposición al sistema anterior, la larga trayectoria de su resistencia. Durante los primeros meses se tratará de ese apunte de reflejos mutuos, y por ello la génesis del MSI se sitúa en relación con los grupos clandestinos de propaganda, en especial con los Fascios de Acción Revolucionaria de Pino Romualdi. Tengamos en cuenta que en la actividad de estos pequeños movimientos no se trataba tanto de construir *de nuevo* el fascismo que de dar un testimonio de pervivencia, de afirmar un pasado en el presente, una resonancia en la atmósfera republicana, recurriendo a golpes de efecto que en ningún caso pueden interpretarse como un intento de pasar a la lucha armada. Los mismos FAR llegan a creer que la estrategia del fascismo debe ser la de ir introduciéndose en los partidos del área conservadora, para ir destilando valores del fascismo en ese ambiente.

Que la elección de tales lugares tenga que ver con el monarquismo, el liberalismo o el qualunquismo señala hasta qué punto pueden tomarse en serio los factores «revolucionarios» del primer MSI, aunque haya que considerar muy atentamente la seguridad con que se desea marcar una diferencia, una negativa a aceptar el orden republicano, una extrañeza con respecto a la democracia: esa transgresión no puede confundirse con una

actitud de «izquierdas», sino con una falta de resignación, con un sentido de la «protesta» que puede tener actitudes perfectamente reaccionarias y valores que se enfrentan, precisamente, a la agresión a las viejas costumbres. Más importante es superar, en el análisis, el aire emotivo que pueden contagiar estas formaciones al historiador. Si el Movimiento Social Italiano se impone a la miríada de grupos que enarbolan la enseña del fascismo en 1946 y 1947, es por la solidez de una estrategia que está diseñándose con mano más firme de lo que se cree. El MSI no quiere, como él mismo indicará, a comienzos de la siguiente década, ni «renegar ni restaurar». Sabe que la reconstrucción del régimen es un absurdo porque ha medido perfectamente el cambio de época en que se encuentra, la deserción de los creyentes y la fuga de los clientes, la ruptura del bloque del poder creado por el *ventennio*, el descrédito padecido por el recuerdo inmediato de la guerra. Por tanto, la aspiración a la restauración arde solo en la cabeza de algunos jóvenes tan poco sensatos como quienes fueron a buscar la muerte bella y segura en las Brigadas Negras. Si la restauración es imposible, lo que se desea hacer al agrupar este pequeño núcleo es algo más que dar satisfacción a la nostalgia. Desde el principio, desde las primeras pruebas electorales —como las administrativas de Roma de 1947, cuando el MSI obtiene un 4 por ciento de los votos—, los misinos saben que existe un área de caza, un territorio que puede seguir expresando su lealtad al fascismo que se presenta en los términos de una continuidad modificada. Saben que existe un área donde la identidad genitiva del viejo régimen continúa teniendo un alto valor de cambio. Si «no restaurar» significa perder la ilusión de hacer del MSI el eje vertebrador de la coalición mussoliniana, «no renegar» significa continuar aspirando a agrupar un bloque social equivalente, donde los misinos no tendrán una función hegemónica, pero donde su existencia resultará indispensable. El MSI no se presenta, ni siquiera desde el principio, ni siquiera en sus corrientes más radicales, como el partido de la alternativa nacional a solas, sino como la base para construir un ámbito plural que incluya a la Democracia Cristiana, a los monárquicos, a los liberales… incluso, de acuerdo con algunas propuestas, al ala derecha de la socialdemocracia. Eso es lo que significa «no renegar»: junto a su carácter simbólico de *asumir históricamente* el

régimen mussoliniano, se trata de *afirmar políticamente* una oposición nacional cuyo objetivo será crear un gran polo de la derecha anticomunista. Para los más optimistas, el desenlace final podrá ser el triunfo de los misinos. Para los más sensatos, se trata de consolidar un espacio que exija la negociación al resto de la derecha. Los herederos de Saló, de la República del «socialismo fascista», del «fascismo rojo», saben perfectamente hacia dónde puede articularse su alternativa. Y, en este sentido, su realismo tiene la dignidad de los pragmáticos, aunque tal vez le falta la ilusoria grandeza de los soñadores.

Esta estrategia es la que permite la fundación de un Movimiento Social que aspira a ser partido burocrático, electoral, de masas. Con gran cohesión ideológica y no menos capacidad de compromiso. Esa disposición desatenta a los prejuicios puede observarse en el voto de muchos fascistas en favor de la monarquía como mal menor, en el referéndum de 1946, y en los acuerdos de gobierno local con el partido monárquico en 1951 y 1952. Para los autores de esta estrategia, el MSI tiene que disponer de la autonomía que precede a cualquier capacidad de pacto; debe tenerse el perfil propio que se antepone a cualquier posibilidad de construir un lugar común. Se trata de construir una expresión política neofascista que no agota la base social del fascismo clásico, sino que quiere construirla de una forma plural. Esa base social propia, reclutada entre los creyentes, entre los intransigentes, entre los más duros, existe y ha sido demostrada en los primeros procesos electorales. Es una base sólida, firme, que se contempla y sobrevive en sus afirmaciones rituales de identidad. Pero padece una reiterada limitación, el techo electoral del millón y medio o dos millones de votos. Esa fuerza, en comparación con la que tienen partidos gubernamentales como los republicanos, los liberales o los socialdemócratas, no tiene nada de despreciable. Pero solo puede ser operativa como base para un encuentro, como fichas que permiten jugar en la mesa de las grandes apuestas. Al realizar el examen de las tensiones internas del partido, podemos simplificarlo recurriendo a una oposición constante entre un ala intransigente y un ala atenta al compromiso. En la realidad más sinuosa, más abierta a las contradicciones, al temor a la desaparición, a la impaciencia, a la necesidad de premiar a los militantes con

responsabilidades, a la fuerza de que disponen los viejos elementos de identidad, las relaciones son más porosas. El debate podrá darse entre quienes priman la identidad y quienes priman el compromiso, pero nunca se dará entre quienes *solo* se plantean la identidad neofascista, queriendo reproducir la exactitud del régimen caído, y quienes *solo* atienden a una polivalencia de alianzas que suponga renunciar a la propia esencia del partido, a sus datos de identificación, a su código celular. A diferencia de lo que ocurre en la extrema derecha francesa, esa trayectoria se producirá en el seno de un solo partido, incluso de un liderazgo muy poco renovado. Pero la tensión interna fundamental será muy semejante: cómo constituir una zona de pertenencia, de parentesco primario, de filiación obvia, *desde la que* se puede ofrecer un gran pacto para reconstruir la síntesis de la extrema derecha en la primera mitad de siglo. En la segunda mitad, esa síntesis se realizará en los términos de un movimiento nacional-populista autoritario, que tenderá a *condicionar* una política de la que el fascismo ha sido expulsado. En esa tarea condicional, el nacional-populismo podrá llegar a romper los marcos legales constituidos para reconstruir una nueva legalidad más favorable. Pero, en los años que siguen a la Segunda Guerra Mundial, cuando se trata de sobrevivir, de mantener los vínculos, de repartir precarias publicaciones y realizar tareas de rehabilitación, la extrema derecha se conforma con menos. Lo fundamental, desde el principio, es aceptar la derrota en sus términos políticos y no solamente militares: aceptar el carácter cultural del cambio que se ha producido, la entrada en una sociedad distinta en Italia y en su entorno. Y ello implica responder a la pluralidad del bloque social a constituir *siendo una parte* de un polo nacionalista, autoritario, conservador, populista, de fuerte impregnación clerical, anticomunista, occidentalista y cada vez atlantista. Para ser una parte debe existirse como zona autónoma, como algo a tener en cuenta: y ese valor debe hacerse visible en procesos electorales que arrancan de la soledad, incluso de la marginación. Soportar ese largo viaje desde el fin de la noche debe poner a prueba la capacidad del neofascismo para ser factor indispensable en el proceso constituyente del polo neoconservador. La identidad y el compromiso son, de esta forma, dos aspectos que se oponen

analíticamente y se complementan en su desarrollo político: dos piezas que solo se mueven en su mutua dependencia, que solo tienen utilidad en su mutuo encaje.

La formación del MSI se realizó superando un estado de atonía del neofascismo que se compensaba con el impacto de algunas acciones espectaculares, como el robo de los restos de Mussolini o la emisión de *Giovinezza.* El silencio ambiental se rompía, además, con la profusión de órganos de expresión que iban estableciendo líneas de resistencia a la lógica de la liberación: *Rivolta Ideale,* de Tonelli, o *Meridiano d'Italia,* de Agazio, disponen de una extensa difusión y de una duración apreciable, que se prolonga hasta finales de la década siguiente. Mientras *Rivolta Ideale* aparecerá como el órgano más vinculado a la ortodoxia del MSI, *Meridiano d'Italia* irá tomando actitudes de distanciamiento desde la intransigencia del fascismo republicano, en especial cuando se haga cargo de su dirección Servello, tras el asesinato de Agazio en 1947. La profusión de órganos de prensa permite medir una *presencia* desarticulada, sin más coherencia que la protesta ante la amnesia colectiva y la falsa unanimidad del antifascismo. Sin embargo, esos defectos permiten situar los indicios de una supervivencia y las dificultades del nuevo régimen para controlarla. La misma trayectoria de L'Uomo Qualunque, al hacerse portavoz de la protesta de la sociedad frente a la política, actuará en *una de las zonas* culturales del fascismo. Desde luego, no en la que se refiere a la potencia del Estado y la destrucción del individualismo; no la que se burla de la vida burguesa y exalta el heroísmo; pero sí la que *también* ha representado el fascismo en el sur: la defensa de los pequeños, de las experiencias locales, de la sociedad, del sentido común privado, frente al poder total de la burocracia sin alma, frente al Estado fiscalizador, frente a la depuración que castiga a los menos responsables y los más débiles. Ese primer refugio es, como el Partido de Acción, una fuerza de circunstancias, una protesta que en ningún caso deviene propuesta. Por otro lado, los ataques al fascismo de Giannini provocarán que *Rivolta Ideale* le dedique numerosas tribunas, insultando su espíritu confuso, su función estupefaciente entre sectores de la clase media que podrían sentirse ofendidos por la cultura del Comité de Liberación Nacional.[20]

En su primer documento, el *Apello agli italiani* que redacta Pino Romualdi, y en los textos de la campaña electoral que desarrollará en 1948, el Movimiento Social Italiano mantendrá como principio hacerse un lugar *diferenciado*, única forma de ganar el voto de los más leales a la experiencia fascista, pero también de lograr un espacio que, en caso de falta de claridad, habría ido a buscar zonas de representación más seguras. Bajo la primera secretaría de Almirante, el partido destaca los principios de la Carta de Verona, mezclando hábilmente dos elementos que pueden resultar contradictorios: la socialización y el corporativismo. Mientras el segundo corresponde a un mito social del fascismo-régimen, propio de la conciliación autoritaria de clases, el primero implica la quiebra del principio de propiedad y la superación del liberalismo económico. Tratados como factores complementarios e incluso equivalentes en un principio, confundidos en la propaganda almirantiana, la trayectoria misina habrá de ir inclinándose por el principio corporativo como corrección de las relaciones laborales, sin tocar los principios liberales de la propiedad. Otros aspectos, como la negativa a aceptar una paz deshonrosa o la búsqueda de una Tercera Vía que hace iguales los dos bloques mundiales, se manifiestan también en las primeras fórmulas propagandísticas, aunque la oposición a las potencias vencedoras por el trato dado a Italia irá suavizándose al plantear con energía, ya en las mismas elecciones de 1948, el compromiso anticomunista y la defensa de Occidente como elemento sustancial de la ideología misina. Esta delimitación ideológica fue acompañada, *inmediatamente*, de la oferta de espacios de colaboración con los grupos de la derecha. En 1947, el alcalde democristiano de Roma pudo hacerse con el cargo gracias a los votos de los regidores del MSI y, en los años siguientes, los pactos para gobernar ciudades en la zona meridional se dirigieron siempre a cerrar el paso a la izquierda y presentarse como una pieza indispensable para hacerlo.

En las elecciones de 1948, cuando el país se escindió en dos mitades que amenazaban el consenso constitucional, el Movimiento Social sufrió el mismo desgaste que el resto de las fuerzas conservadoras. Su influencia directa se consumó tan solo en su clientela más leal, aquellos sectores cuya oposición al sistema resultaba inmune incluso a la amenaza del triunfo del

Frente Popular. El 2 por ciento alcanzado con mucho esfuerzo se limitó, por otro lado, a la zona meridional: cuatro de los seis diputados fueron elegidos en distritos del sur, y otros dos —Almirante y Michelini— consiguieron su escaño en la lista nacional. El desplazamiento hacia el sur respondía, como ya se ha indicado reiteradamente, a las dificultades para hacer campaña en el norte, donde había nacido el fascismo y donde se había instalado la guerra civil. El fascismo del sur había sido el fascismo del régimen, el fascismo moderado, el fascismo mussoliniano, más vinculado a los principios conservadores de propiedad, patria, familia y orden que a la imaginería revolucionaria del grupo milanés o de quienes habían de combatir el comunismo del norte con la represión y con la oferta de «otra revolución». Además de los problemas para llevar adelante la campaña, con todo, la orientación del neofascismo hacia el sur —y, en realidad, del conjunto de la extrema derecha, si tenemos en cuenta los resultados monárquicos y de los sectores más reaccionarios del liberalismo— respondía a las estructuras sociales del país, a la cuestión meridional. Los ámbitos de sociabilidad construidos en el norte, de la mano de la DC, o en el centro, de la mano del PCI, desaparecían en una región de abandono del Estado y clientelismo, donde podía recordarse, además, un fascismo esforzado en una atención que ningún otro régimen había tenido por los problemas meridionales. Ese sur, que reúne más del 40 por ciento del territorio y el 37 por ciento de la población en 1951, ha llegado a experimentar la tentación separatista con el Movimiento Independentista Siciliano en 1944. La separación ha podido verse como una opción para los terratenientes que desean librarse del control de una burguesía emprendedora en el norte y de un Estado moderno, pero puede adquirir prestigio entre masas abandonadas, que se condenan a la emigración a Estados Unidos o cuya suerte se contempla solo en términos de atracción de población por el norte, único polo de desarrollo en el que se piensa. Empobrecido, árido, reuniendo buena parte de los cinco millones de analfabetos que Italia declara en 1949, el sur es más que una designación geográfica: perfila un carácter que afecta al conjunto de Italia impidiéndole la construcción verdadera de un sentido nacional. La reforma agraria realizada a comienzos de la década siguiente por De Gasperi llevará a cabo

expropiaciones y repartos notables, pero no podrá romper la rutina de una cultura política que desconfía de los burócratas de Roma. Durante casi toda su historia, el Movimiento Social pasa a tener su zona de abastecimiento en el sur, lo cual le convierte, además de un representante fragmentario de una opinión excluida, en la expresión de una región satelizada: es el voto de la marginación y del atraso.

Sin embargo, esa condición le otorga el impulso que necesita para no ahogarse en su primera experiencia electoral y no desaparecer, como lo hará el Partido de Acción o el qualunquismo, e incluso la opción monárquica algo más adelante. Sin disponer de posibilidad alguna de llegar al gobierno, el MSI puede sobrevivir sobre una base militante mucho más firme que la de otros partidos, que se extiende a una organización sindical, la CISNAL, y a una organización de jóvenes, el Frente Universitario de Acción Nacional (FUAN), ambos constituidos en 1950. En ese mismo año, la dirección del partido desplaza a Giorgio Almirante, demasiado identificado con Saló, y asciende a la presidencia del partido al moderado Arturo de Marsanich. Bajo su dirección, que permite superar la primacía de los debates ideológicos internos, el partido asume la construcción de una primera zona de entendimiento estratégico con la derecha, dirigiendo sus esfuerzos al Partido Nacional Monárquico.[21] En las elecciones administrativas de 1951, el MSI consigue superar el 10 por ciento de los votos, llegando a colocar la coalición con los monárquicos como primera fuerza en capitales de provincia como Salerno, Nápoles, Bari, Foggia, Lecce y Benevento. Con estos resultados, el partido no solo salva la posibilidad de su ilegalización, sino que puede presentar a la Democracia Cristiana una zona de «incertidumbre» electoral, un posible hueco de fuga de votos hacia opciones más autoritarias y conservadoras una vez ha pasado la fase excepcional tiznada por la amenaza del Frente Popular. Marcado el territorio propio, el III Congreso permite a Marsanich ofrecer una aproximación en temas delicados, como el de la OTAN o el de Trieste. La resistencia de la izquierda será resuelta con expedientes disciplinarios, mientras la alternativa que podía representar Almirante queda en silencio, a la espera de que su estrategia de *doppiezza* pueda expresarse con mayor claridad, cuando fracase el discurso unívoco del entendimiento. Para la

mayoría del MSI, incluyendo a los sectores más críticos, y exceptuando solo a los seguidores de Pino Rauti, que no tardarán en abandonar el partido para dejar de hacer política propiamente dicha, el Movimiento Social tiene que afirmar una posición de fuerza desde la que ir consolidando una fuerza condicionante. Es menos que la revolución nacional, pero bastante más que la marginalidad anecdótica. Los resultados de 1953 confirman la bondad de esta estrategia *para el conjunto de la extrema derecha* italiana: los misinos pasan del millón y medio de votos, obteniendo 29 diputados, mientras los monárquicos alcanzan el 6,9 por ciento. Los votos neofascistas siguen residiendo en el sur y en las islas, que agrupan más del 60 por ciento de los sufragios misinos, algo que prácticamente no habrá de modificarse hasta los años noventa. Sin embargo, al contrario de lo que propone Lauro a la DC, el Movimiento Social no quiere presentarse como un partido regional por vocación, sino solo de facto. Aun cuando Almirante pueda llevar su discurso a referirse a la representación del proletariado interno del país, refiriéndose al Mezzogiorno, los misinos mantendrán su estrategia en términos de ser la verdadera derecha nacional. La única fuerza que desea establecer el país sobre esa mayoría auténtica, negando el artificio de la Liberación.

El barón rampante. La Italia del «milagro económico» y las estrategias de la extrema derecha (1953-1968)

El período constituyente y la guerra fría habían vertido sobre el paisaje político italiano líquidos irritantes o balsámicos que proporcionaban un aspecto transitorio, excepcional. La gran unidad antifascista había forjado un área de legitimidad muy amplia, en la que las diferencias estratégicas, incluso culturales, habían cedido el paso a una atmósfera de convergencia, haciendo del proceso fundacional de la República la desembocadura de diversas corrientes, la mezcla de tonalidades distintas, la confusión de sonidos dispares en un solo escenario del que emergía la unidad argumental de la democracia. Esa polifonía armónica sacrificaba la oposición de ideologías en favor de la disciplina orquestal, en una interpretación que había de aceptar los diversos instrumentos políticos del antifascismo. Ya se ha visto que las condiciones de esa cohesión se realizaban con tanto mayor entusiasmo cuanto mayor era el recuerdo de un país interpretando otra melodía con no menos satisfacción e incluso entusiasmo. La energía con que se ejecutaba la pieza debía ser la necesaria para evitar la cacofonía de una intrusión de la extrema derecha reivindicando el régimen caído, y menos aún haciéndolo en nombre del consenso del que había disfrutado durante más de veinte años. La unanimidad creada en la Resistencia fue cercenada por un proceso que se inducía por las condiciones internas surgidas de las luchas ideológicas propias del país, y las que se ajustaban al fin de la luna de miel entre las potencias que habían vencido en el conflicto mundial. Si la guerra había tenido un contenido cultural profundo, señalando el enfrentamiento entre dos modelos de civilización, la posguerra había de revivir la misma oposición entre dos concepciones distintas, mutuamente revocables, contradictorias en lo más íntimo de sus criterios de organización social. La jornada electoral del 18 de abril de 1948 vino a concentrar, en esa *giornatta particolare* que convocó a los italianos entre amenazas y esperanzas, el espíritu más adverso de esa contienda que solo con un eufemismo se puede llamar «fría». La intensidad de las emociones despertadas en ese período no eran una ilusión, sino que procedían de apuestas sociales que dividían al país dramáticamente, en una oposición que

contemplaba un alto riesgo para el vencido. Sin embargo, cuando llegó el siguiente proceso electoral, en 1953, que se acompañó de episodios internacionales tan importantes como la muerte de Stalin o el fin de la guerra de Corea, el ambiente político italiano había procedido a rebajar las condiciones de su radicalización. En ese momento, era poco probable que demasiados ciudadanos creyeran que la democracia estaba en peligro inmediato. Lo que estaba frente a ellos, más bien, era una fase de crecimiento económico dilatado, de superación de las condiciones materiales de la posguerra, de cambio de hábitos sociales y creación de consumo de masas: una transformación social que se completaba con la consolidación de las instituciones republicanas y con el ingreso en la normalidad, superando la exageración de la unanimidad de 1945 y el mórbido temor del gozne entre las dos décadas. Esta *normalidad* no supone, en absoluto, la carencia de conflicto, el abandono de las reiteradas crisis ministeriales o la renuncia a modificar el esquema de hegemonía de la Democracia Cristiana. No supone, tampoco, la evolución ideológica profunda en el seno de los espacios excluidos del régimen, sea el del Partido Comunista o el de la extrema derecha. Y no implica, desde luego, el estancamiento. Por el contrario, el largo viaje a través del fascismo será sustituido por el largo viaje a través de una República en expansión, solo interrumpido en la estación precaria del período 1945 a 1953.[22]

La referencia al «milagro» económico italiano, considerando el lugar en que se produce el episodio, puede mover a la sonrisa de los historiadores, como llegó a provocar la ironía de algún cineasta formado en el neorrealismo. Sin embargo, la analogía resulta de una utilidad laica indudable, porque el crecimiento económico, el consumo de masas y el cambio de sociedad fue contemplado por sus protagonistas como el advenimiento providencial de una nueva época, que *realmente* rompía con las condiciones de la generación de la posguerra, de forma mucho más demoledora de lo que podría hacerlo la retórica institucional. Fue esa modificación en el cambio de gustos, en el empleo del tiempo, en la concepción del espacio, en las facilidades del trabajo doméstico, en la organización de la empresa, en las historias que la clase media deseaba ver en la pantalla, en la progresiva apertura eclesiástica: en definitiva, fue ese

cambio en la cultura popular lo que provocaría la impresión de otro tipo de nacionalización, de socialización a través del trabajo, del consumo y del ocio, lejos de la socialización decretada por el fascismo o la que fue exaltada por el compromiso político de los primeros años de la democracia. La reducción de la *politización* puede expresar, para algunos, una mayor frivolidad pública, un abandono de una sociedad que enarbola principios intransigentes como señas de identidad. Pero expresa, también, el *traslado* de la toma de conciencia social a otras esferas donde lo político interviene con menos crudeza, para constituir valores en los ámbitos *cívicos*, de experiencia diaria que no se refiere a la designación ideológica de los partidos, sino a una forma de *ser parte* de una misma manera de obtener evasión, distracciones, reflejo de las aspiraciones populares en concursos calcados de Estados Unidos o en películas que expresan la voluntad de promoción de la clase media. La incomodidad de la izquierda ante lo que nombra, con acierto, sociedad de consumo, procede tanto de la renuncia a los valores de la austeridad y el ahorro como al alejamiento de esa movilización inmediatamente política, para buscar lugares de reconocimiento, de cumplimiento de experiencias comunes, de coexistencia de gustos, que disponen de una inmensa carga ideológica sin manifestarse en la forma de las siglas de una organización o en una propuesta electoral. Cuando se observa la crítica de los celadores de la ortodoxia del realismo socialista a los escritores acusados de ensalzar el individualismo o de sumirse en el pesimismo, puede considerarse la coincidencia de tal vigilancia con la que se ejerce desde la defensa de ciertas «buenas costumbres» o el temor a que se tenga una mala imagen de los italianos en el exterior del país, provocada por alguna tendencia artística que muestra los costos del crecimiento.[23]

En ese territorio intelectual que se aleja del compromiso de partido para mostrar la sociedad, sea para exaltar la benevolencia del progreso, sea para condenar las bolsas de marginación que produce, se encuentran creadores que podrán ser doblemente rechazados, por su condición de esteticistas, de frívolos o de morbosos buceadores en el magma mísero de algunos escenarios impresentables del «milagro». Mientras a Elio Vittorini se le acusa de haber olvidado la tensión moral de *Hombres y no* para entregarse a

una obra simbolista como *Il Sempione strizza l'occhio al Fréjus*, ya en 1947, a Cesare Pavese se le reprocha su preocupación individualista y, cómo no, una influencia americana de la que no ha querido desligarse, cuya máxima expresión sería un diario, *El oficio de vivir*, que nunca se refiere a asuntos colectivos, sino a preocupaciones estéticas y ansiedades de orden estrictamente personal. La evolución del verdadero instrumento de cultura de masas en aquellos años, el cine, puede indicarnos por dónde van las cosas, aunque sea con una referencia tangencial. En sus orígenes, lo que la crítica francesa ha denominado el «nuevo cine italiano», es un realismo que se ha originado en el Cinecittà fascista, de la mano de realizadores como Rossellini, Visconti, Puccini o Pietrangeli: su sentido del populismo cotidiano se convertirá, en la posguerra, en un neorrealismo que lo dignifica para construir, al mismo tiempo, una *temática* y un *estilo*, en especial con la irrupción de De Sica —el mejor narrador italiano, según Pavese—. Esa recuperación del pueblo *como sujeto* del que el cine pasará a ser especial cirujano, que tanto aplauso obtiene en los medios de una intelectualidad comprometida, se enfrenta enseguida a la condena de los sectores conservadores, que lamentan la visión que en el exterior se puede tener de esos italianos fieros, desarbolados y rencorosos que pueblan las pantallas, que nunca hallará un viajero que cruce el país, como señala la crítica menos indulgente de la derecha. El éxito de *Arroz amargo* será más atribuido a las excelencias de Silvana Mangano que a las condiciones sociales de los cultivadores denunciadas por De Santis, y la Democracia Cristiana lamentará la enjundiosa crítica realizada en películas como *Ladrón de bicicletas* a una falsa y ostentosa caridad que no resuelve la marginación insultante de los primeros años de la posguerra. La izquierda, sin embargo, habrá de desconcertarse cuando este realismo pueda rebasar la crispación para buscar una crítica sinuosa, benevolente, casi amistosa, que se confunde con la moderación del mensaje. De hecho, corresponde bastante bien a la propia relajación del ambiente, a la demanda de un público menos endurecido, que busca *otra cosa* cuando acude a un lugar de diversión y que cree que la sociedad que le rodea ya no tiene la lacerante pobreza de los tiempos de la constituyente. *Roma, città aperta*, podía convertirse en un símbolo de la lucha antifascista en la que católicos y comunistas combatían

y morían juntos; el cine negro de inspiración americana, como *Obsesión,* realizada aún en las postrimerías de la guerra, tenía la contundencia de una crítica social contemplada de una forma algo oblicua, pero aceptada por los espectadores de izquierda. Mas su inspiración extranjera, tan querida a los nuevos intelectuales del PCI, como un Pietro Ingrao que hace de esa influencia una de las bases de su conciencia política, podría abrir el paso a una desnacionalización del cine italiano que se enfrentaría a las propuestas nacional-populares del Partido Comunista. Por otro lado, el neorrealismo aceptaría el riesgo de deslizarse hacia la comedia de costumbres, que parece recrearse aún más en sus fuentes hollywoodienses, aunque destilen una crítica que se contempla como excesivamente blanda y fácilmente asumible por el régimen: el talento de De Sica en *Pan, amor y fantasía* o el de Pietro Germi en *Divorcio a la italiana* no pueden evitar que su éxito sea contemplado como la apertura de un espacio populista más que popular, patriotero más que nacional, evasivo más que cultural, por quienes esperan que el cine continúe siendo la punta de lanza de un espectáculo de concienciación de masas. Lo es, ciertamente, pero su adoctrinamiento irá en una línea distinta a la que se espera, reflejando lo que está sucediendo con el milagro económico, reproduciendo su dosis de frivolidad y de alegría desatenta, y dando a los espectadores las zonas de diversión que esperan hallar en las salas. El cine realista crítico se deslizará hacia formas de denuncia más complejas y minoritarias solo después de los acontecimientos del 68 y, en especial, recurriendo a una denuncia del «sistema DC», un poder omnímodo, tentacular, que no es solo el de un partido sino el de una ciudadanía indefensa frente a un Estado que penetra en todos los rincones de la sociedad y que actúa con impunidad. No se trata, pues, del protagonismo del pueblo anónimo que enardece los primeros tiempos del neorrealismo, sino de esa amenaza que, de hecho, viene a calcar el cine «de conspiración» americano con bastante fidelidad, para establecer con el público la complicidad en torno a algo que todo el mundo sabe y que consuela creando unas horas de simpatía por quienes sufren los designios del poder: ése en el sentido que pueden tener las obras de Dino Risi, Francesco Rosi o Elio Petri a comienzos de los setenta. Mientras tanto, otro de los fundadores del neorrealismo, Luchino Visconti, ofrecerá dos formas

complementarias de escapar de la normativa del realismo social militante. Por un lado, creará obras de una fuerte impregnación existencialista, atentas a la suerte de un individuo que escapa a los moldes del colectivo, como en su adaptación de la obra de Camus, *El extranjero*, en 1965. Por otro lado, pasará a construir obras de una intensa nostalgia por un mundo elitista que muere en brazos de la irrupción del cinismo y la ordinariez, de los nuevos ricos y de quienes se adaptan a las circunstancias. Sus adaptaciones de las obras de Lampedusa o Thomas Mann, *El Gatopardo* o *Muerte en Venecia* vienen a pulsar ese tono siempre presente en su discurso, que le permite alcanzar un éxito de público y de crítica al mismo tiempo, estableciendo la primacía de individuos solemnes, altivos, enfrentados a un entorno mediocre que los aniquilará. Algo que, desde luego, se aleja del populismo de las obras de la posguerra y, al mismo tiempo, no tiene contemplaciones con la farsa de frivolidad de los nuevos ricos, carentes de raíces culturales y de sensibilidad artística en la misma medida en que no tienen interés social alguno. Incluso un joven Bertolucci se permitirá la crítica a un izquierdismo superficial en *Antes de la revolución* (1964), antes de pasar al examen de los dramas íntimos, incomunicables, de la clase media, en una obra maestra como *El conformista* (1970), aunque reserva para el final de la década la narración épica de *Novecento*. En la misma línea minoritaria, hermética, de un elocuente silencio que despliega la vacuidad de un mundo que hace ostentación de su opulencia y su radiante despreocupación, se encuentra la obra de Antonioni, que da sus mejores frutos en el período que vamos a estudiar, en *La noche* (1960), *El eclipse* (1962) o *El desierto rojo* (1964), todas ellas alejándose de cualquier paradigma que intente restablecer los lazos de una causa común en la que el individuo disuelva su existencia. Mientras tanto, Fellini lanza sus obras de sátira y una inteligente comicidad, en las que la frivolidad de *La dolce vita* (1959) se reúne con un sentido de la ternura por los pobres abrumador, como ocurre en *La strada* (1954), historia de unos artistas ambulantes a los que prestan su corpulencia sensible Anthony Quinn o su imagen de indefensión bondadosa Giulietta Massina, que repetirá su éxito en el papel de una prostituta que trata de salir de la miseria a través del amor en *Las noches de Cabiria* (1959). El cine de complicidad de pequeña sala de Antonioni, el espectáculo de mayores

dimensiones de Fellini, habrán de contar siempre con la llegada masiva de un cine que, en la misma medida en que inspira a los nuevos realizadores, seduce al público como, en su tiempo, lo hicieron las películas de «teléfonos blancos», comedias o dramas de ambiente americano que vienen a conectar con un público que se aleja de los compromisos militantes, expresados abiertamente en el cine de la posguerra, para encontrar en ese espacio de ficción historias bien contadas que les alejan de sus problemas cotidianos o que se los *representan* de una forma digerible, siempre acompañada de un *happy end*.[24]

No podía esperarse que un género más minoritario como la literatura escapara a esta tendencia. Y que, además, lo haga sin perder calidad alguna, recurriendo a expedientes narrativos muy diversos, desde la sátira al realismo mágico, desde el trabajo de investigación a la novela existencial. En los años cincuenta, justamente cuando se traducen al italiano las obras mayores de la crítica marxista favorable al realismo, como los textos de Lukács, Hauser o Auerbach, la novela italiana comienza a buscar, de la mano de los mismos capitanes del realismo social de la posguerra, nuevos caminos. Nunca los que les separan de la experiencia humana, sino los que les alejan de la forma colectiva de la experiencia que desatiende las condiciones principales del individuo. A este respecto, una novela grandiosa como *La historia,* de Elsa Morante, publicada en 1974, viene a culminar un trabajo de distanciamiento en el que la autora acaba por realizar un acta de acusación: la manera en que lo que todos llaman «historia» pasa por encima de la verdadera historia personal, la vida de la viuda Ida Romudo, cuya peripecia caligrafía la imagen de la soledad para enfrentarse a las dificultades de la Italia de la posguerra y sacar adelante a sus hijos. El menosprecio con que algunos ambientes soportan el éxito de Morante es revelador de la forma en que se entiende un compromiso social, que la escritora denuncia en términos que no son una opción literaria, sino una auténtica dimensión política. La propia Natalia Ginzburg pasará muy pronto a interesarse principalmente por los escenarios reducidos de historias de familia, con el protagonismo de mujeres que tratan de salir de la miseria y mantener la apariencia de un estado de solvencia social, como ocurre con novelas como *Ha sido así* (1947), la historia del asesinato cometido por una

mujer engañada o, sobre todo, *Valentino* (1957), una historia de ambigüedad sexual, celos, ambición económica, malversaciones y muerte, escrita con el estilo seco, contundente, y sin artificio alguno de una autora cuya prosa establece un aire muy similar al de su amigo Pavese. Giorgio Bassani, que había contribuido a la literatura de «resistencia» con una pequeña novela como *Una noche del 43*, pasará a establecer su interés proustiano por una lenta reconstrucción de un mundo desaparecido que tendrá su máxima graduación en *El jardín de los Finzi-Contini* o *Detrás de la puerta*, publicadas a comienzos de los años sesenta. En la cumbre de la literatura italiana de mitad de siglo, un Alberto Moravia que había utilizado la reclusión en historias personales para huir del control del fascismo, continuará ahora esa tarea de minuciosa penetración en el carácter de personajes desesperados para mantener a raya las exigencias de una definición colectiva. Obras como *El desprecio*, en la que un marido asiste al distanciamiento inexplicable y doloroso de su esposa o *La abulia*, sobre el tacto absurdo de la existencia que experimenta un artista en busca de su verdad estética, vienen a hacer de Moravia el gran creador de una literatura que hará fortuna en guiones cinematográficos tan diversos como De Sica o Bertolucci. La literatura de denuncia pasa a ocupar el territorio de la sátira de la mano del también guionista Ennio Flaiano, con novelas ejemplares como *Diario nocturno*. Pero la crítica puede esconderse en otros lugares, como en la opción literaria del grupo L'Officina, donde Pasolini hace sus primeras armas en favor de una atención no populista al pueblo, de una liberación de los esquemas historicistas y de un reencuentro con las clases marginadas que producirá obras transgresoras como *Chicos de la calle —Ragazzi di vita—* o *Una vida violenta*, en la segunda mitad de los años cincuenta. El mismo sentido crítico, orientado con una técnica prácticamente policial, que prepara el cine de denuncia de las décadas siguientes, será empleado por Leonardo Sciascia con obras como *A cada uno lo suyo* (1966), mientras Italo Calvino, que frecuenta una literatura fantástica en obras como *El Vizconde demediado*, *El barón rampante* o *El caballero inexistente*, publicadas a lo largo de la década de los cincuenta, añade una obra de investigación policial o de denuncia de la corrupción, *La nube de smog*. De esta forma, la novela, en la que se van instalando los

poderosos modelos americanos y europeos de los años del «milagro económico» —pensemos, por ejemplo, en la influencia que pueden tener autores como el alemán Heinrich Böll o la forma en que se desempolva la obra de los realistas americanos del período de entreguerras—, permite una apertura a culturas diferentes, que se despojan del cierto aire localista que prendía en el neorrealismo para remontarse hasta una cultura más cosmopolita que es, en el fondo, otra manera de concebir la propia existencia nacional.[25] Difícilmente podríamos decir que toda la experiencia que reúnen las obras citadas puede entenderse fuera del entorno italiano, pero sería iluso considerar que no se ha pasado por encima de una determinación de principios estéticos que establecen el sujeto colectivo y el drama social evidente como únicas zonas de interés. Curiosamente, lo personal se socializa y se convierte en un espectáculo, escrito o filmado, que contiene valores comunitarios, pero que parten de personajes complejos, contradictorios, que nada tienen que ver con los arquetipos buscados por el populismo. Será, en todo caso, el cine y la literatura de peor calidad la que endosará al público nuevos esquemas, caracteres apenas dibujados, apresuradas escenificaciones sin perfiles bien diseñados, lenguaje plano y tajantes distinciones morales que limitan las opciones del espectador y le presentan una realidad diáfana. El prestigio de un cine de serie B policíaco o de un western situado por debajo de los peldaños de los grandes creadores, o bien las comedias que reducen la categoría de los personajes a parodias de movimientos reflejos, son propuestas que pueden fascinar con su facilidad de identificación, su idioma reducido a lo esencial para poder comunicar una historia, el guión simplificado hasta borrar arista alguna en la conducta de los personajes y crear trayectorias que permiten señalar con facilidad dónde está el bien y el mal, el aburrimiento y la diversión, la suerte o la desdicha.

La referencia a esa cultura de masas que evoluciona al ritmo de los acontecimientos nos ayuda a descubrir un *talante* en la sociedad, un *estado de ánimo* que empieza a adecuarse a las condiciones de un enfrentamiento político más matizado que en la posguerra de unidad antifascista, menos doctrinario que la línea de sombra de la guerra fría. Una atmósfera de consolidación y de progreso, de confianza en la promoción y de la densidad

de los costos sociales, rápidamente aliviados por los elementos *cotidianos* y *visibles* de un progreso que se experimenta en forma de *propiedad* y *uso* familiar. La llegada de los automóviles y los electrodomésticos suponen una transformación que se experimenta en la modificación del sentido del tiempo en las labores cotidianas, de la noción de espacio en el recorrido hacia el trabajo o las vacaciones. Si los índices de producción general pueden señalar esta modificación de una forma implícita, el contacto con los nuevos instrumentos vienen a actuar como un verdadero símbolo, una pieza que inmediatamente se relaciona con el crecimiento social, con la nueva sociedad, adquiriendo el rango de elemento físico y prueba del «milagro» iniciado a mediados de la década de los cincuenta. En 1965, la mitad de las familias italianas dispone de televisor, porcentaje que alcanzará el 92 por ciento en 1975. En él, programas como *¿Lo deja o lo dobla*?, del célebre presentador Mike Bongiorno, vienen a delatar un escenario sometido a las cláusulas del consumo, proporcionando una imagen y un refuerzo al mismo tiempo. Quienes no disponen de aparato, van a casa de los vecinos, porque en 1957 las emisiones cubren ya casi la totalidad del territorio. Las series lanzan sobre los espectadores las aspiraciones que el cine americano ya ha empezado a dilatar en la penumbra de las salas de exhibición: los frigoríficos o las aspiradoras que se fabrican en Zanussi o en Ignis. En 1965, más de la mitad de los italianos tienen nevera y un 23 por ciento disponen de lavadora, y las cifras llegarán al 94 y al 76 por ciento en 1975. El gran avance, sin embargo, el verdadero símbolo de la nueva sociedad es el pequeño utilitario, el coche que va a sustituir a los aún caros 1.400 y Topolinos, el Fiat 600 que, en 1958, se produce a una media de casi novecientas unidades diarias. En 1975, los 300.000 coches privados que los italianos tenían en 1950 pasan a ser más de cinco millones. El coche barato, pagado a crédito, invade las ciudades como la verdadera manifestación de la nueva sociedad. El acceso al automóvil se presenta como el verdadero signo de la igualdad de oportunidades y, para los más escépticos, con el tono de una auténtica vía de promoción.

Curiosamente, se trata de una mejora que no se produce en el lugar de trabajo, sino en el lugar de consumo. Precisamente la presión sobre la producción conduce a modelos de organización del trabajo que llegan a

contemplar modelos como el de Vittorio Valletta, el empresario que inventa formas de disciplina que llegan a constituir tribunales de fábrica para quien pueda ralentizar el ritmo de trabajo, perjudicando a la totalidad de la empresa frente a sus competidores. La sociedad de consumo se presenta, así, como una doble solidaridad, que socializa en el área de la compra al tiempo que parece querer abolir el conflicto en el área de la producción y el intercambio. No en vano, en diciembre de 1957 se abrirá una comisión de investigación en el Parlamento para considerar los problemas de represión sindical que se han producido, incluyendo las presiones americanas para que los empresarios se deshagan de trabajadores conflictivos. En las elecciones celebradas en la Fiat a finales de la década, los comunistas sufrirán un descalabro que muestra la potencia de los criterios de disciplina laboral y el deseo de evitar el conflicto por parte de los mismos trabajadores que votan a la Democracia Cristiana o a la socialdemocracia, considerando que la actitud de la CGIL tiene que ver más con la frustración del PCI, alejado del poder definitivamente, que con las necesidades reales de los obreros.

Ciertamente, el crecimiento económico acompaña un ciclo de cambios estructurales notables que dan su fisonomía a la sociedad italiana, pero también a la organización del poder. En la década 1952-1962 se consigue un aumento de la renta superior a la de la primera mitad de siglo, con tasas de crecimiento anual que superan el 6 por ciento en el período 1959-1962. El aumento de la inversión es muy superior al aumento de los salarios, gracias a la presión de una mano de obra barata obtenida con la migración de dos millones de sureños y la herencia de un desempleo considerable. El control férreo del gobierno por las políticas conservadoras permite que los empresarios del norte, reunidos en torno a familias como los Agnelli, los Pirelli, los Cinio o los Costa puedan desarrollar una profunda reorganización del trabajo, mejorar las condiciones de producción e incrementar su relación con el exterior, en vísperas de la firma del Tratado de Roma, en 1957. El incremento de la productividad y del capital de las empresas metalúrgicas, químicas y textiles del norte se acompañará de la presencia de un importante sector público, que contribuirá a la creación de infraestructuras y a la dotación de recursos de energía para el desarrollo del

país, a través del Ente Nacional de Hidrocarburos, dirigido por el audaz Enrico Mattei, uno de los forjadores del sector público italiano y de una política económica destinada a reforzar el capitalismo de Estado. Los liberales pueden presentarse como interlocutores más fiables para los empresarios, en especial tras el giro a la derecha del partido y la elección de Malagodi en 1954, algo que provoca la escisión de la izquierda, que fundará el pequeño aunque influyente Partido Radical. El PLI podrá ser un elemento condicionante de la política económica de la Democracia Cristiana, haciendo innecesarias las presiones que desearían ejercer los dirigentes monárquicos o del Movimiento Social. Los liberales disponen, además, de la legitimidad de su participación en el gobierno, de su profesión de fe laica y de un reconocimiento ideológico internacional del que carece la extrema derecha. Tienen, por otro lado, los cuadros técnicos y empresariales con los que los misinos, constantemente exiliados del poder y contaminados por su discurso populista, no pueden contar. De esta forma, el modelo de crecimiento espectacular será cautelosamente preservado por esta pequeña formación, que llegará a disponer de un máximo del 7 por ciento de votos en los años sesenta, negándose a cualquier constitución de un frente amplio de la derecha que pueda arrebatarles su protagonismo.

La Democracia Cristiana, dirigida teóricamente por un ala izquierda que agrupa a los seguidores de Amintore Fanfani desde 1954, puede considerar que el modelo de dependencia de una sola fuerza política situada a su derecha no le conviene, aunque le permita presentar a sus electores las concesiones al empresariado como una necesidad de mantener una mayoría parlamentaria. En realidad, para la DC los tiempos están cambiando a la velocidad que exigen dos circunstancias complementarias: la muerte de su dirigente más prestigioso, De Gasperi, y la transformación que se produce en el Vaticano con el relevo de Pío XII por Juan XXIII en 1958. Mientras el primer episodio despojaba al partido de un elemento constitutivo simbólico de indudable eficacia, dejando al partido sumido en las contradicciones abiertas de las corrientes, el segundo acontecimiento abría un proceso imparable de ruptura con las consignas papales, que se iría acentuando con el asentamiento del pontificado de Juan XXIII, la convocatoria del Concilio y la preparación de una sucesión en Pablo VI que alejaba a los elementos

más intransigentes del entorno papal. La gestión de Fanfani había procurado alejar al partido de los dictámenes demasiado directos de la Curia romana, estableciendo una base de poder propia en el crecimiento de los recursos públicos y su reparto entre los dirigentes de las diversas familias del partido. La solución resultó algo aventurada, porque la independencia del partido fue pagada con la pérdida de cohesión y una identificación con los intereses económicos del Estado que acabaría expresándose como la conciencia generalizada de una corrupción, de un «sistema DC» que De Gasperi había tratado de evitar incluso con un resultado electoral tan favorable como el de 1948. Por ello, la reflexión de la Democracia Cristiana, en especial de su sector más avanzado, reunido en torno a Fanfani, Moro o Rumor, era afrontar los costos sociales del crecimiento económico a través de una apertura a la izquierda. No se trataba solamente de conseguir el apoyo más constante de los socialdemócratas, bastante dispuestos a participar en una política centrista, ni de vencer la reticencia permanente del pequeño Partido Republicano, ausente de la mayor parte de combinaciones gubernamentales. De lo que estamos hablando es de una operación de mucha más envergadura, que debía contener dos consecuencias trascendentales. La llamada al Partido Socialista Italiano a entrar en la mayoría gubernamental implicaba ampliar la base social y política del centro, convirtiéndolo en una propuesta de centroizquierda. Además, una respuesta favorable de los socialistas implicaría la reducción de la oposición de izquierdas al *polo escluso* del Partido Comunista, rompiendo cualquier posibilidad de que éste llegara a construir una alternativa mediante una hipotética ganancia de votos hacia el espacio común creado en 1947, algo que no era de excluir en las condiciones de mediados de los años cincuenta.

Para la Democracia Cristiana se trataba, desde luego, de compartir los efectos perversos de un crecimiento que, si bien otorgaba la imagen del milagro que hemos descrito, ponía sobre la mesa desequilibrios intolerables: el saldo migratorio al exterior de más de un millón de personas; la salida del *mezzogiorno* de dos millones de italianos; la existencia en el sur de una cuarta parte del capital invertido, frente a casi el 60 por ciento que se quedaba en el norte; la brusca caída de la participación

de la agricultura en el Producto Interior, que pasó del 42 al 27 por ciento en la década 1952-1962; y la expansión dilatada del consumo que acabaría provocando, por su desequilibrio e improvisación, un bache a mediados de la década de los sesenta. Los gobiernos de finales de la década de los cincuenta, presididos por Segni, Zoli y Fanfani se presentaron como gabinetes que actuaban sobre la marcha, ya que cada uno de los intentos de crear un plan con perspectivas claras podía crear una crisis de gobierno, viniendo del voto de los liberales y el resto de la derecha si se trataba de alguna orientación reformista o intervencionista, viniendo de la izquierda socialista, comunista, republicana y socialdemócrata si planteaba la negativa a modificar el panorama social en un ambiente de relanzamiento económico. Ello pudo dar la impresión de un cierto *impasse* en la política de gobierno que contrastaba con la potencia del crecimiento y los cambios sociales y culturales que se vivían, y pudo atenuarse por la vía de una concepción burocrática y tecnocrática de la gestión política, que —como hemos visto que estaba sucediendo en Francia en el mismo momento— podía plantearse la progresiva eliminación de lastres doctrinarios para sumergirse en un pragmatismo que, en el caso italiano, dada la heterogeneidad del equipo gobernante, podía alcanzar ciertas dosis de cinismo, como en el caso francés llegaba a obtener las de ineficacia y bloqueo. Planes tan suaves como los que se propusieron para la mejora de los contratos de aparceros en el sur llevaron a discusiones interminables que, al final, pusieron al gobierno en manos de la extrema derecha; la expansión del sector público fue aceptada por los poderosos liberales, pero se objetó cualquier otra forma de intervención económica que pudiera crear desequilibrios financieros, criticando y boicoteando un tímido proyecto como el Plan Vanoni de diciembre de 1954. La situación grotesca en la que el gobierno llegó a tener que aceptar los necesarios votos del MSI para llegar a obtener la confianza de la Cámara —como le sucedió a Zoli en 1958—, aconsejaron que se profundizara en la búsqueda de una mayoría alternativa más consistente, aunque a amplios sectores de la derecha democristiana no les resulta incómodo ir apoyándose en ese refugio de votos «antisistema» que representaban los monárquicos o los misinos.

La propuesta de una apertura a la izquierda creaba extraños compañeros de cama, ya fuera en la oposición al centro-sinistra o en el favor que se le prestara. Es obvio que, para el Partido Liberal, se trataba de un cambio de alianza insoportable, que eliminaba buena parte de su posición privilegiada, a no ser que el mismo Malagodi buscara formas de crear zonas alternativas de poder o de amenaza de mayorías, en compañía del MSI, de los restos del naufragio monárquico e incluso de diputados de la Democracia Cristiana. Si la oposición de los liberales resulta comprensible —por no citar la obvia de la extrema derecha—, la oposición procedía de otro espacio menos esperado, que era el Partido Socialdemócrata de Giuseppe Saragat, obligado por la izquierda de su partido a plantear algunos avances en la línea de la reunificación socialista, como el encuentro producido en el verano de 1956 con Pietro Nenni en Pralognan. El hecho de que la entrada del PSI en el gobierno fuera acompañada por la unidad de los dos partidos resultaba aún más insufrible para el entorno de Saragat: el PSDI tenía algunos cuadros experimentados en las tareas de gobierno, pero carecía de la estructura orgánica del Partido Socialista, de su base de masas e incluso de su identidad ideológica, perdida en la complacencia de los años peores de la guerra fría. La unidad, por tanto, debía contemplarse como una absorción, en la que las tesis radicales de los socialistas de Nenni acabarían por devastar el pequeño espacio construido por la derecha socialdemócrata de Saragat y sus compañeros. Naturalmente, estas cuestiones no podían expresarse con semejante claridad, frente a un público —más los militantes que los electores— que no podía entender las causas de la división en caso de una aceptación de entrada en el gobierno del PSI. Pero fueron suficientes para ir impidiendo el acuerdo entre las dos fuerzas y, como resultado, para poner dificultades a la misma constitución del centroizquierda como cultura de gobierno. La oposición, por fin, de los comunistas era lógica, en la medida en que la entrada de la izquierda socialista en el área gubernamental debía ir precedida de una ruptura con el PCI y el aislamiento del partido en un espacio electoral y socialmente fuerte, pero perfectamente prescindible para articular gobiernos, lo cual acabaría por conducir a la crisis de la organización. El PCI era consciente de algo que podía no estar en la cabeza de los sectores democristianos que defendieron esta posición: la entrada de

los socialistas en el gobierno y la ruptura con los comunistas implicaba el *fin de una alternativa* de gobierno que desplazara a la Democracia Cristiana. Instituía, de forma definitiva, la equivalencia entre régimen y partido, al hacer de todos los demás partidos piezas reducidas al valor esencial, pero subordinado, de satélites. Existían y llegaban a definir la forma de un campo gravitatorio, pero la luz irradiaba de otra parte: la vida que pudieran albergar dependía de la estrella de la Democracia Cristiana, convertida en un sistema solar con escenarios plurales, con márgenes de maniobra, pero sin renuncia posible al punto del que partía la naturaleza misma del sistema. La posición de los socialistas, en la medida en que no creaba un gran espacio a la derecha —pues los liberales continuaron negándose a colaborar con los neofascistas—, solo servía para dañar el territorio de la izquierda y para liquidar la posibilidad de un recambio: a partir de entonces, los resultados electorales solamente indicarían la fuerza relativa de cada uno en el sistema de gobierno democristiano. Y, a partir de entonces, el Partido Comunista habría de encontrar una razón para mantener a sus numerosos militantes en un área que no podía aspirar a más poder que la gestión de ciertos entes locales, mientras se le reducía al permanente exilio del gabinete ministerial.

La posición favorable a este encuentro había de encontrarse, además de en sus impulsores en la Democracia Cristiana —Fanfani o Moro especialmente—, en los dirigentes del Partido Socialista. El problema de una alianza entre socialistas y comunistas no estaba en su naturaleza intrínseca, sino en su falta de paridad. Los dos partidos habían diseñado una estrategia de encuentro cuando disponían de recursos electorales muy semejantes, incluso cuando los socialistas estaban algo por encima de los comunistas. Tras el fracaso de 1948, que se acompañó de dos escisiones previas en el seno del socialismo, el PSI entró en una fase de debilidad aguda, que no le permitía situar la alianza con los comunistas en el terreno de la igualdad. Esas dos visiones del socialismo cuya alianza se defendía como garantía de la unidad social de la clase obrera perdía veracidad por varios motivos. Uno de ellos —y no el menor— era la existencia de un sector de trabajadores muy importante situado fuera del esquema sindical de la CGIL, en el sindicato democristiano o en el que compartían

republicanos y socialdemócratas. Comunistas y socialistas no representaban a la totalidad de la clase obrera, y los resultados electorales habían mostrado hasta qué punto un volumen de asalariados abrumador estaba en condiciones de entregar su voto al partido católico a los pequeños partidos laicos de la izquierda. Por tanto, la unidad de la clase obrera se presentaba en unos términos míticos que mantenían la tradición de la equivalencia entre clase e ideología, entre condición social y militancia de partido, que no se realizaba en la práctica. Por otro lado, el Partido Socialista se había desangrado en su esfuerzo por mantener la unidad electoral y la perspectiva de una alternativa de izquierdas, alejando de su seno a cuadros significativos que fueron a encontrar espacios más cálidos en la socialdemocracia saragattiana. Por el contrario, el Partido Comunista se había reforzado en esa misma contienda, hasta alcanzar un resultado electoral que estaba a diez puntos por encima del de los socialistas, factor al que se sumaba una presencia sindical, una fuerza en las cooperativas y una fuerza militante infinitamente superior. Para los seguidores de Nenni, por otro lado, la «autonomía» del proyecto socialista resultaba una declaración de principios bastante inocua. Los verdaderos partidos socialistas autónomos estaban gobernando en Francia, lo habían hecho en Gran Bretaña y no tardarían en poder llegar a la cancillería de Bonn, después de haber gobernado en buen número de *länder*. La autonomía se convertía en una simple declaración de intenciones, en la fijación de un espacio orgánico diferenciado, en la afirmación de unos principios ideológicos que no se vinculaban a la experiencia leninista. La posición socialista pasaba a ser, por tanto, una anomalía en el campo de la socialdemocracia europea, que ni siquiera podía compensarse con los buenos resultados de una estrategia, que había provocado rupturas, pérdida de identidad y entrada en una satelización clara con respecto al Partido Comunista más potente de Europa occidental: no solo en sus resultados electorales, sino en su influencia en el mundo de la cultura, en sus condiciones de penetración social, en la riqueza y madurez de su elaboración, en la lealtad de una militancia que reunía a los «creyentes» hasta el punto de permitirles soportar la carga de ser una permanente oposición sin desgastarse.[26]

La preocupación por todas estas cuestiones en el seno del Partido Socialista se había hecho presente desde el mismo recuento de los votos en 1953, cuando el PSI obtuvo un resultado que lo alejaba escandalosamente de sus viejos compañeros del Frente Democrático Popular. Desde ese momento, las llamadas cautelosas de Nenni a la formación de una alternativa democrática empezaron a dejarse caer en el Parlamento, se orientaron a restaurar la unidad orgánica con los seguidores de Saragat y se expresaron en un especial hincapié en la defensa del espacio autónomo socialista. A pesar de contar con un apoyo mayoritario en la militancia y los congresos, Nenni y sus colaboradores más inmediatos no pudieron forzar los acontecimientos frente al sector favorable a mantener la alianza con el PCI, en especial el que dirigía Morandi, que planteaba la forma en que una operación de este nivel provocaría la deserción de los trabajadores, un giro a la derecha de la totalidad del escenario político italiano y la absorción por los comunistas de la representación casi exclusiva del movimiento alternativo en Italia. Ni siquiera la crisis de 1956 fue suficiente para poder forzar el cambio, aunque resultó fundamental para poner las primeras piezas irreversibles. El XX Congreso del PC de la URSS y el informe Jruschov provocó una hábil respuesta por parte de Togliatti, que se avanzó a la presumible desmoralización de los simpatizantes del partido planteando la cuestión del «policentrismo» en una entrevista a la revista *Nuovi argumenti*, pocas semanas después del XX Congreso. Al afirmar la coherencia entre la diversidad de vías al socialismo, Togliatti convertía la *svolta* de Salerno de 1944 y la estrategia de unidad nacional en una actitud permanente, en una seña de identidad de los comunistas italianos que los diferenciaban del resto de los partidos, permitiéndoles asumir la caída del mito estalinista con cierta comodidad. De esta forma, el socialismo italiano no pudo hacer del XX Congreso el verdadero elemento de diferenciación política e ideológica entre las dos versiones de la izquierda, algo que —unido a un ritmo adecuado de fusión orgánica con el PSDI— podría haber proporcionado al socialismo italiano una auténtica formulación de su autonomía, haciendo entrar en crisis la hegemonía del PCI. Los hechos de Hungría, en noviembre de 1956, resultaron más difíciles de digerir por el Partido Comunista, que perdió la coherencia de las declaraciones de Togliatti, negando a los

dirigentes de izquierda húngaros lo mismo que el líder comunista italiano afirmaba desear para su país. Tal falta de rectitud moral provocó un aluvión de salidas del partido y la célebre carta de 101 intelectuales, ridiculizados y perseguidos por los dirigentes del PCI, que reprocharon a muchos de ellos haber puesto su firma en un documento que se limitaba a protestar por la represión en Hungría, sin hacer de ella un elemento sustancial del socialismo. El Partido Socialista pudo ver en la crisis, que desprestigió a todos los partidos comunistas europeos de forma irreparable, la ocasión para ocupar el lugar abandonado por quien ya no era digno de confianza. Sin embargo, la elocuencia de Nenni en la Cámara de los Diputados fue rápidamente compensada por la de Togliatti y el equipo dirigente del PCI en el VIII Congreso que se celebró inmediatamente: quienes se atrevieron a protestar, como Fabrizio Onofri, que presentó un largo documento de crítica a la estrategia toglittiana, acabaron siendo expulsados de la organización, aunque en el caso de este dirigente la denuncia se había dirigido más a la desviación «derechista» del partido que a su lealtad a la Unión Soviética. Salvada la cuestión, sin embargo, al Partido Comunista Italiano le quedó claro que su supervivencia habría de señalarse por un progresivo distanciamiento de la experiencia soviética y por un impulso de aquello que había ido caracterizando la posición estratégica del partido: la llamada a la unidad nacional-popular, para algunos limitada a los socialistas, para otros ampliada al conjunto de los trabajadores, fuera cual fuese su opción política.

La dureza del Partido Socialista ante los acontecimientos de 1956 se vio compensada en las elecciones que se produjeron dos años más tarde, cuando el PSI obtuvo un excelente 14 por ciento de los votos, un resultado que parecía dar el visto bueno de los electores a la denuncia del comunismo soviético y de la actitud del PCI, aunque no está claro que implicara, al mismo tiempo, la opción por la ruptura. El Partido Comunista mantuvo su porcentaje electoral lo que, habiendo caído una tormenta de tales dimensiones, venía a confirmar la dureza del núcleo de apoyo social con el que contaba. Esta impresión hizo que ni siquiera el congreso de Nápoles de 1959 de los sectores autonomistas se plasmara de forma inmediata en una entrada en el área gubernamental, como habría esperado el nuevo jefe de

Gobierno, Fanfani. La elaboración de una doctrina del «reformismo revolucionario» por parte de Lombardi comenzó a dar cuerpo ideológico a la exigencia socialista de superar un ámbito que podían repudiar como estéril y opuesto a los intereses de los trabajadores. Precisamente el argumento de los dirigentes como Lombardi o Martino era señalar la forma en que el crecimiento económico podía producirse en las peores condiciones para los sectores populares por la inexistencia *real* de una alternativa, que quedaba sistemáticamente bloqueada por los éxitos electorales de una Democracia Cristiana que se acercaba a la mayoría absoluta, doblando el voto obtenido por los comunistas. Para éstos, el dominio de la oposición permanente se convertía en una zona de legitimidad, mientras para los socialistas era de puro desgaste, de carencia de liderazgo y de extrañeza con respecto a una tradición reformista europea, justamente cuando empezaba a articularse el Mercado Común. En la medida en que las condiciones de la guerra fría se atenuaban, y el discurso occidentalista perdía la virulencia militar de otros momentos, los socialistas podían defender la utilidad social de su entrada en el gobierno, con una propuesta que planteara los equilibrios territoriales, la democratización a través de una mayor participación de los trabajadores en la dirección del país, la nacionalización de sectores clave y el impulso de la escolarización. En su formulación teórica, estos aspectos podían asumirse por la Democracia Cristiana, donde no habían faltado las voces preocupadas por la captación de la cultura obrera que representaba el PSI, dando forma a la integración social que proponía el ala izquierda del partido. Sin embargo, esta misma captación podía perder la ambición de una *propuesta cultural* para quedarse en el ámbito más escueto de una referencia *institucional*, una articulación de mayoría parlamentaria y reparto de carteras ministeriales forjada al calor de un programa mínimo. Es decir, lejos de constituir un campo de fuerzas en el que lo fundamental sería un proceso edificante de una transformación en las formas del gobierno y en los criterios de la representación, forjando una recalificación de la política, pasaba a ser un reparto de carteras ministeriales, en la dinámica tecnocrática y clientelar que había comenzado a normalizarse en el régimen, de la mano de su propia estabilidad y con el alimento del milagro económico. El Partido Socialista

no disponía de demasiada fuerza para convertir sus deseos de coparticipación en realidad, precisamente por la distancia que le separaba de la Democracia Cristiana, mucho mayor que la que le había distanciado del PCI, y por llegar, por así decirlo, cuando los ingredientes del producto político habían sido ya elaborados en los laboratorios culinarios de la tendencia de los «doroteos», en especial por Aldo Moro y Mariano Rumor. Puede señalarse que la tan reivindicada búsqueda de una «autonomía» se convirtió, con los acontecimientos de 1962-1963, que llevaron al gobierno al PSI, en un simple cambio de patronazgo, aunque tuviera la tentadora ventaja de la retribución ministerial. Ese camino en busca de la identidad perdida, que el socialismo italiano había tratado de verificar desde la misma derrota de 1948, en forma de una tercera vía que lo distanciara del esquema de Togliatti y del gobierno centrista, pasaba a la momificación de las oficinas burocráticas, sacrificando incluso la posibilidad de una crítica al modelo comunista que procediera de un giro hacia la sociedad y una ampliación del espacio de la política más allá de los pasillos del poder. La identidad se encontraría, deforme y cabizbaja, fuera del recinto de la izquierda y, de hecho, lejos de cualquier afirmación de perfil ideológico, para situarse en la exaltación de un escepticismo ante las doctrinas que iría pareciéndose a la carencia de ideario.

En el cruce entre las dos décadas, la confianza en una propuesta de centroizquierda se hizo tan fuerte que el Partido Liberal provocó la caída del gobierno Segni en 1960, convencido de la decisión tomada ya por democristianos y socialistas para dar un giro de fondo al esquema gubernamental. Si las intenciones de Malagodi iban en la línea que quebrantar esa dinámica, los resultados de la operación tuvieron una desembocadura inesperada, que acabaría por precipitar la ruptura con el centrismo. La designación de Fernando Tambroni como candidato por el presidente Gronchi acabó aceptándose tan solo por los diputados de su propio partido y los del MSI, de forma que el gabinete monocolor era el primero que sobrevivía *exclusivamente* gracias a los neofascistas, aunque éstos habían colaborado varias veces, en los últimos años, en constituir base parlamentaria sin recibir nada a cambio. Lógicamente, las cosas podían ir en otro sentido, cuando el Partido Liberal se veía tan amenazado y cuando

un sector importante de la Democracia Cristiana consideraba que la apertura a la izquierda era una aventura indeseable. No se tenía demasiado en cuenta, y resultaría fundamental, que un sector del empresariado, empezando por el propio Vittorio Valletta, veía con buenos ojos la implicación socialista, fuera o dentro del gobierno, a fin de hacer frente a una posible desaceleración del crecimiento y a la agitación social que podía producirse. Esa falta de visión social del problema, sobrevalorando la unanimidad de la oposición empresarial a la nueva estrategia democristiana, causó un exceso de confianza y de impaciencia en el neofascismo italiano, acumulando un error de cálculo más: la posibilidad de ganarse al PLI, excluido del esquema gubernamental, a un área de respuesta al sistema que pudiera golpear el flanco de la Democracia Cristiana. Si tenemos en cuenta los acontecimientos que se estaban dando en Francia, donde De Gaulle había destruido la IV República con el apoyo en una verdadera movilización cívico-militar, podía considerarse que las estructuras salidas de la Liberación en Italia podían verse afectadas por una crisis semejante; una crisis en la que el factor argelino cedería el paso a la entrada del PSI en la antesala del poder, como heraldo del comunismo. Todo este análisis estaba profundamente equivocado, especialmente al situar al mismo nivel la debilidad de la IV República y la crisis que podía sufrir el régimen en un momento de transición. Incluía la esperanza ilusoria de que Malagodi aceptara compartir el lecho de campaña del exilio, que le habría arrebatado, además de la comodidad, los vínculos con sectores sociales que deseaban que el Partido Liberal continuara siendo una organización del «arco constitucional», con posibilidades de regresar al gobierno. Y, sobre todo, se desestimaba la capacidad de reacción popular ante un posible gabinete apoyado en la extrema derecha. La prueba de que las cosas no irían en esa dirección fue el Congreso de Génova del Movimiento Social, primero que se celebraba en la zona de la RSI y que estaría presidido por uno de los funcionarios del régimen de Saló. La provocación era tan evidente que Génova vivió días de una batalla callejera inédita en los últimos años, cuyas víctimas fueron atribuidas a los riesgos de una fascistización del Estado.

Irremediablemente, Gronchi hubo de retirar la confianza a Tambroni, mientras todo el país creía haberse colocado en los límites de un golpe de Estado.

Si los liberales, la derecha democristiana y los sectores industriales tenían alguna duda sobre la exclusión cultural del neofascismo, la capacidad de resistencia ciudadana ante el MSI les arrebató cualquier vacilación sobre ese tema. No andaba muy desencaminado Almirante cuando consideraba que la movilización debía menos a la mano de la izquierda que a la de Fanfani y Moro, para los que el rechazo popular al Congreso del MSI, su expulsión simbólica del norte y su rechazo de la mayoría gubernamental vinieron a señalar una *svolta* de la opinión pública que presionó al conjunto del partido para que se diera el paso definitivo en la constitución de un gobierno con apoyo del Partido Socialista. Los primeros indicios de la recesión y las presiones que se hicieron desde el Vaticano y desde Estados Unidos para ampliar la base gubernamental y, paralelamente, sellar el aislamiento del PCI, resultaron factores estimulantes. En 1961, el Congreso del Partido Socialista avanzaba de una forma clara en una oferta de colaboración parlamentaria. Al año siguiente, el VIII Congreso de la Democracia Cristiana aprobaba un largo informe de Aldo Moro que planteaba la necesidad de dar un giro político aceptando el reto de modernización que el país expresaba, que hacía de la presencia del socialismo italiano en la mayoría una necesidad ineludible. En la misma línea, socialdemócratas, republicanos y sectores de la izquierda democristiana manifestaban la necesidad de hacer frente a la agitación social que había empezado a manifestarse con una política intervencionista que evitara los desequilibrios del crecimiento. La definición de Moro de un partido orientado en su sentido más popular, más capaz de crear alianzas hacia la mayoría social, más tensado en su marcha hacia el pueblo, permitía plantear una refundación de la Democracia Cristiana que, en el fondo, pasaba a ser una gran redistribución de las tonalidades del sistema. En el mismo año, el Partido Socialista aprobaba dar apoyo al gobierno Fanfani, reduciendo sus demandas de nacionalización a la industria eléctrica, única forma de quebrar la resistencia del partido católico, aunque logrando la constitución de una comisión nacional para la programación económica,

que se constituiría en el verano. Las elecciones legislativas de 1963 proporcionaron un apoyo a la nueva fórmula que no fue desmesurada. El Partido Socialista mantuvo su base electoral, sin que el paso dado en marzo del año anterior le hubiera hecho ganar a quienes habían continuado votando a los socialdemócratas de Saragat. Los comunistas, en cambio, rebasaron el 25 por ciento que, considerando el incremento de los electores, señalaba una profundización en la ocupación del territorio a la izquierda del régimen. En el extremo opuesto, los misinos no se vieron compensados por su frenética campaña anticomunista, que fue rentabilizada por el PLI, cuyos resultados fueron los mejores de la Primera República. Las pérdidas democristianas fueron considerables, pero situándose aún en la línea cercana al 40 por ciento de los votos, un porcentaje similar al que sumaba *el conjunto* de los votos opuestos al centroizquierda, contando a comunistas, monárquicos, liberales y neofascistas. El gran cambio cultural no había obtenido, por consiguiente, una potencia de sufragio como la que se esperaba y, de hecho, sus dos grandes protagonistas se habían estancado. Lo importante, sin embargo, era que el impulso al cambio creaba una exigente solidaridad entre sus promotores, de modo que ese 60 por ciento de votos partidarios de la nueva línea habían de otorgarle un apoyo irreversible en los siguientes años. La elección del socialdemócrata Saragat como presidente en 1964 habría de cubrir uno de los flancos débiles de la propuesta. La modulación del discurso republicano en manos de La Malfa había de cumplir un papel semejante. En todo caso, la crisis habría de pagarla, nuevamente, el Partido Socialista, de una forma que quebrantara a medio plazo sus posibilidades de ejercer un control apreciable de la política gubernamental. Esa nueva crisis determinó, con todo, la misma frustración del cambio que se proponía, debilitando las instituciones en el entorno de las grandes pruebas del otoño caliente y la estrategia de la tensión.

En 1963, una nueva crisis gubernamental fijó la necesidad de entrada de los socialistas en el gobierno, acabando con la posición ambigua que suponía un mero apoyo parlamentario. En sus esfuerzos para conseguir dar cohesión al partido a través de esta vía, Nenni y Martino solo lograron despertar la irritación de quienes se mostraban críticos con la gestión misma del gobierno que, teóricamente, había fijado un acuerdo programático con

el partido. Para un dirigente como Lombardi, que podía considerarse teórico de la autonomía del proyecto socialista, la alianza con la Democracia Cristiana resultaba imposible por la propia naturaleza del partido, fuera cual fuese la estrategia adoptada por la organización católica. La crisis del socialismo iba mucho más allá de lo que podía esperarse, al plantear una modificación de su cultura que implicaba, de hecho, la superación de la impronta anticapitalista, para establecer un marco de orientación similar al de los partidos socialdemócratas europeos. Se trataba, en definitiva, de la crisis terminal del viejo maximalismo y del intento de crear una fuerza renovada socialdemócrata, que no se definiera por su participación en el gobierno solamente, sino por la modernización de su discurso y la abdicación de un reino que solo existía en su imaginación. Aun cuando la resistencia de la izquierda no tuvo la fuerza suficiente para impedir la entrada en el gobierno Moro, sí consiguió provocar una nueva escisión, que agotó los recursos del partido en cuadros intelectuales, líderes sindicales y buena parte de su representación institucional, creando una honda desmoralización que se sumaba a la que los pésimos resultados electorales de ese mismo 1963 había generado. Los cuadros que se marcharon recrearon el viejo PSI de Unidad Proletaria (PSIUP), que habría de obtener una presencia electoral y social nada desdeñable, al tiempo que restaba una fuerza simbólica esencial al PSI, arrebatándole las esquirlas de un izquierdismo no comunista que le podían resultar útiles en ciertos ambientes críticos del mundo de la cultura y de los sindicatos.

Dos situaciones penosas más iban a agravar la situación del socialismo italiano. La primera de ellas era de esperar, pues consistía en la aceptación de la responsabilidad por las medidas de ajuste económico que, de hecho, cancelaban la reforma social propuesta en el pacto de 1962. Cuando los socialistas quisieron reaccionar, negándose a entrar en gobiernos posteriores, ya era demasiado tarde. El segundo aspecto, sin tener un futuro tan claro, derivaba de la escasa seriedad con que se asumía la reunificación con los socialdemócratas. De un lado y de otro, las reticencias eran amplias por la dilatada experiencia del divorcio, que arrancaba de 1947. A ello se sumaba que, en un sistema de representación proporcional pura, la unificación orgánica no tenía un sentido instrumental, sino que debía verse

como una profunda renovación, una verdadera refundación del socialismo en la línea de lo que estaba a punto de hacer el Partido Socialista Francés de la mano de Mitterrand. Sin embargo, en Italia se mantuvo como una operación puramente burocrática, oportunista, destinada a sumar aritméticamente lo que puede fundirse desde el punto de vista cultural. La creación de una gran área socialdemócrata, reformista, verdaderamente autónoma, capaz de adaptarse a una sociedad en transformación acelerada conteniendo sus desequilibrios, con iniciativa para representar un sindicalismo de nuevo tipo y a sectores profesionales del creciente ámbito terciario, podía haber sido la verdadera opción para fundar una alternativa política en el país. En lugar de dar ese paso, se hizo lo que ya se había realizado en la configuración del centroizquierda: una simple operación de ingeniería llevada a cabo por profesionales de la representación política, cuyo desconocimiento de los grandes cambios de época era monumental. La unificación se realizó con lentitud burocrática y falta de convicción política en 1966, asistiendo a un reparto de cargos de dirección y a una escueta declaración de principios. No hubo tensión de debates en la militancia, encuentro entre dos campos que representaban tradiciones distintas, pero complementarias. El trabajo de base que podía haber propiciado ideas, influencia social, prestigio de una renovación en una sociedad que estaba a punto de volcarse en una crisis, se presentó como un asunto para iniciados, al que no se convocaba al país. Cuando éste habló, en las elecciones de 1968, el precio pagado por el joven Partido Socialista Unificado fue muy alto: los votos obtenidos fueron los mismos que había conseguido el PS en solitario, mientras los comunistas seguían creciendo y la escisión de izquierdas pasaba de un apreciable 4,4 por ciento de los sufragios. Aun cuando el partido tuvo la capacidad de entrar en el gobierno creado después del proceso electoral, con una representación que los socialistas nunca habían conseguido, la suerte de la organización estaba echada. En el verano de 1969, los sectores socialistas ortodoxos decidieron volver a separar la organización y crear de nuevo el Partido Socialista Italiano. Desde entonces, y hasta la refundación realizada por Craxi, el

socialismo entró en una etapa de estancamiento y atonía más visible por el crecimiento del PCI y la centralidad obtenida por éste en el área de la izquierda.

El resto de las fuerzas políticas no abordaban en mejores condiciones la crisis que iba a sufrir el país en 1968-1969. Los republicanos habían sido incapaces de obtener una visibilidad más que testimonial, los liberales pronto perderían el plus de sufragios obtenidos en 1963 al calor de la polémica del centroizquierda y la Democracia Cristiana empezó a exasperarse por una lucha de corrientes que bloqueaba sus opciones gubernamentales. El mismo fracaso del socialismo implicaba un fracaso indirecto de la DC, en la medida en que el aislamiento del PCI no se convertía en una rápida afluencia de votos hacia la socialdemocracia y un progresivo adelgazamiento del cuerpo comunista. Por el contrario, los años sesenta fueron de un avance considerable de la influencia del partido que, tras la muerte de Togliatti, había sabido componer un equipo diverso, que no anulaba sus decisiones y era capaz de ofrecer la imagen de una agudeza de análisis respetable aun cuando no se compartiera. El intento de expulsar al partido del área de gobierno no había conducido a una sectarización, sino a un esfuerzo por encontrar caminos de diálogo con la sociedad, al tiempo que se mantenía con una tenacidad asombrosa la oferta de espacios de contienda ideológica y colaboración con todas las fuerzas del arco constitucional, salvo los liberales. La identidad comunista, endurecida por el ostracismo, no se emboscó en una inmovilidad doctrinal, sino que trató de sobrellevarse con un ánimo de permeabilidad a los nuevos impulsos sociales. Así, mientras la derecha dirigida por Amendola trataba de plantear la salida del ostracismo mediante la propuesta de la unidad de la izquierda, superando la quiebra de 1921, la izquierda orientada por Pietro Ingrao manifestaba una lectura más «social» del diálogo a realizar, considerando la necesidad de obtener el encuentro transversal de los sectores democráticos del pueblo. La presencia de un centro fuerte, cohesionado primero en torno a Longo y luego, sobre todo, en torno a Berlinguer, permitía la expresión de esa cadencia de posiciones que indicaban la voluntad de no apearse de la actualidad política y de caer en la tentación de encerrarse en una franja electoral, sin aspirar más que a su mantenimiento como fuerza de presión.

Por el contrario, el PCI quiso lanzar puntos de referencia, poner sobre la mesa temas que condicionaran el debate republicano, como acabaría siendo la última de sus grandes opciones estratégicas, el «compromiso histórico» de 1973. El premio de la sociedad italiana fue un apoyo electoral creciente que le permitiría atravesar la franja del 30 por ciento de los votos y ponerse a escasa distancia de la Democracia Cristiana tras la crisis de mediados de los setenta. Una lección de formas para la socialdemocracia que, desde luego, ésta no supo o no quiso comprender, y que se agotaría en la propia imposibilidad de construir un polo de atracción alternativo al de la Democracia Cristiana. Sin embargo, la «cuestión comunista» continuó siendo un tema central en la política italiana y, precisamente en esta cuestión residirían las esperanzas de la extrema derecha excluida en 1943.

La tensión entre *identidad* y capacidad de *diálogo social* que se plantea en el Partido Comunista, permitiéndole salvar las formas más ásperas de una exclusión, podía aplicarse al análisis del otro «polo excluido» de la política italiana, el Movimiento Social. Sin agotar el ámbito de la extrema derecha, que el monarquismo habrá de compartir hasta su práctica desaparición a mediados de los sesenta, el MSI conseguirá mantenerse como opción que mezcla la lealtad a la experiencia del fascismo y la voluntad de entrar en una fase de *influencia* sobre la arena política de la que se ha expulsado. En realidad, debería decirse que la lealtad al fascismo clásico no es un elemento de cohesión monolítico, sino que puede variarse en las diferencias de lealtad retroactiva que pueden observarse en el partido, y que responden a lo que el fascismo fue como experiencia plural, abarcando sectores conservadores y espacios de rebeldía, algo que suele simplificarse con la referencia al «fascismo régimen» o al «fascismo movimiento»; y que en el caso italiano se radicaliza con la reivindicación especial de Saló. La tensión entre identidad y compromiso es muy intensa en los partidos que tienen un acceso difícil a las instituciones. Mucho más, como es el caso del MSI, en un movimiento cuya propia estructura genética se presenta como inversión del régimen existente. Ni siquiera el PCI tenía un nivel de alteralidad tan profundo y sentido por su militancia, que podía sentirse ciudadana de la nueva república por su participación en el Comité de Liberación Nacional y

los primeros gobiernos posfascistas. La asunción de la *diferencia* esencial puede resultar un factor de bloqueo político, pero también una asunción positiva de la marginalidad, que refuerza el sentimiento de comunidad de creyentes y endurece el núcleo de tropas leales. De esta forma, la resistencia a las condiciones más duras se muestra en la existencia de un espacio permanente de influencia que no desciende del millón de votos y un porcentaje del 4-5 por ciento durante toda la República, llegando a puntas locales que rebasan constantemente el 10 por ciento, a lo que puede sumarse un número de militantes que pasará de los doscientos mil desde 1960. Se muestra también en un partido de militancia extensa, un partido de activistas, no de electores más o menos indolentes. La expulsión del paraíso del sistema permite a la extrema derecha misina aferrarse a la tierra de su exilio con el mismo sentido de propiedad que Camus atribuye a Sísifo cuando éste abraza la roca que habrá de empujar hasta la cumbre perpetua. Los misinos convertirán su marginalidad en una patria, habitada por quienes sienten un parentesco profundo, formado a veces por experiencias semejantes en el régimen mussoliniano, en la guerra civil y en la humillación de la derrota. A medida que pasan los años y las generaciones se extinguen, esa solidaridad de grupo se constituye en la propia militancia, en los recuerdos de la lucha en el solitario camino de la exclusión, pero también en la épica de una memoria acumulada y convertida en una tradición, en una referencia común que sobrevive a los individuos. En este sentido, el Movimiento Social es un ejemplo de comunidad nacional-populista, que imagina su proyecto con elementos de alto valor simbólico sobre los cuales es posible mantener la existencia, que se evaporaría por la falta de éxitos políticos. Su propia duración justifica su combate, aunque tengan que enfrentar sus mitos a la moral de una derrota, a diferencia de los comunistas, para los que la pervivencia de la URSS y de las sucesivas revoluciones socialistas puede otorgar cierta razón histórica y una indudable actualidad. Para los misinos, esa identidad es doblemente negativa, al orientarse hacia el recuerdo y al establecerse en un territorio prohibido.

Esta mística, indispensable para dotar de cohesión a un partido nunca llamado a gobernar, no excluye la confrontación estratégica ni, sobre todo, la existencia de un acuerdo de fondo sobre la cuestión principal. Como ha

señalado un analista tan lúcido como Marco Tarchi, cuyo testimonio tiene el valor añadido de la militancia observada con distanciamiento crítico, prácticamente *todos* los sectores del partido están de acuerdo en realizar una estrategia de confluencia de la derecha.[27] Lo que puede separarles son las condiciones, los ritmos, el grado de aceptación de renuncias a ciertos elementos simbólicos, la mayor visibilidad de la retórica neofascista o el mayor impulso a una cierta modernización que permita integrarse en la derecha clásica. Pero es importante señalar que el debate interno de la extrema derecha no se produce en los términos de una aceptación o un rechazo de la estrategia de *proceso constituyente* de la gran derecha, ni opone a «revolucionarios» y «conservadores» por la cuestión de una alianza política con monárquicos, liberales o democristianos. En todo caso, lo que existe en el área de la «izquierda» misina es la voluntad de conservar determinados aspectos diferenciales de carácter «revolucionario» en el diálogo con el resto de la derecha. Para decirlo de una forma sintética, para los sectores más radicales se trata de saber hasta qué punto el MSI será capaz de *preservar* un espacio propio *dentro* del área de la derecha. O, para ser aún más explícitos, de qué manera puede mantenerse un ámbito *antisistémico* dentro de una coalición de fuerzas donde también se encuentran las que defienden la lógica del sistema. Creer que esa voluntad de mantener la propia identidad implica siempre la negativa a aceptar la agregación de fuerzas, la amalgama de diversos estratos de la derecha, es una grave falta de consideración a la capacidad de análisis y supervivencia de un partido que, a fin de cuentas, ha sido de los pocos en sobrevivir a la experiencia de la Primera República, cosa que ha hecho modulando muy bien los aspectos de identidad y de apertura, de preservación de las esencias y modernización.

En los años que siguen a las elecciones de 1953, las condiciones favorables a la primacía del elemento anticomunista, conservador, de integración en el orden constituido eran abrumadoras. El régimen había superado una crisis inicial y, en tres ocasiones sucesivas, las urnas habían señalado la potencia de su principal partido, mientras la formación de los gobiernos, por difícil que fuera en ocasiones, nunca llegaba a promover una sensación de bloqueo del sistema como la que ofrecía Francia. Si añadimos

a ello el proceso de crecimiento económico que se producirá enseguida, empezando por el despegue y siguiendo por el milagro de los sesenta, las bases para una deserción del nuevo orden institucional están descartadas. El Congreso de Viareggio de enero de 1954 había aceptado estas condiciones: la intransigencia de un sector del partido quedaba convertida en una anécdota, en comparación con los argumentos proporcionados por las tesis de la mayoría. Para ésta, agrupada en la corriente «Por la unidad del movimiento», de lo que se trataba era de establecer de una vez por todas que la función del partido era ser capaces, desde los principios inspiradores de la tradición mussoliniana, de condicionar la marcha del país, a través de sus ofertas de colaboración a la derecha en todas las formas posibles: acuerdos electorales a los monárquicos, votos en favor de los jefes de gobierno de la Democracia Cristiana que dieran alguna garantía, diálogo con el Partido Liberal. Las posiciones intransigentes de un Ernesto Massi, que podía jugar con la propuesta de un movimiento transversal anticapitalista, quedaban fuera de lugar, no solo porque no habrían tenido eco en la visión del «socialismo nacional» que podía tener cualquier militante del MSI fiel a la experiencia fascista, sino por la sordera que tapiaba los oídos de los interlocutores en la otra orilla. El fracaso de este sector debe entenderse como resultado de su *escasa relación* con la identidad fascista, aunque a veces se presente como el *verdadero* espacio que hereda la legitimidad del *ventennio* o la más dudosa residencia ideológica de la República de Saló. Ernesto Massi y sus compañeros «socialistas» responden en muy escasa medida a la tradición que quieren enarbolar, que podrá hallar algunas simpatías en el «nacionalismo revolucionario» de algunos grupúsculos de finales de los años sesenta, pero muy pocas en la realidad electoral y militante de un MSI que, desde el principio, se ha orientado hacia su base natural. El primer malentendido a deshacer, por consiguiente, es el que establece la mayor *lealtad* o *integridad* de esta presunta izquierda, cuya relación con la experiencia fascista y con el horizonte de la extrema derecha resulta muy confusa. Otra calidad tiene la propuesta del grupo reunido en torno a Rauti y Erra, seguidor de las posiciones de Julius Evola, cuyo *tradicionalismo radical* pasará a hacer una lectura crítica del fascismo *desde la derecha*. Desde luego, no la derecha

conservadora o liberal, sino una Derecha con mayúscula, que se expresa en el rechazo de todas las formas políticas en que se manifiesta el mundo moderno. El tradicionalismo evoliano, como el de Rauti y su Centro de Estudios Ordine Nuovo es, por tanto, de una voluntaria y radical excepcionalidad, de automarginación, de crítica que va a la raíz misma de la sociedad salida de la Ilustración, de los valores de la burguesía, del liberalismo o del materialismo.[28] Pueden permitirse el lujo de criticar el populismo fascista como una concesión al espíritu democrático, y rechazar cualquier estrategia que implique contaminación ideológica porque desean estar *fuera de la política.* No es ésta la opción de quienes pueden discrepar de las concesiones o la prudencia de la dirección, pero nunca de la necesidad de establecer una estrategia que, tarde o temprano, implique la llegada a esferas gubernamentales. Como lo señalará Almirante tantas veces, ser fascista y aceptar vivir en democracia supone un conflicto, una tensión entre factores ideológicos y políticos, entre naturaleza y necesidades. Pero las críticas que la «izquierda» almirantiana pueda hacer a los dirigentes de los años cincuenta y sesenta nunca pondrán en duda la necesidad de ir ganando espacios y de hacerlo sobre una base firme de derecha, que en el caso italiano supone enarbolar la bandera del anticomunismo y de la lucha contra la apertura al Partido Socialista.

El grupo centrista que se reúne en torno a la nueva secretaría de Arturo Michelini en 1954 tiene aún, en el Congreso de Viareggio, una oposición organizada que puede reunir los votos de la derecha tradicionalista y de los «socializantes». Sin embargo, la imposibilidad de un acuerdo entre estas dos posiciones y el pragmatismo de Michelini le permitirá controlar la organización con facilidad, llevando a los sectores más radicales a la salida del partido y a la extinción política. El hecho de que las sucesivas escisiones que sufre el MSI no conduzca a ninguna competencia seria en el ámbito de la extrema derecha, parece dar la razón a quienes, a pesar de su relación conflictiva con la política de *constitución de la Gran Derecha*, creen que no hay otra función posible para el MSI, que en esa convergencia debe ofrecer algunos rasgos de cohesión social corporativa, la autoridad del Estado y el discurso nacionalista, aunque templado por la aceptación de la Alianza Atlántica. Un conflicto de estas características es el que puede

desarrollarse en el Congreso de Milán, en 1956, aprovechando una inmensa crisis política internacional que se vuelca sobre las condiciones internas, en especial en las primeras llamadas a la apertura a los socialistas. En plena euforia anticomunista, después de la invasión de Hungría por el Pacto de Varsovia, el MSI parece recoger el rédito de una fuerza cuya *razón de ser* se ha presentado, precisamente, como la lucha contra el bolchevismo. Otros partidos pueden plantear que difieren de la estrategia comunista, como lo hace el PSI, e incluso pueden señalar que son anticomunistas, como lo hace el resto de los partidos del arco constitucional. Sin embargo, ninguno aparece *fundamentalmente* con el carácter de esa función preventiva, ninguno posee esa *naturaleza*, esa carga genética que inspira su propia constitución en los años del *dopoguerra.* En 1956, por tanto, los sectores más radicales del MSI creen que el partido debe pasar a la ofensiva, exigir los intereses de una paciente labor ideológica, presentarse como el organismo de combate frente al peligro comunista, que en Italia tiene el añadido de un socialismo inclinado a una alianza estratégica con el PCI. Por ello, la dureza de los debates del Congreso de Milán pone en peligro la secretaría de quien ha orientado al partido en el pragmatismo, centrándolo en la primacía del diálogo con la derecha: porque se trata de la primera vez en que los misinos adquieren un orgullo de partido que les permite salir a la calle, manifestarse contra el orden de Yalta, descubrir el engaño de los vencedores en la guerra mundial, convencer a los ciudadanos de que los hechos de Hungría son el resultado de una victoria ficticia de Occidente. Que, al mismo tiempo, se esté hablando de una apertura a la izquierda, solo puede provocar la necesidad de una mayor movilización, de una mayor diferenciación del partido, que actuará mostrando sus rasgos específicos presentándose como la *garantía* para evitar que *el resto de la derecha* entregue las instituciones al marxismo. Todos, en el congreso, pueden estar de acuerdo en que deben centrar las fuerzas evitando la entrada de los socialistas en el gobierno, algo que podría condenar el MSI a una exclusión completa y sin esperanza. Pero, para Almirante y sus seguidores más radicales, la única forma de hacerlo es destacando las diferencias. En el conflicto permanente entre la identidad y el diálogo, Almirante destaca la identidad para poder hacer el diálogo; Michelini destaca el diálogo para

poder mantener la organización y, por tanto, la identidad. Almirante puede caricaturizar a Michelini como quien entrega una fuerza en crecimiento a un círculo ciego de renuncias sin compensaciones; Michelini puede acusar a Almirante de debilitar al partido cuando más falta hace la cohesión, levantando banderas que no podrán sostenerse con tan poca fuerza.

Ciertamente, Almirante y su corriente «Rinnovamento» extreman la argumentación. Desprecian la alianza con los monárquicos, insisten en destacar los aspectos sociales del programa. Michelini puede revolverse contra propuestas que parecen ir en la dirección contraria de lo que dice defenderse. ¿Puede arrebatarse la base social al comunismo adoptando sus consignas? ¿Puede construirse un punto de referencia tranquilizador con un lenguaje que acentúa el rechazo del sistema, no solo del comunismo, sino de una democracia en la que una mayoría de italianos sigue creyendo? Para Almirante se trata, sin duda, de establecer los límites de una influencia *interna*, a sabiendas de que no hay una alternativa que pueda rehuir política de alianzas, articulación de la derecha, primacía del anticomunismo: ¿no será él, precisamente, quien establezca la fusión entre monárquicos y misinos? ¿No será él quien funde la estrategia de un Frente Articulado Anticomunista? Cambio de postura, quizá, al asumir las responsabilidades de gobierno del MSI a finales de la década siguiente. O simple juego congresual, para disponer de una base de negociación en el interior del partido. Poco importan los motivos personales, en comparación con algo de mayor enjundia: si alguien tan sagaz como Almirante ha podido detectar en ese espacio radical, reticente, de patriotismo de partido y de señas de identidad, sin duda es porque existe un ambiente propicio, que se manifiesta en la inmensa campaña anticomunista de 1956 y en el temor a la apertura a la izquierda en 1960. Sobre ese miedo, Almirante plantea la estrategia de una radicalización, para regresar rápidamente al punto de partida, una vez ha obtenido visibilidad y se ha convertido en el único recambio posible a Michelini. A punto de ganar el congreso, con el 49,4 por ciento de los votos que reúne a sus propios seguidores, a los «socialistas» de Massi y a los «tradicionalistas» de Rauti, Almirante acepta la derrota *permaneciendo* dentro del partido. Ni Rauti ni Massi podrán hacer algo parecido. El primero, creará el grupo más influyente de la extrema derecha fuera del

MSI, Ordine Nuovo; Massi tratará de crear una plataforma política desde su revista *Nazione Sociale*, sin tener éxito alguno. La permanencia de Almirante en el partido y su pronta entrada en la dirección arrebatan a los escindidos su única opción de disponer de un espacio político unitario.[29] Giorgio Almirante, demasiado astuto para buscar un lugar a la sombra exclusiva del recuerdo de Saló, sabe que tiene que esperar a que vaya agotándose una estrategia que no está equivocada en su propuesta de fondo de solicitud de la gran derecha, sino en la forma apocada y la vocación subalterna con que lo plantea. También sabe Almirante que la posguerra está demasiado cerca, y que tal vez deberá esperarse una época más propicia, cuyos beneficios partan de la erosión misma de la generación protagonista de la Resistencia y de la firmeza de la cultura de la Liberación.

Hasta los sucesos de Génova de 1960, en efecto, Michelini no hace otra cosa que ir dando pruebas de buena fe, lanzar propuestas a monárquicos y liberales para asistir solo a constantes rechazos. Por parte de Malagodi, que ha visto cómo el liberalismo ha podido sobrevivir a la sombra de la Democracia Cristiana siendo representante de los sectores empresariales, la unidad de la derecha propuesta por el MSI carece de ingenio, al amenazar con la creación de un frente democrático antifascista que podría ser encabezado por el propio PCI. Ni siquiera en las condiciones difíciles de su salida del gobierno aceptará un pacto tan peligroso que, por otro lado, no le hace ninguna falta para mantener su influencia allí donde verdaderamente le interesa tenerla. Solo una quiebra global del régimen, como la que se producirá en los años noventa, podría inducir a los representantes de este liberalismo a acogerse a la alianza con los neofascistas.[30] Y, en cualquier caso, tal propuesta no puede hacerse a quince años del fin de la guerra, con un movimiento político que hace del régimen mussoliniano su identidad básica, para plantear la unidad de la derecha como una opción de estrategia. Por su parte, los monárquicos de Covelli o Lauro tienen una propuesta para hacer a la Democracia Cristiana *desde su propio territorio*, tanto el ideológico como el geográfico. Desde este punto de vista, que busca el establecimiento de un acuerdo con liberales y democristianos apareciendo el monarquismo como la verdadera extrema derecha del país, la existencia del MSI es más una molestia que un estímulo. El monarquismo no es aún

una fuerza agonizante, en especial en el sur, y cree poder consolidar su potencia como interlocutor del gobierno de Roma. La ilusión del planteamiento, visto a distancia, no excluye el perfil de una lógica aceptable, aunque fuera de lugar en el ritmo de acontecimientos que harán girar el país hacia la izquierda precisamente tras la campaña anticomunista más potente que se recuerda desde 1948. En cualquier caso, el rechazo de los aliados naturales del MSI hace más inviable aún la apertura de la Democracia Cristiana, sin la que cualquier operación es banal. La irritación de Michelini tras los pésimos resultados del partido en las elecciones de 1958 le hacen lanzar acusaciones contra el «sistema» de la DC, pero su pirotecnia verbal apenas tiene visibilidad. En cambio, sus constantes apoyos a los gobiernos democristianos sí la tienen, creando una incomodidad legendaria en algunos primeros ministros que deben aceptar la adhesión de la veintena de diputados neofascistas.

Los acontecimientos de Génova ya narrados, con la prohibición del Congreso del MSI y la inmensa movilización social que devuelve a la superficie la cultura antifascista, se inscriben en el marco de una transformación de fondo que el MSI apenas ha advertido, realizando sus análisis con un inmovilismo que le hace reiterar, tediosamente, la alternancia entre los discursos contra el sistema y las ofertas de la colaboración, como si nada estuviera cambiando en el área de gobierno y, sobre todo, como si la sociedad italiana no estuviera ofreciendo obstáculos, *pero también posibilidades.* El MSI está demasiado ocupado en contemplar su aislamiento parlamentario para tratar de enmendarlo por la vía de una conquista de la sociedad. La sociedad de consumo que se está creando en Italia puede crear una franja de clase media satisfecha, opuesta a las aventuras con la izquierda, temerosa de un Partido Comunista creciente. Esta misma sociedad sigue ahondando en el desequilibrio entre el norte y el sur, creando un territorio de caza para un populismo nacionalista que reivindique los derechos del proletariado meridional abandonado por industriales, políticos y dirigentes sindicales del norte. La expansión económica que crea estabilidad política contiene, anidando en la penumbra de sus órganos, los conflictos que habrán de desarrollarse a finales de la década de los sesenta y comienzos de los setenta, a los que el MSI prestará

solo una atención circunstancial. Incluso ésta resulta suficiente para darle vida, multiplicando sus votos y su influencia. ¿Qué habría ocurrido si, a las ofertas de construcción de la Gran Derecha, el MSI hubiera añadido la construcción de un espacio transversal, de reivindicación nacional-popular, de rechazo de la política corrupta y de tensiones regionalistas? En lugar de ir en busca de la sociedad, la extrema derecha misina busca el acuerdo parlamentario y, cuando no lo obtiene, desentierra una identidad convertida en retórica. Esta actitud es la que le impide adueñarse de espacios de influencia auténticos antes del 68. Un inmovilismo acompañado del control férreo de la organización por Michelini, de la reivindicación domesticada de Almirante, de la frustración por lo que parece simple aspiración a durar. El problema no es solo la falta de cuadros para organizar ese viaje a la sociedad que cree zonas de incertidumbre, de respuesta al sistema *en la práctica,* que *exija* a los dirigentes democristianos ampliar su relación. El problema es que el impulso del giro a la izquierda impulsado por Fanfani, Rumor y Moro, así como la resignación del Partido Socialista y la posición de la burguesía más activa suponen la pérdida de ocasión para crear un Bloque Histórico en el que el MSI pueda operar como representante de *determinados* intereses sociales o de una *precisa* ideología. Los resultados electorales de 1963, aunque no suponen una catástrofe para un partido retirado a los locales, encerrado en sí mismo, que corre el riesgo de ser un puro referente nostálgico, sí suponen una preferencia por el Partido Liberal, que se contempla como el eje de una alternativa de centro-derecha a la estrategia democristiana del centroizquierda. El millón y medio de votos misinos garantiza la supervivencia y, en las condiciones de aislamiento, puede presentarse como un triunfo por Michelini —cosa que éste, lógicamente hará—, pero señalan las limitaciones de una estrategia *de espera*, que ahora se encuentra con la articulación por un plazo que no será breve, de una alianza entre el partido católico y la izquierda socialista. La caída de los votos al mínimo histórico cinco años después, cuando el MSI queda en el 4,5 por ciento expresa esta conciencia de regresión, incluso coincidiendo con la pérdida de espacio del Partido Liberal.

Los siguientes congresos del partido, celebrados en Roma en 1963 y en Pescara en 1965, reflejarán esta actitud de descontento que sigue negándose a expresarse en forma de una escisión, aunque quiere hacerse visible como *rebeldía interna*. La corriente de Almirante Rinnovamento se presenta como una alternativa *para* el partido, pero no como una alternativa *al* partido. Seguramente, porque tal alternativa era quimérica, sabiendo contar los resultados electorales que había obtenido el MSI y el pozo en el que se desplomaría en vísperas de la gran movilización del 68. Gestos teatrales como abandonar la sala o arrojar monedas a Michelini no suponen más que una voluntad de manifestar una desazón, aunque tienen la virtud de indicar a los más radicales que las esperanzas se encuentran *dentro* de la organización. La función de esta corriente, al permanecer dentro del partido, es señalar a quienes acentúan su oposición al régimen y a quienes no ven con buenos ojos cualquier cosa que no sea una estrategia de confrontación con la Democracia Cristiana que el MSI continúa siendo el único referente posible, aunque su dirección sea perversa. De esta forma, como ocurre en las formaciones burocráticas de masas, la resistencia de los más partidarios de la identidad legitima con su presencia la organización *en su conjunto*, incluyendo a quienes tienen posiciones más pragmáticas que, en el caso de Michelini, llegan a plantearse abiertamente de la forma que más hiere al partido: sugiriendo un proceso de desfascistización. Matizada con la sublime *finezza* de los políticos de cualquier color en la Italia republicana, la posición de Michelini quiere ir al encuentro de generaciones que no han conocido el fascismo y hacer de él un episodio histórico que otorga una legitimidad distinta a la cláusula genética que acepta la mayoría. Para Michelini, que defiende en sus intervenciones congresuales la conversión del MSI en el partido de la integración de la derecha, de la autoridad, de los valores tradicionales, de la defensa de la propiedad, del nacionalismo y del compromiso con Occidente, del anticomunismo y las respuestas corporativas al conflicto social, la única alternativa a sus posiciones es una revolución o un golpe de Estado que el MSI ha demostrado no querer o no poder hacer. Esa aparente carencia de alternativa

es la que sostiene la cohesión del movimiento, que va aguardando una crisis en el seno de la Democracia Cristiana o la lenta afluencia de votantes dispuestos a elegir la *Fiamma* en la papeleta electoral.

Sin embargo, en vísperas de la gran transformación del 68, que habrá de dar un vuelo especial y efímero al MSI, señalando la existencia de alternativas *en la práctica*, hay sectores de la extrema derecha que parecen optar por lo que Michelini y Almirante rechazan. A mediados de la década, la experiencia europea podía mostrar la existencia de un área de respuesta posible a la inestabilidad gubernamental, a la potencia de un Partido Comunista local, a la dispersión de acciones sindicales cada vez menos controladas por los partidos y al nacimiento de una oposición de extrema izquierda. La presencia *interna* de la subversión —fuera la que representaban los partidos de la izquierda clásica, o lo que pudieran representar los grupos de estudiantes o trabajadores más radicalizados, de carácter maoísta o trotskista— se sumaba al proceso de descolonización que había ido acompañado de una fuerte implicación de la izquierda en la valoración de la lucha armada, de la violencia subversiva, de justificación del terrorismo y de crítica profunda a los valores de la cultura occidental. Ese espacio de debate sobre el imperialismo y las luchas de liberación pasaba a ser un tema que no se refería solo a la liquidación de los sistemas coloniales, sino al análisis del capitalismo, de la democracia, de la estrategia de la izquierda y de las formas de entender la resistencia frente a la subversión por parte de la derecha más dura. Como se ha visto en el caso de Francia, la experiencia colonial fue utilizada para expresar el desarrollo de una concepción de la lucha política como defensa armada de la sociedad occidental, en un proceso de guerra de baja intensidad que se acompañaría de golpes de Estado para rectificar los sistemas institucionales de la posguerra. Si tenemos en cuenta la forma en que pudo derivar el golpe gaullista y la inmediatez del golpe de los coroneles en Grecia —además, lógicamente, del inmenso efecto-demostración que pueden tener las dictaduras militares en países como Argentina o Brasil—, el pragmatismo de una conspiración entre la extrema derecha y un sector de las Fuerzas Armadas o los Servicios de Seguridad y Contraespionaje no es desdeñable. Fracasadas las opciones para reconstruir un espacio fascista clásico, la

exasperación de la derecha podía acentuarse por el incremento del prestigio de la lucha armada en el Tercer Mundo y el apoyo de una parte considerable de la cultura europea a una descolonización que podía acompañarse de ideología socialista.[31]

El frente anticomunista que teorizaba el MSI: en términos de una alianza con la derecha liberal y democristiana, podía plantearse, desde áreas más restringidas, como un frente antisubversivo, que formara a los cuadros del ejército y de las fuerzas policiales en una doctrina de freno a la expansión de la izquierda, recurriendo al golpe de Estado si era necesario, como había sucedido en la Francia de 1958. La alarma social provocada por la entrada de los socialistas en el gobierno podía ser suficiente para crear estas condiciones previas, especialmente si conseguía transmitirse a la sociedad el estado de indefensión de un partido hegemónico desbordado por sus conflictos internos. La actividad de esta extrema derecha subversiva se vincula a pequeños grupos como la sociedad de estudios Ordine Nuovo, la Avanguardia Nazionale de Stefano della Chiae o la organización Giovane Europa de Giorgio Pisanò. Sin que se buscara la instauración de un régimen militar, la actividad de propaganda antisubversiva podía intentar presionar a los dirigentes políticos con el descontento de sectores claves de las Fuerzas Armadas, nada dispuestas a que el equilibrio político del país pudiera romperse por la apertura a la izquierda, especialmente teniendo en cuenta la potencia alternativa del PCI y el crecimiento de los grupos de lucha extraparlamentaria que habían ido surgiendo al calor de la ruptura entre China y la URSS, de la revolución cubana o del movimiento autonomista estudiantil o sindical. Una función especial en esta trama se atribuyó a Ordine Nuovo. Clemente Graziani, uno de los dirigentes del grupo, publicó en 1963 un ensayo titulado *La guerra rivoluzionaria* en el que se dibujaba el esquema fundamental de este enfrentamiento interno de la sociedad, que venía a plantear un nuevo conflicto mundial en términos distintos a un enfrentamiento entre naciones, para situarlo en el espacio de una confrontación entre la subversión internacional y los valores occidentales en cada uno de los países. De esta forma, el conflicto pasaba a teorizarse como una subversión permanente, que modificaba el enfrentamiento convencional entre ejércitos para definirse como una lucha entre las fuerzas del orden y

los instrumentos locales de ese movimiento revolucionario. Esas fuerzas del orden deberían formar un frente cívico militar que pudiera adaptarse a la calidad nueva de la confrontación, que superaba el viejo conflicto de bloques para hacerlo descender a la inmediatez de una verdadera guerra civil larvada. En 1963, la apertura a la izquierda podía presentarse como un modelo de gestión del conflicto, que abría las puertas a uno de los brazos del movimiento de subversión. En mayo de 1965, llegó a realizarse una serie de charlas en el Istituto Luigi Pollio de Roma, con la participación de dirigentes de Ordine Nuovo, dirigido a oficiales seleccionados de las Fuerzas Armadas y dedicado al tema: «La guerra mundial ya ha empezado». Organizado por un periodista vinculado a la extrema derecha y a la jefatura del ejército, Eggardo Beltrametti, las reuniones se justificaron por la preocupación con que los organismos de defensa nacional contemplaban el crecimiento de la subversión en el mundo, con una especial reflexión sobre los acontecimientos de Argelia, cuya desembocadura política resultaba un interesante estudio de caso. La realización de esta experiencia tiene interés en un marco más amplio, que indica la *posibilidad* de una estrategia antisubversiva que incluyera la colaboración de la extrema derecha como apoyo civil a un golpe de carácter antiinsurreccional, como el que llevó a cabo el coronel Papadopulos en Grecia en 1967.

En 1964, el gobierno descubrió la existencia del llamado Plan Solo, elaborado por el que había sido jefe de los Servicios de Información del Ejército, pasando luego a dirigir el cuerpo de carabineros, general Giovanni di Lorenzo. El Plan constaba de un detallado recurso a fuerzas seleccionadas para intervenir en caso de crisis política, e incluía un minucioso examen de las actividades de casi un millar de dirigentes políticos, estableciendo las condiciones en las cuales el ejército podría hacerse cargo del poder, con el auxilio de sectores civiles. Aun cuando nunca ha podido establecerse el peso de esta trama en las decisiones políticas del recién creado centroizquierda, Franco Ferraresi señala que la renuncia a un gobierno de orientación reformista más acusada y la aceptación de un gabinete moderado, dentro del esquema de la nueva mayoría del centroizquierda, fue el resultado de entrevistas directas entre

Lorenzo y los dirigentes democristianos. A poca distancia de la estrategia de la tensión que siguió a las movilizaciones estudiantiles y al otoño caliente, las frustraciones de la línea electoral del MSI quedaban compensadas por una opción de fuerza que podía inspirarse en el modelo gaullista o, más adelante, en el que se llevó a la práctica en Grecia. Fracasadas ambas opciones, los sectores más descontentos de los «polos excluidos» del sistema político italiano iniciarían la carrera del terror. La lenta ascensión del barón rampante misino exigía demasiada paciencia a quienes esperaban, a escasa distancia, el vuelo monstruoso de los sueños de la razón.

El vizconde demediado. La ambivalencia del MSI en la crisis social italiana (1968-1976)

A las condiciones generales del gran conflicto cultural de 1968, la sociedad italiana añadiría rasgos peculiares, derivados de factores tan diversos como los desequilibrios radicales de un modelo de crecimiento económico basado en la bipartición territorial, un esquema gubernamental cuya estabilidad se convertía en una inflexible carencia de alternativa, la fuerza de un Partido Comunista con extraordinaria capacidad de penetración social, y la persistencia de un área definida por su oposición al sistema republicano con un apoyo electoral y militante mucho mayor que en cualquier otra parte de Europa. A estos factores se añadiría, aunque no fuera un rasgo especial de Italia, sino la forma exasperada de un fenómeno internacional, la frecuencia de los actos de terrorismo, protagonizados por la extrema izquierda o la extrema derecha, que a lo largo de la década de los setenta llegaría a provocar trescientas cincuenta víctimas. Puede señalarse que, en las condiciones de inestabilidad que se produjeron por la movilización estudiantil, por el «otoño caliente» de 1969-1970, por la constitución de una «mayoría silenciosa» dispuesta a salir a la calle para pedir orden, por fracturas de la sociedad en temas como el referéndum sobre el divorcio, por las acusaciones de corrupción que llegaron hasta la presidencia de la República, por los vaivenes gubernamentales del centro-derecha al centroizquierda, por el riesgo de una apertura al Partido Comunista, por la acentuada depresión económica de comienzos de los setenta y por la agitación en la zona meridional, que llegó a provocar un verdadero estado de sitio en Reggio Calabria, la extrema derecha disponía de un escenario propicio a señalar una *fractura moral* de la sociedad italiana que debería desembocar en un *recambio político*. Las propuestas de alternativa *al* sistema o alternativa *del* sistema que parecían dividir al MSI podían encontrar una síntesis operativa en esa mezcla de provocación de conflicto y apariencia de su misma solución en términos de unas nuevas reglas de juego. El desorden podía presentarse como la instancia que se precisaba para una fenomenología de la vaciedad del sistema, de su inoperancia, de su escasez de recursos ideológicos, de su farsa política. El estímulo de la

inestabilidad, la participación en las algaradas y el reconocimiento de la justicia del descontento popular podía compensarse para ofrecer, al mismo tiempo, las condiciones de una rectificación del régimen, necesariamente imbuidas de la entrada de los misinos en el área gubernamental. La modificación de la Primera República era, por tanto, la esencia del partido de la extrema derecha ajeno a su fundación. Y esa negación permanente podía hacerse positiva en la oferta de la colaboración para superarla, tras haber participado, sin que nadie pudiera reprochárselo, en el incremento de su desprestigio. En Francia, la batalla de Argel había sido la gran ocasión perdida para la extrema derecha, en la medida en que se había dispuesto de una opinión pública que planteaba la crisis de las instituciones y, junto a ella, unas Fuerzas Armadas dispuestas a intervenir en la fijación de los ritmos de modificación institucional. En el caso italiano, la ocasión perdida del MSI fue el período de decadencia republicana abierto con las movilizaciones estudiantiles de comienzos de 1968 y cerrado, para las aspiraciones del MSI, en la constitución del gobierno Andreotti-Malagodi de 1972, que volvía a excluir la colaboración misina. Aunque el régimen pudiera prolongar sus problemas hasta la década siguiente, la posibilidad de intervención del Movimiento Social había quedado cancelada definitivamente, antes de la oportunidad que trajo la crisis del sistema a comienzos de los años noventa.

La república había salido del *impasse* de mediados de los años cincuenta mediante la línea de apertura a la izquierda impuesta en la Democracia Cristiana, que había colocado al Partido Socialista en el ecosistema ministerial y había reducido la oposición de izquierda a un *monocolor* comunista. El triple sentido de cierre a las alternativas propuestas por la extrema derecha, reforzamiento de un espacio central de amplio dominio parlamentario y neutralización de alternancia alguna que pudiera esquivar la hegemonía de la DC eran los puntos de triangulación de la solución política propuesta en la estrategia de Fanfani y de Moro desde finales de los años cincuenta. Como hemos visto, sin embargo, la realización de esa operación de ingeniería parlamentaria resultó averiada por los problemas de la unificación socialista, unos problemas que no dejaban de expresar dinámicas sociales más profundas. Pues, precisamente

cuando la sociedad está comenzando a plantearse la insuficiencia de las instancias representativas creadas en la lucha antifascista, el socialismo italiano llevó adelante un proceso de unificación sin capacidad de respuesta para los problemas de la modernización económica y las transformaciones sociales experimentadas por el país en los años del «milagro». Se ha indicado antes que la construcción del centroizquierda no pudo presentarse como una *cultura* de integración social, dispuesta a asumir el perfil de una realidad cambiante extendiendo su ámbito de representación. Más que un programa de gobierno distinto, que acentuara la intervención del Estado o planteara reformas escolares, lo que se necesitaba era la impresión de una vuelta de tuerca en la construcción de la democracia italiana que permitiera a una sociedad muy distinta a la de 1945 *sentirse* dentro del sistema, de una forma simbólica además de técnica. El problema fundamental del centroizquierda, que pagó especialmente el nuevo Partido Socialista Unificado, fue su carácter de ajuste parlamentario, de ingreso de los socialistas en la *misma* escena institucional, en la misma concepción de la política. De esta forma, se perdió buena parte del valor que podía haber tenido el giro inspirado a comienzos de la década, cuando el propio Moro quiso advertir a la Democracia Cristiana reunida en Congreso que la propuesta de una expansión hacia los socialistas del área de responsabilidad gubernamental debía contemplarse a la manera de una *svolta*, de una maduración de la democracia que sabía adaptar sus esquemas orgánicos a su ritmo de crecimiento. Al llegar la crisis de 1968, con el mismo Moro al frente del gobierno, las cosas no podían ser más distintas. El centroizquierda se contemplaba como un expediente de recambio de mayoría que dejaba intacta la naturaleza democristiana del régimen, sin escuchar las voces que empezaban a alzarse en la sociedad, de una forma transversal que incluía a los sectores católicos, a los núcleos crecientes de la izquierda liberal o las diversas opciones renovadoras del socialismo. Es significativo que esta misma movilización de opiniones, esta propuesta social lanzada a la política desde tantos ángulos, se viera como un desafío al centroizquierda en lugar de leerse en los adecuados términos de un enriquecimiento verbal, de una afluencia de signos que podían aumentar la capacidad de comunicación entre la sociedad y las instituciones.

El impulso de cambio que llegaba desde la experiencia social venía gestándose en aspectos que procedían de la misma vida cotidiana de los ciudadanos, mezclando su descontento y sus aspiraciones. Como se ha indicado tantas veces, la crisis del 68 fue el resultado de una sociedad opulenta que planteaba problemas referidos a la calidad del puesto de trabajo, a los ritmos de producción, a las formas de comunicación de la cultura, a la afirmación del propio yo en un mundo masificado. La búsqueda de la soberanía individual en un marco de socialización anónima respondía a la satisfacción de necesidades materiales, a un nivel de consumo que nunca se había conocido en la historia. Esa misma expansión daba conciencia de la posibilidad de mejorar las condiciones de existencia, al ofrecer expectativas que difícilmente se habrían planteado en una sociedad de precariedad, de riesgo, de inseguridad. La forma en que se asimiló el crecimiento económico adquirió el rango de una costumbre, rápidamente sentida como normalidad, como estado social permanente, cuyos recientes orígenes se difuminaban. La movilización del 68 solo pudo incubarse en una fase prolongada de crecimiento y cambio del entorno cultural, que permitió colocar en un primer plano cuestiones relativas a la libertad personal, a la afirmación del control de la propia existencia, a la exigencia de una participación en las decisiones, a la insumisión frente a la autoridad antes no necesitada de un discurso de justificación. Sin embargo, la movilización correspondía también a los desequilibrios de ese mismo crecimiento, no solo a la distribución desigual de sus recursos, sino a la *configuración* de la sociedad, a las formas de dominación, a la estructura del poder. La importancia atribuida al debate sobre la función de los cuadros salidos de la universidad en las asambleas estudiantiles; el debate sobre la organización de las formas del trabajo y la representación directa de los trabajadores en los órganos de negociación; la reflexión fundamental acerca de la cuestión del poder, ramificado en un debate sobre el Estado, las instituciones, los partidos; la atención puesta en las escenificaciones diarias de «liberación» del individuo de las normas establecidas —que se veían como respuesta a las *formas* de la dominación social—; la crítica acerba a la democracia, a veces en forma de un discurso libertario, a veces en forma de un neoautoritarismo camuflado, que buscaba legitimidad en la denuncia de

las «libertades burguesas» y en la fascinación por las corrientes de la extrema izquierda, maoísta o castrista; todos estos elementos indicaban elevar al rango de preocupación fundamental el lugar de la sociedad en la política: como si, después de haber alcanzado el bienestar, se propusiera la discusión sobre la libertad y la igualdad.

Esta movilización no habría tenido lugar sin los signos de un malestar económico, que se filtraba en la forma de una crítica cultural. Con su mezcla de resonancias de lenguaje revolucionario de otro tiempo y anticipaciones de problemas que pasarían a ocupar un espacio sensible en los futuros planteamientos de la política, la crisis del 68 procedía de un optimismo muy distinto a la resignación de 1945: *la posibilidad* de cambio. Descompuesta muchas veces en ira, en arrogancia, en impaciencia, en incapacidad de unir fuerzas dispersas, la respuesta de los movilizados *reflejaba* con mayor vigor de lo que *proponía.* Comenzando en las movilizaciones estudiantiles de finales de 1967 y comienzos de 1968, la primera fase de la crisis estuvo acentuada por el carácter fuertemente ideológico de los planteamientos del movimiento estudiantil, donde pudieron penetrar fácilmente las organizaciones desprendidas del PCI o salidas directamente de la propia experiencia asamblearia, en un discurso que podía plantear la superación del conflicto social clásico por una nueva distribución de las demandas: la función ideológica de la enseñanza, la responsabilidad de los licenciados, la reproducción de los sistemas de dominación. Que la movilización naciera, precisamente, del incremento del número de estudiantes —un 60 por ciento entre 1963 y 1967—, de la aprobación de nuevas reformas de los planes de estudio —propuesta Gui de creación de títulos intermedios— y del fracaso abrumador de la masificación —un 40 por ciento de los estudiantes no acababa sus estudios —, no se contemplaba en la oferta de una malla reivindicativa ajustada a tales problemas *sin más*, sino que los contemplaba *a través* de una falta de confianza en el sistema. El carácter extremo de tales lecturas solo pudo alcanzar un eco de masas en las condiciones especiales del final de una etapa de expansión, que podía mezclar los últimos signos de la opulencia —sin que los estudiantes hubieran vivido otra cosa— con las primeras resistencias del mercado de trabajo a aceptar su ingreso en condiciones de

promoción adecuadas. La elevación del tiro de la crítica, negando las opciones moderadas y tratando de coincidir con una fractura social amplia acabó devastando las posibilidades reformistas del movimiento, al no hacer del mismo una de las piezas de un cambio de cultura política del conjunto del país. La intransigencia procedía, sin embargo, de la forma en que se percibían las transformaciones de una época, de la velocidad de los cambios y de su corpulencia: no solo los que se referían *directamente* a la política, como la Revolución cubana, la Revolución Cultural china, la Primavera de Praga, la ofensiva comunista en Vietnam, la movilización por los derechos civiles en Estados Unidos o la influencia de los movimientos estudiantiles alemanes o franceses. Esta voluntad de transformación podía corresponder también a las modificaciones técnicas, a la capacidad de conquista del mundo material que podía observarse en la carrera espacial, a la progresiva automatización productiva, a la mejora visible en las redes de comunicación y la automoción, a la insaciable llegada de nuevas expresiones artísticas, a la rapidez de los cambios en la forma de vestir —garantizada por la eficiencia productiva y la capacidad de compra—. En ese mundo que desplegaba su *voluntad de poder*, la afirmación del Yo a través de una movilización colectiva se presentaba en su forma de prevención ante la vacuidad de los valores sociales forjados en una etapa anterior, pero también en la seguridad de que bastaba una afirmación solemne para conseguir la *realización*, la presentación radical de la propia existencia individual.

Movimiento individualista y comunitario a la vez, la protesta estudiantil habría de provocar escasas vibraciones en la atmósfera institucional italiana, donde la mayor parte de la oposición, incluyendo a la extrema derecha, se limitó a expresar su comprensión por los motivos de los estudiantes, al tiempo que condenaban sus métodos.[32] Incluso el Partido Comunista tuvo que poner en primer término su preocupación por el desarrollo de tendencias organizadas a su izquierda, que amenazarían hasta las elecciones de 1972 con arrebatarle el monopolio del espacio de alternativa al sistema en una perspectiva socialista. La incidencia de la protesta obrera, que se prolongó desde el otoño de 1969 hasta mediados de 1971, inquietó mucho más a los dirigentes políticos italianos y, sobre todo,

estableció problemas a largo plazo en el modelo de crecimiento establecido a finales de los años cincuenta. Las demandas obreras se referían a una distribución de la renta generada en el dilatado proceso de crecimiento, en el que los salarios reales no habían crecido al mismo ritmo que los beneficios empresariales, aun cuando esa diferencia permitió niveles de inversión que modernizó la industria del norte poniéndola en condiciones de competir con la del entorno europeo. Junto a la cuestión de los salarios, sin embargo, se planteó la falta de representatividad de los partidos, la insuficiencia de una democracia que se limitara a los esquemas liberal-parlamentarios, y —*last, but not least*— la domesticación de los sindicatos, cuyos dirigentes ocupaban cargos de responsabilidad en los partidos e incluso eran representantes en la Cámara. El movimiento fabril aprovechó, de esta forma, la propia crisis de confianza del sistema político italiano, sumido en una constante precariedad gubernamental, para señalar su función de interlocutor directo con el poder estatal, dando lugar a la formación de organismos unitarios de base que sembraron la desazón en todas las áreas del gobierno y en la oposición de izquierda. La potencia del movimiento reivindicativo era de tal magnitud que ni los sindicatos pudieron esquivar las cuestiones que se planteaban, en especial las referentes a la unidad y a la independencia, ni el gobierno pudo dejar de presionar a la patronal para que hiciera concesiones salariales importantes que pudieran aliviar la tensión provocada. Las demandas obreras, por otro lado, establecían áreas equivalentes a lo que los universitarios proponían en su crítica a los modelos ideológicos de la educación, al plantear su exigencia del control de los ritmos de producción y su protesta por las formas más alienantes de la producción en cadena. De igual forma, la llegada masiva de emigrantes de las zonas meridionales, cuyo trabajo se facilitaba por la menor exigencia de cualificación en los procesos productivos automatizados, imprimió a las reivindicaciones de los trabajadores una nueva línea de protestas sobre las condiciones de desarrollo desigual del país. La potencia de las demandas habría de disminuir, precisamente, con el éxito obtenido: los incrementos salariales y la reducción de la inversión por una burguesía desconcertada se unieron a la crisis internacional de comienzos de los años setenta para sumir a Italia en

una inflación acompañada de la caída de la producción. En tales condiciones, la posibilidad de incrementar las ambiciones globales del conflicto obrero fue cancelada, permitiendo que las organizaciones clásicas se hicieran de nuevo con las riendas de los procesos reivindicativos. Además, los trabajadores otorgaban al Partido Comunista un apoyo electoral como el que nunca había tenido, repudiando a los pequeños grupos que habían ido emergiendo a su izquierda, a pesar de la calidad teórica de los cuadros salidos del mismo PCI, como los que integraban el movimiento de *Il Manifesto*, Rossanda, Pintor o Magri.

La movilización obrera y estudiantil permitió hacer *observable* una fragmentación de la cultura política italiana que podía acercarse peligrosamente a una deslegitimación del poder. Las tendencias pansindicalistas tenían en su crítica al régimen de partidos y en su exigencia de diálogo social directo un tufo corporativo que podía llegar a alegrar a quienes se encontraban en posiciones contrarias a las deseables por los líderes obreros. Llevado hasta cierto punto, lo que se estaba planteando no era la primacía de la sociedad, sino el establecimiento de una regulación alternativa de *áreas de poder*, e incluso el reconocimiento estatal de un *grupo de presión* a cambio, naturalmente, de que tal grupo constatara la vigencia del poder. La crítica enriquecedora a las deficiencias de la democracia de partidos podía convertirse, en sus formas más perversas, en una forma de reforzar un diálogo realizado *sobre* la sociedad, pasando por encima de sus recursos de control explícitos. No resulta extraño el entusiasmo con que ese pansindicalismo pudo ser recibido en algunos ambientes radicalizados de la extrema derecha, en la medida en que podía expresar un debilitamiento de la República en favor de los «auténticos» agentes sociales, que desconfiaban de los monederos falsos donde se recaudaba la herencia de la democracia. Desde luego, no fue ésta la posición de la mayoría del MSI, más orientado a conectar con la protesta conservadora ante la agitación social, pero sí llegó a prender en algunos elementos de su discurso «alternativo» y, sobre todo, en sectores de la CISNAL y de la izquierda que acababa de reforzarse con la entrada en el partido de los antiguos miembros de Ordine Nuovo, liderados por Rauti.

La crisis, al hacerse palpable en esta movilización radical, pudo agravarse con la competencia de una «mayoría silenciosa» cuya protesta tomó fuerza en el norte, produciéndose manifestaciones de masas en Milán, en Turín o en la misma capital. Por primera vez, el *uomo qualunque* expresaba su hartazgo por el desorden y su inquietud por los inicios de una desaceleración del crecimiento que acabaría en una verdadera depresión. La posibilidad de que el movimiento se coagulara en una fuerza social coherente, situada al margen de los partidos o poco dispuesta a aceptar sus alarmas; el temor a que la extrema derecha pudiera hacer de esta movilización de la «gente corriente», de los «ciudadanos privados», del «italiano medio» una base electoral firme, capaz de desplazar el equilibrio de poder, era una presunción lógica en los ambientes de la Democracia Cristiana. La estrategia del centroizquierda, lejos de contener el conflicto social, parecía haber llevado a su exasperación, como lo habían anunciado los heraldos del miedo del MSI desde comienzos de la década de los sesenta. En lugar de disponer de un comunismo aislado, desactivado en los márgenes del sistema, desquiciado en la soledad de una supervivencia sin opciones, se había patentado una nueva parálisis gubernamental, con dos zonas socialdemócratas incapaces de constituir una verdadera fuerza de apoyo de los trabajadores al partido centrista. Aunque el conflicto tuviera motivos más complejos y su duración estuviera sentenciada por la misma crisis económica, la *percepción* de las clases medias era la del *desorden*, una insoportable incertidumbre que no podía aceptarse en el marco de un crecimiento tan habitual, en la esfera de una tranquilidad derivada de las expectativas de progreso. Precisamente esa falta de costumbre de una ciudadanía habituada a los desajustes de gabinete, pero no a la *piazza di sinistra*, agudizó su desasosiego, impulsando una movilización que la extrema derecha trató de canalizar desesperadamente en una desautorización del régimen y en la exigencia de un giro hacia el proceso constituyente de un polo conservador populista. La respuesta de esa «mayoría silenciosa» inédita a las condiciones conflictivas del país podían haberse orientado en ese sentido, aunque para ello debía haberse contado con una condición siempre necesaria: que la estrategia de la Democracia Cristiana estuviera dispuesta a asumir el costo de la operación *para ella*

misma, en la medida en que la constitución de un área de la derecha plural reconocía la competencia del MSI, en unos términos superiores al simple reducto electoral. El problema para las orientaciones de este partido era la dependencia de lo que pudiera hacer la DC no solo para la protección del sistema, sino en defensa propia. Y, en los problemas de un apoyo social amplio a la erosión del régimen que se propiciaba se encontraba el propio perfil *alternativo* que los misinos desplegaban, necesariamente, para poder cohesionar a sus propios militantes y proceder a la deslegitimación del sistema. La ansiedad de las clases medias fue acentuada por dos elementos que prácticamente encajaron en la movilización estudiantil y obrera, como una especie de extremidad agitada al final de un período de crisis o como un apéndice venenoso que amenazaba a la sociedad. Se encontraba, por un lado, el inicio de los atentados terroristas, con el acontecimiento crucial de la matanza de la plaza Fontana de Milán el 12 de diciembre de 1969, iniciando una tétrica constancia en la vida política italiana que tendría momentos de intensidad agotadora en 1974, con el atentado al *Italicus* o en 1980, con la matanza de la estación de Bolonia, y que alcanzaría un poder simbólico detestable con el rapto y asesinato de Aldo Moro en 1978. Por otro lado, la movilización de Reggio Calabria en 1970 y 1971 levantó un área de respuesta al sistema —esta vez por demandas localistas rápidamente aprovechadas por los sectores más radicales de la extrema derecha— que añadió violencia a una atmósfera sofocante. El *desorden* del que el MSI esperaba obtener una cantera de votos para romper la estrategia democristiana quedó profundamente acotado por estos acontecimientos, aunque sus efectos electorales no se mostraron claramente hasta mediados de la década.

La crudeza de estos procesos fue acompañada por un cambio de paso importante en la Democracia Cristiana, que suele contemplarse como una agonía, lenta e irreversible, de la política del centroizquierda. Dicho estado terminal no tenía por qué conducir a una vuelta a los pactos de centro-derecha de los años cincuenta, sino que podía plantearse en un nuevo salto audaz, que aprovechara los cambios operados en el interior del área del PCI y permitiera que éste se hiciera cargo de los costos de la crisis, en lugar de aprovechar los réditos de una oposición sumamente responsable, matizada,

ajustada a una modificación creíble de sus principios. Desde comienzos de la década, Enrico Berlinguer había respondido al riesgo del aislamiento del partido con la propuesta de un diálogo abierto a todos los partidos democráticos, incluyendo a la Democracia Cristiana. Los llamamientos de la dirección del PCI, que provocaron una fuerte resistencia de los sectores más duros de la organización, que llegaron a escindirse del partido para crear distintas formaciones maoístas, llegaron a ser tenidos en cuenta por la dirección del partido católico, aunque éste limitó su respuesta a normalizar espacios de intercambio de ideas, una especie de ámbito moral que contemplara los problemas de la crisis de civilización que se estaba experimentando. Uno de los factores más importantes de este interés de dirigentes como Moro o Rumor se encontraba en los mismos motivos que habían llevado a la apertura a la izquierda diez años antes: la insuficiencia del *poder social* de la mayoría gubernamental, bastante fuerte para sostener gabinetes, pero no para dar coherencia a una política ambiciosa. No se trataba, ahora, de *mantener el crecimiento*, de administrar una situación que parecía caminar por sí sola, sino de enfrentarse a una crisis de modelo que se presentaba en la forma de una depresión, pero cuyos lectores más sagaces entendían como un verdadero cambio de época. Se trataba, por tanto, de *gestionar la austeridad* para hacer frente a la inflación, de tener la relación orgánica precisa con la izquierda para hacer frente a la caída de la producción, a la reducción masiva de las horas de trabajo. Se trataba de *obtener una nueva mayoría* que pudiera hacer frente a los desequilibrios regionales, cuyo poder de erosión se mostraba en los graves acontecimientos de Reggio Calabria. Se trataba de *constituir un acuerdo* de fondo, que integrara la opinión del Partido Comunista en las decisiones gubernamentales, para considerar el agotamiento progresivo del modelo de producción fordista y el crecimiento de una economía sumergida, precarizada, fragmentada, cuyos perfiles iban a alterar profundamente las relaciones sociales y políticas en toda Europa. Lo que proponía el PCI en las constantes apuestas lanzadas por Berlinguer para salir de su callejón político no era un simple acuerdo de ingreso en la mayoría gubernamental de la DC por la puerta de servicio, algo que había costado muy caro al Partido Socialista. El secretario general de los comunistas italianos presentó

su proyecto, en su forma más precisa y ambiciosa, en unos artículos publicados en *Rinascita* a finales de 1973, presentados como meditaciones ante el golpe de Estado de Chile del 11 de septiembre. En el fondo, su propuesta de *compromiso histórico* con la Democracia Cristiana dejaba de *incluirla* en el diálogo para establecer una *preferencia por el partido católico*, cuyo resultado meramente parlamentario era disponer de dos tercios de los votos en un área de responsabilidad gubernamental, directa o indirecta. La oferta se realizaba en el marco de la acentuación de la crisis provocada por el final del sistema monetario de Bretton Woods y por las decisiones de la OPEP: no existían posibilidades reales de que los ajustes a realizar pudieran llevarse adelante sin que el PCI, cuyo apoyo electoral continuaba creciendo imparablemente, aceptara compartir los riesgos de una política de solidaridad nacional ante la crisis energética. Tal cosa implicaba iniciar un debate sobre el modelo de crecimiento italiano, que incluía aspectos tan resbaladizos como la atención al Mezzogiorno o la depuración del sector público, pero concedía los elementos sociales indispensables para hacer frente a un ajuste sustancial de las rentas sin provocar una catástrofe institucional. La reflexión propia del Partido Comunista sobre las cuestiones de la austeridad, del crecimiento sostenible, la crítica al industrialismo sin límites, al gasto de energías no renovables, etc., iría marcando la posibilidad de un acuerdo de fondo. Por otra parte, las opciones del Partido Comunista Italiano habían ido compensando las ofertas a la DC con una crítica cada vez más abierta al modelo soviético, estableciendo el valor de la democracia como punto no contingente del socialismo. Como lo señaló en su momento Norberto Bobbio, criticando la ausencia de una teoría de la democracia en Marx, el uso del término gramsciano *hegemonía* para sustituir la clásica *dictadura del proletariado* se insertaba en un mundo de confusión que nunca aclaraba los espacios de la sociedad y del Estado, y era especialmente problemático en su defensa de los objetivos *de clase* en un esquema de democracia liberal, constituida por individuos y opiniones, además de por grupos y situaciones. El esfuerzo realizado por el PCI para dar respuesta a estas objeciones, en especial de la mano de Nicola Baladoni y Valentino Gerratana, se dedicó a la definición de una cultura nacional-popular que hacía de la complejidad social italiana

una posibilidad más amplia de un socialismo plural, en lugar de presentarse como un obstáculo a las definiciones rígidas de proletariado y burguesía. Sea cual sea la dinámica específica de un debate que tuvo un gran impacto en la izquierda occidental, lo cierto es que las llamadas del PCI tenían dos elementos favorables: su *credibilidad* y su *oportunidad*.[33]

La parálisis de la Democracia Cristiana procedía de la forma en que se neutralizaban sus corrientes internas. La constitución y duración de los gobiernos, que no debería haber tenido dificultad a causa de la reiterada mayoría parlamentaria del partido católico, se enfrentaba a la posibilidad de los votos contrarios de los diputados descontentos con la tendencia dominante. En el verano de 1970, la dimisión de Mariano Rumor, desmoralizado por la falta de disposición de su partido a llevar adelante cambios institucionales que dieran eficacia al gobierno; cansado por una agitación social que había desembocado en una convocatoria de huelga general en junio, y abrumado por los efectos del terrorismo que parecía mantenerse indemne a la investigación de los Servicios de Seguridad del Estado, dio lugar a la constitución del prolongado gobierno de un técnico de las finanzas como Emilio Colombo, que se mantendría al frente del ejecutivo hasta febrero de 1972 sin disponer de ninguna corriente del partido identificada con él. Quizá esa carencia de apoyo era su principal virtud, pero poco tenía que ver esta situación con la autoridad de un centro del partido al que se sometieran las diversas facciones, y mucho más con una tregua que se concedían mutuamente las corrientes democristianas antes de definir, tras el ciclo electoral que se iniciaba en 1970, cómo iban a desarrollarse las políticas de alianzas. Los procesos electorales contemplaban aspectos tan diversos como las elecciones regionales, las locales, las presidenciales, las legislativas y un referéndum sobre el divorcio que iba quedando postergado por voluntad de casi todos. Las elecciones presidenciales colocaron en el palacio del Quirinal a un representante de la derecha democristiana que parecía el menos adecuado para poder manejar con energía una fase de conflicto como la que se presagiaba para los siete años siguientes. El golpe más demoledor, sin embargo, fueron las elecciones locales y regionales de 1971: el partido católico estuvo a punto de caer de la franja del 30 por ciento, y la extrema derecha liderada por el

dinámico Giorgio Almirante consiguió resultados espectaculares, llegando a un 16,2 por ciento en las locales de Roma y al 21,5 por ciento en las de Catania. La gravedad de la situación, aumentada por los flacos resultados de los compañeros de coalición de la DC, llevó al presidente Leone a tomar, por primera vez en la historia republicana, la decisión de una disolución anticipada de las Cámaras y la convocatoria de elecciones para la primavera de 1972. La campaña tuvo un dramatismo que la acercaba, en un ambiente muy distinto, a la de 1948, cuando el país había tenido que elegir entre dos bloques. Esta vez se trataba de sancionar o no la mayoría democristiana, de dar un espacio electoral a la extrema derecha que resultara difícil de soslayar, obligando a los democristianos a elegir entre el PCI o el MSI para formar una mayoría gubernamental. La impresionante propaganda desplegada por todos los medios de comunicación afines al partido católico, e incluso por sectores independientes que comprendían lo delicado de la situación, dio sus frutos en la decisión de los ciudadanos. La «mayoría silenciosa», la masa inconformista de derecha que el Movimiento Social Italiano había conseguido llevar a las urnas en 1971,[34] consideró necesario dar su confianza al verdadero partido del orden, al partido que había hecho toda la campaña reclamando el voto del *centro*, el voto alejado de la venia al condicionamiento de los misinos, el voto de quienes desearan dar a la Democracia Cristiana libertad de opción. Sin duda, el crecimiento del MSI fue notable, llegando a rozar los tres millones de sufragios y alcanzar el 8,7 por ciento de la participación. Pero los éxitos no se miden por los resultados, sino por las expectativas: y el MSI había esperado superar la barrera psicológica del 10 por ciento, uniendo su crecimiento a la caída de la Democracia Cristiana. Una «crisis de tijeras» que redujera la diferencia entre los dos partidos, indicando cómo coincidía la estrategia misina con la voluntad de los ciudadanos, incluyendo a buena parte de los votantes de la DC. Sin embargo, la Democracia Cristiana obtuvo un resultado histórico, de nuevo cercano al 40 por ciento de los votos, mientras el Partido Comunista soportaba perfectamente la competencia de la extrema izquierda superando el 27 por ciento. De esta forma, justo en el momento en que se apreciaba la entrada en la crisis cuyas manifestaciones iniciales se habían expresado en la agitación del período 1968-1971; justamente cuando había de enfrentarse

a una ofensiva conjunta desde los dos espacios excluidos del sistema donde había construido su hegemonía, la Democracia Cristiana era capaz de concentrar el voto moderado del país, que le señalaba su voluntad de que el partido católico vertebrara la adaptación del régimen a las circunstancias difíciles que se estaban experimentando.

Un apoyo de estas características, que había venido a delinear mejor la calidad de la movilización social del último lustro, no implicaba un cheque en blanco del país, dispuesto a recordar que su voto no podía ser un espaldarazo al inmovilismo, sino a la *seguridad* y, en todo caso, al *cambio dentro de la continuidad.* En plena ofensiva terrorista, la reducción del espacio de la extrema derecha a menos del 9 por ciento de los votos implicaba una opción de refuerzo de las instituciones negándole al MSI la representación primordial de las personas «de orden». Ni siquiera podía decirse que en torno al espacio misino se reuniera el anticomunismo, cuyas reservas podían encontrarse con una virulencia muy potente entre los seguidores de Saragat, los de Malagodi o los de Andreotti. En todo caso, lo que se había expresado en el país era, más que la definición binaria de comunismo/anticomunismo —en la que el MSI trataba de constituir la verdadera oposición entre derecha e izquierda—, la apuesta por un centro institucional polisémico, capaz de dirigir sus alianzas en diversas direcciones. Ésta era la forma en que los italianos asumían la defensa de un orden constitucional que continuaban considerando un punto de referencia. Y esa lealtad *de origen* a la Primera República era algo que no estaba a disposición del MSI, continuando constituyéndose como el factor fundamental de sospecha que pesaba sobre esta formación. El éxito de la Democracia Cristiana resultaba, así, un triunfo del esquema constitucional que se camuflaba bajo el apoyo al partido del centro católico. Como ocurrió en 1948, los dirigentes democristianos no quisieron confundir su alivio institucional con su entusiasmo partidista. La formación de un gobierno dirigido por Andreotti podía interpretarse como un giro a la derecha —en especial por la presencia notable de Malagodi—, pero el retorno del líder liberal apoyando al representante del sector más conservador del partido democristiano tenía que interpretarse en la clave de las difíciles condiciones económicas que asumía el gobierno, con el aumento de los precios, la caída

de la inversión y la reticencia de la burguesía tras meses de concesiones a los trabajadores. Recuperar la confianza de los inversores tenía que hacerse sin provocar, a través de los recortes salariales, un enfriamiento de la demanda que se volviera contra la propia recuperación económica.

Esta trama de dificultades, a la que se respondió con una política de expansión del crédito y retención de los salarios, no pudo evitar su encuentro con la subida de los precios energéticos en 1973-1974, provocando la recesión más importante del país desde el final de la guerra.[35] El ambiente de parálisis de la producción, de ahorro de la energía, de la caída de los ingresos salariales y de la contención del gasto, que trataban de frenar una inflación galopante, se contaminó aún más por la continuidad de las acciones de violencia terrorista, una de cuyas expresiones más duras fue el atentado al tren *Italicus* en el verano de 1974, al que habían precedido los estragos de la bomba en la plaza de la Loggia en el mes de mayo. El punto más hondo de la crisis económica se reunía con el mayor saldo de víctimas de la violencia, que en 1974 alcanzaba el número de treinta, la mayor parte de ellas a manos de la extrema derecha. La ofensiva terrorista, en la que Orden Negro y las Brigadas Rojas iban tratando de bloquear el proceso de estabilización política, correspondía a la percepción de un cambio de etapa en la política nacional, donde el gobierno Andreotti-Malagodi no había sido más que un corto paréntesis, a la espera de que la Democracia Cristiana y el Partido Comunista fueran concretando sus relaciones, en una competencia y un conflicto que debía establecer reglas de juego. La República se había iniciado con un esquema tripartito, a la manera francesa, entre democristianos, socialistas y comunistas. A partir de 1947, se había pasado a un juego bipolar entre dos espacios, con la hegemonía aplastante del partido católico en un lado y con una cierta ventaja comunista en la izquierda no gubernamental. Desde comienzos de los años sesenta, la apertura al centroizquierda con participación socialista había intentado aislar al PC, trasladando su base electoral a un partido de gobierno subordinado a la Democracia Cristiana. Ahora, la nueva fase debía afrontar la consolidación de los dos partidos por los que los electores mostraban una preferencia que los distanciaba ampliamente de sus seguidores. El diálogo entre ambas fuerzas no podía esquivarse, aunque no

tuviera que terminar, necesariamente, en la entrada de los comunistas en el área de la responsabilidad gubernamental. Podía tratarse de establecer una fluidez, un reconocimiento final de un interlocutor que se asentaba como el mayor representante de una de las tres grandes culturas nacionales: la católica, la marxista y la liberal. El episodio del referéndum de mayo de 1974 sobre la ley del divorcio resultó un acontecimiento incómodo para todo el mundo menos para los misinos —y algunos sectores de la DC dispuestos a echar un pulso a Rumor o Moro—, que tuvieron la ilusión de unir sus fuerzas a los democristianos por última vez. La formación de un nuevo gobierno dirigido por Aldo Moro, inmediatamente después del penoso reencuentro con el MSI, vino a mostrar la seguridad de esa trayectoria, que parecía hacerse urgente por el deterioro de la situación económica con variables como una inflación cercana al 25 por ciento. Las declaraciones hechas tanto por el líder democristiano de facto como por Enrico Berlinguer indicaban la voladura de la reticencia y un estado de disponibilidad comunista que se respondía, por primera vez, con la disposición a entablar un diálogo que alcanzara el fondo de los problemas del país.

La resistencia opuesta por la derecha liberal o los socialdemócratas fue respondida en los procesos electorales de 1975 y 1976. Los primeros, de carácter regional, estuvieron a punto de provocar el *sorpasso*, al mezclar un cansancio del electorado democristiano con un empuje apremiante del Partido Comunista, en momentos en que la izquierda se exaltaba por acontecimientos internacionales como la Revolución de los Claveles o la caída de la dictadura en Grecia, el acceso de los laboristas al gobierno británico o el ajustado resultado de las elecciones presidenciales en Francia, cuando la Unión de la Izquierda estuvo a punto de colocar a Mitterrand en el Elíseo, elementos a los que pronto se añadiría la crisis final del franquismo y la muerte del dictador. No por casualidad, una de las reuniones más importantes de la dirección del Partido Comunista de España se celebró en Roma, planteando la reorganización del PCE. y su adaptación a las condiciones de democracia que no tardarían en imponerse en el país. No por casualidad, tampoco, Berlinguer habría de impulsar en ese mismo momento el liderazgo del llamado «eurocomunismo», cuya acuñación

trataba de sellar la entrada de los partidos comunistas más importantes de Occidente en el ámbito de una izquierda socialdemócrata, que rompía sus vínculos ideológicos con el marxismo-leninismo ortodoxo. Ese prestigio internacional del PCI respondía a la imagen de potencia *interior* del partido que había sabido superar una estrategia de aislamiento para pasar a ser un elemento condicionante de la política italiana. El resultado, que alentaba la posición de los sectores de los partidos gubernamentales en favor del diálogo con los comunistas, no dejó de provocar la inquietud en un territorio muy amplio de la opinión pública, para el que el mantenimiento de la mayoría democristiana continuaba siendo una garantía institucional, fuera cual fuese la política de apertura que el partido católico pudiera propiciar. Por ello, las elecciones nuevamente anticipadas de 1976 se presentaron en los términos dramáticos de evitar el *sorpasso*: algo que, en lugar de beneficiar las posiciones más extremas de la derecha, le arrebató el voto útil, prestado en la crisis de 1971-1972. La supervivencia de la DC por encima del PCI se hizo, precisamente, a costa del Partido Liberal, reducido a una situación grupuscular inferior al 2 por ciento, y con la pérdida de 650.000 votos misinos. Aunque alcanzaran su máxima representación institucional, con el 34,4 por ciento de los votos, los comunistas volvían a quedar por debajo del centro democristiano, que lograba romper la dinámica de descenso de las últimas elecciones regionales. La situación postelectoral había de marcar las líneas básicas de la última década del régimen constituido en 1946. El diálogo abierto entre Moro y Berlinguer no evitó el desánimo que se extendió en el ambiente del PCI, al haber agotado todos los filones de su crecimiento electoral: los sectores críticos con Berlinguer pudieron empezar a considerar el acierto de una política que no lograba abrirse paso hacia el deseado compromiso histórico. Dos años después de estas elecciones cruciales, el secuestro y asesinato de Moro en el mismo momento en que había de decidirse la formación de un gobierno con el apoyo de los comunistas impuso una crisis moral de honda repercusión en el país, cuyo primer indicio fue el inicio de la caída del voto comunista en las elecciones de 1979. Por otro lado, el Partido Socialista acababa con la dirección de De Martino y colocaba a Bettino Craxi en la secretaría, iniciando un proceso de verdadera búsqueda de la autonomía socialista,

basada en el abandono de las posiciones doctrinarias del maximalismo. La retirada de Malagodi de la dirección del PLI y el acceso de un renovador como Valerio Zanone imponía un cambio de imagen tras más de veinte años de liderazgo indiscutido, en representación estricta de los intereses de la gran industria del norte. El espacio laico pasaba a ser representado cada vez con mayor fuerza por el Partido Republicano, cuya posición reformista y alejada de cualquier frivolidad presupuestaria le iban otorgando la confianza de sectores amplios de profesionales liberales y pequeños propietarios. La elección de Zaccagnini al frente de la Democracia Cristiana se establecía en los términos de una superación del bloqueo del partido por la dirección opuesta en la que habían ido remando sus distintas corrientes. En una forma distinta a lo que podían haber supuesto los partidarios del compromiso histórico, pero también quienes habían trabajado por la constitución de una gran derecha liderada por la Democracia Cristiana, el régimen ponía las bases de su modificación institucional, a no demasiada distancia del gran ciclo de reorganización política europea que daría tonalidad a los siguientes quince años.

Durante todo este período de crisis, la extrema derecha italiana tratará de acabar con las instituciones salidas de la derrota del fascismo, cuya legitimidad original implican la marginación de quienes se inspiran en los logros del *ventennio*, algo que no se reduce a los partidarios de una restauración en estado puro del fascismo si no, como hemos tratado de definir reiteradamente, a quienes quieren reconstruir el bloque social que vertebró el fascismo en los años treinta, llevando a cabo una síntesis de carácter distinto, con diferente peso de los componentes políticos que son llamados a participar en esta opción antidemocrática. Durante todos estos años, aunque puedan desplegarse grupos que ganan autonomía en una estrategia *exclusivamente* violenta, de captación de la calle y de creación de atmósfera de guerra civil, el Movimiento Social continúa disponiendo de una amplia hegemonía en el conjunto del espacio de la extrema derecha, que se consolidará con la reincorporación, en el ala izquierda, de Ordine Nuovo, y por la absorción, en el ala derecha, del Partido Monárquico. Grupos como Lotta di Popolo, el Frente Nacional de Valerio Borghese o la

reconstituida Avanguardia Nazionale tendrán alguna intervención notable en episodios concretos —como la función de OLP en el movimiento estudiantil de 1968-1969, haciendo propuestas de creación de un espacio transversal antisistema, o el intento del golpe de Tora-Tora del Frente Nacional, o el activismo de AN en Reggio Calabria en 1970—, pero nunca llegarán a disputar a los misinos su carácter central en el movimiento, capaz de alentar espacios de cultura alternativa, ganar afluencia electoral, estimular acciones de *piazza di destra* o iniciar el diálogo con otros sectores de la derecha conservadora. De hecho, para estos pequeños grupos de acción —con la sola excepción de Lotta di Popolo, que se mueve en un espacio bastante extraño, muy ajustado al impresionismo antisistema del 68—, el MSI continúa siendo la referencia fundamental, hasta el punto de entender su activismo como una forma de lucha complementaria, un auxilio a las tareas que está realizando el partido de masas en las áreas cercanas al poder. Esta función subalterna de creación de atmósfera, de ejercicio político-gimnástico, de calentamiento del escenario político para forzar un cambio institucional, siempre tiene presente que el gran beneficiario de la modificación tiene que ser el Movimiento Social, donde reside una legitimidad que los seguidores de los diversos núcleos de acción no pueden ignorar.

La llegada de Giorgio Almirante a la secretaría del MSI coincide de forma aparentemente providencial con este cambio de fase política en el país, haciendo que converja el acceso del representante del ala «izquierda» del partido a la dirección máxima con las sacudidas que sufre el régimen por el efecto combinado de la movilización estudiantil-obrera y los primeros indicios de la crisis económica. El aspecto mágico que puede poseer ese encuentro entre un carácter y una época es, en buena medida, el resultado de la propaganda que acompaña a los liderazgos carismáticos. La llegada de Almirante a la secretaría procede, en primer lugar, de hecho trágico, sin ninguna relación con su acción política para ganar una mayoría: la muerte del dirigente máximo del partido en los últimos quince años, Arturo Michelini, en 1969. Sin producirse este acontecimiento, Almirante no habría dispuesto de la fuerza suficiente para que su tendencia de Rinnovamento pudiera hacerse con las riendas del partido. La inercia

militante en una formación de estas características, la cohesión en torno a un personaje en largos años de dificultad y aislamiento, el prestigio que había ido adquiriendo la figura de Michelini por el simple hecho de mantener la *fiamma* encendida, hacían prácticamente imposible que Almirante pudiera llegar a la secretaría y, menos aún, en las condiciones de unanimidad en lo que hizo. La experiencia de los congresos de Roma y Pescara, cuando los almirantianos habían sido incapaces de aprovechar el retroceso electoral del partido para desplazar a Michelini, son una buena muestra de la firmeza de un líder con el que alguien tan hábil como Almirante entendió que debía negociar, a la espera de mejores tiempos.[36] Por otro lado, la coincidencia entre el hombre y su tiempo tienen, junto a la capacidad de maniobra que no puede negarse a Almirante, la sustancia que va más allá de él, para establecer una convergencia entre los tiempos *y la ambivalencia* del conjunto del partido. En los años que envuelven la crisis del régimen, es la *tradición misina*, formada por la ambigüedad de sus planteamientos de orden y ruptura, de alternativa y gobernabilidad, de identidad y pacto, de exclusión del sistema y aspiración a ser parte destructiva del mismo, la que sale beneficiada, alcanzando su mayor cuota de influencia durante la Primera República. En la medida en que el régimen agudiza la crisis, parece crecer por sí sola su inversión, su elemento genéticamente opuesto, como resultado de una legitimación adquirida por el mismo desprestigio de las instituciones. La etapa de mayor éxito del partido no procede de un giro radical en las posiciones estratégicas, sino del feliz encuentro entre la política de constitución de una Gran Derecha que siempre ha propuesto el MSI y las circunstancias en que se halla la República. Tales circunstancias hacen viable el proceso constituyente que el Movimiento Social ha hecho su marca de fábrica desde su misma fundación, a sabiendas de que su ingreso en la política nacional había de hacerse mediante una modificación del esquema legitimador del sistema que superara el binomio fascismo/antifascismo para establecerse sobre la base de izquierda/derecha. Una vez resuelto el tema de exclusión básico, que durante cincuenta años será el código antifascista con que se inicia la república, el MSI podría avanzar en la lenta contaminación del espacio de una reagrupación de las diversas expresiones de la derecha, ocupando una

posición que mezclara los criterios radicales de identidad nacional con el autoritarismo populista. Lo que el MSI entiende por sus rasgos «sociales» es, de hecho, la formulación de una integración laboral de carácter corporativo, que supera las veleidades socializadoras de algunos de sus sectores más jóvenes o radicales, para mostrarse en su forma más conservadora: es decir, como superación del conflicto a través del encuadre de la producción en un esquema de comunidad de empresa. Este perfil propio del MSI es lo que quiere agregarse al proceso de constitución de una derecha que restaure el bloque histórico ya probado en el fascismo. Para poder llevar a cabo esta operación, el desmantelamiento de los signos de identidad del régimen es indispensable, porque éstos proclaman el carácter exógeno del MSI, impidiéndole ser aceptado en igualdad de condiciones en cualquier reflexión sobre la reforma institucional. Recordemos que, hasta el nombramiento de Bettino Craxi como primer ministro a comienzos de los años ochenta, el Movimiento Social nunca es llamado a consultas para formar gobierno, lo cual implica la fuerza simbólica de su exclusión, su percepción como elemento infeccioso, ajeno, residual e indigno. Como hemos visto, tal exclusión tiene virtudes homeopáticas, al ir alimentando la consistencia de una identidad forjada en el rechazo sistemático, en una extrañeza que acaba asumiéndose como rasgo de referencia. Sin embargo, la cohesión que otorga dicho estado virtuoso tiene el inconveniente de mantenerse en el recinto limitado de los creyentes, sin poder ofrecer una carrera administrativa a quienes quieren dedicarse a la política profesional. Aunque pueda ofrecerse un cierto espacio burocrático en la representación institucional que obtiene el partido, siempre se tiene la frustración de no llegar al área de decisiones políticas centrales o regionales, cerradas por el veto del resto de los partidos. Además de esta marginación burocrática, el problema reside en la extrañeza cultural misina, alejada de los espacios de debate, de inspiración creadora, de reflexión sobre los grandes problemas nacionales, ámbitos donde la opinión de fuerzas de menor potencia electoral es escuchada con mayor atención.

Estas consideraciones sobre la fuerza de las circunstancias y de una tradición no pretenden negar el papel desempeñado por Almirante, cuya función adquiere tanta mayor relevancia cuanta mayor es la necesidad de

una encarnación simbólica del partido excluido. No cabe duda de la fuerza con que la llegada del nuevo secretario rompió la estancada resignación que se había ido instalando en el partido a medida que los criterios de inercia y supervivencia se habían impuesto a las aspiraciones a transformar la correlación de fuerzas. Tras el fracaso de Génova en 1960 y los pésimos resultados electorales de 1963 y 1968, el partido parecía haber elevado a rango de normalización la ocupación de un breve espacio electoral y una ferviente adhesión de militancia, cada vez más inspirada por criterios especulares, de contemplación de la propia resistencia al paso del tiempo, de simple coexistencia con la realidad. La aspiración a crear un espacio de unidad de la derecha había acabado por tener un papel retórico, cuyo puro simbolismo acababa por acercar su condición a la memoria reivindicada del *ventennio.* La experiencia mussoliniana aparecía como el pasado que pudo ser, mientras el proceso constituyente de la derecha se presentaba como un futuro constante, una dirección en la que caminar, a perpetua distancia del horizonte intocable del sistema. Es posible que, sin la crisis de 1968-1976, el resultado de esta situación habría sido el lento desvanecimiento generacional, la evaporación inaudible de un volumen diezmado por los años, como ocurrió con el movimiento monárquico precisamente en vísperas del ciclo abierto en 1968. En las circunstancias favorables que se expresaban abiertamente como una afirmación de las insuficiencias del régimen, se necesitaba una personalidad con la sagacidad de Almirante, que hubiera hecho una lectura tan completa de las virtudes de la ambivalencia misina. En este sentido, el nuevo líder lo es por su capacidad de síntesis, por su notable lucidez para expresar las diferentes matrices que dan forma a la alternativa nacional-populista. Esa identificación entre un líder y una cultura política es lo que permite que un partido adquiera la posibilidad de realizar sus objetivos, en la medida en que potencia los elementos simbólicos y los rigores del pragmatismo reuniéndolos en los gestos rituales y las declaraciones de la misma persona. La ambivalencia del MSI se concentra en Almirante como no lo ha hecho antes con el «realista» Michelini y como no lo hará después con el «alternativo» Rauti. La secretaría de Fini, para poder imponer ese nivel de integración, habrá de encontrarse con la crisis de las instituciones y la apertura de un espacio

vacío que se corresponde exactamente al molde del Movimiento Social. La elección de Almirante, realizada con la unanimidad que le otorga incluso los votos del sector más reticente a sus actitudes críticas frente a Michelini, irá rápidamente acompañada de elementos de afirmación de esta voluntad de síntesis entre el discurso *contra* el sistema y la renuncia a actuar en un marco no actualizado, de mera veneración a una comunidad de recuerdos. La inyección de energía que el nuevo secretario imprime al partido es, ciertamente, un nuevo *estilo*, dando a este término la importancia que tiene el ritual en una formación de extrema derecha. Dicho estilo se forma con la voluntad de integración y la exigencia del mando al mismo tiempo. La capacidad de ganar a todos los sectores del partido, como primer paso para reunir a todos los sectores de una renovada extrema derecha, tiene que mezclarse con una corpulencia directiva que se expresa en la liquidación de los ámbitos posibles de incertidumbre, aquellos lugares en los que podía sospecharse la existencia de futuros obstáculos al liderazgo absoluto.

La integración tiene un elemento de valor espectacular en el reingreso de Pino Rauti y la mayor parte de sus seguidores de Ordine Nuovo en el partido. Rauti defenderá su posición en términos *estructurales* —la ausencia de espacio fuera del MSI en la creación de una alternativa nacional-popular— y *coyunturales* —la necesidad de cerrar filas en los momentos de crisis del régimen que se viven—. La voluntad de asentar el mando absoluto se verá en movimientos como la unificación de las juventudes en un solo organismo, la adquisición de autonomía para el secretario del partido, la ampliación de los organismos de dirección —que evitan una verdadera eficacia de dirección colegiada— y el control más estricto de las federaciones y las secciones locales. La conciencia del partido de vivir momentos excepcionales, junto a las dotes de Almirante y los éxitos logrados en el crecimiento militante y electoral del partido, permiten que esa línea autoritaria se vea legitimada por los resultados, sin que exista ningún conflicto interno de importancia hasta que éste se produce en su forma más dramática, con la escisión de la Derecha Nacional en 1976. Hasta llegar a ese punto, los congresos son unitarios, renunciándose a la costumbre de escenificar la lucha entre corrientes, aunque sin que personas como Pino Rauti renuncien a manifestar siempre que pueden su perfil

diferenciado, incluso creando foros y revistas en los que, más que una oposición a Almirante, se plantea el enfoque de nuevos problemas para la derecha nacional-popular.[37] A lo largo de 1970, Almirante iría perfilando la combinación entre alternativa al sistema y propuesta constituyente de la derecha, mientras su discurso parecía ir matizándose y verificándose en una progresiva orientación del régimen hacia una crisis de grandes proporciones. La tendencia Rinnovamento se había constituido por aquellos sectores que se oponían a la forma achatada, resignada, falta de energía con que Michelini afrontaba la necesidad de corregir el rumbo de la Democracia Cristiana. Este reproche, como se ha indicado algo más arriba, procedía más de una discrepancia sobre el peso del propio perfil en la demanda de acuerdos de la derecha que en la voluntad del acuerdo misma. Lo que traía Almirante a la secretaría no podía ser, de ninguna forma, una ruptura con la estrategia que, en sus aspectos más radicales, habría implicado una verdadera clausura cultural del proyecto misino, estableciéndose en los márgenes de *otro proyecto*, distinto al creado en 1946 —y, de hecho, distinto al mussoliniano—, que podría expresarse en lo que Pino Rauti podría desarrollar tiempo después, como una alternativa transversal, que trataba de superar los criterios de división de la izquierda y la derecha, llegando a desechar el peso del ingrediente anticomunista en la esencia del fascismo. Esa visión comunitarista tomará el nombre de Línea Futura, profundizando en su voluntad de superar los esquemas políticos de la posguerra y establecer un ámbito de encuentro de los excluidos, de los ajenos a las instituciones, del movimiento nacional-popular, y Pino Rauti le dará su definición más ajustada, pero también su fracaso más abrumador cuando trate de convertirlo en línea del partido misino a comienzos de los noventa. Tolerada como corriente interna que va definiendo un ámbito de alternativa cada vez más radicalizada, no se corresponde en absoluto con la oferta de inserción que Almirante realiza a sus seguidores.

Tal oferta se basa en la recuperación del orgullo de la militancia, humillada y ofendida tras años de marginación, y que ve ahora corroborada la inviabilidad del régimen. En enero de 1970, Almirante escribirá un editorial significativo en *Il Secolo d'Italia*, que viene a advertir la necesidad de superar los esquemas de la nostalgia y de ganar una presencia en el

escenario político italiano a través de una actualización intransigente, que nada tiene que ver con el inmovilismo: *«ser misino hoy significa haber superado la polémica fascismo/antifascismo»*, es decir, estar en condiciones de verificar el auténtico significado de la consigna de Marsanich: *«ni renegar, ni restaurar»*, para poder establecer el proceso constituyente de la derecha superando las delimitaciones de la Primera República. El juego de equilibrios, entre identidad y pacto, entre tradición y renovación, corresponde a las propias necesidades de una militancia, que necesita saber *qué* es, pero también precisa *coexistir* en un marco que no puede excluir al resto de la derecha con mecanismos similares a aquellos que la derecha excluye al MSI. Debe considerarse, por otro lado, el sentido de la oportunidad de Almirante, su exquisito olfato para calibrar el hedor de la corrupción ambiental y averiguar dónde se encuentran las zonas podridas del sistema. A comienzos de 1968, los cuadros de la FUAN participaron en la movilización estudiantil romana, ocupando con sus numerosos efectivos la facultad de derecho. Los dirigentes juveniles, en especial Anderson y Mantovani, llegaron a verse superados por una base del movimiento que trataba de establecer fórmulas de diálogo con otros sectores del movimiento estudiantil. Con gran agudeza, los sectores más vinculados a la tendencia almirantiana fueron capaces de mantener un apoyo al «coraje moral» de la movilización, a sus razones de repudio del sistema, aunque se negaran a aceptar su instrumentalización por movimientos marxistas. Más tarde, núcleos de la CISNAL se sumarían a la movilización obrera del otoño caliente, recibiendo una dura reprimenda de sectores del partido próximos a la línea micheliniana, pero siendo acogidos con comprensión por los cuadros más próximos a buscar equilibrios entre la legitimidad de la protesta y la negativa a la indisciplina: un estrecho camino que la retórica almirantiana era perfectamente capaz de transitar. En última instancia, lo que se defendía era el orden social, el derecho al trabajo y al estudio, la normalidad cívica, los valores de la convivencia sin la interrupción de la producción o el estudio. Pero esta defensa se realizaba *siempre*, en las palabras de Almirante, desde la previa aceptación de las razones «morales» de quienes decían que «no» al sistema. De esta manera, se asumía la negación, al tiempo que se rechazaba la alternativa. Se elogiaba el gesto,

pero se rechazaba la propuesta. Se exaltaba el estilo de una protesta legítima, pero se defendía el derecho de la gente a «vivir en paz», algo que el régimen no estaba en condiciones de proporcionar. A lo largo de la crisis del régimen, el MSI pudo presentarse ante la población como un movimiento de defensa social, que amenazaba en el Parlamento con la célebre frase de Almirante: «*donde haya una* piazza di sinistra *habrá una* piazza di destra», respondiendo a un Andreotti que continuaba negándose, tras las elecciones de 1972, a contar con el apoyo misino. Ese deseo de adquirir un perfil de contramovilización de masas, de activismo reaccionario y, al mismo tiempo, de denuncia del sistema, pertenece a la mejor tradición fascista. El MSI se esforzó en mantener la tensión entre ambos polos, oscilando en uno u otro sentido según se orientara el ritmo mismo de los acontecimientos. La carencia de prejuicios del partido y su falta de responsabilidades de gobierno era, en este sentido, una tarjeta de crédito de su auténtico carácter alternativo. Sin embargo, Almirante nunca quiso jugar la carta *qualunquista* a la que le empujaban algunos sectores del partido cuando la Democracia Cristiana se negaba a aceptar sus propuestas de pacto. Dejó claramente establecida su oposición a una actitud que pusiera a todos los partidos en la misma región, ayudando a crear un populismo de raigambre antipolítica. Cuando podía haberle resultado más fácil a corto plazo realizar una denuncia unánime de los grupos parlamentarios, recurriendo al viejo esquema de defensa de la sociedad frente a las instituciones, Almirante supo ver hasta qué punto tal actitud podía conducirle a un aislamiento aún más angustioso, a pesar de que pudiera otorgarle breves simpatías en momentos de crisis. La estrategia almirantiana se basaba en la obtención de un acuerdo orgánico de larga duración *con otra derecha política*, no en la recriminación a una «clase política» de la que los representantes misinos deseaban formar parte de pleno derecho. Por ello, en el X Congreso del partido, celebrado a comienzos de 1973, Almirante rechaza explícitamente el área *qualunquista*, señalando su reiterada voluntad de cooperación.

En el IX Congreso, que se celebra a finales de 1970, Almirante ha señalado, sin embargo, la crisis de élite política que vive el país, la degradación de valores que resulta de la ausencia de una verdadera

vanguardia cultural que gobierne mediante la gestión eficaz y la inspiración de principios. Ni una cosa ni la otra se encuentran en la *actual* Democracia Cristiana, cuyo *carácter* solamente podrá desenvolverse en el seno de ese proceso constitutivo de la Derecha Nacional que, en principio, se define en términos de un Frente Anticomunista. Si los misinos pueden realizarse políticamente en el seno de ese proceso, la Democracia Cristiana habrá de encontrarse a sí misma alejándose de lo que ha sido una conducta opuesta a los principios que debería defender. Para Almirante, los años setenta inauguran una fase que demuestra el error monumental de la apertura a la izquierda, cuya conclusión lógica será la apertura al Partido Comunista. Por tanto, el enfrentamiento entre izquierda y derecha es, en el fondo, la forma de presentarse la lucha entre el comunismo y los defensores de la cultura occidental. La equivalencia entre la Constituyente de la Derecha y el Frente Anticomunista tiene ese sentido, aunque el primer término acabe imponiéndose, en su formulación electoral y orgánica de Derecha Nacional, para poder presentarse en su aspecto más positivo. De forma incansable, el MSI llamará a esa agrupación política, al tiempo que establece las *condiciones sociales* que permitan que se le escuche. La ampliación de su radio de influencia se dirige a dignificar una cultura de la derecha, a través de la realización de congresos que ponen de manifiesto la existencia de un pensamiento capaz de oponerse al marxismo, o de la creación de publicaciones como *La Destra*, dirigida por el ex comunista Armando Plebe, en la que participan prestigiosos escritores como Vintila Horia, Mircea Eliade, Michel de Saint-Pierre o Ernst Jünger. El paso a una *ofensiva cultural* había sido advertido como respuesta al complejo de inferioridad de las organizaciones de la derecha frente al marxismo. El esfuerzo por restaurar el oleaje crítico de la Revolución Conservadora del período de entreguerras no resultó demasiado fructífero, en especial porque los intelectuales de este sector solían hacer más patentes aquellos elementos que dificultaban el diálogo con los sectores democristianos o el liberalismo conservador. La obra de gentes como Jünger, Mohler o Eliade podía resultar exponente de un área de pensamiento alternativa, ajena al sistema, como podía serlo el tradicionalismo de Julius Evola, pero era difícil que llegaran a establecer puentes de diálogo sobre los problemas reales del país con

cuadros técnicos e intelectuales del resto de la derecha. En este campo, la delimitación era mucho más radical que en cualquier otro, y por ello este esfuerzo de análisis nunca se convirtió en una base de negociación, siendo solamente un elemento de prestigio, un lujo cultural que permitía definir un sentido de civilización opuesto *al conjunto* de aquellas fuerzas que formaban parte del sistema.[38] La pérdida de esta batalla cultural, que solo podía plantearse en los términos de una definición pragmática del nacional-populismo, resultó un éxito solo para los sectores críticos con la línea de Almirante, que preferían esta actitud marginal y que, lentamente, fueron apartándose del interés mismo por la definición de una estrategia política a corto y medio plazo.

En cambio, la *ofensiva social* también propuesta en el IX Congreso como forma de romper la actitud contemplativa del gobierno halló una respuesta implícita en la movilización de la «mayoría silenciosa», sistemáticamente elogiada por Almirante, que se refería al sentido común de esos millones de italianos cansados de la impotencia del gobierno, de la impunidad de la violencia, de la gratuidad de las huelgas; unos italianos cargados de sentido común que deseaban normalizar su existencia al margen de la agitación y el desorden, siendo el vivero moral de una regeneración política. Poca cosa tenía que ver este lenguaje con el «vive peligrosamente» que se exhibía en la memoria del movimiento fascista, pero era la forma de llegar a forzar una base política sólida donde solamente se encontraba una actitud de rechazo, una protesta cívica desazonada por la crisis e irritada por la movilización sindical. La ambivalencia del discurso misino se encontraba también en los caminos de esta *ofensiva social*, que podía adquirir el aspecto de una defensa del orden en la misma medida en que podía sumarse a una agitación levantada contra el sistema, como ocurrió en la gran movilización de Reggio Calabria. La acción cívica procedía del descontento por la elección de la capitalidad de la región y el abandono en que se encontraba la ciudad frente a Catanzaro o Cosenza, donde se establecían centros burocráticos que garantizaban puestos de trabajo. Si tenemos en cuenta que el 30 por ciento de la población de Reggio era analfabeta en 1970, que 12.000 personas vivían en barracas y que la mayoría trabajaban en una agricultura de minifundio, podrá

entenderse que la formación de Comités de Ciudadanos tenía un sentido que iba más allá de la mera defensa de la capitalidad, para hacer de ella una denuncia del desequilibrio territorial y el abandono del sur. La movilización, que al principio aceptó la infiltración de grupos de extrema derecha como Avanguardia Nazionale o el Frente Nacional, pasó a tener una mayor vinculación con el Movimiento Social cuando se observaron sus posibilidades desde Roma. Aun cuando multitud de grupúsculos radicales participaron en el movimiento, el único partido parlamentario que dio un apoyo firme al «proletariado nacional» fue el MSI, que en 1971 pudo plasmar en la lucha durísima que registró en Reggio su defensa de un proyecto nacionalista —opuesto a la degradación de la zona meridional— y populista —en defensa de los pobres frente a la coalición de los «poderosos», fuera cual fuese su adscripción sindical o política.

De esta forma, el MSI pudo balancearse sobre las líneas paralelas de la agitación popular y la defensa del orden, líneas paralelas que solo se podían juntar en el infinito de la retórica y la falta de responsabilidades de gobierno. El MSI no quería dar soluciones, solamente construirse una base de acción, un recurso constante de protesta que podía sonar, unas veces, a la defensa del orden pequeñoburgués, y otras a la movilización de los marginados. Nunca existía un programa detallado para afrontar los problemas porque los misinos sabían que no les hacía falta: nadie iba a negociarlo con ellos *en primer término*. Lo que les daría capacidad de negociación no sería la validez de sus propuestas de gestión de los problemas, sino su fuerza de convocatoria, basada siempre en lo radical de su defensa del orden o de la protesta social. En 1971, se produciría la *ofensiva electoral* del MSI, precisamente en el ambiente que le podía resultar más favorable y en el momento más oportuno: el centro-sur del país y el momento inmediato a las movilizaciones de la mayoría silenciosa y la agitación de Reggio Calabria. Los resultados llevaron al partido al límite de su entusiasmo: la media del 14 por ciento de votos convertía al MSI en el tercer partido nacional, y los resultados en algunas ciudades del sur reventaban los diques de contención psicológica del régimen. La constitución de la Derecha Nacional como propuesta electoral y orgánica al mismo tiempo eliminaba cualquier zona de competición en la extrema

derecha parlamentaria. El nombre, por lo demás, se presentaba en los términos de una referencia constitucional. Almirante no vio, sin embargo, lo que podía esperar encontrar al día siguiente de los comicios: una Democracia Cristiana hundida en un embrollo de contradicciones, donde por lo menos se pusiera a debate la propuesta de un frente anticomunista que respondiera a la voluntad manifestada por los electores moderados. Por el contrario, el partido católico vio en los resultados de junio de 1971 una amenaza a su propia base de crecimiento, donde antes solo había observado un factor de legitimación, al poder señalar hacia su derecha indicando dónde se encontraba el espacio real de los conservadores. Ni siquiera los sectores de la derecha democristiana consideraron abrir una negociación, porque era precisamente a ellos a quienes perjudicaba un crecimiento que fuera tan lejos, limitando la hegemonía de la DC hasta hacer del MSI un elemento capaz de condicionar las decisiones y la imagen del partido. Por ello, la reacción fue una campaña catastrofista, durísima, que emplazó a los italianos a defender la democracia y que actualizó el peor escenario para Almirante: la actualidad de la alternativa fascismo/antifascismo. Los mejores resultados obtenidos por el MSI —aunque no por el *conjunto* de la extrema derecha— hasta entonces, esos casi tres millones de votos, fueron el resultado de *esa* elección turbada y turbadora, que rompía los esquemas en que el MSI había venido trabajando pacientemente desde la apertura de la crisis.

A pesar de disponer de una fuerza muy notable en militantes y cargos públicos, que permitieron al partido un grado de profesionalización local y regional importante, dotándolo de recursos que nunca había tenido, la sensación de fondo fue de fracaso, solo disimulada por un congreso apoteósico, a comienzos de 1973. En la práctica, la misma formación de un gobierno con los liberales parecía añadir sal a las heridas misinas, que soportaban el regreso de la derecha malagodiana al área de gobierno, rompiendo cualquier veleidad de reforma institucional que hubiera podido albergar. En ese mismo congreso de exaltación, en el que Almirante fue desgranando las características polivalentes del movimiento —derecha alternativa y de orden, social y de pacificación, nacionalista y occidental—, se estaba gestando la crisis del partido. Ésta no llegaría de inmediato, pero

solo podía proceder de un lugar: de la frustración de los sectores moderados, con fuerte presencia institucional, a los que la Democracia Cristiana había vuelto a negar el *nihil obstat*. Dirigentes como De Marzio y Roberti, viejos adversarios de Almirante, consideraron que el fracaso de la alianza con la derecha no misina residía en la ambivalencia del discurso y en el carácter nostálgico-fascista de su identidad. Para estos dirigentes, la negativa del electorado se correspondía a una negativa de la élite democristiana porque el MSI *era contemplado* como un partido neofascista, que no había querido ni sabido despojarse de estos elementos revolucionarios y antidemocráticos. La ambigüedad de Almirante había resultado útil en algunos aspectos, pero sin ella se habrían alcanzado objetivos de mayor amplitud, en especial si se hubiera podido eliminar la dialéctica fascismo/antifascismo. Ciertamente, la acusación *en exclusiva* a la posición estratégica de Almirante era injusta, porque el líder misino no podía prescindir de un elemento de equilibrio que continuaba proporcionando identidad al partido, un perfil ideológico de referencia sin el que su utilidad misma se vería puesta en entredicho. Pero si en algo tenían razón los críticos era en la imposibilidad de salir del espacio del fascismo *a través del fascismo*. Y, en plena estrategia de la tensión, con la constancia de los atentados de la extrema derecha de los que el MSI no había conseguido distanciarse *moralmente*, al ser visto como parte del universo neofascista, los votos conservadores acudieron a otros territorios. En diciembre de 1976, tras unas pérdidas electorales humillantes, que hacían retroceder el partido a las condiciones de los años sesenta, Democracia Nacional decidió constituirse en partido, haciendo sufrir al MSI su primera escisión de importancia en toda su historia. Aun cuando el nuevo grupo fracasaría, sin lograr el apoyo de sectores de la base desde el primer momento y haciendo el ridículo en las siguientes elecciones legislativas, la hemorragia de cargos públicos fue letal. Y fue letal, sobre todo, la pérdida de la unanimidad que el partido había conseguido mantener en las circunstancias más adversas. En el mismo momento en que la Democracia Cristiana volvía a asentarse electoralmente, el MSI perdía a un tercio de su grupo parlamentario, como inmensa señal lanzada a la sociedad del fracaso de una estrategia. Ese factor simbólico, en un partido que había

hecho de los símbolos una identidad inquebrantable, resultaba la peor agresión recibida por el espacio neofascista desde su misma fundación. Al mayor campo de oportunidades abierto para la constitución del polo de la Gran Derecha desde la crisis de 1960, seguía la frustración del rechazo y la derrota electoral. La escisión se sumó para señalar que, en adelante, al partido solo le quedaría regresar al campo de la resistencia y del aislamiento. Aunque, más allá de ese desierto democrático, en el final mismo de la República construida sobre el antifascismo, pudiera encontrarse la superación de una herencia a la que los seguidores de Almirante no podían renunciar todavía a mediados de los años setenta.

SEGUNDA PARTE

A ESTE LADO DEL PARAÍSO

En el momento de examinar el ascenso electoral y social de los movimientos de la extrema derecha a partir de los años ochenta, comencemos por una reflexión genérica, que se refiere a la calidad misma de la transformación realizada entre los dos ciclos históricos que contemplamos. En la abundante literatura dedicada a la emergencia de movimientos como el Frente Nacional, los Republicanos alemanes, el Partido Liberal de Austria o la Liga del Norte en Italia, se confiesa la fascinación por la novedad del fenómeno, que explica la atención prestada a algo que, hasta entonces, ha sido marginal, o ha tenido una naturaleza distinta. En todo proceso histórico, en la afirmación de cualquier cultura, los factores de tradición y de proyecto se encuentran en permanente tensión, parecida a la que hemos observado en la que aflige las relaciones entre la identidad y el compromiso. El mismo uso del término *emergencia* indica, con diferencias entre quienes lo proponen, algo más que el simple brote de algo que, hasta entonces, ha tenido una existencia subterránea. La palabra quiere definir, más bien, los índices de una *novedad*, un episodio social inédito cuya actuación se produce en los nuevos escenarios políticos del fin de siglo. Sea al examinar los temas en torno a los cuales se construye el proyecto ofrecido a la sociedad; sea al considerar los factores receptivos de una cultura transformada íntimamente, nos encontramos con un examen que se empeña en acentuar el carácter joven de esta derecha radical. Ciertamente, su expansión, su capacidad de contaminación, la graduación de sus propuestas, parecen merecer esa inclinación por detectar los factores de cambio. No podría ocurrir de otra forma, cuando se contempla una sociedad en la que quieren destacarse los factores laborales, económicos, de legitimidad institucional, de gustos estéticos, de relación con el pasado, de formas de sociabilidad, de gustos narrativos, de explosión de los términos de tiempo, espacio y sujeto que se ha producido en todas partes, desde la filosofía hasta la comunicación de las noticias. ¿Quién podría atreverse a negarlo, cuando de lo que se trata es de matizar, cuando lo que se pretende es considerar cuáles son los elementos cruciales, lo que cada uno contempla como fuente primaria de las demás características? Y, sobre todo, ¿cómo podría rechazarse ese criterio de novedad, cuando tratamos de entender el

proceso de integración de la extrema derecha nacional-populista *percibida* —por quienes la votan, por los científicos sociales que la examinan, por los *mass media* que la propagan— como algo *distinto* a los esfuerzos que hemos estudiado hasta aquí, en especial al contemplarla como un proyecto de futuro?

Para quienes se acercan desde los análisis sociales a los movimientos que examinaremos en los próximos capítulos, se trata de atender a una *congruencia*. Para Piero Ignazi, para Herbert Kitschelt, para Peter Merkl, para Leonard Weinberg, para Hans Georg Betz, para Cas Mudde, para Roger Eatwell, para Roger Griffin… por citar solo una parte de la extensa nómina de quienes han hecho reflexiones comparativas, menos centradas en un país que en los elementos transversales del nacionalpopulismo de extrema derecha actual, la novedad procede de la *correspondencia* entre la crisis de la sociedad postindustrial y los movimientos que se estudian.[1] Las nuevas demandas y ansiedades que permiten *observar* y *soportar* un proceso de cambio van edificando un campo para los detectores de problemas en manos de los exploradores de la extrema derecha. Como en un campo minado, los movimientos nacional-populistas van recorriendo el terreno para descubrir y comunicar, en un tono de voz lo suficientemente creíble, la existencia de factores explosivos a una sociedad que tiene miedo. Las experiencias individuales en el mundo del trabajo o en las ocupaciones del entretenimiento han sido voladas por la secuencia de crisis que han ido estallando por simpatía. Diversos elementos que tramaban la vida personal con el imaginario social, permitiendo *reconocer* la propia existencia como parte de un todo asequible, que permitían la *representación* social en términos aceptables, han ido perdiendo veracidad. El resultado ha sido la pérdida de orientaciones, el sentimiento de anomia, la carencia de una seguridad que ha caracterizado los primeros treinta años de la posguerra. Sobre esa inseguridad, precisamente, se alzan proyectos políticos que *siempre* han querido desprender los factores de legitimación del orden en el que se vivía.

Es inexcusable la referencia a la nueva sociedad y a la oferta política que se realiza desde los movimientos de la extrema derecha. Sin embargo, el problema puede presentarse en la misma acentuación de la diversidad,

que acaba convirtiéndose en la descripción de un elemento distinto, una cuya valencia y peso específico son diferentes, para convertir el objeto de examen en *otra* cosa, que nada tiene que ver con los movimientos de la extrema derecha estudiados hasta ahora. Puede aceptarse que el simple recorrido por la trayectoria de sus dirigentes se vea como algo insuficiente: que Le Pen sea el diputado más joven del viejo poujadismo, el organizador del Frente Nacional Francés durante la guerra de Argelia, el coordinador de la campaña de Tixier-Vignancour, el dirigente puesto al frente del Frente Nacional por voluntad de los sectores resistenciales del neofascismo de los años sesenta puede no ser más que un factor sin importancia ajeno a lo *individual*. Menos lo sería que, junto a él, se mueva una élite constituida en todos los combates de la extrema derecha francesa desarrollados desde Vichy, un espacio de colaboración en las nuevas circunstancias que solo ralea por el peso de la edad y las ausencias mortales. Llegan otros, es cierto, pero ¿no se mantienen aquellos que han recorrido la larga marcha a través de las instituciones en el MSI, desembocando en una Alianza Nacional más ancha, más dispuesta a modificar su imagen, a reverdecer sus lazos con la sociedad italiana que ha echado abajo la Primera República? ¿No es Gianfranco Fini el cuadro del Frente de la Juventud mimado por Almirante, convertido en delfín desde mediados de los años ochenta, en un partido que ha celebrado el centenario del nacimiento de Mussolini?[2]

Desde luego, estos elementos podrían resultar insuficientes, pero no pueden considerarse *irrelevantes*, porque esa continuidad tiene que explicar un reconocimiento, una referencia para muchos: se constituye en el campo de una *tradición*. Y se ha actualizado, también en los mismos instantes de la posguerra, procediendo a revisiones que van mucho más allá en la etapa de crecimiento y crisis de los años setenta. A la hora de establecer una emergencia basada en los cambios de cultura social en que la extrema derecha hace su oferta, debemos tener en cuenta la emergencia anterior, siempre presentada como una simple resonancia, como una mera resistencia generacional, de quienes tratan de establecer un proyecto político coherente con una cultura social que *tampoco* es la del período de entreguerras. Como hemos podido examinarlo, la estrategia misina, o de quienes desean aprovechar las circunstancias favorables de la guerra de Argelia, rechaza

una simple restauración del régimen caído. Puede usar con frecuencia sus símbolos, pero puede dejar de hacerlo también en sus escalones más altos de responsabilidad, en favor de un intento de ajustar la cultura de la extrema derecha a las demandas de una sociedad que ha cambiado. Lo que se ha contemplado hasta ahora ha sido el esfuerzo para reconstruir la gran coalición fascista. El fascismo, como régimen, fue siempre una coalición formada por intelectuales, sectores dirigentes empresariales y masas populares, si nos atenemos solamente a un examen social. Pero fue, además, una coalición política que integraba al conjunto de la derecha europea en un proyecto cuya hegemonía ostentaban sectores más o menos leales al fascismo más radical, dependiendo de la correlación de fuerzas de cada país. En los años veinte-treinta, los fascistas consiguieron que su proyecto fuera congruente con su época, al poder edificar esa coincidencia de sectores sociales y proyectos políticos, sintetizándolos en una propuesta de «reacción revolucionaria».

Sin embargo, la interrupción de 1945 fue mucho más que el paso atrás provocado por una derrota militar. Además del impacto emocional provocado por el horror de un conflicto de tal magnitud, creó una sociedad que superaba las condiciones del período de entreguerras. Por tanto, siendo la sociedad distinta, difícilmente podía producirse ese encuentro complejo, poliédrico, que llamamos fascismo. Difícilmente podía tener audiencia un discurso que llamara a la violencia social ejercida por milicias anticomunistas, cuando el anticomunismo —siendo una ideología que cohesionaba a la derecha europea del momento—, tenía factores de defensa cívica ampliamente superados por los elementos militares profesionales de la dinámica de bloques. Si la extrema derecha trataba de enarbolar las consignas contra el conjunto de la izquierda como diversos «caballos de Troya» del comunismo, tal discurso tenía visos de credibilidad menor que en los años de enfrentamiento armado de antes de 1939 —que había otorgado especial prestigio y capacidad de suma al fascismo—. El peligro real se situaba, no sin sensatez, en un *sistema* político que se asentaba en amplias zonas del planeta, normalizando la existencia del comunismo más como una parte de los poderes que negociaban internacionalmente que como movimiento interno que amenazaba con una revolución. Que la

estrategia del comunismo occidental fuera tan cautelosa —acabando por perder perfiles antisistémicos radicales y tendiendo a la obtención de bases parlamentarias en procesos regulares de representación— hacía poco verosímil la hipótesis de una «revolución preventiva» encabezada por el fascismo, que en su propia dinámica pudiera satelizar al resto de la derecha.

De igual manera, las propuestas de ruptura social que pudieron realizarse en el marco del período de entreguerras no tenían congruencia con lo que la ciudadanía experimentaba en una etapa de crecimiento sin precedentes. Los aspectos *nihilistas*, destructivos, utópicos, de promesa de un proceso de regeneración posterior a la aniquilación del edificio social existente podían tener un grado de aceptación en sociedades castigadas por crisis sucesivas que parecían crear un estado permanente de indefensión de las clases medias y de irritación de los trabajadores, justamente cuando se regresaba de una experiencia atroz como la de la Gran Guerra, creadora de un cierto desdén por las normas morales de la burguesía y del humanismo. En los «Trente Glorieuses» de Francia, la *bella società* italiana, la comunidad satisfecha amortiguaba las aristas de sus conflictos con un espacio dominante de seguridad. Los índices económicos menos discutibles fueron acompañados por la expansión de útiles domésticos, ampliación del tiempo libre, sensación de promoción social, hábito de una sociedad abierta a quien quisiera trabajar en orden: un conjunto de elementos de vida confortable que parecían simbolizar la comodidad psicológica de fondo del sistema, en el que una estabilidad política inédita se combinaba con el desarrollo económico. Se trataba de dos factores —libertad y seguridad—, entre los que muchos europeos habían tenido que escoger, para perder ambos en 1940. La explicación de la falta de apoyo social a la extrema derecha en este momento no deriva de este cambio de sociedad, sino de la inexistencia, en términos relevantes, de una propuesta de restauración del fascismo revolucionario de los años veinte o treinta. Los grupos de la extrema derecha cuya trayectoria hemos contemplado trataron de restablecer la coalición realizada por el fascismo en el período de entreguerras, *en las nuevas circunstancias*. Y tal propuesta implicaba reconocer la necesidad de aceptar elementos como el espacio democrático —sugiriendo su profunda rectificación en sentido presidencialista y

populista—, la economía liberal —saliendo en defensa de «los pequeños» sin cuestionar la lógica del sistema— y, sobre todo, planteando la construcción de una Gran Derecha, de la que la extrema derecha de tradición antidemocrática habría de formar parte. En los primeros treinta años de la posguerra, esa propuesta *se corresponde* con la sociedad en la que se actúa, pero tiene límites diversos que impiden el éxito de la estrategia. El principal de estos obstáculos se encuentra en la ocupación del territorio social por sectores políticos poco dispuestos a hacer peligrar su legitimidad mediante ese acuerdo, teniendo en cuenta la escasez de recursos de los que disponen quienes lo proponen. Sin embargo, ya hemos visto la forma en que el MSI puede inducir problemas en el panorama político italiano, en el interior de la propia Democracia Cristiana y en la definición de instantes de crisis que podían haber desembocado en una aceptación misina en el recinto gubernamental. En el caso francés, el golpe de 1958 y la instauración del régimen de De Gaulle puede indicar la sensatez de una estrategia de rectificación de la República que contara, además, con el apoyo de sectores militares, aunque el régimen se desviara más tarde, por las propias necesidades del crecimiento, hacia la adquisición de perfiles liberales tecnocráticos que irán produciendo la pérdida de una identidad nacional-popular y el abandono de un espacio. La tenacidad de la extrema derecha para mantener su cohesión se realiza menos en términos de un recuerdo de la forma del fascismo clásico que en su capacidad para reproducir el bloque social y político que lo constituyó, de acuerdo con el carácter de una época. Es cierto que las pulsaciones emotivas que proporcionaban las referencias del pasado tenían una importancia fundamental para los integrantes de los grupos en cuestión, pero éstos sabían que tales latidos no se producían al mismo ritmo ni con igual intensidad en las áreas a las que quería llegarse.

Ver, por tanto, en los movimientos previos a la gran ruptura de los años ochenta un hatajo de espacios resistenciales nos dice algo, pero ni siquiera lo más importante sobre ellos. No nos dice, por ejemplo, que deseaban salir de su aislamiento mediante fórmulas que no implicaban el convencimiento de un mayor número de gente a sus propuestas iniciales, sino conseguir adhesiones a través del cambio, y hacer que esas mismas clientelas nuevas

rompieran los diques de resistencia política a la adaptación que podían encontrar en el seno de sus organizaciones. Esa contemplación del inmovilismo de la posguerra resulta de especial atractivo cuando se quiere resaltar la ruptura producida por el nacionalpopulismo, pero la misma cronología de la transformación puede ponerse en duda, pues responde a dinámicas nacionales diversas, que suelen sepultarse bajo proyecciones extensas, genéricas, más atentas a lo que permite construir las categorías que a lo que explica el proceso histórico concreto de las experiencias. ¿Cuándo podríamos señalar el proceso en el que establecemos, de forma general en Europa occidental, que el cambio de oferta política se produce? ¿Cuál es el momento de la emergencia y por qué podemos hablar de la novedad en términos tan tajantes? ¿A qué se debe que sean los años sesenta los que proporcionan una expansión nunca superada de la extrema derecha en Alemania, a través del Partido Nacional Demócrata (NPD) *en el mismo momento* en que, en la Francia ejemplar de la emergencia de los ochenta, los cuadros que constituirán el Frente Nacional están organizando a duras penas Occident u Ordre Nouveau? ¿No coincide el momento de máxima expansión electoral del NPD con el punto más bajo del apoyo de los votantes al MSI, en 1968, antes de que las elecciones administrativas de 1971 puedan establecer un punto de ruptura esperanzador? ¿No es, además, el MSI una fuerza que se *mantiene* a lo largo de las décadas, recurriendo a un proceso de adaptación que asume su militancia en cada uno de los momentos de modernización de sus orientaciones? ¿Son los años setenta ese punto de emergencia del populismo, reducido esta vez al ámbito de los partidos antifiscales escandinavos, justamente cuando el lepenismo es una fuerza marginal y los nacional-demócratas alemanes han iniciado su descenso a los infiernos, mientras el MSI rompe las ilusiones de su expansión de comienzos de la década? Por otra parte, los factores que se consideran ajenos al nuevo nacionalpopulismo no lo son tanto en los mismos instantes de su impulso inicial, que resultará indispensable para marcar un primer territorio de crecimiento. Entre todos ellos, suele citarse la pérdida de importancia del elemento anticomunista. Pocas hipótesis de trabajo pueden resultar tan frecuentemente expresadas y, al mismo tiempo, tan fácilmente rebatibles por el pulso mismo de los acontecimientos. La

visibilidad del lepenismo se produce —y uno tiende a creer cada vez menos en las casualidades, dentro de procesos históricos de este calado— en el marco de una reacción *conservadora* contra la llegada de la izquierda al poder. Quienes plantean con tanta dureza el surgimiento de una fuerza alternativa al viejo anticomunismo deberían considerar si el éxito del Frente Nacional en las elecciones municipales de 1983, las europeas de 1984 y las legislativas de 1986 no forma parte de una lucha social amplia contra la llegada de la Unión de la Izquierda —incluyendo a los comunistas— al gobierno en la etapa de Mauroy, en una atmósfera de rechazo de los medios de comunicación vinculados a la derecha y en un ambiente de crispación social con movilizaciones tan importantes como la que se produce en torno a la Ley de Financiación de la Enseñanza Privada, concluida precisamente en una magna manifestación parisiense el domingo siguiente a las elecciones europeas que otorgan representación en Estrasburgo a los lepenistas. Otra cosa es la manera en que este voto puede *consolidarse*, pero sin el impulso inicial y su instalación institucional no se habría producido. ¿Podríamos afirmar algo distinto en el caso italiano, donde el presidente de Forza Italia continúa identificando con los comunistas a la oposición de izquierdas, señalando la existencia de una cultura de este carácter de honda significación en la trama ideológica del país? Más allá de los factores de excentricidad del discurso de Berlusconi, ¿cabe descartar la potencia de legitimación de un anticomunismo genérico en el campo de la derecha social? Y, planteándolo con criterios algo más amplios ¿no debería señalarse que ese discurso contiene un elemento de reflejo antiizquierdista, opuesto al intervencionismo del Estado, a las políticas fiscales que se consideran excesivas, más que al mero reclamo anticomunista en un sentido muy estrecho?

Todas estas cuestiones solo pueden resolverse atendiendo a dinámicas nacionales y, desde luego, a una periodización adecuada del *otro* cambio cultural que se produce en el siglo XX, a sumar al realizado en 1945, que suele sintetizarse en el tembloroso término de «posmodernidad». La atención a las dinámicas internas es necesaria porque, en las condiciones de los años de la posguerra, las propuestas de la extrema derecha se realizan de acuerdo con ellas *fundamentalmente*, sin excluir la existencia de núcleos

que pasan a considerar, como lo sustancial de su discurso, no solo la aceptación ideológica del europeísmo, sino la realización de su práctica política y organizativa en ese nivel. La reflexión acerca de una adecuada periodización del siglo, insertando en ella los esfuerzos de la extrema derecha para dotarse de congruencia con su época, tienen que señalar el corte de 1945 de manera clara, procurando no caer en la tentación de convertir a los militantes de la extrema derecha de los años cincuenta y sesenta en «neofascistas» en un sentido estrecho: es decir, en meros supervivientes ideológicos que nada tienen que ver con el mundo que les rodea, y que tratan de agrupar al resto de excéntricos para constituir movimientos testimoniales sobre las ruinas de su gran proyecto derrotado en 1945. Estableciendo de forma adecuada la fractura de 1945, podrá entenderse mejor la que se produce a comienzos de los años ochenta, sin hacer de ésta la fractura única en el campo de la extrema derecha, sino convirtiéndola en una fractura del siglo XX que, en buena medida, supone su liquidación cultural. Por último, establecer en qué consiste la ruptura finisecular es indispensable para saber a qué sociedad se adapta la extrema derecha.

Cuando se plantea un proceso de adaptación, debe establecerse que no se trata de una mera pericia táctica, sino de la convicción de formar parte de una tradición y de una convicción no menos intensa de querer responder a la experiencia de la época en que se vive. El esfuerzo de la extrema derecha para huir del anacronismo es tan importante como la existencia de una continuidad de valores de fondo, cuyas expresiones van dotándose de configuración distinta en función de escenarios diferentes. No es un actor cambiando de ropa para interpretar el mismo papel, sino de un personaje que es capaz de variar su argumento. Existe la permanencia de una tradición antidemocrática que va acompañando al siglo XX, al proceso de modernización, a la sociedad de masas, a los grandes conflictos ideológicos, a la sociedad de consumo y al ámbito postindustrial. Ese yacimiento de valores que resisten en el fondo de los cambios sociales tiene una continuidad que, a veces, sorprende por su carácter mimético, por su carga referencial que acaba por convertirse en mecanismo simbólico de identificación: por ejemplo, que una fuerza «emergente» como el Frente

Nacional recurra a Juana de Arco tiene el regusto de las propuestas de Valois a comienzos de siglo, señalando un espacio estético de alta densidad emocional, de expresión comunitaria, de intensidad del mutuo reconocimiento en una especie de reliquia que conecta con una permanencia. Los militantes pueden estar más atentos al requerimiento de la tradición que los propios analistas, a sabiendas de que se consideran parte de algo que viene de alguna parte, desean disponer de una paternidad, de un origen, de una estirpe en la que recuperan un sentido de temporalidad que el mundo posmoderno tiende a arrebatar. Saberse una zona actualizada de esa tradición contiene los ingredientes de una perpetuidad que, en la mayor parte de las culturas políticas, ofrece el valor añadido de la legitimidad histórica. Señalar la fuerza de las rupturas sociales a las que la extrema derecha responde no implica decir que *no tiene nada que ver*, aunque en modo alguno se trata de una *reiteración*. Es, por el contrario, la negativa a una renuncia que no implica el objetivo de su repetición. Es una trama compleja que distribuye los materiales de identidad de grupo y adaptación al medio de forma nada lineal, que depende de experiencias no solo nacionales, sino locales e incluso familiares o individuales. Pero, o aceptamos las servidumbres de esta complejidad, o no podremos entender lo que estamos analizando. Las circunstancias cambian, además, entre militantes y votantes, en los que la fuerza de la tradición y la innovación pueden ser porcentualmente muy distintos. Pero en toda la zona de esta cultura se encuentra esta mezcla, constituyendo un lugar ideológico y político de difícil captación doctrinaria, pero comprensible en el marco de las ofertas culturales a una demanda situada en los puntos más tensos del sistema.

Uno de los aspectos que se plantean en el debate acerca de la extrema derecha, y que indica hasta qué punto los elementos de continuidad son importantes, es el del *revisionismo*. Iniciado en la década de los años cincuenta, con la publicación de las obras del ex prisionero de Buchenwald Paul Rassinier, el debate sobre el revisionismo se reduce a veces a la cuestión del *negacionismo*, es decir, a la negativa de algunos historiadores a rechazar el holocausto, la existencia de las cámaras de gas o el número de víctimas que se propone.[3] A la aceptación de la mortandad por factores que

derivan de los malos tratos de los *kapos*, de las dificultades de abastecimiento, del hambre generalizada e incluso de los bombardeos, se suma la celebración de la cifra de seis millones como un mito construido por los judíos para hacer del sacrificio de algunos de ellos el limbo de su impunidad posterior. El éxito de libros como el de David L. Hoggan, *The Myth of Six Million*, o el de Richard Hardwood, *Did Six Million really die*?, pueden ejemplificar, en su mismo título, la visión reductiva del revisionismo del que estamos hablando, que suele presentarse como el elemento fundamental de la crítica de la extrema derecha a la interpretación de lo que ocurrió con el nazismo. Sin embargo, este obvio intento de ajuste de cuentas, que llega a hacerse con la simpatía de algunos sectores de extrema izquierda aprovechando el desprestigio del estado de Israel, hace perder de vista el elemento fundamental para la construcción de una imagen histórica aceptable, que tal vez se pondrá de relieve mucho más en los grandes debates experimentados por la sociedad alemana e italiana en los años ochenta, precisamente en el marco de la gran ruptura cultural de la que hablábamos. De lo que se trata, en el fondo, bajo esa superficie negacionista que no puede convencer más que a algunos grupos de fanáticos, se encuentra un elemento más peligroso.

El riesgo más obvio es el de la *relativización* del exterminio, situándolo en unas condiciones históricas que hacen al conjunto de los ciudadanos de una época de grandes catástrofes responsables de las atrocidades cometidas. La aproximación tiene vías distintas, que adquieren mayor apariencia de veracidad al proceder de posiciones ideológicas opuestas. Mientras unos hacen de Auschwitz una zona del basurero de la historia, que adquiere significado en el marco del resto de la inmundicia y la corrupción que se encuentra a su lado, otros plantean que el grado de monstruosidad del episodio aconseja recluirlo fuera de la historia, convirtiéndolo en un acontecimiento que nada tiene que ver con la evolución de la modernidad, como si fuera una irrupción absurda de un arcaísmo violento dotado de los recursos técnicos del mundo industrial. Lo que permite convivir a estas dos acepciones es la desactualización del nazismo, en este último caso, sin querer verlo como parte del proceso histórico, sino como una injerencia desde un territorio espectral antimoderno. La primera versión proporciona

una extirpación del fascismo del carácter histórico de su proyecto, asignando a sus masacres un carácter contingente que comparte con otros sucesos. El esfuerzo revisionista no se sitúa *principalmente* en la negación de las cámaras de gas o del número de víctimas judías. Es indudable que la sospecha sobre estas cuestiones saquearía una imagen muy asentada sobre el nazismo en nuestra cultura, reiterada por las constantes referencias cinematográficas y literarias. Lo que preocupa es centrar el debate en esta cuestión para hacer del fascismo *solamente el exterminio*, inmovilizar la mirada del espectador en las imágenes pavorosas de los campos, *aislando* lo que allí sucede de un conocimiento adecuado del camino que condujo a esta circunstancia, con lo que acaba por establecerse lo que verdaderamente conviene a quienes se sienten vinculados con esa tradición: borrar las huellas que conducen desde la *normalidad* del sistema a la *excepcionalidad* del horror, estableciendo una dualidad en que acaba determinándose la absolución o la indiferencia ante el régimen que produce *necesariamente* el exterminio. Al situar que Auschwitz es una parte de la *normalidad* del sistema nazi, que el universo concentracionario constituye un elemento indispensable para su supervivencia y un paradigma cultural que trata de establecer relaciones sociales de nuevo tipo, tal vez se pierda en impresionismo, pero se gana en comprensión. A lo que debería añadirse que la sensación de horror y reprobación moral es tanto más profunda cuando menos excepcional es lo que ocurre en los campos de la muerte, cuando se relaciona directamente no solo con un sistema penitenciario y de represión del opositor, sino con una determinada concepción de las relaciones humanas.

El problema auténtico es que el exterminio pueda convertirse en un espectáculo narrado y filmado hasta la extenuación, hasta el cansancio del espectador, hasta que su grado de *ficción* lo convierte en un elemento estético que es juzgado de acuerdo con los criterios adecuados a cualquier espectáculo: el trabajo de los actores, la fuerza del guión, la calidad de la fotografía, las imágenes poéticas de los textos, la capacidad evocativa del lenguaje. Pero, instalado en ese mundo de ficción, ante un público atestado de escenas de violencia, los campos de exterminio pasan a ser una secuencia más de la invención de los realizadores, cuya eficacia moral y

política puede quedar cada vez más en la sombra. En cambio, lo que menos se traslada al público, dada la sutileza del discurso y las dificultades para su transmisión, es el carácter del régimen, la *correspondencia* del nazismo con su época, no su simple *coincidencia* con un momento de la historia de Europa. Lo que interesa, aunque sea difícil de trasladar en imágenes apresuradas, es su congruencia esencial: que fuera una cultura tan coherente como para convencer a intelectuales, a las élites científicas, a los dirigentes empresariales y al pueblo, proponiendo un sistema comunitario que establecía la progresiva deshumanización de los adversarios como forma de definir radicalmente el grupo al que se pertenecía. Se constituyó un juego de exclusión e inclusión fundamental, una alternativa de segregación que se acompañaba de las investigaciones biológicas, de las nuevas formas de organización del trabajo, de las reflexiones de la geopolítica y de la superación de la democracia, en el que los campos de exterminio eran un espacio de verificación de las relaciones de dominación total sobre quienes no eran parte de la comunidad y, en su mismo destino trágico, proporcionaban la libertad total al destino de la nación realmente humana. No se trata de que murieran seis millones de judíos, sino de la fundamentación racial de todo un sistema de relaciones sociales que incluía a los propios arios, como lo demuestra la liquidación o marginación de los seres defectuosos. La inversión de los valores humanistas de la Ilustración encontró en el sistema nazi en su conjunto, del que *formaba parte* el exterminio, su más perfecta realización. Con todo esto puede indicarse que el debate en torno al revisionismo es, en el fondo, la propuesta de restar esa congruencia al fascismo, sin el que su historia aparece como un exceso, y en el que lo sustancial se convierte en accesorio. La defensa del honor del combate de los alemanes en el frente oriental es olvidar la forma en que el ejército realiza una guerra racial que no conoce las formas elementales de respeto al adversario, donde las matanzas se toleran porque se lucha frente a quienes no son exactamente seres humanos, como no lo son los seres defectuosos que sufren las normas biológicas del nazismo. La distinción entre unos y otros combatientes no permite aceptar esa responsabilidad colectiva con el Estado Racial, su modernidad, su opción por la eficacia productiva, su vinculación con los progresos biológicos de la época, su

adscripción a principios de desigualdad radical basados en la genética. De igual forma, hacer de Auschwitz *lo malo* y exagerado del régimen, mientras se valora *lo bueno* en términos de derechos sociales, fin del desempleo, crecimiento económico, etc., supone no reconocer de qué forma *corresponde* la organización de esa sociedad del bienestar a los mismos principios con los que se construyen los campos de trabajo esclavo, cuyo funcionamiento era conocido por todo el mundo, y los campos de exterminio, que se combinaban con una función productiva y con el objetivo de deshacerse de sectores indeseables.

Esta visión del debate en torno al revisionismo lo eleva al rango de debate sobre el fascismo. El esfuerzo de la extrema derecha va a mantenerse, en los años que siguen a la gran transformación de los ochenta, haciendo del fascismo un elemento sin actualidad política, emplazándolo en el juicio de la historia, pues la presencia de una dinámica fascismo/antifascismo es la que menos interesa a un sector que, durante muchos años, ha querido plantear el verdadero debate en términos de enfrentamiento entre la derecha y la izquierda. A finales de siglo, la cuestión puede adquirir otros matices, como el deseo mismo de superar la dicotomía entre las dos vertientes de la política contemporánea, para decretar su superación, y establecer nuevos elementos distintivos, como la oposición entre cosmopolitismo y nacionalismo —a la manera de lo que hará el Frente Nacional francés—, o entre intervencionismo estatal y liberalismo social —como lo diseñará el fenómeno berlusconiano—. En cualquier caso, los años posteriores a la guerra han contemplado el rechazo de los aspectos más radicales del fascismo, para elogiar los elementos de avance social y orden político de los regímenes establecidos. Sus actos de barbarie se sitúan en la lógica de una época de radicalismo y violencia, cuando la derecha liberal fue superada por la mayor eficiencia combativa del fascismo, ante adversarios que recurrían a una acción revolucionaria militarizada. A medida que se incorporan nuevas generaciones a la política, el fascismo queda «en su época», objeto del juicio de los historiadores y nunca como inspiración de la política a realizar en los últimos tramos del siglo, especialmente cuando *el otro* totalitarismo ha sido vencido.

Solo existe una tradición cuando se enfrenta a sus propias rupturas. El cambio que se produce a escala social tiene, como siempre sucede, los factores de su *realización* y los que se refieren a su *percepción*. El movimiento del 68 había mostrado los signos de una modernidad culminada que proponía sus propias adversidades. La capacidad de la sociedad para encajar los golpes de las movilizaciones no debe confundirnos, como si asistiéramos a la elasticidad y la resistencia de una estructura capaz de soportar los temblores de tierra de la crítica. El edificio no vuelve a ser el mismo porque la actitud de sus habitantes ha cambiado tras el episodio de violencia. El 68 actuó como un gozne entre dos fases de la historia cultural europea y se expresó en una mezcla de reincidencias ideológicas y de fórmulas de anticipación. Tanto sus críticos más severos como quienes contemplan el movimiento como un momento de apertura indispensable, establecen este doble carácter, aunque sea para valorarlo de forma opuesta. La crisis deriva de la expansión económica y el alejamiento de las condiciones materiales sobre las que se habían forjado los hábitos mentales de los sesenta: es, por tanto, una crisis que parece legitimar los éxitos de un modelo en la medida en que reclama su superación y manifiesta su resistencia. Solamente aquellos sistemas que se han desarrollado, que se han cumplido históricamente, que han existido llegando a su plenitud, pueden expresar tal ansiedad por pasar a una fase distinta; por —usando los términos propios de una cultura tan vinculada a este tipo de afirmaciones posmaterialistas— *cambiar la vida.* No se trata de *cómo* tomar el poder, sino del concepto mismo de poder, expresada en la exigencia de una expansión de la libertad personal que se manifiesta en términos vitalistas, existencialistas, recurriendo a los materiales ya utilizados en las corrientes de pensamiento que se enfrentaron a la modernidad liberal desde finales del siglo XIX. El movimiento tiene *forma* en la medida en que constituye *escenarios expresivos*, discursos que son más presencias gestuales que palabras, más soliloquios en voz alta que diálogo social. Esta cultura del 68, a la que nos hemos referido en un capítulo anterior, nos interesa ahora en la medida en que —de la misma manera en que toma prestados los valores de las primeras negativas a aceptar el tipo de modernidad dominante en el discurso *progresista* en la gran crisis finisecular del XIX— puede plantear

una superación de la modernidad nuevamente, una vez ésta ha agotado sus instrumentos de persuasión política, de organización del poder, de cohesión social: en definitiva, de *representación.* La sociedad que pierde su significado lo hace, curiosamente, en la configuración de un gran estallido como el que se produce en el 68, en una carga de pulsaciones emotivas, de señales lanzadas a caminos nuevos, de rechazo de lo existente y de emancipación del espíritu. La apariencia de ruptura pasará a expresarse, rápidamente, en una sociedad que no desea perder los rasgos de su seguridad, en los esquemas de una afirmación del orden, que se plasma en los resultados electorales de la derecha conservadora en Francia en 1968 o en la disponibilidad de una mayoría «de orden» en Italia. Sin embargo, los cambios que han empezado a manifestarse en un campo ideológico tan potente, pasan a refugiarse en el camino más cauteloso de lo que Inglehart llamará la *revolución silenciosa*.[4]

Tras la explosión, la calma. Pero la tranquilidad precede a una nueva evidencia de la fractura, que solo ha ido a parar a espacios menos visibles, menos veloces, menos *publicados*. Los cambios más reales pueden confundirse con los *cuantificables*: la sociedad que cree haber alcanzado un nivel ininterrumpido de crecimiento —matizado por pequeñas fases de ajuste, como la que acompaña la revuelta del 68—, choca contra una serie de dificultades económicas. Muy pronto, las que parecen nuevas variables de problemas de coyuntura serán entendidas como un cambio de modelo, la llegada de un nuevo paradigma según el cual se organiza la producción. La crisis se presenta con el aspecto de una nueva recesión que afecta al precio del petróleo y al efecto sobre el mercado monetario del abandono del sistema de Bretton Woods. La inflación, el desempleo, el déficit público y la caída de la demanda forman una combinación que aproxima los signos de una depresión más profunda de lo que se creía, cuya superación se verá afectada por un nuevo crecimiento de los precios del petróleo en 1979. En cualquier caso, las condiciones de superación de la crisis establecen la necesidad de un cambio de régimen, que rompe el mosaico de equilibrios diseñado en la inmediata posguerra. Para los sociólogos que han observado la creación de una sociedad encajada en los acuerdos de un régimen industrial de empleo pleno y fijo, lo que define el cambio de paradigma es,

precisamente, lo que Rifkin llama *El fin del trabajo*, cuando las advertencias realizadas por Daniel Bell unos años antes acerca de la sociedad postindustrial se verifican en su aspecto más sombrío.[5] La terminología no responde exactamente a su objeto: no es tanto el fin del trabajo como el fin de una determinada cultura laboral, cuyo origen se sitúa en la Gran Guerra y cuya determinación de acuerdos se ha localizado en los pactos sociales posteriores a 1945. Quienes, como Marco Revelli, prefieren hablar del *posfordismo*, se refieren a una disgregación de la organización laboral, a un proceso de fragmentación productiva que disuelve la etapa previa, caracterizada precisamente por la coincidencia entre producción y visibilidad del espacio productivo.[6] La gran fábrica de productos de consumo duradero ha creado atmósferas de robotización alienante, de tedioso trabajo en el marco grotesco de los «tiempos modernos» chaplinianos. Esa organización evidente de la producción hace del escenario de fabricación un recinto visible, captable por los sentidos, experimentable, reconocible. Existe una *familiaridad* con el marco mismo de un territorio conflictivo cuyos agentes se conocen, se miden, se nombran. En la etapa en que se entra, el posfordismo hace perder ese carácter fenomenológico de la producción, no hay interpretación posible, no hay una *lectura* hermenéutica del proceso del que se forma parte. Se entra en una cadena invisible, cuya racionalidad se oculta, se supone, se *imagina*. Cuando Richard Sennett se refiera a la *corrosión del carácter* para definir las nuevas condiciones de alienación en el trabajo, cuida de expresar hasta qué punto se pierde incluso el concepto de explotación, para entrar en una zona inerte, inexplicable incluso en términos de oposición.[7]

El cambio en la organización del trabajo es fundamental en una sociedad que ha basado buena parte de su legitimación en la participación de todos en la producción y los servicios: en la adquisición de la ciudadanía a través de una utilidad. Sin embargo, la velocidad de los cambios tecnológicos impone una caducidad veloz de la pericia profesional que nunca se había conocido. No se trata simplemente del ejercicio de un trabajo mecánico, que pueda verse como deshumanizado en el seno de las grandes naves de la producción automovilística. El nuevo orden se expresa en su misma falta de rasgos visibles *colectivos*. La especialización se

convierte en privatización, en relación con el trabajo de cada uno, aislado, opaco, individual. Además de esa pérdida de carácter *vinculante*, la duración de los contratos deja de tener esa perpetuidad que hacía que una persona se mantuviera junto a su escritorio, junto a su cadena de montaje, junto a su mostrador. La provisionalidad laboral se vive como un fenómeno que se *sabe* de todos, pero que se *experimenta* individualmente. Cada uno se enfrenta a una constante renovación de aptitudes para salvar un empleo, cuyas exigencias de transformación son cada vez más amplias. El aprendizaje tiene un sentido muy distinto al de la sociedad moderna, para adquirir el ritmo de una huida, la frenética búsqueda de caminos de solvencia técnica que impidan ser engullidos por la pérdida de valor y vomitados al desempleo o la pérdida de posiciones sociales que se creían a salvo. La *sociedad del riesgo* que define Ulrich Beck[8] empieza siendo esa precariedad que origina la pérdida más importante provocada por la sociedad posmoderna: el abandono de la seguridad. Sin embargo, las cosas van mucho más allá.

El riesgo parece presentarse como la condición de la libertad. Autores como Giddens o Bauman señalan que la sociedad posmoderna ha tenido que prescindir de una determinada concepción de la seguridad, de la tutela, de la impunidad colectiva, para preservar una libertad que no puede ejercerse totalmente al margen de los peligros.[9] Sin embargo, la notificación no se recibe en todas partes con la misma alegría libertaria, especialmente cuando una parte sustancial de la sociedad habría preferido continuar con una seguridad que se resignara a menos índices de libertad. Quienes reflexionan sobre esta etapa no lo hacen, sin embargo, como si se tratara de una opción, sino como el agotamiento de las condiciones materiales que han posibilitado la anterior, además de señalar las desviaciones que han surgido de una elección de la seguridad *frente* a la libertad. El riesgo ocupa todos los niveles, aunque su primera formulación sea la de la configuración del trabajo. Es un riesgo que se expresa de forma más amplia, anunciando la posibilidad de la extinción de la especie por la quiebra de las condiciones ambientales que han permitido nuestra supervivencia. El surgimiento del movimiento Verde supera los viejos clichés políticos precisamente en esa transversalidad del peligro, sin relación alguna con los conflictos sociales

de la época industrial. El movimiento conservacionista se presenta como una defensa de la *calidad de vida*, dentro de una gama diversa de movimientos monotemáticos, que plantean asuntos que dan por superada la cuestión básica del empleo y la vivienda. La cuestión de los derechos individuales que plantean los partidos radicales, de las cuestiones de género que enarbola el movimiento feminista, de intereses sectoriales a veces pintorescos, como los derechos de los conductores en Suiza, son una aplicación a las luchas sociales de la fragmentación que se experimenta en la sociedad posmoderna, donde las viejas fórmulas de agrupación se han deteriorado. Sin embargo, el riesgo ambiental se plantea en términos generales: de hecho, como una reivindicación elemental de la *especie*. Y esta *posibilidad* de extinción, nunca presentada en términos tan radicales, plantea una de las características paradójicas de la sociedad posmoderna: su manera de mezclar los factores universales con los individuales. El temor a la pérdida de la vida de cada uno se manifiesta aquí como un miedo compartido, que se vislumbra con mayor corpulencia que una amenaza solitaria, que es de todos sin adquirir rasgos de superficialidad, sino para tomar el aspecto de los individuos implicados en un proceso genérico.

Esta ampliación del campo de vista, coincidiendo con la progresiva individualización es chocante, aunque tiene coherencia con el mismo proceso de mundialización, de ruptura de barreras, de socialización acelerada de los gustos, las dietas, las creencias; ese ritmo de «globalización» que incluye algo más que una mera abolición de criterios proteccionistas económicos para provocar la pérdida del sentido de la parcelación territorial, para crear la impresión de un espacio unánime —o la abolición del propio sentido del espacio, de las distancias, de las diferencias de lugar—. La sociedad de riesgo se engendra en el carácter invisible del proceso de producción tal y como se conoció en la época industrial moderna; se agudiza en su sentido de la provisionalidad de la eficiencia productiva de cada uno; se dilata en una individualización de lo que antes se vivía como *relación* a primera vista, y que hoy solo se sabe como relación *imaginada.* Tales situaciones pueden ser fácilmente cuantificables, pero, a su vez, se *representan*, la gente tiende a darles un sentido, un significado manejable, una comprensión que permita que cada cual pueda dar contenido

a su existencia, es decir, que pueda entender el lenguaje con el que le habla su propia vida. Por tanto, el proceso *cultural* hace que los cambios sociales se *perciban* y se *interpreten.* Causa, además, que frente a las adversidades se conciban elementos de supervivencia y rescates de la seguridad. El refuerzo de los movimientos de la extrema derecha procede de una determinada respuesta a estas cuestiones objetivas, pero también de una determinada lectura de los problemas que determina ya el tipo de solución que pretende proporcionarse.

La ruptura del sentido de duración de una vida laboral, que era la forma básica de socialización en la sociedad moderna, supone un ataque a la línea de flotación del sentido de *temporalidad*. Una de las características del discurso posmoderno, como lo definió la obra pionera de Lyotard,[10] era el desprestigio de los grandes relatos históricos, basados en un fluido lineal, que valoraba el paso del tiempo en un sentido de acumulación de experiencia y perfeccionamiento. La crítica a las explicaciones teleológicas más obsesivas de la modernidad, cuya expresión política pudo conducir a la constitución de un proceso histórico incuestionable convertido en cumplimiento del destino, en forma de regímenes justificados por la razón histórica, tuvo la pertinencia derivada de las atroces experiencias totalitarias y de la crítica a un progresismo ingenuo que confundía la sucesión cronológica con la mejora social. Sin embargo, la versión más radical de esta crítica puede darse en una lúdica afirmación de un presente sin pasado sin futuro, una serie de secuencias autónomas que no cobran sentido alguno en su relación, sino en su intensidad independiente: aquello que Maffesoli ha denominado el sentido trágico de la existencia para diferenciarlo de la organización dramático-argumental proporcionada por la modernidad.[11] Esta complaciente instalación en una serie de instantes vividos por sí mismos se convierte en la forma de destruir la memoria, el futuro, pero *también el presente*, pues la idea de *actualidad* solamente puede adquirir sentido en su relación con los recuerdos y con los proyectos. *Borrar el porvenir*, como lo sugiere Taguieff, es una manera de asomarse a una carencia de presente propiamente dicho, es decir, a una constante nada que solo en apariencia tiene forma de puntos aislados.[12] Fuera de ese aspecto lúdico, de *evasión* de la realidad en los momentos de ocio, de una forma de

diversión que no desea tener significado ni duración, se encuentra la ansiedad por la misma carencia del sentido de la vida en la experiencia cotidiana. La constante provisionalidad se convierte en miedo a la ausencia de futuro, miedo a la carencia de un proyecto vital, al carácter tangible del vacío. La individualización no solo tiene el aspecto de la ganancia de un territorio de libertad, sino los rasgos de una pérdida de pertenencia, el aterrador semblante de una soledad definitiva. Si, en los espacios dedicados precisamente al olvido de las circunstancias cotidianas, esa pérdida se convierte en un alivio, en el regreso a la existencia diaria adquiere los elementos de una atormentada oquedad moral.

Este solitario presentismo se vive como cancelación del tiempo, en la misma medida en que el espacio se convierte en algo que no puede aprehenderse. Dos pérdidas del sentido de orientación fundamentales: la *breve* duración de un contrato laboral puede invertirse mentalmente en la *eterna* precariedad; la *globalización* se examina como ausencia de territorialidad. La coincidencia entre ambos factores se vive, además, como experiencia individual homogénea, es decir, se vive personalmente pero se conoce como un fenómeno generalizado. Es una privacidad que se socializa, al ser capaz de tender valores iguales sobre un número ingente de personas conectadas a los medios de difusión de noticias, de apetencias, de objetivos vitales. Ese presente vacío se vive como una pérdida solo compensable a través de la recuperación de una *tradición*, de una esencia constante que, además, convierte al individuo en *parte de alguna comunidad*.[13] Y, en la medida en que la escisión es radical, se pide una compensación comunitaria igualmente profunda, tajante, creadora de una homogeneidad parcial. Nos hallamos, por tanto, en la búsqueda de una *identidad* que se descubre como un *reencuentro*, como el hallazgo de un espacio tribal que ha sido sepultado en los escombros de una mundialización aberrante. En lugar de buscar la respuesta en la universalidad, quiere encontrarse en el propio producto de la fragmentación que ya se ha experimentado, rastreando para hallar los factores culturales de una comunidad perdida y rescatada entre los cascotes de una catástrofe. El Yo, afirmado en la posmodernidad frente a las colectividades abstractas, pasa a desenvolverse, en la lectura realizada por el nacionalpopulismo, en la

fabricación cultural de un Nosotros que viene a sustituir los viejos proyectos colectivos por una nueva sensación de adormecedora pertenencia a una comunidad protectora. La *identidad* recién descubierta no se entiende como un proyecto, sino como una excavación en la memoria colectiva, la superación de ese presente horrendo y, al mismo tiempo, de la soledad que comporta. No se comprende como una opción, sino como un destino. La historia no regresa en forma de progreso voluntario de la ciudadanía, sino como la fatalidad de un sujeto comunitario.

Las ansiedades de un mundo inquieto y, al mismo tiempo, aparentemente complacido en su eterna instantaneidad, han permitido que esa aparente contradicción se exprese en los ámbitos de la «industria» cultural —curiosamente, la cultura parece ser el único lugar donde no se habla de posindustrialismo—. Los temores que son expresados en los relatos de ficción se compensan por el mismo carácter imaginario de lo que se narra. El espacio cinematográfico tiene una especial potencia para comunicarse con un público amplio, con un discurso homogéneo que se lanza a verdaderos *espectadores*, siendo capaz de proporcionar la mezcla entre lo simbólico y lo real que solamente en el mundo de la imagen adquiere tanto vigor y tanta eficacia divulgativa al mismo tiempo. Conocedores del mundo de la posmodernidad tan sagaces como F. Jameson han señalado la importancia que tienen dos formas de discurso —será mejor no entrar aquí en la discusión de los «géneros», cuando una de las características del cine es su empeño en mezclarlos—, cuya eficiencia nos sirve para detectar los elementos de una demanda de carácter identitaria y populista. Por un lado, puede señalarse la importancia de la nostalgia, que se expresa en su forma más elemental de la niñez o la juventud perdida para siempre, *junto con la sociedad* en la que éstas se desarrollaron. Aquel mundo feliz agotado se compara con las amenazas del desorden actual, proporcionando no solo el goce del espectáculo, sino una respuesta de carácter tradicionalista. Puede pensarse en lo que, en su momento, en los mismos años setenta, fueron verdaderos manifiestos como *The Last Picture Show* con que Peter Bogdanovich comenzó su carrera de director, recurriendo incluso al blanco y negro para explicarnos la destrucción de la vida en un pequeño pueblo americano en coincidencia con rituales de

iniciación sexual de los jóvenes y con el cierre de la sala de cine, a lo que hace mención el título de la película. Cuando Georges Lucas dirige *American graffiti,* la intención es semejante, aunque los recursos narrativos empleados sean tan distintos: la vida nocturna en la calle principal de una pequeña ciudad de provincias, con sus carreras de automóviles y sus escenas de primera seducción, justamente cuando el protagonista tiene que elegir entre quedarse en el pueblo o marcharse a la universidad, rompiendo con el mundo de su adolescencia. Esta avidez por la identidad perdida con el paso del tiempo puede apoyarse en la reincidencia de épocas no conocidas directamente, en un cine que no trata de provocar directamente el ensueño del recuerdo, sino de exponer una época anterior con una frecuencia que solo puede basarse en la mediocridad de lo que se espera del futuro, como ocurre con las dos primeras entregas de *The Godfather,* con la recreación del viejo cine negro en *Chinatown* de Polanski o, en un sentido de denuncia y oprobio más lacerante en *Bonnie and Clyde* de Arthur Penn. El cine de nostalgia provoca la intrusión del pasado y su mitificación tranquilizadora. Por otro lado, el cine que Jameson llama «de conspiración», que tendrá un gran éxito en múltiples películas de serie B, señala la soledad del individuo corriente frente a los poderes ocultos del sistema. Algo que Sidney Pollack comenzó con *Los tres días del cóndor*, cuando se produce una confusión en las agencias de espionaje de Estados Unidos que acaban con la persecución a muerte del protagonista, o que, mucho más tarde, Oliver Stone sitúa en *JFK*, mezcla de thriller y denuncia política que pasa a formar parte del inmenso arsenal de películas en las que un hombre *normal* es víctima de quienes verdaderamente *mandan*. Se trata, por tanto, de algo que los espectadores pasan a relacionar inmediatamente con una lectura del poder *real*, situado al margen de las instituciones visibles, y al que el *pueblo* nunca podrá llegar. Ni siquiera se necesita la sutileza de películas como *La conversación* de Coppola o *Único testigo* de Pakula, pues el discurso gana eficacia a medida que se extiende en relatos más lineales. Basta con la posibilidad de convertir en obras cinematográficas *best sellers* como los escritos por John Grisham o David Baldacci para establecer los motivos del éxito de un género de ficción y su establecimiento en su lugar más apropiado.[14] De la misma forma, el

agotamiento del *ser histórico* se expresa en un sentido totalmente opuesto, escapando hacia un futuro cuyo carácter *posible* no se requiere, como en las viejas obras de ciencia-ficción. La crisis del racionalismo y la emergencia de una nueva emotividad y de la insatisfacción por las condiciones de existencia irreconocibles lleva a fenómenos de masas como *La guerra de las galaxias*, *El señor de los anillos* o *Harry Potter*. El tiempo no se busca hacia delante siempre, sino que puede carecer del sentido mismo que le damos. El presunto futurismo de un éxito como las dos primeras entregas de *Terminator* se basa, precisamente, en una explicación —a manos, naturalmente, de la máquina—, de una inversión del sentido cronológico que acaba haciendo perder cualquier significado a nuestra idea de progreso. Ya no es el lúgubre escenario futurista de *Blade Runner*, sino la expansión sin límites de la ficción que aturde cualquier mecanismo de orden narrativo, de posible interpretación de los fenómenos a través de los instrumentos modernos. La otra conexión que se establece con el mundo de ansiedades a las que el nacionalpopulismo querrá ofrecer respuesta es la de los nuevos monstruos que indican la creación de un *Otro* completo, ansioso por destruir nuestra forma de vida o —para decirlo con mayor precisión— *cualquier forma* de vida menos la nuestra. La larga saga de *Alien* acompaña las décadas de los ochenta y los noventa con sucesivas presentaciones de ese monstruo infinito, de esa completa alteralidad que anida en nuestra propia esencia, que nos necesita para incubarse y adquirir una vida autónoma, terrible y completamente inexplicable.

El mundo posmoderno ha hecho el elogio del eclecticismo: el pesimismo nacional-populista que le sigue muestra su reticencia ante la pluralidad. Como se sabe, los primeros ensayos de la posmodernidad se establecen en una mezcla de materiales poéticos superadora de los pastiches modernistas y en la superposición de estilos arquitectónicos. En esa síntesis, la posmodernidad pretende hallar una forma de entender la sociedad abierta, mestiza, entusiasta con su integración de elementos verbales o constructivos diversos. Sin embargo, la extrema derecha va a caracterizarse por la defensa del diferencialismo radical que rechaza este tipo de planteamiento. Y lo hace, precisamente, de acuerdo con el prestigio adquirido por un neoestructuralismo que valora la lógica interna de las diversas culturas,

desplazando el elogio de la diversidad a una defensa de la sociedad cerrada y homogénea. Una sociedad en peligro, asediada, cercada por el riesgo de perder su identidad. La seguridad de cada uno de sus miembros se expresa en esa frecuencia de un discurso que pretende ser de liberación, cuando solo requiere el elogio de la reclusión. La extrema derecha establece su seguridad en una reproducción de la fragmentación cultural en términos de *depuración*. La identidad se detiene, deja de ser un proceso de construcción, de proyecto, para convertirse en una simple averiguación y defensa de un espacio social perpetuo. Tal dinámica necesita justificarse mediante un criterio de orden, de limpieza, de higiene agredida por aquellos elementos que no son *del todo* nuestros, que se instalan en una intolerable ambigüedad, o que pueden ser clasificados como ajenos, para poder ayudar a construir una comunidad imaginaria.

Este nacionalismo parece un espacio sólido frente a una nueva modernización universalista que provoca la pérdida de referencias, la evaporación de todo lo que se creía poseer y a lo que se pensaba pertenecer. La extrema derecha pasa a fundamentar el criterio de la identidad ayudándose de los elementos de una segregación. La exclusión de los otros, de los distintos, aparece como la solución de un problema, porque los sufrimientos vividos en una etapa de dura transformación social son leídos a través de un principio de identidad radicalizada. La nueva xenofobia, en su adjudicación a los inmigrantes de los problemas de desempleo, de deterioro social, de delincuencia, de pérdida de valores familiares… en definitiva, de la ausencia de seguridad, ofrece como solución una *preferencia nacional* que se construye como una nueva forma de racismo.[15] El nacionalpopulismo de extrema derecha es heterófobo, halla deleznable cualquier elemento de pluralidad y, entre ellos, la existencia de quienes no pertenecen al *verdadero pueblo* y lo perjudican con su presencia. Como todas las actitudes racistas, ésta procede de un prejuicio que, si en otros momentos se prestigió con el biologismo, en nuestros tiempos lo hace a través de una lectura interesada del relativismo cultural. La xenofobia no se presenta en los términos explícitos de una creencia en la superioridad de una raza frente a otras, sino en los de una exaltación de la diferencia cultural, de la diferencia de civilizaciones insalvable, incluso de una

respetuosa negativa a la asimilación mutua. Naturalmente, tras estas afirmaciones se encuentra la creencia íntima de los ciudadanos requeridos de la superioridad de su cultura, no solo en los términos de sus características biológicas, sino de sus realizaciones sociales y económicas. Se lucha contra las bolsas de inmigrantes que quieren hacerse con el control de un Estado benefactor cuyos recursos de protección social no tienen por qué dilapidarse en la ayuda a los inmigrantes, a quienes no son el pueblo. Lo que se defiende es la identidad y, en este sentido, una idea de soberanía que contempla los aspectos culturales y los elementos de una sociedad cuya seguridad económica ha sido desmantelada por la generosidad con los extranjeros.

La sociedad de riesgo que el nacionalpopulismo de extrema derecha denuncia adquiere una zona imaginaria, donde la metáfora y la realidad se relacionan para lograr un impacto social eficaz: el de una sociedad amenazada. En la propaganda de la extrema derecha, el ejemplo del sida puede resultar revelador de todo lo que viene diciéndose. La enfermedad es, en sí misma, una ruptura con una de las seguridades que había proporcionado la modernidad: el avance en los sistemas sanitarios en el control de las enfermedades infecciosas, que había llegado a la erradicación de algunas de ellas en las sociedades avanzadas. Existía, por tanto, un factor de superioridad cultural en el disfrute de la salud. La sociedad opulenta puede acostumbrarse a las enfermedades propias de un estado de bienestar: la obesidad, los problemas circulatorios, la diabetes, el cáncer… La relación con la vida sedentaria y los excesos alimenticios parecen poder asumirse por una civilización cuyas patologías tienen rasgos diferenciales con respecto al Tercer Mundo. Sin embargo, el sida llega como símbolo y como amenaza auténtica. Llega del *exterior*, incluso del mundo animal trasplantado a los seres humanos por las costumbres alimenticias del continente africano. Es *contagioso*, y los portadores del virus son seres que han adquirido la enfermedad por *prácticas de riesgo* realizadas voluntariamente, a veces relacionadas con hábitos condenados por la moral conservadora, como la promiscuidad sexual y la homosexualidad, o marginados como el uso de drogas por vía parenteral. Quienes transportan el virus en su sangre son signos de destrucción de la comunidad, cuya

suerte se relaciona con sus propios desórdenes morales y cuyo riesgo se exagera al divulgar falsas formas de contagio que aterran a la población. El sida es, desde luego, una amenaza, pero la *metáfora* realizada por la extrema derecha francesa —siendo Francia uno de los países que sufre la epidemia de forma más intensa— quiere establecer esa amenaza como un símbolo. Alimentando los prejuicios sociales y raciales, incrementando el miedo de una sociedad que se siente indefensa, el sida es utilizado para simbolizar la invasión de la nación sana por un agente infeccioso que destruye sus recursos inmunológicos. La *promiscuidad* cultural se escenifica como un episodio paralelo, como una práctica de riesgo que puede sentenciar a muerte a la comunidad nacional. La única defensa eficaz es la segregación, la ausencia de contacto directo de fluidos culturales, la negativa a aceptar una relación íntima con el extranjero. La metáfora, al basarse en un miedo real, que la ciencia se apresura a señalar con la gravedad necesaria, tiene un efecto demoledor.

Estos factores de identidad excluyente se ven reforzados por la defensa de una «verdadera» democracia. La extrema derecha de fin de siglo aprovecha con gran sagacidad la crisis de las instituciones parlamentarias, la pérdida de credibilidad de los partidos, el agotamiento de la vieja política. Los sistemas creados en la segunda posguerra eran expresión de una sociedad distinta, donde las temáticas y los espacios de sociabilidad e identificación eran diferentes. Zonas de percepción como las áreas confesionales, o la pertenencia a la clase obrera, han ido siendo desguazadas en una sociedad porosa, donde se incrementa la pérdida del valor clasificatorio de la religión y se rompe la «realización política» del proletariado a través de los partidos de la izquierda. El proceso de individualización actúa en un sentido, mientras las nuevas formas de socialización, vinculadas muchas veces a espacios de ocio y consumo, refuerza esta crisis. La deslegitimación de los regímenes parlamentarios, organizados de acuerdo con las condiciones políticas de los años cincuenta y sesenta, procede de los problemas de su congruencia con la etapa en que vivimos, al dejar de ser percibidos como expresiones directas de la experiencia social de cada individuo. Por tanto, la denuncia del parlamentarismo no se presenta como una crítica a la democracia, sino

como una defensa de la auténtica democracia, como un *populismo* que exige que la *representación* del pueblo homogéneo se realice de una forma distinta a la pluralidad de sus opciones ideológicas, es decir, como forma de delegación de intereses en conflicto. Por el contrario, la idea de *representación* se corresponde a la de una *plasmación* directa de la voluntad popular homogénea en un movimiento nacional, que actuará guiado por sus líderes carismáticos y por los recursos plebiscitarios propios del populismo autoritario antiparlamentario. De nuevo, el discurso no procede de una «emergencia», sino de una vieja historia que arranca de las críticas a la nación de los ciudadanos y al pueblo que se expresa en la pluralidad de un sistema constitucional. La nación adquiere esa prestancia integrista, como marco concreto de referencia de la exclusión, mientras que el pueblo viene a envilecer el sentido de la soberanía, aprovechando los defectuosos procedimientos de la democracia parlamentaria. El cesarismo, el bonapartismo, el discurso autoritario que pone fin a la política y la sustituye por la primacía de la comunidad en movimiento, regresa de la mano de esta formulación. Quienes indican que la extrema derecha de nuestros días puede distinguirse del fascismo por su voluntad de no superar el marco de la democracia, por su ajuste a la legalidad, no solo confunden las convicciones con las posibilidades: confunden, además, la retórica ultrademocrática del populismo con la defensa real de la democracia.[16]

La nueva sociedad posmoderna crea el aspecto de una novedad radical de la extrema derecha por las condiciones de su inmensa transformación. La pérdida de seguridad, que comienza en el puesto de trabajo y termina en los valores morales tradicionales y en la soberanía nacional, se compensa con la exigencia de un refuerzo de los bastiones de protección, creando un nuevo recinto de seguridad, atento a las ansiedades de fin de siglo. Frente a la mundialización, la identidad patriótica; frente al multiculturalismo, la diversidad de civilizaciones; frente al capitalismo global, el proteccionismo; frente al desempleo, la preferencia nacional. La congruencia entre la extrema derecha nacional-populista y las líneas de una sociedad que ha establecido los mecanismos del riesgo en una sola generación queda claro teóricamente. Es obvio, además, en la diversidad de dinámicas nacionales que examinaremos a continuación.

3. FRANCIA: *BONJOUR, TRISTESSE* (19742003)

Esplendor y miseria de los cortesanos. Hacia la crisis del régimen gaullista (1974-1988)

La dimisión del general De Gaulle y la muerte prematura de su sucesor, Georges Pompidou, condujeron a una coincidencia entre la crisis social de los años setenta y la modificación del escenario político francés. En el sistema de la V República, el relevo en la presidencia era el episodio electoral de mayor importancia del país. A mediados de una década caracterizada por el inicio de fracturas de fondo ya relatadas, tal relevo se acompaña de una recomposición de los bloques en que hasta entonces se ha agrupado la opinión pública. El esquema de los partidos constituido con la Liberación, debilitado en la guerra de Argelia, ha acabado de quebrantarse en la época de hegemonía gaullista. Los años de expansión han parecido estabilizarse en una solidificación del partido presidencial, cuyo dominio va adquiriendo rasgos precisos en las sucesivas confrontaciones electorales: los plebiscitos sobre la constitución en 1958 y 1962; las legislativas de 1962, 1967, 1968 y 1973; las presidenciales de 1965 y 1969, además de las elecciones municipales y regionales.

En cada una de las ocasiones, con diferente intensidad, con fortuna variable, el régimen que ha sucedido a la IV República va asentándose sobre las cenizas de los partidos que la representaron. Ya se ha constatado la forma en que el gaullismo perdió el impulso de un movimiento nacional-popular para inclinarse en la dirección de la sociedad satisfecha, adquiriendo los rasgos de un régimen paternalista tecnocrático, al que se suma un discurso nacionalista. Como ocurre en la República Federal Alemana, el patriotismo francés de los años sesenta pasa a adquirir, tras la grave crisis de identidad sufrida en la guerra de Argelia, las tonalidades de un apego al crecimiento económico y a la estabilidad gubernamental, que las instituciones de la nueva República parecen asegurar, con sus fórmulas de reforzamiento del ejecutivo, su sistema electoral mayoritario y la

coincidencia de militancia política entre el presidente y su primer ministro. La democracia de partidos puede coordinarse con una primera figura de la nación que simboliza una posición situada por encima de las querellas que han caracterizado al régimen parlamentario previo, mientras su elección por sufragio universal otorga una legitimación añadida a sus poderes. Los orígenes excepcionales del régimen toleran esa ruptura con la tradición política francesa del siglo XX, que va aceptándose incluso por sus adversarios iniciales, cuando se asegura el funcionamiento de las instituciones parlamentarias y, en especial, cuando el hombre del 18 de junio se retira a Colombey, llevándose una carga de poder simbólico adquirida por su llegada al poder en dos circunstancias de emergencia. Georges Pompidou puede normalizar, en el seno del gaullismo, ese nivel más amplio de aceptación, de la misma forma que arrebata dramatismo al ocupante del Elíseo, haciendo de él una figura burocrática situada en un escalón más elevado que el residente en Matignon. En la Francia de esta segunda fase del gaullismo, los tecnócratas formados en la Escuela Nacional de la Administración diseñan la vida cotidiana de los franceses, usurpando esa función a los tribunos forjados en las grandes crisis hexagonales.

La irrupción de Giscard d’Estaing rompe el esquema de organización de la derecha francesa, de acuerdo con un ritmo que parece ajustarse a los propios cambios de la sociedad. Nadie como él parece encarnar la transformación sufrida por Francia en los sesenta; nadie como él parece *proceder* hasta tal punto de su modernización. Por su edad —ha nacido en 1926—, se sitúa entre quienes han tenido el tiempo justo de llegar a luchar por la Liberación de Francia en 1944, sin desempeñar papel alguno en la derrota: a pesar de ser elegido diputado en 1956, es difícil identificarlo con la desacreditada República difunta. Su llegada a la candidatura presidencial en 1974 se *relaciona* con el régimen gaullista sin *identificarse* con el partido que lo inspira. Hasta donde ha podido, teniendo a veces que sufrir las reprimendas de Pompidou, Giscard mantiene sus distancias ante determinados gestos del general, que cree más relacionados con el pasado que con el futuro. Hasta donde ha podido, también, ha reconstruido el espacio de los independientes que llegó a cubrir un área fundamental en la

época del CNIP, para hundirse con el advenimiento del nuevo régimen. En poco tiempo, se convertirá en el líder natural de aquellos a quienes dará el nombre de republicanos independientes, aun cuando la dureza de los procesos electorales no le permita exhibir la calidad de esa autonomía más que hasta donde los gaullistas están dispuestos a permitírselo. Esa condición de debilidad le otorga las virtudes de un recambio en la continuidad, de una renovación sin ruptura, de una *modernización* que parece encarnarse en el *rejuvenecimiento* de la presidencia. La mezcla de una edad menor a la de sus adversarios podrá reunirse con las pruebas de una experiencia gubernamental y de una brillantez que nadie puede discutirle. Diputado a los treinta años, ministro de Finanzas antes de los cuarenta, entra en la madurez en un estado de colaboración crítica con el general, al que no duda en negar su apoyo en el referéndum de 1969, mostrando unas virtudes olfativas que ya había ostentado en el referéndum de 1962, cuando el general era caballo ganador. La aparente traición al general se le premia por un Pompidou cuya complicidad en la caída del antiguo presidente es obvia. Su pericia en la dirección de las finanzas públicas, de las que vuelve a hacerse cargo, parece presentarlo con una cualidad añadida, en una sociedad que sabe en qué consiste su esencia nacional a base de cuantificarla. Cuando se produce la muerte de Pompidou, el 2 de abril de 1974, Giscard está preparado para grabar los guarismos de esa identidad.[1]

Por ello, su entrada en la carrera presidencial se presenta como la superación histórica de un gaullismo irrepetible en la etapa del general, y necesariamente renovable en su versión Pompidou. No por casualidad, las aspiraciones de Giscard contarán con la complicidad de un sector de la derecha gaullista que desconfía del populismo de Chaban-Delmas, prefiriendo inclinarse por la continuidad del gaullismo tecnocrático que el ministro de Finanzas de Pompidou parece recoger con mayores garantías. La grandeza de algunos individuos puede juzgarse por una congruencia con la época en la que viven que ellos mismos confunden con una fase histórica que *crean*. La forma en que Giscard puede expresar esa coincidencia se pondrá de manifiesto en la primera vuelta de las elecciones presidenciales, cuando su porcentaje dobla al obtenido por Chaban-Delmas, reducido a un 15 por ciento del electorado. En la segunda vuelta, el enfrentamiento sitúa,

por primera vez en los hábitos de la V República, a un socialista frente a un liberal. François Mitterrand ha realizado un largo y sinuoso trayecto desde su militancia mendesista de los años cincuenta hasta la refundación del Partido Socialista en el Congreso de Epinay de 1971. En esta ocasión, consigue aglutinar —y dejar muy claro que su persona es la garantía de esa suma de factores— a socialdemócratas clásicos procedentes de la SFIO, a la nueva izquierda autogestionaria nacida en el sindicalismo de la CFDT y en el PSU, así como al republicanismo social y a los fragmentos de una corriente democristiana de izquierdas que no desea jugar la carta de Jean Lecanuet y Edgar Faure. Ese batiburrillo de culturas que se habían mantenido ajenas hasta aquel momento permite superar un espacio doctrinario exhausto, cuya identidad y base social van siendo consumidas por el proceso de modernización, la competencia del comunismo y la incomprensión de la nueva izquierda. En la estrategia de Mitterrand, la constitución de esa base sólida de apoyo es el paso indispensable para la construcción de una mayoría presidencial alternativa, jugando ya con los esquemas institucionales de la nueva república que tanto ha denostado. El Partido Socialista le permite presentarse ante el Partido Comunista Francés de Georges Marchais con una fuerza de negociación más grande y con una amplitud de miras más sagaz. O el socialismo entraba en la lógica de la Unión de las Izquierdas, o se entregaba a una tarea de satelización de un centro-izquierda donde sería un elemento residual, dada la capacidad del liberalismo de cambiar de pareja parlamentaria, cosa que la SFIO nunca había podido hacer desde su ruptura con el PCF en los años cuarenta. La firma de un Programa Común en 1972 se realiza en interés de ambas partes, cuando el Partido Comunista trata de construir una alternativa en la que rompa el aislamiento al que ha sido sometido desde 1947, mientras el socialismo intenta definir un espacio propio adaptado a los nuevos tiempos de la socialdemocracia. Naturalmente, para Marchais estaba claro un principio de primogenitura o, en el peor de los casos, de equivalencia, confiando en que un partido que había soportado las penurias del ostracismo conservando una base electoral tan firme, mejoraría sus

expectativas convirtiéndose en una fuerza de gobierno, manteniendo un diálogo con el PS donde se impondría su mayor arraigo y tradición. Como veremos, las cosas irán en sentido contrario.

El triunfo de Giscard en las presidenciales de 1974 se realizó por un margen estrecho: poco más de 400.000 votos que colocaban al candidato liberal ligeramente por encima de la mayoría absoluta y al candidato socialista solo a unas décimas de la misma. La escasez de la distancia podía señalar la división de Francia en dos bloques, pero se trataba de una consolidación de cuatro protagonistas cuya influencia iría modificándose para determinar la forma de la cultura institucional francesa en los siguientes diez años, a la espera de que la entrada de nuevos agentes políticos modificara más el panorama. Con suma habilidad, el candidato se había expresado como candidato de la derecha y la renovación al mismo tiempo del orden y del progreso. Con exquisita crueldad, sacó a relucir la diferencia de edad con su oponente, cuya proverbial serenidad debió inmutarse cuando se le calificó de un hombre del pasado —una apreciación que los acontecimientos, tan propensos a la ironía, habrían de desmentir muy poco tiempo después—. Giscard no solo decía representar la Francia de la juventud, sino que quería identificarse con la Francia de la libertad frente a la amenaza del comunismo. El Programa Común, sin el que los socialistas no podían alcanzar el Elíseo, jugaba su doble carácter de estímulo y advertencia. No apareciendo como la derecha «clásica»; no aceptando ninguna forma de reproche a sus actitudes sociales —la célebre referencia en el debate televisado al «monopolio de la compasión y la justicia» que creía poseer la izquierda fue demoledora—, Giscard podía interrogar a su adversario acerca de la incómoda compañía de un Partido Comunista cuyas características eran más las de un grupo exiliado de protesta que las de un campo cultural dispuesto a un compromiso de gobierno heterogéneo.

El ascenso de Giscard a la presidencia de la República presentó de inmediato, en manos del dinámico inquilino del Elíseo, elementos simbólicos y las propuestas políticas de una renovación. Giscard se apresuró a señalar, en su primer discurso —en el que no hizo mención a sus antecesores, subrayando el inicio de una nueva época con ese silencio—

que hasta él había llegado «el rumor» de una sociedad que demandaba el cambio. La referencia al resultado del segundo turno era más que un reconocimiento: se trataba de una oportunidad para indicar el afán de superación de una época legítima, pero caduca. El nombramiento de Jacques Chirac como su primer ministro remarcaba esa tendencia. El dirigente gaullista no procedía, a sus cuarenta y dos años, de la vieja guardia del general, sino de la esfera de un régimen asentado ya cuando dio los pasos más importantes de su carrera inicial, al ser ministro en tres responsabilidades distintas entre 1971 y 1974. Recurrir a un miembro del movimiento gaullista implicaba, de todas formas, el reconocimiento de una situación de hecho que ni el vencedor de 1974 podía esquivar: su carencia de una formación parlamentaria, a la que deseaba convertir en apéndice de la autoridad presidencial. La elección de Chirac es, de esta forma, una opción voluntaria, entusiasta, ante la capacidad de trabajo y pragmatismo implacable del joven primer ministro, que puede compensar ciertos devaneos de ilusionista ideológico de Giscard. Pero es, al mismo tiempo, una resignada aceptación de la correlación de fuerzas. La elección de Chirac tiene algo de gesto y algo de compromiso con la realidad, de enlace entre el rejuvenecimiento del régimen y lealtad a determinadas continuidades en la mayoría que sigue dominando el Parlamento. A esos gestos, Giscard habrá de sumar sus esfuerzos por convertirse en un «hombre de la calle», carente de la pesadumbre ornamental heredada de sus antecesores: sin embargo, la pérdida de factores rituales no le impide acentuar el intervencionismo y situar, con más entusiasmo que el propio fundador del sistema, la autoridad real del país en el cargo que ocupa. Por ello, su demanda de *liberalización* no se opone al carácter presidencialista de la república, sino que lo modifica en un sentido más vinculado a una democracia a la americana.[2]

Los gestos, sean simbólicos o reales, preocupan a un movimiento gaullista que teme perder sus signos de identidad, deglutidos por la dinámica impuesta desde el Elíseo, al tiempo que reconoce el carácter subalterno en que se encuentra, de acuerdo con las propias instituciones creadas por el general. De igual forma, la derrota de Chaban-Delmas tiene un sabor agridulce, que mezcla la satisfacción por haber arrinconado a un

individuo demasiado inclinado hacia el populismo con el resultado vejatorio del movimiento en el primer turno de las presidenciales. Con lo único que cuenta el gaullismo ahora es con el primer ministro y con una sólida mayoría parlamentaria, a la que el presidente solo puede oponer, en caso de ruptura, el pequeño grupo de los republicanos independientes, siempre elegidos por la benevolencia del gaullismo. Si de gestos se trata, los avances hechos en la profundización de las libertades personales, como la modificación de la Ley del Divorcio, la reducción de la edad del voto a los 18 años y, sobre todo, la Ley del Aborto defendida con extraordinario coraje por la ministra Simone Veil, establecen más áreas de preocupación en una mayoría cuya prolongación se ha realizado, desde los acontecimientos de 1968, en la defensa de los valores tradicionales. Por último, la configuración del gobierno no ha dado a los gaullistas el lugar que les corresponde en sintonía con su fuerza parlamentaria: habiéndoles concedido la jefatura del gobierno, el reparto de carteras se lleva adelante proporcionándoles responsabilidades de segunda fila que se entregan, en ocasiones, a políticos que no son los auténticos dirigentes del movimiento. Las estrellas del gobierno, como la citada Simone Veil, el instantáneo Servan-Schreiber o Michel Poniatowski, pertenecen al área de ese liberalismo posgaullista que Giscard quiere realizar, mediante un complejo proceso que habría de incluir la lenta descomposición del territorio del gaullismo.

Esa última variable es la que falla, y habría sido difícil que ocurriera de otro modo *en tan poco tiempo*. Más que construir una fuerza política que compita con el gaullismo, Giscard espera que éste se comporte como lo que ha sido en otro momento: el movimiento al servicio del presidente, eliminando aquellos núcleos de resistencia instalados en las ideas nacional-populistas más ajenas al ideario liberal de Giscard y a la misma práctica de la tecnocracia de Pompidou. Elegir el camino de una nueva agregación de fuerzas en torno a la máxima autoridad del sistema —y no olvidemos que eso es, precisamente, lo que hará Chirac veinticinco años después— requería una fuerza de simulación que contradecía la política de los gestos en los que Giscard quería hacer visible su voluntad de cambio. El fracaso no obedece solo, como el propio Mitterrand quiso indicar, a la falta de

sentido del ritmo político que tenía Giscard —mientras él era capaz de asimilar la base social del comunismo con una paciencia milenaria, poco coherente con la escasez de tiempo personal que quedaba ante sus ojos—. Procedía de las dificultades para mezclar —y hacerlo desde la responsabilidad presidencial— las señales de orientación de un cambio de rumbo manteniendo el mismo buque y la mayor parte de la tripulación. No podía variar su rumbo *sin aparentarlo*, porque la fuerza de Giscard frente a la izquierda creciente era esa renovación urgente del país. No podía mantener rumbo alguno sin contar con las mismas fuerzas que lo habían conducido al Elíseo y sin basarse en la mayoría parlamentaria que toleraba su presidencia.

En la segunda mitad de la década, las contradicciones presidenciales estallaron en varios frentes simultáneos, que hicieron imposible sostener la alianza de un gaullismo contaminado, determinando la imposibilidad de asegurar un segundo mandato a partir de 1981. La crisis que se abatió sobre el país en el orden institucional se unió a la recesión económica para hacer más visible aún un cambio de época que no tenía solo los elementos optimistas de una rentabilización del crecimiento, sino que exigía adoptar opciones ante las dificultades. El impacto de ese frenazo a la expansión, que acompañó todo el septenato de Giscard, acabó por crispar también las relaciones internas de la izquierda, lo que indica que las responsabilidades del presidente en la quiebra de su proyecto son relativas, correspondiendo a una fase de fractura que habrá de expresarse en toda su crudeza en la década siguiente, justamente a través de la irrupción del lepenismo. En el verano de 1976, tras unas elecciones locales que habían mostrado el desgaste del gobierno, Jacques Chirac procedió a romper la estrategia presidencial aceptando las presiones que brotaban de su entorno: a la dimisión como primer ministro, señalando que no disponía de los instrumentos que requería el cargo, añadió la refundación del partido gaullista, que dejó de tener el nombre ostentado desde 1969 —Unión para la Defensa de la República— y recuperó el aire de *Rassemblement* que había tenido en sus orígenes el movimiento, un signo de identidad que dio a luz el nuevo RPR —Unión Popular por la República—. La reacción chiraquista trataba de enlazar con una tradición propia que el presidente

trataba de neutralizar bajo el aspecto de una actualización, mientras Chirac la puso al día con el tono de una búsqueda del material genético del movimiento. La irritación provocada por los movimientos de apertura social de Giscard podían servirle de apoyo, junto a los que se sintetizaban en una oposición al programa del presidente, que éste exponía, el mismo año de la ruptura con la publicación de un libro de éxito extraordinario: *Démocratie française*.[3]

Giscard se unía, de esta forma, a las interpretaciones de la modernización del país que irían editando sus opositores: *Le défi démocratique* de Georges Marchais o *Un socialisme du possible*, *La rose au poing* o *La paille et le grain*, de François Mitterrand. Para Giscard, el crecimiento económico había proporcionado una marginalización del conflicto de clases, situado en extremos ínfimos del sistema, permitiendo el establecimiento de una poderosa área social intermedia, constituida por asalariados con empleo cada vez más seguro y posibilidades de promoción, por profesionales liberales cuya expansión se debía a la extensión del sistema educativo, y por cuadros empresariales desarrollados al calor de la aceleración económica. Las estructuras sociales de la posguerra se habían superado en la misma medida en que se había fortificado una nueva mentalidad, ajustada a la seguridad y a las expectativas de realización personal en un campo de libre iniciativa. Ese territorio de libertad debía preservar su cohesión a través de la protección social que garantizaba que los ciudadanos pudieran sentirse miembros de una comunidad donde los lazos de solidaridad y de oportunidades eran más sólidos que las ansiedades e injusticias que la habían crispado en tiempos previos. Lo que Giscard llamaba un «liberalismo avanzado» había de reflejar esa contundencia del espacio de encuentro de una nueva mayoría social, vinculada por la libertad individual y la tutela de los servicios sociales. La democracia, la seguridad social y la visión puesta en una Europa dispuesta a ensanchar estos horizontes se proponían como la base de superación de rupturas sociales que resistían solamente en la forma de una inercia indeseable. El nacionalismo populista y autoritario de la derecha francesa se

complementaba con las esperanzas revolucionarias de la izquierda lastrada por el peso de un Partido Comunista que había fallado en sus predicciones de polarización social.

La teorización del proyecto liberal venía a proporcionar el relevo a un país que había tardado demasiado en ofrecérselo a sus habitantes. Que dirigentes de la Liberación pudieran estar orientando la política nacional a comienzos de los setenta resultaba tan pintoresco como si en Italia fueran De Gasperi, Togliatti o Nenni quienes continuaran al frente de los asuntos públicos. Por otro lado, Francia se había permitido jubilar a una generación de políticos de valía poco común, entre quienes se encontraban Mendès France, Guy Mollet, Robert Schuman o Edgar Faure, arrastrados por el torbellino de la crisis de la IV República. Esa mezcla de resistencia de ciertos personajes y prematura caducidad de otros, procedía de crisis nacionales que otorgaba un especial valor simbólico a los fracasos y a los éxitos. Giscard, que acabaría siendo víctima de esa misma red de jubilaciones anticipadas en 1988, no deseaba facilitarle el trabajo al destino. Tal vez, la arrogancia que acompaña a las inteligencias brillantes a las que ha sonreído la fortuna empañó algunas de sus apreciaciones, en especial la que le hacía contemplar tan fácilmente la traducción de un análisis sociológico a una actitud cultural. ¿Debía manifestarse esa creación de un «espacio central» en el voto a lo que Giscard representaba o, como sucedió en realidad, podría determinar un proceso más complejo de adaptación, en el que se incluiría el crecimiento del Partido Socialista sobre las mismas bases sociales que Giscard esperaba proporcionar a su proyecto? ¿No supondría ese proceso algo menos lineal y feliz, determinando la ampliación de zonas de devastación social y destrucción de consenso político, manifestados simultáneamente en la permanencia del Frente Nacional y la episódica aparición de movimientos antisistémicos de una nueva extrema izquierda? ¿No implicarían estos cambios una nueva versión del gaullismo capaz de regenerarse en un proceso conflictivo, de abandono de algunos factores de nacionalismo populista y ocupación del discurso de un liberalismo menos social que el planteado por la melodía conciliadora de Giscard?

El discurso giscardiano se enfrentaba, por otro lado, a las objeciones de una prolongada crisis que iba presentándose al público como una secuencia de dificultades coyunturales. Los años setenta y, en especial, los que siguieron a la muerte de Pompidou, parecían desmentir el impulso social que había proclamado el nuevo presidente.[4] El nombramiento de Raymond Barre como sucesor de Chirac contenía dos factores deseosos de proyectar la comprensión de Giscard de la situación en que se vivía. Como uno de los mejores economistas del país, Barre se hacía cargo de un gobierno cuya función principal pasaba a ser la de detener los elementos de una nueva depresión. Como técnico, el nuevo primer ministro se desembarazaba de la lealtad política de partido que se había señalado en la designación de Chirac, y que éste había elevado al convertirse en máximo dirigente del movimiento gaullista. Las tasas de desempleo y la inflación se presentaron como las dos caras de una moneda con la que se pagaba la expansión de los años anteriores. La afluencia de una numerosa generación nacida en los años cincuenta al mercado de trabajo, que se encontraba sin la posibilidad de ejercer su primer empleo; la llegada masiva de mujeres progresivamente emancipadas de cargas domésticas y promocionadas en sus aptitudes profesionales; los primeros indicios de una desindustrialización que comenzaba a dañar el tejido productivo del país en la medida en que se anunciaba la mundialización y se encogía la demanda interna; estos tres factores que mezclaban el aumento de la oferta de trabajo y el descenso de su demanda, provocaron índices de desempleo desconocidos desde la posguerra: a finales de la década, más de un millón de personas buscaba un puesto de trabajo. La caída de la demanda provocada por esta retención del mercado laboral no generó la inflación, que se alzó sobre los talones de los precios del petróleo, hinchados en 1973 y 1979, y sobre las crisis monetarias originadas por el abandono del patrón dólar. El tercer jinete de este particular apocalipsis económico cabalgó sobre el déficit fiscal, provocado por el incremento de las cargas sociales destinadas a cubrir las tasas de desempleo, o por el descenso de las cotizaciones de quienes no lo encontraban. La radiante sociedad de consumo no había concluido, pero sí la cohesión social que se había contemplado como un punto de llegada, cuando era solo un lugar de paso. Las respuestas de Barre, que incluían el

recorte de los gastos públicos, la devaluación y los acuerdos monetarios con la Alemania de Helmut Schmidt, resultaron insuficientes para afrontar el nuevo impulso a la crisis proporcionado por los ajustes de los precios de la energía a finales de la década y por las medidas de liberalización desarrolladas por el propio gobierno. Un elemento a través del cual se podía leer la crisis en beneficio de la extrema derecha comenzaba a anunciarse en una propaganda cuya eficacia residía en su transversalidad: el rechazo de los trabajadores extranjeros en un momento en que se incrementaba el desempleo, y las reticencias ante los avances en la unidad europea. Si consideramos la función del Partido Comunista en estos temas, realizando una defensa del trabajador *francés* en el doble frente de la lucha contra la «Europa del capital» y de la denuncia de los «excesos» de la inmigración, podremos entender la forma en que estos temas fueron normalizándose antes de que el Frente Nacional hiciera de ellos su razón de ser. ¿Hará falta volver a señalar episodios tan penosos como la destrucción de la casa de unos inmigrantes en Vitry en diciembre de 1980, con un alcalde comunista empujado por sus votantes a tomar una decisión cuya legalidad no le arrebata su poder simbólico? ¿Hará falta mostrar el encuentro entre la crítica del PCF a la construcción europea «antisoviética» y el rechazo nacionalista del gaullismo en la campaña al Parlamento de Estrasburgo en 1979? La misma receta culinaria puede adquirir prestigio si es degustada en comedores diferentes: sobre todo si, al final, quienes se alimentan del menú nacional-populista serán quienes pueden proporcionar sus ingredientes con mayor esmero.

La segunda parte del septenato de Giscard asistió a una ruptura de los mecanismos iniciales de la V República que inspirará, junto a la llegada de la presidencia de Mitterrand, la expansión de la extrema derecha lepenista. Si aceptamos que esta última solamente podía desarrollarse sobre la destrucción de los esquemas de agrupación y representación políticos de los años sesenta y setenta, la modificación de la cultura francesa supuso la progresiva *percepción* de la crisis y los sucesivos esfuerzos de los partidos para adaptarse a una fase distinta en la vida del orden social. Tal percepción y tales reajustes serán decisivos en la aparición de una extrema derecha de masas organizada en el Frente Nacional, como habían sido decisivos los

factores de petrificación cultural previos, la quietud del panorama institucional y la inmovilidad de las formas de representación de la sociedad en la esfera política.

Las elecciones legislativas de 1978 parecieron proceder, sin embargo, de forma totalmente distinta, al proporcionar a Giscard una victoria que solo podía serlo aislándola de la crisis económica y la reorganización del resto de los campos políticos. La agrupación de candidatos exigida por el sistema electoral mayoritario a dos vueltas permitió la llegada a acuerdos entre los partidarios del presidente —que aparecían divididos en las distintas familias del movimiento democristiano, los restos del radicalismo y los republicanos independientes— y el primer partido de la derecha, el RPR. Sin embargo, al poco tiempo de firmarse el pacto electoral entre los seguidores de Chirac y los de Giscard, éste anunciaba la creación de una nueva formación política, la Unión por la Democracia Francesa (UDF), que mantendría su carácter de coordinadora de partidos y mecanismo de afiliación directa. El desconsuelo de los gaullistas no podía expresarse con la acritud necesaria en una campaña electoral que tenía como adversarios a comunistas y socialistas, pero el resultado fue abrumador para quienes habían disfrutado de una primacía incuestionable en los veinte años que ya tenía el régimen. El recuento del segundo turno dio a los giscardianos un grupo parlamentario de casi 140 diputados, aunque el RPR se mantenía como primera fuerza, con más de 150. A partir de ese momento, el carácter cuadrangular de la política francesa no se refería ya a un juego de poderes institucionales, en el que la presidencia y el grupo parlamentario eran fuerzas complementarias y conflictivas. El presidente había optado por dejar de situarse por encima de los partidos, para disponer de un grupo de apoyo que compartiera sus tesis sobre el liberalismo avanzado.

Sin embargo, lo que parecía fundamental a todos es que la derecha —desde luego a través de Giscard— había ganado a una izquierda que parecía tenerlo todo a favor: la crisis económica, la ruptura del bloque de gobierno, la incorporación de jóvenes que votaban gracias a la rebaja de la edad legal, el precedente de unas elecciones municipales que, el año anterior, había proporcionado a la izquierda 155 alcaldías de las 221 ciudades con más de 35.000 habitantes existentes en el país. La pequeña ventaja de la primera

vuelta se evaporó en la segunda, cuando buena parte de los electores socialistas, a la hora de escoger entre un candidato del PCF o un giscardiano, se decidieron por éste. El descalabro fue la derrota misma, no el volumen que poseía: los comunistas conservaron más de ochenta diputados; los socialistas y los radicales de izquierda pasaron de los ciento veinte. En cualquier caso, la derecha volvía a obtener una mayoría absoluta que le permitía afrontar el reto de las presidenciales desde el control del Parlamento y el prestigio de una batalla que se creía perdida. La amargura de la izquierda era más intensa por su carácter. En 1977, la dirección del Partido Comunista dio por terminado su acuerdo con socialistas y radicales de izquierda. La virulencia que siguió a la ruptura, con acusaciones constantes lanzadas desde el PCF, restó autenticidad al acuerdo sobre concentración del voto en el candidato de la izquierda mejor situado. La amargura de los dirigentes socialistas fue tan áspera que llegó a alimentar una posición autonomista encabezada por Michel Rocard, para quien el fracaso del acuerdo de 1972 parecía justificar sus posiciones de la etapa del PSU, adaptadas ahora a un discurso de primacía de las nuevas realidades sociales y profundamente hostil a las inercias estalinistas del PCF de Marchais.[5] La crisis socialista provocada por la derrota, al acompañarse de la exigencia de un nuevo camino que olvidara la unidad de la izquierda, proponía implícitamente un nuevo liderazgo, que Rocard se apresuró a querer encarnar. El Congreso de Metz de 1979 solo le proporcionó el apoyo de una quinta parte de los delegados, algo que obligó a Mitterrand a aliarse con la izquierda de Chévénement o el centro de Pierre Mauroy: en todo caso, vinculó su propio futuro político a la recuperación de una alianza de la izquierda que rompiera las tentaciones centristas de Rocard, capaces de atraer a una sociedad en la que brillaba la estrella del aún joven dirigente, apoyado en el prestigio de una sólida formación administrativa y la carga genética de una larga militancia en el socialismo. Para Mitterrand, como para Giscard, la hegemonía de su posible presidencia solo podría sostenerse mediante una alianza con los comunistas que pudiera ser garantizada ante el electorado de centro-izquierda por la hegemonía socialdemócrata. La refundación del PS, atenta a los cambios internacionales y a un electorado potencial del que se había prescindido en fases más doctrinarias, debería

hacerse en un proceso de equivalencia menguante, que iría haciendo perder representación social y política al Partido Comunista. Si algunos socialistas de izquierda podían creer que el proceso unitario obedecía a la identificación de objetivos entre fuerzas semejantes, Mitterrand proponía algo muy distinto: la fusión en un solo espacio orgánico de lo que socialmente representaba la unidad de la izquierda, siendo la diferencia entre los dos partidos un elemento accidental, transitorio, que iría desmoronándose a medida que el comunismo perdiera fuerza. Mitterrand conocía perfectamente las tentaciones del PCF de ejercer de pura fuerza de oposición, de protesta, de denuncia, algo que le había proporcionado un sistema inmunológico apreciable, pero no invulnerable a una competencia que fuera capaz de hacerle abandonar ese espacio de reclusión privilegiada *sin darle* la dirección del proceso gubernamental. La participación secundaria de los comunistas en una mayoría de gestión les iría enfrentando a contradicciones con su propia identidad antisistémica, tan afirmada en los años de exilio interior. Aunque Mitterrand no llegara a considerar una evaporación del espacio comunista como la que se observó en los años noventa, sus apreciaciones resultaron más sagaces que las de sus compañeros, fueran los unitarios o los autonomistas.[6]

No es de extrañar, por tanto, que la dirección del Partido Comunista pudiera observar la alianza con las preocupaciones que se derivaban de un análisis similar. Los procesos electorales experimentados desde la firma del acuerdo de 1972 habían ido siempre en ventaja del Partido Socialista, al principio por la mayor disciplina del voto de los electores comunistas en la segunda vuelta de las legislativas. Más tarde, sin embargo, el deterioro relativo se debió a la propia crisis de identidad del partido, que coincidía con los problemas del comunismo a escala internacional. Los esfuerzos aperturistas realizados con la decisión de la Unidad de la Izquierda, alimentados ideológicamente con la aproximación a la experiencia eurocomunista, sentenciados con el abandono del principio de la dictadura del proletariado, crispaban a una militancia que había crecido después del fiasco de la extrema izquierda en mayo de 1968. Los debates internos se realizaron al calor de una crisis del sistema que parecía atestiguar el agotamiento de un modelo de crecimiento para dar la razón a quienes

habían declarado su carácter ilusorio o provisional. La democratización permitió el despliegue de un debate interno inédito, en la que fueron precisamente los sectores más duros quienes defendieron la ortodoxia aprovechando el escenario de la apertura de la segunda mitad de los setenta. La crisis de identidad de los partidos comunistas procedía de las dificultades de su propia lógica, como alternativa radical al sistema y zona de conflicto incluida en su propia lógica: una tensión que podía resultar agotadora al predisponer a los márgenes de negociación, en unos casos, y de exaltación de la diferencia, en otros, mientras se mantenía una realidad constante de presentación a las elecciones como espacio *fundamental* del ejercicio de la política. El cansancio por esa permanente oposición era el que había conducido, en el caso italiano, a las propuestas de ampliación de una mayoría democrática que lo incluyera en los espacios gubernamentales, a sabiendas de que su inmenso potencial electoral acabaría por deteriorarse. En el caso de los comunistas franceses, la oferta de la unidad con los socialistas aparecía como una posibilidad cargada de peligros, aunque la alternativa a esos riesgos fuera un aislamiento cuyos beneficios ya nadie podía garantizar. Pues, además de los elementos de desgaste propios del alejamiento del poder gubernamental —aunque se ocupaban poderes locales de importancia, como los setenta alcaldes en ciudades de más de 30.000 habitantes—, la caída progresiva e imparable del Partido Comunista iba a depender menos de su alianza con la socialdemocracia y la vampirización de sus recursos a manos del PS que de los cambios de la sociedad que iban a experimentarse en los últimos veinte años del siglo, entre los que se contaría el tremendo impacto de la caída de la Unión Soviética.

Mucho antes de este episodio, el Partido Comunista había comenzado a mostrar su falta de correspondencia con la sociedad, su anacronismo y su vinculación orgánica a una época que estaba agonizando. En las elecciones europeas de 1979, el partido obtuvo un resultado que parecía acorde con su rechazo al mismo marco político en que se participaba: el 20,6 por ciento, algo que no parecía dramático en comparación con las legislativas, pero sí como el signo de un estancamiento agravado por la crispación del debate interno. Los episodios electorales inmediatos fueron menos piadosos: las

presidenciales de 1981 los redujeron al 15 por ciento, las legislativas del mismo año redujeron a la mitad el grupo parlamentario, las europeas de 1984 pusieron a los comunistas al nivel del Frente Nacional, con un 11 por ciento de los votos, y las legislativas realizadas por sistema proporcional en 1986 les colocaron en la barrera fatídica del 10 por ciento. Las presidenciales de 1988, con menos del 7 por ciento para el candidato André Lajoinie, tenía más aspecto de autopsia que de chequeo. La salud del Partido Comunista, solo diez años después de la derrota electoral de 1978, había dejado de tener significado. Los espacios sociales no ocupados, las fracturas no reivindicadas, las inseguridades no canalizadas, continuaban existiendo, en plena descomposición del partido que, durante muchos años, había actuado como tribuno de la plebe más que como representación política del proletariado. Las mismas circunstancias en las que se produce el desguace de un área política de protesta propician que los problemas se examinen a través de otros recursos ideológicos, se calquen en otros materiales culturales. La ruptura de un espacio de socialización expresiva redunda en beneficio de un territorio ajeno en su configuración, semejante en su extranjería, equivalente en su poder de cohesión de la denuncia, en la creación de zonas de alta densidad emotiva. El voto del Frente Nacional no procederá inmediatamente del sufragio ejercido en favor del Partido Comunista. Por el contrario, su emergencia se produce cuando la izquierda se instala en el poder, y en el marco de una ofensiva social contra su presencia en el área del gobierno, agrupando los factores de una opción conservadora. Sin embargo, en el medio plazo, existe una zona de alteralidad, de extrañeza con respecto al sistema, que puede sintetizarse en un propuesta que utiliza otros signos de identidad. Puede que ese vacío *nunca* se haya cubierto por el PCF, pero su misma ausencia como opción plantea la existencia de una alternativa comunitaria que invierte los valores ideológicos de una propuesta revolucionaria de clase, para pasar a expresar las ansiedades en los que éstos se han precipitado. La ausencia de la clase cede paso al pueblo; la falta del partido presta su posición al movimiento; la crisis del socialismo da prestancia al comunitarismo nacionalista. Otras

manifestaciones de oposición radical se desenvuelven, pero el Frente Nacional llega antes, mejor pertrechado de una transversalidad que le permite ingresar en ambientes contradictorios.

Los problemas de la izquierda señalizan un cambio de rasante social, pero la derecha circula por el mismo camino, accidentado por la crisis económica y la transformación cultural. Las elecciones europeas pasan a convertirse en un campo de pruebas desde su primera edición en 1979, cuando los ciudadanos se pronuncian sobre una representación que les afecta de forma muy marginal y que se canaliza, además, a través de un sistema proporcional. Por su carácter secundario y por la norma electoral, que da al voto un valor del que carece el proceso en su conjunto, convirtiéndolo en un suceso propagandístico, las elecciones al Parlamento europeo van siendo un índice revelador de las convicciones políticas, de preferencias que en otras circunstancias renuncian en favor de los compromisos y del pragmatismo. En 1979, la campaña nacionalista de Chirac, que descalifica groseramente a los partidarios de un proceso de integración, con una dureza inédita en el discurso gaullista previo, provoca un auténtico desastre para el RPR, desautorizando la voz patriótica y popular que ha querido tomar frente al proyecto giscardiano. La indicación realizada a Chirac por su equipo de colaboradores, señalando que debería recuperar votos endureciendo los aspectos más míticos del discurso gaullista, desemboca en un vergonzoso 16 por ciento de los votos, a doce puntos de distancia de la UDF por encima, a doce puntos de distancia de los ecologistas —que no consiguen franquear por muy poco la barrera del 5 por ciento— por debajo. Esa posición intermedia es tan desairada que Chirac habrá de empeñarse en un giro radical en su posición política, gravemente amenazada por la inminencia de las elecciones presidenciales. Aunque Simone Veil no ha conseguido alcanzar el nivel de Giscard en la primera vuelta de las elecciones al Elíseo de 1974, Jacques Chirac sí ha logrado descender a los infiernos visitados por su competidor Chaban-Delmas en aquella ocasión. La fuerza gaullista es la última entre las que obtienen representación en el Parlamento europeo: ochocientos mil votos menos que el Partido Comunista, millón y medio por debajo de la alianza de socialistas y radicales de izquierda, a más de dos millones del «liberalismo avanzado»

de Giscard. La limpieza entre el equipo de consejeros directos es rápida, pero difícilmente puede hacer frente a las necesidades del movimiento: Marie-France Garaud y Pierre Juillet, que han inspirado el giro a la derecha de Chirac desde 1976, son apartados del entorno del jefe del RPR; Charles Pasqua deja la responsabilidad de organización para preparar la próxima campaña presidencial; Alain Devaquet es reemplazado como secretario general por Bernard Pons.

Las elecciones presidenciales de 1981 se presentan en un ambiente que solo puede favorecer al ocupante del Elíseo en caso de una disciplina férrea de la derecha.[7] Sin embargo, el gaullismo ni siquiera puede ofrecer una candidatura conjunta en la primera vuelta, en la que Chirac tiene que compartir la herencia nacionalista con Michel Debré y con su antigua colaboradora, Marie-France Garaud. La posición de Giscard es más segura en la UDF, que le reconoce desde el principio como único candidato, a pesar de que, desde las elecciones europeas, el prestigio de Giscard entre los sectores más progresistas se ha sumergido en escándalos como la grotesca coronación y los diamantes obsequiados por el emperador Bokassa I, episodios oscuros como el suicidio del ministro de Trabajo, Robert Boulin, o los intentos de arrebatar el discurso conservador a los gaullistas en aspectos como la pena de muerte, a cuya abolición deberá renunciar. No obstante, la división áspera de la izquierda concede algunas esperanzas, en especial la negativa de los comunistas a proporcionar el voto al candidato de un partido al que han denigrado hasta extenuarse. Tanto el Partido Comunista como el Partido Socialista darán muestra de una serena disciplina: Georges Marchais quiere comprobar si puede mantener el digno porcentaje de las europeas, sin considerar que el porcentaje favorable debe relacionarse con la baja tasa de participación. Mitterrand se deja rogar, permitiendo incluso que el tantas veces ingenuo Michel Rocard dé un paso al frente, entusiasmado por los sondeos que indican la preferencia por su persona incluso entre los electores socialistas. Sin embargo, el último congreso del partido ha señalado que desea confiar la dirección del socialismo francés a Mitterrand. Mientras cualquier partidario de Rocard votará por Mitterrand, no parece tan claro que los seguidores de la izquierda socialista lo hagan por Rocard ni, desde luego, que los comunistas lo hagan

en la segunda vuelta. Un Mitterrand sepultado en su silencio de esfinge recibe, así, el encargo de volver a recorrer un trayecto que viene transitando desde 1965, a sabiendas de que volverá a encontrarse con su adversario de 1974. Esta vez, sin embargo, no padecerá la humillación del debate televisado, en el que Giscard le ha superado con sus conocimientos técnicos; tampoco podrá jugar en favor del presidente el manoseo de las fechas de nacimiento: siete años después, Giscard ha alcanzado la edad que reprochaba a Mitterrand. Además, con un Chirac de menos de cincuenta años en la carrera, el argumento puede derrumbarse sobre la rigurosa alineación de cabellos con la que Giscard disimula su calvicie. Los relativamente jóvenes, esta vez, están en otra parte, en los treinta y cinco años del ecologista Brice Lalonde, en los cuarenta y uno de la trotskista Arlette Laguiller.

Ya en la primera vuelta, los datos cifran un desencanto: a pesar de contar en la inercia de cualquier presidente que se presenta a la reelección —especialmente importante en los sectores de mayor edad, cuyo voto arrebata a los gaullistas de forma muy clara entre 1978 y 1981—, el 32,6 por ciento del Giscard de 1974 pasa a un 28,31, solo un 2,5 por ciento por encima de Mitterrand, pero a más de diez puntos por encima de Chirac. El candidato socialista tiene una desventaja a la que dará la vuelta con la habilidosa energía: el candidato comunista ha rozado el ridículo con el 15,3 por ciento de los votos. La preocupación que puede deducirse de esa ausencia de apoyo en la izquierda para la segunda vuelta queda compensada de sobras por la escasa capacidad de presión que los comunistas pueden hacer sobre el candidato socialdemócrata, que podrá dirigirse no solo al conjunto de la izquierda, sino a la totalidad del pueblo progresista. Los renglones torcidos de la política no solo se relacionan conflictivamente con la geometría, sino que lo hacen de una forma peculiar con la aritmética. La victoria de los candidatos de la derecha en la primera vuelta salta en pedazos por una variable numérica obvia: la escasísima distancia de votos puede hacer decisiva la decisión de electores que no han tenido candidato claro en la primera vuelta, como los seguidores de Le Pen o de Alain Krivine, que no han conseguido reunir el número de firmas necesario. A esa variable se suma otra más aleatoria todavía: los chiraquianos no están

dispuestos a regalar la victoria a Giscard, y su jefe de filas lo indica con la frialdad de un apoyo que parece una trágica resignación. El 10 de mayo, treinta años después de haberse referido a la llegada de la República como un «golpe de Estado permanente»; dieciséis años después de haber conducido a De Gaulle al *ballotage*; siete años después de haber palpado el margen cenagoso de la victoria, Mitterrand gana las principales elecciones del régimen. Un millón de votos de diferencia, frente a los 400.000 de 1974: el resultado no es solo una opción, sino la valoración de la confianza depositada en el presidente derrotado. Hasta la fecha, Valéry Giscard d'Estaing, el hombre que iba a reinar, ha sido el único presidente de la V República no reelegido.

La llegada del primer presidente socialista desde 1956 —y que llega, además, apoyado en el voto del conjunto de la izquierda, incluyendo la extraparlamentaria—, adquiere fácilmente los caracteres de un símbolo al que ni siquiera hace falta la conjugación de un tiempo verbal utópico, un futuro perfecto como el que ha querido transmitir Giscard. Sin embargo, Mitterrand es un hombre que conoce el poder a fondo y que, por tanto, responde a la atracción emotiva de sus símbolos. La elección de las consignas ha tenido siempre esa mezcla de brusquedad transformadora de la izquierda y de serena ternura del humanismo: al *cambiar la vida* que Mitterrand toma de Rimbaud, seguirá un día *la fuerza tranquila* de una permanencia. En uno de sus primeros actos oficiales, el nuevo presidente acude al Panteón a depositar la rosa socialista en las tumbas de Jean Jaurès, de Jean Moulin y de Victor Schoelcher. La lucha contra la esclavitud, contra la guerra y contra el fascismo reciben el homenaje de quien se ha referido en su mensaje inicial a la victoria de la juventud, de la cultura, del trabajo. La selección podría recibir objeciones: casi la mitad de Francia ha optado por el otro candidato, al que no puede achacarse la representación de la vejez, el analfabetismo y la pereza. En el escenario exaltado de una revancha, Mitterrand no puede evitar un monopolio que Giscard le ha arrebatado siete años antes, algo que le llevará a convertir su triunfo en la lógica de la virtud. ¿Cómo olvidar, sin embargo, el júbilo de aquella ilusión de finales de mayo, que tendrá su envés melancólico en la melodía del *Temps des cerises* coreada por quienes se despiden definitivamente de

Mitterrand y de una época, cuando la muerte llegue también convertida en escenificación de las esperanzas que se han alejado en busca del pasado? En un relato breve, *Éxito prematuro*, escrito muy poco antes de su fallecimiento prematuro, Scott Fitzgerald se refería a la relación entre el carácter y la edad a la que se obtienen los objetivos deseados:

> El éxito prematuro le proporciona a uno una idea casi mística del destino en cuanto opuesto a la fuerza de la voluntad: en su grado peor, el error napoleónico. El hombre que llega joven cree ejercitar su voluntad, porque brilla su buena estrella. El hombre que solo se afirma a los treinta años tiene una idea equilibrada de lo que han contribuido el destino y la fuerza de voluntad; el que ya tiene cuarenta es posible que solo ponga en énfasis la voluntad.[8]

¿Qué podría decirse de un Mitterrand que llega al Elíseo bien entrado en los sesenta, y que solo lo abandonará cuando la enfermedad letal le aguarda a la salida? El individuo y el personaje se encuentran de una forma definitiva, que no se sabe aún irrevocable.[9] Tal vez, al recordar aquella escenificación creada por su ministro de cultura Jack Lang, Mitterrand habría podido referirse a las palabras con que el narrador americano cerraba su breve historia: «Nunca he vuelto a ser como durante aquel período tan breve en el que él y yo fuimos la misma persona, en que el futuro realizado y el pasado anhelante se fundían en un solo momento esplendoroso: en que la vida era literalmente un sueño».

La ilusión llega, para los sectores de la izquierda, como una excepción del impulso que está recorriendo el mundo más avanzado. La victoria de Margaret Thatcher en 1979, el arrollador triunfo de Reagan en 1980, el ascenso de Kohl a la cancillería en 1982. La oleada neoconservadora se vierte al comienzo de una década prodigiosa que, en otros lugares, como la Grecia de Papandreu, la Italia de Craxi o la España de González, establece breves peñascos donde rompe la marea. La Francia de Mitterrand, en estas condiciones, adquiere la dimensión de una referencia para el conjunto de la izquierda europea, en especial porque en ninguno de los casos citados la victoria parece corresponder a *todas* las expresiones de la izquierda. El lugar central que ocupa Francia en la construcción europea da a sus

acontecimientos una corpulencia que puede perder en otros lugares. Por otro lado, la *ilusión* adquiere, como pocas veces, el doble sentido de la palabra, referente a lo fantasmagórico y a lo esperanzado. Para muchos franceses, le votaran o no, Mitterrand venía a convertir en escombros las estructuras de una República que había rechazado con tanto ardor. Bastaría con aguardar a las siguientes elecciones para comprender que el viejo lince no estaba dispuesto a arruinar su propia residencia. Cuando vuelva a presentar su candidatura, Mitterrand es, junto a De Gaulle, la encarnación más minuciosa del régimen bautizado en 1958 y confirmado en 1962. Mitterrand se ha limitado a asegurar su matrimonio con la izquierda.

Las insuficiencias de las realizaciones —o la exageración de las expectativas— pueden contemplarse a la distancia que nos separa de aquel inicio de los ochenta. Pero a nadie puede ocultársele que Mitterrand llega de la mano de la primera mayoría de izquierdas que conoce Francia desde los años del Frente Popular. A nadie puede olvidársele que su acceso coincide con una división del país a partes iguales, que se prolongan en una nueva división de campos en la derecha y en la izquierda. A nadie puede escapársele que nos encontramos en una década que va a contemplar el final de la historia del siglo XX propiamente dicho, en cuyo estruendo resuena una modificación de la cultura política radical, cuyas características esenciales hemos definido en la introducción de este apartado. En los términos más estrictos de la política —incluso de una geopolítica traducida inmediatamente a la correlación interna de fuerzas—, estamos en la década de la destitución del bloque soviético, cuyas primeras fiebres caldean los astilleros de Gdansk en los inicios de los ochenta, y cuyos últimos estertores se vuelcan en los cascotes del muro de Berlín. La caída del bloque soviético es el fin del comunismo como régimen de poder en Europa y, en esa medida, el final de una lógica de conflicto esencial que ha orientado las luchas sociales del Novecientos en el continente. Los ochenta son, además, los que corresponden a la emergencia de la extrema derecha nacional-populista en Francia, cuya relación con la llegada al gobierno de los comunistas y con la crisis de sus expectativas más adelante, ya hemos apuntado. Francia, para decirlo en las palabras de Edith Wharton, ha cruzado *la edad de la inocencia*, pero nada determina que le aguarde *la*

casa de la alegría, como algunos analistas se apresuran a acotar, a medida que el sistema soviético se desguaza a manos de sus propios pueblos. Esa habitación con vistas que las democracias parecen haber adquirido, cuando los sucesivos sueños de la razón reposan ya bajo su tumba, puede asomarse directamente a las tierras de penumbra de la inseguridad agresiva, de la diferencia arrogante, de la identidad arrojadiza, de la precariedad desalentadora y el individualismo deshumanizado. Todos los factores que buscan refugio en esa constante peregrinación de los pueblos elegidos en busca de sí mismos, a la caza de esa Tierra Prometida que se resuelve en su imaginación. Los años ochenta son el comienzo de una nueva etapa cultural, uno de cuyos signos es la posibilidad de reinstaurar la actualidad del fascismo, haciendo congruente el nacional-populismo con las ansiedades reales y las esperanzas falsificadas de la extrema derecha. Los años ochenta plantean en Francia, como en ninguna otra parte, la renuncia a la libertad como una *alternativa* a la seguridad.

El proceso se produce —y no casualmente—, coincidiendo con la llegada de la izquierda al gobierno. Y la contundencia de las elecciones legislativas arrebata cualquier amortiguador que podría suavizar la derrota en las presidenciales. Sin que sea indispensable legalmente, Mitterrand quiere afirmar una victoria en el mismo terreno de juego fijado por sus adversarios. Para mediados del mes de junio, aprovechando la oleada de entusiasmo que ha ido alimentándose de su éxito del 10 de mayo, Mitterrand convoca elecciones a celebrar mediante el mismo sistema mayoritario que ha estado vigente a lo largo de la V República: es decir, mediante un sistema que abismará las diferencias escuetas e impondrá la ley de los bloques. Curiosamente, el entusiasmo no excluye la abstención de una opinión conservadora estupefacta, cuya capacidad de reacción ante la sorpresa de la derrota no ha podido digerirse. La participación empuja a las urnas a todos los convencidos de la bondad del cambio, pero mucho menos a sus opositores o a los escépticos. El triunfo es arrollador: mayoría absoluta para el Partido Socialista, que podría prescindir del apoyo de un PCF reducido a la mitad de sus efectivos parlamentarios. La derecha, que ha presentado una fórmula de Unión para una Nueva Mayoría —con Giscard arrojado ya a las tinieblas exteriores de la ironía histórica—, pierde

también casi la mitad de sus antiguos parlamentarios. Entre tres y cuatro millones de electores de la derecha se han evaporado, algo que compensa con creces la pérdida de votos de la izquierda.

Mitterrand puede presentarse como alguien que mantiene su alianza con los comunistas solamente por la firmeza de sus compromisos. La fuerza del PCF no es tan desdeñable todavía, sus votos son necesarios en los *ballotages* y, sobre todo, el presidente confía en que se vaya confirmando el proceso de una nueva medición del valor de cada uno en la mayoría gubernamental. Mitterrand tiene sentido del tiempo: su fuerza es la implacable terquedad atmosférica de la erosión, nunca la grosera energía que desfigura rápidamente las canteras. Sin embargo, la entrada de los comunistas en el gobierno tiene todas las condiciones de un acto de generosidad presidencial que los comunistas se sienten muy poco dispuestos a tolerar. Charles Fiterman, el dirigente del PCF de mayor relieve colocado en el gabinete, señala la poca disposición de su partido a aceptar pasivamente una tendencia de trasvase de votos a la socialdemocracia. El Partido Comunista, aún acostumbrado a su tratamiento de primer partido de la izquierda y, para quien tenga mayor memoria, primer partido del país, no estará dispuesto a permitir ser tratado como un apéndice del Partido Socialista, llevan la existencia vicaria que puede corresponder al Movimiento de los Radicales de Izquierda. La aceptación reticente de su entrada en el gobierno de una forma tan ajustada a su fuerza parlamentaria, pero tan poco sensible a su potencia social, se realiza en el marco de no hacerse responsables de una crisis de gobierno, aunque el giro a la derecha en la política gubernamental a partir de 1984 les aconsejará no volver a entrar en el gabinete.

Por insatisfactoria que sea para los comunistas, sus cuatro ministros, en plena euforia de la mayoría absoluta presidencial es una señal de alarma que rápidamente habrá de sumarse a las reformas lanzadas por el gobierno de Pierre Mauroy. Este dirigente de larga trayectoria en el socialismo, procedente de la SFIO y miembro del ala centrista que ha pactado con Mitterrand en el congreso de Metz, comprenderá los ajustes a realizar en la sociedad francesa en los términos clásicos con que la izquierda ha afrontado las fases de recesión: medidas como el impuesto sobre las grandes fortunas,

la concesión de la quinta semana de vacaciones, la reducción a 39 horas de la semana laboral, la anticipación de la jubilación a los sesenta años o la ley de nacionalizaciones —algunas de las cuales son acogidas con alivio por los antiguos propietarios—, se suman al cumplimiento de medidas progresistas como la abolición de la pena de muerte, o transformaciones institucionales como la descentralización y el avance de estatutos especiales para Córcega o Nueva Caledonia. Cuando se inician procesos de regulación de la enseñanza privada, el estallido social se desatará abiertamente. La derecha responde a este aluvión de medidas económicas, que parecen responder más a posiciones de principio que a un verdadero programa de superación de la crisis, con el impulso de una movilización social sin precedentes: no por casualidad, el momento culminante de la movilización será la asamblea de Versalles en defensa de la libertad de enseñanza, el 4 de marzo de 1984, seguida de la gran manifestación parisiense del 24 de junio, que llevará a la retirada de la ley un mes más tarde.[10] Frente a la crisis, el gobierno Mauroy muestra los límites de las medidas intervencionistas, destinadas a una inyección de inversión pública, incremento de los impuestos y confianza en el aumento de la demanda. A finales de 1982, el número de parados alcanza la cifra mítica de los dos millones, en el mismo momento en que el gobierno avanza en medidas de integración de inmigrantes en situación ilegal, en un número aproximado a los 300.000. Las devaluaciones sucesivas del franco en octubre de 1981 y junio de 1982 no consiguen incrementar la competencia exterior de la economía francesa y, mucho menos, afrontar una caída del empleo que, aunque va atenuando su ritmo, alcanza los dos millones y medio a finales de 1984.

Todos estos factores crean una combinación explosiva entre coyuntura desfavorable, incompetencia de gestión económica y, representaciones sociales de intolerancia, ansiedad ante valores amenazados y resistencia a un proceso de quiebra social cuyos principales ingredientes son el desempleo y la degradación urbana. Su resultado será el desprestigio de un gobierno cuya actuación se identifica, en una mezcla poco articulada, con la burocracia intervencionista en la fiscalidad, la enseñanza o la propiedad, y la relajación paralela en las costumbres, la delincuencia, la pérdida de identidad, la ruptura de espacios de sociabilidad de trabajo o vecindario.

Debates como el de la enseñanza se producen en el marco viciado de unos principios republicanos y laicos que no contemplan la obtención de consenso y que se identifican, en contra de la opinión de un sector importante de la mayoría, con una agresión contra los sectores conservadores de la sociedad, contra sus derechos y sus opciones privadas, que el Estado quiere seguir tutelando de forma autoritaria. Esa mezcla de actitudes «libertarias» frente a la intervención estatal y «autoritarias» en lo que se refiere al proteccionismo económico, la limitación de la entrada de extranjeros o el endurecimiento del código penal, constituye un imaginario sobre el que los sectores más conservadores levantarán una ofensiva *de la que forma parte* la emergencia del Frente Nacional como factor de relevancia electoral en Francia. El nacional-populismo aparece, como veremos con más detalle, en la forma de una respuesta populista-autoritaria a una crisis *gestionada por la izquierda*. Y, en el seno de la derecha liberal, se planteará una estrategia de recuperación de la mayoría mediante el abandono de los sueños del «liberalismo avanzado» de Giscard y en el campo de una fusión entre un gaullismo que destaca sus aspectos autoritarios y un giscardismo que revela sus elementos más liberales en los aspectos de fiscalidad o nacionalizaciones. Éste es el marco social en que una crisis económica es experimentada de acuerdo con la estrategia de recuperación del poder muy poco tiempo después de haberlo perdido. En esta fase, además, el desprestigio de la ideología socialista que acompaña la quiebra de las sociedades del Este, se acompaña de una desintegración de formas de vida clásicas que será adjudicada al tipo de modernización que se ha planteado desde la izquierda socialdemócrata o desde los sectores más avanzados del liberalismo.

El giro gubernamental de 1984, cuando Mauroy es sustituido por uno de los dirigentes del sector más moderado del socialismo, Laurent Fabius, responde a la convicción presidencial —y del propio Partido Socialista, que no tardará en entregarse a la dirección de Rocard— del error cometido en la forma de afrontar la crisis económica heredada de la depresión de los setenta, sin haber comprendido que se trataba de un cambio de modelo productivo y no de una simple recesión controlable con medidas clásicas, como los estímulos a la demanda por la vía del aumento del sector público,

la obtención de recursos mediante el incremento de la presión fiscal y la ejecución de economías de escala a cargo del Estado.[11] Las correcciones inmediatas de Fabius en un gobierno en el que ya no se encuentran los comunistas, no conseguirán devolver la confianza al país, condición indispensable para que se produjera un aumento de las inversiones privadas. Por el contrario, los éxitos obtenidos por la derecha en las elecciones municipales de 1983 y en las europeas de 1984, al acompañarse del espectacular crecimiento de una extrema derecha que utiliza un discurso visiblemente ultraconservador, conducirá a aumentar los márgenes de la crispación entre el gobierno y la oposición, que alcanzará niveles insoportables incluso tras la rectificación gubernamental. Será en estas circunstancias cuando Mitterrand y Fabius, contra el consejo de Rocard, tratarán de debilitar la ofensiva de la oposición quebrando la unidad recuperada entre giscardianos y neogaullistas, por la vía de incrementar la visibilidad de un flanco nacionalista radical, que ya está hegemonizado por el movimiento de Jean-Marie Le Pen. La aparición del dirigente frentista en franjas de máxima audiencia antes de la celebración de las elecciones europeas de 1984 o el establecimiento de un sistema de escrutinio proporcional para las legislativas de 1985 se piensan en términos menos confesables que el derecho a la expresión de este sector o la convicción de un sistema electoral más democrático. Naturalmente, la modificación del método de escrutinio trataba de evitar una derrota aplastante del gobierno por la deformación inducida por la forma de recuento de distritos uninominales, que se sumaban a la fuerte unanimidad alcanzada por la derecha y a la división profunda de las diversas expresiones de la izquierda. La introducción de la proporcionalidad podía corregirlo, pero también otorgaba carta de sujeto político a un quinto elemento en las instituciones, que venía a sumarse a los cuatro grandes bloques existentes *a costa* del sector de la derecha en su conjunto, pues el Frente Nacional podía recoger sufragios procedentes del liberalismo más tajante del giscardismo o del área más tradicionalista y autoritaria del gaullismo. Desde el punto de vista de la derecha, esa nueva presencia podía contemplarse en términos de una bipolarización matizada de la política francesa, aceptando la creación de un ala de extrema derecha en el campo conservador, o en la estrategia de una

triangulación, que mantuviera al Frente Nacional en los márgenes del sistema volviendo a métodos electorales restrictivos, una posición que permitía centrar el discurso de chiraquianos y giscardianos. Con todo, el establecimiento de este sistema electoral, que situaba a la extrema derecha en una representación *no secundaria* fue recibida con una fuerte hostilidad en el campo conservador, por la pérdida de peso relativo que ello suponía, aunque se definía por su carácter de agresión a un elemento central de la estabilidad del sistema de la V República.

Sin embargo, los temores de la derecha no se vieron justificados, aunque sí lo hicieran algunas de las esperanzas del lepenismo. Las elecciones del 18 de marzo de 1986 permitieron a la alianza de gaullistas y liberales superar por poco los 286 escaños de la mayoría absoluta, algo que les permitía prescindir del apoyo de las casi tres docenas de diputados del Frente Nacional. La izquierda había conseguido aproximarse al porcentaje de la derecha, pero el 2 por ciento de diferencia señaló el peor escenario posible: el descenso de los comunistas algo por debajo del 10 por ciento, igualando la representación de la extrema derecha. Los socialistas y sus diversos aliados de la izquierda moderada llegaron a rebasar los doscientos diputados. Una mayoría absoluta de derecha reconciliada *que no incluía al Frente Nacional*, pero que lo había instalado en las instituciones suponía el triunfo conservador liberado de una compañía que probablemente habría exigido el mantenimiento del escrutinio proporcional para dar su apoyo al gobierno. El rechazo de la derecha, que procedió a una inmediata restauración del escrutinio mayoritario, tratando de aniquilar la utilidad del voto frentista en las elecciones a la Asamblea Nacional, colocaba al lepenismo en una posición alejada de *los dos campos* en que se dividía la representación institucional, para forzar una actitud de movimiento alternativo que empezaría a penetrar en las bolsas del voto de la izquierda.

La fase de la *cohabitación* entre el gobierno de Jacques Chirac y la presidencia de Mitterrand introdujo un factor inédito en la V República, cargado de zonas de incertidumbre y de competencia institucional, claramente puestas de manifiesto cuando Mitterrand se negó a firmar la ley de privatizaciones en julio de aquel mismo año. La existencia de un primer ministro de un partido distinto al del presidente solo había procedido de las

elecciones al Elíseo, y la situación se resolvió mediante la disolución de la Asamblea en 1981, algo que volvería a producirse en 1988.[12] La situación contraria —una dimisión presidencial por la pérdida de unas elecciones legislativas de su partido— se encontraba al margen de la filosofía presidencialista de un jefe del Estado situado por encima de las fuerzas políticas, aunque tal reflexión debería haber actuado también en sentido contrario, cuando el presidente recién elegido tuviera que respetar el Parlamento adverso con el que se encontrara, dado el carácter superior y autónomo de su cargo. Puesta fuera del alcance de la derecha la dimisión de Mitterrand, la cohabitación funcionó con la exigencia de un ya experimentado Chirac, progresivamente convertido en el caudillo del conjunto de la derecha, de ejercer todas las atribuciones que le otorgara la constitución, sin regresar a la situación de indefensión que le adjudicó diez años atrás Giscard d'Estaing.

Jacques Chirac no hizo más que preparar su jefatura de gobierno para preparar las elecciones presidenciales de 1988. Su rectificación a comienzos de la década, después del grave error cometido con el «llamamiento Cochin» en las europeas de 1979, le había permitido ir ganando espacio como refundador del movimiento gaullista en un sentido que prácticamente lo identificaba con una versión algo más «nacional» y tradicionalista del liberalismo francés, alejándose de las tendencias nacionalistas radicales y del paternalismo social intervencionista. Esta función de sintetizador de la derecha, que habría de serle recompensada en el trauma nacional de las presidenciales del 2002, respondía también a la liquidación de sus principales adversarios: Giscard había quedado fuera de juego tras su derrota en 1981 y el fracaso de su «liberalismo avanzado», que había provocado la ruptura de la derecha. Mitterrand podía seguir el declive de la formación política que había refundado en 1971. La reclusión de Rocard por el viejo presidente neutralizaba el futuro de uno de los socialistas más admirados del país, mientras Laurent Fabius había ardido en sus esfuerzos por resolver la crisis económica, teniendo que soportar ataques durísimos del área centrista del partido, donde ya empezaba a despuntar Lionel Jospin. Los adversarios de Chirac solo podían proceder de su propio partido o de una malévola combinación: el cambio de actitud de un Frente Nacional que

pasara factura por el retorno al sistema mayoritario en la segunda vuelta de las presidenciales de 1988, y la actitud vengativa de algunos sectores del entorno de Giscard, que nunca perdonarían una derrota de su líder atribuida, no sin razón, a la frialdad marmórea del apoyo de Chirac en 1981.

Esta última suma de elementos que, en su origen, eran ajenos, sellaron la suerte de las presidenciales de 1988, pareciendo dar por acabada la carrera de Chirac al prolongarse en una disolución anticipada de la Asamblea que le hizo perder Matignon sin ganar el Elíseo. Buscando ganar el apoyo de quienes habían votado al Frente Nacional, el gobierno de Chirac aprobó en septiembre de 1986 la Ley Pasqua, que limitaba la entrada de extranjeros en Francia exigiéndoles la garantía de disponer de medios de subsistencia y permitía la no renovación del permiso de residencia en circunstancias especiales. El apoyo del Frente Nacional fue entusiasta, pero exigía la modificación del Código de la Nacionalidad en un sentido que evitara la adquisición de la misma por un simple acto voluntario, convirtiéndolo en un derecho de sangre. El debate constitucional no permitió ir muy lejos en este sentido, provocando un alejamiento de Le Pen que se había hecho ya muy profundo al reinstaurarse el escrutinio proporcional. A fin de cuentas, el Frente Nacional no deseaba *principalmente* que la derecha asumiera algunas de sus propuestas cuando, *al mismo tiempo*, hacía lo posible para eliminarlo del área institucional. Por tanto, la hostilidad lepenista fue creciendo en el período de cohabitación, que frustraba las expectativas de *otra* cohabitación —entre derecha liberal y extrema derecha populista. En el área de la derecha, la propia pluralidad de las candidaturas negaba la autoridad de Chirac, que hubo de enfrentarse a Raymond Barre, su sucesor como primer ministro de Giscard en 1976. Su presencia estuvo a punto de costarle a Chirac el paso a la segunda vuelta, al obtener un 18,5 por ciento de los votos frente al 20 por ciento obtenido por el inquilino de Matignon. La inexistencia de una sola candidatura de la derecha liberal había vuelto a proporcionar a Mitterrand la aureola de un candidato que podía ganar, situado muy por encima de los resultados obtenidos por sus oponentes: el 14,4 de Le Pen seguía brotando de la derecha, aunque no tenía por qué regresar a ella en la segunda vuelta, como no lo habían hecho todos los votos gaullistas en 1981. Un motivo más de

alegría para el presidente era la inexistencia de adversarios en la izquierda: los comunistas habían presentado dos candidatos —permitiéndose el lujo de la opción disidente de Juquin— que no lograron reunir más que un 9 por ciento de los votos, mientras los múltiples candidatos de las formaciones ecologistas y la extrema izquierda se movían en resultados inferiores al 5 por ciento. El 8 de mayo, el segundo turno proporcionaba la victoria a un Mitterrand que conocía desde hacía años un cáncer de próstata incurable, milagrosamente contenido hasta la operación quirúrgica de 1992. De haberse conocido la gravedad de su estado de salud, probablemente ni siquiera el Partido Socialista habría aceptado su candidatura. La victoria fue abultada, por primera vez desde 1974: tres millones de votos de diferencia. El único lugar del que podía emerger esa distancia era de la mezcla de la reticencia de los giscardianos que continuaban soñando en su «liberalismo avanzado» y de los nacional-populistas para quienes la derecha había dejado de ser un depósito natural de su voto definitivo, una vez expresada la protesta en una primera fase. El escenario fue ratificado en las legislativas celebradas inmediatamente, en cuanto Mitterrand decidió acabar con la cohabitación. La imposibilidad de realizar un gran acuerdo nacional de la derecha redujo el pacto entre el liberalismo conservador y el nacional-populismo a ocho circunscripciones, asegurando, por la enérgica campaña desarrollada por algunos dirigentes del centrismo, la hostilidad manifiesta de buena parte de los votantes del Frente Nacional en otros distritos. Fueron condiciones suficientes para arrebatar a la derecha una mayoría que podía haber obtenido. El nombramiento de Rocard como primer ministro que encaraba las elecciones había proporcionado la percepción de un giro del Partido Socialista hacia la moderación en la política económica y la aceptación de observar el tema de la inmigración como *problema.* Su continuidad se basó en una mayoría relativa paupérrima sobre la suma de diputados RPR-UDF —aunque disponiendo de la reserva de emergencia de una veintena de diputados comunistas—. Mientras el socialismo parecía a la espera de una nueva crisis interna entre autonomistas tecnócratas y el sector que defendía la refundación de una estrategia de convergencia con el conjunto de la izquierda, la extrema derecha cumplía las condiciones de su fijación en el panorama político y cultural francés.

Este mundo que quiebra lo hace proporcionando los recursos de unos métodos expresivos que poco tienen que ver con las intenciones de los relatos de la posguerra o con la rectificación realizada por el *nouveau roman*, estallando en formas eclécticas que rebuscan en géneros pretéritos, en una operación de nostalgia que hemos podido advertir en el capítulo introductorio de esta parte. En ocasiones, basta con insertar los viejos textos en una nueva oferta de mercado, aprovechando circunstancias propicias como las efemérides, que habrán de devolver los textos de Victor Hugo o Zola, en su versión literaria original o en su traducción al lenguaje cinematográfico. Obras como *Los miserables* o *Germinal* —sea cual sea su calidad y su distinto éxito— se proyectan sobre una sociedad que se reencuentra con una tradición cultural, pero que descubre también un paisaje de devastación social e ilusiones desgarradas. El centenario de Georges Simenon irá precedido por una inclusión de algunas de sus obras en la majestuosa edición de La Pléyade y en un nuevo descubrimiento del público, que encuentra en el prolífico autor. Mucho más que al hábil instructor de laboriosas tramas policiales en los episodios del comisario Maigret, al cronista de una Francia provinciana, donde los dramas sociales parecen recluidos en un pequeño mundo familiar, controlable, impune: las escenas de provincias que se relatan en sus mejores obras, *La viuda Couderc* o *Los fantasmas del sombrerero* arrastran a los lectores a un mundo desaparecido, ordenado incluso en el lugar preciso del crimen, en su sencillez aparente, al que el comisario Maigret proporcionará, en su larga trayectoria, el orden tranquilizador de un método burocrático humanizado por la bondad del personaje, una auténtica encarnación del sentido de la justicia, el orden y la compasión que la clase media quiere ver expresadas. Estos regresos no son los únicos, cuando la reedición de Boris Vian, Raymond Radiguet o Christian Rochefort pueden mostrar un mundo más «salvaje», que en su desenfreno puede deleitar el sentido de vida al límite que tratan de reiterar, pálidamente, algunos espacios lúdicos. Puede producirse la irrupción de una sencillez ajena a los artilugios del *nouveau roman* en novelas como *Vidas minúsculas* de Pierre Michon (1984), como una forma de reintegrar una tradición narrativa rota en las décadas previas, algo que el último Premio Nobel francés Claude Simon, realizará con la

elegancia de una rememoración generacional en *La acacia* (1989), mientras Patrick Modiano, uno de los valores en alza de la generación posterior a la crisis, regresa también al pasado para señalarnos el interés del drama del holocausto en *Dora Bruder* (1999). La nostalgia vuelve a presentarse en la obra de un joven desconocido que obtiene el Premio Goncourt, Jean Rouaud, que en *Los campos del honor* (1990) enreda la trama de un secreto de familia en el paisaje inicial de la Gran Guerra. O vendrá a nosotros en la forma de la evasión hacia el mundo exótico, como ya lo hizo a comienzos del siglo anterior, en otra fase de crisis de identidad, con *Meroe*, de Olivier Rolin (1998), una historia de pasmosa elegancia ambientada en la búsqueda de un significado a la existencia huyendo al mundo perpetuo de Jartum. Al lado de esa nostalgia que devuelve restos prodigiosos de un naufragio cultural, la narrativa impone una mirada irónica sobre el paisaje en ruinas, de la mano de Daniel Pennac y su serie de existencias destartaladas y amorales del París de los ochenta que constituye el cuarteto de Belleville, iniciado en 1984. No menos ácida será la mirada que Michel Houellebecq lanza al mundo de la presuntuosa posmodernidad, empezando con su *Ampliación del campo de batalla* en 1994 y arrojando al basurero los disfraces con que se han camuflado los regresos de las ilusiones de los años sesenta, en *Las partículas elementales* (1998). La incorrección política del personaje, que le llevará a enfrentar un proceso por difamación del islam, puede indicar que la relación entre la sociedad y la literatura no se encuentra en ese espacio vacío que historiadores y escritores profesionales se empeñan en señalar.

Por el contrario, la relación se profundiza en un ensayo que, precisamente en Francia, ha proporcionado una generación de «nuevos filósofos» que acompañaron la crisis cultural con la denuncia de los caminos fijos de un progresismo disciplinado, que designaba la superioridad moral de algunos sistemas caracterizados por su inusitada capacidad de explotación. La mirada de éste ni siquiera será complaciente con el propio pasado francés, como lo mostrará el texto del personaje más brillante y provocador del grupo, Bernard-Henry Lévy, que añadirá a su denuncia del socialismo soviético, *La barbarie con rostro humano*, su denuncia del lepenismo francés situándolo en la propia tradición intelectual

del país. *La ideología francesa* provocará el merecido escándalo que busca un lenguaje vibrante, exaltado, impulsado por poderosas metáforas y una vigorosa técnica de adición de frases equivalentes. Asistiendo a la crisis de un régimen que se certifica en las insuficiencias culturales de la izquierda, nacida con el sistema mismo, los Lévy se suma a André Glucksman y a Alain Finkielkraut para hacer un repaso a la historia intelectual del siglo XX: si Glucksman ni siquiera rehúye los aspectos más conflictivos de su compromiso, como su denuncia del pacifismo en *Dostoievski en Manhattan* (2002), Finkielkraut descargará su propia versión del proceso de alienación en que ha consistido la centuria apagada, en *La humanidad perdida* (1996), que completa su denuncia del nazismo *La memoria vana* (1989). Mientras tanto, dos filósofos que se orientan en un claro compromiso con el liberalismo político, Luc Ferry y Alain Renaut, harán un discutible pero interesante ajuste de cuentas con la tradición filosófica de los años del 68 que convierten en una denuncia del marxismo, de la tradición heideggeriana y de la posición nietzschiana que han imperado en Francia. Todo ello no implicará la extinción del marxismo, pero sí que adquiere una dimensión más marginal, en coherencia con la pérdida de la potencia política que llegó a impregnar las universidades del país. La existencia de zonas de pensamiento marxista como *Actuel Marx*, bajo la dirección de Jacques Bidet y Jacques Texier, señalan una vigencia crítica con los efectos de la era Mitterrand y con las formaciones políticas de la izquierda, incluyendo —o resaltando— la trayectoria del Partido Comunista. Esta competencia de espacios, tan impensable en los años previos a la crisis cultural de los setenta, puede señalar la generalización de la pérdida de referentes y la hondura del extravío de las viejas identidades, que el nacional-populismo resolverá también en un espacio de elaboración alternativo al que ofrecen los teóricos liberales o neomarxistas, como ya veremos al analizar la Nueva Derecha y su influencia en el Frente Nacional.

En esta mención apresurada al ambiente cultural en que se constituye la percepción de una crisis, es imposible eludir la potencia *publicitaria* del cine, cuyo lenguaje se reproduce, envilecido o no, pero abundantemente, en las horas que los ciudadanos dedican al televisor. Esa *familiaridad* facilita el rumbo de una expresión de valores, de una certificación de la *realidad* de

aquello que se explica en la *ficción.* Posiblemente, no hay espacio donde ese carácter rotundo de la ficción resulte tan expresivo, cuando además cierra la salida a una *imaginación* individual, a una construcción de los personajes con la relativa elasticidad que se produce en la literatura. El espacio cinematográfico es de una falsedad tan evidente como su misma espectacularidad, no de una falsificación que requiere la intervención más activa del lector, una forma de complicidad que es menos *espectadora*, aun cuando el asistente a la proyección con recursos críticos pueda ir destilando los elementos encriptados en la evidencia total de las imágenes. La tarea de descifrar es distinta —ni mejor, ni peor, sino de un género diferente, que obtiene ventajas— en una sociedad que no tiene por qué leer, pero que siempre *ve*. La ficción obvia del cine se manifiesta en que todos los espectadores saben que el orden de la exposición no corresponde al montaje, que el decorado lo ha proporcionado la pericia de los ordenadores y que los actores *simulan* ser *otro*, mientras que en las novelas un ser ficticio solamente puede ser *esa persona irreal.* El cine francés manifestará la crisis de los valores, como no podía ser de otra forma, recurriendo a expedientes muy distintos, que adquieren notoriedad crítica y éxito de espectadores desiguales. Por otro lado, la misma universalización que se produce en cualquier aspecto de la existencia como característica de nuestro tiempo se produce, especialmente, en un tipo de narración acostumbrada a traspasar fronteras, a ambientarse en lugares distintos, a familiarizarnos con lo diverso. La falta de identidad en su sentido más fuerte, en su traducción nacionalista excluyente y aterrada, se produce cuando, para un joven de París, las calles de Nueva York y los hábitos de sus ciudadanos pueden resultar más cercanos que lo que sucede en Lyon. El cine crea un espacio para su espectáculo, pero se apresura a abolirlo cuando se apagan las luces. No obstante, la década de los ochenta asiste aún a las últimas irrupciones de un cine nacional que sigue encabezando el genio de Truffaut hasta su muerte temprana en 1984. *El último metro* o el divertido thriller *Vivement le dimanche* mostraban la forma en que podía combinarse una extraordinaria ternura con un prodigioso sentido del humor y un pulso narrativo solidificado en años de dedicación a la crítica de algunos grandes maestros como Hitchcock o Melville. Otro de los directores que había destacado en

el inicio mismo de la *nouvelle vague*, Claude Chabrol, podrá hacer congruente su brutalidad expositiva con el momento social y político que se vive, en películas como *Madame Bovary* (1991) donde se acentúa la dureza del personaje —protagonizado, además, por la implacable Isabelle Huppert — y la mediocridad del ambiente de provincias. La lírica de cineastas como Eric Rohmer, creador de espacios de una intimidad inexpugnable, donde los sentimientos quieren preservarse de una existencia amenazadora, ajena, prosaica, parece presentarse como un mundo donde la infelicidad solo corresponde a la ausencia de amor, una miniatura que desconoce más relación de dominio que la que procede de los factores emocionales. Sin embargo, Bertrand Tavernier empezó a indicar otro sentido en las relaciones de exclusión y de poder personal, que estaba explorando el cine alemán con otras propuestas de estilo, pero con un interés similar por los riesgos del autoritarismo. El propio Tavernier habría de situarse como uno de los mejores directores europeos de final de siglo con el discurso antibelicista de *La vida y nada más*, cuyo significado profundo se adquiere precisamente en una narración oblicua, carente de obscenidad y violencia impúdica. El vigor de una narración tan deudora de la actuación perpleja y apenada de Philippe Noiret, el oficial encargado de identificar los cadáveres del accidente de un tren militar, será igualado por la sensibilidad habitual de Louis Malle, capaz de ofrecernos una escena de la Segunda Guerra Mundial sin más dureza que la que se deriva de nuestro conocimiento en *Au revoir, les enfants* (1987). No nos engañemos, sin embargo, a la hora de establecer una influencia estrictamente local: los electores nacionalistas son espectadores de cualquier tipo de cine. Y, de la misma forma que pueden ver en *Capitán Conan* del propio Tavernier una exaltación de los cuerpos especiales durante la Gran Guerra, o en la película de Malle una exaltación de la libertad francesa agredida por los ocupantes alemanes, la llegada del cine del otro lado del Atlántico, en especial en producciones de serie B, les ofrecen los factores de nostalgia y teoría de la conspiración que verifican en su inseguridad y en la pérdida de las tradiciones, que corroboran en una cinematografía que va señalando la crónica de una devastación industrial padecida directamente, como ocurrirá con una película de tanto éxito y

digerida en su propia sencillez humorística como *Full Monty*, de Peter Cattaneo (1997), e incluso en la versión trágica de las nuevas condiciones laborales y la degradación urbana en el *Riff-Raff* de Ken Loach (1991).

Cambio político, crisis económica coyuntural, transformación de un modelo productivo, agotamiento de las seguridades de la sociedad del bienestar. En las dificultades para adaptar un modelo institucional roto ya en los inicios de la década; en la impregnación de los rasgos posmodernos de la cultura; en la irrupción de los nuevos temas a través de los cuales quiere comprenderse la angustia de una época de transformación, la extrema derecha francesa encuentra un lugar bajo el sol, un espacio en el escenario de la Gran Transformación que le ha sido negado reiteradamente en las sucesivas crisis de la República.

Un gran hombre de provincias en París.
Le Pen y el Frente Nacional (1972-1988)

La creación misma del Frente Nacional indica un giro en las actitudes tradicionales de la extrema derecha, que parece señalar la posibilidad de vencer los obstáculos impuestos hasta entonces para crear un movimiento de la oposición nacional-popular. Las ocasiones perdidas en la década de los sesenta, que contrastan vivamente con lo que ha sucedido en Francia y en Alemania, pueden espolear la voluntad de un espacio minado por las querellas personalistas, por el rigor de las matizaciones ideológicas, por la intolerancia entre expresiones de una misma cultura. El fracaso es demasiado obvio, experimentado por una misma generación: la esperanza de que el golpe de Estado de 1958 y la situación insurreccional del ejército, amargamente sepultada por las condiciones en que se consolida la V República; los esfuerzos para hacer de la resistencia nacionalista en Argelia una referencia política y electoral, deteriorados por el fracaso en el referéndum de los acuerdos de Evian y, sobre todo, por el fiasco de la candidatura de Tixier-Vignancour, cuyo resultado ni siquiera *permanece* en un territorio al que acudan los sectores de la extrema derecha; la divergencia entre la reflexión teórica europeísta y el activismo de grupos como Occident, que ni siquiera se presentan como *fases* de aprendizaje del movimiento, sino como secuencias sin más significado que su propia realización momentánea; la incapacidad de aprovechar el gran movimiento contra la izquierda tras los sucesos de mayo de 1968, asistiendo a la capacidad de aglutinación del gaullismo y a sus aplastantes victorias en las elecciones legislativas y presidenciales que siguen al mayor conflicto vivido por el país desde la guerra de Argelia. En comparación con sus compañeros alemanes e italianos, la situación de la extrema derecha francesa es la de una *anomalía*, que la cultura republicana oficial se apresura a señalar como *tradición*. Los meandros de ese curso fluvial tan poco caudaloso, que tiene que rodear los obstáculos para volver a empezar de nuevo tras enfrentarse a cada accidente histórico, han sido demasiado agotadores para que la generación que los ha vivido siga contemplando el suceso como una fatalidad geológica, que en nada depende de su capacidad estratégica, sino

de la inclemencia del terreno a recorrer. En 1972, los cuadros de Ordre Nouveau han dejado de conformarse con asistir al proceso histórico, en forma de una anécdota que va pautando obcecadamente el repertorio de los verdaderos acontecimientos: en el segundo número de su órgano mensual, la organización señalaba ya la necesidad de proceder a un proceso de convergencia: «No es indispensable que, para la difusión de nuestras ideas y para la victoria de nuestra causa, ON afronte en solitario el combate electoral. Creemos que es posible reunir a todos los candidatos potenciales en un vasto Frente Nacional».[13] Tras la decisiva experiencia de la Derecha Nacional construida por el MSI, cuyos resultados electorales son tan alentadores, la propuesta de ON se concreta en la creación de una plataforma plural, que resuelva la distancia entre un *campo* de oposición nacional y su expresión *orgánica*. Desde la década anterior, el lugar común en los medios de la extrema derecha es la dificultad en reunir las dos tradiciones básicas en las que se reconoce: lo que en Francia se llama la querella entre *nationaux* y *nationalistes*, y que en Alemania Stöss ha definido como el enfrentamiento entre el «viejo» y el «nuevo» nacionalismo, refiriéndose prácticamente a la misma diferencia y a dificultades similares. El Movimiento Social Italiano ha logrado la síntesis entre dos culturas que, a su vez, podrían matizarse hasta el infinito, pero que los misinos han ido resolviendo en la convivencia entre los partidarios del *ventennio* y los herederos de Saló, aun cuando lo más apropiado sería una distinción entre el *movimiento* y el *régimen*. La propuesta de Stöss de referirse a una síntesis del tipo «Frente de Harzburg» parece más atractiva, al hacer referencia a ese bloque de fuerzas sociales y políticas producido en 1929 que acabó siendo dominado por el NSDAP en 1932. Si tanto se ha insistido aquí en el carácter de coalición del fascismo, la distinción entre el movimiento y el régimen tampoco es del todo satisfactoria, aunque proporcione algunos recursos interesantes. Esta distinción define la capacidad de atracción del fascismo, pero parece situar a los radicales en una *etapa* más que en un *lugar* del sistema fascista. Y, por otro lado, parece menospreciar la presencia de los presuntos «moderados» en el período *anterior* a la conversión del fascismo en régimen.

Esta referencia comparativa, en lo territorial y en lo cronológico, resulta de especial interés para medir la importancia del paso dado en 1972 y no solo del éxito producido a partir de comienzos de la década siguiente. Resulta difícil exagerar la importancia del planteamiento realizado para la constitución del Frente Nacional, como paraguas de diversas formaciones, de distintas facetas, de puntuación de distinta intensidad en aquellos aspectos que han disgregado el campo de la extrema derecha hasta entonces —las alianzas, los métodos de trabajo, las tradiciones de referencia, el programa, el tipo de audiencia buscada, entre otros muchos—. La defensa de su interés puede interpretarse como una propuesta oportunista, retroactiva, que pretende colocar una carga genética donde solamente existía un episodio accidental más, a sumar a los que había ido produciendo este sector. Sin duda, si el éxito del Frente Nacional hubiera sido menor y el movimiento hubiera continuado en las condiciones de marginalidad que señalaron su lenta travesía del desierto en los setenta, el dictamen sobre la decisión tomada en 1972 podría hacerse con menos entusiasmo. Pero, a la vez, resulta improbable que, de no haberse producido *algo más* que una simple añadidura de unas siglas al panorama de la extrema derecha francesa, el Frente Nacional hubiera podido constituir un espacio nacional-populista de la importancia que ha llegado a tener en las dos últimas décadas del siglo. La coincidencia entre la fractura cultural que se produce en los ochenta y la emergencia de esta extrema derecha debía *precederse* del largo proceso de afirmación de algunas cuestiones nada desdeñables, como la cohesión en torno a un liderazgo carismático y la continuidad de una organización tenazmente arropada bajo unas siglas que fueron normalizándose, identificándose con el área nacional-populista. La crisis, el deterioro de las otras fuerzas de la derecha, la irrupción de temáticas favorables debían estar allí, pero el Frente Nacional tenía que haber comenzado su viaje con tiempo suficiente para aparecer como algo más que como un mero *producto* de circunstancias inmediatas y, en la misma medida, arrojado al brillo agonizante de los movimientos de protesta.

La opción tomada por los cuadros de Ordre Nouveau en octubre de 1972 inició ese período de largo rodaje que no se redujo a una *presencia* sabida, testimonial, petrificada. Fue, a pesar de su carácter tan minoritario,

un proceso de afirmación en el debate, que incluyó exclusiones y la llamada a sectores diversos; que no pudo impedir las escisiones pero que fue capaz de atraer a grupos dispuestos a una experiencia de vida en común. Un elemento fundamental es que la principal oposición producida en el seno del Frente Nacional, que provocaría la escisión del Partido de las Fuerzas Nuevas (PFN), no copiaba la mayor o menor radicalidad; no se instalaba *automáticamente* en la procedencia «nacional» o «nacionalista» de los implicados, definiendo una estrategia más moderada o más alternativa *en función de esa diferencia de origen*. Lo notable fue, pues, la capacidad de nueva síntesis que fue ejerciendo el movimiento, un tipo especial de cohesión que le permitiría afrontar las variaciones de estrategia en el período de expansión electoral que seguiría a 1983. Uno de los especialistas más destacados en la historia del Frente Nacional observa que, en ese debate que habría de conducir a la escisión del PFN —la más importante sufrida por el Frente hasta la aparición del Movimiento Nacional Republicano de Mégret casi un cuarto de siglo después—, la discrepancia obedecía a saber si se constituía una fuerza alternativa a los dos bloques existentes en el país o se planteaba la formación de un movimiento que procedería a su negociación con el resto de la derecha. Camus atribuye a Le Pen la primera de las opciones *desde el principio*, al señalar con contundencia:

> La evolución ideológica y organizativa del FN resulta de la elección, justificada a priori, de Le Pen en aquel momento: construir un polo nacional-populista que, rompiendo con la tradición extraparlamentaria de la extrema derecha francesa saque partido de la defección del electorado de las divisiones tradicionales entre izquierda y derecha, promoviendo una alternativa global al sistema político.[14]

La afirmación parece impecable en lo que se refiere a las posiciones radicales del Frente Nacional en la fase grupuscular de los setenta y en las condiciones de finales de la década siguiente. Sin embargo —y el propio Camus establece una *evolución* ideológica, además de organizativa—, mi opinión es diferente en lo que se refiere a la fase de emergencia electoral del Frente Nacional, en la que el objetivo prioritario se corresponde con una

base electoral conservadora y la oportunidad de las medidas de un gobierno de izquierda: llamar a la formación de una Derecha Nacional en la que *tenga cabida* el movimiento lepenista, haciendo de esa conjunción la alternativa al sistema político presente. Lo que propone Le Pen como propuesta antisistémica es una triangulación de la derecha, y solo el rechazo del RPR y la UDF le llevará a hacer de su movimiento estricto la alternativa, y de la presencia del Frente Nacional en las instituciones un elemento de triangulación en la que los nacional-populistas se ponen a una distancia idéntica de los dos bloques. Para que ello ocurra, por otro lado, tienen que darse cambios que afectan a la atmósfera política y no solo al humor de sus dirigentes: la transformación de las condiciones internacionales a finales de los años ochenta, el encuentro de factores favorables a un discurso nacional-populista más que liberal-conservador, los cambios en las mayorías gubernamentales y, sobre todo, la transformación del propio electorado frentista, que actúa sobre sus propuestas políticas del mismo modo que éstas se lanzan sobre zonas de adhesión diferentes.

La consideración de Camus tiene un factor de fuerza a destacar: el inicio de un *proceso constituyente* del polo nacional-populista, algo que podía conducir a una estrategia de inserción en el conjunto de una alianza del conjunto de la derecha o a la opción ajena a esta convergencia. Téngase en cuenta que ambas posiciones son legítimas en su coherencia con el inicio del proceso constituyente, algo que puede quedar oscurecido por las acusaciones lanzadas por el sector que acabará venciendo. Téngase en cuenta, además, que esa legitimidad procede de la afirmación de fondo de *las dos* posiciones: la superación del sistema político vigente, que puede hacerse por la vía de la inserción como lo demuestra sobradamente el caso italiano, que hace *posible* la unión de la derecha nacionalista, regionalista y populista como método para hacerse con la herencia de la Primera República y evitar su reproducción, de la misma forma que las condiciones de un nuevo régimen permiten que la coincidencia vaya consolidándose en sus dos vectores fundamentales. Por tanto, la importancia de esa inauguración es tan indudable como la pluralidad de opciones que encierra, siendo ambas impulsoras de una alternativa a la democracia francesa tal y como se conocía en los años setenta. Si las propuestas retroactivas no son

convincentes —y menos los futuribles—, la prueba de los hechos parece estar dispuesta sobre la mesa de las discrepancias del Frente Nacional a partir de 1997: sus términos son similares y resulta muy significativo que sea precisamente Mégret —conocido por sus teorizaciones sobre la *alternativa* nacional— el que impulse una salida del aislamiento y una creación de un *nuevo espacio* de encuentro de la totalidad de la derecha en un proceso de recalificación de las fuerzas en presencia. Si desea buscarse otro elemento que lo atestigüe previamente, no hay más que considerar la forma en que Le Pen lanza la oferta de una retirada en favor del candidato *de la derecha* mejor situado en la segunda vuelta de las legislativas de 1988, algo que solo se evitará por el rechazo de los centristas giscardianos, y que no evitará un acuerdo local en ocho circunscripciones del sur. No parece que sea ésta la posición de una alternativa situada a la misma distancia de la izquierda y la derecha, aunque irá siendo la posición que adaptará Le Pen como fruto de los rechazos y los cambios experimentados por el país, algo que explicará la escisión de 1998-1999. Otra explicación tiene que ver más con la misma visión interna del Frente Nacional; con la redacción de su propia historia de acuerdo con la estrategia realizada solamente con tanta coherencia desde comienzos de los años noventa; con la búsqueda de una genealogía que muchos analistas pasan a aceptar en la pureza de las propias afirmaciones del lepenismo, de la misma forma que durante mucho tiempo se sostuvo una historia del Partido Nazi que creía que, desde su misma fundación, su carácter de alternativa a la democracia de Weimar en solitario estaba claro. Al haber tenido que esperar las investigaciones de los años setenta para ir observando de qué forma el nacionalsocialismo deseaba ser una parte específica de un gran movimiento de la derecha que *solo en su conjunto* pasaba a ser alternativa, los elementos de comparación entre las falsas impresiones retroactivas —creadas por la propia historia oficial del movimiento— y la verdadera dinámica de los hechos se observa con mayor precisión.

La elección del equipo dirigente del nuevo Frente Nacional indicaba ya esa identificación del proceso constituyente, en la medida en que se hacía visible la coalición entre las tradiciones de la extrema derecha que no se había llegado a producir en ningún otro momento. La elección de Jean-

Marie Le Pen como presidente, en un contexto en que los sectores de experiencia «nacionalista» eran más numerosos, indicaba la renuncia a continuar trabajando en la prioridad de la referencia neofascista, la reivindicación de los grupos de militancia más intransigente o aquellos que se encontraban más abiertos a un europeísmo nacido en la autocrítica de comienzos de los sesenta en revistas como *Europe Action*. Aun cuando estos sectores pudieran participar desde el principio en el nuevo viaje, o se fueran incorporando en distintas estaciones de su trayecto, la condición de Le Pen en una fuerza donde operaba tan intensamente el liderazgo carismático operaba con la eficacia de la cohesión y con la esperanza de ganar a un sector intermedio, de tradición más «nacional» que «nacionalista», más conservadora que rebelde, que podía dudar mucho antes de dar su apoyo a una tradición moteada de fracasos, instalada en una identidad extraparlamentaria que iba convirtiendo los malos resultados en un signo de referencia positivo, en una muestra de pureza que evitaba la contaminación por la democracia. Esta posición, que mantuvieron quienes se alejaron desde el principio de la oferta de Ordre Nouveau, ni siquiera correspondía a algunos de los elementos más duros de la extrema derecha, que entendieron llegada la hora de emprender el camino que señalaba Italia: un movimiento capaz de impulsar las protestas sociales contra el régimen y de exigir el respeto a la mayoría silenciosa despreciada por los partidos del sistema. De nuevo, pues, la síntesis entre protesta social y conservadurismo de fondo que los «nacionalistas-revolucionarios» franceses habían ido esquivando, mientras los «nacional-conservadores» eran desplazados sistemáticamente por opciones más pragmáticas, como el gaullismo o las agrupaciones de independientes agrupadas en el CNIP. La elección de Le Pen como figura máxima de la organización, convertido pronto en referencia casi exclusiva del movimiento, se compensó con la inclusión de sectores procedentes de la tradición neofascista, como Alain Robert, elegido secretario general: sin haber cumplido los treinta años, procedía de la línea más combativa de Ordre Nouveau —aunque, tras su marcha del Frente Nacional en la escisión de 1974, acabaría situándose en la esfera del RPR. A su lado, François Brigneau, brillante periodista, viejo colaborador de revistas de la extrema derecha petainista, plasma la colaboración de Vichy,

adquiriendo la condición de vicepresidente. Roger Holeindre, secretario general adjunto, se coloca en el directorio en su condición de miembro de la tendencia más vinculada al movimiento de la Argelia francesa. La tesorería es encargada a Pierre Bousquet, inspirador de la revista y el grupo *Militant*, antiguo miembro de las Waffen SS y muy cercano a la trayectoria de Le Pen. Ni siquiera la delicadeza de los equilibrios puede evitar las primeras defecciones: la de Georges Bidault, antiguo presidente del Gobierno, que ha pasado de la dirección de la Resistencia al MRP, y desde la formación democristiana a la lucha por la Argelia francesa, no puede asumir un encuentro de estas características, que él suponía vinculado a una reedición de los valores del movimiento de 1958. Sectores más duros, irritados por la presencia de viejos petainistas y temiendo la reedición de un poujadismo sin votos, abandonan Ordre Nouveau, para seguir buscando un cobijo estupefaciente en la grupusculización. Católicos integristas, neonazis, monárquicos, o «argelinos puros» se neutralizan en su rechazo a ingresar en un movimiento que los llama a todos sin querer ser ninguno de ellos estrictamente. Al no comprender la calidad superior del proceso constituyente que los más sagaces ponen en marcha, alimentarán la impresión de dispersión de la extrema derecha en los siguientes años, aunque la fundación del Frente la matiza de una forma poderosa, por su fuerza estricta y por su planteamiento renovador.[15]

El conflicto que desembocará en la creación del PFN en 1974 es más doloroso, porque rompe la unidad entre quienes coinciden en el concepto del polo nacional-populista y en la estrategia del proceso constituyente. Los resultados desalentadores de las legislativas de 1973 son un elemento a tener en cuenta, al no conseguir el impacto que se esperaba sobre sectores supuestamente atentos a procesos de fusión. Con menos de 108.000 votos. El Frente había conseguido ir mucho más allá de los escandalosos 18.000 votos conseguidos por el conjunto de la extrema derecha en 1968, aunque estas elecciones fueran excepcionalmente bien diseñadas por el gaullismo para forzar la unidad de la derecha en el partido del general. El problema era que, en comparación con las legislativas de 1967, antes de que se produjera el estado de emergencia del movimiento estudiantil y obrero, la extrema derecha había obtenido 125.000 votos. El problema mayor, a ojos

de los cuadros de ON, era que esta formación había conseguido, en solitario, resultados más apreciables en las elecciones municipales de París, siempre dentro de la marginalidad. Sin que nadie esperara la obtención de diputados en un sistema electoral que ni siquiera se ha podido franquear con resultados próximos al 15 por ciento, esa continuidad en la insignificancia venía a sentenciar el error de concepción del Frente, menos en su aspecto de construcción de una alternativa que en el de una posición mucho más visiblemente orientada a ser apoyo de la derecha y no un factor de su fragmentación. Las propuestas realizadas en las elecciones bajo la consigna *«Défendre les français»* podían parecer blandas a los sectores más radicales y ambiguos para el electorado de un área de convicción. No puede pensarse que el Frente Nacional fuera víctima, precisamente, de la radicalización de sus posturas, cuando su campaña se había basado, siguiendo el modelo italiano, en aquellos aspectos que podían ganar a una clase media deseosa de orden, de reducción del intervencionismo, de preservación de los valores morales y de la defensa de las instituciones en que se encarnaba la tradición francesa. Sin embargo, pudo serlo de su actitud de «síntesis negativa», cuando François Duprat inspiró el principio de «sumar todas las formas de descontento», algo que podía querer calcar el llamamiento de Mussolini en 1919 a «todos los subversivos», pero que podía orientar la *imagen* de la nueva formación hacia un cierto nihilismo que provocaba una suma más algebraica que aritmética. Además, todas estas afirmaciones tenían que contrastar con las personalidades que las realizaban, vinculadas a combates de la extrema derecha aún muy cercanos que habían incluido la violencia y los límites de la guerra civil solo diez años antes. Las dificultades organizativas, que impedían una amplia presentación de candidatos —aun cuando el número de los presentados superó el centenar, frente a la docena de las legislativas de 1968—, y un adecuado lanzamiento del programa sobre los ciudadanos impedía el aprovechamiento de algunos temas a los que los ambientes conservadores más modestos podían ser sensibles, aunque tuvieran a mano el voto dirigido a la mayoría neogaullista. Antes de la catástrofe social que se iniciaría a finales de 1973, el ambiente no estaba preparado para aceptar un nuevo comensal. A la disolución de Ordre Nouveau, tras un acto convocado bajo el lema de «¡Alto a la inmigración

salvaje!», que llevó a un duro enfrentamiento físico con la Liga Comunista Revolucionaria, Le Pen pudo empezar a desembarazarse de la tutela impuesta por sus compañeros, despreciando la posición de mascarón de proa que se le quería imponer. La salida de Alain Robert, François Brigon, Roland Gaucher, Pascal Gauchon y otros prestigiosos dirigentes, tras tratar de mantener una oposición productiva a Le Pen, llevó a la creación del PFN —claramente orientado, desde el mismo momento de su fundación, a la obtención de un encuentro con los sectores más duros del giscardismo—. El Frente Nacional conservaba las siglas, pero perdía a algunos de sus mejores cuadros y, sobre todo, desperdiciaba la fuerza propulsora que siempre posee la unidad, algo que retrasó su implantación y marcó la deriva del movimiento a lo largo de casi toda la década, en condiciones políticas que tenían poco que ver con lo que el Frente Nacional desarrollaría en los años ochenta. Esta deriva, sin embargo, sería una consejera excelente para averiguar determinados riesgos de navegación —sufridos en propia carne o en las del PFN— y para poder centrar el rumbo cuando los vientos favorables empezaran a soplar.

La escisión tuvo, sin embargo, algún factor compensatorio que evitó la pura y simple dispersión. Uno de los factores fundamentales en esos primeros años del movimiento fue la permanencia de un ideólogo y organizador tan eficaz como François Duprat. Este joven historiador revisionista, autor de obras notables sobre la evolución de la extrema derecha francesa, arquitecto de las formulaciones «nacional-revolucionarias» que él gustaba de relacionar con los disidentes nazis que siguieron a Otto Strasser, tenía un sentido profundo del pragmatismo, que podía pasar desapercibido bajo las toneladas de su literatura antisemita, reivindicativa del Tercer Reich o de los aspectos más combativos del fascismo rebelde. Creador y director de los Grupos Nacional-Revolucionarios y de la revista *Cahiers européens*, su presencia en la dirección del Frente Nacional permitía considerar que Ordre Nouveau no se había marchado como un solo hombre en la escisión dirigida por Alain Robert, haciendo que el movimiento continuara ostentando su voluntad de sumar las tradiciones «nacionalistas» y «nacionales». Hasta su muerte en un atentado en marzo de 1978, cuando contaba solo 35 años, Duprat pudo

inspirar ese camino que mezclaba la identidad y el sentido del compromiso, aunque su misma persona pudiera vincularse tanto con el primero de los polos en tensión. Sus reflexiones acerca de los problemas de la extrema derecha francesa en vísperas de la creación del Frente Nacional pueden indicar la fortaleza de su aportación:

> La liquidación del imperio colonial dio a la oposición nacional las fuerzas que le habían faltado desde 1945. Liberada de la pesada hipoteca de Vichy y de la Colaboración, podía hacer un nuevo llamamiento al nacionalismo. El ejército se había convertido en un sector permeable a su propaganda, y un millón de *pieds-noirs* parecían representar la masa de maniobra más grande que había poseído la oposición nacional desde la depuración. En pocos meses, los minúsculos movimientos nacionales pasaron a ser un peligro para la seguridad del Estado. La presencia en el poder del general De Gaulle impidió la victoria de los múltiples complots tramados para salvar la Argelia francesa. Tras el aplastamiento del *putsch* de abril de 1961, la oposición nacional, abandonando su imagen de marca de «partido de orden», se ajustó a una concepción del combate clandestino muy alejado de su naturaleza profunda, y llevó una guerra en la sombra bajo la bandera negra de la OAS. La guerra de Argelia, a pesar de las predicciones apocalípticas sobre el retorno de los franceses de Argelia «ávidos de venganza» y de un ejército exasperado por la derrota, no llevó a un «fascismo francés» nacido del desastre. Por el contrario, la oposición nacional pareció desintegrarse y, abandonando todo estilo unitario, se convirtió en un campo de elección de subgrupúsculos y círculos doctrinales, sin contacto con la realidad.[16]

Las palabras de Duprat dotaban el análisis de una consecuencia casi automática, que ni siquiera necesitaba hacerse explícita. La unidad debía convertirse en un *proceso* que fuera realizándose en la práctica, sin que pudiera designarse desde una simple operación de ingeniería social: debía coincidir con las condiciones de la época y con su verificación en el trabajo cotidiano, abandonando las escuálidas experiencias de encuentros de generales sin tropa. La referencia a las condiciones propicias de la guerra de Argelia y la crítica feroz al activismo militarizado indicaban un camino, que permitiera aprovechar nuevas condiciones propicias asumiendo la convicción de una apertura social y política que debía comenzar a verificarse en el propio campo, antes de abrirse en territorios nuevos. Si la extrema derecha había sido incapaz de poner de acuerdo a sus integrantes

hasta entonces, ¿cuál era su legitimidad para convocar a quienes pudieran llamar a la puerta, empujados por las infernales condiciones atmosféricas de los años de la crisis que se avecinaba?

Si la presencia de un estratega como Duprat proporcionaba todas estas virtudes al Frente Nacional, otros elementos vinieron a compensar la escisión e, incluso, a rentabilizarla. En 1974, por ejemplo, la única candidatura a la presidencia que se presentó por parte del nacional-populismo fue la de Le Pen, mientras el PFN aconsejaba el voto a Giscard. Los beneficios del laberinto de la soledad no siempre estuvieron al alcance de la mano, porque el PFN reconoció su error, procurando combinar su presentación en candidaturas comunes con la derecha y su presentación autónoma en otras ocasiones. Sin embargo, en el mismo momento de la escisión, Le Pen había podido llegar a los franceses como el único representante de ese sector, aun cuando recibiera una apoyo inferior al 1 por ciento, que se concentró en las áreas clásicas del movimiento de la Argelia francesa: el Midi y algunas áreas del entorno parisiense.[17] La escasez de fuerzas y la lejanía de los procesos electorales a considerar —las siguientes legislativas no se producirían hasta 1978, decidido Giscard a mantener la Asamblea con la que se había encontrado, y las municipales de 1977 eran un escenario en el que no se pensaba— permitieron desarrollar algunos de los aspectos que permitirían ir madurando la posición del Frente Nacional. De hecho, éste no existe como partido propiamente dicho: ni en un espíritu que destaca la voluntad de respetar todas las tendencias nacionalistas, ni en una verdadera expansión militante. Si el partido originario, ON, había podido obtener la adhesión de unos cinco mil jóvenes gracias a su activismo y su carácter exclusivamente nacional-revolucionario, el grupo de Le Pen reunía a menos de un millar, alejado de las actitudes más combativas y orientado ya a un combate que mezclaba la yuxtaposición de posiciones ideológicas de la derecha y la estrategia electoral. De lo que se trataba, por lo menos, era de poner orden en una casa tan poco habitada, algo a lo que Le Pen se dedicó con su singular energía, dejando que el movimiento fuera identificándose con su persona, pero sin permitir que tal identificación tuviera una mera función simbólica, como podía haber ocurrido con Tixier-Vignancour a mediados de los sesenta. El asentamiento de este poder

carismático iba completándose con otros factores que le ofrecían apoyo: la permanencia de los sectores más duros del neofascismo, agrupados en torno a grupos como la Federación de Acción Nacional y Europea (FANE) de Marc Frediksen o redactores de la revista *Militant*, como Bousquet o André Delaporte. Estos grupos más radicales, que acabarán abandonando el Frente Nacional en la etapa de su giro hacia posiciones nacional-conservadoras desde comienzos de los años ochenta, aseguran a Le Pen una mínima estructura de trabajo, que su amigo Victor Barthélemy, encargado de la organización, asentará impulsando la salida de un periódico —*Le National* — y creando estructuras de gestión y de frentes específicos de trabajo.

Todos estos elementos podían tener un aspecto meramente anecdótico, sumándose a la crónica de las experiencias grupusculares de la extrema derecha, de no haberse producido en el marco de esa voluntad constituyente y de no haber tenido algunos éxitos incluso antes de que se produjera su gran salto electoral. La muerte de Duprat en 1978 fue sobradamente compensada por la llegada de un grupo procedente del solidarismo —una corriente de carácter corporativista liderada por Georges Malliarakis—: Jean-Pierre Stirbois, que se convertiría en secretario general del Frente Nacional hasta su muerte en un accidente de automóvil a finales de 1988, proporcionaba una eficacia organizativa planteada en términos de disciplina férrea, que fue desalentando a los grupúsculos que veían en el Frente, más que un proceso, la permanencia de una coordinadora. Además de la claridad del objetivo de construir un *partido*, Stirbois encabezó la posición contraria a sostener la extraordinaria visibilidad del neonazismo, del revisionismo histórico y del antisemitismo que había tenido hasta aquel momento el Frente, para pasar a centrar su propaganda en los temas de la degradación urbana, la inseguridad y la xenofobia. Tal actitud no era una posición de despacho, sino el resultado de un trabajo de campo metódico en la ciudad de Dreux, que cumplía los requisitos de devastación del paisaje tradicional y presencia de inmigración, desempleo e inseguridad que podía proporcionarle un verdadero campo de pruebas. A la entrada de Stirbois y sus compañeros a finales de 1977 se sumó la progresiva influencia en sectores del integrismo católico liderados por los escritores Bernard Antony y Jean Madiran, que en diciembre de 1981 sacarían a la luz el primer

número de su revista *Présent*, convertida más tarde en diario. La cobertura de ese espacio, con la asistencia voceada de Le Pen a reuniones de los grupos ultracatólicos, resultaba indispensable para hacerse con un sector tradicionalista que, sin embargo, continuó mostrando su reticencia en toda la trayectoria del Frente Nacional, como podremos ver al analizar la entrada del tradicionalismo en liza electoral, a través de las propuestas de Philippe de Villiers. Lo que resulta más significativo es observar que la presentación de una «alternativa» emergente tiene que contrastarse con esa aproximación que Le Pen consideraba sustancial para extender su voto hacia áreas de la derecha, en especial la cantera codiciada del oeste. Con idéntica fuerza significativa, la llegada de los sectores ideológicos vinculados a la revolución conservadora de la primera posguerra —es decir, quienes tenían una posición menos favorable al catolicismo y más fascinada por un paganismo comunitarista— mostró la capacidad de síntesis desarrollada por Le Pen, convertida en uno de los elementos de fuerza del movimiento, que intentaba pasar de la mera coexistencia de culturas a un proceso de integración en el área del proyecto político. Núcleos vinculados al Club de l'Horloge fundado por Yves Le Gallou se sumaron a los procedentes del Grupo para la Investigación y los Estudios de la Civilización Europea (GRECE), creada a finales de los años sesenta.[18] Mientras el Club de l'Horloge acentuaba los rasgos del etnoliberalismo, estableciendo los criterios de la «preferencia francesa» —un concepto acuñado en este ambiente— en el ámbito del endurecimiento del liberalismo económico, los seguidores de GRECE proponían un discurso que acentuaba los aspectos comunitaristas de su discurso de la desigualdad, en una línea que iría proponiendo, al calor de las circunstancias ambientales, los factores de legitimación del relativismo cultural, del diferencialismo y la defensa contra los sistemas de homogeneización. Todas estas áreas podían llegar a establecer un espacio colectivo que hiciera referencia más insistente a uno u otro aspecto, en función del lugar, del sector social que se esperaba captar y del ciclo histórico en que se producía la propaganda. El proceso constituyente alimentaba, en este sentido, una etapa de verdadera *refundación* de la extrema derecha, dando los signos de un nacional-

populismo étnico congruente con la resistencia a la democracia, al cosmopolitismo y a la quiebra de los sistemas de seguridad interpretados en clave de una crisis de identidad.[19]

La irrupción de este nacional-populismo en la esfera pública, como un actor necesario en los análisis del resto de las fuerzas políticas, habría de producirse en la década de los ochenta. Los indicios habían ido produciéndose ya a finales de los años setenta, cuando el Frente Nacional realizó una campaña electoral en las legislativas de 1978 decididamente orientada a una mezcla de liberalismo, xenofobia y populismo. La defensa de los pequeños se planteaba en los mismos términos en que se establecía que eran los ciudadanos de la clase media-baja quienes sufrían con mayor intensidad la competencia del extranjero y las amenazas intervencionistas de una fiscalidad entregada a las presiones de la izquierda. El *pueblo* abstracto se concretaba ya en los pequeños propietarios, los trabajadores especializados, los profesionales liberales, los funcionarios, los jubilados, convirtiendo un recurso simbólico en una designación sociológica más precisa, en una enumeración de *soluciones* que interpretaban los *problemas* de acuerdo con la cultura conservadora y nacionalista, con el «sentido común» del hombre de la calle, para el que el inmigrante era una amenaza para su trabajo y su seguridad física, para el que los impuestos servían para sufragar las extensas familias de quienes ni siquiera eran verdaderos franceses. El impacto de estas ideas se mostró en la primera vuelta de 1978, cuando Le Pen obtuvo casi el 4 por ciento de los votos en su distrito, una variable que no mereció atención alguna de los especialistas, a pesar de coincidir con problemas graves en el seno de la mayoría presidencial. La competencia del PFN, que quedó ligeramente mejor situado en términos globales, aumentaba el valor de los recursos obtenidos en el peor de los escenarios electorales, en especial si se consideran las puntas obtenidas por algunos dirigentes como el propio Le Pen. En las cantonales del año siguiente, Jean-Pierre Stirbois veía premiados sus esfuerzos locales con la obtención de un 11 por ciento en la ciudad de Dreux. Una vez más, el fenómeno fue contemplado de acuerdo con las tensiones de un espacio estrictamente local, sin importancia alguna para la *verdadera* política. Era como si, en un proceso de fiebres intermitentes, el médico prestara mayor

atención a las dilatadas fases de normalidad que a los momentos de crecimiento de la temperatura, para decretar la salud del paciente. Por ello, las elecciones cantonales de 1982, cuando el Frente Nacional pasó del 12 por ciento en Dreux y varios candidatos superaron la barrera psicológica del 5 por ciento, los analistas continuaron expresando una excepción, derivada de descontentos específicos y alentada por la presencia de la izquierda en el gobierno central.

A partir de las municipales de 1983, sin embargo, las cosas no pudieron plantearse de la misma manera. Más que una resonancia desagradable del neofascismo o de la Argelia francesa, el Frente Nacional contenía los ingredientes de una anticipación, los rasgos inquietantes de un presagio. El gran empuje nacional-populista de marzo de 1983 se corresponde con una nueva situación y es, al mismo tiempo, el resultado de una labor paciente, lúcida.[20] No es la manifestación visceral de una protesta, sino una estrategia calculada que utiliza la protesta social para ser advertida, para ser aceptada, para ser inevitable en el diseño de la resistencia frente a la izquierda en el poder. El Frente Nacional quiere destacar una anomalía: en Alemania, en Gran Bretaña, en Estados Unidos, la derecha ha marcado los signos de una gran rectificación política que sustituye a la socialdemocracia justamente cuando el modelo soviético empieza a temblar y cuando se anuncian los ajustes de una crisis cultural que quiebra las percepciones familiares del siglo XX. Francia es la excepción, pero no por la presencia de una extrema derecha nacional-populista, sino por la existencia de un gobierno del que forman parte los comunistas, y que ha lanzado una política de presión fiscal, nacionalizaciones, concesiones a los sindicatos y tolerancia ante la inmigración. El crecimiento del Frente Nacional *responde* a esa función de querer ser el tribuno de la derecha popular, de plantear su alternativa en los términos de una defensa social frente a la izquierda intervencionista, burocrática, al servicio de los sindicatos y los funcionarios de un proyecto político desautorizado en los países más avanzados. La *congruencia* de la alternativa nacional-populista con su época se ha producido, y ésta se presenta en términos de una demanda de inserción, no de la contemplación de una bipolaridad equivalente. El Frente Nacional forma parte de la derecha en su sustancia, se ofrece a la derecha en los procesos electorales,

desea llegar a un acuerdo de superación de la democracia en compañía del conjunto de ese sector para establecer una nueva coalición. Quiere construir su alternativa siendo parte de ella, convenciendo a los franceses de que la alternativa nacional y popular no se construirá sin la presencia del Frente. Más que el monopolio de un espacio político, lo que se pretende es la propiedad de un territorio ideológico, que habrá de sintetizarse políticamente con otras culturas de la derecha.

Si el impacto de las elecciones de 1983 fue estremecedor, especialmente en el *coup de tonnerre* de Dreux, donde Stirbois consigue forzar la formación de una mayoría municipal de la derecha que incluye al Frente Nacional, las elecciones parciales que se celebran a continuación indican la ocupación de un espacio, coincidente con la ofensiva social de la derecha, un sector apreciable de la cual reclama el endurecimiento del discurso general de la oposición dando su confianza al Frente Nacional. En marzo de 1984, Le Pen participa en la gran manifestación de Versalles en favor de la enseñanza privada, posiblemente la manifestación más importante de la sociedad civil frente al gobierno Mauroy. El deseo de los dirigentes socialistas de dividir a la derecha le proporciona facilidades, como la invitación en febrero al popular programa *L'Heure de la Vérité*, tras cuya emisión las expectativas de voto de Le Pen aumentan en un 100 por 100. Hábil comunicador, entrevistado frente a quien curtidos periodistas confiesan no poder permanecer indiferentes, entrando en el terreno de una confrontación que le permite mantener su singularidad,[21] Le Pen llegará a unas elecciones secundarias auxiliado por una corriente de simpatía que coincide con el desprestigio del gobierno y con la queja ante las insuficiencias de la oposición. La obtención del 10 por ciento de los votos en las elecciones europeas de junio de 1984 podrían ser consideradas flor de un día, pero los acontecimientos electorales se van reiterando con demasiada frecuencia y, ahora, el paciente se ha expresado en su totalidad, de acuerdo con una preferencia política que nada tiene que ver con la resolución de dinámicas locales, aunque proceda de una experiencia directa. El Frente de Oposición Nacional por la Europa de las Patrias logra un 11 por ciento de los votos. La geografía del voto señala, para decirlo en los términos de Pascal Perrineau, una «lógica social» que está nutriendo el

paisaje de ciertas zonas de Francia y que ya no corresponde a la resistencia sentimental de los *pieds-noirs.* Es una mancha que va oscureciendo la radiografía electoral con una metástasis extendida hacia el este y el norte, mientras se asienta en París y en el Midi:

> El voto de la extrema derecha no expresa, como en 1956, 1962 y 1965, la nostalgia de una Francia del pasado, sino que expresa más bien el desasosiego en que vive una Francia urbana y moderna afectada por la crisis. La geografía de la implantación del FN escapa en buena medida a la implantación tradicional de la extrema derecha. […] La lógica de la implantación es más social que política. Las zonas en las que tiene fuerza el FN pertenecen a la Francia de las grandes concentraciones urbanas y de importantes concentraciones de población inmigrada […]. Puede verse cómo el terreno de las inquietudes urbanas ha sido el receptáculo del discurso de la seguridad y xenofobia del Frente Nacional.[22]

En efecto, no *solamente* la nostalgia, aunque el imaginario de una Francia ordenada que ha sido ultrajada por la modernización contiene un elemento de este carácter. Además, el voto no es el de la resistencia de los marginados, sino el de una vuelta de tuerca de sectores que tienen miedo más que experiencia de una pérdida de estatus. Los votos en algunas zonas de clase alta de París, como el distrito XVI, pueden ir en este sentido de participación en la oleada neoconservadora. Sin embargo, se mantiene una esperanza de protesta, que tan solo algunos analistas de *Le Monde* convertirán en *L'effet Le Pen*.[23]

El carácter del voto se expresa, más allá del perfil del votante, siempre discutible, en lo que resulta menos sujeto a las divergencias: la elaboración de las candidaturas. En vísperas de las elecciones europeas, Le Pen no se conforma con lanzar un discurso que establece la coincidencia entre el desempleo y la extranjerización del país. Quiere que esa defensa del proyecto populista se realice a través de una demostración de la capacidad de ganarse a sectores procedentes de la derecha clásica. Basta con repasar la lista de la candidatura al Parlamento de Estrasburgo para comprender las tensiones que la selección provoca entre la vieja militancia, que ve colmarse la candidatura con elementos ajenos a la tradición de la extrema derecha. Si las cosas no van más lejos es por la incertidumbre del resultado, que modera la exasperación de los viejos compañeros de viaje. Entre los

elegidos en 1984, se encuentran cuatro personalidades que ni siquiera pertenecen al partido, y constituyen la plasmación de esa zona de influencia con que Le Pen pretende establecer un puente con la sociedad, pero también con la derecha liberal. A éstos, entre quienes destaca Olivier d'Ormesson, diputado europeo en la anterior legislatura y presidente del Consejo General del Valle del Marne, se suman los que no obtendrán escaño, personalidades en posesión de la medalla de la Legión de Honor como la duquesa de Magenta, el comandante Albert Lépine, un consejero municipal de Nuilly, Gilles Neret-Minet, gentes en posesión de condecoraciones al mérito por sus acciones en la resistencia o su actividad social, dirigentes empresariales o mujeres que aparecen como «madres de familia», convenientemente situadas en lugares alejados de la cabecera. En todo caso, se trata de una operación destinada a lanzar señales de humo tan fácilmente descifrables como la negativa del Frente Nacional «alternativo» a aceptar esa fase de su historia, más preocupada por ganar respetabilidad en los círculos de la gran sociedad que en asentarse en los espacios populares.[24]

La continuidad se mantiene en el discurso liberal en lo económico, xenófobo en su identificación nacional-etnicista, antidemocrático en su populismo. La continuidad permanece en su emergencia electoral, que deja de ser un humo de pajas para convertirse en una situación de hecho, que los sucesivos procesos electorales habrán de certificar. Por mucho que Chirac mire hacia otro lado, por mucho que Giscard lo ignore, la presión electoral del Frente Nacional se dirige, en aquellos momentos, a su territorio. Quiere competir para poder colaborar. Quiere hacerse un espacio para poder compartir una frontera. No quiere influir con la importancia de sus temas, sino participar en las decisiones con su llegada al área del gobierno. Quiere ser una pieza esencial en la superación de la democracia, aprovechando la crisis de la izquierda para provocar una nueva «fiebre hexagonal» que rectifique la República, como ha sucedido en 1958. Tras un escenario desfavorable como el de las cantonales de 1985, las legislativas de 1986 proporcionan el sueño inesperado de un sistema electoral proporcional, del que la izquierda espera sacar el frenazo a una mayoría absoluta de la derecha liberal. Para Le Pen, se trata de una ocasión que no volverá a repetirse y que el Frente examinará con una cautela no siempre valorada. En

condiciones de empuje social como las que se viven, con el prestigio de haber conseguido victorias consecutivas desde las municipales de 1983, se trata de evitar una experiencia que para Le Pen ha sido decisiva: el episodio de Poujade. Le Pen no quiere ser una pieza curiosa en el gabinete de antigüedades del sistema como lo es su viejo jefe, convertido en un adjetivo político para designar los éxitos momentáneos. El Frente Nacional podía haber caído en la trampa de trasladar a la Asamblea la indignación del país, los delegados de la protesta, los vociferantes diputados de la ira popular, cuyas palabras perderían significado como propuesta para adquirir solo el vigor decibélico de la queja. Esta vez, la selección de notables provocará mayores problemas entre quienes han estado construyendo el Frente desde la dura experiencia local, en la marginación y la crítica de los sectores dominantes en la prensa, en las instituciones, en los medios ilustrados. Cuando llega la hora de la paga, el viñatero ni siquiera cumple con lo prometido al comienzo de la jornada: la retribución incumple la lógica de la militancia, pero está en perfecta sintonía con la fuerza de una estrategia, y Stirbois se encargará de liquidar cualquier signo de disidencia. La Asamblea Nacional de 1986 contemplará la llegada de 35 diputados capaces de hacer propuestas políticas, de extenderse en la lectura de informes competentes, de discutir las propuestas de los dirigentes experimentados.

Erwan Lecoueur lo expresa con nitidez:

> Más aún que haber obtenido elegidos o medios, de lo que se trata es de una «notabilización» conseguida en el curso de estas elecciones. Más que el perfil de los diputados electos o de los consejeros regionales que obtendrán un lugar, se trata del hecho mismo de entrar en el sistema, a pesar de un discurso «anti», lo que confiere al Frente Nacional una legitimidad justificada hasta entonces solamente por los resultados electorales. Que personalidades de derecha puedan aliarse con el Frente Nacional permite normalizar su discurso, haciéndolo pasar por un nacionalismo común. Se trata, en el fondo, de conservar un perfume de excepción, de oposición a la clase política de izquierda, pero también a la «falsa derecha». Por ello, es preciso que los elegidos no avancen demasiado en la colaboración con la derecha. La estrategia de la autonomía debe mantenerse para poder pagar a plazos; no puede darse la impresión de una debilidad. La entrada de diputados del Frente Nacional en el palacio Bourbon podría haber sido un medio para que la extrema derecha entrara en el juego político convencional. No fue el caso.[25]

El equilibrio entre la distancia política y la necesidad de la derecha de contar con el Frente Nacional se mantiene por la entrada en el sistema interno, más allá de lo que haya sucedido en Estrasburgo. Se sostiene, además, por la capacidad de ganar a la normalización populista a sectores de técnicos capaces que hasta entonces habían preferido moverse en las áreas más autoritarias de la derecha liberal. Se apoya, especialmente, en la resistencia a la absorción, mantenida con una exaltación paralela de la diferencia y las ofertas de colaboración en ciertos temas que *pertenecen* al Frente Nacional, aunque el conjunto de la derecha los vaya señalando, como el código de la nacionalidad. Se basa en la imagen de estar al margen del juego político y de tener, *como razón de ser*, la superación de sus reglas de juego para establecer una «verdadera» democracia que responda a las ideas de la «verdadera» derecha. Pero esa extrañeza, si bien supone no ser una fuerza convencional, implica la necesidad de llegar a acuerdos con los elementos convencionales del sistema para invitarlos a la superación del mismo. De esta forma, el Frente Nacional puede aprovechar la dualidad de la capacidad de compromiso y de la denuncia global de las instituciones, sin caer en el peligro de una marginación testimonial que podría marcar un territorio imborrable, pero también inmóvil. Los electores, llegados de zonas de voto tradicional que nunca se había expresado en su apoyo a la extrema derecha, lo entienden perfectamente.

Los resultados obtenidos por la coalición de gaullistas y giscardianos impedirá que los diputados del Frente Nacional resulten decisivos para formalizar una mayoría de la derecha en el Parlamento. De esa deficiencia, el Frente Nacional hará una virtud, pudiendo presentarse como la *única* derecha auténtica, coherente, que no negocia con un presidente socialista su gestión gubernamental. Ser la derecha que de manera más firme marca las líneas de demarcación no es, sin embargo, considerar que estas líneas acaban en ella misma. La confusión entre lo que dice el Frente Nacional en ese momento y lo que los analistas mantienen puede resultar desconcertante, cuando se asume como principio lo que es una estrategia comunicativa con la militancia, con los electores y, desde luego, con la derecha conservadora. La acusación a la «falsa» derecha no es una excomunión, sino la imposición de una penitencia que puede acabar en una

absolución. Lo que debe hacer esa «falsa» derecha es encontrar el camino de su encuentro con la zona donde debería residir, en vecindad amistosa con el Frente Nacional, dispuesto a entender que el espacio de la derecha es plural y que la superación de las instituciones solamente puede hacerse con la convergencia de los distintos campos de la derecha. Lo que desea hacer Le Pen es señalar la existencia de tres campos *en la derecha*, no *en la política.* Lo que quiere es afirmar una bipolarización que se radicaliza con su presencia en uno de sus extremos y que perdería eficacia con su equidistancia. Por tanto, en principio, mientras no lleguen otras circunstancias, la vía francesa es la vía italiana o la vía austríaca: la contaminación ideológica y la colaboración política. Si el camino falla en Francia es —en un magma complejo de motivos— por la negativa de la derecha a romper las instituciones o a entrar en un juego de bipolarización que acepte al Frente Nacional al máximo nivel de gestión, aunque está dispuesto a jugar esa carta en partidas donde las apuestas son menos altas, como las áreas de poder municipal o regional. Los motivos de la derecha corresponden a una lógica que se muestra afortunada, buscando la fusión de sus diversos componentes separados por temas que han perdido actualidad. Responde, sin embargo, a problemas internos que se muestran inmediatamente en el área del gaullismo, poniendo en peligro la viabilidad del partido por la presión social ejercida por el «efecto Le Pen».

Las cosas tampoco son fáciles para el Frente Nacional, donde ha debido soportarse la tensión de un debate sobre la selección de los candidatos y la frustración por la mayoría absoluta de la derecha clásica. A un cierto cansancio, provocado por la imposibilidad de gobernar cuando ganan los presuntos aliados —que no tienen inconveniente en ofrecer compensaciones a las élites locales del Frente Nacional, como las vicepresidencias regionales de Alta Normandía, Picardía o Languedoc-Rosellón— se suma de deserción de algunos sectores de notables que creían llegada la hora de una participación en el gobierno, y que no están dispuestos a mantenerse en esa zona de la política «no convencional» a la que hacía referencia Lecoeur. De igual forma, la necesidad de mantener el tono duro provoca deslices verbales de Le Pen que pueden satisfacer a sus seguidores de siempre, pero que provocan la salida de los recién llegados: Olivier d'Ormesson dimitirá

de su puesto en 1987 tras unas declaraciones del presidente del Frente Nacional a la RTL que se refieren al «pequeño detalle» del Holocausto. La amargura de 1986, rápidamente incrementada por la modificación del sistema electoral en un sentido mayoritario por el gobierno el 10 de octubre, provoca una crispación en el Frente Nacional que se convierte en una oposición sistemática, incluso cuando el gobierno trata, de la mano de los seguidores de Pasqua, de atender las inquietudes sobre la inmigración, llegando a proponer la aprobación de un código de nacionalidad basado en criterios de sangre y no de territorio. Para Le Pen, esa mezcla de intransigencia en la alianza con quienes siempre han destacado los problemas y la presentación pública como quienes los solucionan es un oportunismo miserable. Las elecciones presidenciales de 1988, las elecciones-madre de la República, proporcionan a Le Pen el margen de una venganza y el instrumento de una amenaza. La venganza consiste en presentarse como el excluido del pacto entre las cuatro fuerzas que insisten en querer representar a la totalidad de los franceses, las cuatro familias superadas, la banda de los cuatro. Esa representación solo puede obtenerse mediante la falsificación del voto, que rompe la lógica misma del sentido de la representación, expulsando de la cámara la voluntad manifiesta de millones de franceses. Como toda fuerza minoritaria, Le Pen contempla las virtudes del sistema proporcional sin advertir sus riesgos: que esa voluntad se vea también vulnerada cuando una victoria ajustada convierte a un partido insignificante en un factor decisivo, que puede determinar el gobierno para la inmensa mayoría de ciudadanos que no lo han votado. El argumento, sin embargo, llega con fuerza a sus electores, a los que se llama para que se expresen libremente en la primera vuelta, en la que nada pierden, por quien se presenta como el único dirigente de peso que no ha negociado con la izquierda. El único que no forma parte del juego institucional, en el que una parte creciente de franceses está dejando de creer, golpeada por la crisis económica, el desempleo, la seguridad y la crisis de las viejas certidumbres políticas. La amenaza reside en su capacidad de negociación de acuerdo con el resultado a esperar en la segunda vuelta.

El esfuerzo realizado en la campaña será sobrehumano, sorprendente en una fuerza política de medios escasos, inquietante para quien no simpatiza con sus razones y se impacienta por su capacidad para generar entusiasmo. Los resultados, esta vez, son una recompensa para todos, empezando para el propio Le Pen, que puede observar de qué forma sus adversarios de la derecha continúan enfrentando el gaullismo al centrismo, debilitando cualquier alternativa a Mitterrand. Con 4.300.000 votos y el 14,4 por ciento de representación, el dirigente del Frente Nacional puede lanzarle a Chirac un reproche cargado de razones: ¿tiene derecho un dirigente que representa al 20 por ciento de los electores a decidir que el partido votado por más del 14 por ciento no tendrá representación en el Parlamento? La cifra no se reduce a su simple expresión aritmética: el voto rompe zonas tradicionales, irrumpe en espacios de preferencia socialista y de la derecha clásica, en el valle del Sena o en Alsacia. El voto importante obtenido entre los pequeños propietarios llega también a ser notable entre los obreros. «Síntesis entre el mundo de la tienda y el mundo del taller» lo ha llamado Perrineau,[26] cuando el voto frentista empieza a bascular hacia las zonas más populares, yendo al encuentro de quienes están en paro o temen estarlo, y dejando las zonas que experimentan una cierta recuperación, pero cuya hostilidad al socialismo en el gobierno es ideológica más que resultado de una vivencia. El voto es contradictorio, obedece a la misma ambigüedad del discurso lepenista, puede llegar desde lugares obsesionados por la pérdida de valores tradicionales, desde espacios de autoritarismo, desde la protesta contra la presión fiscal, desde el miedo a la desertización industrial, desde el horror a la pérdida de la identidad, desde la afirmación de la xenofobia o la negación del europeísmo. La demanda social empieza a ser alternativa en términos de *diferencia*, modificando la actitud de un Le Pen que siempre había pensado en términos de una alianza con el resto de la derecha como plasmación de la alternativa. La segunda vuelta detecta, más allá del ánimo vengativo de Le Pen, el sentido mismo del voto nacional-populista, al inclinarse un porcentaje cercano al 30 por ciento de los electores frentistas de la primera vuelta en favor de Mitterrand, rompiendo la ajustada mayoría de la derecha en el primer turno. Venganza afilada sobre el primer ministro que ha

decidido expulsar al Frente Nacional de la Asamblea. Amenaza cumplida que Chirac no podía esperar de los electores nacionalistas, aunque lo aguardara de la retórica de Le Pen.

Con un sistema mayoritario establecido de nuevo, el Frente Nacional acude con escasas esperanzas a un proceso electoral cuya adversidad ya conoce. Está en condiciones, sin embargo, de amenazar con una nueva mayoría de izquierdas en el Parlamento, determinada por los mismos motivos que han causado la derrota de Chirac. Los cuatro millones de electores de Le Pen son ya decisivos, forman parte de la política electoral francesa: pueden ser reprobables en sus principios, pero nunca desdeñables en su existencia. El mantenimiento de una sola candidatura de la derecha en la *primera* vuelta despierta ya la ira de Le Pen: ¿cuál es la lógica del *ballotage* cuando la agrupación de fuerzas excluye una expresión de la preferencia en el primer turno? De hecho, lo que Le Pen teme es que esa agrupación impide que el Frente Nacional pueda llegar en primera posición en una parte apreciable de los casi seiscientos distritos del país. Y, de hecho, se trataba de esta cuestión, a lo que se sumaba el rechazo de los elementos más moderados de la derecha a negociar cualquier acuerdo de retirada de un candidato conservador si un miembro del Frente Nacional se encontraba mejor situado en la primera vuelta. Nuevamente, la derecha se niega a aceptar una advertencia, temiendo que el resultado implique el retorno del Frente Nacional a una mayoría que dependa de los votos nacional-populistas. La caída importante del voto frentista en la primera vuelta deja, sin embargo, casi un 10 por ciento de los electores en esa zona, convirtiéndolos en un factor decisivo en la segunda vuelta. La oferta de un acuerdo general solo es respondida por dirigentes de la derecha desesperados en el sur, que aceptan la retirada mutua en ocho distritos. El segundo turno da un solo diputado al Frente Nacional, la ahijada de Le Pen Yann Piat, que abandonará el partido poco después, por un nuevo desliz verbal del presidente.[27] Pero, sobre todo, el resultado otorga la mayoría a la izquierda, permitiendo la formación del gobierno Rocard y creando entre los franceses —y también en un sector amplio del partido— la sensación de que el conjunto de la derecha está condenada a entenderse. Para la izquierda, esa impresión puede contener la seguridad de un apoyo de

quienes no desean ver al lepenismo en una cohabitación deleznable entre derecha y extrema derecha. Para la derecha, la única posibilidad es poner orden en una estructura política que responde en escasa medida a las necesidades de los ciudadanos, sin comprometer el futuro de las instituciones. Para Le Pen, se trata de convertir la fase de emergencia en una definición de la alternativa. El debate será cómo hacerlo y si sus electores, que van cambiando su perfil, están tan dispuestos a identificarse con la derecha clásica. Como si los cambios de época precisaran el carácter trágico de los símbolos, Le Pen perderá a uno de los colaboradores que más clara tenía la idea de una alternativa definida en la oposición. En noviembre de 1988, Jean-Pierre Stirbois fallece en un accidente de coche. Si la muerte de Duprat había acompañado el final de la travesía del desierto, la de Stirbois parece rubricar la visión de la Tierra Prometida. Sin embargo, Le Pen no quiere representar el papel de Moisés para que otros puedan hacer el de Josué. No se ha limitado a guiar al movimiento populista para que se le niegue la entrada en el espacio apetecido, entregado a los jóvenes cachorros que ni siquiera han hecho la parte más dura de la trayectoria. Las voces que en la derecha liberal hablan de un cambio de liderazgo como condición para poder aceptar la entrada del Frente Nacional en el área del gobierno no saben que, en este caso, Le Pen tiene más de Jehová que de Moisés. No se ha limitado a guiar a su pueblo, sino que ha dictado su ley y pronunciado su carácter. Quien cree que su persona es contingente no pone en marcha un mecanismo de sustitución burocrática, sino que agrede a un sistema de recursos emocionales que identifican a un movimiento, a una agrupación de creencias que se cohesionan en torno a un líder, a una manera de entender la política que, en la misma formulación del populismo, es *antipolítica*.

Los parientes pobres. El Frente Nacional como «frente popular» (1988-1995)

Los años de cambio de estrategia del Frente Nacional coinciden con la agonía del régimen de Mitterrand y con la liquidación definitiva del modelo de fuerzas políticas que había tratado de sobrevivir a la crisis cultural de los años setenta-ochenta. De hecho, los cambios estratégicos del nacionalpopulismo vienen determinados por las condiciones en que esta crisis viene a manifestarse con una insólita crudeza, impidiendo que los cascarones institucionales pensados para los años posteriores a la guerra de Argelia y la expansión de los sesenta puedan continuar funcionando. Manifestación y respuesta al otoño de una época —como lo serán, en un campo diferente, los nuevos movimientos sociales de la izquierda— las orientaciones del nacionalpopulismo ya instalado en un terreno visible, habrán de entenderse en el ritmo general de transformaciones que se producen a escala internacional, pero tendrán una clave precisa de lectura interna que obedece a la dinámica propia de una cultura política nacional, poco dada a cómodas agrupaciones genéricas, nunca expresada como simple variación particular de un fenómeno continental. Si hemos podido definir los rasgos de una crisis que establece nuevos temas de protesta, nuevas formas de identificación, ansiedades inéditas y esperanzas desconocidas; si hemos podido definir un escenario cultural que se expresa con una configuración cosmopolita, los argumentos en que se relata la obra tienen autores y actores correspondientes a cada una de las experiencias que hemos venido examinando por separado.

La agonía del régimen de Mitterrand tendrá su nombre propio, pero también el de su constante y frustrado sucesor, Michel Rocard. Su llegada al poder se había realizado por la voluntad de fuerzas políticas cuya existencia era un tanto espectral. En 1981, la victoria de Mitterrand podía identificarse con una gran ilusión, de la misma forma que, en su momento, pudo hacerlo la de Giscard. Una vez el «liberalismo avanzado» había mostrado su incapacidad para enfrentarse a la crisis puesta de relieve en 1973, sin poder controlar tampoco la voladura del bloque político que había dirigido el país en los sesenta; una vez el socialismo que prometía «cambiar la vida» se

había resignado a clasificar el desorden de la supervivencia, la segunda victoria de Mitterrand cubrió su desnudez con la austeridad de una mortaja más que con la inmaculada opulencia de un vestido de novia. Fue una victoria desalentada, recelosa, asustada por lo que estaba sucediendo: fue una victoria que tenía más elementos de preservación que de aventura, más factores de búsqueda de la seguridad que de anhelo de riesgo. La obtención de una mayoría escuálida en las legislativas del mes siguiente pareció dar el sonido ambiental adecuado a los ánimos existentes en el país. Más que una división de bloques que permitía hablar de unos vencedores entusiasmados por el triunfo y unos vencidos furiosos por la escasa distancia de los resultados, la Francia de 1988 era un país que asistía a la disgregación de los vehículos políticos fundamentales en los que había basado su cohesión institucional. Más grave que la escisión del país en dos bloques casi iguales era la división entre las instituciones y el país, que se mostraba en el crecimiento de las opciones que eran leídas por los ciudadanos en una clave de exterioridad identificada menos con la falta de experiencia que con la posesión de pureza, convicciones y, por qué no decirlo, con la propia visión distanciada que el país iba adquiriendo acerca de su lugar en el mundo, del futuro de su cine sometido a la competencia de otras industrias más poderosas, de su literatura cercada por lenguas más poderosas, de su «capitalidad» sometida a un estado de sitio cultural que Mitterrand había tratado de compensar con sus audacias arquitectónicas y con un esfuerzo de inyección de recursos y estímulos ideológicos que algún autor denunció como *L'État culturel*.[28]

Si en algún lugar podía encarnarse el espacio de las ilusiones perdidas, había pocas personas que pudieran asumir esa función con tanta eficacia estética como Michel Rocard. Ya en los años iniciales de la República gaullista, el proyecto político de la nueva izquierda agrupado en el PSU había encallado en los mecanismos de protección electoral del régimen, pero también en su propia ambigüedad, queriendo representar al mismo tiempo las energías de mayo del 68 y la moderación que se adueñaría de sus principales dirigentes al refundar el Partido Socialista en 1971. Desde entonces, Michel Rocard fue siempre contemplado como alguien estimado por el país, a quien se le reconocía una formidable capacidad dialéctica y

unas dosis de persuasión… inversamente proporcionales a la estimación que sentían por él en su propio partido. ¿Cómo entender, en caso contrario, que un Rocard a quien se veía como verdadera alternativa presidencial en todos los procesos electorales nunca fuera seleccionado para ello, incluso cuando el puesto en el Elíseo estaba en peligro? ¿Cómo comprender que, en sus mejores momentos, las mociones de Rocard en los congresos socialistas fueron apoyadas por una cuarta parte de los delegados, incluso cuando el personaje ocupaba el cargo de primer ministro? La poca estima que Mitterrand sentía por él —y que explica, en buena medida, el devaluado destino de Rocard— incluyó su designación como primer ministro, que el presidente atribuía a la voluntad mayoritaria del pueblo francés, pero que señalaba su deseo de enfrentar al dirigente con las tribulaciones de una crisis ingobernable. La precaria mayoría parlamentaria que le ofrecieron las elecciones de 1988 fue acompañada de la imposición de barones del partido en el gobierno por quienes sentía una falta de aprecio correspondida con vehemencia. Los Jospin, Cresson, Bérégovy o Fabius eran representantes del socialismo en el gobierno de Rocard, en modo alguno colaboradores personales elegidos por su competencia y por su lealtad al primer ministro. El control del partido parecía necesario, a ojos de la izquierda socialista, por la presencia de representantes del centrismo barrista en el gobierno, que podía tentar a un Rocard bajo cuyas tesis de actualización de la socialdemocracia solo se quería ver la desorientación o la decisión de abandonar sus principios. Rocard fue obligado, así, a justificar su popularidad donde menos podía interesarle: en los límites carcelarios de una autoridad vigilada desde la presidencia de la República y desde la Asamblea Nacional. Entre el clavel del Elíseo y la espada del Palais Bourbon, la vida del inquilino de Matignon no habría resultado cómoda ni siquiera en una fase sin conflictos.[29]

Sin embargo, si algo caracterizó al régimen de Rocard fue, precisamente, la permanencia del conflicto, en un lugar u otro de su gestión, una serie de averías que mostraban la desdichada coincidencia entre los desajustes de la coyuntura y la pérdida de la relación entre el gobierno y su propia base social. Los años del ministerio Rocard, que se prolongó agónicamente entre la primavera de 1988 y el verano de 1991, fueron

decisivos para la entrada en un nuevo siglo. Definían, de hecho, las condiciones en que iban a producirse los nuevos conflictos internacionales, señalaban las direcciones políticas del milenio a punto de llegar. La larga crisis del sistema soviético concluyó con la caída de dominó de todos los regímenes de la Europa oriental, culminando con la desaparición de la misma Unión Soviética. La guerra del Golfo vino a señalar la entrada en una nueva fase de la geopolítica, que desmoronaba los criterios establecidos al término de la Segunda Guerra Mundial. Las inmediaciones del acuerdo de Maastricht de 1992 sellaban el modelo socioeconómico sobre el que iba a construirse la Unión Europea. Los intelectuales se interrogaban, una vez más, sobre el final de la Historia, teniendo que desencuadernar los volúmenes en que se había escrito la racionalidad de una etapa histórica cuya edición parecía la definitiva. Mientras el mundo se hacía añicos ante los espectadores más o menos entusiastas, Rocard gobernaba la crisis francesa, tratando de encauzar su solución en coincidencia con un cambio de paradigma social que no toleraba los distintos subterfugios para no tenerlo en cuenta: ni las inútiles resistencias de formas políticas exhaustas, ni la aceptación social de un derribo de las formas de protección justificadas apresuradamente por su superación histórica.

Los éxitos que podía mostrar el primer ministro en temas de riesgo grave —y el movimiento de independencia en Nueva Caledonia lo era— no le fueron tenidos en cuenta a la hora de juzgar la experiencia más cercana en la que la crisis persistía. Lo hacía en su aspecto más visible, que era el crecimiento del desempleo, que no tardaría en rozar la barrera psicológica de los tres millones. Lo hacía en una desaceleración de la recuperación económica obtenida antes de 1988: que el crecimiento fuera *menos* rápido se contemplaba como un fracaso, aunque pudiera justificarse por la resistencia a la inversión interna —que llegaba a tener el claro sentido político de un temor al regreso del intervencionismo— y por los problemas para abastecer el propio crecimiento sin poner en peligro la balanza de pagos del país con la adquisición de bienes de equipo indispensable para la recuperación en el mercado internacional. Mientras los sectores empresariales continuaban considerándose gobernados por una corriente política que no era la suya, a la que no perdonaban la gestión de los

primeros años ochenta, la propia base social del régimen se enfrentó al gobierno a través de una interminable serie de huelgas del sector público, a la que se sumarían los estudiantes de bachillerato enfrentados a la reforma del ministro de Educación Lionel Jospin, en una movilización estudiantil que nadie quiso equiparar a la de 1968, sino relacionar con las condiciones generales de degradación del país. Las huelgas de funcionarios enfrentados a los ajustes del presupuesto fueron afectando, uno a uno, a casi todos los sectores, dando la impresión de una total falta de autoridad cuando los propios dirigentes socialistas reconocieron las razones que asistían a quienes se ponían en huelga, un intento de no perder su apoyo político que aún desacreditó más a Rocard. A la movilización se sumaron, naturalmente, sectores opuestos al gobierno desde la izquierda y la derecha, trabajadores de la Renault estimulados por la CGT o médicos contrarios a las condiciones salariales y los controles de la Seguridad Social. Frente a este panorama, Rocard ofrecía la imagen de la soledad y la parálisis, que ni siquiera pudo vencer con iniciativas tan audaces como la creación de un salario mínimo de inserción, porque los diputados de la derecha se apresuraron a votarlo. ¿Alguien podía pensar que la UDF y el RPR iba a marcar su oposición al gobierno negándose a aceptar una ayuda fiscalizada, cuando en el país se extendía el desempleo? Lo único que hacía la unanimidad parlamentaria era achacar los problemas al gobierno, para hacerse cómplice de las soluciones. En cualquier caso, para que no hubiera duda sobre la distancia que separaba a la izquierda y a la derecha, Rocard hubo de vencer una moción de censura a finales del mismo año 1988. A partir de entonces, la condena política de Rocard se había pronunciado sin ejecutarse. Para decirlo en los términos que mezclan el nihilismo de Céline y el lenguaje financiero, se trata de una *mort à crédit*. Su política había sido condenada por los comunistas, a los que Rocard acusó que azuzar la movilización social por puros motivos de desgaste del gobierno. También fue reprobada por la dirección del PS, cuyos dirigentes siempre habían mostrado su disgusto por la arrogante independencia de criterio de Rocard, que era capaz de reunir en su contra a las diversas corrientes del partido. Falto del apoyo del bloque político que debía haberlo sustentado, Rocard podía ingresar clínicamente en el conjunto de desequilibrios orgánicos que

bien podrían llamarse el «síndrome de Giscard»: no convencer ni a propios ni a extraños, situación que se agravaba, en las últimas fases de la enfermedad, al conseguir irritar lo suficiente a todos para ponerlos de acuerdo en una sola cosa: acabar con el primer ministro.[30]

La moción de censura de 1988 fue seguida por un aumento de la crispación de la oposición parlamentaria y social, que tuvo uno de sus elementos de mayor apoyo en la crítica a la política de inmigración, que se relacionaba de forma cada vez más indiscriminada con el desempleo y las condiciones de vida en las zonas suburbiales. El recrudecimiento de la xenofobia pudo verse en la obtención de un acta por Marie France Stirbois en una elección parcial en Dreux, haciéndose con más del 60 por ciento de los votos, tras haber realizado su campaña —y había venido haciéndolo así desde los años setenta en el mismo lugar— en la cuestión de la inmigración. La preocupación alcanzó el estatus de un lugar común, aunque nadie compartiera las tesis del nacionalpopulismo: que hubiera podido señalarse su carácter primordial en las preocupaciones centrales era una victoria social y cultural que podría completarse en el futuro, si el acuerdo sobre el problema establecía una coincidencia en las formas de solución. La crispación social pudo expresarse en acontecimientos de violencia, como la profanación del cementerio de Carpentras, y en debates como el provocado por el uso del velo en las escuelas laicas. Las declaraciones de Chirac en Orleans en 1990, refiriéndose a la difícil convivencia de trabajadores franceses que vivían con familias subvencionadas por el Estado con hábitos culturales distintos y molestos, o la alarma creada por Giscard indicando en un artículo publicado en septiembre de 1990 que Francia estaba padeciendo una invasión, procedieron a una normalización que acudió también a la izquierda, cuando Rocard, tratando de salir al paso de una situación que podía degenerar en la expansión de la xenofobia, señalaba en una entrevista televisada que el país no podía acoger a todos los miserables del mundo. Hechas poco después del debate sobre el velo en las escuelas, la frase fue tildada por un sector de la izquierda —en especial por quienes se movían en los ámbitos afines a Jospin o Emmanueli dentro del Partido Socialista— como una de las típicas concesiones de Rocard al «realismo», que no le proporcionaban simpatía alguna por parte de la oposición de derechas. Sin

embargo, otros sectores del propio partido habían de intervenir ante el problema, como la propia Edith Cresson, en desafortunadas referencias a una repatriación en chárter, o la referencia a un «techo de tolerancia» por parte del propio Mitterrand.

La penetración conflictiva de un tema que, solo una década antes habría sido considerado, en su mera enunciación, como un atentado a las tradiciones de asilo republicanas, pudo sumarse a una crisis generalizada de la política en Francia. Sobre la desmembración de los hilos conductores de la cultura, de las ideologías de integración, de los acuerdos sobre fórmulas de representación social, se producía un cortocircuito social acerca del significado de la propia sociedad y la forma en que ésta podía resolver sus conflictos en el seno de la política establecida. El gaullismo comenzaba a mostrar los signos de una dualidad que se expresaría en toda su fiereza a mitad de los años noventa: para personas como Philippe Séguin, el movimiento fundado por el general era una corriente caracterizada por su sensibilidad social, que se abandonaba en favor de los acuerdos con la opulencia del liberalismo en la crisis de las políticas intervencionistas de los años ochenta. Para personas como Charles Pasqua, el gaullismo era básicamente un partido nacionalista, defensor de la identidad francesa y de la autoridad del Estado, principios que se habían deteriorado en favor del coqueteo con el «liberalismo avanzado» y el europeísmo de Giscard. La convergencia de los seguidores de una y otra corriente a comienzos de los noventa comenzaba a señalar la crisis del gaullismo como situación percibida, como pérdida de un espacio que estaba siendo ocupado por el Frente Nacional en una de sus apreciaciones fundamentales, el nacionalismo populista. La ventaja de ese debate interno era la posibilidad de que la derecha francesa perdiera la división entre la familia giscardiana y neogaullista, procediendo a una práctica fusión mediante la inyección de elementos sociales en el liberalismo y el abandono de las posiciones nacionalistas por parte de los seguidores de Chirac. Una nueva síntesis que podría hacer frente a una realidad muy distinta a aquella en la que ambas corrientes habían fundado su propia distinción. Para que esto sucediera, sin embargo, las cosas tenían que llegar mucho más lejos: en especial, tenían

que producirse episodios como la presentación de una candidatura de la derecha gaullista en las elecciones europeas de 1999, que culminaba el desencuentro iniciado en el Congreso de Bourget de comienzos de 1990.

La crisis se expresaba, también, en el desconcierto absoluto de la izquierda. Los comunistas habían llegado a la situación grotesca de ser incapaces de modificar su liderazgo incluso tras la caída del muro, cuando el partido de más influencia en la Europa occidental había decidido que la caída del bloque soviético establecía la crisis terminal del comunismo como sistema y, por tanto, como propuesta. El rico debate del PCI, al que haremos referencia en su momento, contrasta con el clamoroso silencio del Partido Comunista Francés, reducido a una sombría ceniza de lo que había sido en términos de influencia social y peso parlamentario quince años atrás. La pérdida de su valor como punto de referencia de los intelectuales se había expresado con la manera en que se afrontó el debate a finales de los años setenta, ocasión en la que el PCF pudo dar por acabada cualquier esperanza de un ámbito de verdadera influencia cultural, para ir convirtiéndose en un partido al que, curiosamente, beneficiaba el sistema electoral mayoritario, al respetar sus puntos de fortaleza en el cinturón industrial de París y algunos puntos del norte. La pérdida de su capacidad de laboratorio de ideas, de centro de ingeniería social, ponía en duda su eficacia en términos estrictamente marxistas, pues al partido le correspondía la asignación de conciencia de clase de acuerdo con la hibernación ideológica en que había sesteado el partido en los años de la guerra fría. La separación entre intelectuales y militancia comunista dejó la organización en manos de los sectores de ciertas concentraciones obreras en fase de decadencia, que actuaban en una inercia de defensa de derechos adquiridos tratando de comprender la realidad a través de esquemas que continuaban haciendo de la clase obrera la portadora de la emancipación de la humanidad y del Partido Comunista su factor de vanguardia. El revulsivo de los nuevos movimientos sociales que estallaron en la segunda mitad de la década sirvió para poner al Partido Comunista —nuevamente en el gobierno de la «izquierda plural»— frente a una oposición radical al sistema que no se reconocía en las propuestas del PCF: el desbordamiento electoral producido en las presidenciales del año 2002, cuando el candidato comunista fue

ampliamente rebasado por dos candidatos del trotskismo, indicaba el vacío generado en la izquierda más radical, que Arlette Laguiller o Olivier Besancenot, felices triunfadores en esas presidenciales, no pudieron consolidar a través de un apoyo a sus no menos vetustas organizaciones. El Partido Socialista, por su parte, entró en una crisis que procedía de la falta de adaptación de la socialdemocracia a las condiciones de la globalización iniciada visiblemente en los ochenta y radicalizada con la caída del muro. La creencia de que la crisis del comunismo se convertiría *automáticamente* en una legitimación del PS podía tener efectos tácticos, pero suponía una tremenda miseria intelectual. Sostenido en la presidencia de la República por el prestigio de Mitterrand y en el Consejo de Ministros por la falta de alternativas, el Congreso de Rennes de marzo de 1990 indicó la perplejidad de una organización que no sabía cómo interpretar una realidad inédita. Las llamadas a una refundación que tuvieran las características del congreso de Epinay, hechas por el sector favorable a Rocard, cayeron en el saco roto habitual de las propuestas procedentes de este grupo, en el que los socialistas procedentes de la SFIO como Mauroy veían solamente un intento de abandonar el socialismo en favor de una nueva versión del «liberalismo avanzado». No obstante, las corrientes de modernización iban abriéndose paso, de la mano de dirigentes como Fabius, en la derecha, o Jospin, en la izquierda. Ambos trataban de buscar una definición precisa del socialismo, aunque no estuvieran de acuerdo en su perfil. El debate quedaba agotado, sin embargo, por la seguridad que iba prendiendo en los socialistas de un paso a la oposición nada lejano, que se asumía como el *principal* problema, cuando esa pérdida derivaba de la propia degeneración del partido, incapaz de dotarse de un liderazgo sólido como el que le dio Mitterrand en los comienzos de los años setenta.

En esta fase de crisis de *la política*, que se expresaba en el apoyo a fórmulas electorales ecologistas, en pintorescas candidaturas defensoras de la Caza y la Pesca, en el mismo voto del Frente Nacional cada vez más entendido como una alternativa al sistema *incluyendo a la derecha*, la salida de Rocard del gobierno no fue más que el reconocimiento de un fracaso global del Partido Socialista, un agotamiento que expresaba, en forma radial, la extenuación del régimen y de un personal político formado en

unas circunstancias que nada tenían que ver con la sociedad que iba reconociendo la ciudadanía. El alejamiento, en forma de abstención o de opción por formaciones antisistémicas, solo podía asistir a la destitución de Rocard con la indiferencia de un episodio ajeno, al que siguieron las inútiles gestiones de Edith Cresson y de Pierre Bérégovy, que recordaron, por lo menos en su duración, los episodios más penosos de inestabilidad de la IV República. El suicidio de Pierre Bérégovoy tras la derrota electoral en las legislativas de 1993 venía a señalar una tragedia personal en el marco de un drama colectivo. Las acusaciones hechas contra periodistas y jueces por la persecución a que habían sometido al primer ministro, señalándole responsable de irregularidades financieras, solo podía señalar, además de la sincera amargura de un Mitterrand que confiaba en el personaje, la degradación a la que había llegado la vida política francesa, justamente en vísperas de algo que nadie podía anunciar sin sonrojarse: el nacimiento de una nueva esperanza de la izquierda con el gobierno Jospin, en 1997.

En 1993, las condiciones eran muy distintas para el socialismo en el gobierno, pero también para una derecha desgarrada por el referéndum sobre Maastricht, que había partido al país por la mitad, de forma distinta a las opciones de izquierda y derecha y señalando, de esta forma, la quiebra de viejas fronteras ideológicas. Además de expresarse en los términos de una defensa de la soberanía nacional amenazada por Europa, las condiciones de equilibrios económicos planteados por el tratado fueron consideradas por la izquierda como objetivos que renunciaban a la restauración del Estado de bienestar. La aceptación del tratado resultó tan ajustada por la coincidencia entre ambos criterios, que solo el Frente Nacional sabría aprovechar relacionando los problemas de soberanía con la crisis económica. Las elecciones provocaron un auténtico cataclismo en el Partido Socialista, anunciando la imposibilidad de ganar la presidencia cuando llegara la retirada de Mitterrand dos años después. La pérdida de votos del conjunto de la izquierda era de esperar, pero la caída del partido del gobierno era una desautorización de un calado que sorprendía por la forma en que la sociedad francesa desautorizaba a quienes habían colocado en el gobierno y en el Elíseo solo cinco años atrás. El 20 por ciento de los votos en la primera vuelta suponía la pérdida de casi *la mitad* del porcentaje

obtenido en 1988. El estancamiento de los comunistas en la frontera del 10 por ciento situaba a la izquierda clásica francesa como una corriente favorecida solo por una tercera parte de los electores. La derecha pasó del 44 por ciento de los sufragios y obtuvo una aplastante diferencia en la Asamblea Nacional gracias a los mecanismos del sistema mayoritario, que la aproximó a los 500 escaños sobre 577. El Frente Nacional perdió a su única representante, pero se mantuvo como fuerza de oposición estable, superando el 12 por ciento de los votos en la primera vuelta.[31]

El gobierno dirigido por Édouard Balladur, ante la negativa de Chirac a volver a ponerse a las órdenes de Mitterrand, pudo afrontar la coyuntura económica con una mayoría sólida a sus espaldas y una confianza social extraordinaria, factor determinante para que la crisis económica pudiera romper algunas de sus variables, en especial la caída de la inversión. Prueba de la confianza nacional depositada en el gobierno fue el éxito del empréstito que había de permitir atender el grave desequilibrio de las finanzas públicas. Sumando este punto a la continuidad de las privatizaciones, el crecimiento económico ralentizado en los años de Rocard recuperó su ritmo, aunque el crecimiento no se expresó en una recuperación del empleo, que se incrementó por los despidos que siguieron a las privatizaciones y por políticas de rigor presupuestario. La confianza en una recuperación automática del mercado se apoyaba en una presunción que tardó en manifestarse, ya en los tramos finales de la gestión de Balladur, y en cifras que seguían haciendo de Francia un país caracterizado por una tasa de desempleo que empezaba a sentirse como una normalidad del mercado de trabajo, tras veinte años de convivencia con una recesión que había tenido en el paro su factor más visible, incluso cuando se producían incrementos de la renta nacional. Los casi tres millones y medio de parados de mediados de 1994 se convirtieron en un elemento mítico, además de en una cifra, cuando un millón menos se había considerado el principal indicador del fracaso de la gestión socialista en la etapa de Mauroy. Al llegar al final práctico de su gestión, en vísperas de las presidenciales, Balladur solamente podía tener los elementos favorables, a ojos de la derecha, de la negociación sobre la Organización Mundial del Comercio en que se defendieron políticas proteccionistas favorables a los

agricultores, la «excepción cultural» destinada a las objeciones a una «americanización» forzada por la libre circulación de mercancías que acabaran de sepultar la debilidad de la producción cultural francesa —en especial la audiovisual— frente a la norteamericana, y la atención prestada al problema de la inmigración, con la modificación del Código de la Nacionalidad, señalando restricciones que, de todas formas, la derecha más dura consideró insuficientes y la izquierda más moderada cargadas de sensatez. En cambio, los intentos de financiación de la enseñanza privada del ministro François Bayrou fueron anulados por una movilización social equivalente a la que se había producido exactamente diez años antes contra las posiciones laicas radicales de Mauroy.

Las elecciones presidenciales de 1995 fueron precedidas por las verdaderas «primarias» europeas del año anterior, que vinieron a demostrar la quiebra del sistema de representación política francesa, convertido en una ficción aceptada. Los resultados socialistas cayeron a un porcentaje ridículo, que hacía temer por la supervivencia misma del partido, al igualar el porcentaje que el Frente Nacional poseía en el país. La derecha RPR-UDF había sufrido un desgaste parecido, sumando un precario 26 por ciento de los votos. Los comunistas no llegaron al 7 por ciento, con lo que la totalidad de los bloques clásicos del país no alcanzaban el apoyo de la mitad del electorado, que había acudido a prestar su apoyo a listas disidentes en la derecha, como la de Philippe de Villiers, o en la izquierda, como la de Chevènement o Bernard Tapie, mientras el Frente Nacional quedaba perjudicado relativamente por la concurrencia de Villiers, manteniendo un 10 por ciento. En estas condiciones, los investigadores Pascal Perrineau y Colette Ysmal, que acostumbran a editar análisis de los procesos electorales, titularon su volumen dedicado a las presidenciales como *Le vote de crise*. Más allá del resultado obtenido por cada fuerza, la principal prueba electoral del régimen de la V República llegaba tras la desautorización de las europeas de 1994, que ya no podían considerarse simples elecciones secundarias, sin importancia alguna para la política interna del país. El 23 de abril de 1995, fecha de la primera vuelta, más de ocho millones y medio de franceses decidían no participar en la votación, y casi un millón lo hacía anulando su papeleta. De las nueve candidaturas

presentadas, ninguna alcanzó un éxito similar. La más afortunada fue para Lionel Jospin, que había conseguido infundir una nueva confianza en el Partido Socialista, proponiendo un verdadero proceso constituyente de una izquierda plural a la que llamó un «pacto republicano». Como lo indica Gérad Grunberg, las elecciones implicaban la designación de un nuevo liderazgo en el campo socialista, una vez se había agotado la etapa Mitterrand. El carácter crucial de la elección para el futuro del partido, después del resultado amenazador de las elecciones europeas pudo ayudar a esa recuperación. Por otro lado, Jospin representaba una ruptura en la continuidad, teniendo buenas relaciones con los renovadores de Delors y los ortodoxos de Mauroy. A los siete millones de votos de Jospin seguían las de los dos candidatos de la derecha nuevamente enfrentados, esta vez Chirac y su propio primer ministro, Balladur, volviendo a dejar la primera posición para el candidato socialista, aunque sumaban, entre los dos, doce millones de votos. Jean-Marie Le Pen volvía a obtener una posición de negociación con sus cuatro millones y medio de votos, que lo colocaban en la barrera efectiva del 15 por ciento. Los comunistas de Robert Hue, con dos millones y medio, podían aspirar a sostener un pulso con el socialismo en proceso de descomposición, que habría de tener sus frutos en la mayoría gubernamental de 1997. En el margen del sistema —si consideramos, además, el voto marginal de Le Pen—, cabía destacar el millón y medio de la candidata trotskista Arlette Laguiller, una cifra parecida para el conservador Villiers y el millón de votos del ecologismo de izquierdas de Voynet. En total, un 37 por ciento de los franceses había votado por alguna opción alejada de los partidos parlamentarios de la V República. El «voto de crisis» confirmaba la devastación del sistema y la apertura a una etapa que solo podía concluir en una refundación. La segunda vuelta ofreció pocas sorpresas, salvo la suma de un millón de votos más a la abstención, que seguramente procedía del área del Frente Nacional. La victoria de Chirac, con 15.763.027 votos frente a los 14.180.644 de Jospin —cinco puntos porcentuales de diferencia— expresaba mucho más que un triunfo «ajustado» como el de 1974 o el de 1981. Si el triunfo de 1988 era el de desilusión, el de 1995 podía ser el de la descomposición.[32]

Justamente al iniciarse este proceso de crisis, cuyo ajuste se aplazaba constantemente, sumiendo al país en un estado de provisionalidad poco soportable, Jean-Marie Le Pen y su Frente Nacional debían fundamentar una estrategia que se *apropiara* de la disgregación institucional, *haciendo suya* esa suma de descontentos que Duprat había soñado al constituir el movimiento en 1972. El Frente Nacional no había logrado insertarse en la derecha mayoritaria con voz propia, proponiendo desde esta coalición el establecimiento de una nueva República. La alternativa nacional que el Frente deseaba *inducir* pasaba a convertirse en algo *exclusivo* y, por tanto, una propuesta que le daba todas las ventajas y todos los inconvenientes de una marginalidad que no debe confundirse con la *insignificancia*. No debe hacerlo en el doble sentido de la palabra: pues la existencia del Frente Nacional era notable social, ideológica y electoralmente; y porque, por esta razón, su presencia dotaba de un determinado *significado* al conjunto de la política francesa. Hemos observado, por ejemplo, la forma en que los temas que el Frente Nacional ha señalado en primer lugar van diseminándose por la sociedad, en un proceso de contaminación que puede convertirse en un co-gobierno indirecto, al hacer asumir a la mayoría medidas que se corresponden a las propuestas de un partido que no ejerce el poder, pero cuyas actitudes pasan a tener una legitimidad que supera su estricta área de organización y de voto. En la Francia de comienzos de los años noventa, nadie podía ser ajeno a la cuestión de la inmigración, aunque solamente el Frente Nacional construyera sobre este tema un discurso cada vez más matizado, donde las cuestiones del prejuicio grosero irán dotándose de cierta prestancia ideológica, como defensa de la identidad amenazada, rechazo de la multiculturalidad, actitud positiva frente al diferencialismo cultural y oposición radical a una nación heterogénea. El principio de soberanía, expresado en el término neorracista de «preferencia francesa», pasaba a actuar en direcciones diversas, al referirse a la entrega prioritaria de empleo a los franceses en momentos de pánico ante la destrucción de puestos de trabajo, al señalar la defensa de la calidad de vida en momentos de degradación de los barrios populares y las ciudades medianas, al indicar la protección de la economía francesa frente a la intrusión de la mundialización o los dictados de Bruselas o Estrasburgo. La crítica a la

política establecida, expresada en la muchedumbre de votantes «alternativos» a los grandes partidos, mostraba su conexión con la deslegitimación de un sistema pensado para condiciones sociales de los años de la posguerra y que, durante muchos años, tuvo una relación orgánica con la sociedad que representaba. Esa fractura era presentada por el Frente Nacional en términos de un rechazo global al régimen democrático, en favor de una nueva revolución francesa que liquidara las bases de la democracia parlamentaria en favor de un sistema de representación directa del pueblo, cuyas características ya se han definido al establecer la naturaleza del populismo. La emergencia de una sociedad civil que no se correspondía con las instituciones se presenta como la protesta del hombre común, del ciudadano agredido por una burocracia de partidos. Frente a ello, el *movimiento* de los franceses que están por la *preferencia nacional*, por el poder del pueblo, por la soberanía y la homogeneidad comunitaria, pasa a declararse alternativa, dando un giro a las posiciones pactistas con el conjunto de la derecha que había sostenido en la década anterior.

Para Le Pen no se trata solo del rencor por un rechazo, sino de la perspicacia para aprovechar las circunstancias de una deslegitimación masiva, en la que situarse como partido exterior al sistema opera en términos más favorables que reclamarse una parte más de la derecha. Solamente cuando el sistema se haya roto, llevado por un proceso acelerado de descomposición, será posible plantear un encuentro con quienes en los años ochenta han querido aislar al nacionalpopulismo. A fin de cuentas, el debate es muy semejante al que se está produciendo en la Italia de los estertores de la Primera República, cuyo desmoronamiento nadie habría podido considerar a comienzos de la década anterior, justamente cuando la llegada de Spadolini o Craxi a la presidencia del gobierno rompía el tedio de jefaturas ministeriales de la Democracia Cristiana. Cuando el régimen se derrumba como un castillo de naipes marcados en una partida de tramposos entregados a la justicia, todo el mundo pondrá presentar el expediente de la corrupción como algo que venía sentenciando a muerte a la República de 1946. Cuando los acontecimientos han sucedido, los observadores se convierten en profetas retroactivos, cuyas vieja críticas al sistema caído se

presentan como pruebas de su lucidez, aun cuando nunca se plantearan en serio una catástrofe que arrastrara a la totalidad de las fuerzas políticas, exceptuando a las que se habían declarado excluidas durante todo el período que se clausuraba: en este caso, el Movimiento Social reconvertido en Alianza Nacional. Lo que está sucediendo en Francia puede dar la impresión de compartir los males sufridos por la democracia italiana: no solo los problemas de identidad de los partidos, la crisis de las formaciones que han sido pilares de la democracia desde la misma Liberación. A ello se suma el ensanchamiento de un espacio alternativo que llega a tener una expresión electoral constante desde comienzos de los años noventa. Y el círculo de equivalencias se cierra con las acusaciones de corrupción ejercidas sobre primeros ministros socialistas: Laurent Fabius y el caso de la sangre contaminada ocupan a la opinión pública francesa durante todo el año 1992. El suicidio de Pierre Bérégoy va precedido de acusaciones que también lo conducirán a los tribunales. Incluso Mitterrand tiene que dar explicaciones públicas sobre los métodos de financiación de los partidos. ¿Por qué no suponer que, en estas condiciones de degradación, puede producirse la demolición del edificio institucional, cuyos principales beneficiarios serán quienes aparecen como opuestos al sistema? La presunción se convierte en una probabilidad, cuando se observa la forma en que la democracia italiana resuelve su crisis a partir de 1992.

Procedente de una estrategia meditada, esta posición se expresa por quien luego temerá los riesgos de una fractura definitiva con la derecha liberal, y que en 1997 contempla, desolado, el regreso de la izquierda al poder por la conducta del voto frentista. Bruno Mégret se incorpora al Frente Nacional a mediados de los años ochenta, en compañía de antiguos cuadros republicanos, liberales radicales que creen que, una vez conseguida la visibilidad, el Frente Nacional puede ser un factor de presión para orientar al conjunto de la derecha hacia posiciones neoconservadoras radicales. Tras el fracaso de una estrategia en la que no se ha distinguido de Le Pen, Mégret radicalizará sus posiciones, convirtiéndose en el principal teórico de una alternativa nacional capaz de proporcionar soluciones concretas a los problemas que derivan de un nacionalismo etnicista y un rechazo de la mundialización en todas sus formas, incluyendo la

económica. Mégret podrá ser así el ideólogo de una nueva formulación de la identidad frentista, señalando la defensa de la desigualdad entre los pueblos y entre las personas como un elemento que no contradice el comunitarismo:

> La igualdad es uno de los valores fundamentales de nuestras instituciones. Pero se trata de la igualdad de derechos, no de la igualdad de resultados. La primera es un factor de justicia entre los individuos, mientras que la segunda es una fuente de iniquidad. Si los hombres tienen por naturaleza méritos distintos, ¿no es legítimo que ocupen posiciones desiguales en la jerarquía social y en la escala de ingresos? El orden social implica las desigualdades, es decir, una jerarquía de situaciones y una escala de retribuciones.

Esta posición no sería objetable por la derecha liberal, aunque su aceptación del individualismo en esta esfera se acompaña por un rechazo populista del liberalismo económico, una descripción durísima de las condiciones de degradación social provocadas por la gestión de los tecnócratas de cualquier partido y una defensa de los derechos del pueblo trabajador constantemente vulnerado. ¿Cómo mezcla Mégret una defensa de la desigualdad con una denuncia del sistema que la provoca? Simplemente, señalando, en *La troisième voie. Pour un nouvel ordre économique et social*,[33] que los viejos esquemas entre izquierda y derecha, entre socialismo y liberalismo, carecen de interés en una fase que ha dado por concluidas las clasificaciones propias del siglo XX, para señalar la primacía de la diferencia entre nacionalismo y cosmopolitismo. Del primero deriva la democracia al servicio del pueblo francés, de su pureza, de su homogeneidad, de su comunidad jerarquizada en atención al mérito. Del segundo solo deriva la doble invasión de la inmigración y del capitalismo foráneo, responsables de la contaminación cultural, de la desindustrialización, del desempleo y de la quiebra de la asistencia social.

No se trata de un giro ideológico, en la medida en que la extrema derecha siempre ha planteado como objetivo más deseable un orden nacional-comunitario. Se trata de un giro estratégico porque las nuevas condiciones de la globalización hacen *perceptible* para un sector creciente de los ciudadanos que sus problemas se podrían resolver sin la existencia de los factores que se vinculan al cosmopolitismo. Es, por tanto, una forma de

aprovechar una oleada, de la misma forma que a comienzos de los años ochenta se aprovechó la movilización conservadora contra el gobierno socialista. La instalación en un espacio alternativo procede de aspectos íntimos de la ideología de la extrema derecha: la heterofobia convertida en el rechazo de la inmigración; el autoritarismo convertido en una denuncia de un sistema político desprestigiado al que el poder del pueblo debe tomar el relevo; el nacionalismo regresando en su forma comunitaria más excluyente, en una etapa en que las identidades fragmentarias se prestigian como reacción contra la uniformidad de la mundialización. Es, por consiguiente, una estrategia que hace que el Frente Nacional se corresponda con su época, sea congruente en una nueva propuesta de cambio que, *de momento*, tiene que hacer visible su capacidad de sumar gente *al margen* del sistema pero *dentro* de las instituciones.[34]

Bruno Mégret forma parte del círculo de cuadros que han ido ocupando la dirección del partido desde mediados de los años ochenta: junto con su nuevo adversario Bruno Gollnisch, dirigente del sector más tradicionalista del partido; junto al secretario general que sustituye brevemente a Stirbois, Carl Lang; junto al dirigente del Frente de la Juventud Samuel Maréchal, yerno de Le Pen y hábil en la definición del giro del Frente Nacional hacia una posición de «Frente populista»; junto a intelectuales como Jean-Yves Le Gallou o Pierre Vial, próximos a los planteamientos de la Nueva Derecha; junto a organizadores eficaces como Jean Claude Martínez, Bruno Mégret representa la llegada de una «generación Le Pen» que dota de una verdadera dirección al Frente Nacional, que lo convierte en un partido dotado de algo más que un liderazgo carismático, para presentar un plantel de propuestas y de gestores del proyecto. Por su formación, por sus aportaciones teóricas para definir las nuevas zonas de conflicto internacional y las nuevas divisiones culturales, Mégret puede reunir las condiciones del ideólogo y del administrador, adquiriendo la apariencia de un político que expresa el nuevo carácter de la extrema derecha, en sintonía con las aptitudes de un Fini o un Haider. La relación con Le Pen, de momento, es complementaria, aunque no tardará en hacerse competitiva. Su cargo de delegado nacional le presenta, por la voluntad del propio Le Pen, como una mano derecha del dirigente indiscutido, como la demostración de

que, junto al tribuno, se encuentra el ingeniero social. Resulta dudoso que pueda presentarse como un dirigente moderado, enfrentado al radicalismo de Le Pen, cuando se observan sus declaraciones y la forma en que inspira el programa del partido, atestado de espacios neorracistas y afirmaciones contrarias al sentido común de una democracia humanista. En el VIII Congreso del Frente Nacional, en la primavera de 1990, es precisamente un Mégret elevado a la mayor responsabilidad tras la de Le Pen, el encargado de señalar la utilidad del cambio de estrategia: «tomar cuanto antes las responsabilidades del poder en nuestras manos» no significa continuar en la posición de una mendicidad permanente, que ha caracterizado el combate por la aceptación del Frente en los ámbitos de la derecha desde 1983 hasta 1988. Mégret sintetiza las condiciones propicias al éxito político de la alternativa nacional: el surgimiento del nacionalismo en los países del Este y la expansión del nacionalismo popular en Francia son una muestra de la resistencia a la mundialización, y centran la cuestión fundamental de la identidad del proyecto. Durante todo el período del gobierno de Rocard, mientras la derecha trata de recuperar el poder con un discurso liberal, el Frente Nacional realiza una ofensiva basada en la crítica al liberalismo, en la obtención de rentabilidad por el rechazo generalizado de la política, en el temor a la inmigración que se hace presente en todos los discursos políticos que quieran tener audiencia *precisamente en los sectores populares.* El Frente Nacional consigue colocar todos los problemas *sociales* en una perspectiva *nacionalista*, donde la identidad comunitaria y el populismo vertebran sucesivas respuestas, gratificadas por el evidente desconcierto de la derecha y de la izquierda. Si la caída de la URSS hace perder cierta *actualidad* al discurso anticomunista, solo lo hace acentuando los elementos de una confirmación, de una tradición que siempre ha rechazado esa cultura y que, además, ofrece una alternativa *comunitaria* alternativa a la crisis del comunismo. El vacío de un elemento de identidad popular provocado por la crisis de la izquierda solo puede ser cubierto por quien ofrece una restauración creíble de tutelas sociales que partan de la *experiencia* directa de la gente, de sus miedos, de su inseguridad, de sus prejuicios, más que de una ideología universalista y abstracta. El Frente Nacional jugará con esa ventaja que tienen los prejuicios para afrontar los problemas reales, con esa

eficacia de la simplificación y con la *verdad a medias* que supone su crítica a la uniformización cultural: algo que, curiosamente, se defiende *en el interior del país*, para rechazarlo a escala planetaria. En febrero de 1993, el programa del Frente Nacional, *300 mesures pour la renaissance de la France*, que se deben a la inspiración fundamental de Mégret, ordenan esta solución nacional-populista a los problemas de quiebra social y crisis de la democracia. Los primeros títulos del programa pueden afirmar el espacio ocupado por la extrema derecha que puede reorientar su estrategia, pero no sus valores: la inmigración —«invertir la corriente»—; la cultura —«defender nuestras raíces»—; el medio ambiente —«salvaguardar nuestro patrimonio». La seguridad, la soberanía, la prosperidad y la fraternidad marcan los apartados siguientes del programa. Todos ellos se resuelven en los términos que resultan familiares a cualquier estudioso de la extrema derecha. Como lo resume P. A. Taguieff, «la preferencia nacional, la reforma del Código de la Nacionalidad, la supresión del permiso de residencia de diez años renovable de pleno derecho, el cheque escolar, la pena de muerte, el reconocimiento constitucional del poder mediático, los referendos: "para hacer prevalecer las opciones nacionales e identitarias sobre las mundialistas"».[35] El propio Mégret se referirá, al presentar el programa, a una identidad amenazada que no se constituye como proceso, sino que existe en su forma originaria, cercada por el riesgo de la contaminación y la *desnaturalización.* El discurso nacional-etnicista es la forma de *entender* la crisis en que se mueve la desazón de los franceses. Por tanto, será la manera de resolverla.

El voto del Frente Nacional permanece y algunos analistas podrán hablar de estancamiento, siempre ansiosos por hallar rastros de optimismo en sus análisis. Sin embargo, la falta de las pérdidas alarmantes que sufre el resto de las fuerzas políticas es el signo de una resistencia, es un factor de éxito en sí mismo. En 1993, el carácter gigantesco de la victoria de la derecha puede dar la indicación de una dificultad. El progreso sobre los resultados de 1988 puede contemplarse con impaciencia, tras haber expuesto al país un programa detallado de soluciones y haberse presentado ya como la única fuerza verdaderamente situada al margen de la equivalencia entre los partidos que se suceden en el gobierno sin poder

modificar los problemas experimentados por la gente, en especial un desempleo que se ha convertido en el mínimo común denominador de todas las gestiones, y que parece ser un factor secundario para los tecnócratas del socialismo o del liberalismo. El 12,4 por ciento de la primera vuelta es, sin embargo, toda una manifestación de vigor político cuando se ha hecho una apuesta tan arriesgada, que los enemigos del Frente Nacional —en especial la derecha que ha ganado de forma arrolladora— pueden contemplar como su aislamiento, como su falta de necesidad en el panorama político, como la posibilidad de prescindir de su existencia. Esa alegría de los vencedores solo sirve para acentuar la identidad, la cohesión, la mutua confirmación de las razones de ser de los militantes nacionalistas, cuya aparente marginalidad resulta del sistema electoral mayoritario, al que también se debe el volumen de la victoria de la derecha liberal. La experiencia de 1994 será más amarga, porque las elecciones europeas, que han dejado de ser secundarias porque todo el mundo sabe que actúan en forma de «primarias» y porque en Estrasburgo se resuelven asuntos verdaderamente importantes para la política nacional, señalan la aparición de una competencia en el campo nacionalista que se consideraba vencida tras la desaparición del PFN: la candidatura tradicionalista de Villiers, haciendo mención a los valores franceses en peligro, obtiene un 12 por ciento de los votos frente al 10,5 de Le Pen. La competencia es relativa, porque las zonas de orientación tradicionalista y acomodada que votan a Villiers se resisten al populismo lepenista cada vez con mayor intensidad. El oeste y el sudoeste, las zonas fuertes del voto nacional-conservador, se unen a los barrios de clase media-alta de París en escaso apoyo al Frente Nacional. El consuelo llegará con las elecciones presidenciales de 1995, que se presentan como una confirmación del camino tomado hacia la definición de una equidistancia frente a las fuerzas del sistema: 4.570.838 votos, el 15,51 por ciento. Le Pen dispone de la potencia de un material electoral negociable, pero le parece que sus opciones crecerán en la medida en que la derecha vuelva a sumirse en la derrota y se agudice su crisis de identidad. Por ello, llega a sugerir que Chirac es peor que Jospin. La victoria del dirigente gaullista podrá plantearse como un triunfo sin hipotecas en la extrema derecha.[36]

A partir de comienzos de los años noventa, la progresión electoral del Frente Nacional va a realizarse en una línea que permite y acentúa ese giro hacia posiciones más radicales, más favorables a la equidistancia entre los partidos en presencia. En la primera parte de la década, se produce un desplazamiento del voto en su vertiente social y geográfica: como lo ha indicado Perrineau, el votante va dejando de ser la plasmación de la alianza entre la clase media y los trabajadores para ser un voto de obreros, de desempleados y también de campesinos en condiciones difíciles. En todo caso, se trata de una *proletarización* del voto que no se entiende en términos de un desplazamiento del Frente hacia la izquierda, sino de la obtención de un descontento *social* que se expresa en términos *políticos* nacional-populistas. La idea de una transmisión directa del voto de la izquierda al voto del Frente Nacional tiene que corregirse, como lo ha hecho Nonna Mayer, considerando que se trata, más bien, de la obtención de un voto *obrero* que nunca ha dejado de ser de derechas, que ha tenido valores autoritarios, conservadores, xenófobos, populistas, que en otras circunstancias menos crispadas ha podido colocar en opciones más moderadas, en especial el gaullismo. Perrineau advierte que un 12 por ciento de quienes han votado por Mitterrand en 1988 lo hacen por Le Pen en 1995. Sin embargo, ¿se trata de un voto *por* Mitterrand o de un voto *contra* Chirac, que empieza a manifestar el descontento que se abre paso en las filas del gaullismo y que estallará en el congreso de 1990? El sufragio lepenista, rejuvenecido, es también el de los sectores que llegan a votar por primera vez y que lo hacen aceptando una transversalidad que les hace considerarse *ni* de izquierdas *ni* de derechas. Son masas de votantes que protestan en una zona que no acepta esa clasificación habitual, pero menos por una moderación —por un *centrismo* que considere superables esas posiciones— que por una *extrañeza* frente al conjunto de factores que delimitan las fronteras de la democracia.[37] En las elecciones presidenciales de 1995, «toda una Francia de la desesperación popular utiliza el voto Le Pen para mostrar su malestar. Treinta por ciento de los obreros, 25 por ciento de los parados, 18 por ciento de los empleados».[38] El cambio de voto tiene una expresión geográfica clara, pasando a ocupar las zonas de depresión, de desindustrialización.

En ciertas zonas, como Alsacia, el voto corresponde a sectores que no sufren la crisis, sino que ven en el Frente Nacional un factor de defensa de las tradiciones. Se trata, sin embargo, de un elemento cada vez más marginal entre la masa de votantes nacional-populistas. Las mismas condiciones de su opción antisistémica le arrebatan el apoyo de quienes buscan una seguridad inmediata, una corrección de rumbo más que una alternativa. Uno de los problemas de Le Pen será hacerse con los yacimientos de voto conservador que, finalmente, irá a parar a manos de Villiers: el efecto de su candidatura será fundamental para la evolución del Frente Nacional, porque indica la existencia de un techo constante en el área nacional-conservadora. Cuando las fuerzas de la derecha clásica se han desprestigiado de una forma irreparable, el Frente Nacional *no es la única opción.* Los disidentes de los partidos toman el relevo, con expresiones populistas como Bernard Tapie pero, sobre todo, con el movimiento tradicionalista en el que confluyen disidentes de la UDF como Villiers o del RPR como Pasqua. El 14 por ciento de las europeas de 1994 es lacerante, porque *debería* haber ido a parar al partido que, desde comienzos de la década anterior, ha hecho el esfuerzo más importante para defender los valores de la Francia profunda. Villiers, procedente de la UDF, arrebata esa primacía, aunque luego vuelva a cederla, en las elecciones presidenciales de 1995, cuyo porcentaje impide a Le Pen situarse en la frontera psicológica del 20 por ciento. Además de las acusaciones que el Frente Nacional puede lanzar sobre este tipo de *neutralización* del voto alternativo de la extrema derecha, la reflexión del nacionalpopulismo le permite conocer la adjudicación de un electorado distinto que, de momento, no puede mezclarse en el mismo proyecto: los votantes de Villiers son distintos a los votantes de Le Pen como, de hecho, los votantes del Frente Nacional de 1984 han variado con respecto a los electores de 1995.

El cambio del perfil del elector va alimentando una transformación en la estrategia del Frente Nacional que, a su vez, provoca dificultades para su entendimiento con la derecha liberal, pero gratificaciones en el área más dura del populismo antidemocrático. Para estos sectores sociales afectados por la crisis, la *preferencia nacional* va presentándose como un elemento de inclusión alternativa, no como un factor de segregación. La crisis

económica ha actuado como un factor de exclusión social. La respuesta nacional-populista logra, *a través del discurso etnicista*, invertir los términos de la exclusión, *no anularlos*. De esta forma, la exclusión se considera inevitable, pero si se ha sufrido socialmente, deberá compensarse nacionalmente: se transmutará en la exclusión de otros a través de la reinserción en la comunidad de los verdaderos franceses. Esta procedencia de la fractura acaba en otra fractura y, por ello, nunca es un voto progresista, que protesta contra la globalización, que procede de la cultura de la izquierda. Quiere ser un voto de exclusión por parte de quien lo ejerce y por parte de quien lo pide. Pero es una exclusión que quiere dar la vuelta a la que ya existe, expulsando de los derechos comunitarios a quienes no son miembros del pueblo y estableciendo una identidad permanente que permite alterar las normas de la integración. Si, socialmente, el problema se ha expresado en términos verticales, de estar *arriba* o *abajo*, el *mismo* problema se expresa, nacionalmente, en una solución que pase a establecer a las personas *dentro* o *fuera*. El voto popular que procede de un proceso de desintegración quiere hallar una propuesta alternativa de *regreso* a la comunidad. El éxito del Frente Nacional al convertirse en el *primer partido obrero* de Francia, como lo proclamarán orgullosamente en 1995, no significa que el Frente Nacional haya superado los esquemas de la extrema derecha para convertirse en una fuerza alternativa. Solo indica que amplias capas de trabajadores *excluidos* o con el temor a serlo hacen una lectura de sus problemas de acuerdo con los códigos del nacionalpopulismo, de acuerdo con las preferencias de la identidad como una forma de exigir su promoción social, su percepción de *ser parte* de nuevo, de adquirir la seguridad de una pertenencia. Para lo cual, deberán observar la exclusión de todos aquellos a quienes ven como responsables de la degradación social. El desplazamiento hacia un voto obrero o marginal puede radicalizar el discurso, pero no lo hace más amable, más igualitario, más democrático, más exigente con el funcionamiento de las instituciones, más feroz en su defensa de la pluralidad, más firme en su denuncia de los derechos declarados y no ejercidos. La *divulgación* popular del voto no lo inclina hacia la izquierda, sino que lo coloca en una posición antidemocrática más coherente. ¿Puede pensarse que un elector formado en los valores sociales

izquierdistas buscará una renovación de la tutela social en el nacionalpopulismo, que no oculta su cultura esencial de rechazo de la fiscalidad opresiva, del intervencionismo estatal, además de plantear cuestiones que rompen todos los sustratos de una tradición, como el principio mismo de desigualdad? La nostalgia por la protección social perdida se expresará de otra forma, que poco tiene que ver con esa exaltación integrista comunitaria.

En septiembre de 1994, uno de los dirigentes de la juventud frentista, Samuel Maréchal, señalaba en *Présent*:

> Salido del pueblo, encarnado en su esencia más auténtica el Frente Nacional representa el movimiento social, nacional y popular que está en condiciones de asegurar la recuperación de nuestro país. El movimiento de Jean-Marie Le Pen no es un partido político, sino una fuerza de *rassemblement*. Nuestra acción no se dirige a defender los intereses del pueblo de derecha o del pueblo de izquierda, sino del pueblo francés. Los *clevages* que tienen que llegar no se harán de acuerdo con lo que conocemos hoy. La izquierda y la derecha están unidas en la misma resignación, la misma impotencia. Las últimas elecciones han aportado la prueba de que una parte del electorado rechaza apoyar a los responsables políticos de esta crisis anticipada. Una nueva división ha nacido.[39]

Los resultados de las distintas elecciones que se celebran entre 1993 y 1995 —generales, europeas, presidenciales— van marcando el tono de esa afirmación en un espacio de rechazo que va adoptando una posición que cree congruente con esa masa multiforme de franceses que *ya está votando* al margen de los partidos establecidos. Las ilusiones de conseguir los votos de Villiers, de Tapie, incluso de algunos movimientos alternativos, modifican la estrategia de unidad de la derecha en una posición satelizada del nacionalpopulismo, para plantear la posición nuclear del Frente Nacional, en una atracción del voto contra el sistema que se planteará en los términos del voto por la alternativa nacional-populista. Lo que deberá venir *después* será la llegada de la base electoral de los fragmentos cada vez más desorientados de la derecha clásica. El Frente Nacional sigue proponiendo la coalición, pero lo hace con el convencimiento de que las instituciones

acabarán por desvanecerse, cuando un número creciente de los ciudadanos vaya otorgando sus votos a opciones contestatarias y los partidos del sistema vayan quedando en minoría.

El error de la estrategia es monumental, pero tiene un *sentido*, que procede de la lectura misma de los avances *no solo* del Frente Nacional, sino del conjunto de lo que se mueve desprendiéndose de las fuerzas políticas tradicionales. Sin la combinación de la crisis de la derecha y el apoyo de los sectores populares radicalizados, el Frente Nacional habría mantenido una estrategia más moderada, más atenta a asegurar que la izquierda no llegara a gobernar, menos indiferente a quién estuviera en el Elíseo o en Matignon. Le lleva a esa posición un análisis correcto de las condiciones *del momento*, pero una grave deformación en su visión del futuro, que procede de haber dado una dimensión *nacional* a un voto que sigue estando concentrado en algunas franjas del territorio, resultándole imposible la entrada en otras, sea por la tradición arraigada de la izquierda, sea por la posición conservadora opuesta a los excesos populistas del Frente. El error procede, también, de haber creído que el proceso sería *tan creciente* como la ampliación del espacio de protesta contra el sistema, sin tener en cuenta la existencia de bolsas de oposición que nunca realizarán una lectura de sus problemas en clave etnicista, excluyente o antidemocrático. La esperanza de ir agrupando a *todos los descontentos* se desvanece por la falta de plasmación de las fracturas sociales en una respuesta nacional-populista *necesariamente.* Por último, el error fundamental es haber infravalorado la capacidad de la República para encontrar formas de refundación alternativas, entre las que se cuentan los esfuerzos realizados por Chirac para reunir una nueva mayoría o del socialismo democrático para atender los temas a los que una nueva izquierda alternativa puede ser sensible.

Tales fallos estratégicos no se observaron *inmediatamente*, cuando la primera década de los años noventa asistía a la degradación de las instituciones que hemos podido observar, a manos de sus propios gestores. Algunos dirigentes del Frente Nacional comenzaron a reclamar que, en la práctica, se trataba de un Frente popular por su composición, nacional por sus objetivos. A votar al Frente acudirá, según lo ha clasificado Michel

Soudais, cuatro tipos de sufragio que reúnen el malestar social de jóvenes desplazados sin experiencias de socialización; la afirmación de un sufragio de identidad que busca una raíz social definida étnicamente, interpretando la pobreza y la marginación en configuraciones comunitarias; acude también el voto de quien tiene una situación que teme perder, porque *ha oído hablar* de la marginación, de la desintegración social, del desempleo o de la inseguridad, y ese efecto de socialización comunicativa le hace sentir las amenazas como realidades en las que puede caer; acude, también, un voto de protesta, de quienes necesitan fuertes vínculos sociales y de autoridad que se están perdiendo, un voto que quiere advertir más que cambiar, amenazar más que golpear, que cree votar con la impunidad de saber que el Frente Nacional no ganará las elecciones, pero al que no importa que la derecha pase por la experiencia de perderlas.[40] Sin embargo, la protesta es, para otros autores, una ilusión del pasado: el voto ya no es *contra* el sistema, sino *por* el Frente Nacional. Lo cual, de todas formas, constituye una limitación, al evitar la afluencia de quienes podrían acumular sus papeletas por simple negación, aunque tenga el costo de afirmar un espacio permanente que ha superado su carácter de aluvión para adquirir un perfil. El mismo perfil que le da un techo, una frontera, una línea a partir de la cual no puede seguir *incluyendo*.[41]

Pequeñas miserias de la vida conyugal. El triunfo de la izquierda y la crisis del Frente Nacional (1995-2002)

Esta consolidación del espacio adquirirá, en muy poco tiempo, las condiciones de una asunción de poder municipal que acaba de redondear la presencia del Frente Nacional en las instituciones. Esa fuerza de oposición radicalizada, que va profundizando en su expresión de rechazo del sistema porque cree que el régimen se desmorona y porque una parte importante de su nueva base social se lo solicita, tiene la capacidad de obtener una representación que los sectores más críticos de la izquierda no son capaces de conseguir. De esta forma, el Frente se convierte en una opción de recambio, mientras otras fuerzas antisistémicas afirman todavía su potencia negativa, su fase de denuncia y de testimonio de una ruptura, sin haber tenido la madurez suficiente para entrar en un proceso constituyente de la izquierda alternativa, paralelo al proceso constituyente del polo nacional-populista. Le Pen les lleva unos años de ventaja y, sobre todo, les gana en la conciencia de la necesidad de jugar en el campo institucional, que no está tan claro en los ambientes rupturistas de otra orilla. La radicalización del discurso de Le Pen no se encuentra solo en la incapacidad de la derecha liberal para acomodarse a los nuevos tiempos, sino en la ausencia de una alternativa tanto en el campo de la extrema izquierda como en el campo social-comunista. Por ello, la insistencia en poder derrotar a Chirac se hace en el convencimiento que, tras la alianza entre el gaullismo y el giscardismo, está un vacío insoportable que acabará siendo colmado por una nueva República.

Paso de gigante en esta manifestación de fuerza son las elecciones municipales que siguen al mejor resultado presidencial de Le Pen, mostrando que el movimiento ha dejado de ser una opción de protesta y de apoyo a un líder para querer ser, al mismo tiempo, una línea de gestión de los asuntos más próximos y un partido organizado, que obtiene el voto a sus siglas y no solo el que merece su máximo dirigente. La primera vuelta del proceso electoral de junio llena de consternación a los dirigentes conservadores, pero también a una Francia que observa la instalación del Frente en el único campo que le quedaba por cubrir. En ciudades como

Mulhose, Perpignan, Tourcoing, Vaux-en-Velin, Cliché-sous-Bois, Les Mureuax, Dreux, Vitrolles, Tolón, Orange o Marignane, el movimiento nacional-populista queda en primera posición. Consigue mantener sus listas en 116 ciudades de más de 30.000 habitantes y puede aspirar a una docena de alcaldes. Cuando se produce la segunda vuelta, el éxito no es tan notable, pero la llegada de Jean-Marie Le Chevalier a la alcaldía de Tolón, de Jacques Bompard a la de Orange y de Daniel Simonpietri a la de Marignane suena como un aldabonazo. De hecho, uno más desde el golpe de Dreux en 1983, estableciendo una secuencia que los analistas siguen tratando de aislar en cada uno de los episodios, esperando que el reloj deje de marcar las horas, que las campanadas se alejen de la medianoche.[42] El nuevo triunfo podría preocupar a Le Pen, que se apresura a escenificar su control sobre los elegidos, realizando una rueda de prensa en París en la que éstos aparecen como comparsas al servicio del líder más que como personajes elegidos por sus vecinos.[43] Le guste o no, el viejo caudillo está asistiendo a algo que no se le escapa: el nacimiento de una trama de cargos públicos cuyo poder deriva de su misma fuerza local, y cuya dinámica en la administración puede instalarlos en un realismo opuesto a las posiciones antisistémicas que el Frente Nacional está convirtiendo en su imagen pública fundamental. A Le Pen le resulta algo penoso que su éxito personal de las presidenciales se vea, ahora, *superado* por la novedad de la irrupción en las alcaldías. Los más de mil regidores obtenidos convierten al Frente Nacional en una fuerza municipal y regional, al carecer de representación en la Asamblea. La anomalía de esta circunstancia no deja de provocar estupor en los analistas, para los que resulta inexplicable que una fuerza política con más de cuatro millones de votantes, presente en Estrasburgo, con un millar de cargos elegidos en las localidades, con una participación decisiva en las elecciones presidenciales, esté ausente del lugar que debería corresponderle en primer lugar, que es el propio Parlamento del país. Argucias del sistema electoral, sin duda, que a sus defensores les adjudica una responsabilidad que no siempre quieren observar: la impresión de falta de correspondencia entre la voluntad nacional y la representación parlamentaria. La voz que se escucha en todas partes no llega a la tribuna del Parlamento: un 15 por ciento de franceses enmudece a las puertas del

Palais Bourbon. La anomalía tiene la rentabilidad que complace a Le Pen, permitiéndole verificar la falsificación de la «verdadera» democracia, pero gusta menos a un sector pragmático del partido que encabeza el delegado general, Bruno Mégret, cuya discrepancia con las orientaciones de Le Pen comienza a tener una tonalidad suave, pero de interés vista retroactivamente. Cuando Samuel Maréchal recupera la consigna de Doriot, *ni izquierda ni derecha*, Mégret señala su disgusto, sin perder las formas. Para él, se sigue tratando de rehacer de la derecha. Su pragmatismo no significa un reblandecimiento del discurso, sino la posibilidad de rectificar la estrategia, *una vez el discurso se ha endurecido* y ha proporcionado el máximo de rentabilidad que puede ofrecer. Ni a Le Pen ni a Mégret se les escapa un dato negativo en las elecciones municipales: todos los éxitos se han hecho en situaciones triangulares, y el Frente Nacional no ha conseguido imponerse en una confrontación en solitario con la izquierda.

Para el partido se trata, sin embargo, de agudizar ese sentido de extrañeza con respecto al sistema, que le llevará a enfrentarse con una dureza insólita a la gestión social del gobierno Juppé. Las huelgas que siembran de agitación social el país en 1995 y 1996 van a permitir la lenta restauración de la izquierda, que recupera el resuello ante el fracaso de Juppé en el tema fundamental del desempleo, verdadera cruz de las gestiones de Mauroy, Fabius, Rocard, Cresson y Bérégovoy. No se trata, por tanto, de un problema de ineficacia, y los socialistas pueden añadir a la falta de pericia en la gestión la presencia de una evidente «insensibilidad social». Como veremos, ni la izquierda ni la derecha han analizado convenientemente —o se niegan a dar a conocer a sus respectivos públicos — el fin de un capitalismo francés que ha permitido determinadas políticas de intervención, de nacionalización, de tutela estatal, venga ésta del gaullismo, del «liberalismo avanzado» o del socialismo. Para el Frente Nacional, se trata de asumir su equidistancia, pasando la prueba de fuego que le quedaba por cumplir: formar parte de la agitación social realmente existente, no solo del imaginario de la protesta construido en sus campañas electorales. Tras las vacilaciones iniciales, cargadas de condenas de las huelgas de los funcionarios de finales de 1995, el Frente Nacional es empujado por los cuadros de la «generación Le Pen» a la calle, a sumarse a

la movilización para no poder ser señalado como una contradicción permanente entre su discurso alternativo y su práctica inerte. El Primero de Mayo de 1996, los militantes del Frente Nacional llevan adelante sus propias manifestaciones obreras, evitando enfrentar la fecha con la celebración del día de Juana de Arco. Lo nacional y lo social tiene que fundirse en lugar de confrontarse, y las consignas que enarbolan los militantes lo sintetizan: «*Le social, c'est le Front National*». Al mismo tiempo, el Frente empieza a organizar una trama de organizaciones profesionales y obreras, que le llevan a obtener un buen resultado a las elecciones sindicales en la policía, que le inspiran la creación de una Federación Nacional de Empresa Moderna y Libertades como tejido organizativo de la clase media, y que le inducen incluso a la formación de un remedo de frente sindical, el Círculo Nacional de Trabajadores Sindicados (CNTS). La histeria de las organizaciones sindicales ante el avance del Frente Nacional en las áreas de la función pública permitirá la intervención del gobierno Juppé, preocupado por la expansión de esta posible nueva resistencia entre trabajadores del transporte o funcionarios de prisiones. La coincidencia entre los temores del sindicalismo clásico y del gobierno de la derecha resulta sorprendente, porque para Juppé se trata, sobre todo, de poner coto a una acción reivindicativa, mientras que para la CGT, la CFDT o Fuerza Obrera se trata de evitar que el sindicalismo se aleje de la posibilidad de ser ocupado por un espacio de la extrema derecha.[44]

Los conflictos que se derivan de la nueva estrategia orientada hacia el *ninismo —ni gauche, ni droite—* del entorno de Le Pen se plantearán cuando este criterio puede operar realmente. El indicio de la participación en la agitación social ha sido imponente, en especial por su habilidad para establecer el criterio de la «antimundialización» y de la identidad a la hora de afrontar los problemas del desempleo. Cada vez que se esperan problemas en una empresa, la maquinaria del Frente Nacional se pone en marcha, para no hacer *visible* ante los trabajadores la equivalencia entre la defensa de su puesto de trabajo y la lucha por la defensa de la preferencia francesa. Frente a la factoría de Moulinex, el propio Mégret aparece repartiendo octavillas en las que puede leerse: «*Mondialisation=chômage*»,

justamente cuando la empresa quiere realizar un reajuste que pondrá en el paro a más de cuatrocientas personas. Una octavilla similar se distribuye a las puertas de Akaï Electric, con referencia a los empresarios orientales que se preguntan, lupa en mano ante un mapa, dónde se encuentra Francia. Los trabajadores de la Renault reciben una octavilla similar: «El mundialismo es la carrera de la productividad», «El mundialismo es la disminución de los salarios», «El mundialismo es el cierre programado de las industrias automovilísticas francesas». Bajo cada una de las octavillas, se coloca la consigna obsesiva: *«Le Front National vous soutien».* El lugar social ocupado por el Frente Nacional parece ya decidido, una vez manifestada la resistencia de los barrios residenciales a actuar solo de acuerdo con sus criterios de carácter conservador. De hecho, el Frente Nacional no consigue ser lo que su apellido le marca, porque no atrae el descontento de aquellos sectores preocupados por la contaminación de la cultura francesa, sino solamente a quienes, damnificados por las nuevas condiciones sociales, interpretan su suerte en estos términos. De haber conseguido vincular a su proyecto al sector social de la clase media-alta que le dio su apoyo inicial, el Frente habría podido crecer hasta extremos insospechados. Por ello, la propuesta de Maréchal no parece tan aviesa, al plantear el carácter más popular que nacional de la propuesta en su base sociológica, aunque no en sus criterios ideológicos que, a fin de cuentas, sirven para cohesionar el movimiento y permitirle mantenerse más allá de la protesta. Las discrepancias empezarán a ponerse de manifiesto en forma de una lucha por el poder entre las diversas familias que se han integrado en el Frente, y que arrastran un conflicto sordo desde hace años. Por un lado, el sector más fiel a las consignas tradicionalistas, más vinculado a la tradición de Stirbois y a los viejos círculos de la travesía del desierto, a la que pueden sumarse algunos recién incorporados que lo han hecho en los años ochenta en una posición ligada al radicalismo nacional-conservador. Por otro lado, quienes han llegado al Frente Nacional al calor de las primeras victorias, procediendo de la militancia en el gaullismo o el giscardismo, con actitudes etnoliberales que han ido corrigiendo en una línea cada vez más decididamente antiglobalizadora. No se trata de un enfrentamiento entre radicales y moderados, sino entre dos tipos de radicalismo: más en la línea

de la tradición de la extrema derecha del conflicto argelino, de mayo del 68, de la fundación del Frente, donde han hecho sus armas personas como Marie France Stirbois, Dominique Chaboche o Martine Lehideux, pero también nuevos actores como Samuel Maréchal o Bruno Gollnisch. Más en la tradición de una nueva derecha comunitarista, atenta a la nueva organización del capitalismo, centrada en los temas de una identidad cultural que saben conectar con los temas de la globalización, como Le Gallou o Mégret. La querella generacional es, también, un debate sobre la forma de alcanzar el poder, que los radicales en términos de ideología contemplan con mayor pragmatismo, considerando la posibilidad de unir la sucesión en el Frente Nacional al planteamiento de un *estado de disponibilidad* de la organización, asentada en un campo propio que, antes de que pueda producirse un reflujo, deberá negociarse.

El enfrentamiento, que podría presentarse entre Mégret y Le Pen, tiene su visualización —cuando se trata de preservar el liderazgo incontestable del segundo— en la lucha entre «los dos Brunos», Mégret y Gollnisch. Ambos pertenecen a la misma generación —Mégret ha nacido en 1949, Gollnisch en 1950—; ambos tienen una formación sólida —Mégret como ingeniero de caminos, Gollnisch como profesor universitario de Letras en Lyon—; pero les separa todo lo demás. Gollnisch es un tradicionalista, un orador brillante, un polemista hábil en una línea que recuerda a Le Pen, mientras que Mégret tiene la meticulosa habilidad y la paciencia constructora de su oficio. En el caso de Mégret, su carisma solo puede proceder de su triunfo en la gestión, es un carisma poco adecuado para los excesos verbales y la opulencia de discurso que gusta en el estilo populista, aunque pueda orientar un carisma de eficiencia administrativa que empieza a abrirse paso en la política europea. Por lo demás, ambos dirigentes compiten en sus cargos: desde la dimisión de Carl Lang en 1995, Gollnisch es el secretario general. Bruno Mégret no ha conseguido hacerse con el puesto aprovechando el desconcierto de Le Pen en ese momento, y tiene que conformarse con mantener el lugar de delegado nacional que ha compartido con las secretarías generales de Stirbois y de Lang, casi siempre en situaciones de conflicto potencial, de yuxtaposición de soberanías. El momento es, sin embargo, muy dulce para Mégret, cuando una serie de

triunfos le permiten avanzar sus piezas con una temeridad que desmiente su acrisolada paciencia. A comienzos de 1997, las elecciones municipales celebradas en Vitrolles han dado la alcaldía a su esposa, siendo la única alcanzada en un duelo bipolar. En el X Congreso del partido, que se celebra en Estrasburgo, los delegados le otorgan muchos más votos que a su rival Gollnisch… pero también más que los que se dan a Le Pen. El efecto Vitrolles se muestra en los gritos de los delegados, que se atreven a recordarlo en pleno discurso de clausura. En ese momento, las cosas parecen estar claras para un Mégret que cree que la sucesión está servida, de una forma que permitirá la aceptación del Frente Nacional en la mesa de negociaciones de la gran derecha a constituir como alternativa a la V República.[45]

El escenario de las elecciones legislativas, súbitamente adelantadas por un Jacques Chirac muy mal aconsejado, encuentra al Frente Nacional en plena crisis de sucesión larvada. Y le obligará a tomar decisiones que la acentuarán, convirtiéndolas en la base de una ruptura. Chirac ha querido convocar las elecciones para evitar la recuperación del Partido Socialista y afirmar cinco años más de mayoría absoluta en la Asamblea Nacional, que le permitan llegar a las presidenciales previstas en el 2002 con tranquilidad. Los resultados de la primera vuelta parecen darle la razón, al conseguir una victoria ajustada que, sin embargo, ofrece ya los signos de preocupación que le han incitado a adelantar los comicios, con la obtención de buenos resultados de la izquierda tras las catástrofes sucesivas de 1993 y 1994, confirmando la tendencia abierta en las presidenciales y municipales de 1995. El problema se presenta justamente en ese momento, cuando el Frente Nacional, que ha obtenido casi cuatro millones de votos en el primer turno —reiterando el 15 por ciento de las presidenciales—, tiene que decidir qué aconseja hacer en la segunda vuelta. Se trata, nada menos, de decidir si en Francia va a tener mayoría parlamentaria la derecha o se va a entregar a la izquierda el control del Palais Bourbon, en el inicio de una nueva cohabitación. Se trata, además, de algo más arriesgado: la izquierda que llega de la mano de Jospin no es la moderación de Rocard o Fabius, sino la propuesta de un nuevo programa común, de una «izquierda plural» que supone el retorno de la coalición entre comunistas y socialistas, con la

incorporación del ecologismo y la permanencia del radicalismo de izquierda. En esas circunstancias, Le Pen hace las cosas con una claridad estremecedora: nombra a aquellos dirigentes de la derecha cuya elección debe ser evitada a toda costa. Entre los designados se encuentra el primer ministro saliente, mano derecha de Chirac, Alain Juppé, al que se considera «principal adversario» del Frente Nacional. La maquinaria del partido, movida por el secretario general Gollnisch, se pone a la disposición de los deseos presidenciales: más de cien candidatos del Frente Nacional que han pasado la barrera exigible legalmente del 12,5 por ciento de votos en la primera vuelta, se mantienen en la segunda. La triangulación perjudica, como no podía ser de otra manera, a la propuesta política presidencial. Mas incluso donde ésta no se produce, el candidato de la derecha no se hace con el voto del Frente Nacional: en 1997, según un sondeo de SOFRES, la mitad de sus electores prefieren votar al candidato socialista o hacerlo en blanco. El Frente Nacional ha lanzado un mensaje de competencia que no se limita a la presentación de candidatos, sino a lo que hay que hacer cuando el enfrentamiento entre la mayoría presidencial y la izquierda plural es la única alternativa. El resultado abre una etapa nueva en Francia muy distinta a la que podía imaginar Le Pen: sobre 577 diputados, 319 pertenecen a las diversas expresiones de la «izquierda plural» que va a hacerse cargo del gobierno hasta el año 2002. Ese hecho no significa la derrota de la derecha solamente, sino la *salvación* de la izquierda en primer lugar y, a más largo plazo, la concentración de votos en quienes pueden evitar que la izquierda plural regrese a formar mayoría de gobierno.

Bruno Mégret ve en el estupor del país, que esperaba asistir a un simple tirón de orejas y contempla que el Frente Nacional sirve para dar la victoria a la izquierda, la necesidad de un cambio. La derrota de la derecha puede ser una cura de humildad para Chirac, pero no puede convertirse en un bálsamo de orgullo para el Frente Nacional. El nacional-populismo ha mostrado su capacidad destructiva: se trata, ahora, de que sea capaz de plantear las condiciones de un encuentro. Las sirenas entonan su melodía inmediatamente después de la derrota, de la mano de Peyrefitte, que en *Le Figaro* indica que la prioridad de la derecha es superar su fractura. Toda una declaración de reconocimiento, a lo que se suman análisis semejantes de

Robert Pandraud en *Le Parisien* y de Claude Goasguen en *Valeurs actuelles*: mientras uno se refiere a unas negociaciones en la base, el otro lo hace a poner fin a la demonización del Frente Nacional.[46] Naturalmente, los comentarios irán acompañados de la insinuación de un cambio en el nacional-populismo, que incluye el relevo de su máximo dirigente.[47] El error de Mégret no es la propuesta de un cambio de estrategia, sino la aceptación de identificarla con una sucesión. Los seguidores de Gollnisch, que tiene más paciencia y sabe que todavía se encuentra en el tiempo de la espera, ven en el silencio de Mégret una confirmación de sus acusaciones de complicidad: el alcalde de Vitrolles quiere regresar a sus orígenes del RPR, pertrechado por el trabajo realizado por una militancia abnegada, intransigente, capaz de derribar una mayoría parlamentaria. Por otro lado, las actitudes en la derecha no son uniformes, y la antigua mayoría se permite la ambigüedad de sus ofertas a sabiendas de que proporcionarán un debate demoledor en el seno del Frente Nacional. Las querellas del Congreso de Estrasburgo son conocidas por todos y la derecha acaricia la idea de una escisión, que convierta a un nuevo Frente Nacional en una fuerza domesticada, debilitada, integrable más que integradora.

La crisis del Frente Nacional va a desarrollarse inmediatamente después de las elecciones legislativas. El sector intransigente hace algunas concesiones en el ciclo de las regionales, cuando se producen acuerdos con la derecha en cinco regiones, pero la delimitación de campos está señalizada y las operaciones parciales no permiten atenuar la estrategia de fondo del partido. Para quienes la alternativa sigue pasando por la autonomía radical del proyecto, la derecha liberal puede ser amable en circunstancias concretas que serán aceptadas en beneficio de todos: pero se trata de otra cosa. Se trata de saber si el *conjunto* de la derecha, su dirección nacional, está dispuesta a aprender de la lección de las legislativas para plantear la creación de una cultura política nueva, cuyo método sea el acuerdo sistemático en los procesos electorales mayoritarios, y cuyo objetivo sea la superación de las instituciones. Lo que este sector no está dispuesto a aceptar es la reiteración de acuerdos parciales mientras esos dos aspectos no establezcan un solemne compromiso que convierta al Frente Nacional en redactor de la alternativa, una vez ha fracasado el intento de su

aislamiento. Mégret, en cambio, cree que las cosas pueden hacerse a plazos, mediante una lenta ocupación de poderes municipales a los que seguirá la confianza de un electorado que nunca más debe asistir a una victoria de la izquierda propiciada por la actitud del Frente Nacional. Para Mégret, la derecha nunca llegará a la aceptación de alianzas si los episodios como el de las legislativas son juzgados como una irresponsabilidad del movimiento nacionalista. Si el precio a pagar es la cabeza de Le Pen, Mégret está dispuesto a hacerlo, siempre que el resultado sea la ansiada entrada en el área de normalización de la alternativa. Como la historia está forjada de pequeños sucesos que, en las circunstancias apropiadas, se convierten en el punto de apoyo que mueve el mundo, un episodio menor precipita la dinámica infernal que conduce a la escisión. En julio de 1998, Jean-Marie Le Pen es inhabilitado para presentarse a las elecciones europeas, por haber agredido a una candidata socialista en la circunscripción donde se presentaba su hija Marie-Caroline. La respuesta de Le Pen parece adecuarse a lo que ha hecho Mégret en Vitrolles un año antes: plantea que la lista del Frente Nacional sea encabezada por su esposa. El juego alcanza los niveles de comedia de enredo, cuando los enemigos de Mégret llegan a constituirse en una corriente informal, TSM —*Tout sauf Mégret*—, en cuanto éste señala que le corresponde ocupar el primer puesto en la candidatura de 1999. Las declaraciones de Le Pen y Mégret tratan de establecer las diferencias en el campo de la estrategia e incluso de la cultura política. Le Pen cierra la escuela de verano de 1998 indicando que «no se trata de jugar a los Fini o a los Haider, es decir, renunciar a nuestro programa o acomodarlo para hacerlo compatible con el de los responsables de la decadencia». Mégret responde, en *Présent*, dos meses más tarde: ¿de qué se trata entonces? ¿De mantener el programa a salvo en una caja de seguridad ideológica mientras la política ocurre en otra parte, en ese mundo cargado de riesgos que es la sociedad?[48]

La oposición dialéctica pasa al espacio de las decisiones burocráticas. En diciembre de 1998, los megretistas son excluidos de un partido que les trata de «extremistas», de «racistas». En enero de 1999, Mégret realiza un congreso que escenifica la escisión con la misma ausencia de Le Pen: la mayor parte de los secretarios federales pasan a la formación que mantiene

las siglas Frente Nacional-Movimiento Nacional, a la espera de que la justicia dictamine sobre la propiedad del nombre. La mayor parte de los consejeros regionales toma el mismo camino. Sin embargo, la militancia permanece al lado de Le Pen. Escisión de cuadros, de representantes locales, de notables, la permanencia de los militantes no anuncia el desastre del lepenismo con el que esperaba contar Mégret, deslumbrado por el Congreso de Estrasburgo. Las experiencias electorales inmediatas habrán de poner las cosas en su lugar. Y el lugar sigue llamándose Le Pen, aunque sea más pequeño en una primera instancia: fuerzas como Caza, Pesca y Tradición son capaces de colocarse por encima del Frente Nacional en los resultados de las europeas. Entre las pequeñas candidaturas presentadas, el grupo de Le Pen solo consigue rebasar a la alianza entre los trotskistas de Laguiller y Krivine, y a los Verdes, instalándose en un penoso 5,6 por ciento que, sin embargo, le permite lo fundamental: entrar en el Parlamento. Su adversario, con el 3,3, paga las condiciones de un sistema que castiga a las fuerzas minoritarias con bastante más que con su menor participación. Ese porcentaje, en términos políticos, equivale a cero. O, en las condiciones del conflicto, a varios puntos por debajo de esa temperatura. Para quien ha hecho de su control institucional el principal de sus méritos, la expulsión de las instituciones es más que una penitencia: es una condena. Mégret ni siquiera consigue conservar el nombre del Frente, que se otorga por la magistratura a Le Pen, y tiene que combatir en el terreno siempre incómodo de imponer unas siglas inéditas, en la sopa de letras en que se ha convertido la oferta política francesa. El nuevo Movimiento Nacional Republicano tiene una esperanza bien fundada: el espacio municipal del 2001 le pertenece. Ahí no va a jugar la inercia de un voto de partido, sino la aceptación de los candidatos cualificados: ése es el lugar de origen de un progreso en el partido, de un prestigio, de un carisma específico que habrá de confirmarse. Los resultados son catastróficos para el campo nacionalista en su conjunto: solo pueden mantenerse 78 candidaturas en la segunda vuelta, lo que reduce la participación a una tercera parte de lo recogido en 1995. El Movimiento Nacional Republicano parece imponerse, conservando Vitrolles y Marignane, pero la pérdida de Tolón es demoledora, así como la permanencia de Orange en las manos del Frente

Nacional. Que los defensores del pacto con la derecha no hayan sido premiados por nadie, ni siquiera por ese chiraquismo al que deseaban dirigirse, parece atestiguar la justeza de las posiciones de Le Pen. El conflicto solo ha servido para debilitar a la Oposición Nacional en su conjunto, para colocarla por debajo de movimientos tradicionalistas pintorescos, para devolverla a los límites de una expulsión del Parlamento europeo que podría haber marcado el principio del fin. El reproche a Mégret brota de bocas menos indisciplinadas que las de Le Pen. Las previsiones de la derecha liberal parecen haberse cumplido. Tras una operación a corazón abierto, solo parece necesario realizar la autopsia de ese curioso cuerpo de la extrema derecha que ha estado latiendo obstinadamente en el recinto republicano.

El gran momento para realizarla parece ser, de nuevo, el de las elecciones fundamentales del régimen: las presidenciales de la primavera del 2002. Todas las circunstancias imaginables podrán reunirse para que las esperanzas de la derecha liberal se desmoronen, mientras que el gobierno de la izquierda plural recibe un correctivo del que aún no se ha recuperado. Entre esas condiciones se encuentra —y no es el menor de los factores— una costumbre que hace de la primera vuelta un espacio libertario, de presentación de candidaturas sin posibilidad alguna, pero que aprovechan la campaña para lanzar un mensaje al país y negociar luego sus votos con la avarienta actitud de un prestamista. La máxima libertad de la primera vuelta es un riesgo que puede reducirla a las mínimas opciones en la segunda, pero nadie espera sorpresas importantes. El mecanismo alienta, de esta forma, la presentación de una oferta desencajada, llena de matices superlativos, atestada de zonas de identificación personal. Dieciséis candidatos desean aprovechar esos cinco minutos de gloria a los que Andy Warhol nos ha dado derecho: el presidente Chirac es acompañado por el antiguo ministro de Educación, François Bayrou y por el liberal Alain Madellin. Jospin tiene menos fortuna: todos los partidos que integran la «izquierda plural» desean justificar el calificativo y presentan su candidato, a lo que se añadirá la presentación de tres dirigentes trotskistas. Por el momento, esa

multiplicación escénica es una anécdota, una especie de coro ornamental para el verdadero duelo que debe producirse entre el presidente y el primer ministro.[49]

La segunda circunstancia tiene una complejidad política mayor, que se reúne con la mecánica del sistema electoral para proporcionar a Francia una noche de pesadilla y a Le Pen una jornada de embriaguez. Lionel Jospin llega a las urnas afectado profundamente por un elemento que sigue provocando la erosión de todos los partidos y que, en este caso, provoca su profunda desgracia en la primera vuelta. La aparición de las fuerzas que se oponen al sistema se han ido consolidando en un movimiento contra la globalización que adquiere una corpulencia asombrosa precisamente en los años de su mandato. Para buena parte de los integrantes de este activismo —que se expresa en las calles, en la movilización permanente contra las condiciones del nuevo capitalismo, en el deseo de expresar una disidencia, de configurar una oposición radical, de ir proponiendo una nueva distinción entre la sociedad y la política—, la distinción de campos excluye una solidaridad con el gobierno, al que se ve como un reformismo clásico que no tiene la intención ni la posibilidad de transformar el nuevo sistema. El movimiento quiere caracterizarse, precisamente, por ese distanciamiento que debe verificarse también en las urnas, y que tiene en las elecciones presidenciales el mejor momento para hacerlo, cuando *todos los votos cuentan*, porque llaman al ejercicio de una protesta que no exigirá responsabilidades de gestión. Por otro lado, la izquierda plural ha sido incapaz de salir al encuentro de esa nueva identidad alternativa, a pesar de los esfuerzos de Jospin por abrirse a un pacto republicano que reconoce todas las sensibilidades. Para la izquierda alternativa, la matización se establece entre Chirac y Jospin, no entre Jospin y sus candidatos. Las propuestas de Jospin en la campaña de 1997 se han hecho de acuerdo con un tímido keynesianismo que ignora las condiciones reales en que se mueve un capitalismo francés totalmente distinto al que se ha conocido veinte años atrás. En *La gauche imaginaire et le nouveau capitalisme*, los periodistas Gérard Desportes y Laurent Mauduit señalan la forma en que las intenciones del primer ministro se estrellan contra unas estructuras que no le ceden el margen de maniobra en que confiaba una socialdemocracia

clásica.[50] Los distintos elementos que debían haber marcado el cambio de gestión: la precariedad laboral, el control fiscal de las grandes empresas, el freno a las privatizaciones, las condiciones salariales, el incremento de las bolsas de pobreza, se convierten en zonas intocables mediante una política estrictamente nacional, que debe combatir en el doble frente de los criterios de Maastricht y del cambio de estructura empresarial francesa. Los viejos patronos de los años sesenta ya no lo son a finales de siglo, sustituidos por sociedades anónimas capitalizadas por los fondos de pensiones. La vieja capacidad de acción del ministro de Finanzas se enfrenta a los acuerdos tomados a escala europea y a los principios de un plan de estabilidad generalizado en el continente. El desconcierto de Jospin cuando averigua en qué consiste su poder de mando es comprensible. El júbilo de la derecha, también: cuando Jospin, en contra de todas las promesas hechas en la campaña, tiene que aceptar el cierre de la filial de la Renault en Vilvorde (Bélgica), Philippe Séguin podrá ironizar sobre las virtudes de un austero personaje que siempre ha señalado la coincidencia entre sus palabras y sus actos.

En la noche del 21 de abril, la sorpresa llega a todos los hogares, a todos los locales de los partidos, a todos los votantes o a ese porcentaje inmenso de franceses que ha aprovechado el buen tiempo para pasar un día de campo o que, desilusionado por las circunstancias, ha decidido expresarse en silencio. Jean-Marie Le Pen, difunto en las elecciones europeas y en las municipales, obtiene el mejor resultado de su carrera: 4.791.750 votos, un 17 por ciento. Esa cifra, todo un signo de resurrección, puede satisfacerle al señalar que ha concluido su etapa de destierro. No es esa reincorporación al espacio nacional lo que convierte esa noche en el fundido en negro republicano. Por la dispersión del voto de la izquierda, que ha querido castigar a Jospin en unos casos, o ha querido presentar a un minúsculo candidato que verifique la esencia de la «izquierda plural» en otros, el jefe del Frente Nacional pasa al *ballotage*, obteniendo un lugar en la historia que habrá de compartir con Mitterrand, con Giscard, con Chirac, con Jospin. Al mérito de los propios votos se suma, necesariamente, lo que ocurre en el desguazado espacio de la izquierda. El candidato socialista obtiene 200.000 votos menos que Le Pen, un 16,12. Ante esta circunstancia, los 650.000

votos de la candidata radical Christine Taubira o el millón de votos del comunista Robert Hue, o el millón y medio del socialdemócrata Chevènement resultan una impostura, un capricho, una irresponsabilidad política, en la medida en que han arriesgado —y perdido— la posibilidad de agrupar fuerzas en torno a un candidato a presidente de esa misma izquierda plural de la que dicen forman parte. Sin existir el derecho a réplica, sin darse unas condiciones de la ley electoral que permitan una participación de un tercer candidato, como sucede en las legislativas cuando alguien pasa del 12,5 por ciento de los inscritos, la apuesta es letal y la candidatura resulta una frivolidad. ¿Ha sido más importante que Robert Hue pueda contar sus votos —averiguando, además, que los trotskistas los triplican— que permitir el acceso de quien podía haber ganado el Elíseo para el conjunto de la izquierda? Porque la dimensión de la tragedia se expresa en un dato revelador: doce millones de electores, un 43 por ciento de quienes han ejercido el derecho al voto, se quedan sin candidato en la segunda vuelta, teniendo que optar por quien ha conseguido menos del 20 por ciento y que, gracias a la fortuna de Chirac, consigue sumar la totalidad del voto antilepenista. La magnitud de la tragedia es que, de acuerdo con la conducta de los votantes del Frente Nacional en la segunda vuelta, podía esperarse una captación de una zona importante de ese sufragio por Jospin y, por tanto, una nueva victoria de la izquierda en las presidenciales a la que, sin duda, habría seguido la conquista de la mayoría en la Asamblea Nacional, siguiendo las habituales dinámicas de la V República. ¿No podría considerarse lo mismo de quienes, fuera de esa «izquierda plural», queriendo representar una alternativa de izquierdas conectada con los nuevos movimientos sociales, votan por Laguiller o por Besancenot reuniendo tres millones de sufragios? No en principio, si tenemos en cuenta la reflexión realizada antes, la legitimidad de considerar que el sistema está agotado en sus canales de participación habituales. Sí, en cambio, al considerar cualquier estrategia política sensata, es decir, la que no hace *equivalentes* a Jospin y a Chirac, la que no considera, como lo hace la ya jubilada Laguiller, que escoger entre uno y otro es como escoger entre la peste y el cólera. En una reflexión adecuada de la izquierda, incluso de la más radical —como la que ha representado el Partido Comunista en las

condiciones de los años sesenta o setenta—, la estrategia sensata habría requerido medir un riesgo que nadie tiene en cuenta. Los resultados electorales de 1999 y 2001 podrían despistar, reduciendo a Le Pen a unas condiciones de marginalidad que permiten no tenerlo en cuenta en las presidenciales del 2002. Por otro lado, ese voto de protesta de la extrema izquierda pierde un factor de legitimidad cuando, en las legislativas siguientes, los electores de Laguiller o Besancenot se evaporan, y los resultados de Lucha Obrera o la Liga Comunista Revolucionaria se reducen en tres cuartas partes *ya en la primera vuelta*. Lo cual indica la fractura entre la fortaleza negativa del voto y su fragilidad a la hora de manifestarse en términos positivos, incluso en la opción por los grupos dirigidos por los candidatos presidenciales votados en abril.

La noche más triste comparte su ronda en la desesperación de Jospin y en la de Mégret. El candidato del Movimiento Nacional Republicano no solo es batido en su duelo personal con Le Pen, sino que tiene que asistir al gran triunfo del Frente Nacional después de haber sido excluido del partido. En ocasiones, los senderos de gloria muestran su empeño en dirigirse a los cementerios: con 665.000 votos —2,35 por ciento—, el que parecía llamado a dirigir la operación del reencuentro de la derecha queda solo por delante de candidatos anecdóticos, como la mencionada Taubira, Corinne Lepage, Christine Boutin o Daniel Gluckstein: tradicionalistas, fragmentos del viejo radicalismo y un representante del vector más sectario del trotskismo comparten la balada que suena en el café triste de la marginalidad política. El problema para Mégret es que todos sus compañeros en ese club de los poetas muertos conocía sus limitaciones, mientras que el alcalde de Vitrolles esperaba situarse en una disidencia apreciable, donde el futuro tuviera un lugar para acomodarse. En su ciudad, Mégret consigue imponerse a Le Pen, por muy poco; en la otra alcaldía del MNR, Marignane, Le Pen dobla el porcentaje obtenido por Mégret. El candidato del Frente Nacional tiene algunos retrocesos importantes en Yvelines, Seine Saint-Denis, Essone, Valle del Marne… zonas de voto obrero que, esta vez, se muestran más resistentes al nuevo choque populista. El impulso ascendente en el Franco Condado, en el Jura y en Belfort permite compensar pérdidas en territorios tradicionales, como el Alto y el Bajo Rin.

Se trata de meras matizaciones para interrumpir por breves instantes el sueño de una noche de primavera. Rápidamente, Chirac puede asomarse a las pantallas de televisión para mostrar el desafío del Frente Nacional que, de pronto, coloca al dirigente gaullista en el sintetizador del campo republicano. El astuto y ya curtido político no perderá la ocasión de comenzar esa misma noche un proceso de fusión de fuerzas en el que viene pensando desde la derrota de 1988: «Queridos compatriotas: esta noche quisiera expresarme ante vosotros con gravedad. Con fuerza y determinación. Lo que hoy se cuestiona es nuestra cohesión nacional, son los valores de la República, a los que todos los franceses se sienten vinculados. Lo que se cuestiona hoy es la idea misma que nos hacemos del hombre, de sus derechos, de su dignidad». Pues bien: Chirac aparece ya en aquel momento como el candidato de *todos*, aunque habría preferido que la izquierda se mantuviera en silencio. Ésta no lo hace, sino que invade las calles sin proporcionar al candidato conservador la ventaja que le ha dado la fortuna de un sistema de elección dotado de cierta perversidad. La victoria no será la de Chirac, sino la de un campo republicano que él mismo reclama, pero que desea expresar su rechazo ante el nacional-populismo.

Jean-Marie Le Pen ha resuelto la crisis. El Frente Nacional la ha resuelto también, en la medida en que ha vinculado su suerte a una apuesta vinculada a su líder desde 1972, rechazando lo que parecía ofrecer opciones más inmediatas. Ciertamente, la segunda vuelta no otorga a Le Pen el 30 por ciento con el que *dice* soñar, porque el 72 por ciento de participación en la primera jornada se convierte en un 81 por ciento el 5 de mayo. Tres millones de franceses más acuden a las urnas. Y no lo hacen para votar al candidato frentista. El 18 por ciento obtenido es presentado por la prensa internacional como una «victoria arrolladora» de Chirac. La aritmética vuelve a tener una vida conyugal conflictiva con la política: la relación de 82 a 18 es, desde luego, abrumadora en una confrontación presidencial. ¿Es tranquilizador ese territorio de seis millones de electores nacional-populistas sometidos a la presión de todos los medios de comunicación, de todas las instituciones, de las manifestaciones callejeras, de las advertencias de los intelectuales? Esa *patología normalizada* continúa creciendo, manifestándose incluso cuando había entrado en una fase de remisión. La

estrategia falla, con todo, en la misma capacidad de Chirac para hacer de esas circunstancias de riesgo para la democracia las condiciones de un triunfo de la derecha que él identificará con la construcción de un nuevo partido, de una fuerza presidencial que refunda las instituciones de la República. Colapsada la recuperación de la izquierda socialista, el episodio se agrava cuando un Jospin desquiciado se niega a encabezar el combate de las legislativas, permitiendo dar una mayor sensación de seguridad a la derecha, una conquista del campo institucional en la que la izquierda adquiere la forma de una resignada posición minoritaria, tras haber permitido la intrusión de la extrema derecha por la dispersión de sus candidaturas. Las elecciones de junio proporcionan a la Unión por una Mayoría Presidencial cuatrocientos diputados, una mayoría absoluta inesperada que, además, va convirtiéndose en una fuerza coherente, capaz de superar las divisiones originadas en la victoria giscardiana de 1974 y sus intentos de crear un espacio que prescindiera de buena parte del gaullismo. Ese elemento es el que ya hemos calificado de error de la estrategia de Le Pen: el régimen sobrevive y la victoria del Frente Nacional no le permite la invasión de espacios, la capacidad de volar la democracia, la entrada por la puerta principal en esa nueva mayoría que se define al margen y en contra del nacional-populismo. Los seis millones de votos de Le Pen en mayo quedan reducidos a la mitad para los candidatos del Frente Nacional en las legislativas de junio. Peor aún: si, en 1997, el Frente había podido mantener 133 candidatos, en el 2002 no pasará de la treintena. La pérdida de esa capacidad de condicionamiento señala los efectos colaterales de una victoria *sobre Mégret*, pero no sobre la estrategia de Chirac, que se ha visto reforzada con la derrota de la izquierda y la amenaza real del nacional-populismo. Poco a poco, nuevas frustraciones se levantan en el Frente Nacional, cuando ha podido digerirse la borrachera del 21 de abril y empieza a notarse el sabor áspero de las resacas.

El XII Congreso del partido, que se celebra en Niza un año después del gran acontecimiento, cierra el camino a una sucesión orientada en favor de la hija de Le Pen, Marine. Los antiguos enemigos de Mégret que han sabido esperar, Bruno Gollnisch y Carl Lang, comienzan a desplazar el partido hacia las zonas que en Europa dan verdadera rentabilidad: la construcción

de un espacio que sea, al mismo tiempo, complementario y alternativo. Los delegados dudan que Le Pen pueda ser un buen candidato rozando los ochenta años, y confían en un eficaz Bruno Gollnisch, que ha sabido mantener su lealtad al partido en los momentos difíciles.[51] Debe tratarse de un extraño consuelo para Mégret, abandonado por buena parte de los cargos públicos que se han lanzado a la aventura del MNR, como Simonpietri, o por alguno de los intelectuales que le han dado prestigio en los ambientes de la Nueva Derecha, como Pierre Vial, que se ha negado a condenar los atentados del 11 de septiembre. Acosado por las deudas de las campañas sin éxito, el hombre que sabía demasiado conoce la paternidad exclusiva de una derrota que no ha fecundado en solitario, pero que se legitimará con su apellido. Treinta años después de la fundación del Frente Nacional, la trayectoria del movimiento nacional-populista ha trazado una estela convertida en rumbo. El viejo paraguas que protege bajo un nombre pomposo a todos los sectores de la extrema derecha en un grupúsculo en 1972; el movimiento neoconservador que emerge en la oleada de resistencia al socialismo en el poder en 1983-1984; el grupo que gira hacia posiciones populistas radicales, en un etnicismo antisistémico que se apoya en la crisis de un modelo industrial; el partido de los descontentos capaz de llegar a condicionar desde su oposición nacional la vida de la república, tiene que volver a escoger, cuando las condiciones son menos propicias. La elección se reduce, como en toda su carrera, a ser una parte del movimiento de la derecha o identificarse en un espacio cohesionado por su misma marginación. Esa elección, como sucedió en 1984 o en 1990, no dependerá de su voluntad, sino de la dinámica que establezca el juego de fuerzas en la refundación de la V República.[52]

4. ITALIA: EL ZAFARRANCHO AQUEL DE VÍA MERULANA (19762001)

Réquiem. El bloqueo del sistema político y las oscilaciones de la extrema derecha (1976-1992)

Cuando se produjo el secuestro y asesinato de Aldo Moro en 1978, las posibilidades de una reforma del sistema político en el marco de las instituciones republicanas fueron abolidas, aun cuando la lectura inmediata pareció plantearse como una nueva rectificación del juego de fuerzas en presencia. Lo era, desde luego, pues se trataba de la marginación del Partido Comunista y del fracaso de la estrategia de inserción propuesta por Berlinguer, algo que condenaba al principal partido de la oposición a continuar en las condiciones de una vida paralela, al otro lado del espejo de las instituciones, reflejando borrosamente la crisis que éstas sufrían. Sin embargo, quienes habían apostado por esa corrección de línea no disponían de una verdadera propuesta de regeneración que añadiera a la exclusión de los comunistas la capacidad de crear un espacio dentro del régimen que actuara como alternancia, amortiguando los desgastes de la gestión gubernamental. La duración de la hegemonía de la Democracia Cristiana en su forma de negativa a consolidar la cultura de la solidaridad nacional más allá de la década del terrorismo parecía reforzar el dominio político del partido católico, mientras, en el fondo, impedía que se pudiera realizar una reforma del sistema creíble, que permitiera salvar la permanencia de las fuerzas que lo habían venido representando en las instituciones.

La Italia que ingresa en la década de los ochenta tiene unas características sociales que la harán muy vulnerable a los problemas que estallan en la siguiente década. Hablamos de una cultura en la que se normaliza la yuxtaposición de lo estatal y lo social, de una *invasión* de lo cívico por lo administrativo, que no se refiere solo a la amplitud de un sector público de la economía, sino al carácter clientelar del régimen. El hábito de establecer una relación entre vida privada y vida pública, que pasa

por la protección de alguno de los partidos en presencia y por el apoyo prestado al mismo por un sector del electorado beneficiado, adquiere unas características enfermizas que son la perversión del beneficio prestado a los sectores que están de acuerdo con la política gubernamental. Se consolida como una línea de patronazgo y de servidumbre, de mutua necesidad que pone en peligro tanto la autonomía de la sociedad como la función de representación general de las instituciones, dibujando un esquema de *participación* en la esfera del poder que se entiende en términos distintos a los de la democracia, aunque se hacen públicos, se conocen, se asimilan, como una situación que se identifica con las costumbres del régimen, unas vías de constitución diaria del poder que no podrán tocarse sin modificar el sistema mismo. Esta estructura se acentúa por la permanencia prolongada de un partido en el poder, en torno al cual se organiza la vida satelizada de los demás, o frente al que se determina la posición excluida de quienes no aceptan el juego o no son aceptados en él. El partido católico ha creído posible construir una trama de intereses económicos —el poderoso sector estatal de la economía— que le permite aislarse de las presiones de los empresarios, sin comprender que esta nueva trama establece su lógica de reparto de recursos entre los miembros de la familia gubernamental en un escándalo cuya continuidad lo convierte en el cinismo popular ante la clase política. El reparto de cuotas en los medios de comunicación pública, por ejemplo, asignando canales distintos a fuerzas políticas diferentes, indica una curiosa noción de la pluralidad, que se atestigua en la manera en que se distribuyen las áreas administrativas en el sector productivo estatal. Como muchos italianos saben, las querellas entre los diversos partidos de la mayoría encuentran su principal cuestión en ese reparto de zonas de influencia que ni siquiera se contempla como corrupción, sino como un acceso lógico a las zonas de responsabilidad. La experiencia del *pentapartito* en los años ochenta acabará de agotar los límites de ese modelo. Uno de los problemas que deriva de esta cuestión es, como puede imaginarse, la existencia de un déficit crónico, que se alimenta de una complementaria carencia de eficacia para controlar fiscalmente una cuarta parte del producto interior bruto del país, en especial en el ámbito de la pequeña empresa de servicios, así como los gastos realizados en una

administración gigantesca y la escasa eficacia de la gestión en el IRI o en ENI, antes de las reformas emprendidas por administradores como Romano Prodi. La existencia de un déficit fiscal tiene el problema de las dificultades para asumirlo en el recorte de gastos y en el control fiscal, que pueden enfrentar a los partidos de gobierno con su propia base clientelar, aunque el mantenimiento del déficit puede llevar el país a la bancarrota. Los problemas para llevar adelante las reformas fiscales de finales de los ochenta, con la oposición misma de miembros de la mayoría gubernamental, con la amenaza de una insurrección de los pequeños propietarios afectados, con la falta de solidaridad manifestada por la dirección del Partido Socialista y buena parte de la Democracia Cristiana, que tratan de defender su imagen ante sus electores, es una buena muestra de un problema que no se refiere solo a la corrupción del gobierno, como suele indicarse, sino a la aceptación de un orden corrupto por la complicidad de amplios sectores de la sociedad. Otra cosa es que esta misma sociedad que participa del fraude fiscal, de las concesiones de permisos de construcción, de la obtención de diversos servicios que dependen del Estado, de la impunidad de una administración nunca controlada, *crea* en las mismas instituciones que ejercen esa tolerancia. El beneficio que otorga el sistema a sectores distintos —que no se conocen, que no se comunican, que disfrutan de esos favores de forma autónoma— se digiere con la ayuda de un distanciamiento moral, de una ironía, de un rechazo de la confianza en el régimen, para establecer con él una simple convivencia. Cuando llegan episodios de corrupción como el de la Logia P-2 o el Banco Ambrosiano, como cuando se produce la constante noticia de los atentados de la Mafia contra representantes de la autoridad estatal, la inquietud puede ir creciendo —en especial cuando estas muertes vengan acompañando los tramos más exasperados del cansancio gubernamental, a comienzos de los años noventa—, pero no se constituye en una alternativa de reforma del régimen que salve la sustancia de lo creado en 1946.

Sería equivocado, sin embargo, pensar que la Italia de los años ochenta vive una crisis que va más allá de este distanciamiento: ni cree hacerlo, ni las cifras nos proporcionan la impresión de una bancarrota del régimen en su aspecto económico. Por el contrario, el país aprovecha la oleada de

prosperidad con que Europa alimenta una sensación de triunfo de los sectores medios y altos en los años centrales de la década, esa sensación de enriquecimiento fácil que desdeña las condiciones de marginación y las dificultades de crecimiento sostenible que se manifiestan. Italia va ocupando un lugar entre los grandes de la economía, llegando a desplazar a Gran Bretaña, gracias a las medidas de austeridad y a las reformas llevadas a cabo en la etapa de Spadolini y Craxi, hasta el punto de que el país *experimenta* la sensación de vivir en una expansión similar a la que se ha conocido en los años sesenta, y que tanto ayuda a compensar las incertidumbres de una época de cambios. La caída de la tasa de inflación o la mejora de la balanza comercial son dos de las manifestaciones de esta recuperación, producidas en ámbitos clásicos de las preocupaciones ministeriales. De lo que se habla, por tanto, es de una debilidad de la cultura política italiana que procede del distanciamiento entre sociedad y Estado, cuando el Estado es mucho más que un mero reducto institucional. Es un espacio real, que interviene con su mano protectora, con su negligencia fiscal o con su estímulo en áreas estratégicas poseídas por los ministerios. Pero es, además, una zona simbólica de reconocimiento, un ámbito de síntesis que debe corresponder a lo que los italianos entienden por su propia nación, por la cohesión constitucional, por la eficacia de las instituciones, por la lucha contra el terrorismo y el crimen organizado, por la preservación de la soberanía y la salvaguarda de una cultura. Pocas sociedades son tal hegelianas en su esperanza de que la sociedad se realice en el Estado, pero pocas han visto frustrado la ilusión de que el Estado sea capaz de representar a una sociedad sin anularla. La confianza que se deposita en otros lugares de Europa, precisamente donde el Estado tiene una presencia menos invasora, deriva de la potencia de la sociedad civil que puede referirse a ella misma como un todo plural, contemplando los conflictos sectoriales sin verlos en la forma de una perpetuación de una línea de comunicación directa entre cada uno de ellos y un ámbito de resolución parcial en el seno de un despacho oficial. En Italia, esa sociedad aparece dividida en culturas opuestas, excluyentes, que han creído encontrar en el Estado compensaciones para sus áreas de sociabilidad. La crisis de la Primera República puede comprenderse mejor si se entiende la forma en

que se dilapida una energía asociativa de base, una tensión cultural organizada tendencialmente, geográficamente, en los ámbitos territoriales donde tiene influencia el catolicismo o el socialismo, el liberalismo o las persistencias del discurso de la extrema derecha. Esa sociedad activa, multiforme, encuentra zonas de identidad de grupo, un paisaje habitado por una ciudadanía que fue *fragmentada* más que individualizada: en norte y sur, en marxista o católica, en fascista o democrática, en laica o democristiana. El problema fue adquirir una identidad republicana que concerniera a todos en su ambiente conflictivo de pluralidad, que permitiera que la nación adquiriera un significado social, un lenguaje comprensible, un idioma que permitiera la comunicación horizontal entre los pobladores del territorio, en lugar de enquistarlos en la frecuencia vertical de un bosque petrificado. Italia no padeció de un exceso de Estado, sino de una desviación de sus funciones, acentuada por el establecimiento de culturas alternativas, contradictorias, incapaces de constituirse en tonalidades de una gama cromática complementaria. La poderosa vigencia del espacio civil, de las experiencias culturales, de las tradiciones, no pasa a expresarse en términos de cohesión, sino de un conflicto letárgico que va proponiéndose de vez en cuando, señalando la imposibilidad de la consistencia nacional. La costumbre de solucionar ese conflicto en términos de pactos de reciprocidad entre patronos políticos y clientes sociales va estableciendo una comunicación entre el Estado y la sociedad que se hace a costa de la cohesión de la sociedad misma, sirviéndose de rituales visibles de compensaciones, de favores, de encargos pagados, de creación de opinión, cuya visibilidad hace aún más difícil la creación de una coherencia de base de esta sociedad, cuyos conflictos no debían presentarse como progresiva abolición de la sociedad propiamente dicha, sustituida por una dispersión de puntos que no compartían un significado, sino que competían por la conexión con el poder. Cuando el régimen dejó de responder a estas demandas, cuando la sociedad se movió por otros caminos, se produjo una incongruencia entre Estado y sociedad que ni siquiera pudo resolverse mediante esta parcelación, y provocó la destrucción del sistema político *en nombre de la sociedad*.[1]

Pues se trata de una sociedad en crecimiento, que se desarrolla al mismo tiempo que crea espacios de marginación, que incrementa zonas de desigualdad, pero que es capaz de establecer la imagen de una promoción individual siempre y cuando se acepte la transformación profunda que asegura el progreso. Italia es, en comparación con Francia, una sociedad cuyo tejido productivo se adapta mejor a los grandes cambios que introduce la posmodernidad económica. Está ante nuestros ojos, naturalmente, la existencia de un crecimiento del sector servicios que asume dos terceras partes del valor añadido a mediados de la década de los noventa, mientras el sector agrícola queda por debajo del 3 por ciento y el industrial se mantiene en una tercera parte de población y de valor producido. Esa secuencia es normal en los procesos de crecimiento, aunque en Italia se viva el factor inquietante de una agricultura atrasada que se enfrentará con dificultad a las exigencias de modernización de la Comunidad Europea. Lo importante, sin embargo, es la configuración de un modelo productivo constituido por la pequeña empresa de servicios, una zona de negocio familiar que alimenta a millones de italianos en la pequeñez de sus dimensiones y en la imagen adquirida de propietarios y responsables de su propio futuro. A su lado, la expansión de zonas de producción industrial dispersa se corresponde con un capitalismo molecular, que ha ido abandonando el modelo Fiat para establecer una relación entre pequeños negocios complementarios y una dirección empresarial que les da homogeneidad. De esta manera, la economía nacional se quiebra en economías regionales que van dando coherencia a territorios concretos, especialmente en el norte, y que constituye una sociedad civil consciente de sí misma, que reitera los valores de la clase media, de su oposición a la burocracia y a la fiscalidad, mientras sigue dependiendo de la organización superior de una gran empresa que da una lógica productiva a estos espacios familiares, abarcables por la experiencia directa de los nuevos sujetos sociales. La deslocalización que caracteriza al posfordismo se expresa, en este caso, en la forma de una recolocación, cuyo impacto sobre la conciencia de los productores es inmenso, creando una cultura del trabajo nueva, que convivirá con la protesta por la marginación y con la queja por el abandono de las viejas formas gigantescas de la producción de bienes de consumo duradero —o

por los procesos de robotización que expulsan mano de obra—.[2] Esta modificación agudiza la persistencia del mito del Mezzogiorno como una de las grandes cuestiones nacionales, aunque en forma invertida: la «cuestión meridional» se convierte, en el curso de estos años, en la «cuestión septentrional», con el surgimiento de un movimiento regionalista en el norte que se consolida en la constitución de las Ligas. El sur, cuya pluralidad no permite una simplificación marcada por la pobreza, los paisajes resecos, el analfabetismo y el desempleo, proporciona mucho menos de lo que obtiene de la renta nacional, algo que provoca la respuesta airada de los trabajadores del norte. Sin embargo, éstos no tienen en cuenta el desplazamiento de la renta que se ha vivido en las décadas anteriores en forma de emigración, ni la inversión de las grandes empresas industriales en la zona septentrional, ni la pertenencia de los grandes líderes políticos a los espacios situados por encima de Roma. La protesta no tiene en cuenta, tampoco, que la capacidad de consumo del sur viene determinada mucho más por transferencias privadas de renta que por la inversión directa del Estado. Pero la percepción sigue siendo notable y, sobre todo, expresa los problemas de la construcción de una nación.

Resulta interesante que, en esa necesidad de contemplación de lo que se es a través de un medio espectacular, el cine italiano construya un regreso a registros de carácter realista con la ampliación del cine de denuncia política que se basa en la corrupción. Esta tendencia, observada desde comienzos de los años setenta, anticipa el cinismo con que la sociedad italiana sabe quiénes son sus representantes, pero sigue votándolos con fórmulas prácticamente idénticas. El cine que se ha llamado «de conspiración» para explicar el poder que el sistema tiene sobre el pueblo, se resuelve también, en el caso italiano, en la popularidad de películas dirigidas por Elio Petri, Franceso Rosi, Damiano Damiani, Dino Risi o Marco Bellocchio. La edición del monumental *Novecento* por Bertolucci se presenta como una lectura de la historia de Italia en la primera mitad del siglo y, aunque algunos quieran verlo como un ajuste de cuentas con el fascismo, se expresa básicamente como una lectura nostálgica, una crónica de la historia popular cercenada por las condiciones en que agoniza la Primera República. El genio de Fellini al realizar una película como *Amarcord* también en la

segunda mitad de los setenta, construye una fábula onírica, atestada de sueños de la adolescencia, de deseos elevados a la categoría de una sublimación lírica o rebajados a la grosería de episodios cómicos que quieren retratar una educación sentimental. De la mano de esos autores, la sociedad italiana trata de comprenderse a sí misma en un espacio ocioso, lúdico, que adquiere a veces la solemnidad de un compromiso reiterado en la contemplación del espectáculo, como sucede en *Novecento*, o en la indignación por los relatos del cine de denuncia, que confirman la podredumbre que los ciudadanos ya conocen. Tal vez por ello, la sensación de pérdida se hace más potente, refugiándose en la penumbra de las salas, donde también se quiere encontrar la mezcla de escapismo estético, comedia de costumbres y escándalo sexual que estalla en un Pasolini dedicado a la reconstrucción minuciosa del sarcasmo de los comienzos de la época moderna, en su potente recreación de *El Decamerón* o *Los cuentos de Canterbury* (1971-1972). En ese esfuerzo de reconocimiento social, de encuentro con una parte de la propia historia cuando parece que el futuro no existe, habrán de situarse películas tan delicadas como *Una giornata particolare*, ese día especial en el que Mastroianni, un homosexual condenado al destierro por Mussolini, se encuentra a solas en un inmenso grupo de viviendas baratas con la madre de una familia numerosa, Sofía Loren, cuyos integrantes han acudido a escuchar un discurso del Duce. Ese interior tan voluminoso, en comparación con la ligereza de las muchedumbres, invierte la lógica del régimen fascista, y devuelve a los espectadores el significado de su privacidad. Mientras tanto, en la literatura puede avanzar el éxito de una obra como la de Umberto Eco, que en el mayor de sus éxitos, *El nombre de la rosa* (1980), va construyendo un artefacto sintético, formado de fresco histórico, novela de intriga y reflexión filosófica que tendrá una gran aceptación por cada una de estos aspectos tan sabiamente conjuntados. Esa novela de fuerza intelectual tan potente, hace contrastar su éxito con *todo lo contrario*, en la obra de Susanna Tamaro, con *Donde el corazón te lleve* (1994), una obra que ablanda la condición de los personajes hasta situarlos en ese nuevo sentimentalismo que hará fortuna en la última década del siglo, como si entre otros retornos, se reclamaran los grandes melodramas de Hollywood reinstalados en la

pequeña escala sugerida por las vivencias personales. El crítico Gino Tellini ha podido señalar el ámbito en que se mueve la exigencia del público en esa demanda poliédrica que solicita, al mismo tiempo, lo intelectual y lo sentimental, lo comprometido y lo fantástico, lo costumbrista y lo histórico. Puede expresarse, al mismo tiempo, la irrupción de la suave novela policíaca de Camillieri o de Donna Leon —escrita en inglés, pero inseparable del paisaje veneciano—, que acaban expresando un punto de vista sobre el conjunto de la sociedad a través del pretexto de un crimen, y la ternura ácida de las novelas de un Antonio Tabucchi, que ni siquiera necesita situar su principal éxito *Sostiene Pereira* en Italia, aunque la versión cinematográfica entregue el personaje principal a un auténtico emblema de la cultura de los años sesenta como Marcello Mastroianni en uno de sus últimos papeles. La figura patética de viejo Mastroianni deseando saber qué ocurre con la resurrección de la carne parece identificarse, cómica y ansiosamente, con un público que halla tan familiar el rostro del actor, su entrañable vejez próxima a los interrogantes de la muerte, su perplejidad ante las afirmaciones de la fe en que se ha formado cuando la hora está próxima, su apetencia de vivir en la mediocridad tranquila y, al mismo tiempo, su capacidad de sublevarse frente a la injusticia. La mezcla de todos estos elementos justifican un éxito comercial, una penetración en el corazón de los espectadores que se mantiene en la calidad de un encuentro con los problemas de autorreconocimiento de una sociedad en crisis.

Las elecciones de 1979 habían puesto fin, con el triunfo destacado de la Democracia Cristiana, a las esperanzas de una refundación del sistema político que pasara por la aceptación de las propuestas de la dirección del PCI. Sin embargo, no había impedido *cualquier* reforma, que tratará de ser llevada adelante por el vigoroso dirigente del Partido Socialista Bettino Craxi, que llegará a la presidencia del Consejo de Ministros en 1983, una vez que Giovanni Spadolini ha quebrado la tradición de que el cargo sea ocupado tan solo por los democristianos. La estrategia de Craxi, de acuerdo con lo que se le ofrece desde una Democracia Cristiana controlada por Forlani y Andreotti, es una modernización que excluya al Partido Comunista, creando un polo laico que es capaz de moverse en un espacio de

gobernabilidad y alternancia al mismo tiempo. La práctica del *pentapartito* expulsa del área gubernativa solamente a los misinos y a los comunistas, algo que tendrá efectos desastrosos en unos y otros a corto plazo, llevándoles a la necesidad de una refundación de sus proyectos. El problema de Craxi es disponer de un partido pequeño, que en su mejor momento llega al 15 por ciento de los votos —las regionales de 1985—, pero que es incapaz de reunir en torno a él a los diversos partidos del área laica: liberales, socialdemócratas, republicanos, para constituir una fuerza que pueda compensar la hegemonía de la Democracia Cristiana. La resistencia de cada una de estas formaciones a perder su identidad es importante, pero también lo es el miedo de Craxi a carecer del apoyo del que se mantiene tercamente como primer partido del país.[3]

La experiencia craxiana, desarrollada entre 1983 y 1986 directamente, y compartida entre 1986 y 1992 con presidencias del consejo democristianas, es un esfuerzo reformista del sistema que aprovecha las nuevas condiciones internacionales, la caída del muro y la desintegración del comunismo, para acelerar la que consideran principal anomalía del país —la existencia de un Partido Comunista que bloquea las fórmulas de alternancia—, estableciendo una coherencia entre la nueva mayoría gubernamental y una sociedad que exige ciertos cambios. Craxi puede interpretar que esas transformaciones se refieren al control del gasto público, al recorte del poder sindical, a la afirmación de la autonomía nacional italiana en el marco del bloque occidental, a la modificación del régimen institucional acentuando los elementos de estabilidad. De esta forma, su gobierno tendrá una energía visible en esos campos en los que responde a la inquietud de sectores sociales concretos, con la misma firmeza con que se enfrenta a las conquistas adquiridas por otros. El referéndum sobre la escala móvil de salarios en 1985 puede ser un ejemplo de este carácter del presidente, dispuesto a enfrentarse a las múltiples facetas del compromiso adquirido en otros tiempos con los sindicatos: la necesidad de dotar de mayores recursos a las empresas, el combate contra la inflación, el aislamiento del Partido Comunista y el freno al poder sindical. En todos esos frentes, su éxito será innegable, y el resultado del referéndum, con diez puntos de diferencia a favor de la posición gubernamental, parece sellar una etapa en la cultura

laboral italiana. Sin embargo, el proyecto de Craxi va haciendo adquirir al Partido Socialista una identidad puramente gubernamental que lleva hasta sus últimas consecuencias la decisión adoptada en 1963 por Nenni y De Martino, cuando el partido entró en el gobierno democristiano. La autonomía del socialismo parece beneficiarse de lo que sucede en Francia o España en aquellos momentos, pero tiene un problema ya señalado: el fracaso electoral del socialismo, que desea recurrir a una reforma en sentido mayoritario y presidencialista, que le permita constituirse en dirigente de un bloque de alternancia. En la medida en que la identidad se construye en esa modernización desde el gobierno, Craxi pierde un diálogo con la sociedad, para hacerlo a través de los mecanismos clientelares de siempre, aprovechando la satisfacción por el crecimiento económico que se experimenta.

Con todo, el sistema no encuentra solamente en Craxi sus aciertos y sus problemas. La identidad de la Primera República va quebrando en una crisis de la Democracia Cristiana que se oculta tras los éxitos electorales, que no desean verse como la carencia de alternativas nacionales viables, y se leen en términos de una aceptación entusiasta del modelo político vigente. La experiencia del fracaso de Ciriaco de Mita al frente de la DC, sin ser capaz de enfrentarse a la presión ejercida por Forlani y Andreotti desde los núcleos más conservadores, impide que el partido católico adquiera la consistencia de ese gran movimiento popular que fue en otro tiempo, capaz de impregnar a los italianos de sus propuestas, de inspirar confianza, de llegar capilarmente a toda la sociedad y no solo a sus intermediarios. La DC se mantiene siempre por encima de un 30 por ciento de los votos, aumentando su distancia con respecto a unos comunistas en caída libre tras el *sorpasso* sentimental de las europeas de 1984, que sigue a la muerte de Berlinguer. Sin embargo, ha dejado de ser el gran partido que verdaderamente *representa* a la mitad de los italianos y es capaz de *legitimar* el sistema que dirige.[4] En la otra orilla, en el espacio clausurado de una exclusión, el Partido Comunista sufre una crisis que va a provocar también el debilitamiento de la República que, en buena medida, ayudó a fundar. La crisis de la estrategia unitaria de Berlinguer, que ha convocado a una suma de las culturas populares en un solo proyecto de regeneración,

tiene un punto dramático en el derrame cerebral que le desmorona en un mitin electoral en 1984. Con su muerte, el centro enérgico que ha sostenido a la generación postogliattiana se quiebra, dando paso al enfrentamiento de las diversas tendencias del comunismo italiano. Las condiciones en que se desenvuelve la política nacional, perpetuando la expulsión de una mayoría que se ha rozado en los años setenta, se suman a la quiebra del sistema soviético para sumir a los comunistas en una actitud de debate que saben condimentar con la *finezza* característica del lenguaje político italiano, pero que no es inferior al que se produce en el resto de la izquierda. Tras las elecciones de 1987, que colocan al Partido Comunista en un 26,6 por ciento lejano a cualquier posibilidad de acuerdo con la DC o con el PSI, el grupo de renovadores que se agita en torno a Acchille Occhetto planteará la fase terminal en que ha entrado el comunismo, para proponer el cambio de nombre y el encuentro con una identidad nacional-popular democrática, de reformismo fuerte, que los dirigentes creen hallar en el ala izquierda de la socialdemocracia, aunque otros vean también en los partidos abiertos a la sociedad como el liberalismo demócrata americano o las propuestas que empiezan a producirse en el socialismo francés o el laborismo británico. Los debates de tres congresos consecutivos, celebrados entre 1989 y 1991, llevarán a la escisión del partido entre quienes apuestan por un Partido Democrático de Izquierdas (PDS), dirigido por Occhetto y Massimo d'Alema, y quienes construirán el Partido de la Refundación Comunista (PRC), bajo la dirección de Armando Cossutta. El carismático dirigente del ala izquierda del partido, Pietro Ingrao, uno de los intelectuales con mayor influencia incluso fuera del área comunista, se mantendrá en una posición crítica en el seno del PDS, incapaz de reunirse con el sector más duro que encabeza Cossutta, en el que ve un tradicionalismo que busca la identidad en el interior del propio aparato. Así, mientras los seguidores de Occhetto aparecen como una propuesta de parlamentarización reformista, quienes siguen a Cossutta no se apartan del espacio institucional, para mantener solamente la identidad de la ortodoxia ideológica. La propuesta de encuentro con la sociedad queda bloqueada en los debates entre estas dos identidades complementarias, que no salen del recinto de la representación institucional. Cuando el debate llegue al seno del PRC unos años más tarde,

se producirá una nueva escisión en el campo comunista, entre quienes desean conectar con el impulso antipolítico de los nuevos movimientos sociales —como Fausto Bertinotti— y quienes se mantienen como ala radical de un espacio de conjunción social-comunista clásica —caso de Cossutta.[5]

Al llegar los años noventa, la crisis del reformismo del llamado CAF (Craxi, Andreotti, Forlani) se encontrará con esta crisis en el ámbito del mayor partido de Occidente, que siega la hierba de un espacio capaz de absorber los votos de quienes quieren expresar su insatisfacción. En 1990, las elecciones regionales muestran la fuerza de los movimientos que empiezan a constituirse al margen de los partidos que han gobernado el país: Verdes, Liga Lombarda, radicales. Más que los resultados electorales de estas fuerzas, que podrían considerarse aún modestos, la crisis viene expresada por las propuestas de propio presidente Cossiga, que acabará abandonando la Democracia Cristiana y renunciando a su cargo prematuramente, en abril de 1992, tras unas constantes intervenciones en contra del sistema y exigiendo su reforma. Las declaraciones, viniendo de una autoridad que siempre se ha mantenido en un nivel simbólico, expresan la oxidación del sistema, que llegará a su manifestación más obvia solo dos años más tarde, cuando las elecciones legislativas de abril de 1992 colocan al PDS en un 16 por ciento de los votos y a sus rivales del PRC en un 5,6, mientras la DC cae por debajo del 30 por ciento y los socialistas se mantienen por debajo del 14. Con resultados muy semejantes a los de siempre en el resto de las fuerzas políticas, el éxito de la Liga Lombarda, con casi un 9 por ciento de los votos y más de cincuenta diputados, señala la quiebra del sistema de partidos y la exigencia de una reforma institucional, justamente cuando se está iniciando la operación de investigación judicial sobre la corrupción política que jubilará a toda la aristocracia parlamentaria de la Primera República.[6]

Para el Movimiento Social Italiano, los años que siguieron a la crisis de 1976 acotaron el esfuerzo por mantener el control del área de la extrema derecha, en especial durante el período de competencia con los escisionistas

de Democracia Nacional que concluyó en el fracaso de este grupo en las elecciones de 1979. Hoy sabemos que las posibilidades de los demonacionales eran nulas, pero en aquel momento podían albergar una amenaza para el proyecto misino. La voluntad de sostener el control del espacio implicaba la defensa de una identidad, en un partido al que habían permanecido leales, precisamente, quienes no proponían su apuesta política en términos de retribución parlamentaria, sino que se cohesionaban en torno a la potencia atractiva de un proyecto sostenido en el exterior del régimen. El MSI podía perder a quienes habían llegado atentos a las esperanzas desatadas con los triunfos electorales de comienzos de la década, y que creyeron que la Democracia Nacional les podía proporcionar una salida, tras la interrupción del crecimiento electoral en 1976 y la negativa de la Democracia Cristiana a negociar con el partido de Almirante. Los congresos celebrados por el movimiento en 1977 y 1979 se hicieron en condiciones psicológicas muy diferentes —al celebrarse este último, la liquidación de Democracia Nacional tras el fracaso electoral era ya un hecho—, pero permitieron que afloraran las distintas direcciones en que podía aflorar la recuperación de una identidad dañada por las esperanzas frustradas del decenio transcurrido. Pino Rauti pudo destacar como no lo había hecho cuando el conflicto fundamental en el partido se producía entre los sectores nacional-conservadores y el centrismo de Almirante. Ahora, el antiguo dirigente de Ordine Nuovo pudo hacer de su tendencia, Línea Futura, una propuesta de identidad que aprovechaba la salida de los demonacionales para plantear una inserción del neofascismo en las nuevas condiciones de la época. La propuesta suponía una ruptura con la estrategia del *inserimento* micheliniano, pero tenía una lectura más profunda que una simple modificación de orden táctico, que ya había sido realizado por Almirante cuando propuso la *doppiezza* misina que lo presentaba como alternativa al sistema y referente de la construcción de la Derecha Nacional. Rauti hacía del cambio de estrategia el resultado de una transformación de la cultura del partido, que iría siendo coherente con la expansión del campo alternativo al sistema de partidos existente. Como fenómeno de ruptura con una política de alianzas determinada, Rauti proponía la superación misma del viejo concepto, para señalar la necesidad de volver a las raíces íntimas del primer

fascismo, surgido de las entrañas de los conflictos sociales de su tiempo como una fuerza transversal, que reunía al conjunto de subversivos fuera cual fuese su origen. Más que buscar su referencia genética en Saló, Rauti la encontraba en la reunión de la plaza del Santo Sepulcro de Milán a comienzos de 1919, cuando se formaron los *fasci di combattimento*, y los cuadros del primer fascismo fueron capaces de verse como un *antipartido.* Para Rauti, esta propuesta no podía verse en su tono más oportunista, aprovechando la queja de la ciudadanía por las deficiencias de sus representantes parlamentarios. Por el contrario, tenía el sentido profundo, permanente, sustancial al proyecto, de reconocerse en su alejamiento de una formalización del sistema democrático-liberal, para ingresar en el recinto de la cultura nacional-popular, del comunitarismo, de la transversalidad social al margen de los sistemas de representación propios del régimen parlamentario. Más que una corrección, Rauti proponía descifrar los datos del conflicto social con la comprensión de su nuevo código, que tenía que ver poco con los elementos que habían ordenado alfabéticamente los enfrentamientos de clase hasta aquel momento. El enigma social que se levantaba ante los fascistas de finales de los setenta debía comprenderse con un cambio de idioma radical, que les permitiera entender el lenguaje que procedía de las nuevas preocupaciones sociales, dejando de ver en ellas un obstáculo para contemplarlas como una oportunidad. El MSI podía ser el partido de la *comunidad* agredida por factores de conflicto con instituciones caducas y con un sistema que rompía su identidad, sus tutelas, su confianza. La apertura del movimiento a esta nueva realidad no podría hacerse en los márgenes de las viejas tácticas de alianza con una u otra fuerza política instalada, sino con la redacción de un nuevo *contrato comunitario* que fijara las relaciones entre el fascismo de final de siglo y la sociedad, en los mismos términos en que el fascismo de la primera posguerra había sabido presentarse como una fuerza radicalmente *distinta*, subversiva frente a la izquierda y la derecha clásicas, fundamentalmente antisistémica, pero claramente congruente con las demandas de los nuevos tiempos, auténticamente *contemporánea*.

En esa reivindicación del *primer fascismo*, del fascismo del antipartido,[7] Rauti establecía un referente inédito en el MSI, que se había movido en otro debate entre el fascismo régimen y el fascismo movimiento que identificaba la autenticidad radical del movimiento mussoliniano con la República Social. Por el contrario, Rauti quería establecer una transversalidad subversiva como la que se estableció en la primera fase de desarrollo del fascismo, que ahora podía experimentarse con las resonancias del movimiento estudiantil del 68 y la sublevación del proletariado del sur en 1971. Jóvenes y meridionales aparecían como los elementos fundamentales en la constitución de un nuevo referente cuya naturaleza debía encontrarse en el rechazo de la democracia liberal y nunca en su corrección en un sentido autoritario. Por ello, el término mismo de *derecha* empezó a molestar a los seguidores de Rauti que, en todo caso, pudo sentir alguna simpatía por el significado que la palabra adquiría en los círculos de la Nueva Derecha, alejándola de cualquier significado liberal-conservador y situándola *fuera* de la lógica del sistema. ¿Dónde debía colocarse? En otro espacio que estaba apareciendo ya, y que los nuevos fascistas debían contemplar como el final de su exilio social, sin preocuparse demasiado de su ostracismo parlamentario: el espacio que pudieron expresar los campamentos *Hobbit* de 1977-1979, el que se deseaba plasmar en una síntesis ideológica de lo que hubiera frente al sistema *radicalmente*, sin proceder de su misma entraña —como sucedía con el marxismo—, ofreciendo una propuesta caracterizada por el comunitarismo radical que superaba el nacionalismo autoritario; por la transversalidad entre las fuerzas antisistémicas que rechazaba la política de alianzas; por la solidaridad con los pueblos del Tercer Mundo que se oponía al atlantismo; por la defensa de una nueva calidad de vida como forma de oponerse a la alienación, al materialismo, al consumismo propio de la sociedad industrial; como la vigencia de los valores de un individuo heroico, lejano al hedonismo, entregando sus esfuerzos a la comunidad, frente a la defensa de la mediocridad pequeño-burguesa y al individualismo de los sectores sociales a los que se había dirigido siempre la propaganda misina. El *antipartido* se construía, de esta forma, como oferta de una comunidad ideológica en marcha que formaba la imagen de una comunidad social a construir. A

medida que fueron apareciendo en Europa movimientos cívicos que establecían el reencuentro con las libertades personales, la protesta contra la energía nuclear, la preservación del medio ambiente, la promoción del lugar de la mujer en la sociedad, entre otros aspectos, Pino Rauti fue viendo cómo se abultaba un relieve colocado sobre el espacio llano de la política de los años anteriores, para establecer la permanencia de un espacio alternativo que buscaba un referente político, pero que nunca lo tomaría en serio si su interés básico era ser aceptado por el sistema que decía despreciar.[8]

La propuesta de Almirante, en cambio, iba orientada a preservar la identidad del MSI-Derecha Nacional de acuerdo con la estrategia aprobada desde comienzos de los años setenta, y que los escisionistas habían tratado de pervertir, convirtiéndola en una entrega a la Democracia Cristiana. Almirante afirmaba la identidad fascista, como lo hicieron todos los dirigentes del partido, incluyendo a Fini, hasta la disolución práctica del grupo en 1995. Esta afirmación dirigida a los leales seguidores, que se habían mantenido en las afueras del sistema durante más de treinta años, venía acompañada por la confirmación de una línea que debía mantener el equilibrio entre las diversas audiencias que el jefe del partido quería seguir teniendo a su alcance. La protesta social contra el régimen de partidos no era entendida, por la mayoría almirantiana, en los términos en que deseaba hacerlo Rauti, sino como un crecimiento de la oleada conservadora que deseaba endurecer el sistema político dándole un tono presidencialista y plebiscitario. Si se aceptaba la retórica de la comunidad no era para establecer un transversalismo contra el sistema que incluyera a todos los subversivos, sino acentuando el criterio anticomunista y antiliberal que se negaba a aceptar el conflicto de clases y la cultura de la pluralidad de la ciudadanía. Almirante deseaba girar hacia una oposición táctica a la Democracia Cristiana que hiciera del MSI-DN el partido de la *protesta contra la partitocracia*, algo sustancialmente distinto a la manera en que Rauti desenterraba lo que en los años del primer *dopoguerra* gentes como Dino Grandi, Giuseppe Bottai o el propio Mussolini supieron teorizar como *l'antipartito*, y cuya clara diferencia con lo que Almirante indicaba podía leerse, casi literalmente, volviendo al debate del III Congreso fascista de 1921, cuando Mussolini tuvo que aceptar la «normalización» del fascismo y

sumar a las alianzas electorales con la derecha la constitución del Partido Nacional Fascista. La diferencia entre los dos momentos es que Mussolini disponía de una fuerza organizada de la que carecía el resto de la derecha, mientras que, en 1977 y 1979, la derecha italiana seguía disponiendo de una capacidad de representación política que estaba a años luz de lo que conseguía reunir el voto misino.

El «partido de la protesta» planteado por Almirante tenía la habilidad de seguir manteniendo la atención a los conflictos sobre los que el sistema se había limitado a pasar una gamuza de orden público. La rebelión del sur seguía expresando una lejanía psicológica meridional, una desconfianza por los políticos que parecían mantenerse al margen incluso de temas tan graves como el poder del crimen organizado. La identidad del sur se componía de un rechazo hacia el norte industrial que podía componer, en la ilusión misina, a trabajadores de izquierda, a empresarios y a políticos de los grandes partidos. Pero esa «coalición negativa» que se construía en la formación de un rechazo no tenía por qué encontrar su identidad positiva alternativa en el apoyo a la extrema derecha que había hecho lo posible por ser aceptada en esa zona. Sin embargo, en términos reales, el voto misino seguía estando en el sur, y eso hacía del partido una referencia meridional de facto, más allá de lo que fuera su voluntad. El tema juvenil era una cuestión distinta, porque Almirante procuró por todos los medios neutralizar la protesta que procedía de este sector, dirigida contra la autoridad del propio partido, como pudo advertirse en episodios como la expulsión del dirigente más capaz de la Nueva Derecha, Marco Tarchi, y el deseo de controlar la organización juvenil introduciendo con calzador la secretaría de Gianfranco Fini en el Frente de la Juventud. El otro sector social de protesta al que quería dirigirse Almirante era esa mayoría silenciosa que continuaba latiendo, primero contra la agitación obrera y ahora contra la burocracia. Episodios como la marcha de los 40.000 trabajadores de Turín contra los sindicatos en octubre de 1980 podía señalar un ámbito de influencia misina, como podía serlo la amenaza de rebelión fiscal contra los intentos de reforma que atentaban a los pequeños propietarios de establecimientos de servicio, a mediados de los ochenta.

En el XI y el XII Congreso, por tanto, la posición de Almirante pudo imponerse con facilidad a la de un Pino Rauti que había obtenido visibilidad en las condiciones de la escisión demonacional, pero cuyo mensaje difícilmente podía ser aceptado cuando se estaba tratando de resolver un problema de supervivencia en el área nacional-conservadora. La obtención de esa vigencia de la protesta como acentuación de la línea de ruptura con la Democracia Cristiana, como construcción de la alternativa nacionalista, venía a darse en condiciones parecidas a lo que había sucedido en Francia: como el reforzamiento de un espacio al que, tarde o temprano, el resto de la derecha debería prestar atención, a medida que el régimen fuera descomponiéndose. En 1977, la posición de Almirante obtuvo el apoyo del 67 por ciento de los delegados, mientras que la de Rauti se mantenía en un digno 22,5, y el resto iba a parar a los sectores conservadores que no se habían escindido con los demonacionales. En 1979, ausente ya la candidatura de estos últimos, Almirante y Pino Romualdi obtuvieron el 77,4 por ciento de los delegados, frente al mismo 22,6 de los rautianos. Al llegar el siguiente Congreso, celebrado en Roma en 1982, cuando se había producido ya la escisión de los sectores de la Nueva Derecha y habían fracasado las experiencias transversalistas iniciadas por Rauti —que llegó a interrumpir la edición de su propia revista para indicar su posición disciplinada—, la posición de Rauti quedaba por debajo del 20 por ciento de los delegados. Almirante había conseguido hacerse con las riendas del partido nuevamente, y tenía el mérito ante sus militantes de haber salvado la situación de crisis más grave vivida desde el nacimiento de la organización. La propuesta del dirigente máximo se redujo, en los momentos en que se iniciaba la década de crisis más importante de Occidente, con tensar la fibra de la reforma constitucional, proponiendo una Nueva República de carácter presidencialista cuyo perfil también se había trazado en otros lugares, como en el propio Partido Socialista.

Frente a los 240.000 militantes del partido en 1972, cuando se esperaba un ascenso que colocara al MSI en el área gubernamental, en 1978 se había caído a una cifra cercana a los 150.000. Los casi tres millones de votos de 1972 habían pasado a ser algo menos de dos millones en 1979. En estas

condiciones, los reflejos de salvar lo que se tenía fueron fundamentales y negaron cualquier atisbo de aventura. Al mismo tiempo, quienes se quedaban querían expresar el orgullo de sostener una identidad de grupo diferenciada. Ambas cosas se expresaban perfectamente en el liderazgo ambiguo de Almirante. Y su tenacidad fue recompensada con el incremento de votos y la detención de la hemorragia de afiliados. En 1983, el MSI obtenía un excelente 6,8 por ciento, que suponía pasar de los dos millones y medio de sufragios, mientras el número de afiliados se estabilizaba, aunque no volvería a llegar a los 200.000 hasta la crisis institucional de 1993. Las condiciones de ese crecimiento coincidían con un cambio cultural en el país que debía haber facilitado un crecimiento mayor del Movimiento Social, pero que no fue debidamente aprovechado por su equipo dirigente, más preocupado de mantener una posición de propia referencia, de firmeza y disciplina, que de buscar nuevos caminos. Lo que se estaba produciendo en toda la cultura de la posmodernidad era la superación de la actualidad del antifascismo, en el sentido en que se planteaba la superación de los viejos clichés políticos en los que se había fundamentado el orden de la modernidad tardía. De la misma forma en que ha podido observarse una crisis en la capacidad de agrupación social de los partidos de clase, esa superación se establecía a la hora de considerar que las delimitaciones que habían operado durante el siglo XX se desmantelaban, para establecer nuevas formas de identificación. La crisis orgánica de los partidos comunistas respondía a esa falta de congruencia con una base social en proceso de disgregación, de la misma forma que la desactivación del antifascismo se proponía haciendo de éste una formulación del período de entreguerras que nada tenía que ver con las propuestas políticas que se hacían en las democracias occidentales, incluyendo las que se realizaban desde el ámbito de la extrema derecha. El «no restaurar» del MSI había adquirido credibilidad entre políticos y analistas, que se negaban a utilizar el término «fascismo» para designar a quienes sí lo usaban como punto de referencia, aunque establecieran que no podría darse un restablecimiento *exacto* del régimen caído en 1945. Convertido en una afinidad con un episodio de otro tiempo, el ingrediente antifascista o fascista de la cultura política italiana pasaba a ser una dinámica caduca, que interesaba

especialmente al MSI, cuyos fracasos derivaban de no haber podido salvar esta oposición. Para los misinos, sin embargo, no se trataba de que el fascismo hubiera dejado de existir, sino de que la derecha no podía establecer una división en este punto para expulsar a los fascistas de su territorio.

Aun cuando los demócratas pudieran verlo de otra manera, señalando que el fascismo era un episodio de los años de entreguerras irrepetible, lo importante para el MSI eran las posibilidades de normalización que podían derivarse de esta nueva actitud. Era una legitimación que procedía del cambio generacional, a medida que iban desapareciendo quienes habían desempeñado algún papel en el episodio mussoliniano o la resistencia, pero también se trataba de la manera en que la historiografía se acercaba al fenómeno fascista. En el caso italiano, la obra de Renzo de Felice coincidió con los cambios que se producían en el ámbito político del país. En 1974, De Felice había publicado un nuevo volumen de su extensa biografía de Mussolini, *Mussolini, el Duce*, que él subtituló como *Los años del consenso, 1929-1936.* Poco después, ofrecería la *Entrevista sobre el fascismo*, en la que volvían a exponerse algunos de los temas básicos de la crítica del autor, en especial los que se referían a la forma en que el fascismo formaba parte de la cultura nacional italiana, la potencia de su inmersión en la sociedad creando ámbitos amplios de apoyo y la exagerada y autocomplaciente historia de la Resistencia, que había planteado el fascismo como una dictadura minoritaria ejercida contra una inmensa mayoría del pueblo indefenso y hostil. Por hirientes que pudieran resultar estas afirmaciones para quienes habían combatido contra el régimen, incluso personalidades de la izquierda como Giorgio Amendola[9] se apresuraron a señalar su reconocimiento de la existencia de un apoyo social al fascismo más extenso de lo que solía aceptarse en la cultura política italiana. Progresivamente, los estudios históricos fueron avanzando en el análisis de la cultura fascista, destacando sus elementos positivos y su oferta a una sociedad dispuesta a creer en sus elementos de cohesión. Recordemos que fue, precisamente, en el cruce entre los años setenta y ochenta, cuando Zeev Sternhell lanzaría su desafío a la cultura académica francesa analizando el carácter de la ideología fascista en aquel país y que,

unos años más tarde, dedicaría un meticuloso análisis a la formación de los referentes culturales de Mussolini. Tales avances en el ámbito historiográfico dieron otra versión del fascismo más tolerable, al tiempo que lo convertían en un asunto del pasado que correspondía dejar en manos de los especialistas, sin que pudiera perturbar el ritmo político de la ciudadanía. Por otro lado, la normalización se produjo en el orden institucional, cuando Craxi inició una línea de reconocimiento formal del MSI como parte del escenario democrático, consultando por vez primera al secretario del partido sobre la constitución de su gobierno en 1983. A esta normalización se añadía la manera en que, esta vez, el MSI no pudo ser identificado con la violencia de los grupos de extrema derecha, responsables de actos de terrorismo en lo que se ha conocido como el «espontaneísmo armado», una actitud contra el sistema que ni siquiera buscaba la creación de una estrategia de la tensión al servicio de un cambio político, sino que realizaba una función meramente expresiva, al servicio de un estado de disidencia manifestada abiertamente y de lo que algunos han llamado una «estética del samurái», del guerrero aislado, opuesto al mundo en el que vive, realizando sus tareas de destrucción como formas de afirmar su diferencia, sin buscar siquiera la constitución de un espacio alternativo. La relación con grupos como Construiamo l'Azione, los Núcleos Armados Revolucionarios de Francesca Mambro y Giusva Firavanti, o Tercera Posición, trataron de desarrollar sus actividades a finales de los años setenta y comienzos de los ochenta, pero sus actitudes eran tan desafiantes con respecto al «sistema» —en el que incluían al MSI— y la condena de los dirigentes misinos fue tan enérgica, que la violencia de la extrema derecha no pudo contaminarle como lo había hecho en la primera mitad de los setenta.[10]

Todos estos factores propicios del ambiente solo sirvieron para que el MSI se considerara una fuerza respetable, aceptada ya como una zona del sistema que no era aceptada en el área gubernamental, pero cuyas referencias ideológicas pretéritas dejaban de excluirla culturalmente del régimen. De hecho, fue el propio MSI el que tuvo reticencias para aceptar que un exceso de inclusión no pudiera arrebatarle una diferencia que continuaba necesitando como elemento identificador, y menos aún cuando

esta nueva etiqueta se la proporcionaba un presidente del gobierno socialista. Por tanto, la respuesta del MSI fue, como lo ha señalado uno de sus máximos estudiosos, producto del *miedo a la política.* Si para Craxi se trataba de un reconocimiento que podía erosionar a la DC, al tiempo que modernizaba las condiciones culturales del país, para Almirante se trataba de un consuelo y de una amenaza al mismo tiempo. No podía vivirse en un espacio de identidad aislada, legitimada por mecanismos de exclusión, para adaptarse de pronto a un paisaje que permitía caminar sobre él como una especie más del ecosistema. El temor de Almirante no era solo la pérdida del apoyo de los intransigentes, sino el miedo a una contaminación sistémica que pudiera usurpar prestigio al MSI en los espacios de antagonismo que estaban apareciendo en el radicalismo, en el ecologismo o en el regionalismo populista. Almirante podía ser aceptado, pero corría el riesgo de perder la hegemonía como partido de la protesta, cuando ningún otro intento de responder al sistema había conseguido tener una representación parlamentaria aceptable, y ahora comenzaba a asomar en el horizonte europeo. Sin aprovechar esta circunstancia nacional, el MSI parecía incapaz de aprovechar un movimiento que se producía a escala continental, con el triunfo de Le Pen en las elecciones europeas y legislativas francesas y la aparición del movimiento de los Republikaner en Alemania. La oleada nacional-populista en Europa encontraba al exponente más claro, más tenaz, más capaz de soportar la tensión ambiental y los conflictos internos, el MSI, en una posición inmóvil, perpleja, desatenta. Sus resultados electorales continuaban siendo los mismos, mientras en Francia se producía una irrupción escandalosa. La inercia del sistema afectaba a las posibilidades del partido, pero éste era víctima de su voluntad de no moverse, de esperar a que la degradación del régimen pudiera proporcionar su recompensa al partido que aparecía como su inversión.

Las condiciones en que se desarrollaba el partido empeoraron cuando se conoció que Almirante padecía una enfermedad grave que le impediría seguir con la dirección del partido en el XV Congreso, a celebrar a finales de 1987. La sucesión aparecía como una posibilidad de cambio, de romper con una línea que parecía inmovilizar al partido en un espacio seguro pero inerte. Sin embargo, en un grupo carismático, la ausencia del dirigente que

había permanecido al frente del MSI durante casi veinte años y le había proporcionado sus mayores éxitos despertaba una lógica desazón. Las elecciones de 1987 habían provocado un retroceso importante del partido, que no lograba romper la oscilación entre algo más del 5 y algo menos del 7 por ciento en que se había desarrollado toda su historia. Los debates previos al congreso señalaron la fragmentación del equipo dirigente, lo que acabó por presentar seis listas diferenciadas, con propuestas políticas distintas, a la elección del nuevo Comité Central. Los almirantianos se dividieron en tendencias como el Impegno Unitario de Servello, la Destra Italiana de Romualdi o las Nuove Prospettive nella Continuità de Tremaglia, cuyas distinciones estratégicas eran puramente anecdóticas, para querer marcar la distinta fuerza de cada uno de los sectores tradicionales que había apoyado a Almirante. Distinta era la posición de Mennitti, que presentó una lista bajo el nombre de Proposta Italia, destinada a favorecer una política de alianzas más abierta, que pudiera orientarse hacia el arco de fuerzas laicas que estaban creciendo bajo la decadencia del partido católico. El enfrentamiento fundamental se produjo, no obstante, entre la corriente Andare Oltre, que encabezaba Pino Rauti, convertido ya en el jefe de la oposición a la línea del partido, y la tendencia agrupada en Destra in Movimento, inspirada en un Gianfranco Fini que se encontraba en la mitad de la treintena. Pino Rauti volvió a expresar la necesidad de construir un movimiento nacional-popular, un partido de la sociedad civil que se expresara como respuesta transversal a un sistema de grupos que iban a derrumbarse con el estrépito con que lo haría el régimen, a pesar de su apariencia. Fini expresaba la necesidad de una renovación dentro de la tradición del fascismo, que indicó en una fórmula que se haría célebre en contra de la voluntad de su propio autor: *el fascismo del año 2000*. Para Fini, que encontró a un público dispuesto a escuchar con deleite tales afirmaciones, el fascismo ofrecía soluciones a una crisis de la civilización que no se hallaban en su experimento concreto, sino en su propuesta cultural de fondo. Los grandes aspectos de identificación del *ventennio*: el patriotismo, la cohesión social corporativa, el sentido del Estado, la energía de los valores tradicionales, constituían piezas con singular eficacia para devolver a Italia un sentido de orientación perdido. Por muchos esfuerzos que hiciera Rauti para situarse

en la identidad, Fini podía vencerle en ese terreno al no desertar de ese espacio simbólico, sino al negar que pudiera arrancarse una parte de la tradición del fascismo para quedarse solamente con la que se refería a su aspecto subversivo. Era la totalidad de una tradición la que se oponía a su fragmentación a manos de Rauti. Y, como defensor de esa continuidad y de esa adaptación que había implicado siempre el MSI, Fini resultó el ganador. Por escasa distancia numérica, pero por un notable impulso político del personaje, que tenía aún el síndrome de una paternidad a la que se debía, y que no le permitía avanzar más en el terreno de los equilibrios modernizadores.

La primera secretaría de Fini venía marcada, así, por la brevedad de la victoria: 53,6 frente al 44,8 de Rauti, y por la tutela que ejercían sobre él los viejos almirantianos, incluyendo el líder. El fallecimiento de éste el 22 de mayo de 1988 produjo una conmoción en el partido que se agravó por la muerte casi simultánea de Pino Romualdi. Una generación se despedía tras haber mantenido al partido en pie, habiéndolo salvado en su aislamiento y habiéndolo llevado a las puertas de la mayoría. De esa generación, le gustara o no, formaba parte un Pino Rauti cuya primera salida del MSI, en 1956, se había producido cuando Fini tenía solo cuatro años. Gianfranco Fini podía aparecer como un miembro de esa generación que Rauti mencionaba sin formar parte de ella; podía ser una zona de ese nuevo sujeto histórico, formado en los años de plomo posteriores al movimiento estudiantil del 68 y al otoño caliente del 69. Fini había permanecido siempre en el MSI, mientras que Rauti había sido un escisionista durante trece años, seguramente los más difíciles del partido, entre 1956 y 1969. Sin embargo, esas pequeñas virtudes no se convierten por sí mismas en los elementos de una cimentación política. En el Congreso de Sorrento, la candidatura de Fini había obtenido un 24 por ciento de los votos frente al 28 por ciento de la de Rauti, y solo el apoyo de los viejos dirigentes de las facciones almirantianas le había permitido triunfar. Por tanto, su margen de maniobra quedaba reducido a lo que le permitieran hacer sus compañeros de dirección, y su legitimidad había de manifestarse en el éxito político inmediato.[11] El intento de obtener una confirmación en las urnas mediante una campaña xenófoba, en la línea que había dado éxitos al Frente Nacional

francés, condujo a un enfrentamiento interno que llevó al bloqueo del partido, cuando los sectores conservadores temieron un aislamiento del partido en los mismos términos en que lo sufría Le Pen, impidiendo la apertura a las zonas laicas del espectro político, y cuando Pino Rauti aprovechó el desliz de Fini para hacer una intensa campaña en favor de sus tesis tercermundistas.

Al llegar el siguiente congreso del partido, en enero de 1990, Fini podía presentar pocas circunstancias beneficiosas: las elecciones europeas no habían proporcionado un buen resultado al MSI y las expectativas provocadas por la orientación hacia un populismo de *single issue party*, que tomara la inmigración como motivo, tenía el inconveniente de dirigirse a un país de emigrantes y a ser fuerte, precisamente, en zonas de emigración. Sin embargo, Fini se defendió en el congreso con mucha más energía que su oponente Rauti, liberado ya de la carga psicológica de la herencia almirantiana y a sabiendas de que su suerte estaba echada a corto plazo. Su defensa de un pragmatismo político que continuara tomando la complejidad del fascismo italiano para ofrecerlo en un conjunto actualizado a la sociedad, adquiría contornos más precisos que el discurso de Rauti, que se evaporaba en la superación de la frecuencia anticomunista —que ahora ya nadie proponía como identidad de futuro—, y parecía destacar solo en la energía de su identificación. Para la militancia misina —y no digamos ya para los electores— el mito nacional-popular tenía que encontrar un elemento de recambio: la adquisición de un perfil de votante distinto al que se había tenido hasta entonces, como había hecho el Frente Nacional. El MSI continuaba preso en los mismos recintos de influencia, y no los superaría más que con otro discurso, muy alejado del de Rauti y más cercano a los vacíos dejados por la derecha liberal y democristiana a mediados de los años noventa.

En este punto, sin embargo, la propuesta de Rauti parecía capaz de rejuvenecer el discurso del partido: los sectores más jóvenes se sentían próximos a lo que Rauti expresaba, y los más veteranos quisieron hacer la prueba de un recambio que permitiera experimentar la solidez del criterio de Rauti o que lo hundiera definitivamente como alternativa. Con una nueva escasa diferencia de votos, esta vez a favor de Rauti —aunque la lista

de Destra en Movimento había sido, esta vez, la más votada, con más de una tercera parte de los delegados—, Rauti disfrutó de una de las más breves secretarías puestas al frente del viejo partido. Haciendo un discurso favorable al neutralismo, a la solidaridad con los pueblos sometidos a la neocolonización, a una tercera vía que superara las condiciones del capitalismo una vez se había destruido el comunismo, Pino Rauti encabezó una opción más bien excéntrica. Su oposición a la guerra del Golfo tuvo que ser matizada por las presiones de los cuadros del partido, hasta convertirse en una verdadera aceptación, extraña a su discurso. La base social a la que se dirigía Rauti era, además, muy distinta a la que tenía un Le Pen que se había opuesto a la guerra del Golfo. Se trataba de una base social y electoral por la que *ya había pasado* la oportunidad de un movimiento transversal, en los años de crisis inicial del régimen a comienzos de los setenta, y en la que ahora la crítica al sistema se ejercía desde otros populismos, más afincados en los valores de la clase media, como las ligas regionalistas del norte. Más allá de los efectos indeseables de una propaganda que podía chocar por su radicalismo antisistémico, el problema estaba en la ausencia de una base inicial para constituir una estrategia nacional-popular como la que, sin embargo, había tenido Le Pen, aprovechando la caída del gaullismo y la forma en que *configuraron* el voto del FN los sectores procedentes de las zonas populares, con su mezcla de autoritarismo político, identidad xenófoba y antidemocratismo populista. No eran estos factores los que vertebraban el discurso de Pino Rauti, basado más bien en el comunitarismo. Los fracasos en las elecciones regionales, en especial la caída en picado en las de Sicilia, donde se perdió la mitad del porcentaje, llevaron a la dimisión de Rauti a mediados de 1991, entregando de nuevo la dirección del partido a Gianfranco Fini.

Éste no volvería a dejar que las cosas se le fueran de las manos, algo difícil después de haber neutralizado para siempre la oposición de Rauti. En su regreso a la dirección del MSI, Fini traía consigo un proyecto político mucho mejor definido, que estaba en coherencia con la evidente disgregación de la Primera República. El movimiento constituyente de la derecha parecía ahora posible, tras el fracaso de esa opción a mediados de los años sesenta. Las constantes declaraciones de Cossiga en favor de un

sistema presidencialista y de una reforma institucional fueron presentadas por Fini como la corroboración de la posición *esencial* misina. El partido no era ya la célula madre de un movimiento nacional-popular como el inspirado por Rauti, sino el punto de apoyo de una corrección de la República en un sentido autoritario, en un giro hacia la derecha social, en un gesto que permitiera superar la corrupción de la vida pública, la degradación de las costumbres y la ruptura de una malla clientelar que sufría la sociedad civil. Fini volvió a ser el portavoz de una mayoría silenciosa, que se expresaba también por boca de Cossiga, dándole una presuntuosa legitimidad. Cuando se produjeron las elecciones de 1992, el MSI solo pudo mantenerse, perdiendo incluso tres diputados. Lo importante, sin embargo, es la forma en que se habían desplomado las dos formaciones básicas de la Primera República. Lo fundamental era el proceso judicial abierto, la presión atmosférica de un movimiento de *mani pulite* que acabó por hacer salir a la superficie una náusea social inmensa, acompañada de citaciones judiciales a las que se sumaron, para empañar más el ambiente, los asesinatos de altos dignatarios del sistema a manos de la Mafia. El *polo escluso* del régimen parecía ser el más apropiado para hacerse con la confianza de quienes deseaban la exclusión de políticos convertidos en reos de la justicia. Bajo la dirección de Fini, el partido más antiguo de la extrema derecha europea estaba a punto de llamar a la puerta de una República fundada sobre la derrota del fascismo. La «nostalgia del futuro» adquiría la textura de una verdadera anticipación.

El juego del revés. La apertura de una nueva República y las opciones de la extrema derecha (1992-2001)

El estallido de la Primera República italiana se produjo por un encuentro de circunstancias que suele reducirse a la acción de los jueces, iniciada en la detención del dirigente socialista Mario Chiesa y continuada por el equipo de magistrados reunidos en un nuevo departamento de investigación por Francesco Salverio Borelli, en el que destacaba Antonio di Pietro. La corrupción de la política fue, sin duda, un elemento importante porque vino a simbolizar el fin de la vieja política no solo como un cansancio de la

ciudadanía, sino como la enérgica respuesta de la sociedad ante la inútil felonía de una casta de gobernantes. Lejos de considerarse el resultado de la *indiferencia*, de un conformista alejamiento de lo que las instituciones, abandonadas como un objeto que ha ido perdiendo utilidad y fascinación, lo que se provocaba en la Italia era una *afirmación* de la ciudadanía despechada, seducida por la intensidad de la política en otros tiempos y abandonada luego a la frialdad de sus ejecutores. La sociedad italiana no había querido mostrar su indolencia, su apoliticismo blando, su lúdico abandono de un espacio poco estimulante. Había querido señalar el crimen con la indignación de las gentes honradas, para las que la política había sido un asunto importante, deseable, forjador de identidades colectivas, de espacios de sociabilidad, de perfiles de ideología. Italia se levantó contra la forma en que la política se había convertido en un negocio ilegal. Y se levantó en nombre de la decencia del país y de la normalización institucional.

Sin duda, esa insubordinación nacional dispuso de los elementos característicos de un rechazo del sistema, que aparece en los primeros instantes de una decepción, una tendencia a la generalización sentimental que universaliza los defectos de un sistema o la usurpación de sus recursos para acusar el sistema mismo. Se trata de la aparición de una *antipolítica* que se establece con los mismos mecanismos con los que un individuo puede construir su misantropía, partiendo de experiencias amargas en las relaciones afectivas con sus semejantes. En el interior de esa crisis cultural existió la manifestación de un rechazo de la política en su conjunto, una afirmación de la sociedad frente a las instituciones, que habría de resultar el elemento más pintoresco y destacado de la movilización. Este movimiento aprovechaba, además, las condiciones de un proceso de deslegitimación acelerado, iniciado en los mismos comienzos de los años ochenta en todo el continente, que se había agudizado con la caída del «socialismo real» y el escepticismo ante las ideologías que lo había acompañado. La desconfianza ante esas recetas doctrinarias, al incrementar el desengaño ante materiales de construcción de imágenes que han permitido a una época comprenderse a sí misma, proporciona un espacio en el que puede extenderse la reticencia ante *cualquier* propuesta que tenga el aspecto de ir sobrecargada de

imprecaciones ideológicas. La pérdida de eficacia de la política debió una buena parte de sus desdichas a la destrucción de un espacio cultural donde se habían instalado amplios sectores de opinión en el siglo XX, contaminando incluso a quienes habían combatido, desde otros procesos de afirmación ideológica, las coartadas de los regímenes del Este de Europa. El movimiento de la posmodernidad, con los excesos que podía ofrecer un descreimiento que pudo constatarse en la contingencia de las convicciones, cumplió también ese papel de detección del metal ideológico-totalitario que quería observarse bajo toda opción que tratara de registrar una visión coherente de la sociedad.

La crisis italiana pudo fijarse en todo el proceso de *mani pulite* por la fuerte densidad mítica que éste contenía, por la forma en que podía resumir una compleja trama de descontentos, de frustraciones, de inquietudes ante el futuro. Sin embargo, el rechazo de la política como tal no parece haber sido la principal preocupación de los italianos: según las encuestas realizadas en 1994, casi el 80 por ciento de los interrogados consideraba que su principal problema era el desempleo, mientras que menos del 20 creía que fuera la crisis del sistema político. Abundante, pero no mayoritaria, la actitud de rechazo ha podido exagerarse por las consecuencias ya sabidas, en especial por la llegada al gobierno del «fenómeno» Berlusconi, que se interpretaba como una súbita conversión del país con mayor sutileza política del continente a un país desengañado, expulsado de una dilatada ilusión, en el que los trazos gruesos marcados por la simplificación de los mensajes publicitarios sustituían a los delicados equilibrios sobre los que se había sostenido el régimen republicano. Esta apreciación tiene más semejanza con una caricatura que con un verdadero retrato, aunque toda caricatura deba su prestigio al *parecido* con una realidad algunos de cuyos rasgos se exageran. El hundimiento del sistema republicano correspondió, desde luego, al pase a la reserva de una élite política y a la destrucción de las siglas que habían canalizado la opinión pública. Sin embargo, tal fenómeno no suponía el abandono del espacio público, sino una nueva definición del mismo, que construía nuevos puntos de referencia, nuevos esquemas de participación y delegación de la opinión, nuevos recursos formales a través de los que la sociedad era capaz de

continuar expresándose. La caducidad del régimen se había manifestado con una potencia inusitada, al expulsar de su recinto a quienes encarnaban el sistema y a los partidos que dirigían, dos aspectos fundamentales de la identificación de un orden político. No hay duda de que la impresión de vacío creada en una primera instancia pudo favorecer la llegada de un mensaje básicamente orientado a la superación de la política *en sí misma*, pero incluso quien pudo mantener ese discurso, como fue el caso de Berlusconi, tuvo que aceptar la precariedad en que podía colocarse la lógica misma de sus afirmaciones, dándole la breve consistencia de un movimiento situacionista. La consolidación del propio gobierno de Berlusconi a partir de su segunda victoria electoral mostraba hasta qué punto el discurso de la antipolítica debe matizarse. Algo que, de todas formas, ya había sido realizado por su propia derrota en 1994 y por el triunfo posterior de la coalición de izquierdas en las elecciones de 1996, que permitió la consolidación del nuevo régimen apoyándolo, precisamente, en la progresiva definición de una nueva élite y de una nueva gama de opciones políticas destinadas a la representación de la sociedad.

Una serie de elementos de confrontación convergieron en el período 1992-1994 para determinar la destrucción de un sistema político que, solo unos meses antes, estaba lo suficientemente seguro de sí mismo como para que Andreotti pudiera afirmar las expectativas del nuevo reformismo socialista y democristiano durante toda la década.[12] La expansión de la trama judicial iniciada en febrero de 1992 se llevó adelante en un ambiente en el que episodios como los asesinatos de Falcone y Borsellino en Palermo en mayo y julio del mismo año se sumaban a los problemas de adaptación de la economía italiana a las exigencias del Tratado de Maastricht. Tras las elecciones de abril, el gobierno del socialista Giuliano Amato había tenido que enfrentarse a las medidas correctoras de los desequilibrios de la economía italiana, que desbordaban ampliamente los criterios de convergencia del acuerdo en aspectos como la inflación, el déficit público o la deuda interna. Tales medidas de ajuste podían provocar los otros factores que se reunieron con la corrupción y el crimen organizado para reblandecer las defensas del sistema: los esfuerzos destinados a recortar los gastos del Estado se dirigieron a aumentar los ingresos fiscales, medida que debía

acompañarse de la amenaza de embargo contra quienes quisieran continuar con la práctica de la ocultación de ingresos, algo que no podía permitirse cuando ya no se trataba de rendir cuentas solamente al Estado italiano, sino a las autoridades financieras del resto de la Comunidad Europea. Junto a ello, las medidas de reforma de la función pública fueron consideradas como una agresión a derechos adquiridos por votantes tradicionales de los partidos del centroderecha del régimen anterior, cuya estructura estaba demoliéndose en el mismo momento, dando lugar a un *horror vacui* que trataba de compensarse con la atención a la aparición de una multitud de nuevas referencias políticas en esta área. Los acuerdos con los sindicatos en julio de 1992 no tardaron en ser denunciados a comienzos del año siguiente, cuando la corrección del gasto público y el incremento de la presión fiscal redujo la demanda y el crecimiento económico en condiciones inéditas desde la posguerra. Por otro lado, la línea de privatizaciones iniciada por el gobierno convertía las empresas estatales más importantes en sociedades por acciones gestionadas de acuerdo con los criterios de eficiencia empresarial.

Mientras todos estos factores iban creando descontentos complementarios y distintos, algo podía reunirlos: la quiebra de los partidos en los que se habían refugiado hasta entonces.[13] Junto a la crisis de la Democracia Cristiana, con la dispersión del voto confesional en diversos núcleos que acabaron por enfrentarse en los procesos electorales, se encontraba la reforma del espacio de la izquierda, con la desaparición del Partido Comunista y el establecimiento dubitativo, ideológicamente ecléctico, tanteando la forma de conectar con las nuevas necesidades sociales, del Partido de los Demócratas de Izquierda. La desaparición del Partido Socialista y de los pequeños partidos laicos, capturados en la trama de denuncias judiciales y mostrando su escasa fuerza fuera del campo magnético de la Democracia Cristiana, apenas pudo compensarse *inmediatamente* con la consolidación de un área que pudiera ir agrupando las diversas expresiones de lo que, en su momento, había representado la socialdemocracia, el republicanismo y un sector de los liberales. De hecho, la propuesta del PDS consistía en abandonar el corsé comunista para ser capaz de construir una socialdemocracia de amplio espectro a la que

acudieran todas estas expresiones, pero la competencia del PRC, que se mostró resistente —e incluso creciendo de una forma alarmante para los seguidores de Occhetto entre 1992 y 1996, pasando de poco más del 5 a más del 8 por ciento de los votos— impedía que los esfuerzos dedicados a ganar campo en la moderación no se pagaran con la pérdida de un espacio aún identificado con una fuerte tradición socialista. Esta oposición de izquierdas se encontraba en pleno proceso de experimentación, buscando a tientas la forma de volver a ser expresión orgánica de la sociedad. Enfrente, los descontentos de los sectores conservadores ante las nuevas medidas del Estado, que herían condiciones de independencia económica e impunidad fiscal previa, no encontraban interlocutor alguno en un espacio desertizado por la crisis del régimen republicano y, en especial, por el hundimiento de sus dos principales agentes en la última década. Los descontentos sociales, surgidos de actitudes diferentes e incluso antagónicas, podían reunirse en la búsqueda de un territorio nuevo, en unas reglas de juego inéditas que permitieran la expresión de fuerzas políticas distintas. La serie de reformas institucionales llevadas a cabo por el mismo gobierno de Amato en 1993 incluyeron el principal de estos mecanismos, al introducir una combinación entre el sistema mayoritario y el proporcional que esperaba combatir la dispersión en pequeños partidos y obtener una forzosa agrupación de los espacios de opinión. El cambio de reglas fue acompañado de la aparición de nuevos agentes representativos que solo podían legitimarse a través de la renovación del *discurso*, siendo insuficiente —aunque necesaria— el cambio de la élite dirigente. Cuando se produjeron las supremas humillaciones del gobierno —la expulsión del sistema monetario europeo en septiembre de 1992 y el rechazo masivo de un intento de amnistía por sobornos en marzo de 1993—, las condiciones para la entrada en un nuevo régimen estaban puestas, *más en lo que se dejaba atrás* que en la claridad con que se observaba el alcance de una orilla distinta.

En esta dilatada reflexión sobre la extrema derecha italiana, la irrupción de Forza Italia (FI) tiene un papel muy relevante, porque sin que podamos establecer la equivalencia entre la los movimientos de este carácter que hemos visto hasta ahora y el partido de Berlusconi, es innegable que el acceso del MSI —convertido en Alianza Nacional— al área del gobierno

solo pudo obtenerse a través del proceso de coalición social y política que ofrecía el nuevo movimiento. Por otro lado, en la misma medida en que proporcionaba un apoyo para la tan ansiada llegada al área gubernamental —estableciendo el tipo de congruencia entre la coalición de una nueva derecha y la sociedad de la que ésta emergía—, el movimiento berlusconiano competía con Alianza Nacional impidiendo que la extrema derecha clásica se hiciera con la afluencia de votos que podría haber obtenido sin la existencia de Berlusconi. Ayuda y obstáculo a la vez, motivando la creación de un frente común cuyos factores de discrepancia son más amplios de lo que suele considerarse, en las condiciones de 1993-1994 la única posibilidad *para ambos grupos* de llegar a vertebrar una mayoría gubernamental consistía en el entendimiento, para aprovechar las ventajas del sistema electoral y para tratar de evitar el triunfo del bloque de los *progressisti* reunidos en torno al antiguo Partido Comunista. De igual forma, la vieja extrema derecha hubo de encontrarse con la insurrección septentrional contra Roma que representaba la Liga del Norte. Aun cuando la misma sustancia independentista de los patriotas de la Padania venía a romper los esquemas culturales en que se había moldeado el fascismo y el MSI —de la misma forma que el liberalismo berlusconiano contrastaba con el intervencionismo corporativo de la tradición misina—, las necesidades de la coyuntura permitieron que Berlusconi actuara como un puente entre dos orillas que ni siquiera tenían que tocarse, siendo dos espacios que se detestaban, aunque no tanto como podían rechazar el discurso de la izquierda socialista. La urgencia de un acuerdo se puso de manifiesto en las elecciones municipales de 1993, cuando las grandes ciudades italianas fueron capturadas por la izquierda: Rutelli en Roma, Orlando en Palermo, Cacciari en Venecia, Bassolino en Nápoles, quedando solamente Milán como escenario propicio al regionalismo de la Liga. De la misma forma que las elecciones habían mostrado el peligro, habían señalado los actores necesarios para hacerle frente. A ojos del liberal Berlusconi, el Movimiento Social Italiano ya no podía verse como un grupúsculo prescindible, que se hundiría en compañía del resto de las fuerzas políticas del viejo orden, al haber alcanzado su secretario general Gianfranco Fini un 47 por ciento de los votos frente a Rutelli en las elecciones romanas, mientras Alessandra

Mussolini llegaba a un 45 por ciento de los sufragios en su enfrentamiento napolitano con Bassolino. Un hombre del viejo régimen, aunque del *polo escluso*, había logrado imponer su presencia en la nueva fase, mientras una mujer que llevaba con orgullo el nombre del abuelo —sin recatarse en señalar que no era solo una maldición de la genética sino un motivo de orgullo ideológico— podía arrancar casi la mitad de los votos en una gran capital. Berlusconi pasó a plantear la necesidad de contar con ese partido que ingresaba como el más antiguo de los que tenían algo que decir en la nueva fase, aunque sus dirigentes fueran conscientes de la necesidad de alterar sus símbolos y modificar su discurso, a fin de conquistar el espacio de la derecha nacional-populista.

Desde el verano de 1993, Silvio Berlusconi había tenido reuniones con un equipo de asesores para averiguar si su entrada en la política italiana había de realizarse de manera directa o mediante la presión ejercida sobre alguna de las fuerzas en presencia.[14] Los dos factores que incitaron a Berlusconi a crear Forza Italia fueron las dificultades para llegar a algún acuerdo satisfactorio en el marco de la nueva distribución de los partidos salidos de la crisis del sistema y la voluntad de inspirarse en la naturaleza de la ruptura para crear un movimiento que la reflejara. Cuando el presidente de la República Ciampi indicó la convocatoria de elecciones a celebrar con el nuevo mecanismo semimayoritario en enero de 1994, Berlusconi y su entorno empresarial habían constituido ya las bases de un movimiento al que, de forma muy meditada, dieron el nombre futbolístico de Forza Italia. La elección podía alimentar los comentarios irónicos de los políticos más experimentados y el desconsuelo de quienes asistían a esa creación como una frivolidad, cuyo nombre expresaba la carencia de principios y el puro entusiasmo de una competencia deportiva. Se equivocaban en ambas cuestiones. La veteranía aparecía como una carga negativa, mientras el rostro nuevo correspondía a la necesidad psicológica de una ruptura que se expresara en símbolos aparentes. En la segunda cuestión, era precisamente esa ausencia de doctrina en el sentido clásico del término lo que otorgaba una ventaja a un *estilo* y a un *carisma*. Berlusconi tuvo un especial cuidado en señalar, a través de uno de los documentos fundacionales del nuevo movimiento, *Alla ricerca del buon governo*,

redactado por el teórico liberal Giuliano Urbani a finales de 1993, que los partidos tradicionales habían quedado superados en su intento de vertebrar la nación, de la forma en que había sido concebido el sistema por el tándem Taglioatti/De Gasperi. Por tanto, lo que ofrecía el empresario era una especie de *movimiento contrapartido*, formado por personas que carecían de una experiencia profesional en el ejercicio de la política y que *emanaban* directamente de su vida social, estableciendo una conexión inmediata entre ambas esferas.

Los ámbitos en que la propuesta de Berlusconi podía hacerse eficaz eran, precisamente, aquellos en los que *el resto* de los políticos iban a fracasar, fuera por su identificación con los viejos recursos *publicitarios* —caso de gentes como Occhetto—, fuera por su *incompleta* o reticente inclusión en la fase de transición en la que se vivía —caso de Segni, Orlando y, más adelante, Di Pietro—. Su oferta se basaba en esa visibilidad de un movimiento en estado de configuración que podía resultar atractivo por su misma falta de concreción orgánica o teórica, aunque ello no debe confundirse con la inexistencia de propuestas políticas concretas. Por el contrario, la afirmación de lo *concreto* frente a las abstracciones ideológicas de los políticos más tradicionales fue lo que hizo de esta primera experiencia berlusconiana un éxito que le permitió instalarse en la arena política italiana para, más adelante, corregir el tiro hacia una mejor definición de su estrategia y una mejor consolidación del movimiento, fijándolo como partido. El carisma de Berlusconi se basaba en la exaltación de *su persona*, como empresario que se había hecho a sí mismo y que no establecía una diferencia entre su acción política y su imperio económico, según las reglas tradicionales del juego institucional. En la tradición italiana, al contrario de lo que sucede en otros países, el mito del empresariado con apellidos concretos vence al poder evanescente, invisible, de un poder económico sin rostro. Las dinastías que marcan la estrategia del desarrollo disponen de un prestigio en extensas áreas de la sociedad, que se acrecentó cuando la calidad de la clase política quedó devaluada por la judicialización de comienzos de la década. Berlusconi aprovechó esa cultura de admiración por el triunfo de la empresa familiar, que nunca reprochaba a este dirigente usar los mismos mecanismos de gestión que le

habían dado potencia en el mundo económico, para acabar por aceptar una utilización del poder político para adecuar sus intereses a los del Estado. Tampoco este elemento era objeto del escándalo de su electorado, en la medida en que éste había llegado a identificar sus propios proyectos con los marcos legales establecidos por el nuevo líder, aunque pudiera despertar la irritación de segmentos de su propia coalición y, desde luego, la hostilidad del centro-izquierda, que contemplaba tales operaciones como mera delincuencia.

Al factor carismático personal, Berlusconi unió un discurso populista que hacía de él un afortunado representante de *la gente*, del pueblo, uno de entre tantos que había logrado hacerse millonario a través de su esfuerzo y su astucia. El lenguaje de lo concreto se mezclaba con esa referencia genérica a la gente corriente, al sentido común de los italianos que deseaban disponer de las mismas oportunidades que la persona en la que veían encarnados sus sueños. Rotos los mecanismos de sociabilidad establecidos en la Primera República, esta opción por el contacto directo entre un líder carismático y el pueblo hallaba un hueco por el que poder entrar en la legitimidad, en la normalización. El uso de los medios de difusión no diferenciaba a Berlusconi de cualquier político que quisiera adquirir relevancia en la opinión pública. Lo que marcaba las diferencias era su vinculación directa con ese medio identificado con la posmodernidad, con la sociedad televisiva, con el *Homo videns* definido por Giovanni Sartori, denostado por Norberto Bobbio, pero elogiado por millones de personas que pasan casi cuatro horas diarias frente a sus aparatos. En ese aspecto, el líder de Forza Italia pasaba a disponer, precisamente en aquello que más se le criticaba, la legitimidad añadida de haber forjado un imperio en el marco mismo de la *actualidad*, de la misma forma que un caudillo de la Antigüedad podía hacer reposar su prestigio sobre las habilidades mágicas, un guerrero medieval podía basarlo en su feliz manejo de las armas, o un político moderno podía establecerlo sobre sus análisis estratégicos. Se trata de un carisma que procede de la coherencia del individuo con el medio en que actúa y donde obtiene su poder social, que traslada inmediatamente a su atracción sobre las masas. El encuentro entre un electorado moderado carente de referencias organizadas, temeroso aún frente al MSI o a frente a

la Liga, y un líder que sabía sacar partido a su *imagen* resultó, además, de un lenguaje empeñado en destacar aspectos *positivos*, alternativas esperanzadoras, que hacían constante referencia a las cuestiones ya experimentadas por la gente. Esta alusión constante a los temas vivenciales parecía apartar a Berlusconi de los políticos a los que no parecía importar lo que la gente *realmente* sentía en aquellos momentos, cuando lo que más deseaba era descargar de impulsos ideológicos los discursos y, en especial, desnudarlos de elementos de una retórica abstracta envejecida. Sin embargo, ese mismo sujeto social estaba dispuesto a encandilarse con las referencias de Berlusconi al destino de los italianos, al nuevo despegue que iba a experimentar el país, a una tierra prometida de progreso económico, a un «enriqueceos» que parecía imprimir una palabra mágica aceptable en aquella exigencia de realismo. A fin de cuentas, el enriquecimiento de cada uno es una propuesta muy concreta, que todos identifican con un asunto personal, individual, del que podrá disfrutar quien lo desee. La figura de Berlusconi venía, de esta forma, a proporcionar un lugar común para un discurso lanzado a experiencias privadas. Y podía hacerlo solo desde su misma trayectoria personal, para dirigirse al resto de la gente identificándose como uno más, cuyo camino podía seguirse por cualquiera, si se establecían las adecuadas reglas sociales de respeto a la iniciativa privada y estímulo a la obtención de la riqueza. La promesa de un millón de puestos de trabajo en la campaña electoral de 1994 indicaba la forma en que podía concretarse y, al mismo tiempo, ostentar la apariencia de una cifra simbólica, la solución de los problemas de las personas comunes, del hombre y la mujer de la calle.

Berlusconi no contaba solamente con los recursos que procedían del encuentro entre su imagen y las necesidades de un sector social. Tenía que contar con los canales de contacto directo con la sociedad, que le fueron proporcionados por la amplia difusión de miles de Clubes Forza Italia, formados por algunas docenas de personas cada uno, que se consideraban más como un agente de movilización cultural que como una base organizativa a la que se concediera la palabra para ordenar la estrategia del movimiento. La estructura carismática del berlusconismo se llevaba al extremo de poner en peligro su propia base de apoyo, cegando de una forma

tan visible la voluntad que pudiera expresarse en la base, que ésta empezó a manifestar cierto descontento cuando el líder se encontraba ya en el gobierno. Los clubes habían sido pensados para ejercer una tarea de difusión, para reiterar una imagen y para dispersar unos valores promovidos desde el centro del movimiento. Nunca se había pensado en ellos como una zona de influencia burocrática, a la que debiera recompensarse con la participación en la toma de decisiones. En este sentido, el populismo de Forza Italia adquiría unos perfiles de liderazgo virtual que deseaba encontrar espectadores incluso entre la propia militancia, pero nunca actores o redactores de guión político alguno. Estas funciones estaban reservadas a un círculo muy estrecho de la dirección, que se identificaba con los colaboradores de Berlusconi en Fininvest o en Diakron, como Cesare Previtti, Marcello dell'Utri o Mario Valducci. La inserción de los sectores empresariales en la dirección de Forza Italia llegó a crear tensiones entre las diversas facciones de la trama empresarial de Berlusconi, pero enfrentó al grupo dirigente, en especial, contra su propio grupo parlamentario, dirigido por Vittorio Dotti, que trataba de convencer a Berlusconi de ir abandonando la alianza con el antiguo MSI para acercarse a lo que el grupo parlamentario realmente deseaba: una aproximación a la antigua Democracia Cristiana, organizada en el Partido Popular y en otras facciones colocadas más a la derecha. En cualquier caso, estas disputas podían resolverse siempre por el factor de cohesión que ofrecía Berlusconi y la amenaza de una disgregación política que solamente beneficiaría a los socios del gobierno —como pudo demostrarse en la crisis de diciembre de 1994, que forzó la dimisión del primer ministro— o a la oposición del centro-izquierda, como hubo de atestiguarse en la victoria electoral del Olivo en 1996.

Si, en los momentos iniciales de su desarrollo, la *novedad* hace del movimiento de Berlusconi un elemento central de su éxito, en el caso del Movimiento Social Italiano es su propio carácter de experiencia de exclusión en el denostado sistema de la Primera República lo que le ofrece legitimidad. A pesar de los temores que despertaba en el pequeño partido la aprobación de una ley mayoritaria que parecía dirigirse contra fuerzas como la suya, fue la escasa modificación de sus presupuestos presidencialistas y

plebiscitarios lo que le permitió entrar en esta fase de transición política, aumentando su base clientelar de siempre con la llegada de votantes que habían dejado de disponer de la Democracia Cristiana o alguno de los pequeños partidos laicos, y podían expresar la mezcla de rechazo y esperanzas de estos momentos de crisis dando su apoyo a la cultura nacionalista, autoritaria, que había luchado contra la dictadura de los partidos y contra la burocracia del antiguo régimen, que había defendido al hombre de la calle y que mantenía —al contrario de lo que sucedía con Berlusconi— un sentido de lo *comunitario* que podía encontrarse con sectores sensibles a la disgregación de tutelas sociales previas. Era obvio —y a alguien tan sagaz como Fini no se le escapó esa sentencia del tiempo—, que el MSI había de modificarse para poder sobrevivir, o correría el riesgo de volver a tener una identidad que, en lugar de basarse ahora en el *ventennio*, pasaría a inscribirse en la etapa excepcional de una transición. Por tanto, Fini se puso inmediatamente a trabajar en la línea de construir un partido que pudiera incluir la tradición de la extrema derecha italiana en una alternativa plural, capaz de recoger las distintas culturas que se enfrentaban a las que habían operado en la Primera República o a la que continuaba representando el centro-izquierda que acabó reuniéndose en la experiencia del Olivo.

Los éxitos electorales de 1993, cuando el propio Fini estuvo a punto de conquistar la alcaldía de Roma, indicaron a la dirección del MSI que su llamamiento a constituir una Alianza Nacional debía pasar de la simple formulación de una referencia ideológica para convertirse en una ruptura calculada, metódica y cauta con el pasado, a fin de ir adquiriendo una nueva fisonomía sin perder los factores de legitimidad de una tradición específica en el proceso constituyente de la derecha. Por ello, antes de que se realizaran las elecciones legislativas de marzo de 1994, Fini procedió a la realización de la asamblea constitutiva de Alianza Nacional que, en la práctica, respondía a una simple actualización externa del viejo MSI, realizada de forma que no produjo tensión alguna en la militancia, demasiado entusiasmada por los éxitos obtenidos, por la desaparición de sus enemigos clásicos y por las perspectivas abiertas en el nuevo proceso electoral. Si para Fini se trataba de comenzar un asalto a la tradición, para

buena parte de la militancia, estupefacta por el triunfo en las municipales, se estaba hablando tan solo de la construcción de un frente electoral, como el que ya se había realizado en la Derecha Nacional. De hecho, Fini podía hacer lo que Almirante no había conseguido con esa misma propuesta: un proceso de *sustitución*, enmascarado tras una simple adición de siglas. Ahora, cuando había llegado lo impensable —la aniquilación de la Democracia Cristiana y la crisis del sistema que ella encabezó—, se estaba en condiciones de avanzar mucho más. En 1995, tras el éxito en las elecciones legislativas que permitieron el ingreso del MSI por vez primera en el gobierno, se llevó a cabo el XVII Congreso del partido, que pondría fin a su existencia y la migración de sus recursos culturales y organizativos a la Alianza Nacional constituida formalmente solo una semana más tarde. Pino Rauti y sus escasos seguidores, conscientes de que se abandonaba un espacio, abandonaron el congreso para constituir la experiencia marginal del MSI-Fiamma Tricolore. Uno de los elementos que asegura la falta de traumas en el cambio es la continuidad de los dirigentes: «De los 450 miembros elegidos, los que tienen una procedencia *formalmente* externa —incluidos los antiguos militantes que retornaban a la política— no llegaban al 10 por ciento, mientras de los 100 componentes de la dirección nacional solamente 17 no habían tenido cargos de relieve en el MSI-DN en los últimos años».[15]

La cultura política de la nueva Alianza Nacional fue adaptándose a las condiciones de una política de encuentro con el conjunto de la derecha que señalaremos algo más adelante, al relatar las condiciones en que se producen los éxitos y los fracasos electorales de las coaliciones de 1994, 1996 y 2001. En este campo de encuentro, el MSI debía cubrir el flanco de una posición nacional-populista, capaz de integrar básicamente aquellos sectores sociales medios más tradicionales, pequeños empleados, trabajadores especializados, funcionarios, enseñantes, cuya ideología no se identificara con el liberalismo empresarial de Berlusconi, sino con las propuestas de una derecha más atenta a los factores sociales, de identidad comunitaria, de apoyo a los pequeños, de valores más conservadores, de mayor tensión patriótica. De esta forma, no solo se adquiría una identidad, sino que se manifestaba una capacidad de compromiso con el resto de la

derecha implicada en el cambio, en la línea tradicionalmente buscada por el MSI, pero que ahora solamente podía realizarse a través de una transformación de imagen que lo hiciera aceptable no solo para el conjunto de la sociedad italiana, sino para sus propios socios. Esa constante alusión a la *congruencia* entre una época y una fuerza política en la que tanto se ha insistido, puede entenderse ahora en la capacidad del grupo misino para encontrar en Alianza Nacional la posibilidad de realizar su entrada en el nuevo siglo reconstruyendo el bloque nacional-conservador por el que no pudo apostar veinte años atrás. Los documentos del Congreso de Fiuggi, redactados por el inspirador del proyecto de Alianza Nacional Domenico Fisichella, por el economista Pietro Armani y por el director del Instituto de Estudios Corporativos Gaetano Rasi, se planteaban los primeros pasos de una evolución que iría dejando atrás, sobre todo, un *lenguaje* aún prisionero del viejo vocabulario misino, que las conferencias programáticas de Verona en 1998, de Nápoles en el 2001 y de Bolonia en el 2002 irían adecuando. Sin embargo, desde el principio se repudió toda forma de régimen dictatorial, considerando que «la democracia y la libertad eran valores inalienables». La defensa de las libertades personales se consideraba practicable en el marco de una comunidad agredida por la Revolución francesa, que había creado una sociedad de individuos aislados e insolidarios, carentes de raíces y de reconocimiento auténtico en los demás. La retórica nacionalista de AN pasaba a plantearse, más que en los términos del patriotismo liberal tradicional, en los de una defensa de un principio de comunidad donde la libertad de cada uno adquiría sentido, dando consistencia y realización a la idea de nación. De esta forma, el marco nacional pasaba a tener una sustancia más profunda que el de una afirmación de espacio constitucional para precederlo y trascenderlo en una continuidad comunitaria. El rechazo de cualquier principio que limitara la nación a un acuerdo contractual se reitera en los documentos posteriores a la disolución del MSI, convirtiéndose en un elemento diferencial con respecto a los otros componentes de la derecha con la que se negocia una nueva coalición. La afirmación de esta identidad nacional se realizará de forma más amplia en la difusión de esquemas presidencialistas y plebiscitarios como expresiones de una «verdadera democracia» que rompa

el monopolio de los partidos como exclusivos depositarios de la voluntad de la comunidad, haciendo de ellos ciudadanos que sustituyen al pueblo en la expresión de su voluntad. En un esquema autoritario, que hace de la AN el partido que sigue defendiendo *como elemento de distinción* el principio de la «ley y el orden» deseado por la mayoría silenciosa, se plantea la defensa de la identidad nacional amenazada por una inmigración que debe ser tratada de forma humanitaria, pero sin que ponga en peligro una cultura italiana que nunca se entregará a la experiencia devastadora de la multiculturalidad.

El último actor que se encontrará —y de manera muy conflictiva— en este ámbito de encuentro de la derecha italiana será la Liga del Norte.[16] El movimiento regionalista que se expresará a través de las diversas *leghe* del Véneto, de Lombardía o del Piamonte tiene sus orígenes en la última etapa de expansión de la República, cuando los organizadores de una Liga Véneta consiguen pasar de los 100.000 votos y obtener representación parlamentaria, en 1983. A partir de ese momento, la secuencia de expansión del regionalismo irá teniendo dos aspectos complementarios: la superación de los pequeños espacios regionales aceptados en el marco territorial republicano y la homogeneidad impuesta por Umberto Bossi para atestiguar la existencia de una «nación del norte», que acabará construyendo el imaginario de una República de Padania en 1996. Si las raíces del movimiento se establecen en el momento en que la Primera República afronta una posible consolidación, con las presidencias de Spadolini y Craxi, la irrupción en la política italiana se da de una forma estrepitosa coincidiendo con la crisis del sistema, en las elecciones de 1992, cuando —a pesar de su presentación regional—, la Liga consigue rozar el 9 por ciento de total de votos nacionales y obtener más de cincuenta representantes en el Parlamento. Desde ese instante, el movimiento regionalista pasa a ser una de las facetas de la crisis del régimen, en términos objetivos —porque instala un actor nuevo en su estructura, cuyo fortalecimiento debilita a los viejos partidos, en especial a la Democracia Cristiana en una zona «blanca»— y en términos subjetivos —porque la Liga del Norte se contempla como una alternativa al régimen—. El discurso de la Liga tendrá varios elementos de crítica a la vieja política y de engarce con las tensiones

de la sociedad que la ve nacer. Por un lado, dispone de la atención a las identidades fragmentarias, a un regionalismo que, como se ha indicado repetidamente, supera el simple localismo abarcable por la experiencia personal, para pasar a un regionalismo que construye una comunidad alternativa a la de la nación-estado vigente hasta entonces. Esta oleada de simpatía por los elementos de una identidad que se considera más auténtica conecta con los nacionalismos que van estallando con la crisis del socialismo, adquiriendo la legitimación de todo proceso que se realiza, que se observa como posibilidad y no como mera ilusión teórica. El prestigio se le otorga, además, en el marco de una cultura posmoderna atenta al valor de las experiencias más próximas, al diferencialismo cultural, a la diversidad, a las sospechas lanzadas contra el universalismo. Aprovecha, además, la crítica al carácter dudoso de las democracias optando por uno de los huecos de la crisis de representación, al establecer un lugar simbólico que es silenciado por el Estado artificial. El discurso regionalista, rápidamente convertido en una ideología nacional-populista por Bossi, se plantea en términos de protección de un espacio cultural agraviado, habiéndose forjado sus primeras experiencias en las ligas de defensa lingüística del Véneto.

A esa fuerza simbólica, emocional, que encuentra su legitimidad en la existencia de un territorio, de una lengua, de un carácter y de unas expresiones culturales diferenciadas, se sumará pronto lo que se ha llamado, para otros movimientos de este tipo, el *chovinismo del Estado de bienestar*. La Liga del Norte irá planteando la discriminación económica de la zona en beneficio de la burocracia romana y de un Mezzogiorno acostumbrado a vivir de la riqueza producida en el norte. Se pasará, entonces, a la defensa de un espacio económico que ha ido adquiriendo coherencia con la misma organización del capitalismo italiano en los años ochenta, con la existencia de espacios geográficos donde las pequeñas empresas se conectan para proporcionar productos a un mercado exterior. Esta coincidencia entre el flujo de una dirección económica y las reivindicaciones de autonomía establecen otro factor de congruencia que proporciona a los votantes de la Liga una sensación de veracidad: no se trata solo de la explotación fiscal del norte por ese imaginario que se llama «Roma», sino de la existencia de un verdadero marco económico diferenciado, de unas relaciones sociales

basadas en el empuje del pequeño productor, que son amenazados por la irrupción del cosmopolitismo en cualquiera de sus facetas: la inmigración de los *terroni*, la llegada de los agentes fiscales, la entrada de la gran industria globalizada. El discurso de la identidad conseguirá ganar a electores jóvenes, cada vez más concentrados en la zona nordeste del país —en perjuicio progresivo de la propia Lombardía— y pertenecientes a sectores de trabajadores o pequeños empresarios que entienden que su prosperidad se ve amenazada por el despilfarro de la burocracia estatal. Irá proponiéndose, al contrario de lo que hace Berlusconi, con una deliberada falta de elegancia, con una grosería que pretende ser el lenguaje del pueblo, como el idioma que habla la gente de la calle, rompiendo los códigos de conducta clásicos en la política italiana y estableciendo una disposición a hacer de esa falta de respeto a los códigos de comunicación aceptados una identidad que sustituya a la imposibilidad de dar homogeneidad lingüística al conjunto del territorio reclamado como «patria». La grosería del lenguaje se utiliza, en especial, para referirse a los de «fuera», convirtiendo el insulto, de este modo, en una identificación excluyente por la vía de rebajar el tono verbal. ¿Cómo olvidar la manera en que Bossi puede referirse a las amenazas de las autoridades comunitarias, llamándolas «nazis rusos pedófilos de Bruselas»? El nacional-populismo acentúa, por tanto, la segunda parte del conjunto semántico, al proponer que el pueblo se constituye voluntariamente en nación a través de la invención de su identidad, en lugar de asistir a la simple reivindicación de una nación preexistente. La vehemente vulgaridad del lenguaje se convierte en un signo de identidad, pues el insulto aparece como un ejercicio de legítima defensa semántica frente a lo que no somos porque *no nos dejan serlo*.

Para Umberto Bossi se trata, en definitiva, de un descubrimiento que es una *creación.* Su éxito procede del atractivo que ofrecen las identidades próximas en momentos de disgregación de un sistema político. Pero es inseparable de las propuestas de prosperidad que se derivarán del abandono del lastre meridional. Ese patriotismo del progreso solo podrá expresarse en los términos de una progresiva hostilidad contra la nación italiana, una reacción que irá configurando el movimiento, proporcionándole nuevos objetivos y permitiéndole un perpetuo estado de frustración que será el

estímulo para convertir la aspiración al bienestar en una afirmación de exclusión, como única vía para ser incluido en un nuevo espacio que será definido por una parte de los habitantes del norte, los verdaderos ciudadanos de Padania. Progresivamente, los elementos simbólicos territoriales irán ganando peso en un discurso que acabará por romper su tensión federalista para instaurar solemnemente, en 1996, una República de Padania, con un gobierno en la sombra que no se reconoce parte de Italia más que en términos de una asociación que habrá de negociarse. Por entonces, naturalmente, la ruptura entre la Alianza Nacional y la Liga del Norte ha llegado a su exasperación, sin que Berlusconi pueda poner de acuerdo dos polos a los que ni siquiera la hostilidad a la izquierda puede permitir un enlace de conveniencia. Por el contrario, el MSI responde a la manifestación independentista con una movilización nacionalista en Milán, la patria de la Liga del Norte, que convocará a un número similar de los que asisten a la constitución de la nueva patria padana. Bossi no podrá evitar que su radicalización vaya separando de su movimiento a los sectores federalistas —incluyendo al propio fundador de la primera de las ligas, Francesco Rocchetto—. No será menor la perplejidad que causa entre sus propios electores su apoyo a Serbia en la guerra de Kosovo, poniéndose en contra de quienes, precisamente, están defendiendo una propuesta de secesión, pero lo hacen en el lado equivocado, en la posición de solidaridad con los musulmanes. La exaltación no se le devolverá en forma de prestigio, que Bossi va perdiendo de forma acelerada, a medida que otros discursos populistas invaden Italia y van convirtiendo el suyo en innecesario, en la medida en que queda reducido a una plataforma contra la inmigración, que podrá ser asumida por el conjunto de la derecha sin pretensiones de justificarla mediante la invención de una nacionalidad. A su pesar, Bossi parece haber llegado a un espacio del populismo ya ocupado, que le ha obligado a convertir sus propuestas de regeneración estatal en posiciones cada vez más difíciles de llevar adelante, competitivas con una parte de su propio electorado natural, siéndole imposible cambiar de aliados políticos. La progresiva debilidad del movimiento le obligará a negociar de nuevo una coalición electoral que le permita regresar a los espacios del poder. Para autores como Piero Ignazi, el espacio de la extrema derecha no

puede atribuirse a un movimiento transversal como la Liga, perteneciendo en su totalidad al que ocupa el viejo MSI reconvertido en Alianza Nacional. Para otros, la simple observación de los valores expuestos en sus declaraciones acerca de temas centrales como el etnicismo, el populismo o la negación de la democracia —disfrazada de una defensa de la «verdadera», ajena a la pluralidad—, colocan a este movimiento, de pleno derecho, en ese espacio cultural, al que no deja de pertenecer por haber quebrantado los criterios nacionalistas italianos y haberse derramado en un ámbito de identidad comunitaria no reconocida como Estado.

Los tres actores políticos cuya posición se ha descrito habrán de matizarla a través de una compleja política de alianzas, realizada tanto por los intereses comunes *frente* a la izquierda, como por la impresión de constituir fuerzas complementarias de un mismo escenario, factores a los que debe sumarse la necesidad de aprovechar los mecanismos de un sistema mayoritario. En 1994, la organización de una coalición compleja coloca a Berlusconi como director del proceso constituyente de una Nueva Derecha que habrá de madurar a comienzos de la década siguiente, tras la larga penumbra de la oposición en los años 1995 y 1996. Ante la imposibilidad de establecer una sola candidatura, dada la contradicción de fondo entre Alianza Nacional y la Liga del Norte, el máximo líder de Forza Italia establecerá dos coaliciones diferenciadas: la del Polo de la Libertad, en la zona septentrional, con el grupo de Umberto Bossi; y la del Polo del Buen Gobierno, en el centro y el sur, con el partido de Gianfranco Fini. Los resultados proporcionales dieron a Forza Italia la primera posición, con el 21 por ciento de los votos, rebasando por muy poco al PDS; Alianza Nacional consigue un 13,5 —un resultado que venía a romper el espacio tradicional del neofascismo, que nunca había conseguido obtener dos dígitos a escala del país entero— y la Liga del Norte un 8,4. Los pequeños grupos democristianos, el PPI o el Movimiento liderado por Segni obtuvieron resultados inferiores —el 11 y el 4,7 por ciento respectivamente, desertizando el espacio centrista—, mientras los comunistas del PRC mantuvieron un 6 por ciento de los votos, mostrando una resistencia al impacto del sistema fundamentalmente mayoritario, que habría de incrementarse en las elecciones de 1996. En cualquier caso, estos resultados

abultarán la representación de los Polos, dando una ventaja especial a la Liga del Norte, que ha arrasado en el 75 por ciento de candidaturas elegidas con criterio mayoritario en la zona septentrional, algo que la convierte en el primer grupo de la cámara con más de cien representantes. La derrota del centro y de la izquierda se realiza, sobre todo, por la imagen de *voto positivo* que ofrecen los Polos, mientras los Progresistas o los restos dispersos democristianos aparecen con contradicciones internas portentosas, que sitúan en la misma candidatura a escala nacional a gentes procedentes de culturas políticas muy alejadas, que solo dos años atrás se presentaban como irreconciliables. La heterogeneidad del voto de los Polos, al dividirse entre opciones al norte y al sur, se constituye de una forma menos resignada, menos oportunista en su apariencia, más acentuado su carácter de coincidencia con un estado de ánimo de ruptura institucional. Con gran escándalo de la opinión europea, el viejo grupo neofascista, reconvertido en Alianza Nacional, consigue entrar en el gobierno, de la mano de unos electores que por fin han realizado un trasvase del voto de convicción en favor de una derecha que no duda en presentarse como tal, a diferencia de las reclamaciones transversales de Berlusconi o Bossi.

La pluralidad de los Polos se mantiene, aún, como un elemento positivo, que no se ve como una disgregación sino como una síntesis. Aun cuando ello no ocurra en los términos de una aceptación misina de este estilo, el voto de Alianza Nacional se ve como una opción regionalista que pretende representar esa «Roma» detestada por los seguidores de Bossi, donde se incluye el apoyo de los meridionales, para los que el MSI ha sido siempre un partido más importante que en el norte y que ahora defiende, frente a las propuestas etnicistas y federalistas de Bossi, la integridad territorial y el sentido de pertenencia del Mezzogiorno a un país común. En torno a la capital del país, el voto al MSI-AN parece corroborar el apoyo ya prestado en las elecciones municipales de 1993 al que parece ser el grupo con un sentido de la unidad del país más claro y con una sensibilidad por el reforzamiento del Estado más acentuada. En Calabria, en Campania, en los Abruzos, por ejemplo, Alianza Nacional obtiene casi los mismos votos de Forza Italia, mientras que en el Lacio el grupo de Fini llega casi al millón de sufragios, frente a los 750.000 de Berlusconi —en torno a los 200.000—.

Incluso en el norte, en el 25 por ciento de sufragios que se cuentan en el mecanismo proporcional, AN, que no ha querido figurar en la coalición, tiene resultados que superan su presencia en la región e incluso en la media nacional en ocasiones anteriores, como el 9 por ciento de Piamonte, el 7 por ciento de Lombardía, el 9 por ciento de Liguria, el 10 por ciento del Trentino y el 8 por ciento del Véneto.

El resultado de las elecciones europeas, celebradas el 12 de junio, introdujo elementos de inquietud en los seguidores de Bossi, al beneficiarse Berlusconi de la visibilidad que le concedía la presidencia del Consejo de Ministros: Forza Italia pasaba del 30 por ciento y Alianza Nacional del 12, mientras la Liga del Norte caía a poco más de un 6. La descompensación entre los integrantes de la coalición en favor de quien ejercía como elemento soldador a escala nacional, con un aire de afirmación de un liberalismo patriótico, pero no nacionalista, resultaba especialmente preocupante para los seguidores de Bossi por el resultado obtenido por Berlusconi en su zona de afirmación diferencialista. En Lombardía, por poner un solo ejemplo, Forza Italia doblaba el apoyo electoral de la Liga, con un 35 por ciento de los votos frente al 18 por ciento de los regionalistas. Este avance propició el inicio de una campaña de desestabilización del gobierno y progresivo alejamiento, que coincidió con los errores de Berlusconi, en especial su enfrentamiento abierto con los sindicatos, la rebaja de impuestos acompañada de una caída de las ayudas sociales a los pensionistas y el decreto Biondi, que recortaba el poder de los jueces en la investigación de la corrupción. Estos frentes abiertos se combinaron con la deserción de los liguistas, que señalaron su insatisfacción por no haber obtenido las ventajas autonómicas reivindicadas en su pacto electoral, para provocar una pinza de diputados capaz de forzar la dimisión de Berlusconi a finales de diciembre de 1994. La breve experiencia de gobierno había servido para mostrar las dificultades de trasladar a una gestión positiva el discurso de la protesta que había ofrecido la victoria electoral de 1994, en circunstancias de falta de definición de los espacios y de arraigo de las numerosas listas agrupadas precipitadamente. Sobre todo, fue una lección para las distintas variables del populismo italiano para mostrar la forma en que debía evitarse que el carácter complementario de las expresiones

regionalistas o nacionalistas, liberales o estatistas, pasaran a sumar algebraicamente, para proporcionar un punto de encuentro de sensibilidades reunidas en torno a una severa oposición a cualquier intento de la izquierda de ocupar el poder. Si, para Fini, la experiencia había tenido el sentido básico de ayudarle a destruir los restos de identificación en la nostalgia que quedaban en los esquemas mentales de los misinos, haciendo de AN un verdadero partido de nuevo cuño, para Berlusconi había señalado los límites de un populismo carente de un programa de gobierno. Como ya se ha visto, el resultado sirvió para que Bossi acentuara su carácter de oposición al Estado nacional italiano, forzando los elementos diferenciales sobre los rieles del chovinismo económico y la identidad cultural, que desembocarían en el intento de articular un movimiento político secesionista en el año siguiente.

Las elecciones de 1996 habrían de tener un sentido muy distinto a las celebradas en pleno proceso de destrucción de la Primera República, al haberse constituido ya los indicios orgánicos e ideológicos de las alternativas que se proporcionaban a los ciudadanos en la recuperación del espacio político destruido dos años antes. Berlusconi no había tenido la ocasión de dar consistencia a su partido en la fase de gobierno, sin duda creyendo que la ambigüedad continuaría otorgándole un voto de rechazo a las viejas instituciones indefinidamente. Para el líder de Forza Italia, la principal preocupación podía ser que Fini, disponiendo de una cultura política más sólida y de una tradición en proceso de actualización, pudiera arrebatarle la primacía en la gestión de la gran agrupación de la derecha. Sin embargo, en toda la etapa de gobierno de Lamberto Dini, que se limitó a preparar las elecciones legislativas que realmente daban comienzo a la Segunda República, *Forza Italia* continuó actuando teniendo como referencia simbólica el «triunfo de la sociedad» de marzo de 1994, deseando presentarse con la potencia de una identificación con esa sublevación de una cultura de la ciudadanía que había tomado posesión de las lejanas estructuras del Estado. La larga campaña electoral en que consistió el gobierno de Dini fue utilizada por el PDS para constituir una alianza del centro-izquierda que parecía responder a una tradición política de hondo arraigo en Italia, a las necesidades de integración en Europa y a

una regeneración que se realizaría por quienes procedían de algunos de los caudales ideológicos de la Primera República, sin identificarse con ellos, fueran los nuevos socialdemócratas del PDS o los nuevos democristianos que pudieron agruparse en torno al Partido Popular Italiano. Berlusconi se apresuró a señalar que las contradicciones de esa coexistencia invalidaban el voto a la coalición del centro-izquierda, sin tener en cuenta que el atractivo de los Polos había residido en su capacidad de sumar, en una cultura política acostumbrada a que las matizaciones condujeran a la dispersión y la anulación mutua de las opciones políticas, en perjuicio de los ciudadanos y en beneficio exclusivo de los dirigentes de los partidos. La coalición propuesta por Berlusconi a sus antiguos compañeros de pacto fue rechaza por Bossi, que deseaba experimentar la fuerza que le concedería su nueva opción de identidad radical, algo que condujo al establecimiento de una alianza en la que participó el resto del centroderecha, incluyendo a los democristianos salidos del Partido Popular. La agresividad del tono de Berlusconi, tan diferente al carácter amable de su primera presentación electoral, tratando de obtener el voto del miedo al comunismo presente en la coalición del Olivo, solo consiguió disgustar a quienes preferían el carácter positivo de la campaña de Forza Italia, en una imagen de ilusión que no podía permitirse los excesos verbales de Bossi, para quien la grosería y la provocación había tenido la pericia de crear un área de exclusión de las formas de la vieja política *complementaria* de su mantenimiento en la prudencia exquisita del dirigente empresarial o en la cautela necesaria de Gianfranco Fini, siempre a punto de ser denunciado como un espectro del fascismo.

Los resultados confirmaron los temores de Berlusconi y las esperanzas que habían hinchado las velas de sus antiguos compañeros de trayectoria y de sus opositores. La Liga del Norte, en solitario, consiguió obtener un 10 por ciento de los votos y colocar ochenta representantes en el Parlamento, mientras que Alianza Nacional rebasaba el 15 por ciento en la zona proporcional, aunque reducía el número de representantes por su resultado en los distritos uninominales. El PDS obtenía un 21 por ciento, solo un punto por encima de Forza Italia, pequeña diferencia que se compensaba con el buen resultado obtenido por los comunistas del PRC —el 8,6 por

ciento— y la combinación de los votos del democristiano Segni o de la lista de apoyo a Dini, que ofrecían un 10 por ciento suplementario. La derrota de Berlusconi fue más amarga porque indicaba la escasa afirmación del partido, que no podía continuar basándose en un liderazgo potente, pero necesitado de la fuerza de la organización de base de que disponían la Liga del Norte, Alianza Nacional o la mayor parte de los integrantes de la coalición vencedora. En el voto a Berlusconi, por otro lado, se produjo un desplazamiento de origen social que lo limitaba: los obreros que habían votado por Forza Italia en 1996 pasaban a ser solo el 13 por ciento frente al 21 de 1994, mientras la clase media incrementaba su presencia de una quinta a una tercera parte. Considerando el crecimiento de este sector urbano, lo que se necesitaba no era su carácter sustitutivo, sino la capacidad de mantener el sufragio de los trabajadores, con empleo o sin él —una cuarta parte del voto a Berlusconi era de parados en 1994— y el voto de la nueva clase media urbana seducida por el discurso social-liberal que planteaba el dirigente del nuevo partido. Durante los cinco años siguientes, con los gobiernos de Prodi y D'Alema en el poder, Berlusconi pudo hacer frente a esas necesidades, mientras Alianza Nacional aceleraba su puesta a punto como un posible relevo del dirigente de la derecha que podía haberse quemado con la derrota. Las discrepancias en el seno del Olivo, que Berlusconi había señalado con insistencia durante la campaña, le permitieron recuperar terreno a partir de 1998, cuando se produjo la salida de los seguidores de Fausto Bertinotti del gobierno, en desacuerdo con los presupuestos y las exigencias del Tratado de Maastricht, a lo que siguió la ruptura del PRC y la aparición de un minúsculo Partido de los Comunistas Italianos dirigido por el veterano dirigente del ala dura del viejo PCI, Armando Cossutta, cuyos votos salvaron al gobierno Prodi de la caída. Con todo, éste presentó la dimisión y cedió el paso al dinámico dirigente del PDS, Massimo D'Alema, permitiendo que Forza Italia indicara la ratificación de sus pronósticos: la llegada del Olivo no había sido más que el preámbulo de una entrega del país a los comunistas. Debilitado por la escisión de uno de sus principales apoyos y la crisis de confianza en la estabilidad gubernamental generada por ello, el Olivo perdió pulso en la confrontación de las legislativas del 2001, cuando Berlusconi fue capaz de

volver a construir una alianza con los viejos adversarios misinos y regionalistas, única forma de evitar que la mecánica del voto pudiera arrebatarles la victoria electoral. La campaña fue de una brutalidad inédita desde los tiempos de la apertura a la izquierda de los años sesenta, cuando el país entero fue convocado para frenar un triunfo de la «Casa de la Libertad» liderada por Berlusconi, que se identificaba con la destrucción de la democracia. La malversación de fondos culturales que podía indicar una propaganda de este estilo, que trataba de reinstalar una dinámica de fascismo y antifascismo en los esquemas electorales, en lugar de plantear la oferta en los de una elección entre la izquierda y la derecha, pudo desconcertar e irritar a muchos votantes moderados, para los que la bipolarización parecía ser construida por los dirigentes gubernamentales del Olivo que por el propio Berlusconi, en una simplificación que podía resultar humillante para los electores de la derecha liberal. Siendo capaz de constituir un gran frente de encuentro de toda la derecha, el magnate de los medios de comunicación aparecía ahora con el carisma del «portavoz de la sociedad civil» que había madurado sus expectativas en el paso por la experiencia de la oposición.

A casi diez años del inicio de los procesos de Tangentópolis, Berlusconi podía presentarse como una alternancia indispensable para la consolidación de la Segunda República, superando la función puramente coyuntural que le había conducido al triunfo en 1994 y a la derrota dos años después. En las elecciones del 2001, su partido conseguía rozar el 30 por ciento de los votos en el recuento proporcional, mientras evitaba que siguiera el crecimiento de AN —que bajó al 12 por ciento— y reducía a la Liga del Norte a un 3,9, haciendo que el grupo de Bossi solo lograra entrar en el Parlamento gracias a los votos de los distritos uninominales. La entrada de nacionalistas y regionalistas en el nuevo gobierno se hacía, de esta forma, bajo la sombra protectora de un partido ya consolidado como formación liberal-populista, que podía permitirse mantener sus costados protegidos por el nacionalismo cada vez más suavemente estatalista de los seguidores de Fini y el regionalismo que retornaba a las opciones federalistas de quienes optaban por Umberto Bossi. En el largo recorrido de la extrema derecha italiana, la aceptación en ese marco plural parecía corroborar una estrategia tanto

tiempo meditada, tan tenazmente impulsada, tan reiteradamente rechazada por la derecha democristiana o liberal a la que se había dirigido. Solo la destrucción del régimen iniciado en la derrota del fascismo y legitimado por ella pudo dar paso a esta circunstancia.

CONCLUSIÓN:
LA BALADA DEL CAFÉ TRISTE

Al iniciar los acontecimientos narrados en este ensayo, la referencia a los grupos nacional-populistas de extrema derecha se detenía, obligadamente, en un archipiélago de restos de un naufragio, tratando de dar alguna utilidad a los recursos salvados de la catástrofe. En las últimas páginas de cada una de las democracias examinadas, en cambio, hallamos a quienes se colocan en ese campo en una situación de influencia desigual, pero indudable en los dos casos. La conclusión de un trabajo de estas características no puede ser tranquilizador, aunque no deba caer en las trampas del moralismo. Del material estudiado se desprenden advertencias políticas que se refieren a la condición misma de la democracia occidental. Y, queriendo obviar la presuntuosa solemnidad de cualquier manipulación profética, conviene determinar algunos rasgos de nuestra cultura, en la cual se ha insertado tan hondamente el nacional-populismo.

Durante la mayor parte de su existencia, la extrema derecha trató de abrirse paso en las democracias estables que aquí se han estudiado, cuyas crisis internas —tan potentes como la que pudo sacudir Francia en 1958— nunca desembocaron en la voladura de los sistemas de libertades que se han fijado como zonas de una identidad democrática, cuya ausencia determina la quiebra de un sistema de valores en su conjunto, no solo en aquella parte directamente afectada. Sin embargo, la crisis de los años ochenta fue capaz de establecer la ocasión de lo que la extrema derecha había estado buscando desde el momento mismo de la derrota de 1945. Si se cree que ese sector buscaba simplemente la restauración íntegra y formal de lo que se realizó en los años de entreguerras, se puede respirar con la tranquila seguridad de quienes mantienen la cabeza bajo tierra. Si se averigua que la extrema derecha busca *algo distinto*, la inquietud nos obliga a respirar oteando un horizonte demasiado próximo para nuestro gusto. Lo que buscaba el nacional-populismo no era el regreso de una dictadura carismática, de un Estado corporativo, las ostentosas manifestaciones bajo la sombra de los

gallardetes, la uniformización de jóvenes insertos en el corsé de los correajes. Buscaba el establecimiento de un área de afirmación de todos aquellos valores que impliquen la negación de la ideología moderna, de los frutos políticos de la Ilustración, de las concepciones sobre la universalidad del género humano o de la forma de entender la libertad de los individuos que lo forman. Lo que buscaban era introducir la sospecha de que el camino recorrido por nuestra cultura para afirmar en qué consiste la democracia ha sido, es y será un error, que no permite el desarrollo auténtico de la nación, que no deja que la comunidad se libere, que no permite que las leyes íntimas de una identidad étnico-cultural impidan su contaminación por una idea universal de la especie humana. Lo que buscaban, en definitiva, era destruir los cimientos de la democracia, sin ofrecer necesariamente las mismas recetas de representación estética o de institucionalización política que se produjeron en una época que, como saben perfectamente los cuadros de esta corriente, ha concluido.

El examen de la dinámica de las dos democracias estudiadas como zonas de penetración del discurso de la extrema derecha —y, al mismo tiempo, como espacios de resistencia—, nos señala la forma polimórfica en que esta posibilidad aparece. Un Frente Nacional que se mantiene en el exterior del sistema, endureciendo su discurso nostálgico hasta los años ochenta, para pasar luego a instalarse en los espacios suburbanos de la cultura democrática, en los arrabales de una civilización: en definitiva, para *hacerse presente* en forma de una protesta continuada que, en su propia dinámica modificada lentamente, pasa a convertirse en una propuesta. Ese Frente Nacional reducido al anecdotario de los grupúsculos en 1972, pasa a ser capaz de determinar si las elecciones francesas las gana la izquierda o la derecha, invadiendo el espacio de la gobernabilidad sin necesidad de formar parte del gobierno de manera directa. Al mismo tiempo, es capaz de introducir sus reivindicaciones en la agenda política de la derecha liberal e incluso de la izquierda, amenazando a ambos campos con la posibilidad de arrebatarles electores. En Italia, la tradición fascista de Alianza Nacional va suavizándose en una operación de flanqueo de un liberalismo radical como el que expresa Berlusconi, mientras las afirmaciones de Bossi no evitan el uso de términos xenófobos, no eluden la fascinación por una identidad

recién descubierta que ha proporcionado réditos en una crisis institucional desconcertante, que achica los espacios morales de una ciudadanía amedrentada, desengañada, peligrosamente entregada al cinismo de la política.

Los espacios de crecimiento de la extrema derecha se basan en el prestigio de temas urdidos por una perversión de la posmodernidad. La identidad retorna en forma de un diferencialismo excluyente, xenófobo, que adquiere la prestancia de la cultura cuando ya no puede referirse seriamente a la biología. La crítica a los abusos del poder y a los defectos de la democracia regresa con el aspecto de un populismo antiparlamentario, que desea hacer de un pueblo designado previamente el sujeto de la política, tras haber excluido a quienes no son dignos de pertenecer a la nacionalidad. El respeto al individuo frente a los excesos de las abstracciones modernas regresa en forma de una exaltación de la desigualdad como punto de partida, no como resultado del esfuerzo, del trabajo, de la habilidad. El individualismo regresa en forma de una afirmación de la falta de equivalencia de los seres humanos, que se compensa con la construcción de un imaginario comunitarista radical. En ese espacio simbólico construido con la tierra y los muertos, con los héroes y las tumbas, cada uno de los miembros de la comunidad encontrará la única forma posible de vivir libremente: hacerlo a través del *pueblo*, verdadero depositario de la voluntad, de la fuerza del destino, de la grandeza del futuro.

Esa nueva presencia necesita de ingredientes muy parecidos a los que precisó el fascismo clásico, aunque sus recetas sean distintas: necesita del miedo creado por una sociedad que cambia a una velocidad incontrolable por los ciudadanos. Necesita de la construcción del *otro radical*, de quien no es solo diferente, sino que se convierte en una amenaza contaminante, en un factor de infección de la comunidad homogénea. Necesita de una exaltación de la *inclusión* de individuos desarraigados por los procesos económicos contemporáneos, por la anomia urbana, por la degradación y la precariedad, que se hará a través de la *exclusión* de quienes son distintos, de quienes son una impureza que desordena, una diferencia que rompe la calidad del paisaje, un acorde erróneo en la melodía comunitaria. Esos *diferentes internos* deberán contemplarse como agujeros negros que

absorben toda la materia de ansiedad, de temor al futuro, de sensación de soledad que puede invadir nuestros territorios culturales. Y reconocerlos, señalarlos, es la forma de adquirir una *identidad* positiva, que es algo totalmente distinto a un *proceso* de identificación abierto, para convertirse en un estado a descubrir, limpiándolo de los escombros de la pluralidad.

En los primeros compases del siglo XXI, la extrema derecha pudo señalar, a escalas muy distintas, su poder de convocatoria: las elecciones presidenciales del 2002, dando a Le Pen la posibilidad de pasar al *ballotage*, son solo una variable. Las sociedades estudiadas han mostrado su resistencia ante el empuje de una extrema derecha poderosa, pero no han podido evitar que los costos de la posmodernidad hayan proporcionado prestigio y cierto tono de *veracidad* a las denuncias clásicas de este sector, que antes podían refutarse con un tranquilo desdén. La palabra clave es, como se ha indicado, la *inseguridad*, un elemento multifacético, polisémico, que no se refiere al miedo a la delincuencia, sino a un sentido mucho más amplio de fragilidad de la propia vida, a una pérdida de referentes colectivos que quieren compensarse, a una designación de adversarios que amenazan, a un tiempo que quiere recuperarse, a un espacio que ha desaparecido. La inseguridad sobre la que crece el nacional-populismo de extrema derecha es una enfermedad de la democracia, es una patología que resulta del *incumplimiento* de sus expectativas, pero la extrema derecha puede presentarlo, precisamente, como la *realización* de su utopía.

Tras lo que parecía la historia de un exilio, de una reclusión insonora, la extrema derecha entona la narración de su propia libertad, a costa de la propia realización de la democracia, del oxígeno que necesita para reconocerse como espacio de libertad y de esperanza de futuro. Una cultura que se construye sobre el miedo es, por ese solo motivo, una cultura sospechosa si no va acompañada de la potencia de sus afirmaciones de futuro en la línea en que la tradición democrática ha podido señalarlas. La extrema derecha hace sus afirmaciones de exclusión como condición para incluir a quienes han sido marginados o a quienes se sienten amenazados por la marginación. Esa normalización del temor, esa música ambiental, esa balada de café triste es, de hecho, una primera fase de reconstrucción de su

proyecto. Cientos de millones de europeos escuchan esa canción, y algunos millones han llegado a entonarla. Algo que, solo treinta años atrás, tenía la consistencia aturdida del silencio.

BIBLIOGRAFÍA

AGOSTI, A., *Storia del PCI*, Laterza, Roma, 1999.
AJELLO, N., *Intellettuali e PCI, 1944-1958*, Laterza, Roma, 1997.
ALGAZY, J., *La tentation néo-fasciste en France*, *1944-1965*, Fayard, París, 1984.
—, *L'extrême droite en France*, *1965 à 1984*, L'Harmattan, París, 1989.
ALMIRANTE, G., *Autobiografia di un «fucilatore»*, Borghese, Milán, 1973.
—, y G. PARLAMENGHI-CRISPI, *Il Movimento Sociale Italiano*, Milán, Nuova Academia. s.f.e.
ANDERSON, P., *Los orígenes de la posmodernidad*, Anagrama, Madrid, 2000.
ANDREATTA, N., *Cronache di un'economia blocatta: 1969-1973*, Il Mulino, Bolonia, 1973.
ANTÓN, J., «Julius Evola (1898-1974): ideólogo de la antimodernidad», en R. Maíz, coord., *Teorías políticas contemporáneas*, Tirant Lo Blanc, Valencia, 2001.
—, comp., *Orden*, *jerarquía y comunidad*. *Fascismos*, *dictaduras y posfascismos en la Europa contemporánea*, Tecnos, Madrid, 2003.
ARON, R., *Le révolution introuvable*, Julliard, París, 1968.
—, *Memorias*, Alianza, Madrid, 1985.
AURIOL, V., *Mon septennate*, *1947-1954*, Gallimard, París, 1970.
AZÉMA, P., y F. BEDARIDA, *Vichy et les français*, Fayard, París, 1992.
BAGET BOZZO, G., *Il partito cristiano e l'apertura a sinistra*, Vallecchi, Florencia, 1977.
BALIBAR, E., *La crainte des masses*, Galilée, París, 1997.
—, e I. WALLERSTEIN, *Raza*, *nación*, *clase*, Iepala, Madrid, 1991.
BAUMAN, Z., *La posmodernidad y sus descontentos*, Akal, Madrid, 2001.
BECK, U.; A. GIDDENS, y S. LASH, *Modernización reflexiva*, Alianza, Madrid, 1997.
—, *La sociedad del riesgo*, Paidós, Barcelona, 1998.
BECKER, J., *Le Parti Communiste veut-il prendre le pouvoir? La stratégie du PCF de 1930 à nos jours*, Seuil, París, 1980.
BECKER, J. J., *Crises et alternances*, *1974-1995*, Seuil, París, 1998.
BEEVOR, A., y A. COOPER, *París después de la Liberación*, *1944-1949*, Crítica, Barcelona, 2003.
BELL, D., *The Coming of Post-Industrial Societies*, Basic Books, Nueva York, 1973.
BERSTEIN, S., *La France de l'expansion*. *La république gaullienne*, *19581969*, Seuil, París, 1989.
BERTINOTTI, F., *Las ideas que no mueren*, El Viejo Topo, Barcelona, 2001.
BETZ, H. G., *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*, Macmillan, Londres, 1994.
—, y S. IMMERFALL, eds., *The New Politics of the Right*. *Neopopulist Parties and Movements in Established Democracies*, Macmillan, Londres, 1998.
BIORCIO, R., «L'échec de *Forza Italia* et du centre droit», en I. Diamanti y M. Lazar, *Politique…*, 1997, pp. 121-133.
BIRENBAUM, G., *Le Front National en politique*, Balland, París, 1992.
BLONDET, M., y L. BUONCUORE, *La Maggioranza Silenziosa*, Area, Milán, 1987.
BOBBIO, L., *Lotta Continua*. *Storia di un'organizzazione rivoluzionaria*, Savelli, Roma, 1979.
BOUILLAND, C., «La Lega Nord, ou comment ne pas réussir a être populiste, 1989-2002», en O. Ihl *et al*., *La tentation…*, 2003, cap. 9.
BRAMBILLA, M., *Interrogatorio alle destre*, Rizzoli, Milán, 1995.

BRAYARD, F., *Comment l'idée vint à M. Rassinier. Naissance du révissionisme*, Fayard, París, 1996.
BRUNET, J. P., *Jacques Doriot*, Balland, París, 1986.
BRUNETEAU, B., *L'Europe nouvelle de Hitler. Une illusion des intellectuels de la France de Vichy*, Rocher, París, 2003.
BURRIN, P., *La dérive fasciste. Doriot, Déat, Bergery, 1939-1945*, Seuil, París, 1986.
—, *La France à l'heure allemande*, Seuil, París, 1995.
CAMUS, A., *Moral y política*, Alianza, Madrid, 1984.
CAMUS, J. Y., *Le Front National. Histoire et analyses*, Laurens, París, 1997.
CANDIARD, A., *L'anomalie Berlusconi*, Flammarion, París, 2003.
CARIOTI, A., «From the Ghetto to *Palazzo Chigi*. The Ascent of the National Alliance», en R. Katz y P. Ignazi, *Italian…*,1996, pp. 57-78.
CASALS, X., *Ultrapatriotas. Extrema derecha y nacionalismo de la guerra fría a la era de la globalización*, Crítica, Barcelona, 2003.
CASTORIADIS, C., *El ascenso de la insignificancia*, Cátedra, Madrid, 1998.
CAZZULLO, A., *I ragazzi che volevano fare la rivoluzione*, Mondadori, Milán, 1998.
CHAMPEYRACHE, C., *La ligue du Nord. Un séparatisme à l'italienne*, L'Harmattan, París, 2002.
CHARLOT, J., *Le gaullisme d'opposition, 1946-1958*, Fayard, París, 1983.
CHATEAUBRIAND, R., *Memorias de ultratumba*, Orbis, Madrid, 1982.
CHEBEL D'APPOLLONIA, A., *L'Extrême droite en France. De Maurras à Le Pen*, Complexe, Bruselas, 1988.
CHELES, L., R. FERGUSON, y M. VAUGHAN, *Neofascism in Europe*, Longman, Londres, 1991.
CHIARINI, R., y P. CORSINI, *Da Saló a Piazza della Loggia*, Milán, 1985.
—, *Destra italiana. Dall'unità a Alleanza Nazionale*, Marsilio, Venecia, 1995.
CIANI, G., *Il partito liberale italiano*, Esi, Nápoles, 1968.
CINGOLANI, G., *La destra in armi. Neofascisti italiani tra ribellismo ed eversione, 1977-1982*, Riuniti, Roma, 1996.
COHEN-SOLAN, A., *Sartre, 1905-1980*, Seuil, París, 1985.
COLARIZI, S., *Storia dei partiti nell'Italia repubblicana*, Laterza, Roma, 1994.
CONAN, E., y H. ROUSSO, *Vichy. Un passé qui ne passe pas*, Fayard, París, 1994.
D'ORSY, A., *Intellettuali nel Novecento italiano*, Einaudi, Turín, 2001.
DANSETTE, A., *Mai 68*, Plon, París, 1971.
DARMON, M., y R. ROSSO, *L'après Le Pen. Enquête dans les coulisses du FN*, Seuil, París, 1998.
DE BEAUVOIR, S., *Los mandarines*, Edhasa, Barcelona, 1982.
DE CESARE, C., *Il fascista del duemilla. Le radici del camerata Gianfranco Fini*, Kaos Edizione, 1996.
DE GAULLE, C., *Memoires de guerre*, Plon, París, 1954-1959.
—, C., *Memoires d'espoir*, Plon, París, 1970-1971.
DE MATTEO, L., «La stigmatisation de l'idiote montagnarde et son détournement par la Lega Nord», en O. Ihl *et al*., *La tentation…*, 2003, cap. 10.
De MEDICI, G., *Le origini del MSI*, ISC, Roma, 1986.
DE NAPOLI, D., *Il movimento monachico*, Lofredo, Nápoles, 1980.
DEL PERO, M., *L'alleato scomodo. Gli USA e la DC negli anni del centrismo*, Carocci, Roma, 2001.
DESPORTES, G., y L. MAUDUIT, *La gauche imaginaire et le nouveau capitalisme*, Grasset, París, 1999.

DESSANTI, D., *Drieu La Rochelle, du dandy au nazi*, Flammarion, París, 1998.
DI CAPUA, D., *La via democristiana al socialismo. L'apertura a sinistra da Vallombrosa a San Ginesio*, Libreria, Milán, 1970.
DI MICHELE, S., y A. GALIANI, *Mal di destra. Fascisti e posfascisti: i protagonisti di ieri e di oggi si racontano*, Sperling and Kupfer, Milán, 1995.
DIAMANTI, I., *Il Male del Nord, Lega, localismo e secessione*, Donzelli, Roma, 1996.
—, y M. LAZAR, *Politique à l'italienne*, PUF, París, 1997.
DOBRY, M., *Le mythe de l'allergie française au fascisme*, Albin Michel, París, 2003.
DONEGANI, J. M., y M. SADOUN, *La Vème République, Naissance et mort*, Gallimard, París, 1998.
DOUGLAS, A., *From Fascism to Libertarian Communism. Georges Valois and the Third Republic*, California University Press, Berkeley, 1992.
DROZ, B., y E. LEVER, *Histoire de la guerre d'Algerie*, Seuil, París, 1982.
DUPRAT, F., *Les mouvements d'extrême droite en France depuis 1944*, Albatros, París, 1972.
DURANTON-CRABOL, A. M., «Du combat por l'Algérie française au combat por la culture européenne. Les origines de Groupement de Recherche et d'Études pour la Civilisation Européenne (Grece)», en J. P. Rioux y J. F. Sirinelli, *La guerra…*, 1991, pp. 59-78.
—, *Visages de la Nouvelle Droite. Le Grece et son histoire*, FNSP, París, 1988.
EATWELL, R., *Fascism. A History*, Nueva York, Penguin, 1996.
ELGEY, G., *Histoire de la IVème République*, Fayard, París, 1993.
ESTLE, B., y O. NIEDERMAYER, «Contemporary Right Wing Extremism in Germany. The Republicans and their Electorate», *European Journal of Political Research* (1992), pp. 83-100.
EVANS, R. J., *In Hitler's Shadow*, Tauris, Londres, 1989.
FACON, F., *La IV République*, Pygmalion, París, 1997.
FAENZA, L., *La crisi del socialismo in Italia, 1946-1960*, Alfa, Bolonia, 1967.
FARASSINO, A., «Italia. El neorrealismo y los otros», en *Historia general del cine*, Cátedra, Madrid, 1996, vol. IX.
FAVIER, P., y M. MARTIN-ROLAND, *La décennie Mitterrand*, Seuil, París, 19901991.
FEHRENBACH, H., *Cinema in Democratizing Germany. Reconstructing National Identity after Hitler*, North Carolina University Press, Chapel Hill, 1995.
FERRARESI, M., *Minaccie alla democrazia. La Destra radicale e la strategia della tensione in Italia del dopoguerra*, Feltrinelli, Milán, 1985.
FERRO, M., *Pétain*, Fayard, París, 1987.
FERRY, L., y A. RENAUT, *La pensée 68. Essai sus l'anti-humanisme contemporain*, Gallimard, París, 1985.
FISZBIN, H., *Les bouches s'ouvrent*, Grasset, París, 1980.
FITZGERALD, F. S., *El crack-up*, Bruguera, Barcelona, 1983.
FLORES, M., y N. GALLERANO, *Sul Pci. Un'interpretazione storica*, Il Mulino, Bolonia, 1992.
FOLLINI, M., *La DC*, Il Mulino, Bolonia, 2000.
FOURASTIÉ, J., *Les Trente Glorieuses ou la Révolution invisible de 1946 à 1975*, Fayard, París, 1979.
FRAQUELLI, M., *Il filosofo proibito. Tradizione e reazione nell'opera di Julius Evola*, Terziaria, Milán, 1994.
FRESCO, N., *Fabrication d'un antisemite*, Seuil, París, 1999.
FUMAROLI, M., *L'État culturel. Une religion moderne*, Fallois, París, 1991.
GALLEGO, F., *Por qué Le Pen*, El Viejo Topo, Barcelona, 2002.
GALLI, G., *Storia del socialismo italiano*, Laterza, Roma, 1980.

—, *Mezzo secolo di DC*, Rizzoli, Milán, 1993.
—, *I partiti politici italiani*, Rizzoli, Milán, 2001.
GENTILE, E., *Storia del Partito Fascista*, *1919-1922*, Laterza, Roma, 1989.
GHIRELLI, A., *L'effetto Craxi*, Rizzoli, Milán, 1982.
GINSBORG, P., *A History of Contemporary Italy*, *1943-1988*, Penguin, Londres, 1990.
GINSBURG, P., *Italy and its discontents*, Penguin, Londres, 2003.
GINZBURG, N., *Las pequeñas virtudes*, El Acantilado, Barcelona, 2002.
GISCARD D'ESTAING, V., *Démocratie française*, Fayard, París, 1976.
GRANJON, M. C., «Raymond Aron, Jean-Paul Sartre et le conflict algérien», en J. P. Rioux y J. F. Sirinelli, *La guerre…*, 1991, pp. 115-138.
GRIFFIN, R., *The Nature of Fascism*, Pinter, Londres, 1991.
GUBERN, R., *Historia del cine*, Lumen, Barcelona, 2003.
GUICHARD, J. P., *De Gaulle face aux crises*, Le cherche midi éditeur, París, 2000.
HALBWACHS, M., *La mémoire collective*, PUF, París, 1976.
HENNION, B., *Le Front National*, *l'argent et l'establishment*, La Découverte, París, 1992.
HOFFMANN, S., *Le mouvement poujade*, Armand Colin, París, 1956.
HUSBANDS, C., «The Other Face of 1992. The Extreme Right Explosion in Western Europe», en *Parliamentary Affairs*, 45 (1992), pp. 267284.
IGNAZI, P., *Dal PCI al PDS*, Il Mulino, Bolonia, 1992.
—, «The silent counter-revolution. Hipotheses on the emergence of extreme right-wing parties in Europe», en *European Journal of Political Research*, 221 (1992), pp. 3-34.
—, *L'estrema destra in Europa*, Il Mulino, Bolonia, 1994.
—, *Postfascisti*?, Il Mulino, Bolonia, 1994.
—, «Un nouvel acteur politique», en N. Mayer y P. Perrineau, *Le Front National à Découvert*, FNSP, París, 1996, cap. 3.
—, «L'étrange défaite de la droite», en I. Diamanti y M. Lazar, *Politique…*, 1997, pp. 135-150.
—, *Il polo escluso*. *Profilo storico del Movimento Sociale Italiano*, Il Mulino, Bolonia, 1998 (2.ª).
IHL, O., *et al*., *La tentation populiste au coeur de l'Europe*, La Découverte, París, 2003.
INGLEHART, R., *The Silent Revolution*, Princeton, UP, 1977.
—, «Value Change in Industrial Society», en *American Political Science review*, 81 (1987), pp. 1.289-1.303.
—, «The Renaissance of Political Culture», en *American Political Science Review*, 1988, pp. 1.203-1.230.
JACKMAN, R., y K. VOLPERT, «Conditions Favouring Parties of the Extreme Right in Western Europe», en *British Journal of Political Science*, 26 (1996), pp. 501-521.
JAMESON, F., *El giro cultural*. *Escritos seleccionados sobre posmodernismo*, *1983-1988*, Manantial, Buenos Aires, 1998.
KAPLAN, A., *Intelligence avec l'ennemi*. *Le procés Brasillach*, Gallimard, París, 2001.
KATZ, R., y P. IGNAZI, *Italian Politics*. *The Year of the Tycoon*, Westview Press, Boulder, 1996.
KITSCHELT, H., *The Radical Right in Western Europe*. *A Comparative Analysis*, Michigan UP, Ann Arbor, 1997.
LA GORCE, P. M., *De Gaulle*, Perrin, París, 1999.
LACOUTURE, J., *Pierre Mendès France*, Seuil, París, 1981.
—, *De Gaulle*, Seuil, París, 1984-1986.
—, *Mitterrand*. *Une histoire de français*, Seuil, París, 1998.

LECOEUR, E., *Un néo-populisme à la française*. *Trente ans de Front National*, La Decouverte, París, 2003.
LEPRE, A., *Storia della prima Repubblica*. *L'Italia dal 1942 al 1992*, Il Mulino, Bolonia, 1993.
LEVÊQUE, P., *Histoire des forces politiques en France*, Armand Colin, París, 1997.
LEVI, C., *Cristo se paró en Eboli*, Plaza y Janés, Barcelona, 1982.
LO RE, C. C., *La destra evversiva*. *Fenomenologia della coscienza radicale*, Solfanelli, Chieti, 1994.
LOCATELLI, G., y D. MARTINI, *Duce addio*. *La biografia di Gianfranco Fini*, Longanesi, Milán, 1994.
LOIZU, M., *¿Qué es el compromiso histórico*?, Avance, Barcelona, 1976.
LOTTMAN, H., *La depuración*, Tusquets, Barcelona, 1986.
—, *Albert Camus*, Taurus, Madrid, 1987.
LOUBET DEL BAYLE, J. L., *Les non conformistes des années 30*. *Una tentative de renouvellement de la pensée politique française*, Seuil, París, 1969.
LYOTARD, F., *La condición posmoderna*. *Informe sobre el saber*, Cátedra, Madrid, 2000.
MAFFESOLI, M., *El tiempo de las tribus*, Icaria, Barcelona, 1990.
—, *El instante eterno*. *El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas*, Paidós, Barcelona, 2001.
MAMMARELLA, M., *L'Italia contemporanea*, *1943-1998*, Il Mulino, Bolonia, 2000.
MANNHEIMER, R., ed., *La Lega lombarda*, Feltrinelli, Milán, 1991.
MARTIN, V., *Toulon la noire*. *Le Front National au pouvoir*, Denoel, París, 1996.
MASSI, E., *Nazione Sociale*, Roma ISC, 1990.
MASSU, J., *Baden 68*, Plon, París, 1983.
MAYER, A., *Why did the Heavens not Darken? The «Final Solution» in History*, Pantheon, Nueva York, 1988.
MAYER, N., y P. PÉRRINEAU, *Le Front National à découvert*, FNSP, París, 1996.
—, *Ces français qui voten FN*, Flammarion, París, 1999.
MAZZANTINI, C., *I Balilla andarono a Saló*. *L'armata degli adolescenti che pagarono il conto della storia*, Marsilia, Venecia, 1995.
McCARTHY, P., «*Forza Italia*. The Overwhelming Success and the Consequent Problems of a Virtual Party», en R. Katz y P. Ignazi, *Italian…*, 1996, pp. 37-55.
—, *Italy since 1945*, UP, Oxford, 2000.
MÉGRET, B., *La Troisième Voie*. *Pour un nouvel ordre économique et social*, Nationales, París, 1997.
MÉNY, Y., e Y. SUREL, *Par le peuple*, *pour le peuple*. *Le populisme et les démocraties*, Fayard, París, 2000.
MERCURI, L., *18 aprile 1948*. *La grande svolta elettorale*, Marzorati, Milán, 1991.
MERKEL, W., *Prima e dopo Craxi*. *La trasformazione del Psi*, Liviana, Padua, 1987.
MERKL, P., y L. WEINBERG, *Encounters with Contemporary Radical Right*, Westview Press, Boulder, 1993.
—, *The Revival of Right-Wing Extremism in the Nineties*, Frank Kass, Londres, 1997.
MILZA, P., *Fascisme français*. *Passé et présent*, Flammarion, París, 1997.
—, *L'Europe en chemise noir*, Fayard, París, 2002.
MINKENBERG, P., «La nouvelle droite radicale, ses électeurs et ses milieux partisans: vote protestataire, phenomène xenophobe ou *modernisation losers*?», en P. Perrineau, *Les croisés…*, 2001, pp. 385-406.

MITTERRAND, F., *Le Coup d'État permanent*, Plon, París, 1964.
MUDDE, C., «The War of Words Defining the Extreme Right Party Family», en *West European Politics*, 19 (1996), pp. 225-248.
MURGIA, P. G., *Il vento del Nord*, SugarCo, Milán, 1975.
—, *Ritorneremo*!, SugarCo, Milán, 1976.
NOVICK, P., *L'épuration française*, *1944-1949*, Seuil, París, 1985.
PALLOTTA, G., *Il qualunquismo e l'avventura di Guglielmo Giannini*, Bompiani, Milán, 1972.
PARISELLA, A., *Cattolici e Democrazia Cristiana dell'Italia repubblicana*. *Analisi di un consenso politico*, Gangemi, Roma, 2000.
PAULHAN, J., *De la paille et du grain*, Gallimard, París, 1948.
PAVESE, C., *Narrativa completa*, Seix Barral, Barcelona, 1985.
PAVONE, C., *Una guerra civile*. *Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Bollati Boringheri, Turín, 1991.
PAXTON, R., *La France de Vichy*, *1940-1944*, Seuil, París, 1973.
—, *Le temps des chemises vertes*. *Révoltes paysannes et fascisme rural*, *1929-1939*, Seuil, París, 1996.
PÉRRINEAU, P., «Le Front National. La force solitaire», P. Habert, P. Pérrineau y C. Ysmal, *Le vote sanction*. *Les élections legislatives des 21 et 28 mars 1993*, Presses de FNSP, París, 1994, pp. 137-159.
—, y C. YSMAL, *Le vote de crise*. *L'élection présidentielle de 1995*, Presses de Sciences PO, París, 1996.
—, *Le symptôme Le Pen*. *Radiographie des électeurs du Front National*, Fayard, París, 1997.
—, ed., *Les croisés de la société fermée*. *L'Europe des Extrêmes Droites*, La Tour d'Aigues, Aube, 2001.
PETITFILS, J. C., *La démocratie giscardienne*, PUF, París, 1981.
PIAT, Y., *Seule*, *tout en haut à droite*, Fixot, París, 1991.
PLENEL, E., y A. ROLLAT, *L'effet Le Pen*, La Découverte, Le Monde, París, 1984.
POMBENI, P., *Demagogia e tirannide*, Il Mulino, Bolonia, 1984.
POMPIDOU, G., *Pour rétablir une vérité*, Flammarion, París, 1982.
PONS, S., «L'URSS e il PCI nel sistema internazionale della guerra fredda», en R. Gualtieri, *Il PCI nell'Italia repubblicana*, *1943-1991*, Carocci, Roma, pp. 3 y ss.
QUILLIOT, R., *La SFIO et l'exercise du pouvoir*, *1944-1958*, Fayard, París, 1952.
RÉMOND, R., *Les droites en France*, Aubier, París, 1982.
—, *Notre siècle*, Fayard, París, 1991.
REVELLI, M., *La Destra Nazionale*, Il Saggiatore, Milán, 1996.
—, *Le due destre*, Bollati Boringheri, Turín, 1996
—, *La sinistra sociale*, Bollati Boringheri, Turín, 1997.
—, *Más allá del siglo XX*, El Viejo Topo, Barcelona, 2003.
RIFKIN, J., *El fin del trabajo*. *Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo*. *El nacimiento de una nueva era*, Paidós, Barcelona, 1996.
RIGHETTI, U., *Contributo alla storia della socialdemocrazia italiana*, Sed, Roma, 1962.
RIOUX, J. P., *La France de la Quatrième République*. *L'ardeur et la necessité*, *1944-1952*, Seuil, París, 1980.
—, *La France de la Quatrième République*. *L'expansion et l'impuissance*, *1952-1958*, Seuil, París, 1983.
—, *La guerre d'Algérie et les français*, Fayard, París, 1990.

—, y J. F. SIRINELI, *La guerre d'Algérie et les intellectuels français*, Complexe, Bruselas, 1991.
ROBERTI, *L'opposizione di Destra in Italia*, *1946-1979*, Gallina, Nápoles, 1988.
RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L., *¿Nuevos fascismos? Extrema derecha y neofascismo en Europa y Estados Unidos*, Península, Barcelona, 1998.
ROSENBAUM, P., *Il nuovo fascismo da Saló ad Almirante*, Feltrinelli, Milán, 1975.
ROSSANDA, P., *Il movimento studentesco*, De Donato, Bari, 1968.
ROSSI, G., *Alternativa e doppiopetto*. *Il Msi dalla contestazione alla destra nazionale*, *1968-1973*, ISC, Roma, 1992.
SALVATI, M., *Il sistema economico italiano*. *Analisi di una crisi*, Il Mulino, Bolonia, 1975.
SAMSON, M., *Le Front National aux affaires*. *Deux ans d'enquête sur la vie municipale à Toulon*, Calman Levy, París, 1997.
SAPIRO, G., «L'épuration du monde des lettres», en M.O. Baruch, *Une poignée de miserables*. *L'épuration de la société française après la seconde guerre mondial*, Fayard, París, 2003.
SARAGAT, G., *Quarant'anni di lotte per la democrazia*, Mursia, Milán, 1966.
SARTRE, J.-P., *La República del silencio*, Losada, Buenos Aires, 1960.
—, *Colonialismo y anticolonialismo*, Losada, Buenos Aires, 1965.
SCHAIN, M., «L'impact du Front National sur le système politique français», en P. Pérrineau, *Les croisés de la societé fermé*, 2001, pp. 287-302.
SENNET, R., *La corrosión del carácter*. *Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona, 2000.
SETTA, S., *L'Uomo Qualunque*, *1944-1948*, Laterza, Roma, 1975.
SILONE, I., *Vino y pan*, Alianza, Madrid, 1968.
SILVEIRA, H. C., *El modelo político italiano*. *Un laboratorio: de la tercera vía a la globalización*, Edicions de la UB, Barcelona, 1998.
SIMMONS, H. G., *The French National Front*. *The Extremist Challenge to Democracy*, Westview Press, Boulder, 1996.
SOUDAIS, M., *Le Front National en Face*, Flammarion, París, 1996.
SPRIANO, P., *Storia del Partito Comunista Italiano*, Einaudi, Turín, 1975.
STERNHELL, Z., *La droite révolutionnaire*, Seuil, París, 1978.
—, *Ni droite*, *ni gauche*. *L'idéologie fasciste en France*, Complexe, Bruselas, 1983.
SUREL, Y., «Berlusconi, leader populiste?» en O. Ihl *et al*., *La tentation…*, 2003, pp. 113-129.
TAGUIEFF, P. A., *Les fins de l'antiracisme*, Michalon, París, 1995.
—, *L'effacement de l'avenir*, Galilée, París, 2000.
—, *L'illusion populiste*, Berg, París, 2002.
TAMBURANO, G., *Storia e cronaca del centrosinistra*, Feltrinelli, Milán, 1971.
TARCHI, M., *Cinquant'anni di nostalgia*. *La destra italiana del dopoguerra*, Rizzoli, Milán, 1995.
—, *Esuli in patria*. *I fascisti nell'Italia repubblicana*, Guanda, Parma, 1995.
—, *Dal Msi ad AN*. *Organizzazione e strategie*, Il Mulino, Bolonia, 1997.
—, «The political culture of Alleanza Nazionale. An Analysis of the Party's Programmatic Documents, 1995-2002», en *Journal of Modern Italian Studies*, 8 (2003), pp. 135-181.
—, «Populismo a la italiana», *Historia social*, 46 (2003), pp. 95-112.
TELLINI, G., *Il romanzo italiano dell'Ottocento e Novecento*, Mondadori, Milán, 1998.
THURMAN, J., *Secretos de la carne*. *Vida de Colette*, Siruela, Madrid, 2000.
TODD, O., *Albert Camus*. *Una vida*, Tusquets, Barcelona, 1997.
TOURAINE, A., *Le mouvement de mai ou le communisme utopique*, Seuil, París, 1968.

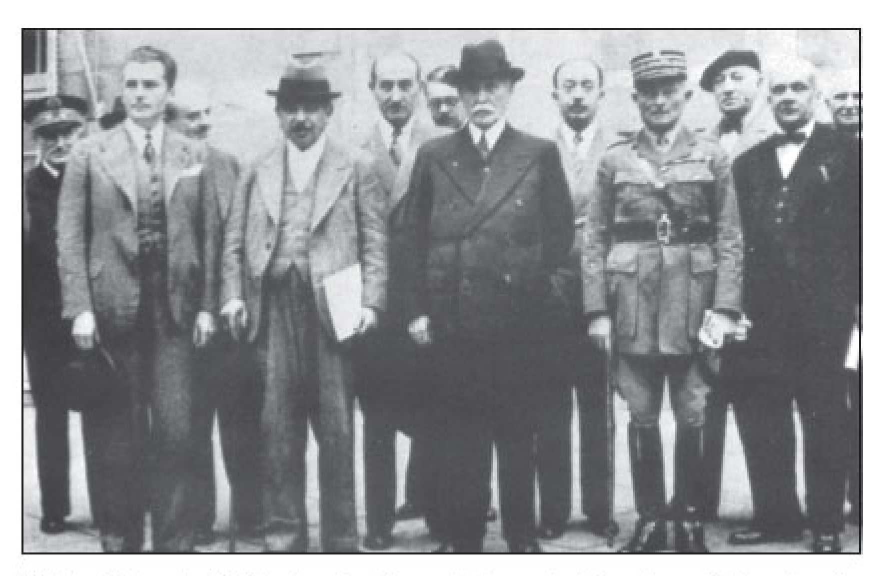
VERDÈS-LEROUX, J., «La guerre d'Algérie dans la trajectoire des intellectuels communistes», en J. P. Rioux y F. Sirinelli, *La guerre…*, 1991, pp. 305326.
VIALE, G., *Il Sessantotto*. *Tra rivoluzione e restaurazione*, Mazzotta, Milán, 1978.
VIANSSON-PONTÉ, P., *Histoire de la République gaullienne*, Fayard, París, 1970-1971.
VIDAL, G., *La revisión del Holocausto*, Anaya y Muchnik, Madrid, 1994.
VIDAL-NAQUET, P., *Los asesinos de la memoria*, Siglo XXI, Madrid, 1994.
VINEN, R., *Bourgeois Politics in France*, *1945-1951*, UP Cambridge, 1995.
WEBER, E., *L'Action Française*, Fayard, París, 1985.
WINOCK, M., *Chronique des années soixante*, Seuil, París, 1987.
—, *Le siècle des intellectuels*, Seuil, París, 1997.
YSMAL, C., «Sociologie des élites du FN, 1979-1986», en N. Mayer y P. Pérrineau, *Le Front National…*, FNSP, París, 1996, cap. 5.
ZULLINO, P., *Il comandante*. *La vita inimitabile di Achille Lauro*, SugarCo, Milán, 1976.
ZWEIG, S., *Amok*, El Acantilado, Barcelona, 2003.



La crisis moral provocada por el conflicto y los escenarios del exterminio pasan a formar parte de la memoria colectiva. El júbilo parisiense de 1944 marca el inicio de una nueva época después de una esclerosis moral que Francia no quiere volver a sufrir. (Partisanos celebrando la liberación de París.)



Lo insustituible de De Gaulle es la forma en que fusiona tradición, futuro, memoria y proyecto. Sus actos aparecen como deben hacerlo los grandes procesos históricos. ¿Alguien más podía representar a Francia en la custodia de las tradiciones patrióticas e identificarse con la totalidad del antifascismo? (De Gaulle pasa revista a las tropas de la Francia Libre, Londres, 1940.)



Pétain, el héroe de Verdún, ha sido el gran instrumento de la entrega de Francia a los ocupantes. Su ejemplo alimenta la resignación: si el mariscal no resiste, ¿quién puede hacerlo? La legitimidad de Vichy solo podía basarse en que Francia seguía existiendo en la parodia del Estado Nacional. (Pétain con los miembros del gobierno Laval, julio de 1940.)



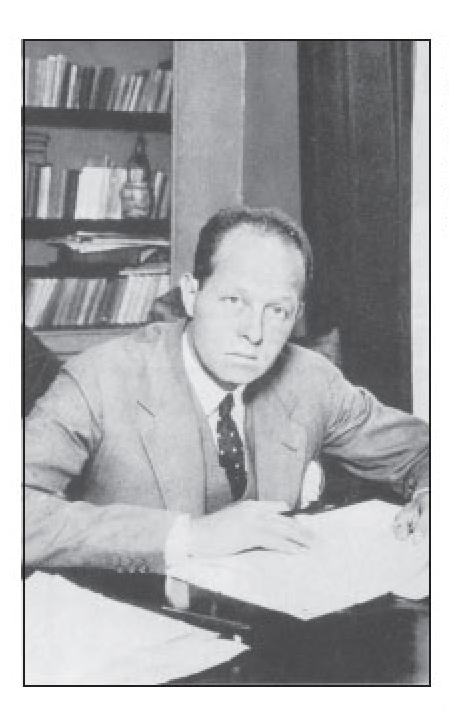
Aunque los alemanes se comporten con corrección, aunque la vida continúe con su tediosa apariencia cotidiana, los amigos dejan un día de responder al teléfono, sus apartamentos están desiertos y se escuchan los alaridos que provienen de las oficinas de detención... Así describió Sartre la Resistencia en 1945. (Barricadas en París poco antes de la entrada de los aliados.)



Tras fracasar el movimiento tutelado por los comunistas franceses para reunir a todos los resistentes, su secretario general, Maurice Thorez (en la fotografía pasando revista a una formación militar en 1946), *defenderá en 1945 la unidad y la participación de los comunistas franceses en la forja de la nueva República.*

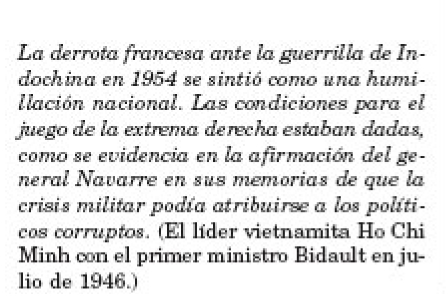


Entre 1947 y 1948 tuvo lugar en Francia una oleada de huelgas que amenazó con desbordar por la izquierda al Partido Comunista. Tras la caída del primer ministro socialista Paul Ramadier por la represión ejercida contra los huelguistas, su sustituto, Robert Schuman, propuso la movilización de reservistas para restablecer el orden público. (Cartel francés sobre la nacionalización del carbón.)



El prestigioso novelista Pierre Drieu La Rochelle escribió también textos clave de la literatura fascista como L'Europe contre les patries *y* Socialisme fasciste. *Durante la Ocupación dirigió la* Nouvelle Revue Française. *Se suicidó en marzo de 1945, y murió «como el revolucionario y reaccionario que soy».*





La derrota francesa ante la guerrilla de Indochina en 1954 se sintió como una humillación nacional. Las condiciones para el juego de la extrema derecha estaban dadas, como se evidencia en la afirmación del general Navarre en sus memorias de que la crisis militar podía atribuirse a los políticos corruptos. (El líder vietnamita Ho Chi Minh con el primer ministro Bidault en julio de 1946.)

El movimiento político de Pierre Poujade tiene todas las características que pueden definir un populismo nacionalista. Este excombatiente de la Resistencia y concejal en las listas del RPR inició una lucha antifiscal y de rechazo a la casta política que llegó a cobrar cierta importancia, aunque sus votos se concentraron siempre en el oeste y sur del país. (En la fotografía, Pierre Poujade en un mitin.)



L'ESPOIR

NATIONALISTE

ORGANE CLANDESTIN DU NATIONALISME DANS LA REGION RHONE ALPES

Numéro 3 NF 0,50

Notre journal en est à son troisième mois d'existence et il est dans toute la région Rhône-Alpes une arme essentielle du Nationalisme.

Déjà il possède tout un réseau de lecteurs qui attendent chaque mois la voix des patriotes. A tous nos amis connus et inconnus, nous annonçons que désormais, dans chaque numéro, ils trouveront en plus du panorama de la presse clandestine en France (Métropole et Algérie) et d'un compte régulier de la situation française, un article consacré aux solutions nationalistes où seront examinés successivement les problèmes de l'Etat Nouveau, de l'Algérie, de l'

10. En-tête de *L'Espoir nationaliste* clandestin.



Jeune NATION

ORGANE NATIONALISTE D'INFORMATION

Accusés gaullistes levez-vous !

Malgré la haute trahison officielle

DE DUNKERQUE A TAMANRASSET LA PATRIE, PAR NOUS, RESTERA UNE

11. Manchette du dernier numéro de *Jeune Nation*, saisi à l'imprimerie à la veille de sa sortie (28 janvier 1961).

Las posiciones más «revolucionarias» del fascismo francés se encontraban en Jeune Nation, un movimiento de estudiantes y excombatientes que proponía el «Estado Popular» para acabar con el capitalismo y el bolchevismo. Tras su disolución en 1958 Jeune Nation pasó a denominarse Partido Nacionalista. Tras cometer una serie de secuestros y asesinatos en Francia, se trasladó a Argel. (Ejemplar del diario el último día de su aparición, 28 de enero de 1961.)

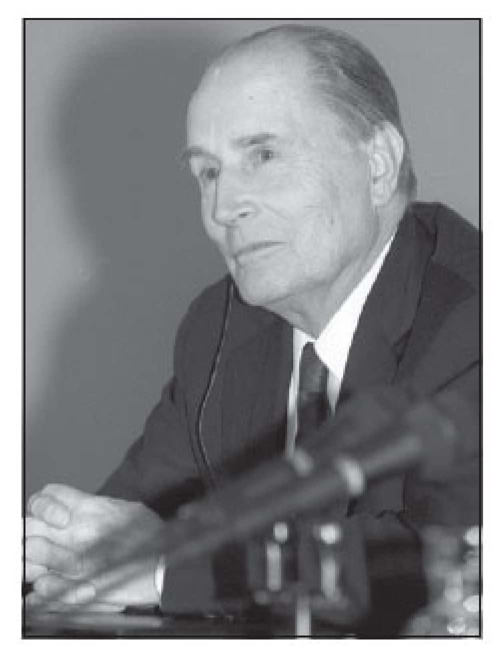


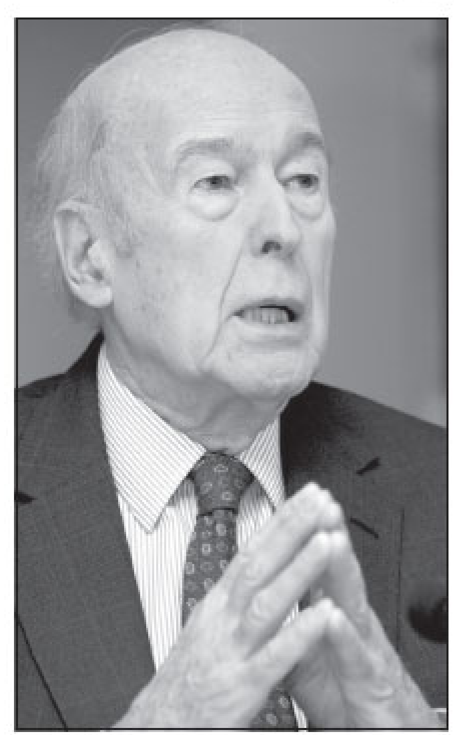
Argelia fue una ocasión desaprovechada por la extrema derecha que se convirtió en una derrota descomunal. En 1955 un centenar de europeos fueron asesinados, lo que dio lugar a una represión que multiplicaría por diez las víctimas árabes; no obstante, la población francesa no deseaba otra guerra civil quince años después de haber soportado una. (Comando Delta de la OAS en acción.)



Al recibir el Premio Nobel, Albert Camus, argelino, declaró su distancia con respecto a los intelectuales partidarios del FLN. *Su célebre elección a favor de su madre en lugar de la independencia de Argelia, lejos de ser una* boutade, *denunciaba ciertas graduaciones de repugnancia según un ámbito u otro del crimen.*

Mitterrand, que había sido ministro en varias ocasiones desde 1947, se convirtió en la esperanza de la izquierda para el Elíseo en 1967, al forzar a De Gaulle a una segunda vuelta en las presidenciales. A pesar de la derrota frente al general, Mitterrand mantuvo su liderazgo e hizo posible la refundación del Partido Socialista en 1971. Fue presidente por primera vez en 1981 con el apoyo de los comunistas.





En 1967 Giscard D'Estaing planteó un gaullismo modernizador. Con su famoso «Sí, pero» a la política del general, el entonces ex ministro de Finanzas abogaba por una ideología más nacional y tecnócrata que le llevaría al Elíseo en 1974, pero dejó a la extrema derecha espacios nacionalpopulistas que el gaullismo había ocupado hasta entonces.



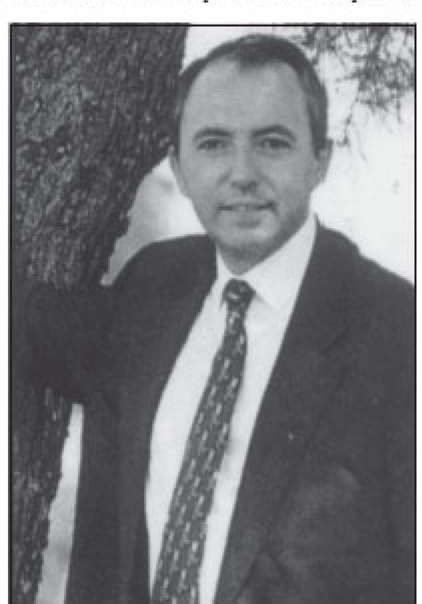
El Frente Nacional surgió cuando la crisis del petróleo anunciaba un cambio de época y el fin del crecimiento económico. El liderazgo recayó en Jean-Marie Le Pen, un ex diputado del movimiento poujadista que combatió en Indochina y Argelia. Le Pen, con su liderazgo carismático, buscó una cohesión más «nacional» que «nacionalista» y más conservadora que rebelde. (Abril de 1986: diputados del Frente Nacional junto a su líder, Jean-Marie Le Pen.)



El historiador revisionista François Duprat, muerto en un atentado a la edad de treinta y cinco años, fue el referente de las tradiciones «nacionalistas» y «nacionales» durante los primeros años del Frente Nacional. Duprat fundó los Grupos Nacional-Revolucionarios y fue director de la revista Cahiers Européens.



En 1976 Jacques Chirac dimitió como primer ministro para capitanear la refundación del partido gaullista y recuperar el aire de Rassemblement *de sus orígenes. La nueva RPR –Unión Popular por la República– se puso al día a partir de la búsqueda «genética» del movimiento rompiendo con la apertura social liderada por Giscard.*



En enero de 1999 el Frente Nacional sufrió una escisión y nació el Movimiento Nacional Republicano. Su fundador, Bruno Mégret, militante del frente desde mediados de los ochenta, defiende posiciones basadas en un nacionalismo etnicista y un rechazo a la mundialización en sintonía con Fini en Italia o Haider en Austria. La formación disidente no logró amenazar la hegemonía de Le Pen en la extrema derecha francesa.



Jean Stirbois (en la fotografía con la diputada Yann Piat) *fue hasta su muerte, en 1988, uno de los dirigentes más influyentes del Frente Nacional. Construyó un verdadero partido del que alejó a los grupúsculos neonazis, dejó de lado las polémicas revisionistas antisemitas y centró la propaganda del partido de Le Pen en la xenofobia, la degradación urbana y la inseguridad.*



Rossellini filma Roma, città aperta *en los arrabales de una Roma recién liberada, mostrando la profunda intimidad moral de la posguerra y la dureza de la contienda con toda su náusea, sus contradicciones y la impotencia de los soldados italianos para sublevarse contra el oficial alemán.* (Escena de la película.)



La guerra civil da legitimidad a la Resistencia. Para los partisanos la guerra civil permite romper la imagen de una Italia unánimemente fascista. El ejército irregular que se moviliza al norte de Roma y Florencia durante dos años puede presentarse como la versión combatiente de Italia. (Partisanos en Milán tras la liberación de la ciudad, 1945.)



Palmiro Togliatti, secretario general del PCI, protagonizó en 1944, tras su retorno del exilio, la célebre svolta *de Salerno, una operación táctica destinada a crear la máxima unanimidad posible en torno al gobierno provisional, presidido por el socialista Ivanoe Bonomi, y ganar energías en la lucha contra el fascismo.* (En la foto con Nilde Iotti, presidenta del Parlamento italiano. Foto sin fechar.)



La Democracia Cristiana fue el eje de la reconstrucción de Italia y la columna vertebral de la I República. Arriesgándose a desairar a parte de su electorado por no defender la monarquía de Humberto II —«el Rey de mayo»— la DC se configuró como un movimiento capaz de preservar una serie de valores fundamentales más allá de la naturaleza institucional del sistema. (Cartel de la Democracia Cristiana.)



La DC consiguió que los diez millones de votos en favor de la monarquía no se convirtieran en un movimiento político conservador capaz de bloquear la nueva República. (En la fotografía, los dirigentes democristianos Giorgio La Pira, Aldo Moro y Giuseppe Dossetti en 1946.)



Entre los efectos brutales de la guerra en la sociedad italiana destacan la devastación del país y dos millones de parados, cuyas filas engrosaban miles de cautivos de guerra. El cine neorrealista será el reflejo de este sufrimiento humano. Filmes tan conmovedores como El ladrón de bicicletas *o* Umberto D *sufrieron la reprimenda de la derecha clerical de Andreotti por la desesperanza que mostraban.* (En la fotografía, Vittorio de Sica.)



El ideólogo fascista Pino Romualdi basó la campaña de 1948 en conceptos como la socialización y el corporativismo como superación del liberalismo para tratar de paliar el antifascismo de masas alimentado por el anticomunismo de la DC, la derrota del fascio y la guerra civil. (Cartel electoral del Bloque Nacional.)



A finales de 1946 se fundó el Movimiento Social Italiano. La dirección recayó sobre Giorgio Almirante, el líder indiscutible del fascismo de la posguerra hasta su muerte. Almirante buscó siempre su espacio político entre la «mayoría silenciosa». (Almirante con su delfín, Gianfranco Fini, celebran el centenario del nacimiento de Mussolini el 29 de julio de 1983.)



El verdadero símbolo de la nueva sociedad italiana y del milagro económico es el pequeño utilitario Fiat 600, que en 1958 se producía a una media de casi novecientas unidades diarias.



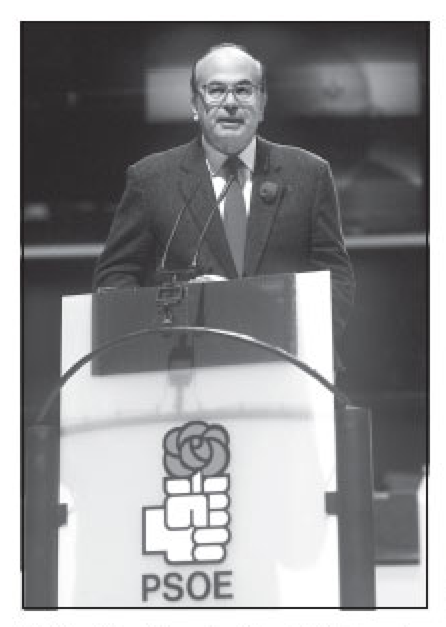
El asalto a la Universidad de Roma en 1968 o la movilización en Reggio Calabria en 1970-1971 por demandas locales, que aprovechó la extrema derecha más radical, fueron elementos de desorden que el MSI utilizó sin demasiado éxito para romper el diálogo entre la DC y el PCI.

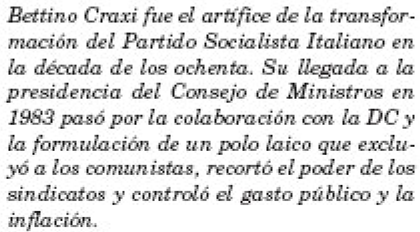


El cartel Nostalgia del futuro *parece expresar la ambigüedad que caracterizó al Movimiento Social Italiano a lo largo de toda su existencia. Se trata también de la ambivalencia que siempre ha ido al encuentro de la extrema derecha, que la ha contemplado desde el interior de las propias organizaciones o desde los análisis de los académicos.*



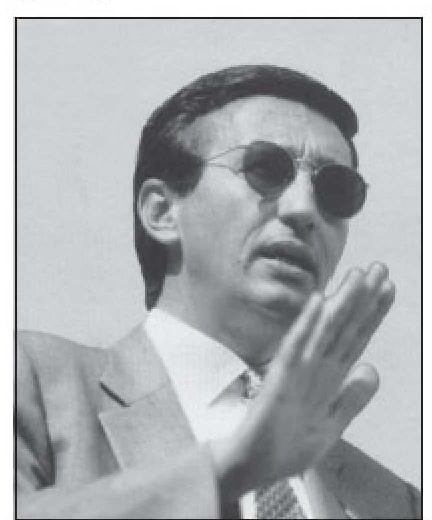
Enrico Berlinguer impulsó el liderazgo del eurocomunismo, que trataba de favorecer la entrada de los partidos comunistas de Occidente en el ámbito de la socialdemocracia, a la vez que rompía sus vínculos con el marxismo-leninismo ortodoxo. (En la foto, celebración de la Cumbre Eurocomunista en Madrid, marzo de 1977.)




Bettino Craxi fue el artífice de la transformación del Partido Socialista Italiano en la década de los ochenta. Su llegada a la presidencia del Consejo de Ministros en 1983 pasó por la colaboración con la DC y la formulación de un polo laico que excluyó a los comunistas, recortó el poder de los sindicatos y controló el gasto público y la inflación.



El éxito de Umberto Bossi procede del atractivo que ofrecen las identidades próximas en momentos de disgregación de un sistema político. Utiliza un lenguaje grosero, por ejemplo, para referirse a los extranjeros, o para denostar a las autoridades europeas, a las que llama «pedófilos de Bruselas».



En su propuesta de un fascismo «para el año 2000» Fini expresa la necesidad de una renovación dentro de la tradición del fascismo para presentar soluciones a una crisis de la civilización. Su propuesta incluía patriotismo, cohesión social corporativa y sentido del Estado. Los valores tradicionales devolverían a Italia la orientación perdida.



A pesar de la confianza de Giulio Andreotti en el reformismo socialista y democristiano para la década de los noventa, la Primera República acabó entre 1992 y 1994. La trama judicial se vio salpicada por los asesinatos de Borsellino y el juez Falcone, además de los problemas de adaptación que tuvo Italia a las exigencias del Tratado de Maastricht.



Silvio Berlusconi actuó en 1993 y 1994 como puente entre dos orillas representadas por la extrema derecha y la insurrección institucional de la Liga Norte. Esta coyuntura le permitió a «Il Cavaliere» explotar una imagen positiva frente a un electorado moderado, carente de referencias organizadas y temeroso del MSI y de Umberto Bossi.



En 1995 el MSI entra en el gobierno por primera vez. Al poco tiempo el XVII Congreso del partido pondría fin a su existencia. La mayoría de sus dirigentes, utilizando sus recursos culturales y administrativos, fundaron Alianza Nacional bajo el liderazgo de Fini (que aquí aparece durante una rueda de prensa en Jerusalén, noviembre de 2003). *El testimonio del fascismo clásico se agrupó en el MSI Fiamma Tricolore de Pino Rauti.*

NOTAS

1. A. Beevor y A. Cooper, *París después de la Liberación*, *1944-1949*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 48.

2. J. Thurman, *Secretos de la carne*. *Vida de Colette*, Siruela, Madrid, 2000, p. 619.

3. G. Elgey, *Histoire de la IV République*. *La République des illusions*, *1945-1951*, Fayard, París, 1993, pp. 19 y ss.

4. D. Dessanti, *Drieu La Rochelle*, *du dandy au nazi*, Flammarion, París, 1998, pp. 419-420.

5. C. Lottman, *Albert Camus*, Taurus, Madrid, 1987, pp. 396 y ss.

6. O. Todd, *Albert Camus*. *Una vida*, Tusquets, Barcelona, 1997, pp. 344-345.

7. J.-P. Sartre, *La República del silencio*, Losada, Buenos Aires, 1960, p. 19.

8. R. de Chateaubriand, *Memorias de ultratumba*, Orbis, Madrid, 1982, vol. II, p. 367.

9. J.-P. Sartre, *La República…*, pp. 36-37.

10. Existe una bibliografía muy amplia sobre la Ocupación y la Colaboración. Una lectura que proporciona una visión excelente del período es el libro de P. Burrin, *La France à l'heure allemande*, *1940-1944*, Seuil, París, 1995. Acerca del peso de la memoria de Vichy en la cultura francesa, puede verse E. Conan y H. Rousso, *Vichy*. *Un passé qui ne passe pas*, Fayard, París, 1994, o la compilación realizada por Jean-Pierre Azéma y F. Bédarida, *Vichy et les français*, Fayard, París, 1992.

11. O. Todd, *Albert Camus*, p. 347.

12. R. Rémond, *Les droites en France*, Aubier, París, 1982, p. 243.

13. Las biografías de De Gaulle son innumerables. Entre las más recientes, puede destacarse la de P. M. de La Gorce, *De Gaulle*, Perrin, París, 1999. Entre las clásicas, la de Jean Lacouture, *De Gaulle*, Seuil, París, 1984-1986. Además de, naturalmente, las memorias del propio general, *Mémoires de guerre*, Plon, París, 1954-1959; *Mémoires d'espoir*, Plon, París, 1970-1971, desgraciadamente sin acabar.

14. Entre las memorias de Pétain destaca la de M. Ferro, *Pétain*, Fayard, París, 1987. Un estudio sobre Vichy clásico, que continúa conservando su vigor, es el de R. Paxton, *La France de Vichy*, *1940-1944*, Seuil, París, 1973.

15. M. Winnock, *Le siècle des intellectuels*, Seuil, París, 1997, p. 385.

16. S. de Beauvoir, *Los mandarines*, Edhasa, Barcelona, 1982, pp. 18-19.

17. J.-P. Sartre, *La República…*, pp. 12-13.

18. A. Camus, *Moral y política*, Alianza, Madrid, 1984, pp. 13-14.

19. R. Aron, *Memorias*, Alianza, Madrid, pp. 189-190.

20. A. Cohen-Solal, *Sartre*, *1905-1980*, Gallimard, París, 1985, pp. 419 y ss.

21. J. P. Rioux, *La France de la Quatrième République*. *L'ardeur et la necessité*, *1944-1952*, Seuil, París, 1980, p. 31.

22. G. Elgey, *Histoire…*, vol. I, pp. 27 y ss.

23. R. Vinen, *Bourgeois Politics in France*, *1945-1951*, University Press, Cambridge, 1995, pp. 66 y ss.

24. P. Facon, *La IV République*, Pygmalion, París, 1997, p. 80.

25. J. J. Becker, *Le Parti Communiste*, *veut-il prendre le pouvoir? La stratégie du PCF de 1930 à nos jours*, Seuil, París, 1980.

26. P. Lévêque, *Histoire des forces politiques en France*, vol. 3, Armand Colin, París, 1997, p. 57.

27. P. Facon, *La IV République*, pp. 139-140.

28. J. Charlot, *Le Gaullisme d'opposition*, *1946-1958*, Fayard, París, 1983.

29. H. Lottman, *La depuración*, *1943-1953*, Tusquets, Barcelona, 1986. En especial, capítulo 6.

30. J. Paulhan, *De la paille et du grain*, Gallimard, París, 1948.

31. G. Sapiro, «L'épuration du monde des lettres», en M. O. Baruch, *Une poignée de misérables*. *L'épuration de la société française après la seconde guerre mondial*, Fayard, París, 2003, pp. 255 y ss.

32. O. Todd, *Albert Camus*, p. 377.

33. *Ibid.*, p. 381. Acerca del proceso Brasillach puede verse la monografía de A. Kaplan, *Intelligence avec l'ennemi. Le procès Brasillach*, Gallimard, París, 2001 (ed. en inglés de 2000).

34. A. Cohen-Solal, *Sartre…*, p. 422.

35. M. Winock, *Le siècle…*, p. 453.

36. Z. Sternhell, *La droite révolutionnaire*, Seuil, París, 1978; *id.*, *Ni droite, ni gauche. L'idéologie fasciste en France*, Complexe, Bruselas, 1983. El debate generado por la tesis Sternhell en Francia puede seguirse en P. Milza, *Fascisme français. Passé et présent*, Flammarion, París, 1997. Muy recientemente, M. Dobry ha dirigido un conjunto de ensayos con el título de *Le mythe de l'allergie française au fascismo*, Albin Michel, París, 2003.

37. A. Douglas, *From Fascism to Libertarian Communism. Georges Valois against the Third Republic*, University Press, Berkeley, 1992.

38. J. P. Brunet, *Jacques Doriot*, Balland, París, 1986.

39. P. Burin, *La dérive fasciste. Doriot, Déat, Bergery, 1933-1945*, Seuil, París, 1986.

40. R. Paxton, *Le temps des chemises vertes. Révoltes paysannes et fascisme rural, 1929-1939*, Seuil, París, 1996.

41. E. Weber, *L'Action Française*, Fayard, París, 1985 (ed. en inglés de 1962), p. 453.

42. J. L. Loubet del Bayle, *Les non conformistes des années 30. Una tentative de renouvellement de la pensée politique française*, Seuil, París, 1969.

43. R. Griffin, *The Nature of Fascism*, Pinter, Londres, 1991.

44. B. Bruneteau, *«L'Europe nouvelle» de Hitler. Une illusion des intellectuels de la France de Vichy*, Rocher, París, 2003.

45. Facon, *La IV République*, p. 31.

46. P. Novick, *L'épuration française, 1944-1949*, Seuil, París, 1985 (ed. en inglés de 1968). Rioux, *La France…*, pp. 49 y ss.

47. P. Lévêque, *Histoire…*, pp. 314 y ss.

48. *Ibid.*, p. 441.

49. La mejor obra de conjunto sobre estos movimientos grupusculares es la de J. Algazy, *La tentation néo-fasciste en France*, *1944-1965*, Fayard, París, 1984. De un carácter menos descriptivo es la obra de A. Chebel d'Appollonia, *L'extrême droite en France*. *De Maurras à Le Pen*, Complexe, Bruselas, 1988. En el marco de la propia cultura neofascista, puede verse la aportación de uno de los fundadores del Frente Nacional, F. Duprat, *Les mouvements d'extrême droite en France depuis 1944*, Albatros, París, 1972.

50. Sobre las vicisitudes de todo este período, pueden verse las memorias del presidente, V. Auriol, *Mon septennat*, *1947-1954*, con una edición reducida en Gallimard, París, 1970. Acerca de la posición socialista, se dispone de un texto iluminador, el de R. Quilliot, *La SFIO et l'exercise du pouvoir*, *1944-1958*, Fayard, París, 1952.

51. L. Lacouture, *Pierre Mendès France*, Seuil, París, 1981.

52. J. P. Rioux, *La France de la Quatrième République*. *L'expansion et l'impusissance*, *1952-1958*, Seuil, París, 1983.

53. R. Rémond, *Notre siècle*, Fayard, París, 1991.

54. El texto clásico sobre el movimiento es el de S. Hoffmann, *Le mouvement poujade*, Armand Colin, París, 1956. Una aproximación muy inteligente al fenómeno la proporciona G. Elgey en el tercer volumen de su *Histoire*…, pp. 354 y ss.

55. P. Algazy, *La téntation…*, pp. 118 y ss.

56. J. P. Rioux, *La guerre d'Algérie et les français*, Fayard, París, 1990; J. P. Rioux y J. F. Sirinelli, *La guerre d'Algérie et les intellectuels français*, Complexe, Bruselas, 1991; B. Droz y E. Lever, *Histoire de la guerre d'Algérie*, Seuil, París, 1982.

57. Cit. por Winock, *Le siècle…*, p. 539.

58. J. Verdès-Leroux, «La guerre d'Algérie dans la trajectoire des intellectuels communistes», en J. P. Rioux y F. Sirinelli, *La guerre…*, pp. 307 y ss.

59. R. Rémond, *Notre siècle*, pp. 499-500.

60. M. C. Granjon, «Raymond Aron, Jean-Paul Sartre et le conflict algérien», en J. P. Rioux y F. Sirinelli, *La guerre…*, pp. 115 y ss.

61. M. Winock, *Le siècle…*, pp. 518-520.

62. J. P. Guichard, *De Gaulle face aux crises*, Le Cherche Midi éditeur, París, 2000, pp. 91 y ss.

63. J.-P. Sartre, *Colonialismo y anticolonialismo*, Losada, Buenos Aires, 1965, pp. 131-134.

64. A. M. Duranton-Crabol, «Du combat pour l'Algérie française au combat pour la culture européenne. Les origines du Groupement de Recherche et d'Études pour la Civilisation Européenne (GRECE)», en J. P. Rioux y F. Sirinelli, *La guerre…*, pp. 59 y ss.

65. Cit. por J. Algazy, *La tentation neo-fasciste en France, 1944-1965*, Fayard, París, 1984, pp. 194-197.

66. Z. Zweig, *Amok*, El Acantilado, Barcelona, 2003, p. 57.

67. S. Bernstein, *La France de l'expansion*. *La république gaulliene*, *1958-1969*, Seuil, París, 1989; P. Viansson-Ponté, *Histoire de la République gaullienne*, Fayard, París, 1970-1971, 2 vols.

68. F. Mitterrand, *Le Coup d'État permanent*, Plon, París, 1964.

69. M. Winock, *Chronique des années soixante*, Seuil, París, 1987; J. Fourastié, *Tes Trente Glorieuses ou la Révolution invisible de 1946 à 1975*, Fayard, París, 1979.

70. M. Winock, *Le siècle…*, p. 548.

71. L. Ferry y A. Renaut, *La pensée 68*. *Essai sur l'anti-humanisme contemporain*, Gallimard, París, 1985.

72. C. Castoriadis, *El ascenso de la insignificancia*, Cátedra, Madrid, 1998, pp. 29 y ss.

73. Véanse las reflexiones de X. Casals sobre «el mayo blanco» en su reciente texto *Ultrapatriotas*. *Extrema derecha y nacionalismo de la guerra fría a la era de la globalización*, Crítica, Barcelona, 2003, pp. 11-13.

74. VV.AA., *Les élections legislatives de 1968*, Imprimerie Nationale, París, 1969.

75. R. Aron, *La révolution introuvable*, Julliard, París, 1968; A. Dansette, *Mai 68*, Plon, París, 1971; J. Massu, *Baden 68*, Plon, París, 1983; A. Touraine, *Le mouvement de mai ou le communisme utopique*, Seuil, París, 1968.

76. G. Pompidou, *Pour rétablir una vérité*, Flammarion, París, 1982. Las memorias póstumas de Pompidou son una fuente indispensable para comprender la crisis del régimen en el mismo 68, que se dilató para dar una impresión de firmeza. De hecho, el general y su primer ministro rompieron en el mismo momento en que De Gaulle abandonó París para ir a buscar ayuda en Baden-Baden.

77. J. Algazy, *L'extrême droite en France*, *1965 à 1984*, L'Harmattan, París, 1989, p. 23.

78. F. Duprat, *Les mouvements…*, pp. 142 y ss.

1. C. Pavese, *Narrativa completa*, Seix Barral, Barcelona, 1985, vol. II, p. 205.

2. I. Silone, *Vino y pan*, Alianza, Madrid, 1968, p. 243.

3. C. Levi, *Cristo se paró en Éboli*, Plaza y Janés, Barcelona, 1982, p. 9.

4. Sobre Leone Ginzburg, puede verse una conmovedora evocación en A. D'Orsi, *Intellettuali nel Novecento italiano*, Einaudi, Turín, 2001, pp. 305 y ss.

5. N. Ginzburg, *Las pequeñas virtudes*, El Acantilado, Barcelona, 2002, pp. 77-81.

6. El mejor ensayo sobre la Resistencia como opción moral es el de C. Pavone, *Una guerra civile*. *Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Bollati Boringheri, Turín, 1991.

7. C. Mazzantini, *I Balilla andarono a Salò*. *L'armata degli adolescenti che pagarono il conto della storia*, Marsilia, Venecia, 1995.

8. M. Tarchi, *Esuli in patria*. *I fascisti nell'Italia repubblicana*, Guanda, Parma, 1995.

9. G. Mammarella, *L'Italia contemporanea*, *1943-1998*, Il Mulino, Bolonia, 2000, pp. 5-51; A. Lepre, *Storia della prima Repubblica*. *L'Italia dal 1942 al 1992*, Il Mulino, Bolonia, 1993, pp. 7-80. Estos dos textos son, junto al de P. Ginsborg, *A History of Contemporary Italy*, *1943-1988*, Penguin, Londres, 1990, y el conjunto de ensayos de P. McCarthy, *Italy since 1945*, Oxford University Press, Oxford, 2000, las aproximaciones más útiles y accesible a la Italia de la posguerra. Buena parte de la narración que se hace en estas páginas está basado en sus análisis.

10. R. Chiarini, *Destra italiana*. *Dall'unità d'Italia a Alleanza Nazionale*, Marsilio, Venecia, 1995.

11. G. Mammarella, *L'Italia…*, pp. 21 y ss.; A. Lepre, *Storia*, pp. 21 y ss. Pero, sobre todo, N. Ajello, *Intelletuali e PCI*, *1944-1958*, Laterza, Roma, 1997, capítulo primero.

12. P. Spriano, *Storia del Partito Comunista Italiano*, Einaudi, Turín, 1975, vol. 5, pp. 314 y ss.

13. N. Ajello, *Intellettuali…*, pp. 144-145.

14. S. Colarizi, *Storia dei partiti nell'Italia repubblicana*, Laterza, Roma, 1994, pp. 47 y ss. Véase el interesante estudio sobre las subculturas de la república H. C. Silveira Groski, *El modelo político italiano*. *Un laboratorio: de la tercera vía a la globalización*, Edicions de la Universitat de Barcelona, Barcelona, 1998.

15. G. Galli, *Mezzo secolo di DC*, Rizzolo, Milán, 1993; A. Parisella, *Cattolici e Democrazia Cristiana dell'Italia repubblicana*. *Analisi di un consenso politico*, Gangemi, Roma, 2000; M. Follini, *La DC*, Il Mulino, Bolonia, 2000, esp. pp. 33 y ss.

16. G. Pallotta, *Il qualinquismo e l'avventura di Guglielmo Giannini*, Bompiani, Milán, 1972; S. Setta, *l'Uomo Qualunque*, *1944-1948*, Laterza, Roma, 1975.

17. U. Righetti, *Contributo alla storia della socialdemocrazia italiana*, Sed, Roma, 1962. El dirigente de esta formación escribió unas memorias, G. Saragat, *Quarant'anni di lotte per la democracia*, Mursia, Milán, 1966.

18. L. Mercuri, *18 aprile 1948*. *La grande svolta elettorale*, Marzorati, Milán, 1991. Acerca del resultado demoledor sobre la moral del PCI, véase A. Agosti, *Storia del PCI*, Laterza, Roma, pp. 63 y ss; también, S. Pons, «L'URSS e il PCI nel sistema internazionale della guerra fredda», en R. Gualtieri, *Il PCI nell'Italia repubblicana*, *1943-1991*, Carocci, Roma, pp. 3 y ss. Acerca de la posición de la DC en relación con la actitud norteamericana, M. del Pero, *L'alleato scomodo*. *Gli USA e la DC negli anni del centrismo*, *1948-1955*, Carocci, Roma, cap. 1.

19. Como trabajos de conjunto, los mejores ensayos acerca del MSI son los de P. Ignazi, *Il Polo escluso*. *Profilo storico del Movimento Sociale Italiano*, Il Mulino, Bolonia, 1998 (2.ª ed.), y de M. Tarchi, *Dal Msi ad An*. *Organizzazione e strategie*, Il Mulino, Bolonia, 1997. De este último autor puede leerse el interesante libro-entrevista, *Cinquant'anni di nostalgia*. *La destra italiana nel dopoguerra*, Rizzoli, Milán, 1995. Antes de que aparecieran estos estudios, resultaba indispensable el texto de P. Rosenbaum, *Il nuovo fascismo da Saló ad Almirante*, Feltrinelli, Milán, 1975. Una visión centrada en los aspectos más radicales y violentos es el de R. Chiarini y P. Corsini, *Da Saló a Piazza della Logia*, Milán, 1985. Una visión interna es la que ofrecen las memorias de su principal dirigente, G. Almirante, *Autobiografia di un fucilatore*, Edizione del Borghese, Milán, 1973. Sobre los orígenes del movimiento puede verse, además, G. de Medici, *Le origini del Msi*, Istituto di Studi Corporativi, Roma, 1986, P. G. Murgia, *Ritorneremo*!, SugarCo, Milán, 1976; *id*., *Il vento del Nord*, SugarCo, Milán, 1975; G. Almirante y G. Parlamenghi-Crispi, *Il Movimento Sociale Italiano*, Nuova Accademia, Milán, s.f.e.

20. Para la relación con la prensa, véase P. Ignazi, *Il polo…*, pp. 24 y ss.

21. Acerca de la evolución de los grupos monárquicos, que tuvieron especial relevancia en el sur hasta los años sesenta, puede verse la biografía del principal de sus dirigentes, P. Zullino, *Il comandante*. *La vita inimitabile di Achille Lauro*, SugarCo, Milán, 1976, de carácter hagiográfico. Además, D. de Napoli, *Il movimento monarchico*, Lofredo, Nápoles, 1980.

22. V. Zamagni, «Evolution of the Economy»; y P. Allum, «Italian Society Transformed», en P. McCarthy, *Italy…*, capítulos 1 y 2.

23. M. Flores y N. Gallerano, *Sul PCI*. *Un'interpretazione storica*, Il Mulino, Bolonia, 1992, cap. 9; E. Taviani, «Il PCI nella società dei consumi», en R. Gualtieri, *Il PCI…*, pp. 285 y ss.

24. R. Gubern, *Historia del cine*, Lumen, Barcelona, 2003, pp. 285 y ss. A. Farassino, «Italia. El neorrealismo y los otros», en *Historia general del cine*, Cátedra, Madrid, vol. IX, pp. 81 y ss.

25. G. Tellini, *Il romanzo italiano dell'Ottocento e Novecento*, Mondadori, Milán, 1998, pp. 330 y ss.

26. G. Di Capua, *La via democristiana al socialismo*. *L'apertura a sinistra da Vallombrosa a San Ginesio*, *1957-1969*, Libreria, Milán, 1970; L. Faenza, *La crisi del socialismo in Italia*, *1946-1960*, Alfa, Bolonia, 1967; G. Galli, *Storia del socialismo italiano*, Laterza, Roma, 1980; G. Tamburrano, *Storia e cronaca del centrisinistra*, Feltrinelli, Milán, 1971; G. Baget Bozzo, *Il partito cristiano e l'apertura a sinistra*, Vallecchi, Florencia, 1977.

27. M. Tarchi, *Cinquant'anni…*, capítulos 4 y 5.

28. Sobre la importancia de J. Evola en los jóvenes del MSI, véase M. Ferraresi, *Minaccie alla democrazia*. *La Destra radicale e la stretegia della tensione in Italia del dopoguerra*, Feltrinelli, Milán, esp. pp. 85 y ss. Acerca de su obra, véase M. Fraquelli, *Il filosofo proibito*. *Tradizione e reazione nell'opera di Julius Evoca*, Terziaria, Milán, 1994; también, J. Anton «Julius Evola (1898-1974). Ideólogo de la antimodernidad», en R. Maiz, coord., *Teorías políticas contemporáneas*, Tirant lo Blanc, Valencia, 2001. Sobre Pino Rauti, S. di Michele y A. Galiani, «Pino Rauti. Il Figlio del Sole (nero)», en *Mal di destra*. *Fascista e postfascisti: i protagonisti di ieri e di oggi si raccontano*, Sperling & Kupfer, Milán, 1995, pp. 123 y ss.

29. Las posiciones de la izquierda misina pueden seguirse en la edición de los escritos políticos de E. Massi, *Nazione Sociale*, realizada por G. Rossi, Istituto di Studi Corporativi, Roma, 1990.

30. La posición de Malagodi puede verse en G. Ciani, *Il partito liberale italiano*, ESI, Nápoles, 1968.

31. Además del libro citado de M. Ferraresi, puede verse C. C. Lo Re, *La destra eversiva*. *Fenomenologia della coscienza radicale*, Solfanelli, Chieti, 1994.

32. L. Bobbio, *Lotta continua*. *Storia di un'organizzazione rivoluzionaria*, Savelli, Roma, 1979; A. Cazzullo, *I ragazzi che volevano fare la rivoluzione*, Mondadori, Milán, 1998; R. Rossanda, *Il movimento studentesco*, De Donato, Bari, 1968; G. Viale, *Il Sessantotto*. *Tra rivoluzione e restaurazione*, Mazzotta, Milán, 1978.

33. M. Loizu, coord., ¿*Qué es el compromiso histórico*?, Avance, Barcelona, 1976.

34. M. Blondet y L. Buoncuore, *La Maggioranza Silenziosa*, Area, Milán, 1987.

35. N. Andreatta, *Cronache di un'economia bloccata: 1969-1973*, Il Mulino, Bolonia, 1973; M. Salvati, *Il sistema economico italiano*. *Analisi di una crisi*, Il Mulino, Bolonia, 1975.

36. Crónicas del proceso de radicalización de los jóvenes misinos, que ven en la propuesta «doble» de Almirante una esperanza, pueden verse en G. Baldoni, *Noi rivoluzionari*, Settimo Sigilo, 1986 y, sobre todo, en uno de los mejores análisis hechos desde la izquierda del partido de la evolución del momento, G. Rossi, *Alternativa e dopiopetto*. *Il Msi dalla contestazione alla destra nazionale (1968-1973)*, Istituto di Studi Corporativi, Roma, 1992. Una opinión muy distinta es la del dirigente del ala derecha del partido, G. Roberti, *L'opposizione di Destra in Italia*, *1946-1979*, Gallina, Nápoles, 1988. Una reflexión externa muy lúcida es la de M. Revelli, *La Destra Nazionale*, Il Saggiatore, Milán, esp. 37 y ss.

37. Acerca de las diversas tendencias del partido en estos momentos, véase M. Brambilla, *Interrogatorio alle destre*, Rizzoli, Milán, 1995.

38. El fracaso está explicado de forma rotunda en P. Ignazi, *Il polo…*, pp. 148 y ss.

1. P. Ignazi, «The Silent Counter-Revolution. Hypotheses on the Emergence of Extreme Right-Wing Parties in Europe», en *European Journal of Political Research*. 22,1, (1992), p. 3-34; *id*., *L'estrema destra in Europa*, Il Mulino, Bolonia, 1994; H. Kitschelt, *The Radical Right in Western Europe*. *A Comparative Análisis*, The University of Michigan Press, Ann Arbor, 1997; P. Merkl y L. Weinberg, *Encounters with Contemporary Radical Right*, Westview Press, Boulder, 1993; *id*., *The Revival of Right-Wing Extremism in the Nineties*, Frank Cass, Londres, 1997; H. G. Betz, *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*, Macmillan, Londres, 1994; H. G. Betz y S. Immerfall, eds., *id*., *The New Politics of the Right*. *Neo-Populist Parties and Movements in Established Democracies*, Macmillan, Londres, 1998; C. Mudde, «The War of Words Defining the Extreme Right Party Family», en *West European Politics*, 19,2, (1996), pp. 225-248; Ch. Husbands, «The Other Face of 1992: The Extreme Right Explosion in Western Europe», en *Parliamentary Affairs*, 45,3, (1992), pp. 267-284; R. Jackman y K. Volpert, «Conditions Favouring Parties of the Extreme Right in Western Europe», en *British Journal of Political Science*. 26, 4 (1996), pp. 501-521; L. Cheles, R. Ferguson y M. Vaughan, *Neofascism in Europe*, Longman, Londres, 1991; X. Casals, *Ultrapatriotas*. *Extrema derecha y nacionalismo de la guerra fría a la era de la globalización*, Crítica, Barcelona, 2003; J. L. Rodríguez Jiménez, *¿Nuevos fascismos? Extrema derecha y neofascismo en Europa y Estados Unidos*, Península, Barcelona, 1998; J. Antón, ed., *Orden*, *jerarquía y comunidad*. *Fascismos, dictaduras y posfascismos en la Europa Contemporánea*, Tecnos, Madrid, 2003; R. Griffin, *The Naure of Fascism*, Routledge, Londres, 1991; R. Eatwell, *Fascism*. *A History*, Allen Lane the Penguin Press, Nueva York, 1996. La lista de los trabajos es interminable, y se han citado algunas fuentes esenciales que hacen referencia a modelos teóricos o recogen estudios de dinámicas nacionales diversas.

2. Acerca de los esfuerzos de Fini para librarse de su pasado fascista, véase una trayectoria clásica y un panfleto de denuncia complementarios: G. Locatelli y D. Martini, *Duce addio*. *La biografia di Gianfranco Fini*, Longanesi, Milán, 1994, o C. de Cesare, *Il fascista del duemila*. *Le radici del camerata Gianfranco Fini*, Kaos Edizione, 1996.

3. N. Fresco, *Fabrication d'un antisemite*, Seuil, París, 1999; F. Brayard, *Comment l'idée vint à M. Rassinier*. *Naissance du révisionnisme*, Fayard, París, 1996; C. Vidal, *La revisión del Holocausto*, Anaya y Muchnik, Madrid, 1994; P. Vidal-Naquet, *Los asesinos de la memoria*, Siglo XXI, Madrid,

1994 (ed. francesa, en Maspéro, 1981).

4. R. Inglehart, *The Silent Revolution*, Princeton University Press, Princeton, 1977. Una corroboración de sus tesis puede verse en «Value Change in Industrial Society», en *American Political Science Review*, 81, 1987, pp. 1.289-1.303; y «The Renaissance of Political Culture» en *id*., 1988, pp. 1.203-1.230.

5. J. Rifkin, *El fin del trabajo*. *Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*, Paidós, Barcelona, 1996 (ed. original de 1994); D. Bell, *The Coming of Post-Industrial Societies*, Basic Books, Nueva York, 1973.

6. M. Revelli, *Le due destre*, Bollati Boringhieri, Turín; *id*., *La sinistra sociale*, Bollati Boringhieri, Turín, 1997; *id*., *Más allá del siglo XX*, El Viejo Topo, Barcelona, 2003.

7. R. Sennet, *La corrosión del carácter*. *Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona, 2000.

8. U. Beck, *La sociedad del riesgo*. *Hacia una nueva modernidad*, Paidós, Barcelona, 1998 (ed. alemana de 1986).

9. Z. Bauman, *La posmodernidad y sus descontentos*, Akal, Madrid, 2001 (ed. inglesa de 1997); A. Giddens, «Vivir en una sociedad postradicional», en U. Beck, A. Giddens y S. Lash, *Modernización reflexiva*. *Política*, *tradición y estética en el orden social moderno*, Alianza, Madrid, 1997 (ed. inglesa de 1994), pp. 75-136.

10. F. Lyotard, *La condición posmoderna*. *Informe sobre el saber*, Cátedra, Madrid, 2000. El libro manifiesto de Lyotard se publicó por vez primera en 1979. Un buen estado de la cuestión puede encontrarse en P. Anderson, *Los orígenes de la posmodernidad*, Anagrama, Madrid, 2000 (ed. inglesa de 1998), dedicado fundamentalmente a examinar la obra de F. Jameson.

11. M. Maffesoli, *El instante eterno*. *El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas*, Paidós, Barcelona, 2001 (ed. francesa de 2000).

12. P. A. Taguieff, *L'effacement de l'avenir*, Galilée, París, 2000.

13. M. Maffesoli, *El tiempo de las tribus*, Icaria, Barcelona, 1990 (ed. francesa de 1988).

14. F. Jameson, *El giro cultural*. *Escritos seleccionados sobre posmodernismo*, *1983-1988*, Manantial, Buenos Aires, 1998.

15. E. Balibar, «¿Existe un neorracismo?», en E. Balibar e I. Wallerstein, *Raza*, *nación y clase*, Iepala, Madrid, 1991 (ed. francesa de 1988); E. Balibar, *La crainte des masses*, Galilée, París, 1997; P. A. Taguieff, *Les fins de l'antiracisme*, Michalon, París, 1995.

16. P. A. Taguieff, *L'illusion populista*, Berg International, París, 2002; Y. Mény e Y. Surel, *Par le peuple*, *pour le peuple*. *Le populisme et les démocraties*, Fayarad, París, 2000. El libro citado de X. Casals, *Ultrapatriotas…*, presenta una excelente puntuación de los temas fundamentales del neopopulismo, en pp. 31 y ss.

1. Además del texto de R. Rémond ya citado —*Notre siècle*—, un manual de gran calidad para este período es el de J. J. Becker, *Crises et alternances*, *1974-1995*, Seuil, París, 1998.

2. J. C. Petitfils, *La démocratie giscardienne*, PUF, París, 1981.

3. V. Giscard d'Estaing, *Démocratie française*, Fayard, París, 1976.

4. J. M. Donegani y M. Sadoun, *La Vème Republique*. *Naissance et mort*, Gallimard, París, 1998, esp. pp. 80 y ss.; J. J. Becker, *Crises…*, pp. 115 y ss.

5. H. Fiszbin, *Les bouches s'ouvrent*, Grasset, París, 1980, es un testimonio vivo del secretario de la federación de París, sobre el temor del PCF a ser absorbido por el Partido Socialista.

6. J. Lacouture, *Mitterrand*. *Une histoire de français*. *Vol*. *1: Les risques de l'escalade*, Seuil, París, 1998, pp. 365 y ss.

7. A. Lancelot, ed., *1981*. *Les élections de l'alternance*, Presses de la FNSPCEVIPOF, París, 1986.

8. F. Scott Fitzgerald, *El crack-up*, Bruguera, Barcelona, 1983, pp. 127-128.

9. P. Favier y M. Martin-Roland, *La decennie Mitterrand*. *Vol*. *1*: *Les ruptures*, *1981-1984*, Seuil, París, 1990, cap. 3.

10. J. Lacouture, *Mitterrand*. *Une histoire de français*. *Vol*. *2*: *Les vertiges du sommet*, Seuil, París, 1998, pp. 9-200.

11. P. Favier y M. Martin-Roland, *La décennie Mitterrand*. *Vol 2*. *Les épreuves*, *1984-1988*, Seuil, París, 1991, cap. 6.

12 J. M. Donegani y M. Sadoun, *La Vème…*, pp. 424 y ss.; J. Lacouture, *Mitterrand…*, *2*, cap. 7.

13. Michel Soudais, *Le Front National en Face*, Flammarion, París, 1996, p. 180.

14. J. Y. Camus, *Le Front National*. *Histoire et analyses*, Laurens, París, 1997, p. 19.

15. Para la primera década de construcción del partido, puede verse el trabajo ya citado de J.Y. Camus, y la reciente investigación de E. Lecoeur, *Un néo-populisme à la française*. *Trente ans de Front Nacional*, La Découverte, París, 2003, cap. 1. La evolución de Le Pen puede seguirse en H. G.

Simmons, *The French National Front. The Extremist Challenge to Democracy*, Westview Press, Boulder, 1996. P. Algazy dedica una parte importante de su segundo volumen de la historia del neofascismo francés a los orígenes del Frente Nacional, ofreciendo interesantes documentos de *Ordre Nouveau*, en pp. 69 y ss. Igualmente recomendable es el libro ya citado de P. Milza, *Fascisme français*, en la forma de relacionar la continuidad del Frente Nacional y la trayectoria de la extrema derecha. Su nuevo trabajo, de carácter comparativo, *L'Europe en chemise noire*, Fayard, París, 2002, es un buen instrumento para entender la dinámica interna de los movimientos nacional-populistas.

16. F. Duprat, *Les mouvements…*, pp. 63-64.

17. P. Pérrineau, *Le symptôme Le Pen. Radiographie des électeurs du Front National*, Fayard, París, 1997, pp. 21 y ss.

18. A. M. Duranton-Crabol, *Visages de la Nouvelle Droite. Le GRECE et son histoire*, Presses de la FNSP, París.

19. La síntesis entre todas estas corrientes ha sido destacada tanto por J.Y. Camus como por E. Lecoeur en los años setenta. La apertura a sectores de opinión más amplios puede verse en C. Ysmal, «Sociologie des élites du FN, 1979-1986», en N. Mayer y P. Perrineau, *Le Front National à decouvert*, Presses de la FNSP, París, 1996, cap. 5.

20. P. Ignazi, «Un nouvel acteur politique», en N. Mayer y P. Perrineau, *Le Front…*, cap. 3, acerca de las condiciones que favorecen el surgimiento del partido.

21. Acerca de la actitud de los periodistas, incapaces de no polemizar con Le Pen, véase G. Birenbaum, *Le Front National en politique*, Ballard, París, 1992, en especial la introducción, «Ce qu'en parler veut dire».

22. P. Perrineau, *Le symptôme…*, p. 37.

23. E. Plenel y A. Rollat, *L'effet Le Pen*, La Découverte/Le Monde, París, 1984.

24. Datos proporcionados en apéndice por G. Birenbaum, *Le Front…*, pp. 333-334.

25. E. Lecoueur, *Un néo-populisme…*, p. 57.

26. P. Perrineau, *Le Symptôme…*, p. 53.

27. Las memorias de esta diputada, única del Frente Nacional, luego adscrita al RPR, resultan de gran interés para conocer los disturbios que ocasionó en un partido marginal la llegada a las instituciones. Y. Piat, *Seule*, *tout en haut à droite*, Fixot, París, 1991, en especial caps. 18-19.

28. M. Fumaroli, *L'État culturel: une religion moderne*, Fallois, París, 1991.

29. J. Lacouture, *Mitterrand*, *2*, pp. 287 y ss.

30. J. J. Becker, *Les crises…*, pp. 463 y ss.

31. P. Perrineau, «La Front National. La force solitaire», en P. Habert, P. Perrineau y C. Ysmal, *Le vote sanction*. *Les élections legislatives des 21 et 28 mars 1993*, Presses de Sciences PO, París, pp. 137-159.

32. P. Perrineau y C. Ysmal, dir., *Le vote de crise*. *L'élection présidentielle de 1995*, Presses de Sciences PO, París.

33. B. Mégret, *La troisième voie*. *Pour un nouvel ordre économique et social*, Éditions Nationales, París, 1997. La cita anterior corresponde a la página 131 de este libro-manifiesto, con el que Mégret consolidaba la posición antimundialista como el eje de la política del Frente Nacional.

34. E. Lecoeur analiza los temas fundamentales del discurso lepenista en *Un néo-populisme…*, pp. 173 y ss.

35. P. A. Taguieff, «Variations d'un programme de gouvernement», en N. Mayer y P. Perrineau, *Le Front…*, pp. 359 y ss.

36. G. Birenbaum, «Le Front national devant l'élection présidentielle», en P. Perrineau y C. Ysmal, *Le vote de crise…*, pp. 141 y ss.

37. El planteamiento de un «obrerolepenismo» frente a un «gaucholepenismo» corresponde a Nonna Mayer, *Ces français qui voten FN*, Flammarion, París, 1999.

38. P. Perrineau, *Le symptôme…*, p. 83.

39. P. Perreineau, *Le symptôme…*, p. 81

40. M. Soudais, *Le Front National…*, pp. 90 y ss.

41. Acerca de la militancia del Frente Nacional pueden verse C. Askolovitch, *Voyage au bout de la France*. *Le Front National tel qu'il est*, Grasset, París, 1999; A. Tristan, *Au Front*, Gallimard, París, 1987, libro clásico de investigación de una periodista que militó en el partido para poder describir su ambiente; V. Lafont, «Lutter contre l'immigration et s'engager au Front», en P. Perrineau, *Les croisés de la société fermé*. *L'Europe des Extrêmes Droites*, L'Aube, La Tour d'Aigues, 2001, pp. 163-184; «Le rapport à l'autre chez les électeurs du Front National en banlieu populaire», en *ibid*., pp. 127-146; B. Orfali, «L'adhesion paradoxale: juifs, Antillais et ouvriers membres du Front National» en *Ibid*., pp. 185-198; J. Y. Camus, «La structure du "camp national" en France. La péripherie militante et organisationnelle du Front National et du Mouvement national républicain», en *Ibid*., pp. 199-223.

42. M. Darmon y R. Rosso, *L'après Le Pen*. *Enquête dans les coulisses du FN*, Seuil, París, pp. 13 y ss.

43. M. Soudais, *Le Front*, pp. 15-16

44. M. Darmon y R. Rosso, *L'après…*, pp. 47 y ss.

45. E. Lecoeur, *Un néo-populisme…*, pp. 94 y ss.

46. P. Perrineau, *Le symptôme…*, pp. 100-101.

47. La crispación procedía también de los sectores que habían establecido una buena relación entre el mundo de los negocios y el Frente Nacional. M. Samson, *Le Front National aux affaires*. *Deux ans d'enquête sur la vie municipale a Toulon*, Calman-Lévy, París, 1997; V. Martin, *Toulon la noire*. *Le Front National au pouvoir*, Denoel, París, 1996; B. Hennion, *Le Front National*, *l'argent et l'establishment*, La Découverte, París, 1992, esp. cap. 6.

48 E. Lecoueur, *Un neo-populisme…*, cap. 5: «El fin del compromiso frontista».

49. Me he referido a esta frivolidad del voto de la primera vuelta en mi libro *Por qué Le Pen*, El Viejo Topo, Barcelona, 2002, cap. 1.

50. G. Desportes y L. Mauduit, *La gauche imaginaire et le nouveau capitalisme*, Grasset, París, 1999.

51. *Le Monde*, 22 de abril de 2003. «En Niza, los delegados del Frente Nacional plebiscitan a Bruno Gollnisch y aíslan a Marine Le Pen.»

52. M. Schain, «L'impact du Front National sur le système politique français», en P. Perrineau, *Les croisés…*, pp. 287-302.

1. Esta ruptura entre Estado y sociedad, así como la congruencia entre la corrupción y las actitudes cívicas están magistralmente explicadas en P. Ginsborg, *Italy…*, caps. 1 y 2.

2. M. Revelli, *La sinistra sociale*. *Oltre la città del lavoro*, Bollati Boringhieri, Turín, 1997.

3. A. Ghirelli, *L'effetto Craxi*, Rizzoli, Milán, 1982; W. Merkel, *Prima e dopo Craxi*. *La trasformazione del Psi*, Liviana, Padua, 1987.

4. G. Mammarella, *L'Italia…*, cap. 6.

5. P. Ignazi, *Dal PCI al PDS*, Il Mulino, Bolonia, 1992. Acerca de la posición de Bertinotti, que acabará dirigiendo el PRC, véase F. Bertinotti, *Ideas que nunca mueren*, El Viejo Topo, Barcelona, 2001.

6. R. Mannheimer, ed., *La Lega Lombarda*, Feltrinelli, Milán, 1991, sobre los orígenes del movimiento, el perfil de sus electores y la crisis de legitimidad del sistema político italiano.

7. Acerca del concepto de «antipartido» en el primer fascismo, véanse E. Gentile, *Storia del Partito Fascista*, *1919-1922*. *Movimento e milicia*, Laterza, Roma, cap. 1; P. Pombeni, *Demagogia e tirannide*. *Uno studio sulla forma-partito del fascismo*, Il Mulino, Bolonia, 1984, pp. 19 y ss.

8. P. Ignazi, *Il polo…*, pp. 197 y ss; *id*., «The Changing Profile of the Italian Social Movement», en P. Merkl y L. Weinberg, eds., *Encounters with Contemporary Radical Right*, Westview Press, Boulder, pp. 75-92; M. Tarchi, *Dal Msi…*, pp. 57 y ss.; *id*., *Cinquant'anni…*, pp. 108 y ss.

9. G. Amendola, *Intervista sull'antifascismo*, Laterza, Roma, 1976.

10. G. Cingolani, *La destra in armi*. *Neofascisti italiani tra ribellismo ed eversione*, *1977-1982*, Riuniti, Roma, 1996.

11. G. Locatelli y D. Martini, *Duce addio*. *La biografia de Gianfranco Fini*, Longanesi, Milán, 1994, para este momento pp. 90 y ss.

12. P. Ginsborg, *Italy…*, pp. 249 y ss.

13. G. Galli, *I partiti politici italiani (1943-2000)*, Rizzoli, Milán, pp. 377 y ss.

14. Sobre Berlusconi y Forza Italia se ha podido consultar A. Candiard, *L'anomalie Berlusconi*, Flammarion, París, 2003, un texto comprometido que resulta interesante para descubrir la forma en que se contempla al actual primer ministro en los sectores de la izquierda; P. McCarthy, «*Forza Italia*. The Overwhelming Success and the Consequent Problems of a Virtual Party», en R. Katz y P. Ignazi, *Italian Politics*. *The Year of the Tycoon*, Westview Press, Boulder, 1996, pp. 37-55; R. Biorcio, «L'échec de *Forza Italia* et du centre droit», en I. Diamanti y M. Lazar, *Politique à l'italienne*, PUF, París, 1997, pp. 121-133; Y. Surel, «Berlusconi, leader populiste?» en O. Ihl *et alii*, dir., *La tentation populiste au coueur de L'Europe*, La Découverte, París, pp. 113-129; M. Tarchi, «Populismo a la italiana», *Historia social*, 46 (2003), pp. 95-112.

15. M. Tarchi, *Dal Msi…*, p. 142. Acerca de A.N. puede verse el trabajo del mismo Tarchi, «The Political Culture of Alleanza Nazionale: an Analysis of the Party's Programmatic Documents (1995-2002)», en *Journal of Modern Italian Studies*, 8 (2003), pp. 135-181; P. Ignazi, *Postfascisti*?, Il Mulino, Bolonia, 1994, analiza, partiendo de cuestionarios rellenados por delegados a los congresos, la cultura política del MSI en el momento de su transición; *id*., «L'étrange défaite de la droite», en I. Diamanti y M. Lazar, *Politique…*, pp. 135-150. A. Carioti, «From the Ghetto to *Palazzo Chigi*. The Ascent of the National Alliance», en R. Katz y P. Ignazi, *Italian…*, pp. 57-78.

16. Sobre la Liga del Norte, además del trabajo ya citado de Tarchi, «Populismo…», véase C. Champeyrache, *La Ligue du Nord*. *Un séparatisme à l'italienne*. *Racines et discours d'un parti politique*, L'Harmattan, París, 2002; C. Bouilland, «La Lega Nord, ou comment ne pas réussir à être

populiste, 1989-2002»; L. de Matteo, «La stigmatisation de l'idiote montagnarde et son détournement par la Lega Nord», ambos en O. Ihl *et al*, *La tentation…*, caps. 9 y 10; I. Diamanti «La Ligue du Nord: toujours plus!», en I. Diamanti y Marc Lazar, *Politique…*, pp. 151-167; *id*., *Il male del Nord*. *Lega*, *localismo e secessione*, Donzelli, Roma, 1996.

Título original: *Democracia y extrema derecha en Francia e Italia*
Edición en formato digital: marzo de 2011

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

ISBN: 978-84-9989-179-8
Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

cover